LETRAS DE LA AUDIENCIA DE QUITO

(Período Jesuítico)



LETRAS DE LA AUDIENCIA DE QUITO

LETRAS
DE LA
AUDIENCIA DE QUITO
(Período Jesuítico)

Selección, prólogo y cronología

HERNAN RODRIGUEZ CASTELO

BIBLIOTECA  AYACUCHO

Apartado Postal 14413
Caracas - Venezuela - 1010

Depósito Legal, lf 84-1963
ISBN 84-660-0116-6 (tela)
ISBN 84-660-0117-6 (rústica)

Impreso en Venezuela
Diseño / Juan Fresán
Printed in Venezuela

El autor consigna su reconocimiento al Dr. Santiago Carrasco, director de Biblioteca "Jacinto Jijón y Caamaño" del Banco Central del Ecuador, así como a las prioras y comunidades de los monasterios de Santa Catalina de Sena y Santa Clara, de Quito.

SOCIEDAD Y LITERATURA EN LA AUDIENCIA DE QUITO

PERIODO JESUITICO

LA SOCIEDAD

TERMINADO el choque armado entre los invasores españoles y los pueblos nativos de la parte norte del Tahuantinsuyo, que fue especialmente encarnizado por la guerra de guerrillas que sostuvieron los generales de Atahualpa en su repliegue hacia Quito, los vencedores impusieron su dominio sin atenuantes ni contemplaciones, no obstante los empeños de la Majestad católica por respetar la dignidad de los pueblos conquistados a título de derecho y obligación de propagar la fe cristiana.

Los españoles, faltos de cuadros para el ejercicio del poder y el avasallamiento de las inmensas muchedumbres indígenas, se apoyaron en la Iglesia que, tras un primer momento de humanismo y libertad de espíritu (la admirable hora de los frailes Jodoco Rickie y Pedro Gosseal, se convirtió en el gran aparato de imposición ideológica y de reproducción e implantación de las instituciones que la colonización requería.

Los españoles hallaron en la comarca quiteña —como en todo lo que fuera el imperio inca— un sistema agrario que dejaba excedentes, e instituciones sociales que facilitaban la mano de obra para las faenas del campo; en casos, mano de obra masiva y casi sin costo, como la mita. Asumieron la mita y crearon repartimientos y encomiendas que, aunque concebidas con fines de evangelización, cuidado y cobro de tributos, se tornaron muy pronto en férreos instrumentos de sujeción con miras a dar al naciente sistema la fuerza de trabajo que crease esa riqueza que España necesitaba imperiosamente y buscaba con avidez. La minería fue en esta parte del imperio, o simple espejismo, o aventura y empresa que arrojaba resultados muy por debajo de las ansiosas presunciones. Y, sobre todo cuando se descubrieron los riquísimos yacimientos de México y Potosí, perdieron toda importancia. Y de los metales —extraídos por medio de la más cruel de las mitas, la de minería, o lavados en ríos—

lo que no huyó a la metrópoli, se quedó dorando los fabulosos retablos de los templos quiteños o como plata labrada para andas, molduras, coronas, poderes y exvotos de iglesias y capillas.

Clave de riqueza fue entonces, a más de la agricultura y ganadería, la industria textil. Los obrajes quiteños —de Otavalo, Quito, Latacunga, Riobamba— fueron, de todo el mundo hispánico, los que más indios mitayos pusieron a trabajar: más de 28.000 tejedores en cincuenta obrajes legales y ciento cincuenta ilegales. Quito, ha dicho Phelan —el más minucioso investigador de la primera mitad del XVII quiteño— llegó a ser el obraje de Sudamérica (Phelan, 67). De la Audiencia salían por el norte hasta Cartagena y Panamá y por el sur hasta Chile y Charcas, gruesas bayetas, telas de algodón, cobijas, aparejos, sombreros y alpargatas. Y, cuando la corona —Carlos II— puso límites a la voracidad de los obrajeros, cortando algunos de sus más hirientes abusos —prisión por deudas, trabajo de menores—, una extensa oposición contra la cédula se alzó desde Panamá hasta Buenos Aires (1680).

La suerte de Quito se unió indisolublemente a la de su gran industria, y, como ella, vivió altibajos y zozobras. Y, ya a partir de 1625 o 1630, cuando una sensible disminución de la demanda peruana y la competencia del contrabando la golpearon fuertemente, o su prosperidad fue muy modesta o se cernió sobre ella la amenaza de ruina.

Pero había en la audiencia otra suerte. Otro polo de poder económico: Guayaquil. Allá la riqueza era el cacao, y todo dependía del comercio del precioso *theobroma*. Al millón de pesos llegó la producción en los años que corrieron entre 1600 y 1615; pero entonces, el precio de la arroba del grano bajó hasta 36 pesos, debido a prohibiciones de comercio. Y sólo en la segunda mitad del XVIII se volvería a conocer la antigua prosperidad. Cuando la economía quiteña estaría ganada por una incontenible decadencia y generalizada miseria. Todo ello en tiempos que desbordan ya los límites de nuestro trabajo.

También en la región de Guayaquil, pero mucho más en la sierra, el poder de la clase dominante se iba a asentar sobre la hacienda, cuanto más grande y más autónoma, mejor. La hacienda fue muy pronto unidad de producción basada en la explotación del trabajo indígena y núcleo social patriarcal. Impondría el sistema social y político que la justificase y robusteciese. Cuando la corona puso fin a la encomienda, los hacendados se encargaron de atar al indio mediante deudas imposibles de saldar y el huasipungo. Entonces España perdió el último instrumento de control sobre los nuevos señores, en buena parte criollos. Importa señalar que, en el juego de poder que se originaba en la concentración de la tierra, participaron las órdenes religiosas. Y en sus grandes y admirablemente bien cultivadas y administradas haciendas, fundó la Compañía de Jesús su riqueza y poder, que tanto tienen que ver con la literatura del tiempo.

En lo económico, social y cultural, el siglo XVI está dominado por el choque. El choque entre el comunitarismo de la sociedad incásica y el individualismo de la española; entre una sociedad agraria, entre comunista y esclavista, y otra en tránsito al capitalismo y heredera de rezagos feudales; entre un mundo de religiosidad mágica y solar, y otro de religión dogmática y penitencial, endurecida después de Trento. Sólo una salida hubo para choque un tanto irreconciliable; sólo un resquicio a la imposición brutal de las formas culturales de los vencedores: el mestizaje. Que se cumplió, poderoso y temprano, en lo racial, pero tuvo derivaciones hacia lo social y cultural.

A finales del siglo XVI se instaura una fase de constitución de la sociedad colonial, delineadas e implantadas las instituciones novohispánicas y montados los aparatos de poder y los medios de ideologización.

La ciudad es la primera y básica institución del nuevo orden. La ciudad es centro del poder político y núcleo de irradiación de los nuevos valores. Pero es más: ella misma es signo del nuevo sistema y prueba de su fuerza y riqueza. Por ser signo requirió los grandes templos, que, a su vez, fueron signos, símbolos y como pequeñas sumas semiológicas. Todo apuntaba en el templo católico de la contrarreforma a una lectura, desde los rígidos esquemas de jerarquías teológicas que presidían los retablos, hasta la adjudicación de altares a los santos y la fastuosa ornamentación barroca. Y la palabra se alzó para leer todo aquello con un rigor que no cediese al de los esquemas teológicos y una brillantez conceptista y culterana que corriese a la par de los áureos retablos y columnas y frisos y balcones y nichos con sus preciosas piezas de la tan afamada estatuaria quiteña. El púlpito se convirtió en el centro del templo colonial, y la oratoria en el más celebrado de los géneros literarios. Aquí está la razón última del lugar que la oratoria tiene en este libro dedicado a la literatura del período.

En la ciudad se asienta la autoridad. Quito fue Audiencia. Una obscura audiencia sujeta unas veces al virreinato de Lima y otras al de Santa Fe de Bogotá. Nunca dependió de la jerarquía de la autoridad hispana la grandeza que Quito conoció y de la que dan fehaciente testimonio el arte y la literatura que en la ciudad se hicieron.

España centró en sí el poder político; pero en lo social, la iglesia pesó a lo largo de todo este período decisivamente. En la Real Audiencia había, a fines del XVII, cuarenta y dos conventos: dominicos, franciscanos, agustinos, mercedarios, jesuitas, carmelitas descalzos, monjas. Los religiosos, sólo en Quito, ciudad, pasaban de mil (González Suárez, IV, 422). Y cada convento, cada misión, cada parroquia era foco de irradiación de cosmovisión y establecimiento al servicio de las imposiciones coloniales. Hubo en Quito brotes de rebeldía y dos generales y grandes alzamientos contra el poder civil; nunca contra el eclesiástico. Y los alzamientos indígenas se detuvieron medrosos ante lo divino.

Dentro de la iglesia cumple papel fundamental en la imposición del sistema a través de la ideologización del pensamiento la Compañía de Jesús, que llegó a Quito a finales del XVI, señalando con su llegada el comienzo de una nueva etapa en los tiempos coloniales —esa etapa a la que pondría fin, precisamente, su expulsión—. La Compañía de Jesús llegó a América como la "caballería ligera", más que del papado, de Trento —en donde jesuitas como Laínez y Salmerón tanto tuvieron que ver—. Para Ignacio de Loyola, más peligroso que Lutero fue Erasmo, y los jesuitas, fieles al espíritu del patriarca, aplastaron, donde se hicieron fuertes, no tanto una herejía, que nunca prosperó mucho en tierras americanas, cuanto cualquier devaneo racionalista o sensual.

En ninguna parte del nuevo mundo fueron los jesuitas más poderosos que en la audiencia de Quito, y en ninguna parte su aparato de convencimiento y dirección estuvo más certeramente orientado y más eficazmente instrumentado. Para cortar las guías a quienes quisiesen volar demasiado alto y reducir a domesticidad al racionalismo montaron un extenso, disciplinado y competente sistema educativo. Y en cuanto a la formación de la "intelligentsia" fueron exclusivistas. Al clero lo formaron ellos siempre, desde que el obispo Solís les encomendó, en 1592, el seminario de San Luis. Para agostar cualquier primavera de los sentidos, a través de lecturas y predicación, de imágenes y procesiones, fomentaron sentimientos de culpa y penitencia, y exaltaron a una doncella de aterradora mortificación como el paradigma de quiteña —la santa—. Para dar al recoleto y ensimismado vivir quiteño horizontes de viajes y brío de aventura, misionaron un inmenso territorio, desde los contrafuertes orientales de los Andes hasta el Amazonas, y multiplicaron hazañas "a lo divino" que una nutrida literatura oral y escrita propagaba en las ciudades.

Y aquí damos con la literatura: en este marco, con este trasfondo, sutilmente imbricada con estas intenciones, se hizo la mejor literatura del período. Y, como cabía esperarlo, buena parte de ella la hicieron jesuitas. A saber hacerla se orientaba todo un tramo de la propia formación de los de Loyola —la gramática y la retórica—; y sabían todo lo buena que debían hacerla para que fuese eficaz. Piénsese, a esta luz, en la vida de Mariana de Jesús de Morán de Butrón, en los sermones de Alonso y Pedro de Rojas, en las crónicas e historias de las misiones del Marañón.

A más del trabajo masivo y utilitario del adoctrinamiento, seguido de golpes de efecto, como misiones, procesiones y rudimentos de "autos", hizo la Iglesia, a menudo desde el interior umbrío de los confesionarios, otro más sutil, insistente y elevado: la dirección espiritual. Las almas más exigentes consigo mismo y más enfervorizadas recibían allí incitaciones y guía para la oración y la mortificación. Franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas tenían sus propios métodos para hacer avanzar a estos espirituales: distintas formas de oración, diferentes devociones y prácticas penitenciales. Pero todo sobre un fondo común, en el cual son fácil-

mente identificables el método y recursos de los ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola. A tal sustrato único se debe que todas estas figuras de ascetas y contemplativos, sus empresas interiores y sus escritos configuren algo que bien ha podido llamarse "Escuela quiteña de espiritualidad". Algunos de los mayores testimonios de esa "Escuela" cristalizaron en briosa literatura, y el lector los hallará en una de las partes de nuestra selección de textos.

Figura cumbre de esta espiritualidad quiteña fue Mariana de Jesús, joven que, a pesar de no haber perdido la inocencia, llegó a extremos asombrosos de penitencia. Ella ilustró con más fuerza y dramatismo que cualquier otra figura de espiritual del XVII el desnudamiento de los bienes de la tierra —llevando ese desnudamiento hasta los bienes más simples y naturales, como el dormir, el beber agua y el más frugal comer— y la aspiración a sólo los celestiales. Así lo entendió la Compañía de Jesús y cuidó celosamente a la joven. Jesuitas fueron sus directores espirituales; jesuitas, quienes la asistieron —varios— en su tránsito; jesuita, su biógrafo —excelente escritor, como lo podrá confirmar por sí mismo el lector de este libro—; jesuita, quien predicó en sus exequias. Y los de Loyola vigilaron el proceso de beatificación y lo impulsaron. Como que entendían perfectamente que lo único que hacía falta al gran sistema de valores que habían impuesto era una santa de la tierra —nacida en la tierra quiteña, aunque descarnada de ella.

Donde más de temerse eran desarrollos aberrantes del sistema —excrecencias, al menos— era en el arte. Excesos sensuales y desviaciones de cosmovisión. Los indios, sobre todo, que no habían llegado a un cristianismo de real espesor y mezclaban sincréticamente exterioridades de culto y vago sentimentalismo, a menudo mórbido, con sus prácticas mágicas y sus viejas y enraizadas cosmogonías y configuraciones míticas. De allí que se haya tendido a cambiar el sentido de la producción artística: los artistas indios participaron cada vez menos en las decisiones creativas. Y cuando los jesuitas asumieron la dirección del gran aparato, quienes trazaban las líneas maestras del sentido y vigilaban que las formas se sujetasen a ellas —llegando a constreñir al artista con modelos— fueron mestizos cuidadosamente mentalizados en la catequesis y agrupados en gremios y cofradías.

En cuanto a esas grandes direcciones semánticas y formales estaban firmemente señaladas. Un gran estilo, uno de los grandes estilos de la historia del arte universal, se había forjado como matriz donde fraguaría en formas la ideología de la Contrarreforma, del Imperio y de Trento: el barroco.

Ya a finales del XVI florecía en Quito el barroco en las artes visuales, con tal riqueza y con rasgos tan peculiares —tan diferenciadores del mexicano y cuzqueño, los otros dos grandes barrocos de América—, que se llegaría a hablar de una "Escuela Quiteña". Y en el XVII la ciudad se convirtió en un inmenso obrador: apenas hubo iglesia o convento que

no contase con los servicios de pintores, escultores, talladores, batihojas, operarios. Y aunque la inmensa mayor parte mantuvieron sus nombres en el anonimato —pues el sistema miraba mal la concupiscencia de la fama, y el quehacer de los artistas se pasaba por acto de culto y devoción—, grandes figuras fueron sucediéndose, desde el Padre Bedón, ilustre dominicano que, amén de altivo teólogo americano, pintó y formó aprendices. Hernando de la Cruz, Miguel de Santiago, Goríbar, Samaniego, en la pintura, y el Padre Carlos, Olmos, Legarda y Caspicara, en la escultura, pertenecen a la historia del arte de América.

Sociedad a la que tan celosamente se le fueron cortando sus posibilidades de transformación fue, mientras el aparato mantuvo su poder, cerrada y estratificada. La estratificación fue, en el momento que siguió a la conquista, extremosa: al margen de un derecho lejano y teórico, señores hispanos y siervos indios. Pero pronto dos factores fueron deshaciendo la pureza de los extremos y dando ser a zonas intermedias, hasta convertir lo que en el principio fueran dos polos lejanos y tensos en dos auténticas "repúblicas" coexistentes, cada vez menos diferenciadas en sus fronteras y atadas por mil sutiles nexos: la "república de los blancos" y la "república de los indios", como se dio en llamarlas en el tiempo (Phelan).

El primero de esos disolventes sociales fue el *criollaje.* Los nacidos en América, aunque de padres hispanos, no eran ya españoles. Y esto lo fueron sintiendo cada vez con mayor fuerza. Eran los "criollos". Y el nombre se cargaba de connotaciones positivas frente al que en México llamaban "gachupín" y en estas partes del sur, "chapetón". Y, no obstante que los valimientos de la corona favorecían a los peninsulares, llegó el día —a mediados del XVI hay ya primeros síntomas— en que los criollos se sintieron dueños de casa y tanto o más capaces que los españoles para administrar los negocios de América. Y, conforme su poder económico creciese, todo poder se les iría alcanzando.

El otro factor desquiciante de la polaridad extrema, aun más vital, fuerte, extenso y durable, fue el *mestizaje.* El mestizo, que en lo alto de la escala terminaría por mezclarse con el estrato criollo, en las capas bajas iba a constituir la clase popular urbana. Para 1577, la "Respuesta de la descripción de la tierra que envió el cabildo de Quito a Su Majestad" (Vargas, 1974, I, 31) contaba, frente a 2.000 españoles y 200.000 indios, 2.000 mestizos. Y a los mestizos los pintaba "belicosos, ligeros, fuertes e ingeniosos y por la mayor parte diestros en las armas y a caballo". Y Felipe II ordenó, en 1601, no venderles ni concederles cargos de encomenderos o regidores, porque, decía, "son alborotadores infatigables". Se trataba, pues, de un grupo social que, a más de su número, iba configurando rasgos de personalidad social. Y, casi sintomáticamente, el período que abarcamos está inscrito entre dos grandes ocasiones en que los mestizos quiteños proclamaron "alborotadores infatigables", de qué

gestos de rebeldía eran capaces: la revolución de las alcabalas, en 1592, y la sublevación de los barrios —de los estancos— en 1756.

Entre españoles y criollos se dieron los conflictos intraclasistas que, al aumentar en gravedad y frecuencia, fueron minando el sistema colonial. Siempre por el poder. Y donde los enfrentamientos fueron más duros y hasta escandalosos fue en los conventos. Allí era cada vez mayor el número de frailes criollos —y los mestizos hacían causa común con ellos—, y, ello no obstante, los extranjeros tendían a monopolizar el gobierno. Los capítulos eran ejercicio democrático y en democracia la suerte de los "chapetones" estaba echada. No estaban para permitirlo las autoridades españolas. Solución salomónica de la corona fue la "alternativa", decidida en 1625, según la cual españoles y criollos debían alternarse en el ejercicio de la autoridad conventual por trienios. Pero el conflicto tocaba intereses demasiado caros como para que se zanjase de modo tan fácil. Y sucedió que, con alternativa y todo —mejor, saltándose olímpicamente la alternativa, que los dominicos habían adoptado en 1617— el capítulo dominicano de 1624 eligió prior a un criollo de Pasto, y hubo intervención de la Audiencia —en favor del español, por supuesto— y fallo en contrario del virreinato. Y los criollos se tomaron por la fuerza el poder, y la cosa terminó en violentas algaradas que convulsionaron a la recoleta Quito. Y no fue esta la única pugna que saltó por sobre las murallas conventuales a la ciudad.

Con el paso del XVII al XVIII la rivalidad entre chapetones y criollos se encona más allá de todo límite y llega hasta a instituciones tan disciplinadas como la compañía. "Basta ser europeo o chapetón como le llaman en el Perú —informaban las "noticias secretas"—, para declararse inmediatamente contrario a los criollos, y es suficiente el haber nacido en las Indias para aborrecer a los europeos. Esta mala voluntad se levanta a grado tan alto, que en algunos respectos excede a la rabia desenfrenada con que se vituperan y ultrajan dos naciones en guerra abierta" (C. II, 6). Y en carta del general jesuita Tirso González a los superiores de la provincia quitense se lee: "Me avisan, pero averigüe si es verdad, que los padres criollos tienen tomada la posesión de las cátedras, que sienten mucho cuando se les da a algún europeo. Este sentimiento han mostrado con el P. José Gutiérrez, a quien señaló el antecesor de V. R. para leer artes en Quito. Dichos padres han procurado desacreditarlo dentro y fuera de casa, publicando que no sabía y que era inhábil para tal ocupación" (Jouanen, II, 16).

Y uno de los campos donde españoles de América —algunos vinculados ya definitivamente con el nuevo mundo— y criollos lucharon celosamente por la preeminencia, fue el de los lucimientos literarios y teológicos.

Este español que iba perdiendo poder y el criollo que lo iba cobrando son los autores de esta literatura del período. Rasgo caracterizador del siguiente sería, precisamente, que un mestizo —el ubicuo y desconcer-

tante Espejo— ocupe el centro de la producción literaria quiteña. Y españoles, criollos y mestizos en pleno ascenso social son el público de esta literatura, salvo ese género que tenía por fin llegar a más vastas audiencias, la oratoria.

Todo esto, claro, de la literatura que alcanzó la impresión —cuando ello era tan difícil y oneroso en Quito, ciudad que sólo tuvo imprenta en 1759— y llegó hasta nosotros. Los mestizos, que fueron dominando el sector medio de la economía —artesanos, comerciantes, intermediarios de todo género— también parecen haber hecho *su* literatura. Estructuras narrativas elementales, generalmente de transmisión oral, para historias de espanto y diablos, frailes pecadores y descocadas cortesanas, y estrofas de verso menor rimado, a menudo cantadas con acompañamiento de guitarra, para dar sonoridad a hallazgos de un ingenio triste o resentido, elegíaco o romántico, guasón o burlesco. Pero todo aquello corrió subterráneamente, y ha dejado huellas exiguas.

Todo este proceso económico, social, político y cultural madura básicamente hasta mediados del siglo XVIII, cuando la sociedad colonial entra en crisis. Ya a comienzos del siglo, al tiempo que la economía de la audiencia sufre en la sierra graves quebrantos y hasta catástrofes —sobre todo, el derrumbamiento de la industria textil—, se abren brechas hacia un pensamiento europeo más avanzado. La misión Geodésica Francesa (1735) aporta inquietudes cosmológicas y bibliografía racionalista, que son acogidas en el centro mismo del sistema ideológico, que era la universidad de los jesuitas. Las ideas progresistas de la corte borbónica, ciertas medidas de liberalización del comercio y, sobre todo, la expulsión de los jesuitas, debilitan el dique que sostenía el sistema colonial. Se desencadenan entonces procesos de laicización y las ideas de la ilustración comienzan a seducir a los espíritus más alertas, como Espejo. Se tiende a buscar salidas a la crisis, y ya no sólo dentro de corrientes reformistas monárquicas. Se impone entonces un proceso que comenzará a insinuarse a comienzos del siglo, de sustitución de la metafísica y la teología por las ciencias y el pensamiento social y político. Esta apertura de los intelectuales actuó como catalizador del malestar y rebeldía de las clases populares urbanas, que se habían mostrado ya fuertes y decididas cuando el alzamiento de los barrios quiteños (1765). Con las cabezas de la clase popular establecieron alianza estratégica entre los criollos ricos —que había terminado por captar la mayor parte del poder, afirmándolo sobre el latifundio semiautónomo— y mestizos en firme ascenso social. Con ello el dominio español se hizo algo cada vez menos deseable para los grupos dominantes, y su derrumbamiento sólo fue ya cuestión de tiempo. Hasta que su propia crisis europea lo debilitase lo bastante. Pero todo esto, que en la Audiencia de Quito comienza a desencadenarse con la expulsión de los jesuitas, pertenece ya a otro período de la historia y la literatura quiteñas.

LA LITERATURA

La literatura está condicionada por la historicidad —que se asienta sobre la estructura económica de la sociedad—. Pero, a la vez, la trasciende. Es la gran paradoja que consagra la especificidad de esta producción humana. De allí la importancia de la doble iluminación —de haz y de envés diríamos, si en esta materia no resultasen tan peligrosas las metáforas: recuérdese lo que pasó en el marxismo con la del reflejo... —. La primera, la del contexto material e histórico, la hemos abocetado del modo más sumario; la segunda, que nos pondrá ante el modo específico de la producción literaria, nos llevará más trecho. Como objeto propio, al fin y al cabo. Apenas hace falta decir que lo social, así fuese sólo por su intencionada elipsis, estará presente como auténtico "intertexto" de todos esos textos.

Mirar la literatura quiteña de este período a la luz de la historicidad nos la ofrece como literatura que se hizo al servicio de una empresa. De allí que, aunque a primera vista pudiera extrañar, pareciendo abrir horizontes de liberación y elevación, los clausuraba, y encerraba a la sociedad entre las altas bardas de un sistema económico y social en el cual la libertad y superación eran cosa de pocos, y la riqueza, de muy pocos.

Toda esta literatura —la que logró el beneplácito de quienes imponían y administraban el sistema: la otra tenía cerrados todos los caminos— tendió a conferir inteligibilidad y apariencia de bondad a un sistema económico y social que consagraba una extremosa pirámide de desigualdades y desalentaba a los marginados de los bienes de la tierra, de la voluntad de reconquistar su herencia.

Apuntó, pues, casi toda ella al cielo, al más allá, a lo invisible. Organizó una cosmovisión desarraigada del mundo y una religión des-encarnada. Dar consistencia a tal cosmovisión importaba edificar un mundo "interior" y propiciar aventuras y ascensiones "interiores". Más aún, mostrar como las únicas valiosas esas empresas "trascendentes". Arrojar cenizas de "contemptus mundi" sobre cualquier empeño de conquista del mundo y transformación de la sociedad.

La literatura tenía que cumplir el mismo papel que la ciudad y el templo; y algo más: daría a ciudad y templo su exacto significado. Porque templos como San Francisco o la Compañía, tan ricos, eran signos abiertos, y ello resultaba peligroso. En la cúspide del sistema semiológico al que pertenecen ciudad y templo, está la literatura: como hagiografía, como ascética y mística, como relato misional, como oratoria sagrada.

Pero no todo se queda aquí. Donde termina el condicionamiento, comienza la trascendencia. Quien cale en las más altas manifestaciones literarias del tiempo —de tiempo tan cerrado, tan férreamente estructurado— hallará en obras, al parecer tan absolutamente teocéntricas y clausuradas al mundo y sus vanidades, fermentos y levadura de humanismo; cierta altiva libertad; algún sensual amor a la belleza y la vida;

planteamientos, aunque ortodoxamente religiosos y fervidamente ascéticos, abiertos a una positiva afirmación de la personalidad mundana. Y hasta hallaremos el caso de fondos obscuros del ser humano que les juegan estupendas pasadas a las rígidas censuras del sistema.

En todo lo cual no hay contradicción con lo antes dicho: hay complejidad. Quien entra en el mundo de la literatura, entra en el mundo de la complejidad. En todos los tiempos, quienes pretendieron ignorarlo, se quedaron a las puertas.

La prosa quiteña comienza a cobrar fisonomía ya en la segunda mitad del siglo XVI, y busca sus cauces: una prosa de relaciones y memorias, hecha, generalmente, con fines utilitarios y pocas pretensiones literarias, pero a menudo rica de datos y sabrosa por sus pinturas y toques ingenuos; prosa histórica, con mayor distancia del hecho narrado que relaciones y memorias, y con mayor elaboración y empaque literario; una prosa pastoral, a veces con notable sentido social y penetrante análisis del medio; y primeras muestras de prosa epistolar.

Desde comienzos del XVII asistimos al paso de la prosa prosaica a la prosa artística. Nace una voluntad de prosa artística que se da hasta en escritos de circunstancia, al parecer condenados irremediablemente a ser modestos. Así en la "Relación de las célebres y famosas fiestas, alegrías y demostraciones que hizo la muy noble y muy leal ciudad de San Francisco de Quito" cuando el nacimiento de Baltasar Carlos Domingo, príncipe de las Españas, del escribano Diego Rodríguez Urbán de la Vega, en que dan testimonio de su querer hacer buena prosa, bimembraciones y pluralidades, epítetos ornantes y comparaciones:

> "Y llegada la noche, se pusieron en toda la ciudad tan copiosas y lucientes luminarias, que la hermosearon de manera que no se echaba de menos la luz del día. A este tiempo hizo alarde la ciudad de los fuegos que tenía prevenidos, mostrando en su diversidad gran suma de cohetes, montantes, ruedas, un gallardo castillo y otras varias invenciones, que disparados a concierto, con ingeniosos y graciosos acometimientos, hasta más de media noche, no parecía sino una furiosa y naval batalla".

(Herrera, 84 y ss.)

Con esa voluntad de prosa artística coinciden ciertos primeros balbuceos de conceptismo. Como los del presbítero Juan Romero quien, al encargo, más bien municipal, del Cabildo de escribir relación de la erupción del Pichincha de 1660, respondió con desenfadada caza de agudezas. A este tenor:

> "Yacen hacia la parte del poniente tres tan vecinos como enemigos montes, pues casi todo el año miran a esta ciudad con sobrecejo, ya en las continuas lluvias que cuajan en sus cumbres, ya en las cargadas nubes de rayos y granizos que forman sus tempestades. En su fundación uno de estos tres montes filisteos, cuyas faldas de Dalila han solicitado las ruinas de sus Sansones edificios, de donde pintando una ciudad entre dos montes tomó sus armas esta república de cuantas veces ha tomado contra ellas el colérico enojo de aquestos empernidos promontorios...".
>
> (Herrera. 111-112)

Haber respondido con tamaña fanfarria a un requerimiento cabildal, y que tal texto no se hubiese rechazado airadamente, es prueba bastante de que para mediados del XVII quiteño conceptismo y culteranismo habían calado, al menos como novedad. Sin embargo, las obras mayores de la prosa quiteña del período no serían conceptistas. Para el sistema el culteranismo significaba empeño de violentar la norma y estado de desmesura; falta de austeridad y amor a vanidades. Pero, cosa curiosa, auténtica jugada de esas que hemos anunciado, conceptismo y culteranismo, rechazados de la prosa, por superfluos y autocomplacientes, se instalarían, a su sabor, en la oratoria de las grandes ocasiones. Y allí, a pesar de las exigencias de comunicación y exposición doctrinal. Claro que ostentarían los alardes retóricos como agudezas de exégesis o arrebatos de devoción. ¿Y cómo no predicar así desde tan primorosos púlpitos, inmersos, orador y audiencia, en el fastuoso barroco de los templos quiteños? Pero la libertad y amplitud de horizontes estéticos que el culteranismo requería, sólo los hallaría en la lírica, en donde una larga "traditio" culminaría, de modo espléndido, en la lúcida libertad y poderoso ímpetu formal de un espíritu como Juan Bautista Aguirre.

Por el cauce de la pastoral discurrieron numerosas obras y se escribieron páginas a veces altivas y vigorosas, como las de fray Antonio de Zúñiga que, en prosa viva y vehemente, escribió larga carta a Felipe II "porque escrebir a los oidores es perder tiempo" y "porque estos miserables indios cada día padecen más". Pero menudearon los escritos meticulosos, "canónicos" y lastrados por insoportable cauda de minucias.

De todo ese cuadro mediocre se alzan dos de las obras fundamentales del período. La una, aunque no por un quiteño de nacimiento, fue escrita en Quito y su mundo es el de la Audiencia, tantas veces recorrida por su autor: el *Itinerario para párrocos de indios* del obispo don Alonso de la Peña y Montenegro; la otra, aunque escrita fuera de Quito, con experiencias cobradas por los vastos caminos de América, fue obra de un quiteño de nacimiento: el *Gobierno eclesiástico pacífico* del obispo fray Gaspar de Villarroel, figura grande de la literatura del nuevo mundo.

En esta última obra —que debiera tener volumen propio en colección que aspira a recoger lo fundamental de la literatura americana, como es "Ayacucho", y por ello no la incluimos en este tomo de fragmentos—, vasta suma de cuestiones desde ceremoniales hasta doctrinales y jurídicas, junto a los pasajes apretados de doctrina, hay deliciosos cuentos de picaresca americana, de fino humor sardónico, que muestran a Villarroel como brioso y castizo contador de historias y casos, sin perdonar lo autobiográfico. Gran prosista, su léxico es propio y rico; sus construcciones, variadas y a veces personales y libres; su economía de medios expresivos, sabia. Y con tan probado instrumental y tantas cosas sabidas y vividas y tanta doctrina saboreada, el obispo escritor crea un mundo y lo pinta por fuera —abigarrado, variopinto, pintoresco, paradójico, noble y vil, altivo y enrevesado— y lo ilumina por dentro —hasta dar con extrañas notas desoladas o tocar ciertos posos amargos—. Era, qué duda cabe, el nuevo mundo visto por uno de sus hijos. Como a "criollo de Quito" se refirió a Villarroel el obispo de la Peña Montenegro en su *Itinerario,* al citar un pasaje del *Gobierno eclesiástico pacífico* que se cerraba con esta estupenda y orgullosa profesión de americanidad: *"et nos qui indiani sumus, non indi"* —"y nosotros que somos indianos, no indios"—; es decir, nosotros que somos "indios", nativos, dueños de casa, de otra suerte que los indios prehispánicos; nosotros, la nueva raza: los mestizos de América. (Sobre Villarroel y su obra, cf. Rodríguez Castelo, 1980, 267-291).

En cuanto al *Itinerario,* es monumental suma de doctrina, con sus cinco libros, cuarenta y cinco tratados y cuatrocientas treinta y nueve secciones, desde la elección y canónica institución del párroco y las obligaciones del doctrinero (libro I) y la naturaleza y costumbres de los indios (libro II) hasta los privilegios de obispos, regulares, visitadores e indios (libro V). Y, por obra y gracia de la prosa —es decir, porque el obispo de la Peña y Montenegro era escritor—, detrás de las rigurosas cuestiones —con un vago esquema escolástico— morales, pastorales y canónicas, se va dibujando un mundo: el de los indios de América a la vuelta del primer siglo de la conquista (el libro se había terminado a mediados de 1666 y se editó en Madrid dos años más tarde). Un mundo doloroso, porque, si bien habían pasado esos sombríos días en que fueron necesarios Breve y Bula para definir que los indios eran racionales y capaces de fe —*"Indos ipsos, utpote veros homines, non solum Christianae Fidei capaces existere decernimus et declaramus":* Paulo III—, su miseria rayaba muchas veces en lo extremo. Un mundo mágico-mítico: "Los indios —escribe D. Alonso— aun después de convertidos, tienen sus adoratorios, Guacas, e ídolos en los retiros y cuevas de los montes para darles culto y veneración con más libertad". Un mundo de costumbres pintorescas e ingenuas: "No ha mucho tiempo que salieron al cura de Guanujo los indios de Chillanes sus feligreses, y el uno de ellos delante de los demás compañeros, arrojó tres patacones sobre la mesa del doctrinero, diciendo que los daba porque le diese otra mujer, que estaba

ya cansado de la que tenía". Un mundo en su mayor y mejor parte hermético a la inteligencia de los blancos, y éstos eran curas y doctrineros. Aunque en muchas partes queda a la vista el cañamazo escolástico, la obra tiene páginas de noble prosa, a las que su ritmo sosegado no resta brío. Y, hombre de oficio, el escritor sabe usar recursos para dar a su texto patetismo, emoción y fuerza. Los mejores lugares son aquellos en los que a una amplia y rica arquitectura da vida subterránea pasión. En tal conjunción está lo más alto del espíritu mismo del autor del *Itinerario.* (Sobre el obispo de la Peña y su *Itinerario,* cf. Rodríguez Castelo, 1980, 243-264).

Tras un primer momento de crónicas y memoriales más o menos circunstanciales y menos extensos, y de autores a quienes no se les conoce más que aquellos escritos, lo cual arguye en contra de su condición de escritores —algunos, de hecho, fueron más bien escribanos cabildales—, en la segunda mitad del XVII, un escritor de obra sostenida y vasta se convierte en el primer historiador de las cosas quiteñas: el P. Pedro Mercado, autor de la *Historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús,* gran historia, a pesar de estar a muy poco trecho de la crónica.

Muy pocas peripecias hay en la vida del jesuita riobambeño, pero hay una lista copiosísima de obras, desde *Destrucción del ídolo,* publicada en Madrid, en 1655, hasta los cuatro tratados editados en Amsterdam, en 1699, con el título de *Obras espirituales.* (Un primer ensayo de bibliografía de Mercado en Rodríguez Castelo, 1980, 201-202).

Y, sin embargo de haber publicado tanto, la obra por la que damos a Mercado lugar en nuestra selección de textos, su *Historia,* no llegó a imprimirse en vida del autor. Como que un obscuro *fatum* hubiese pesado sobre el libro. Primero, de camino a España, los originales se extraviaron; hallados, se les dio largas, sin que sepamos por qué, por más que el interés en su publicación comenzase por el propio general de los jesuitas. Habría que esperar hasta 1957 para ver roto el maleficio y la obra editada en cuatro tomos de la Biblioteca de la Presidencia de Colombia.

Mercado, que partió su vida entre Quito y Nueva Granada, partió asimismo su *Historia:* ocho libros para Nueva Granada y siete para Quito. Estos son, claro está, los que nos interesan de manera especial.

La *Historia* está, según se lo ha adelantado, a muy poco trecho de crónicas y relaciones; pero, por construcción, utilización de las fuentes —maneja buena documentación de primera mano: Cartas annuas y Cartas necrológicas, memoriales y libros de varios registros— y visión amplia de las cosas, se gana la ciudadanía entre los libros históricos del tiempo.

El asunto del jesuita era historiar el establecimiento y desarrollo de su Orden en la Audiencia; la vida misma de las gentes quiteñas no se le ofrecía sino como vago telón de fondo. Pero no lo fue. La escritura resultó demasiado viva y sabrosa como para que gentes y cosas, usos e instituciones, creencias y temores, sucedidos y fantasmagorías, quedasen reducidos a tan deslayado papel. Y es que no se trataba de una historia formal y libresca, sino de un relato que prolongaba hasta los términos de la historia la charla de sobremesa y el chisme de sacristía... "Dos mujeres virtuosas y pobres vivían en su casa tan acosadas de un duende que no sabían qué hacerse ni de qué medio ampararse para verse libres de las repetidas vejaciones con que este enemigo las asaltaba; quitábales la ropa que vestían, las aves que criaban, colgaba las muertas por los alares de la casa...". Así de fresco, vivo y coloquial. Porque Mercado es narrador desenfadado y hábil.

Es también buen prosista. El léxico es castizo, sin ser especialmente rico, ni, menos, refinado. Ahora que, cuando llega a descripciones de alguna importancia y complejidad, el jesuita muestra que tenía bastante más en su cantera. (Véase la pintura de la iglesia de la Compañía, en el capítulo II, en la selección de textos). Pero generalmente, diríase que Mercado rehúye cualquier exceso léxico —y retórico— como peligroso para su fluido tono coloquial y devoto, que es lo que el escritor procuró siempre por encima de todo. Empeñado en lograr tal fluidez y tono, a lo que atiende con exquisito cuidado es al *cursus:* sin llegar al exceso periódico, su cláusula es amplia, bien pautada; hecha como para leerse en alta voz (que era uno de los destinos que la literatura de edificación del tiempo tenía) y acaso procedente del relato de viva voz —de aquellos "ejemplos" que se contaban por la noche en las iglesias de los jesuitas para mover a las almas al santo temor de Dios, y a los que se ha referido el propio Mercado en su obra—. El *cursus,* como acontece en la narración oral, se anima y tensa con el corte, la frase rápida, la oportuna y hábil elipsis.

Para quien provenía de la predicación devota, las pláticas espirituales y los "ejemplos" urdidos para sacudir conciencias y convertir a pecadores, apenas tenían lugar las "modas" culteranas que tanto seducían ya a algunos "hombres de letras". Hay, sin embargo, en Mercado algo de contagio culterano: el juego de palabras conceptista ("el padre Raimundo de Santa Cruz viendo que a costa de tantas cruces..."), ciertas metáforas que salían del lugar común ("La sotana de algodón hecha pedazos y tiras para que no faltasen banderas de pobreza en aqueste triunfo"; "...poniéndoles en los ojos el colirio de la fe católica"), y hasta alguna complejidad metafórica que da en alegoría ("Como los demonios son verdugos de la Divina Justicia, se sirve ésta de ellos para que atormentando a algunos delincuentes y apretándoles los cordeles en el potro de alguna aflicción confiesen sus delitos al sacerdote..."). Pero lo que Mercado quiso siempre era narrar, agarrar con su narración, conmover

con su narración y convencer con su narración. Y a ello lo orientó todo. Sabía, por supuesto, hacer una pintura bella, pero sólo la hacía cuando la narración se lo pedía; sabía adensar ambientes, pero no lo hacía sino ante requerimientos de la narración (así el lívido y lóbrego ambiente en que sitúa el relato de la erupción del Pichincha); conocía secretos para animar y dramatizar, pero los subordinaba a la economía de la narración.

Otra faceta del escritor aparece en sus biografías. Allí al narrador se sobrepone el escritor espiritual, y más que hechos nos ofrece virtudes, devociones, fatigas, penitencias. Se pierde en sabor y gracia, lo que se gana en dignidad y nobleza. Sin entrar de lleno en el estilo "sublime", que decía la retórica tradicional, al uso en el tiempo, porque estorbaría el tono devoto que Mercado mantiene como verdadera constante de su *Historia,* se hace una escritura que, por sí, expresa el respeto y admiración que esos héroes cristianos merecen al escritor. ¡Cuánta emoción reverente, cuánta ternura devota anima el relato de la vida del padre Raimundo de Santa Cruz, aventurero a lo divino e incansable buscador de caminos hacia la selva a través de la inmensa e inhóspita cordillera andina!

Más allá de sucesos y cuentos, de instituciones y personajes, de vidas y milagros, hay en la obra de Mercado un documento del tiempo de insospechable inmediatez: el lingüístico. El que ha quedado, no en lo narrado (siempre sujeto a selección e interpretación intencionada del autor, y, por tanto, necesitado de desmitificación), sino en el lenguaje y la forma de la narración. Las cláusulas bien construidas son signo lingüístico del afán constructor —y sólidamente constructor— del Quito de la primera mitad del XVII; el *cursus* seguro, armonioso y sosegado, nos habla de unas vidas instaladas en el sosiego y en las que el sosiego se había instalado; el tiempo lento y el módulo amplio nos tornan a un tiempo de devenir despacioso, casi estático, libre de urgencias. Y ni lo bizarro o maravilloso de la irrupción preternatural alteraban sosiego y quietud tan asentadas. En cuanto a esa irrupción de lo bizarro —lo de abajo, lo demoníaco, lo malo— y lo maravilloso —lo de arriba, lo celestial, lo bueno—, postura y tono de crédula admiración y devota ponderación de hechos milagrosos y santidades heroicas nos dicen de un tiempo plenamente fijado en el sistema y exigido por ese sistema hasta en los últimos detalles de la cosmovisión.

En Mercado, que, como escritor ascético de vigencia continental, rector y provincial de la Orden de Loyola, formador de novicios y director espiritual de jóvenes jesuitas, era uno de los sostenedores oficiales del sistema, no hay casi nota discordante. (Y el "casi" hay que ponerlo a cuenta del buen escritor que era Mercado). Ni en lo estético: la forma oficial del sistema era esa "sofrósine", dentro de cuyos límites tan holgadamente se movió el jesuita. Los retorcimientos barrocos con que Quito se agitaba desde sus días quiteños, no debieron parecerle sino alardes ornamentales de imagineros enfebrecidos. Y puesto que no le parecían

alcanzar niveles de significado —al menos obvios, patentes para aquellos para quienes escribía—, no debieron ni preocuparle, ni menos sugerirle o turbarle.

Pero el asunto quiteño que más reclamaba memoriales e historias, porque era el más cercano a la hazaña —hazañas como debían ser las que a Quito importasen, a lo divino—, fue la gesta del Marañón, tan vasta y sólida que, con las Reducciones del Paraguay, son los dos capítulos mayores de la evangelización misionera católica en la América hispana. Allí estaban los nuevos descubrimientos, la verdadera conquista, las nuevas fundaciones, el campo abierto al celo evangelizador. Por ese lado el cerrado mundo quiteño se abría a la aventura, el riesgo y la maravilla. Y así, a través de las abras de la cordillera, por las selvas y ríos orientales, siempre en dirección al río mar que descubriera una expedición salida de Quito, avanzaron parejas las hazañas de apasionados quiteños y las historias de sus hechos.

Tales escritos, que llegan a una buena veintena, pueden dividirse en tres grandes capítulos.

Un primer capítulo corresponde a lo que se ha llamado "el ciclo del segundo descubrimiento del Amazonas". Tras las primeras noticias y crónicas, derivó hacia singular polémica: franciscanos y jesuitas se disputaban la gloria de haber sido los adelantados en ese "segundo descubrimiento".

El segundo capítulo corresponde ya al trabajo misionero en plena marcha. Lo escriben grandes misioneros desde las mismas fundaciones, y los textos van del testimonio más directo —cartas y diarios— hasta las inmediaciones de la historia, en la que no se entra porque no hay ni distancia ni holgura para ello. Escriben páginas ilustres de este capítulo varones estupendos como Lucas de la Cueva, Juan Lorenzo Lucero, Enrique Richter y Samuel Fritz, que son mucho más hombres de acción que escritores. La transición hacia el tercer capítulo está señalada por un informe, amplísimo y riguroso, del padre Francisco de Figueroa.

El tercer capítulo es el de las historias que se escriben a alguna distancia del hecho. En plena historia está ya el P. Manuel Rodríguez con su obra *El Marañón y Amazonas* (1684), en la que quiso dar cuenta de todo lo recorrido y obrado por las misiones jesuíticas del Amazonas, utilizando rica documentación y libros anteriores. Dentro de historias más generales incluyen la historia de las misiones los padres Mercado, Bernardo Recio, Juan de Velasco y Pablo Maroni. El *Diario de un misionero de Mainas* del P. Manuel de Uriarte narra, con conmovedoras objetividad y minucia, la salida de los misioneros expulsados, y la *Historia de las misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón español* de

Chantre y Herrera tienta, ya desde España, la suma de la colosal empresa.

De todo ello, el lector hallará en este libro breves páginas de los dos más ilustres escritores del primer capítulo: el jesuita Cristóbal de Acuña y el franciscano José Maldonado. Y páginas, también breves, del gran libro del P. Manuel Rodríguez, y de la *Historia Moderna del Reino de Quito y Crónica de la Provincia de la Compañía de Jesús* del P. Juan de Velasco a cuya gran *Historia del Reino de Quito* ha dedicado la Fundación "Biblioteca Ayacucho" tomo propio, razón por la cual no tiene en el nuestro el lugar que de otro modo le habría correspondido.

En 1637, ocho fugitivos de alzamientos de indios del Napo —seis soldados y los legos franciscanos Domingo de Brieva y Andrés de Toledo—, se metieron en una canoa y se fueron, aguas abajo por el Napo, hasta el Amazonas y siguieron hasta el Gran Pará. El gobernador Noroña, movido por lo que los dos hermanos contaban de su viaje, montó una gran expedición que recorriese el camino a la inversa, y la puso a órdenes del capitán Pedro de Tejeira. Tras muchas peripecias, llegó Tejeira hasta Quito y presentó informe. Transmitido éste a Lima, el Virrey mandó que Tejeira volviese a recorrer el gran río, haciendo su cabal descubrimiento y llevando a dos personas de letras que pudieran informar adecuadamente de lo obrado y visto. El fiscal del Rey propuso a la Audiencia que se nombrasen esos dos letrados en personas de jesuitas, y así tenemos ya en viaje por el Amazonas a los padres Cristóbal de Acuña y Andrés de Artieda. El P. Acuña aprovechó avaramente ese viaje de diez meses —de febrero de 1639 a diciembre del mismo año— para averiguar, observar, describir, demarcar y anotar. "Con cuidado averigüé y con toda puntualidad recopilé". De allí salió su *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas,* que vio la luz en Madrid, en 1641.

"La descripción del P. Cristóbal de Acuña —ha escrito Reyes y Reyes— tuvo el más grande influjo en su época para el conocimiento del Amazonas, tanto en Europa como en América". Ello fue que conoció más ediciones que cualquier otro escrito amazónico del XVII: en 1659, segunda edición madrileña; en 1682 y 1684, ediciones francesas; traducción al inglés en 1698, y al alemán en 1729.

Literariamente el libro del jesuita es el de un letrado, al que sólo falta fluidez. Una escritura correcta, elegante, se anima cuando da noticia de maravillas o busca manera de transmitir cosas de extrema novedad —"...un mundo nuevo, naciones nuevas, reinos nuevos, ocupaciones nuevas, modo de vivir nuevo..."—. Del conceptismo que, lo hemos señalado ya, comenzaba a tentar fuertemente en los círculos ilustrados de mediados del XVII quiteño, tiene rasgos de desenfado metafórico. Como cuando dice del Amazonas que "era la única canal, y como calle mayor, que corriendo por el riñón del Perú..." o habla de los "encumbrados cerros, que con el licor de sus venas, alimentan, y dan el primer sustento

a este gran Río...". Y en la misma línea está la comparación cultista que hace del gran río con el Ganges, el Eufrates y el Nilo.

Con ser tan breve, el *Nuevo descubrimiento* es compuesto, orgánico y completo. Los capítulos I al XVI, que resumen las entradas al oriente amazónico, forman una suerte de preámbulo. La relación comienza, propiamente, en el XVII, del modo grave, casi solemne, que el lector verá en la parte de los textos; desde allí el informe discurre con admirable rigor: el río, las islas, las gentes ribereñas y sus comidas y usos, armas y herramientas, ritos y hechiceros, géneros estimables —maderas, cacao, tabaco—, minas de oro. El nunca hallado Dorado. En total, ochenta y tres capítulos cortísimos; apenas mayores que párrafos. Pero la imagen es muy completa. Y concisión y rapidez no se pagan a costa de lo pintoresco y sabroso. No puede serlo más el capítulo XLI, que cuenta el caso "Un indio se hacía Dios", y hay otros lugares de especial valor etnológico y folklórico.

Lo mismo el *Nuevo descubrimiento* del P. Acuña que un texto que le siguió, la "Relación del descubrimiento del río de las Amazonas, hoy San Francisco de Quito, y declaración del mapa donde está pintado" —enviado al Consejo Real de Indias en 1639 y obra, como lo sospechó Jiménez de la Espada y ha podido comprobárselo después, del jesuita Alonso de Rojas, el predicador—, pusieron en celos a los frailes seráficos, que tenían sus buenas razones para dar por suyo ese "nuevo descubrimiento" del gran río. Y el más ilustre de los franciscanos quiteños del XVII, fray José de Maldonado y Villamor, comisario general de su orden a la sazón, escribió una discreta pero firme "Relación del descubrimiento del río de las Amazonas, por otro nombre del Marañón, hecho por la religión de nuestro Padre San Francisco, por medio de los religiosos de la Provincia de San Francisco de Quito, para informe de la Católica Majestad del Rey, nuesto Señor, y su Real Consejo de las Indias" (1641).

Su escrito, dice fray José, es obra de "testigo de vista fidedigno, y de las noticias que yo pude tener siendo mozo, de las conversaciones con mi padre, encomenderos y soldados, siendo después religioso, de haber andado algunas veces en aquellas tierras". No le interesa hacer relación extensa y detallada del gran río y su hoya, reconociendo haberla hecho ya, y con gran suficiencia, el P. Acuña. Y ni siquiera busca hacer apología alguna: su relato es sobrio, casi parco, aunque armonioso y en pasajes devoto. Apenas si en tal o cual momento, esa misma devoción le lleva a intensificar la prosa con algún acorde, o solemne o beato.

En cuanto a *El Marañón y Amazonas* del padre Manuel Rodríguez, inicia, espléndidamente, el ciclo de las grandes historias de la epopeya misional amazónica de los jesuitas quiteños.

Manuel Rodríguez de Villaseñor fue nombrado en 1678 procurador de la orden para ir a Madrid y Roma a rendir informes. En tal virtud, hombre ilustrado y estudioso, tuvo acceso a cuanta noticia acerca de las misiones requirió. Nombrado procurador general de las provincias de

Indias permaneció en Madrid, donde pudo completar, pulir y editar su magna obra, que vio la luz en 1684, el mismo año en que su autor moría.

En seis libros dividió su obra el P. Manuel Rodríguez, escritor dotado del sentido de lo arquitectural. En el primero pintó los telones de fondo, históricos y geográficos: descubrimiento y empeños fallidos de conquistar el Amazonas; estado de la provincia jesuítica de Quito. En el segundo dio un paso más de aproximación a su materia propia: relató las andanzas de "segundo descubrimiento" del gran río, siguiendo en lo fundamental a Acuña, cuya *Relación* integra a la obra como capítulos VII al XIII. El libro tercero se abre con la entrada de los padres Gaspar Cujía y Lucas de la Cueva a los Maynas. Comienza la gesta: fundación de pueblos, ministerios, lucha con la selva. Empresas tan enormes como las del padre Raymundo de Santa Cruz y sus caminos. Los libros cuarto, quinto y sexto tientan un recuento de entradas, obras y enfermedades y muertes de misioneros. El sexto apunta al futuro: nuevas noticias, novedades y esperanzas.

En el libro I, que es un largo preámbulo orquestado con amplitud casi pomposa, hallamos, más que al historiador de oficio, al escritor culto informado de la historia, buen lector de sabrosas historias y que ama situar los hechos en sus grandes contextos históricos. Sigue, para cumplir su cometido, a Francisco López de Gómara, a Agustín de Zárate y al Inca Garcilaso de la Vega. Y en lo que hace a la geografía, tres cuartos de lo mismo: Rodríguez es más viajero o lector curioso de geografías, que geógrafo. Es el viajero quien describe a su sabor el callejón interandino desde el Nuevo Reino hasta el Perú.

Pero lo que este historiador de circunstancia, este viajero puesto a geógrafo, es, por encima de todo aquello, es escritor. Escritor con ejemplar voluntad de prosa artística, que no pierde oportunidad de extremarse describiendo, narrando, urdiendo períodos, intensificando su prosa. Describiendo llega hasta pinturas como la del encañonado del Pastaza (que el lector hallará en las selecciones de textos), conceptista, muy intelectual, apretada, verbalmente ingeniosa. Narrando logra paneles como el de la entrada en Quito de los lamentables restos de las expedición de Pizarro (se lo hallará también), que llega a su clímax en una escena de vigoroso patetismo, con un grupo de sintagmas no progresivos en su centro y rasgos humanos agudamente captados ("Y gozaron todos de el pan como de fruta nueva").

Como todos los escritores cultistas del tiempo, nuestro autor tiene predilección por el estilo periódico; sabe trabajar sus períodos y los alarga sin empacho, y, cuando la ocasión pide solemnidad especial, los alarga aún más. (En el solemne preámbulo a la primera entrada de misioneros a los Cofanes, dieciséis miembros preceden al verbo principal, en conjunto de justo engarce gramatical y seguro ritmo).

El ritmo es la clave de esta prosa periódica, a la que la elegante complejidad no le quita cierta unción de literatura de espiritualidad. Así el final de la vida del P. Lucas de la Cueva o el relato del martirio del P. Pedro Suárez, donde se logra un ritmo anhelante a base de incisos cortos y ordenando en forma casi letánica los rasgos del relato. Donde el ritmo se hacía lento, esta prosa necesitaba recursos de animación. Y los tiene: acumulación, irrupción subjetiva, alguna suspensión. Animación, claro está, para aquellos tiempos quiteños de casi total estatismo, donde lo más animado y tenso eran las piedras y maderas de las retorcidas columnas salomónicas y los gestos patéticos que a sus tallas y telas daban los imagineros barrocos.

Por el mismo tiempo trabajaba ya el padre Mercado su *Historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quito,* y dedicaba los dos últimos libros de la parte quiteña —el sexto y el séptimo— a las misiones del Marañón, y textos de estos libros hallará el lector entre los del P. Mercado de nuestra selección.

La siguiente gran historia de las misiones de los jesuitas quiteños la compuso el mayor historiador quiteño del período hispánico, el padre Juan de Velasco. El centro nervioso de su *Historia Moderna del Reyno de Quito y Crónica de la Provincia de la Compañía de Jesús del mismo reyno* son las misiones, y la historia del vivir de la audiencia y del desarrollo de la Orden en ella, con ser tan ricas de datos y cuadros del tiempo, se convierten en escenografía de la acción y empresa principal. A través de una narración histórica expedita y exacta —sin las altas calidades de su *Historia del Reino de Quito*— Velasco muestra al historiador de talla que era. A un historiador como Velasco —riguroso, metódico, con gran poder de abarcar conjuntos y lograr síntesis (y aquello de tenerlo por crédulo o fácil hay que rechazarlo como burda equivocación)— *El Marañón y Amazonas* del padre Rodríguez habíale parecido históricamente muy deficiente, y quería corregirlo y completarlo. "Extraído lo principal de ella se reduce en abreviatura a lo siguiente" —escribe antes de darnos la vida del P. Juan Camacho (y eso que le parece "vida a la verdad admirable, vida singularísima; y vida que parece una novela"). Tal anuncio pudo haberse antepuesto a la casi totalidad de los apretados párrafos a través de los que discurre la obra, y de los que damos muestra al lector.

A mucho más que los nombres y textos referidos o transcritos en pequeñísimos fragmentos se extiende ese admirable capítulo de vida y letras de la Audiencia de Quito que fueron las misiones del Marañón. En cuanto vida, la aventura y epopeya —a lo divino— de las misiones orientales fue una de las claves de sentido del vivir quiteño por casi dos siglos: la proyección y prueba de un cristianismo que sin esa apertura se habría encerrado en un ensimismamiento asfixiante y casi mórbido. Tan radical sentido del hecho es lo que explica la amplitud con que se lo narró y ponderó. En este sector, como en los decisivos de la sociedad quiteña del

XVIII —entendámoslo: los decisivos dentro del pétreo sistema ya dicho—, vida y letras cierran un círculo. Se vivía pensando que todo tenía un sentido, un sentido unitario y totalizador de la existencia —la conquista, y no individual, sino social, comunitaria, de una vida mejor a través de la práctica del cristianismo y la renuncia a los bienes materiales en ésta—, y las letras asumían como función propia, como su participación en ese sentido, iluminarlo, señalarlo, explanarlo, en cada circunstancia de la vida. Y la circunstancia más alta fue, qué duda cabe, la gran empresa de las misiones amazónicas.

Muchos de los textos de la literatura quiteña del Amazonas y los libros pastorales y los de historia culminan sus mejores momentos con hagiografía. Pero tiene la literatura quiteña hispánica, por supuesto, obras formalmente hagiográficas. Resultaba lo más natural que así fuera.

El sistema necesitaba héroes. Una sociedad fundada sobre oposiciones radicalizadas y exacerbadas —cuerpo y alma, materia (o carne) y espíritu, pecado y virtud—, en las cuales un término se daba por el único con real sentido, y el otro era simple apariencia, mentira, equivocación, camino a la perdición, necesitaba encarnar tan desencarnada concepción. Y esas encarnaciones eran los santos. Podían servir, y de hecho sirvieron, los santos de fuera, contados por escritores de fuera, y a familiarizar a las gentes quiteñas con esos santos afuereños se puso a los mayores artistas quiteños. Sus tallas, sobre todo, eran objeto de predicación, culto y celebraciones populares. Y a quienes podían tener acceso, personal o grupal, al libro, se les guiaba hacia la lectura cotidiana de vidas de santos. Mientras, por todos los medios a su alcance, predicadores, confesores, directores espirituales y maestros de ascética y mística, incitaban a la imitación de esos santos.

Pero aún hacía falta algo para que este signo privilegiado dentro del sistema, que eran los santos, fuese plenamente eficaz, y los quiteños lo sintiesen más propio y cercano: santos locales. A lo cual seguirían, para iluminar el sentido del signo, hagiógrafos locales de esos santos.

A llenar esta doble necesidad vino Mariana de Jesús, la figura de mayor resonancia en la vida quiteña del XVII, y en torno a ella comenzó toda una corriente de literatura hagiográfica que llegaría sin perder volumen, aunque sí actualidad y brío, hasta nuestros días (Cf. Larrea, 1970).

Hemos adelantado ya que los de Loyola entendieron enseguida el provecho que podían sacar de la penitente e iluminada doncella y cómo la proveyeron de confesores y directores de espíritu, y, a su muerte, del predicador —parte del panegírico hallará el lector en este volumen. Le dieron también, y con mayor razón, el primer biógrafo.

Esa biografía es la obra mayor de la hagiografía quiteña del período jesuítico: "La Azucena de Quito que brotó el florido campo de la Iglesia

en las Indias Occidentales de los Reynos del Perú, y cultivó con los recursos de su enseñanza la Compañía de Jesús. La V. Virgen Mariana de Jesús Paredes y Flores, admirable en Virtudes, Profesías y Milagros" por el P. Jacinto Morán de Butrón. (Madrid, 1724). En ella, a más de rasgos y calidades de la escritura del tiempo, nos es dado ver cómo funcionaba la literatura en su papel de codificador y descodificador del riguroso sistema semiológico en que se quiso convertir todo el vivir colonial.

El libro es magnífico, y este es el punto de partida para todo lo que nos puede desvelar sobre una cosmovisión. Hay en él la sostenida voluntad de prosa artística puesta en boga por el conceptismo, y fragua hermosos lugares. Penetrantes, húmedos de unción, pintorescos de maravillas, tensos de dramatismo, graves y solemnes. Solicitado hacia el barroquismo por su inclinación conceptista, el jesuita se siente obligado a no usar sino discretamente del ingenio retórico, ante la naturaleza misma del asunto. "Oh qué gallardos paralelos se pudieran discurrir —comenta—, si el estilo de la historia no reprimiera la pluma!". Y, sin embargo, hace uso gallardo, barroco, de pluralidades, antítesis, contraposiciones que establecen *isócolos,* y, por supuesto, de toda suerte de metáforas, sin que falten las que se extienden en el juego analógico hasta la alegoría.

Pero es especialmente importante, rico de resonancias y denso de sentidos, el empleo de la antítesis, puesta al servicio de las dualidades sobre las que se edificaba el sistema sígnico. Como cuando doña Gerónima, hermana de Mariana, opone, en sostenido juego antitético, su situación de tibieza (es decir, próxima al extremo malo de la polaridad) al fervor de la doncella:

> "Si una inocente maltrata con este rigor su cuerpecillo, ¿cómo quien a Dios tiene ofendido no le satisface con penitencia? Si tan tierna edad madruga en buscarse incomodidades y penas, ¿cómo yo estoy tan tarda en solicitar el castigo de mi cuerpo, y sólo presta al regalo? Mi hermana, apenas tiene el uso de la razón, cuando procura emplearse toda en el servicio de Dios, ¿y yo tan tibia, que en edad madura sólo procuro agradar al apetito? Mariana tiene por olanes un silicio, por tela un espinoso zarzal, por recreo la disciplina y por alivio la soledad y oración, y yo, que soy su hermana mayor, quien debía enseñarla con el ejemplo, ¿sólo gusto del delicado lienzo, de las sedas más vistosas, de regalar mi carne y atender sólo al deleite?"

Y casi no hay acción o deseo, intención o sentimiento que no se presenten contrastándolos enérgicamente con los del vivir mundano o carnal. Y ello con tratamiento formal variado, rico o hábil.

A todo este excelente manejo de los instrumentos retóricos en uso —decidido, sostenido, pero a menudo asordinado y sutil—, hay que añadir innumerables aciertos de propiedad y sabor en léxico y fraseología y un dominio de la construcción que se aventura hasta el capricho, sin

nunca rebasarlo. Listo siempre el filo del ingenio, por si se diese ocasión de lucirlo, en los pasajes en que lo requiere la gravedad de la materia, la prosa tórnase grave, severa (Vea el lector aquello de las santas y ásperas "travesuras" a lo divino de la pequeña Mariana, en el capítulo V). Pero aun allí sucumbe al amor de la "agudeza y arte de ingenio", que dijera Gracián, y se complace en juegos al estilo de aquel de las cinco piedras de Mariana y la piedra con que David mató al filisteo, tan culterano. ("Llevó, como para entretenerse en su cuarto, cinco piedras de buen tamaño, como David para el triunfo que esperaba del Filisteo . . .").

Con estas calidades literarias, pocas obras de la literatura quiteña del período tan coherentes y rigurosas como instrumento de expresión e imposición del sistema ideológico dominante. Sistema, lo hemos señalado ya, de código muy simple y de naturaleza binaria que hace pensar en código y sistema paralingüístico —de donde sus vinculaciones profundas y como connaturales con la literatura. Una vida frente a otra vida, como el "sí" se opone al "no", el "aquí" a un "allá". La vida se opone a la no-vida; la vida de "aquí" —de abajo—, transitoria, a la de "allá" —de arriba—, eterna; la de "aquí", riesgosa, a la de "allá", quieta; la de "aquí", esencialmente infeliz, a la de "allá", dichosa o beata:

> "Para la Ciudad de Dios, donde perennes inundaciones de gozo anegan a sus ciudadanos, dejaba esta Venerable Virgen sus consuelos: no para este mundo, que sólo es valle de lágrimas y lugar de merecer; sólo para el cielo dejó el gozo de ver a su Dios y su Señor, porque sólo allí se goza del gozo, donde ni se puede estimar menos siendo sumo, ni puede perderse, ni ausentarse. Mientras vivía en la tierra Mariana sólo deseaba poseerlo; no en la vida, que la juzgó siempre región de penas, sino en la Gloria, que es la Patria del sosiego: su mayor deseo era no gozarlo en esta vida".

Es decir, la radicalización más implacable de la dualidad: aquí abajo no quería gozar ni de Dios. Y, por supuesto, menos aún de cualquier otro bien terrenal. Una por una se revisan las posibilidades de realizaciones terrenas de Mariana, mostrando cómo fueron negadas por la heroína. Tal negación total de la vida mundana se da —se supone— como condición para la conquista de la vida celestial.

El arte del gran retórico, del sutil retórico que es Morán de Butrón radica, precisamente, en musicalizar con habilidad planteo tan simple y casi maniqueo. Lo hace con motivos secundarios de añeja tradición cristiana: la batalla (guerra en la que el campo es el propio cuerpo, y el enemigo, el diablo), el viaje (Mariana "se alejó tanto de su carne, del apetito sensitivo, de las concupiscencias humanas, que pasó su espíritu a vivir en este mundo como en provincia extraña de la carne y como en lugar distante de su cuerpo").

Una vida en permanente y despiadada batalla contra los más hondos instintos vitales, en viaje de fuga de las exigencias del cuerpo y sus sen-

tidos, del yo y sus aspiraciones mundanas, resultaba empresa descomunal, casi imposible de sostener. Pero el sistema tenía un argumento tan palpable como esas necesidades corporales: la fugacidad de los bienes terrenales. (Y detrás de ese argumento estaba, para quien lo resistiese, la prueba suprema: la muerte). Mariana, al despedirse de sus sobrinas para recluirse en su retiro, "aconsejólas —dice el biógrafo— a que lograsen el tiempo, que no fiasen de riquezas, de donaires y hermosura, flores delicadas, que al menor viento se caen". Y ella misma sostenía este impresionante monólogo frente al esqueleto y ataúd que puso en el centro de su alcoba: "En esto pararás, Mariana, este será tu fin. De qué te servirán los gustos y recreos de esta vida, si te han de amargar en este trance...? Abre los ojos, Mariana, y lee con atención en este ataúd verdaderos desengaños...".

Con tal cosmovisión y tan radicales planteamientos, ya se ve por qué estos discursos son tan tremendos, de tan terrible altivez, de tan exaltada e intransigente afirmación. La bellísima Sebastiana de Caso, sobrina de la santa, es pretendida en matrimonio, y ha hecho voto de castidad muy temprano. A la consulta que le hacen Sebastiana y Mariana, el confesor, el jesuita P. Camacho, responde: "¿De eso se aflige, señora? Pida a su esposo que, atendiendo a su honra, le quite, si no hay otro remedio, la vida y se la lleve a celebrar las bodas en la gloria". Nada más. Con el empaque, el "onkos" y la verticalidad de un parlamento racineano. Y pide, en efecto, la muchacha morir si no hay otro camino para evitar la traición al esposo, y muere. Muerta, Mariana le despoja de sus cilicios, y hace preceder la entrega a los padres de la difunta de aquellos instrumentos teñidos de sangre, de discurso exaltado y vibrante, que no conoce de concesiones ni matices:

"'Quererle quitar a Cristo su esposa Sebastiana, fue querer malograr en flor su vida. Mi sobrina consagró desde muy tierna a Dios, con voto perpetuo de castidad, su pureza. Muchas veces os rogó la dejaseis atender sin embarazos a su observancia: instó vuestra porfía en casarla, ella os advirtió que su Esposo celaba mucho su honor; atropellaba con todo vuestra comodidad, ocasionada de la pobreza; pues veis aquí de vuestras molestias la resulta. Muy digno es de toda estimación el caballero que la pedía; pero anticipóse el Rey de la Gloria en sus amores; correspondióle tan fina, que estos cilicios y disciplinas lo publican; ellos hablan con mudas voces en su crédito. Consagróle Sebastiana a Dios su cuerpo, y violentada de vuestros imperios, ofreció su propia vida por evadir vuestras iras. Testigo soy de sus lágrimas y oración; y soy también testigo del feliz despacho que alcanzó por medio de María Santísima de Loreto. Si os desvelaba el solicitar su remedio, remediada la tenéis, pues cuando más, os costará el precio de siete pies de tierra en su sepulcro. Vuestras industrias la despacharon al cielo. No tenéis que llorar malograda su belleza, pues supo así asegurar la de su alma, por toda una eternidad. Si los padres son herederos cuando muere una hija, heredad estos ásperos

cilicios, estas ensangrentadas disciplinas, que vuestra es la sangre que las mancha; y sabed que éstos eran los tesoros de vuestra hija".

Parlamento que recuerda el que dirige Melibea a su padre desde la torre; pero aquí a lo divino; dentro de la rigurosa, de la tremenda coherencia de un sistema cerrado de valores y signos.

Con permanente y lúcida conciencia de que el hombre es un ser-para-la-muerte, y en trance de continua y total batalla contra el diablo, sus seducciones mundanas y sus aliados, los propios apetitos carnales y terrenales, esta era, claro está, una manera dramática de vivir, y su crónica podía alcanzar niveles literarios altos y tensos sin más que atender al sentido esencial de la existencia. Y el caso de Mariana de Jesús —aquí sólo nos interesa la Mariana de Jesús que nos dio en su libro Jacinto Morán de Butrón— era el de una situación límite en esta manera de vivir y sentido existencial.

Y como aquella era una existencia al borde de lo maravilloso; a menudo inmersa en lo maravilloso; y como eso "maravilloso", o demoníaco o celestial, no se tenía por ilusorio, sino por real y casi cotidiano, la literatura que de esa existencia procedía y a mantenerla apuntaba, fue una forma de realismo maravilloso.

El otro gran libro de la hagiografía quiteña del período, del que también damos muestra larga aquí, es la *Vida prodigiosa de la Venerable Virgen Juana de Jesús, de la Tercera Orden de Penitencia de nuestro Seraphico Padre San Francisco, que floreció en el Monasterio de Santa Clara de Quito,* escrita por fray Francisco Xavier Antonio de Santa María, edición limeña de 1756.

Escrita con el mismo sentido y finalidad última con que se escribió toda la literatura hagiográfica del tiempo, el autor confiesa sin rebozo la intención edificante, trayendo a colación, en el "Prólogo al lector", el caso de Loyola que, leyendo vidas de santos, pasó del gentilhombre Iñigo al penitente y apostólico Ignacio. Toda esta fue una literatura, no sólo comprometida, sino hasta utilitaria, y en tal condición llegaba a estar muy cerca de la oratoria. (Véase el final, tipo peroración, del libro de nuestro fraile).

Buen escritor Santamaría, franciscano recoleto de San Diego, predicador general y definidor, el *cursus* de su prosa es ancho; los párrafos bien armados, hasta redondear un paso o escalón de sentido cada uno, y variados en su construcción. Los ritmos, que van de uno más amplio y grave, a otro más cortado y nervioso, imponen en los mejores momentos un clima devoto intenso.

En el nervio del ejercicio retórico —en general, más bien discreto— está el amor al juego analógico que, cuando el ingenio está más vivo,

fragua en alegorías que los párrafos, concienzudos y redondos, desarrollan paso a paso. Y el dualismo extremoso que preside la cosmovisión fragua en antítesis que, en lugares más intensos, se acumulan: "Vivimos por los justos, los pecadores; porque, cuando nosotros, como insensatos, nos alegramos y reímos, ellos se mortifican y lloran; cuando nosotros pecamos, ellos repiten clamores al cielo, y cuando nosotros aturdimos al mundo con nuestros escándalos, ellos contribuyen a la edificación con su ejemplo".

En cuanto al idioma, con cuidarlo tanto, por aquí y por allá se le escapan al franciscano muestras de un habla vulgar mestiza, como aquello del "hombres han habido tan privilegiados" o el "y no quiere que ayga".

La cosmovisión, la del sistema dominante. Otra vez el dualismo extremoso: lo de arriba frente a lo terreno; lo perdurable frente a lo temporal. En la vida de Juana tales polos irreconciliables se proyectan en la oposición entre lo agradable y fácil, y lo arduo y penoso. Ya al comenzar su vida religiosa, al "regalo, quietud y sosiego" que dejó en su casa terrenal, se opone lo penoso del vivir monástico: roces, privaciones, humillaciones. Y llegan estas penalidades a tanto, que hay monjas que le aconsejan buscar el sosiego en el siglo. Pero no lo puede hacer sin caer en "caos de obscuridades, con el dañado aliento del Príncipe de las Tinieblas". Y aquí se da en otra antigua forma de la oposición, con larga tradición en la ascética y mística cristianas: luz-tinieblas: el demonio y sus tinieblas; Dios y su luz. ("Conforme se le fue aclarando esta luz, se le fue despejando el entendimiento de las sombras diabólicas que le ofuscaban").

Enfrentada al dualismo de extremos inconciliables, Juana debe terminar con cualquier apego a las cosas terrenales. Su director espiritual más certero y autoritario, el jesuita de Casas, le instruye: ". . . su majestad cela mucho en sus almas escogidas cualquiera afecto o leve apego a lo criado". En una visión, el niño Jesús llega hasta Juana con unos pobres tiestos de barro, que ella tenía, y frente a ella, los quiebra. El autor lo comenta repitiendo, casi palabra por palabra, la sentencia del asceta jesuita. Y el Señor, por propia voz, lo remacha: "Hija, le dijo el Señor, las almas que me sirven y aman con apego a lo temporal, por mínimo y tenue que sea, no me dan lugar para descansar como en trono de mis delicias".

Decidir siempre contra naturaleza, violentando el instinto del placer —cuya honda y extensa presencia mostraría Freud— era cosa brava, casi agónica. Y también en esta biografía ocurre, casi como leitmotivo, la imagen de la guerra. Que es aquí, más que en la "Mariana de Jesús" de Morán, guerra del demonio, aliado con la carne ("instigada del demonio, la carne le hizo terrible guerra . . ."), contra la doncella. Y la peripecia misma se monta como un duelo, sin cuartel, entre el enemigo y la monja: "Viéndose el enemigo burlado de Juana, quiso aportillar su fortaleza con otra máquina . . .", "armado de nueva saña el demonio de

verla ya en el convento, procuró turbar su espíritu con nuevas y terribles sugestiones. . .", muy bien conoció el demonio que ese hábito que había de tomar Juana sería "nueva fortaleza y peltrecho contra sus tiros y artillería".

En cuanto al argumento último para perseverar en guerra tan contra natura y tan, a menudo, desolada y amarga, es el mismo que ocurrió en el libro de Morán de Butrón. La voz del Esposo le dice a Juana, cuando ésta se batía ya en retirada: "Qué permanencia puede tener esto. . .". Lo cual no es sino uno de los términos de la antinomia fundamental: frente a lo contingente, mudable e inseguro de aquí abajo, de la tierra, de los sentidos y vanidades, lo eterno y permanente del cielo y el espíritu.

El libro de Santamaría es más que una biografía; es, en mucho, un manual de vida espiritual. Un pequeño manual es en sí la suma de instrucciones dadas a la monja por el jesuita Casas (capítulos XII y XIII del libro I). Y el Señor en persona da a Juana una regla: "Yo quiero —le anuncia— fundar en ti una religión interior, en que, sujetas las pasiones, potencias y sentidos a la razón, con singular recogimiento y abstracción total de lo visible, miren uniformes mi beneplácito, como a único fin". Y no queda la cosa en señalamientos para una praxis ascética: se atiende a su fundamentación teológica. Y ello se hace de modo tan original y penetrante que parece desbordar las posibilidades del franciscano y dejarnos ante un material de Juana que él habría podido manejar: son los hondos, claros y sabrosos diálogos de explicación del credo entre Dios y Juana, en ejercicio divino de mayéutica.

Y hay más en el libro que debemos atribuir a Juana, y no al fraile, que paladinamente confesó —en el prólogo galeato del libro— tener estilo a veces un tanto insípido y pintar las cosas con poco color. Son lugares de tan alta y fresca poesía como el del rezo de maitines, que hallará aquí el lector; son visiones de exacta plasticidad y narración ingenua. Con esos pasajes, Juana de Jesús nos deja ya en los altos y enrarecidos territorios de la mística quiteña.

Podía habérselo adelantado a priori: siendo éste un período de plenitud, y siendo su orientación casi totalmente religiosa, los mayores escritores del tiempo habrían de ser místicos. La mística es la culminación de la experiencia religiosa; y es culminación totalizante, que compromete en la vivencia todo el ser, de donde sus resonancias estéticas y verbales, a las que las literaturas de sazones de alta religiosidad —como las de la España del primer siglo de oro— deben sus piezas mayores. En Quito acontece, efectivamente, lo que habría sido dado adelantar: los mejores escritores del período están en camino a la mística o han llegado ya a tan obscura e iluminada montaña. Los unos y los otros constituyen cumbres —cumbres de escritura— de toda una cordillera de espirituales quiteños —un

ramal del gran macizo hispánico, pero con notas quiteñas, tan quiteñas como las del barroco que se hizo en este rincón del nuevo mundo—.

Y, dando por la primera mística quiteña que nos dejó páginas autobiográficas a Juana de Jesús, la segunda es Gertrudis de San Ildefonso, que floreció en el mismo monasterio y por el mismo tiempo. Su "La perla Mystica escondida en la concha de la humildad", según el título que le diera fray Martín de la Cruz, su director espiritual, redactor en buena parte de la obra y compilador en otra, permanece aún inédito (tres gruesos tomos) en el monasterio de Santa Clara.

En la obra contrastan de modo flagrante, a veces violento, dos maneras de prosa: la simple, natural y fresca de Gertrudis —encantador espíritu—, y la culterana, pagada de ingeniosidades, del carmelita. Lo que cuenta para la literatura del período es, por supuesto, lo de la monja.

Tras los comienzos autobiográficos, tan sabrosos y con tanta carga afectiva, la historia deja la superficie y se interioriza hasta dejar de ser historia. Quedamos ante extraños vaivenes espirituales, ante calas de aguda introspección, ante un lúcido desbrozar complejidades del camino interior. Y muy pronto tan admirables buceos se enfrentan al reto de decir lo que ocurre en zonas abisales, donde las palabras han perdido su capacidad ordinaria de significar —la cual es una de las claves estéticas y semánticas de la literatura mística—.

Sucesos extraños; visiones imaginarias e intelectuales; fenómenos de extraordinaria comunicación. Todo ello con acento y matices muy personales, entre los cuales suena agudamente el de la ternura, tan indio y tan femenino.

No tiene el discurso de Gertrudis ni organización ni avance gradual a través de moradas, vías o estados; a muy corto trecho del comienzo, damos ya con un texto de desposorio ("Y pasado como un cuarto de hora, salió de repente el Sumo Pontífice. Y con habla sustancial dijo a mi alma: ahora se hace el desposorio... Y siendo el Verbo Humanado el esposo, se dieron las manos, el esposo a la esposa": apenas en los folios 71 y 71 vuelto del primer libro). Y siguen otras revelaciones de amor unitivo.

Entonces el lenguaje, antes aún de haber aprendido a habérselas con tamañas empresas, se ve obligado a los más increíbles retorcimientos para decir con léxico simple —Gertrudis es ajena a cualquier refinamiento literario— tan desusada y alta peripecia. Porque todo lo que acontecía, así lo luminoso y alto, como lo amargo y doloroso, era nuevo de toda novedad, y exigía violentar la lengua para decirlo. Pero Gertrudis lo dice. Era toda una escritora con sabidurías de oficio —alto instinto—; con estilo; con instrumental retórico simple, pero eficaz. Por simple, más eficaz. Nunca son más bellos y hondos sus textos, que cuando son sencillos hasta la ingenuidad, frescos hasta el candor. Y son sabrosos por lo conversacional; por el color tan cercano al de los imagineros quiteños y al de la decoración popular. Y, sin violentar la tónica de esta sencillez y frescura, se logran, cuando es menester, expresiones de notable origina-

lidad y fuerza. Como cuando habla de "unas vehemencias amorosas en que, como en volandas, llevaban al alma", o cuando pondera unos dolores como "tan grandes que parecía víspera de morir". También originalidad y fuerza se nutren de lo coloquial.

Esta prosa, sencilla y sabrosa, entre primitiva y coloquial, es, no obstante, lúcida y exacta hasta la sutileza. Una especial voluntad de rigor le hace acudir hasta al tecnicismo místico para caracterizar acontecimientos decisivos:

> "Sentí, con más fervor, los llamamientos interiores, y, al punto, el alma toda abstraída a Dios nuestro Señor, en acto sencillo de fe y simplísima inteligencia, en que la tuvo el Señor durante como una hora. Y con unos afectos sustanciales me llegué a recibirlo en el Santísimo Sacramento; y habiendo pasado como un cuarto de hora, se me manifestó Su Majestad imaginariamente, como un Cordero, tan hermoso y blanco como los ampos de la nieve, y su boca o labios, como un carmín, que causaban, en su hermosura, un género de agrado a la vista interior, en que noté andaba el Señor recreándose con el alma, en demostrarse con estos semblantes; pues, recogiéndose el alma al interior y dejando esto imaginario, se mostró, de repente, Hombre y Dios verdadero, que lo miraba mejor con los ojos del entendimiento y claros que la fe me ministraba. Y, encendido con esta interior vista el afecto, en su amor, cogiendo alas afectivas, lo volvió otra vez a gozar, Cordero".

¡Cuánto cuidado en precisar y delimitar! Los pasos son de "acto sencillo de fe y simplísima inteligencia", a "afectos sustanciales", a manifestación imaginaria, otra vez a "ojos del entendimiento" y la fe, y, encendido el afecto con esta interior vista, otra vez a lo imaginario.

(Buena parte del efecto de exactitud y rigor que esta prosa deja débese a las notaciones cronológicas frecuentes y precisas: "...en que la tuvo el Señor como una hora", "durante como una hora", "y aviendo pasado como un cuarto de hora"...).

La voluntad de rigor se extiende hasta la descripción, codiciosa de captar el menor detalle, por lo que de significación pudiese tener, de visiones. Pero no se cae es topografías detallistas inertes, si no se pintan cuadros de rico detalle y fuerte y contrastado color:

> "Y tendiendo la vista, reparo que a un lado de ese camino había otro obscuro, y muy tenebroso. Con dos barrancos. Y reparo también que su tierra era tan negra como unos tizones muy negros. Mas el camino donde estaba parada y detenida era diferente. Su terruño era medio blanquisco, y noté que este camino estaba como desechado, sin trajín de persona alguna".

Lugar dantesco por la exactitud y la pintura fuerte. La fuerza estriba en la bimembración. Cuatro casos en tan pocas líneas: obscuro / muy tenebroso; negra / como unos tizones negros; parada / detenida; como

desechado"/ sin trajín de persona alguna. (Y era, exactamente, la razón por la cual se usó tanto de la bimembración en la prosa española del período áureo: voluntad de matiz, de rigor, de precisión).

Y, así como el rigor y exactitud en nada se oponen al tono general de simplicidad y frescura casi conversacionales, y, más bien, salvados, por supuesto, los tecnicismos místicos, lo acentúan, así ocurre con el calor humano. A menudo el empeño por consignar hasta el detalle procede de una alta emoción y a alimentarla apunta. Los valores afectivos de la escritora son muy femeninos. De gran ternura. El amado se le muestra "en un tierno niño, en medio del corazón", "como tierno niño se había arrojado en los brazos de su esposa".

Pero, siendo todo lo hasta aquí señalado parte del secreto de esta prosa tan bella y justa para lo espiritual, no es lo mejor y más decisivo del secreto. Lo es el ritmo. Acaso el ritmo sea auténtica clave estructural de tan estremecidas memorias interiores; ciertamente es el mayor intensificador, el más constante intensificador de esta prosa. Porque un ritmo eficaz, sostenido por nunca disminuido aliento, anima las páginas de "La perla Mystica", transmitiéndonos en la inmediatez del significante todo un mundo extraño, sutil y rico de significados.

Estupendo libro, en suma, "La perla Mystica escondida en la concha de la humildad" (escondido aún en el claustro donde Gertrudis vivió y murió). De tan auténtico y personal como es, todo nos sabe a mestizo —quiteña, hija de sevillano y quiteña fue Gertrudis—; pero hay pasajes que de modo especialísimo trasuntan lo mestizo quiteño. Cristo se le muestra a la religiosa, cuando crucificado, como en las tallas maceradas de la más trágica imaginería quiteña: "...el pecho muy renegrido. Las espaldas heridas y muy maltratadas. Su cara santísima estaba llena de cardenales...", y cuando glorioso, con los colores claros y dulces de Samaniego o Rodríguez. El demonio se burla de ella con quichuismo familiar al habla quiteña: "Pues viéndose el enemigo ya vencido, empezó a dar voces contra ella y decirle: Miren, miren, vean, vean, la santita de porquería, Atatai". Y a la hora de ponderar un vocerío, la asiste quiteñísima imagen: "Levantando tal alboroto que al modo de los cohetes reventando, de uno en uno; así de una en una, hasta que todas como un castillo de fuego arrojaron sus sentimientos de llamas contra mí".

En cuanto al sentido final de todo esto, ante un espíritu tan luminoso y férvido, y ante vida interior de tan soberana libertad que desborda espléndidamente el andamiaje conceptual del sistema cabe pedir a Bergson las últimas razones. Esta es la religión dinámica, que él dijo. El gran místico, dijo también, sería el individuo que franquearía los límites materiales asignados a la especie. La clave última, pues, de prosa tan rica de vida, tan libre, tan simple y a la vez tan penetrante y honda, es una trayectoria vital de inmenso impulso y empuje irresistible.

El siguiente texto pertenece al grueso volumen titulado "Secretos entre el alma y Dios", obra de Catalina de Jesús Herrera, monja de coro del monasterio de Santa Catalina de Quito, que, aunque escrito, según la monja, por expreso mandato del Señor, ofrece un caso curioso del "para quien" se escribía. Aquí y allá protesta la autora escribir sólo para su director espiritual; pero por algún lado se le escapa que aquello algún día sería "bien murmurado".

Sor Catalina no era escritora de ocios; pero ni lo era de oficio, y, por más que a menudo lo hiciese sabrosamente, no la solazaba el escribir. Más bien, a la hora de ponerse al quehacer, sentía renovarse nunca bien dominadas repugnancias: ". . . en pensar que ha de llegar las nueve de la noche para ponerme a escribir, me tiembla el corazón con la grande repugnancia que siento". Con todo ello, nos dio una de las obras fundamentales de la prosa quiteña de espiritualidad del período hispánico.

El asunto del voluminoso y espléndido libro es la vida de sor Catalina, cargando el acento en lo interior y espiritual. No se trata de un discurso autobiográfico ordenado, sino más bien de un ir consignando cuantos recuerdos se le ofrecían vinculados a gracias o iluminaciones divinas. Tal recuento discurre con algún sentido de sucesión cronológica en la parte de infancia y juventud; más tarde tal sentido se pierde casi por completo y quedan sólo imágenes y sucesos donde el tiempo apenas cuenta, como no sea por vagas referencias a un antes o un después o fugaces alusiones al entorno. Y, por supuesto, el discurso narrativo se remansa o afonda en lugares de reflexión y piadosa ponderación.

La perspectiva del narrador es clara y neta. Por supuesto, la primera persona autobiográfica, pero como confidencia a un tú, el tú divino; confidencia húmeda de afectos. Confidencia que llega a la forma oración. (La misma autora dice que Dios le mandó escribir "en forma de oración"). Pero es oración que nunca pierde el tono del diálogo, de donde su vibración y gracia en tantos deliciosos pasajes. Como este:

> "¿O fue, mi Dios, que Tú juegas con tus criaturas, y por animarme a obedecer, me hablaste en eso la verdad? . . . Y de este modo, como dicen los niños, se engañan los bobos. Pues yo creí entonces que acabaría breve. Y Vos te estabas como riendo cuando yo escribía con prisa. Y no te entendía tu enigma".

(El Señor había prometido a Catalina que tan pronto como acabase de escribir la sacaría de la vida temporal a la eterna y la llevaría a El, y no hubo tal. De allí el amable reclamo).

En lo idiomático, el libro no puede ser más sugestivo. Comenzando porque a la escritora le interesan hasta asuntos teóricos de la comunicación: ". . . me habló esta voz muy superior (que por no saberme explicar digo *voz* y me explico con palabras)". Es decir que, más allá del contenido del mensaje, presta atención al medio.

Una voluntad de forzar el instrumento expresivo la lleva a crear palabras, sobre todo por procedimientos de derivación y juegos metafóricos: "no seas *ceremoniática*", "por *hidropicarnos* con los vicios", "a vista de mi poquedad y *cuarteamientos* de agradecimientos", "*intempestuosa* entrada".

Caso especial es el uso —violento— del verbo en forma activa y directa, con sentido de forma perifrástica indirecta: "Y que sola esta virtud las cobija y *escapa* de su vanidad y falsa fama". ("Escapa" evidentemente por "hace escapar").

En léxico y construcción dan sabor a esta prosa mestiza numerosos quiteñismos: "y *de que* nos estuvimos acostando", "y que acabado el ministerio a que *dentran*, los saquen luego fuera", "a Vos te quiero, Bien mío, *más que sea* sin ellos", "y *cuenta que* es muy listo nuestro propio contentamiento".

Pero más cuentan para el efecto artístico de este estilo expresiones idiomáticas de mucho sabor y gran valor plástico, que abundan en la prosa de Catalina: "Yo he sido toda mi vida un pedernal para llorar", "la apeó el prelado del oficio".

Por supuesto, aún más de notar y en cuanto al sentido fundamentales, son expresiones de gran propiedad idiomática y extraña exactitud, como cuando dice que Dios "no quiere que se le pida con desconfianza y tibieza, sino con agonía confiada". Formas como "agonía confiada" explican la penetrante hondura de estos textos. Aunque la escritora sabía que tenía que habérselas con materias en las cuales llegar al decir exacto era empresa casi imposible. "Que los de el alma los digo hasta donde puedo. Que el decirlos todos no se puede, porque apenas se puede dibujar un bosquejo. Y sólo los sabe quien los pasa, y lo entiende quien los experimenta. Pero no se pueden sujetar a la narración". Y, a medida del reto, estaba el escrúpulo: "Y sólo nos hablábamos con los entendimientos e inteligencias (que me parece lo mesmo)".

En cuanto al instrumental estilístico del que se echa mano para adensar y animar la prosa de los "Secretos entre el alma y Dios", sin ser muy variado ni especialmente refinado, es tremendamente eficaz y confirma la impresión de gran escritora que nos deja, desde el primer momento, Catalina. Los recursos se ejercitan en una triple dirección: verbales, plásticos y patéticos.

La preocupación por el rigor léxico —ya dicha—, unida a la casi insoluble dificultad que ofrecía el poder decirlo todo con la palabra o frase justa, explican en la prosa de la mística el recurso a juegos de palabras, como expresión de sutiles complejidades conceptuales. Repeticiones polisémicas, analógicas o antitéticas tienen, por su hondura conceptual, resonancias agustinianas: "¿Quién soy yo, mi Dios? Si digo que soy nada, digo mal; pues la nada es más limpia que todo lo que encierra el universo mundo, pues ninguna inmundicia puede tocar ni ensuciar a la nada,

porque es nada", "Apartando, mi Dios, de nosotros todo aquello que nos puede apartar el corazón de Vos".

Y, por supuesto, también aquí, la antítesis tiene lugar de privilegio. Esta vez para expresar un dualismo personificado en los extremos de Dios y su criatura, extremos tensa y apasionadamente unidos por aspiración y dación, plegaria y respuesta, diálogo en suma.

> "¡Oh Señor, quién soy yo y quién sois Vos! Se abisma el entendimiento considerando la máquina de beneficios que tu grandeza ha obrado conmigo, y la nada que los ha recibido. ¿En dónde se encierra tanta máquina de bienes hechos a la miseria que no los ha sabido jamás corresponder? ¡Oh grandeza la de Dios! ¡Oh nada la mía! ¡Oh hermosura, empleada toda en amar una fealdad! ¡Oh bondad, deshecha por una suma maldad! ¡Oh riqueza, enamorada de la suma pobreza!".

Hasta siete expresiones de la misma antítesis, con el contraste reforzado por el patetismo de la exclamación insistente y repetida, anafórica.

Las comparaciones son, como en los grandes narradores sustantivos, simples pero eficaces y de gran valor plástico. Y los términos de comparación, de ordinario muy familiares y caseros. Nunca vienen con misión expresa de hermosear o adornar: vienen a explicar, a profundizar, a dar más expresividad y sabor al discurso.

Y al ser ese discurso tan férvido y tenso, y estar tan apasionadamente dirigido al tú con quien y para quien se vivía la riesgosa y alucinante aventura, multiplícanse los recursos patéticos: interrogaciones, obcecraciones, apóstrofes, dialogismos, confesiones, reticencias, exclamaciones.

Con tan alto don de lenguaje y estilo, sor Catalina de Jesús hace un estupendo libro. Estupendo como narración: como retablo de bellísimas e intensas pinturas; como monumento de sostenidos ritmo y tono.

Porque sabe narrar, y ama hacerlo. A menudo hace avanzar su confesión con pasajes que constituyen episodios de firme unidad, sostenido interés y tenso dramatismo, como el de la monja que murió primero (que hallará en este libro el lector), sacudido de espantos y anhelante y en riguroso estilo sustantivo.

Narradora exacta, la guayaquileña en cuatro trazos adensa un asunto y le confiere tenso dramatismo. Y, como buena costeña, es narradora fácil y vivaz. Hecha a visiones de insólita grandeza y desusado horror, narra con fuerza. Y, espíritu libérrimo, narra con libertad casi superrealista, desbordando limitaciones de tiempo y espacio, destrozando procesos de la percepción ordinaria y urdiendo las más extrañas y desasosegantes configuraciones simbólicas.

Y, por si fuera poco, y esto se aviniese con aquello, tiene humor. El Dios de esta mística tiene gracejo, y ella no se desdeña de usar cierta socarronería para dar a las monjas graves lecciones.

El otro valor capital del libro son las pinturas. Unas, vibrantes de emoción, trémulas de humanidad; otras, tremendas, con raro poder de trasmitir impresiones de obscuridad, miedo, desagrado; otras, monstruosas. Todas —lo mismo las translúcidas que las de ominosas tintas cargadas, lo mismo las amables que las de pesadilla— nerviosas, vivas, exactísimas. Como para recordar, por rigor y fuerza, las de la comedia dantesca. (Busque el lector, al final de nuestra selección, los apocalípticos cuadros de las fantasmales procesiones de penitencia y el atemorizado desconcierto de aves y brutos).

Y, con ser tan altas las calidades de esta narración y estas pinturas, acaso los mayores valores de los "Secretos" estén en una dirección auditiva, preferentemente rítmica. El mismo tono de confesión al Tú divino o de plegaria preside el justo ordenamiento de los grupos fónicos y el pautado rítmico de los conjuntos. Emociones y afectos se nos comunican con rara inmediatez en virtud del ritmo; el ritmo es significante sutilmente eficaz de gozos y agonías, temores y expectativas, miedo y confianza. Para el efecto final, se suma el tono. Ritmo y tono son los grandes mediadores para la transmisión de un mundo de tensa vibración interior, de alta y apasionada emoción, de iluminada visión.

En cuanto a la peripecia, la aventura de Catalina es interior. Está hecha de sucesivas desvelaciones en espacios interiores y al margen de devenir temporal alguno. Y en cada una de esas desvelaciones, a lo que se apunta es a buscar el sentido; a descodificar imágenes cifradas, con cifra a la que lo onírico confiere extrañeza y hermetismo. Las claves de descodificación son las del sistema sígnico común a la espiritualidad del tiempo. Sólo que en Catalina, demonio y tentaciones mundanas han perdido poder, y quedan, como grandes actores solitarios en la escena Dios y el yo de la mística, de donde aquello de "Secretos entre el alma y Dios". Entonces, al haber despojado al demonio de su papel antagónico y no acudir a sus manipulaciones para explicar tantos obscuros y desasosegantes estados, Catalina se fuerza a extremar el análisis en busca de explicaciones rigurosamente interiores, y ahonda abisalmente en la complejidad de su yo.

A través de temerosos pasos y ásperas subidas, el itinerario desemboca en el amor. Por el amor y para el amor se exige la desnudez interior, y la entrega plena al amor produce la paz y lleva a la unión:

> "Parecióme que mi alma era o se extendió a toda esta grandeza y que vio llena de la inmensidad de Dios, y dentro también, toda ella, de la inmensidad divina. De suerte que me parecía era mi alma también una inmensidad, que parejo con aquella inmensidad divina lo miraba todo y entendía. Parecíame que no era mi alma y otro Dios, sino que Dios y mi alma eran tan uno, que no había cómo dividirse".

Más allá de esta realización interior de estupenda unidad y altísima pasión amorosa, está en el libro de Catalina, como entorno que se filtra

por rápidos pero certeros resquicios, el Quito del tiempo. Desde las brumosas alusiones a riesgos del camino en el viaje del Guayaquil natal al Quito de la nueva vida, hasta los escorzos de la ciudad flagelada por descomunales aguaceros —más amenazadores por estar edificada sobre quebradas apenas tapadas, y el monasterio daba a una de las mayores—; siempre amenazada por las erupciones del Pichincha y temblores de tierra (y estaba a punto el dicho de los ancianos de que "cuando hubiese alguna ruina, huyesen de la mitad de la plaza hacia la parte de San Blas, que era tierra firme y segura"); y de tiempo en tiempo diezmada por pestes. Ciudad erizada de chismes y murmuraciones; escandalizada a sus tiempos por algaradas frailunas; con una vida monástica en la que coexistían observancias heroicas e iluminadas trayectorias espirituales con relajamiento e institucionalización de desórdenes. Un mundo complejo, extremoso y rico. Tan rico como para alojar con holgura las heroicas aventuras apostólicas de los misioneros de Mainas, las febriles y transfiguradas tallas de los grandes imagineros, las sutiles y laboriosas inquisiciones y discusiones de los doctores de sus tres universidades, la creciente altivez y rebeldía de criollos y mestizos, y libros tan hondos e iluminados como el de Catalina de Jesús Herrera, priora del monasterio de Santa Catalina.

Junto a santos, ascetas, místicos y beatitas, guiándolos por el camino de perfección, ilustrando sus perplejidades y sosteniendo sus desfallecimientos, desenmascarando ilusiones peligrosas y exigiendo entregas cada vez más totales, estaban los directores espirituales. En todos los casos de esas gentes virtuosas, el confesonario, más que tribunal para la absolución de pecados inexistentes (a menudo se planteó el caso de confesiones nulas por falta de materia, y se tiene que recurrir a algún hipotético pecado de la vida pasada para dar alguna materia al sacramento), era lugar de consejo y orientación. Y qué lugar vital llegase a tener el director de espíritu en esas existencias beatas a la vez que agónicas, ávidas y desoladas, lo muestran, casi con dramatismo, las autobiografías de las místicas quiteñas.

La tarea de la dirección espiritual se hacía, claro está, por comunicación. El dirigido abría, con palabras, su alma al director, y éste, también con palabras, las suyas o acaso las de algún autor o libro, le mostraba la doctrina y prácticas que al caso hacían. Los espirituales mayores del tiempo iban edificando, en el estudio y experiencia, su propia doctrina ascética y mística, y algunos granjearon subida fama por la elevación de esa doctrina.

En algunos casos la escribieron. Y, al menos en una de esas ocasiones, con altísima calidad literaria. Con la que pedían tan altos y sutiles asuntos, tan alucinantes combates y tan total aventura. Es el libro que

completa la presente selección de la prosa de espiritualidad quiteña: *El más escondido retiro del alma,* de fray José de Maldonado (Zaragoza, 1649) —el mismo autor de la relación sobre las entradas de los franciscanos quiteños a las selvas amazónicas, que veíamos páginas atrás, quien, elevado a las más altas dignidades de su orden, llegó a ser tenido en España como uno de los más sabios y prudentes maestros de espíritu (fue director espiritual de la condesa duquesa de Olivares).

El libro, vasto y rigurosamente construido a través de sus tres grandes partes ("En la primera, asiento la doctrina general. . . En la segunda propongo materia para meditar. En la tercera asiento las tres vías, purgativa, iluminativa y unitiva"), constituye una espléndida suma de saberes ascéticos y místicos. Doctrina bien fundada y propuesta con la pasión de quien ha visto claros los caminos y ha sentido la urgencia de los plazos; de quien sabe, más que con ciencia teorética, con sabiduría madurada al amor de largos soles interiores. Y, sobre todo, lograda en espléndida conjunción semántico-estética, que hace de *El más escondido retiro* obra magistral, no sólo de espiritualidad, sino de literatura.

Explicaba en el prólogo el iluminado fraile, que dirigía su obra, no a los doctos, sino a los que carecen de letras y de libros. "Por esto —concluía— no pongo cuidado en el lenguaje". Mas, pese a esta última declaración, y en virtud de la intención general de alcanzar a amplias audiencias —que le puso a resguardo de la abstrusa jerga de las escuelas ("Vamos dando a entender este misterio –dice por ahí–, excusando todos los términos y modos que usan los teólogos. . .")—, el quiteño cumplió magnífica empresa de lenguaje y estilo. Como artista y gran escritor que era.

Porque, para comenzar, construyó su libro en torno a motivos temáticos.

El motivo temático central —leitmotivo— es el del título del libro: el más escondido retiro. Se lo va repitiendo —con variaciones temáticas— e ilustrando desde todos los ángulos, cada vez con mayor hondura, hasta los últimos pasos de la vía unitiva, cuando el alma "vese como en un glorioso sepulcro" y se presenta la séptima morada de Santa Teresa como el más escondido retiro, el *apex mentis* o cumbre del alma.

Y en este hacer partir la doctrina del leitmotivo o llevarla a dar allá muestra fray José ser hijo de su siglo en lo que hace a agudeza conceptual y arte de ingenio.

El tema del retiro-sepulcro-obscuridad podía tener connotaciones negativas, casi lúgubres, aun en aquel tiempo en que el sistema sígnico dominante ponía a la muerte como antesala de la vida. De allí que nuestro autor contraponga cuidadosamente a las notas negativas sendos rasgos positivos. Desde el título: "El más escondido retiro del alma, en que se descubre la preciosa vida de los muertos y su glorioso sepulcro". A "muertos" se opone "preciosa vida", y a "sepulcro", "glorioso". Entonces, la dualidad sobre la que estaba construido el sistema, adquiere la tensión estético-semántica de la paradoja y la antítesis:

"Según esto diremos: que en esta vida hay *vivos muertos* y *muertos vivos*. El mundo los distingue de esta manera: al que ve que se regala y pasa el tiempo con entretenimientos del mundo y deleites de la carne, dice que vive; y al que da de mano al regalo y deleites, y pasa necesidad y trabajo, dice que muere. Cristo Señor nuestro, descubriendo a los primeros (que el mundo los mira como vivos), dijo en una ocasión, hablando con sus discípulos: *dejad a los muertos enterrar a los muertos*. Y San Pablo, descubriendo a los segundos (que Dios los mira como vivos) dice: Es así, que estáis muertos en los ojos del mundo, mas vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Luego, preciosa es la vida de los muertos".

Imágenes que se constituyen en leitmotivos secundarios son las del camino y las mansiones o aposentos escalonados —clásicas en estas materias—; la del pueblo de Israel en éxodo por el desierto, con sus tres etapas de destierro, desierto y tierra prometida; la de la luz y el fuego. Estas imágenes, al extenderse y aprovecharse en cada uno de sus elementos, se convierten en alegorías. Estupenda es la alegoría de los tres estados del pueblo de Israel en su marcha hacia la tierra prometida, como imagen de tres momentos de la aventura espiritual. Y en cuanto a la de la luz, contribuye sutilmente con su repetición a la unidad. En algún momento —bastante avanzado el texto— esa luz se relaciona con el calor, y se llega al Sol:

"...cuando experimentamos que el Sol calienta con demasía, decimos que es un fuego, y no pudiendo verle de hito en hito, vemos la claridad que causa, y decimos: el Sol es luz; vemos que con su calor ayuda a la tierra a que produzca sus frutos, y decimos: el Sol es Padre. Vemos que con la fuerza del calor endurece la tierra, y ablanda la cera, marchita y deshace las plantas, y decimos que el Sol es fuerte...".

El criollo, nacido bajo la línea ecuatorial, en tierra que fue habitada por pueblos inmigrantes que llegaron buscando el Sol, y lo adoraron y amaron como a la más poderosa y paternal de sus deidades, se complace en la imagen. Y dijérase que las mayúsculas de Sol y Padre sacaron a luz obscuras vivencias ancestrales.

Obra construida con tanto dominio y capricho, está realizada con admirable economía de medios expresivos. Desde la limpia claridad de los pasajes llanos o de transición, que son armoniosos y tienen su peculiar belleza, pasando por la prosa empapada de unción de las meditaciones, hasta el clima tenso e iluminado de las misteriosas jornadas finales.

En el instrumental lingüístico y estilístico de escritor tan fino, rico y exacto, cuentan algunos recursos de los mejores y más eficaces que conoce el quehacer literario. Son más bien pocos, pero se aprovechan con extraordinario dominio y gusto.

Hemos tratado ya de las imágenes que funcionan como motivos temáticos; pero hay otras innumerables, de hermosa calidad y seguro efecto clarificador. Muy a menudo con términos de comparación familiares y

caseros. Como esta: "Se dejan estar arrobados mucho tiempo, tragando saliva dulce, como el niño goloso, que traga las enjuagaduras de la vasija donde estuvo la miel, sin provecho, y mucho daño". Y, dentro del tono general contemplativo, donde todo se lo ve morosamente, sin desperdicio alguno de sabiduría, a menudo se extienden las comparaciones hasta las dimensiones de la comparación homérica, de término desarrollado en pequeño cuadro. Y como, además de moroso contemplativo, fray José era espiritual y pensaba que cada uno de los rasgos observados era cifra de un mensaje divino, no se quedaba en la pura comparación homérica, sino pasaba de corrido a las más briosas y meticulosas alegorías.

Nada hay en fray José Maldonado de voluptuosidad léxica. Pero sí hay indicios suficientes de esa fruición léxica a que no puede sustraerse el escritor de cepa, por más austero que sea o quiera ser. Entre ellos, a más de una adjetivación fuerte, de rica plenitud, sabiamente cuantificada, pocos tan decidores como los juegos de palabras; que, por supuesto, nunca son juego vacío, lo cual confiere a esos juegos especial dimensión.

Estupendo escritor, qué duda cabe, el franciscano quiteño. Y estupendo hombre. El prosista se explica por el hombre, y el hombre se revela en el prosista.

El hombre, de entrañables sabidurías humanas, sin las cuales no habría podido enseñar tan certeramente, tan sabrosamente, tan bellamente, las divinas; de ímpetu y brío, magnanimidad y sensibilidad para la exégesis bíblica, y por ello maestro de esos que saben sacar hasta su última enjundia a los textos; de amplia apertura a corrientes y doctrinas, libre para acercarse a todo y tomar lo que estima que debe tomarse, como cuando en el tema de la inteligencia mística de Dios sigue a Dionisio Areopagita y a Buenaventura, sin importarle ciertas censuras escolásticas que sobre tales doctrinas pesaban; y agudo para calar en las cosas, desde las más cotidianas hasta las más caliginosas y altas. Con todo ello pudo llegar a tanta nitidez de conceptos y trasmitir, en forma directa y simple, casi conversacional, los más altos, hondos e iluminados hallazgos.

En extremo interesante "El más escondido retiro del alma" para mostrarnos las relaciones entre cosmovisión y sistema sígnico en estos siglos quiteños —en la faz hispánica, que es la única a la que tenemos este acceso de literatura escrita—. Porque es libro que nos revela, con la coherencia del teórico y la amplitud del tratado, el conjunto de reglas de juego que imponía la cosmovisión dualista. No las únicas reglas de juego, porque no era un reglamento lo que se proponía al creyente, sino un libro de ejercitaciones, una manera de praxis, como podían darse otras —y, de hecho, cada corriente de espiritualidad tenía las suyas—. Pero en los rasgos fundamentales, todas las maneras de praxis coincidían, y en la obra de Maldonado esas líneas maestras están nítidas. Como que no nacían sino de la aplicación concreta de grandes exigencias derivadas de la misma cosmovisión. Tratábase, como consecuencia de la dualidad irreductible, de rehuir las cosas terrenas, de despojarse de las cosas terre-

nas, de desnudarse de las cosas terrenas (y por esto la penitencia o mortificación, y el sacramento respectivo), para ponerse en camino de conseguir las celestiales (y el mejor medio de este caminar y conseguir era la oración). Este camino había que hacerlo combatiendo contra las acechanzas de un enemigo que, perdido él, quería la perdición de estos viandantes: el diablo (y gran ayuda para desenmascarar las tretas del diablo era la dirección espiritual). El término del camino, que se podía empezar a disfrutar ya en el mismo camino, era la posesión de Dios. Y Dios al alcance del caminante y buscador era Jesús (de donde la contemplación de sus misterios y la unión eucarística).

Este cuadro de referencia teórica y posibilidades de praxis ascética resulta el contexto próximo inevitable para entender el sentido y alcance de exposiciones, propuestas, sugestiones y exhortaciones de los predicadores del tiempo, que serán los actores de la tercera parte de estas "Letras de la Audiencia de Quito" del período jesuítico.

Capítulo importantísimo de las letras quiteñas de los tiempos hispánicos, en este período sobre todo —los dos siglos largos dominados por el sentimiento religioso de la vida, a que este libro atiende—, es la oratoria sagrada. Porque la predicación ocupó en el tiempo el lugar que tienen ahora radio, prensa, televisión y cine, y hasta otros actos de esparcimiento o cultura, de los que la ciudad recoleta casi carecía. Y porque la oratoria era, por supuesto, medio privilegiado de trasmisión ideológica.

Por ello la oratoria sacra explica muchas cosas del vivir colonial, desde el caso prodigioso, casi monstruoso, de una ciudad diminuta con decenas de templos colosales. Los templos se hicieron, en buena parte, para teatro de los grandes sermones, a los que la población asistía multitudinariamente, ávida y expectante. Y, con ser tan monumentales las naves de los templos quiteños, era mucha la gente que había de quedarse afuera, por lo cual, en el caso de los predicadores más nombrados, se usaba mandar criados a guardar puesto.

El siglo XVI estuvo dominado por la presencia de grandes oradores carismáticos, que, más que cultores de un género literario con firmes y viejas sabidurías retóricas, eran fogosos evangelizadores y testigos casi heroicos.

Y esto nunca desapareció del todo. Todavía en 1672, uno de esos carismáticos, el padre Lucas de la Cueva, misionero del Marañón, predica, consumido de trabajos, una cuaresma entera en la plaza pública, "por no ser capaz iglesia ninguna de tanta gente como quería escucharle" (Velasco, 1942, 376).

Estas manifestaciones oratorias son un fenómeno harto más complejo que un simple hecho literario, y, para movilizar sentimientos religiosos —a menudo hasta niveles histéricos—, se empleaban bastantes más me-

dios que la muda palabra. El padre Recio en su "Compendiosa relación de la Cristiandad de Quito" señala algunos: estandartes, coplas en las calles, velas, lienzos de pinturas catequéticas, cuanto más impresionantes mejor, y los misereres, y procesiones de penitencia. La cosa alcanzaba grados de tensión que escalofrían: "Dijeron —cuenta Recio— que se habían contado cinco mil penitentes, con tan varias y raras invenciones de penitencia, en algunos casos tan santamente bárbara, que murieron de las llagas"; "noté que en los pueblos más retirados, aquellos auditorios de negros, indios y zambos movían tal alboroto con sus clamores y gritos, producidos de su espanto, que causaban grima y horror".

Sin embargo de tanto aparato, lo que desencadenaba aquel fervor penitente era la palabra. Palabra, huelga decir, que nunca pasó al escrito —habría parecido ello una profanación casi simoníaca—, y palabra que nunca se detuvo en su propio valor como palabra. Sin embargo, cabe presumir que, precisamente en aquellas ocasiones tan alejadas de cualquier intención retórica, se dijeron algunos de los sermones más inspirados y vigorosos, más eficaces para aquello que era para Cicerón el último fin del orador, el mover. Y, aunque sin intención retórica ni literaria, hubo en ellos, qué duda cabe, retórica y literatura. El mismo padre Recio, del que sabemos que fue gran predicador, y buena prueba queda de ello en los pasajes briosamente oratorios de su "Compendiosa relación", cuenta que predicó en la plaza de Latacunga, a un auditorio que se recostaba en los pocos soportales que el terremoto de 1755 había dejado en pie. Y, como orador ducho, se aprovechó de la circunstancia impresionante. Y "empezando a ponderar mi lástima y compasión, e introduciendo a sus vecinos y parientes, que difuntos pedían con clamores su auxilio desde lo más profundo de las ruinas, fue tal la conmoción de aquel contristado pueblo, que con ser las cuatro de la tarde y a vista del claro sol se suscitaron unos tan sentidos sollozos, que elevándose a clamores y acabando en alaridos, de tal manera ahogaron la voz del predicador y ocuparon el aire, resonando con tal estruendo, que no se pudo seguir en mucho tiempo".

En el siglo XVII, la oratoria sacra se diversifica e institucionaliza en la Audiencia. Queda esta predicación efectista, que buscaba conversiones masivas sin reparar en medios, para las misiones rurales, penitenciales, cuaresmales. En las ciudades la predicación corre por dos cauces: por el cotidiano y llano de la predicación evangélica de docencia e incitación a la práctica cristiana, que se hace en los sermones de ilustración evangélica —por las mañanas— y en los "ejemplos", que se cuentan por las noches; y por el ocasional, festivo y alto de la oratoria de campanillas. Y estas últimas piezas —pues se trata de verdaderas piezas oratorias— son las que ofrecen materia para la afición venatoria del crítico literario, del estudioso de la literatura y del antólogo.

Esta predicación para las grandes ocasiones, o festivas o luctuosas, fue ganando en importancia y volumen. En vísperas de la expulsión de los

jesuitas los sermones panegíricos eran cada año cosa de cuarenta (Jouanen, II, 562), y en señalar con tiempo orador era en lo que primero se pensaba tan pronto como llegaba a la ciudad cualquier noticia, fausta o infausta.

Al cobrar tal vuelo la oratoria sacra y convertirse los sermones solemnes en el centro de las grandes celebraciones, el tener los mayores predicadores de la ciudad se convirtió en punto de honra para las órdenes y el clero. Y resulta entonces que la literatura —porque aquí estamos ya en plena literatura— burla el sistema. Porque el sistema se había montado sobre la humildad y aniquilación del yo (y buenas explicaciones de por qué se lo hubiese hecho tienen por un lado Marx y por otro Freud), y, sin embargo, la oratoria —que podía suponerse (y en su otro cauce lo era) instrumento privilegiado para imponer esos "valores"— se convertía en justa de encrespadas vanidades. Cada orden —cada "sagrada religión", que se decía— tenía sus campeones y los lucía. Y la ciudad establecía algo así como un "ranking" de predicadores.

Y hubo más. Por otro resquicio escapó la oratoria a la condición de simple comunicadora social al servicio del sistema, a que habría querido reducírsela: por el portillo —así lo tuvo el gusto "oficial" del tiempo— de conceptismo y culteranismo. Ingenio casi gratuito que se complacía en sí mismo. Una salida del componente lúdico que toda literatura tiene.

Este es, precisamente, el hecho más importante que registra la oratoria del período: una oratoria sacra que naciera carismática se hace conceptista.

Muy tempranas son las huellas de cuánto hubiesen estimado los quiteños recibir desde el púlpito conceptos e ingenio. En la reseña de las fiestas por la canonización de San Raimundo se elogia al agustino fray Agustín Rodríguez por su "admirable sermón lleno de doctrina y de conceptos curiosos"; del P. Luis Cadena dice Córdoba Salinas que era "oído y admirado su talento y conceptos con aplauso de los más eruditos"; y de los dominicanos criollos, Rodríguez Docampo ponderaba "la agudeza de sus ingenios". Para mediados del XVIII, el conceptismo había ganado la batalla, al menos en los niveles más altos de la pirámide cultural. Así lo lamentaría Pablo Herrera, quien, como toda la crítica decimonónica ecuatoriana, se cerró a cal y canto a la escuela de Góngora y Quevedo: "Los oradores y poetas de Quito desde la mitad del siglo XVII hasta el último cuarto del siglo XVIII, todos fueron, con poquísimas excepciones, culteranos estrafalarios, conceptistas y aficionados a un lenguaje que nada tiene de poético" (Herrera, 51).

Que entre los conceptistas quiteños del XVII los hubo estrafalarios, los hubo. De fray Juan de Isturizaga se nos ha trasmitido que para probar que San José tenía derecho de llamarse padre de Jesús, discurría así: "No hay sujeto denominado que no ponga forma, mayormente en los predicados relativos, en los cuales forzosamente ha de haber fundamento y razón formal de que resulta la relación".

Esto es malísimo, claro está; pero no por conceptista, sino por estérilmente conceptualizador; por contradecir tan radicalmente el conceptismo. Porque el conceptismo, como lo ha dicho tan bien Pfandl, "busca las más sorprendentes comparaciones, las más extraordinarias asociaciones de ideas... un laconismo deliberado acentúa el vigor de sus contornos, pero no buscando la oscuridad o el doble sentido, sino la ingeniosa concisión". Al bueno de fray Juan le faltaba talla para conceptista; esa que les sobraba a los imagineros barrocos del tiempo. Y también a no pocos oradores!

De un buen puñado de piezas oratorias que, impresas o manuscritas, han llegado hasta nosotros, apenas ofreceremos —debido a la estrechez del espacio— cuatro muestras: dos sermones completos y dos partes.

De Alonso de Rojas, profesor de teología en San Gregorio, superior y director espiritual —y en esta calidad trató a Mariana de Jesús— y escritor de mérito, se hallará la parte segunda del sermón que predicó en las honras fúnebres de la doncella quiteña.

Alonso de Rojas es orador culto hasta el refinamiento, lo mismo cuando hace exégesis de textos, que cuando excogita expresiones y palabras. Espíritu seducido por lo intelectual, resultaba el conceptista nato.

A pesar de lo devoto y conmovido de la circunstancia —"en este teatro de negras alfombras y de floridas virtudes", que dice él mismo—, ha abierto su oración con brioso juego de palabras que es, también, juego de conceptos. Y ha proseguido interpretando ingeniosísimamente textos de sepulcro y vida. En la segunda parte de la exposición, el predicador se extrema con los textos más difíciles —los fáciles se diría que lo horrorizaban—, hasta llegar a hallar a la muerte —siguiendo a Erasmo— en el pasaje de Pedro caminando sobre las aguas y, uniendo a ello un lugar de los Cantares donde era tan arduo como en el anterior hallar a la muerte, terminar así:

> "Qué hermosos pasos que dais sobre las aguas de este mundo, y los vuestros son más graciosos, por darse siempre dentro de las sandalias que son hechas de las pieles de animales muertos, y por eso vuestros pasos son maravillosos, porque vuestros ojos no se apartan de la muerte".

El panegírico de Rojas —pues panegírico es más que sermón fúnebre, y el primero en señalarlo fue el P. Velasco— es buena muestra de la mejor prosa oratoria quiteña de mediados del XVII. Prosa castiza y propia y rica. El intelecto se empina por desfiladeros de tránsito escabroso, como el montañista que se sabe hábil y se empeña en llegar a la cumbre por las paredes más difíciles. Pero la prosa salva todas las dificultades segura, con calidades a tono con la empresa: condensación intelectual y propiedad léxica.

A vuelta de ingeniosidades, Rojas tiene vigorosas metáforas y alegorías sostenidas, por supuesto que también ingeniosas; por ingeniosas y agudas, especialmente nuevas; y por ingeniosas y agudas, densas de sentido.

Todo está en nuestro orador en la línea de una expresión fuertemente intelectual, en la que el sentimiento ha pasado a segundo plano o corre subterráneo. Como lo hemos dicho ya, seducido por lo intelectual —y por lo más arduo—, agudo y brillante, resultaba el conceptista nato. En una dirección conceptista se ordenaban todos sus empeños. Desde la persecución empecinada de conceptos sutiles, hasta su formulación brillante, ingeniosa, en metáforas y alegorías, juegos de palabras, antítesis y paradojas.

Esta era, parece mostrarnos tan sugestiva pieza, la oratoria sacra "universitaria" quiteña al voltear la mitad del siglo XVII —es decir, al comenzar un siglo de gran plenitud lo mismo en todas las formas de literatura que en las variadas maneras de artes visuales—. La de los teólogos y catedráticos, puestos a lucir cuanto sabían y podían, en ocasiones solemnes para la ciudad. Y puestos a la tarea de cristianizar el conceptismo, para tantos irremediablemente secular y vano.

El panegírico de Alonso de Rojas se dijo en 1645; casi medio siglo más tarde, en 1686 y 1687, con ocasión de violentos movimientos terráqueos que sacudieron a Lima y pusieron en sobresaltos a las gentes quiteñas, se pronunciaron las piezas de Isidro Gallego y Pedro de Rojas, jesuitas los dos.

Isidro Gallego, brillante profesor de teología moral y dogmática de la universidad de San Gregorio, tuvo aún más fama como orador. De allí que, en momentos de especial angustia, cuando la tierra había comenzado a temblar, la ciudad le encomendara el sermón de San Jerónimo, a quien se había escogido como abogado para este tipo de amenazas. La oración se dijo en la catedral, ante abigarrado y tenso auditorio, y ha permanecido inédita hasta hoy.

Brioso conceptista Gallego, hace un exordio de juego desenfadado con la palabra que estaba en todos los corazones: temblor, aplicándola, como audaz apóstrofe, al santo del panegírico: "Tiembla, Gerónimo..." Un exordio así, de la clase de los "ex-abrupto", muestra la enorme talla de Gallego como orador, y cuánto dominaba a sus audiencias.

Y fácilmente se echa de ver adónde apuntaba tan ingeniosa cuanto laboriosa y briosa búsqueda de unidad a través del juego conceptual: a fundar toda la oración en la paradoja de temblor y firmeza, en lo cual se iría hasta agudos y brillantes alardes conceptistas. Clave estructural de la pieza iba a ser una unidad a base de leitmotivos y su entrelazamiento u orquestación hasta la peroración en crescendo y un final, a modo de coda, de conjugación de todos los motivos, grave, casi solemne.

Sobre esas líneas maestras de la composición —tan barrocas: integración de la riqueza en la unidad—, el tratamiento de los materiales es típicamente conceptista: gusto por el cultismo léxico (como aquello de "solidar la piedra") y alardes de concisión verbal (el "achaque tan inmóvil"); uso casi connatural de la metáfora y del antíteton; desenfadados juegos verbales, también antitéticos; agudo hilvanar de paradojas y con-

trastes o contraposiciones. Buena muestra, en suma, de lo que hacían los letrados quiteños de la segunda mitad del XVII, mientras los talladores labraban las columnas salomónicas de los retablos barrocos y cubrían de abigarrada ornamentación frisos y entrepaños, sin perder la aspiración unitaria dentro del riquísimo conjunto de elementos compositivos y ornamentales.

El P. Pedro de Rojas predicó la sexta noche de un novenario penitencial organizado cuando llegaron a Quito las noticias del terremoto que había asolado a Lima. Su pieza, sabemos por testimonios del tiempo, conmovió más que ninguna y a ello debemos que don Ignacio de Aybar y Eslava, fiscal de la Audiencia, la haya hecho publicar en la ciudad de los Reyes.

El asunto —igual para todos los predicadores del novenario— era poner ante los ojos del pueblo la ruina de Lima, la opulenta y virreinal, para, en consideración de que caso semejante pudiese ocurrir en Quito, mover a las gentes a convertirse al buen vivir. Tan simple como el tema fue el esquema, y expedito el hilo conductor: tratábase, más que de construir, de amplificar. El jesuita lo hace con riqueza y patetismo de buena ley. Concluido un desarrollo, que es narración viva y emocionada, el orador se vuelve al Señor con caudalosa deprecación, en la que acumula las causas de temor que pesaban sobre estas partes del nuevo mundo —pestes, piratas, terremotos—, pintando un lúgubre cuadro del tiempo, buena como para motivar una peroración de tenso dramatismo, a un paso de la plegaria penitencial.

Orador poderoso este Pedro de Rojas, se mueve con holgura en el que Cicerón llamó "estilo sublime", haciendo formidables períodos, de seguro *cursus* y encendido efecto. Y maneja con brío las figuras patéticas: imprecación, interrogación, exclamación, apóstrofe. Para narrar usa, con notables efectos dramáticos, el estilo "vine, vi, vencí".

También Rojas es conceptista: se complace en jugar con el doble sentido de las homónimas Lima, ciudad, y lima, artefacto para limar, y a tanto llega el ejercicio lúdrico, que aquel doble sentido de Lima y lima llega a adquirir la dimensión de un auténtico leitmotivo.

También es rasgo de conceptismo en nuestro orador la interpretación aguda de textos, como el de la ceguera de los sodomitas al tiempo del cataclismo, aplicado alegóricamente a los limeños, o el de la puerta con la que los ciegos no atinaban, que para los limeños del caso es Cristo. El ingenio toca notas agudas; pero no cabe duda de que ha sido moderado por lo heterogéneo del auditorio y lo luctuoso de la ocasión. ¡Bueno habría estado un conceptismo de campanillas para un sermón penitencial! Muestra esta pieza el conceptismo de la predicación popular del tiempo. Y en orador que tuvo especial "pectus" y amó la comunicación directa, vigorosa y emocionada.

La última muestra de la oratoria del período pertenece a Juan Bautista Aguirre, con cuya lírica culmina, espléndidamente, este tiempo de las

letras quiteñas. La "Biblioteca de Escritores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua Asistencia de España" de Uriarte y Lencina incluye en la lista de obras del P. Aguirre una "Colección de sermones varios, panegíricos y morales", como inédito del que hay noticia. Hasta que aquello algún día reflote, hay dos textos impresos que nos permiten rehacer el perfil de Aguirre como predicador: la "Carta pastoral" del Ilmo. Juan Nieto Polo de Aguila acerca del terremoto de Latacunga de 1757 (Espinosa Pólit, 1960, 432-434) y la oración fúnebre predicada en las exequias de ese mismo obispo, en marzo de 1760, que el lector hallará en este libro, tal como se publicó en la imprenta recién instalada en la Audiencia.

Desde el exordio está el intelectual de garra junto al poeta penetrante y al retórico barroco. El poeta saca su garra en aquella gradación decreciente, tan bella como eficaz, del "...se ha convertido finalmente en pavesas, en polvo, en humo, en nada..."; y el retórico multiplica hipérboles desmesuradas —el obispo muerto es "el mejor Sol de nuestra América, el segundo Elías de nuestros tiempos..."— y se complace en edificar larga cláusula patética, amontonando interrogaciones, varias de ellas anafóricas, y bellísimas imágenes de fausto asordinado por agudo sentimiento de *contemptus mundi.*

Las vanidades del mundo son transeúntes, fugaces —"relámpagos de luz que luego se deshacen", "flor efímera que al menor soplo de la Parca se marchita". El prelado —que "nos da en los ojos con sus mismas cenizas, para que veamos en ellas nuestra nada"—, superior a su grandeza y a sí mismo, rehuyó dignidades y grandezas de este mundo. En este punto, el elogio del obispo quiteño se convierte en sostenida prosopopeya: él mismo habla a Dios de las vanidades de su alta investidura. Y en su discurso recorre vanas glorias de la historia antigua, para concluir: "Todo ello fue sombra o pintura de grandeza que desvanecida con el soplo de la muerte quedó en nada", y el orador, al retomar la voz, remata con patetismo: "Nada somos os gritan estas cenizas venerables".

Hasta aquí se ahondaba en el tema del desengaño, tan caro al sentimiento barroco de la vida. De pronto, Aguirre da un fuerte giro de timón: él no está tan persuadido como el difunto de que dignidades y grandezas de esta vida son nada; para él, son vanidad para quien con vanidad las pretende; pero son verdadera grandeza para quien las desdeña y pisotea. Así puestas las reglas del juego, puede comenzar a hacer el elogio del prelado. Dice el avemaría y entra en materia.

Esa materia consiste en tratar primero de la vanidad que sólo quiere llegar a las alturas para después abandonarse a la inacción, y oponerle luego la figura del prelado que trabajó infatigablemente, sin vanidad. Y por último, en la parte de más peso de la pieza, hacer el elogio más completo del ilustre difunto.

Toda esa "argumentación" se hace por "cogerie rerum", y son pocos los lugares confiados al poder de las palabras, donde Aguirre luzca el que

tenía. Pero tales lugares existen. Cuando Moisés humillaba y tiraba a tierra su vara, "al instante se enfurecía, se envenenaba, se convertía de milagrosa vara en portentosa sierpe, que elevando su soberbio cuello, preñado de tósigo y rabia, infundía horror y susto al mismo legislador...".

En el repaso de la vida apostólica y ascética del difunto, el empleo insistente de enumeraciones, cada uno de cuyos miembros tiene su epíteto, va dejando en el oyente la impresión de una vida plena. Que era, exactamente, a donde apuntaba el orador. Para contraponerla a esa nada de la que sus despojos hablaban con muda elocuencia.

La peroración torna al exordio, por motivo y tono; sólo que ahora, en consonancia con lo mostrado de la plenitud de vida, junto a la nada aparece la vida:

> "Volved, amadísimos oyentes, volved los ojos a ese féretro y escucharéis con la vista muchas lecciones de vida, que os está sugiriendo la muerte".

Pero fue aparición furtiva y vergonzante, y las prometidas "lecciones de vida", lo fueron de muerte. El ser humano, una apariencia vana; toda su pompa condenada fatalmente a trocarse en miseria; la luz de las dignidades, humo. La vida quedaba para la otra vida. Expresión, pues, radical de la que pudiéramos llamar ortodoxia ideológica. Que, como aspiración, se resume así en la exhortación final:

> "¡Quiera el cielo que aprendamos de nuestro difunto Príncipe a encontrar nuestra mayor exaltación por la senda de las humillaciones; que aprendamos la ardua ciencia de ser mucho con sólo el estudio de ser nada; que aprendamos a comprar con el precio o desprecio de las glorias mundanas la eterna gloria!".

Y con ello llegamos a la última parte de este texto introductorio y de la selección de textos a que él introduce: la lírica.

Paso decisivo en la lírica quiteña del XVII es el que se da desde ciertos ejercicios ocasionales y festivos a las aulas, donde se organizan estudios de poética y se institucionaliza el quehacer. Y, a medida que ese paso se afirma, la lírica culta quiteña se hace culterana.

Fruto de un bullir poético en las aulas jesuíticas del tiempo —de las que salió la casi totalidad de la producción lírica quiteña, a partir del último cuarto del XVII— fue el primer libro de lírica quiteña, el "Ramillete de varias flores recogidas y cultivadas en los primeros abriles de sus años por el maestro Xacinto de Evia" (editado en Madrid, en la imprenta de Nicolás de Xamares, en 1675).

Antonio de Bastidas, jesuita, maestro de Evia en el seminario de San Luis, es el principal poeta del "Ramillete" y el poeta mayor del XVII

quiteño. Y algo más: en él comienza una "traditio" lírica de temas y formas que llegará a su plenitud en el siglo siguiente con el mayor poeta de la Audiencia, el guayaquileño Juan Bautista Aguirre, único aporte de dimensión continental de la lírica colonial quiteña.

En el "Ramillete", que tiene poemas de Bastidas, de Evia y de alguien más, las "Flores fúnebres", que lo abren, son todas de Bastidas. Y allí está lo mejor de Bastidas, y lo que él aporta a esa *traditio:* el sentimiento de *contemptus mundi* contrapuesto a la belleza de los seres, a través de formas que iban de un conceptismo senequista a un despliegue retórico culterano.

Hay por supuesto bastante de rescatable en Bastidas. El "Lamento general en la temprana muerte de don Baltasar Carlos, Príncipe de España" tiene estrofas enteras ricas de logros. Airosos endecasílabos, conjuntos estróficos bien armados, léxico hermoso, penetrante y bellas metáforas. (Todo apuntando al efecto casi obsesivo: el paso, fugaz y doloroso, del príncipe —cuasi símbolo de la grandeza del mundo, que pasa "en postas de un instante"). La "Silva a la rosa" revela al poeta de aliento y artista, que llegó a niveles altos en su culteranismo. Desde las primeras imágenes. Desde cuando el sol "con blando diente / muerde la flor", y ella, no sólo no se esquiva, sino "solicita alientos más lasciva", y con la subida del Sol, todo se hace luz. Pero sólo para pasar de pompa, sol, oro, color y resplandores, a despojos, vejez, inconstante viento. Y terminar sumiéndose todo en la muerte.

Pero, dejando para una sazón de mayor holgura, la pacienciosa y un poco condescendiente tarea del rescate antológico, hemos preferido reducir nuestra parte de lírica a un solo poeta. Al poeta mayor del período jesuítico, y en quien, lo mismo las imposiciones del sistema ideológico que sus contradicciones y resquicios, logran su más alta expresión formal. Lo que con mayor fuerza nos ha movido a hacerlo es que, merced a un estupendo hallazgo recentísimo, nos ha sido posible lograr, por primera vez en la crítica americana, una cronología de la obra lírica de Juan Bautista Aguirre, que es nuestro poeta. A medida de la importancia del poeta y acorde con el hecho de lo que aquí daremos al lector es la totalidad de su obra lírica salvada de la incuria del tiempo, esta introducción pasa a convertirse en un pequeño ensayo monográfico sobre la lírica del gran barroco.

Durante largo tiempo corrimos el riesgo de que de Juan Bautista Aguirre sólo nos quedase un fragmento transcrito por Espejo en "El Nuevo Luciano" —treinta y seis versos— y unas cuantas décimas jocosas. Sólo a casi cien años de la expulsión de los jesuitas, el poeta Olmedo puso sobre la pista de Aguirre al estudioso de las letras coloniales Juan María Gutiérrez. Gutiérrez dio al aviso la importancia que merecía, viajó a Gua-

yaquil y halló un libro, al parecer autógrafo de Aguirre, de unas ciento cuarenta páginas, titulado "Versos castellanos, obras juveniles, misceláneas", y lo copió. Tal copia, que reposa en la Biblioteca del Congreso Nacional de Buenos Aires, era, con el famoso pasaje aquel del Nuevo Luciano, todo lo que teníamos del gran poeta, y de esa única copia dependiron todos los críticos y estudiosos de Aguirre.

El primero, el propio Gutiérrez, que valoró con buen sentido crítico el hallazgo e incluyó a su autor en su "Estudios bibliográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX" (Buenos Aires, 1865). Tras otros tantos largos años dio con tan notables poemas Gonzalo Zaldumbide, y con el excelente estudio que tal encuentro inspiró —vio la luz en Quito, en 1918—, abrió de par en par las puertas al redescubrimiento y revalorización del último gran gongorista americano. Coincidió aquello con una hora en que los estudios de Leo Spitzer, Vossler, Alfonso Reyes y Dámaso Alonso roturaban caminos para una nueva inteligencia de la literatura barroca y en vísperas de la gran epifanía gongorista del centenario (1927). En 1943, dos libros dieron a los estudiosos de América y el mundo las poesías de Juan Bautista Aguirre, con sendos estudios: "Un olvidado poeta colonial" de Emilio Carilla, en Buenos Aires, y "Poesías y obras oratorias", con estudio preliminar de Gonzalo Zaldumbide y texto establecido por el mismo Zaldumbide y el P. Aurelio Espinosa Pólit, en Quito. Se restituyó a Aguirre la gloria a que siempre tuvo derecho.

Así las cosas, en 1971, un carmelita cuencano ponía al provincial de los jesuitas del Ecuador sobre la pista de nuevos poemas de Aguirre. Le noticiaba que en la biblioteca de la comunidad existía "un librito encuadernado con pasta de cuero, con adornos de oro, 87 hojas con bellos adornos a pluma". El P. Julián Bravo, acucioso bibliotecario de la "Aurelio Espinosa Pólit" —el mayor acervo bibliográfico ecuatoriano—, se hizo de una fotocopia del manuscrito aquel, confirmó fácilmente que tenía cinco poemas de Aguirre, cuatro absolutamente desconocidos y el quinto con importantes variantes, y, consciente de la magnitud del hallazgo, lo entregó al público en un tomito (1979).

Ahora bien, ¿cuál es la exacta dimensión de este nuevo aporte a la producción lírica de Juan Bautista Aguirre? ¿En dónde, en tiempo y altura, han de ponerse esos cuatro poemas —entre ellos el más largo que escribiera nunca Aguirre— dentro de la trayectoria del poeta?

Dos de esos poemas son fechables, con toda certeza el uno, con harta probabilidad el otro. Y nos dejan ante los versos "juveniles" de Aguirre que el manuscrito de Guayaquil anunciaba, pero Gutiérrez no copió (Esos dos poemas de los que él habla: la elegía a la muerte de Felipe V, que debió ser de 1746, y las liras, elegíacas también, al terremoto de Lima que, de acuerdo con el motivo, hay que poner en 1747). El "Rasgo épico a la llegada de la misión del P. Tomás Nieto Polo" féchase por doble referencia coincidente, una interna y otra externa. La interna es

la confesión del propio poeta en la primera octava: "florecer me hizo veinte y cuatro abriles"; la externa, la data del asunto. El regreso a Quito del procurador Nieto Polo con la expedición de misioneros —cuya llegada a Guayaquil canta el "Rasgo épico"— ocurrió a comienzos de 1750. Así que al poeta lo tomó en los veinticuatro años que él dijo. El otro poema datable resulta un poco anterior, pues es elegía a la muerte del celebérrimo predicador sagrado, doctor Ignacio Chiriboga y Daza, acaecida en 1748.

1748 y 1749 son años en que, a juzgar por las instituciones jesuíticas, Aguirre, concluidos sus estudios de filosofía, debía ejercitarse en la docencia como "maestrillo", y en su caso cabe pensar que de letras —es decir, humanidades y retórica—. Lo cual nos invita a situar por los mismos años las dos largas fábulas que completan el hallazgo, y que se inspiran en dos de las metamorfosis de Ovidio, la de Mirra y la de Atalanta e Hipómenes. Las dos pudieron haber nacido del ejercicio de la cátedra —en la que se estudiaba a Ovidio, así fuese un tanto expurgado. Y hay algún indicio de proximidad de al menos una de las fábulas al "Rasgo épico": la octava 77 alude a Mirra: ella es la incestuosa que "vegetable frondoso se endurece". La alusión a pasaje mitológico tan secundario ocupa la octava entera.

Así que, en dos casos con certeza, y en otros dos con verosimilitud, el hallazgo de los nuevos poemas permite establecer un primer momento de la producción de Juan Bautista Aguirre, el que él mismo calificara de "años juveniles". Y, situado este estadio de juventud —entre los jesuitas, notaba muy agudamente Aurelio Espinosa Pólit, la juventud se alarga en virtud de los largos años de formación escolar sujeta y rígida—, se puede tentar un primero y provisional señalamiento de etapas en la trayectoria poética de Aguirre.

Sería así:

1) *Obras de juventud:* versos eróticos, algunos juguetes, versos de ocasión (como las elegías a Felipe V y Chiriboga y Daza), las fábulas y el "Rasgo épico a la llegada de la misión".
2) *Transición a la madurez:* representada por poemas como "Descripción del mar de Venus", "Rasgo épico a la concepción de Nuestra Señora" y "Llanto de la naturaleza humana después de su caída por Adán".
3) *Obras de madurez:*
   Epica: "Monserrate" y "A la rebelión y caída de Luzbel y sus secuaces".

   Lírica: Sonetos. "Canción heroica". "Carta a Lizardo".
   Poesía burlesca y satírica: Décimas a Guayaquil y Quito. "A un Zoilo".

"Descripción del mar de Venus" está muy cerca del "Rasgo épico a la llegada de la misión del P. Tomás Nieto Polo": como que dos octavas enteras del "Rasgo épico" se repiten en la "Descripción", con sólo ligera diferencia del primer verso de la primera de esas dos octavas, que en el "Rasgo épico" es "Arquera del batel, Tetis navega" y en "Descripción", "Aquí la madre del amor navega".

También el "Rasgo épico a la concepción de nuestra Señora" ofrece indicios de estar cerca del otro "Rasgo épico". También aquí un lugar del "Rasgo épico a la llegada de la misión" —la primera mitad de la octava novena— se repite intacto en el otro "Rasgo épico" —primera mitad de la segunda octava—. Sin embargo, un mayor aliento en los conceptos teológicos, nos hace pensar en un Aguirre que ha dado un paso más en su formación —al "magisterio" seguía la teología—. En este primer momento de preocupación por penetrar en los dogmas podría situarse también el "Llanto de la naturaleza humana después de su caída por Adán".

Sin perder de vista este ordenamiento daremos al lector los poemas de Aguirre, variando el orden tradicional, que era el de la copia de Gutiérrez.

Abrimos la colección con la poesía erótica, presumiblemente toda ella de juventud.

Para un jesuita, y más en aquel tiempo, hacer poesías amorosas resultaba cosa harto audaz y peliaguda. Requería, a lo menos, explicación, y Aguirre la dio: "Lector mío, los versos amorosos que se siguen, advierte que no se hicieron a otro fin que a mi diversión y ejercicio: si tú puedes, aplícalos a lo divino, y si no, juzga que son requiebros de Don Quijote a Dulcinea".

Difícil tomarlas a lo divino ni pensarlas requiebros del desmedido y extremoso don Quijote: son deliciosas piececitas de ritmo aligerado y culterano juego de ingenio festivo. Bimembraciones correlativas ("que si te miro, me rindes / y si me miras, me matas"), antítesis y retruécanos, metáforas amables, risueñas alegorías ("arco de amor son tus cejas / de cuyas flechas tiranas / ni quien se defiende es cuerdo / ni dichoso quien se escapa"), agudas hipérboles ("que el sol todo el mundo alumbra / y vosotros lo cegáis"), todo teñido de sutil ironía.

(Pero, ¿y juegos de tanta finura no delatan al poeta maduro, más bien que al mozo? ¿Y no era el serio profesor y grave filósofo, más bien que el mozo aún no tan seguro de sí, quien podía permitirse esta laya de "diversión y ejercicio"?).

Seguimos con las fábulas, que parecen estar vinculadas con el ejercicio del profesor de humanidades y retórica. Aguirre ha vuelto a contar, con todas las libertades del caso, yendo con desenfado de la traducción

de los hexámetros en romance octosilábico en cuartetas a la recreación simple de los motivos, dos fábulas de las Metamorfosis de Ovidio, ambas del libro X: la fábula de Mirra y la de Atalanta e Hipómenes.

Mirra es la muchacha que se enamoró de su padre, lo deseó por encima de cualquier otro pretendiente y llegó a consumar su deseo, con engaño. Al descubrirse este, perseguida por su padre, atravesó Arabia y llegó a la región sabea, donde fue convertida en árbol.

Aguirre sigue el esquema compositivo del relato con muy pocas variantes. Una es la de las cuartetas 11 a 27, en donde torna al tema de la belleza femenina, pintando a Mirra. Y cosas como aquel "ojos de rendidas almas / dulcísimo cautiverio" relacionan el poema con la poesía erótica juvenil del poeta.

El asunto era de estupenda complejidad y podía dar en crudeza. La crudeza la rehuyó cuidadosamente Aguirre, suavizando fórmulas y trasponiendo a juego conceptual lo que en el original sugería cuadro y drama. En pleno neoclasicismo, Sánchez de Viana traduciría así un pasaje de rebeldía de Mirra:

"Mujer su hija del caballo ha sido
y es de sus hijos el cabrón marido".

Nada de ello en Aguirre. Nada tampoco de la amarga rebeldía de Ovidio —que se dijera prenunciar los futuros reclamos de Freud—:

"¡Dichosos a quien esto se consiente!
Las leyes que pudieran estorballo
Halló la maliciosa humana gente,
Y de lo que Natura no deniega
el invido derecho derreniega".

Pero sí se da el lugar en que vierte el "¡Oh cuán de veras venturosa fuera / Si donde se usa esto yo naciera!", así:

"Oh, si en oculta región
tuviera yo nacimiento
donde el gusto contra sí
no respetara derechos".

Y nada en Aguirre de la morosa persecución de los vaivenes psicológicos del complejo planteo en que Ovidio se complace —y un poco se disuelve—. Atiende, sin embargo, a lo fundamental en sus cuartetas ágiles, casi ligeras (por el metro mismo), pero certeras y ricas en sus juegos, sobre todo de bimembración:

"Cuántas veces hurtó Mirra,
equivocando conceptos,
al lícito amor palabras,
al vedado, pensamiento!"

En general, el poeta quiteño, que estaba ya en la escuela del gongorismo, resulta condensado, casi sibilino, frente al original del latino. Para lo que Sánchez de Viana, bastante fiel a Ovidio, tradujo:

"Mas quiero con morir echar el sello,
y dar fin a la vida y al tormento
en caso que no goce su contento",

Aguirre tuvo un solo octosílabo:

"He de morir o gozarle".

Y el momento central de la historia, que es la consumación de la unión de padre e hija, se hace preceder en Ovidio de largos hexámetros de suspenso, a la vez que se describen, con mucha sutileza por cierto, los vaivenes del corazón femenino ante cosa tan tremenda como la que va a hacer; mientras en Aguirre se despacha con esta cuarteta elusiva:

"El campo acepta y el campo
sin miedo le concedieron
con que la curiosidad
perdone el conocimiento".

Después despliega sus poderes expresivos para el aparato cósmico de horror frente al crimen, y suple con lo tumultuoso la ligereza del verso de arte menor.

Caso en mucho semejante al de la otra fábula, la de Atalanta, que rehuía matrimonio (Ovidio dice por qué; a Aguirre aquello le trae sin cuidado) y cuyos pretendientes, para obtenerla debían ganarle en una carrera, pero si perdían, morían; y llegó el hermoso Hipómenes, y se ganó el corazón de la amazona y, con ayuda de unas manzanas de Venus, le ganó también la carrera; pero, desagradecido a Venus, fue, con su amada, metamorfoseado. Pero con una diferencia: que acá Aguirre, al tiempo que parece tener en menos los detalles y piezas propiamente narrativas, se recrea en pintar, luciendo en casos y en casos poniendo a prueba su instrumental gongorista. Así la larga pintura de Atalanta y su vida montaraz (cuartetas 1 a 18) o la del hermoso mancebo (44-49).

En medio del relato estetizante, casi frívolo, damos ya con otra anticipación de la que sería una de las más penetrantes formulaciones del

leitmotivo de la lírica de Aguirre. Le dice Atalanta al joven, a quien ama ya:

> *"Detente, Narciso nuevo,*
> *¿quién te obliga a que apresures*
> *fin temprano y de la muerte*
> *los sangrientos mares sulques?"*

Después de la poesía erótica y las fábulas —y las fábulas, a su modo, lo son también—, ponemos la poesía satírica y burlesca de nuestro poeta.

De esos poemas hay dos que tienen un empaque y dominio —de las cosas y la forma— que nos hacen pensar en una sazón de madurez: la sátira, casi diatriba, a un Zoilo y las décimas a Quito.

El Zoilo aquel fue alguien "que viendo unas poesías del autor, dijo que eran ajenas". Y bueno era Aguirre para sufrirlo: le lanzó encima el peso de su ingenio, su cólera y su dominio del verso, como para mostrarle si sabía o no hacer poemas propios y dedicarlos a lo que fuese. Y al tiempo que zahería al maldiciente, ponderaba el propio don lírico. Contrapone liras dedicadas a "mi instrumento", "mi lira", "mi dulce voz", "mi divina musa", a liras, cuatro, que golpean al Zoilo desde el anafórico "tú, sí". La pintura esperpéntica e hiperbólica del adversario llega a lo más duro; casi a lo sórdido:

> *"Tú, sí, que algunas veces*
> *que al parto pones a tu ingenio corto,*
> *al cabo de seis meses,*
> *por ser sin tiempo, pares en aborto,*
> *aborto que, en su traza y fealdad rara,*
> *es propia imagen de tu ingenio y cara".*

(En este poema Aguirre usa la lira de seis versos, con tres endecasílabos finales, que dan su pesadez golpeante a las estrofas).

Generalmente se ha tenido a las décimas a Quito por sátira inmisericorde y casi amarga —echando un par de ellas al infiernillo de las cosas menos decentes—. Pero ver las cosas así es verlas fuera de su contexto y tono, que es humorístico. Son, claro está, esas décimas irónicas. ¿Pero no hay un sutil trasfondo de ironía en las décimas del hiperbólico ditirambo a Guayaquil, que preceden a las décimas quiteñas y acentúan el contraste? (¿Puede tomarse como algo rigoroso, por ejemplo, la aplicación de la técnica diseminativo-recolectiva de la decimoséptima?). Ironía, sí —todo el juego de elogio y burla estaría dentro de linderos de ironía—, pero no acrimonia; más bien un soterrado y acaso vergonzante calor humano hacia la ciudad en la que el poeta había pasado la mayor parte de su vida, y a la que tan certeramente y tan profundamente había llegado a conocer. (¿O acaso la radical ironía y el extre-

moso claroscuro apuntaban a contraponer el mundo ideal de infancia y primera juventud, irrecuperables, al presente cotidiano hasta la sordidez?).

Toda caricatura importa exageración y deformación, algún feísmo, cierta burla. Pero no toda caricatura es amarga o hiriente. Es, eso sí, cuando certera, imagen de fuerte e intensificada simplificación del motivo. Es lo que acontece con las famosas décimas a Quito que por más de un siglo han escandalizado a espíritus pacatos.

Aquellas quevedescas décimas de pintura esperpéntica y sabrosa crítica valen para mí tanto como los más altos elogios que a la ciudad hiciera la literatura del período. En ellas Aguirre logró cuadros estupendos de su arriscada topografía ("que por una y otra cuesta / la una mitad se recuesta / la otra mitad se resbala"), de su desaseo, de su pobreza y sus piojos, de las desvencijadas sillas de mano, de serranas y quiteñas, de la comida y las famosísimas —hasta ahora— empanadas en las que podía —y puede— encerrarse cualquier cosa, de las procesiones populares con su desorden y pintoresquismo (y con sus nobles que salen enguantados sólo por no dar limosna), de los ladrones famosos, de la "plantillada" quiteña, de los obrajes esquilmadores, del ingenio para burlar la pobreza, de la chismografía y mentira, hasta correr sobre la escena un telón de lluvia perpetua. Todo ello llegó hasta un ayer más o menos cercano, y aquí dejó su documento más hiriente y vivo. Para pintarlo así hacía falta haberse metido muy dentro de Quito y que Quito se le hubiese metido adentro. En cuanto a poner en la picota a ciertas gentes y ciertas costumbres, eso es otra cosa y en nada desdice del amor que se pueda tener a la ciudad. ¿Qué quiteño no maldice, hasta ahora, la suciedad de algunas calles del Quito monumental, donde, como lo dijera el poeta, hay que andar con la vista al suelo "porque es cosa averiguada / que el que anda sin atención / cae, si no en tentación, / en una cosa privada"? ¡Bueno era Aguirre para andarse con mojigaterías!

Y el exceso —sin exceso ni hay caricatura, ni hay esperpento, ni hay juego— era ejercicio del duende de su tiempo, era ruido de sus talentos y travesura de su ingenio.

Gracias al manuscrito cuencano tenemos la única elegía de Aguirre, vecina en tiempo a aquella otra para el rey Felipe V, de que sólo quedó noticia. "Da noticia a un amigo suyo de la muerte de un prebendado" se titula esta elegía, y el prebendado es, como lo dijimos, el doctor Ignacio Chiriboga y Daza, hombre culto y famosísimo predicador. Son cincuenta y cuatro cuartetas romanceadas. Otra vez la forma métrica de las fábulas, el octosílabo en que el Aguirre de esta etapa parece haberse sentido tan a gusto, y ahora por más que no pareciera la más a propósito para lo elegíaco. Otra vez el flujo octosilábico cortado en unidades estróficas —Aguirre amaría siempre discurrir por unidades estróficas firmemente cerradas—.

Sin embargo, del ritmo ligero y marcado y de la brillantez del juego formal de muchas estrofas, el poema reviste cierta gravedad recatada y hasta acongojada.

Tras discreto preámbulo de anuncio dolorido y reflexivo del suceso infausto, se da curso a la belleza descriptiva para pintar el túmulo, custodiado por hachas que lo envuelven en vapores caliginosos, y lo lúgubre del túmulo se extiende a todos los elementos del templo, y se llega a la muerte y su muda prédica desde ese túmulo. Entonces la poesía se carga de conceptos, siempre en juegos binarios, sobre todo bimembraciones, paralelas o contrapuestas: "que de un soplo se marchita / quien fue formado de un soplo".

De las cenizas se pasa a la exaltación, en serie de ocho estrofas, introducidas por el anafórico "Aquel" las cuatro primeras. A la exaltación sigue un lamento en cuartetas de multiplicada alusión mitológica y clásica, para concluir con una exhortación al amigo, para unirse al común llanto y ofrecer al cadáver bálsamos y cinamomos.

Desigual, el poema tiene muchas notas bellas y fórmulas sabias. Como cuando adelanta, aunque sin la desolada gravedad del siguiente período, el motivo de la gloria que acaba con la muerte. Pero en esta hora de juventud, el énfasis se pone aún en la gloria. Frente al cadáver del gran predicador, se exclama:

"Mas, ¡qué mucho tengan lengua
las cenizas de aquel monstruo,
que al céfiro de la fama
nace, fénix de sí propio!".

El "Rasgo épico a la llegada del P. Tomás Nieto Polo, de la Compañía de Jesús a la ciudad de Guayaquil", con sus ochenta octavas reales, es, con bastante, el poema épico más largo que se nos ha conservado de Aguirre. En la hora de la grave y exigente madurez nunca parece haberse extendido a tanto. Y el que parecía destinado a ser su gran epopeya, el del santo fundador, lo dejó estarse a medio hacer —no sabemos si definitivamente— "por no tener gana ni tiempo para ello", según un apunte autobiográfico que pudo leer Gutiérrez. Y es que en los poemas épicos de la madurez se discurrió por grandes cuadros de síntesis, encaprichadamente condensados e intensificados —en el de la caída de Luzbel, sobre todo—. De otro lado, la escritura poética se hizo más personal, decantado y contrastado el influjo gongorista. En el momento del "Rasgo épico a la llegada del P. Tomás Nieto Polo", Góngora se le ofrece al joven poeta como revelación deslumbradora y reto para el más ingenioso ejercicio retórico. De allí que esta pequeña epopeya sea la estación más gongorista de Juan Bautista Aguirre. Es decir, trasmutación del mundo (y el punto de partida puede ser tan simple como la llegada de una nave a puerto, que es el asunto del "Rasgo épico") en espectáculo luminoso y sonoro,

fungiendo de mago el lenguaje, un lenguaje que extrema sus posibilidades de significante, en léxico —brillante, colorista, suntuario—; sintaxis —caprichosa, apretada y elíptica, violentada—; recursos fonéticos —aliteraciones—; visuales —metáfora, imagen—; constructivos —bimembración, pluralidades, oposiciones, inversiones, paralelismos— e intensificadores semánticos —alusión cultista y resonancias.

Para que no lastre despliegue tal de belleza, el argumento irá lento; como hilo conductor apenas visible en las transiciones narrativas o goznes compositivos: "Era del año la estación lluviosa", "en este tiempo, pues", "llegó la nave, pues", "en este tiempo, pues".

Tras nueve octavas de introducción e invocación a la musa, entre brillantes y laboriosas, de la décima a la vigésima cuarta se pinta la llegada de la nao al puerto de Guayaquil. Y hay allí unidades tan espléndidamente acabadas como ese poema al rojo —rubí, carmín purpúreo, llamas de nácar, rozagantes hogueras, encendidas a soplos de coral, relámpagos de púrpura— de las grímpolas, que es la octava trece.

La pintura de la nao en la luz del amanecer se había abierto bajo el numen del autor de *Las Soledades:*

"Selva nadante, o bien halcón de pino,
por sendas de zafir arando espumas,
en blancas olas de nevado lino
hiladas tiende al céfiro sus plumas";

y una suerte de nueva invocación se le hace al dar el paso a otra sección del poema. El

"Era del año la estación lluviosa"

resulta alusión clara al verso primero de la soledad primera ("Era del año la estación florida").

Nueva pintura entonces: la del río tutelar de la infancia del poeta, el Guayas (octavas 27 a 30). Y la pintura del atracar, con esa octava treinta y dos, tan admirable por la belleza metafórica como por la musicalidad y exactitud sonora:

"Cansado de volar, neblí de pino,
por sendas de cristal, golfos de plata,
en divorcios del aire con el lino,
el céfiro sus plumas le recata:
y por burlarle al jaspe cristalino
la instable rapidez que lo arrebata,
anudando sus alas en la entena,
con corvas uñas se aferró en la arena".

Se anuncia a la ciudad la llegada del "sol jesuita", a quien se le hace alto elogio (octavas 37 a 53). Se vuelve al hecho de la llegada con la pintura del baluarte (octavas 55 a 57) y se termina pintando el descenso a tierra, el recibimiento, la aclamación a la nave y la ceremonia religiosa. Y, como hilo argumental, eso es todo. Lo que contaba era hallar para cada rasgo, trazo o elemento del suceso —para barco, mar, atraque, torreón, trompeta, ría, y hasta para las grímpolas y el ancla (las "corvas uñas")— la más exacta e intensa formulación verbal, apuntando a su belleza —color, luminosidad, sonoridad— y a aquello de su sentido a que esa belleza pudiera llevar (usando instrumentos analógicos). Todo ello aplicando un instrumental que Aguirre había llegado a manejar —acaso el último en el mundo hispánico— con rara maestría y desembozada afición: el del gongorismo, de cuyo apogeo hacía muy poco menos de siglo y medio (puede situárselo hacia 1613).

La concepción de María sin pecado de origen, es el gran símbolo que el catolicismo opuso al mito y símbolo del primero de todos los pecados, el angélico. Los dos asuntos trató épicamente Aguirre, en cantos cercanos como paneles del mismo discurso épico sacro, a pesar de los rasgos estilísticos y motivos temáticos que inducen a situar en este momento el "Rasgo épico a la Concepción de nuestra Señora" y "A la rebelión y caída de Luzbel y sus secuaces" en la hora de la última madurez.

Pieza clave del poema a la Inmaculada es la octava séptima que, tras el largo anuncio del tema del canto, presenta la visión apocalíptica de la doncella tal como la imaginería quiteña del tiempo había organizado, buscando dar a la representación mariana tan alta carga de rasgos semióticos que la convirtiese en verdadera síntesis de la concepción dual del mundo. Y, mientras Legarda multiplicaba tallas de la Virgen en vuelo hacia lo alto —el regreso de la criatura al Creador, desasida de las cosas del mundo— pisando al dragón con su leve planta —suprema humillación y castigo a su crecida soberbia—, Aguirre desentrañaba el simbolismo del cuadro en octavas de tanta plasticidad como las formas y estofados del imaginero:

"Era el dragón un monte organizado
de ásperas conchas, verdinegras tramas. . ."

"Aquí conchas y escamas retorciendo. . ."

"Ya entre golfos de estrellas navegando
monstruo escamado gira sin sosiego. . ."

En cuanto a María, ya en la introducción se extremó el poeta en un juego inagotable y libre de bellísimas imágenes. En torno a la imagen maestra de María-mar (es decir, tema vastísimo: "todo un mar acomete mi desvelo") alegorizó con poderoso ingenio:

"mar todo gracia, donde nunca el hielo
fatal o el nimbo opaco del pecado,
con el torpe arrebol del ceño obscuro,
desaliñó la tez al cristal puro",

llegando hasta el juego casi insostenible de la salida de Jesús por ese mar hasta su gran pelea "a orillas de la muerte".

La octava séptima, la de la visión clave y central, se divide en cinco versos para la doncella, dos para el dragón y uno de recolección libre de los dos motivos contrapuestos. Para la doncella cinco versos en acumulación de referencias luminosas:

"Viola San Juan de todo el sol *vestida*
en el zafir celeste iluminada,
la planta de la luna *guarnecida,*
la corona de estrellas *matizada*
dando aliento a la luz, *al aire vida";*

para el dragón dos versos que dejan hórrida impresión de turbiedad y caos:

"y que un dragón, en una borbotada,
vomitó de betún negro torrente",

y el verso octavo que relaciona los motivos y anuncia la guerra que se iba a entablar entre tan opuestas criaturas:

"para eclipsar"

connotaciones de obscuridad, contradicción, victoria transitoria de la sombra sobre la luz

"el nácar de su frente".

Y viene la pintura del dragón: tres octavas de la más poderosa desmesura hiperbólica y la más rica plasticidad barroca, toda movimiento y retorcimientos.

Al llegar al asalto de la bestia a la doncella, se lo dinamiza con pluralidad correlativa de tres miembros, en tres versos sucesivos:

"como toro el Dragón, tigre y serpiente,
de puntas, garras y veneno armado,
voló, embistió y acometió a María":

toro-puntas-embistió; tigre-garras-acometió; serpiente-veneno-voló.

Sigue la epifanía de la vencedora, y se la apoya en dos imágenes bíblicas de rico simbolismo, que se tratan violentando espléndidamente las analogías: el arca que sobrenadó al diluvio o, mejor, el ave que salió a volar sobre las aguas, y el pueblo del Señor en el mar rojo. Cristo es el rojo mar; se abre para el paso de María; pero "al llegar nosotros, con desvío / ciérrase el mar, encállase el bajío". En todo ese largo final, nuevo encaprichado forjar series de metáforas y urdir versos con maneras típicamente gongorinas, sin tolerar versos menos tenso o rico, y agrupándolos en conjunto de firme trabazón sintáctica. Bimembración y trimembración, simetrías y asimetrías, inversiones, repeticiones y pluralidades, y, para la musicalidad, efectos rítmicos y aliteraciones, se multiplican al servicio de la grandeza del canto.

Hasta remansarlo en la última pluralidad recolectiva:

"en zarza, en mares, en vellón dorado,
en ave, en arca, en monte y en estrella
bosquejó diestro sus divinos dones
con luces Dios, mi pluma con borrones".

La "Descripción del mar de Venus" que Aguirre subtituló "ficción poética y moral" se abre con despliegue de color luminoso y brillo floreciente: rosas, llama, brilladora, nácar, sol, aurora, luciente, zafir, purpúreo, dora, ondas de luz, estrellas. Todo este frenesí en una sola lira, la primera. Con los efectos de luz brillante reforzados por los acentos, efectos fónicos y rima:

*"y, fogoso ba*jel, *tramonta* bel*las*
ondas de luz *en* pié*lagos de es*trel*las*"

acentos en cuarta y décima; en cuarta, relacionados con la líquida "l", y en décima, con el brillante grupo final "—ellas"; y el endecasílabo final, con nuevo acento, en sexta, otra vez relacionado con una "l": el diptongo creciente "ie", que va a dar en la "l" con el ímpetu del esdrújulo.

Otra vez, como en los poemas de este momento del más alto culto al maestro de las soledades, todo el instrumental retórico en él aprendido se pone al servicio del fáustico cuadro: rica pluralidad ("escollos, peces, andas ni cristales"), hipérbaton con fórmulas gongoristas claramente reconocibles ("este, pues, golfo habitación profunda / de halagüeñas sirenas siempre ha sido"), bimembraciones ("en luz el aire y en ardor la espuma").

Frente a la descripción brillante del mar —que es el reino de la madre del Amor—, las reticencias del punto de vista ético se confían a la adjetivación: *obsceno* lago, impulso *ciego,* mar *pirata* (cosa aborrecible y temible, sin nada de romántico, era esto de "pirata" para un guayaquileño del XVIII). Más tarde, aunque sin perder brillantez, se analiza la condi-

ción de los cautivos de Venus, llegando a notas de análisis muy finas, como esta:

"y de amor los cautivos, al violento
fogoso impulso de la flecha insana,
ríen y lloran, porque están de modo
que nada sienten y lo sienten todo",

en que la síntesis de tan contradictorio estado se confía a la bimembración del verso final, que pone en los extremos los contrapuestos todo-nada relaciónándolos estrechamente por la repetición de "sienten".

Tales análisis concluyen en la estrofa final en la sucesión de antítesis que oponen juicios éticos a apreciaciones sensuales, dando a las contraposiciones la forma patética de la interrogación:

"¿este tormento lo juzgáis dulzura?
¿refrigerio fingís que es este fuego?
¿por acierto tenéis esta locura?
¿esta inquietud amáis como sosiego?".

El "Llanto por la naturaleza humana después de su caída por Adán", liras premiadas en un certamen organizado por la Academia Pichinchense (el más alto cenáculo intelectual y científico del tiempo), se estructura como exaltada prosopopeya, que se introduce explícita —"clamaba triste"—. Y como poema que se destinaba a juicio de cenáculo donde el gongorismo no era del todo bien visto, sino más bien al revés, apunta más hacia la fluidez neoclásica que a la condensación e intensificación culteranas. De lo culterano apenas si hay la violentación de la hipérbole de la cuarta lira ("en vez de llanto lloraré los ojos"), el hipérbaton que adensa la quinta y la bimembración reforzada por oposición y repetición del verso "en ella muere, y en ella todo vive", último de la lira octava. Y poco más. Conceptos y sentido están bajo los manes de Calderón, el de los Autos. Y en el clímax está el leitmotivo de Aguirre: la llama que da en pavesa, aquí con formidable radicalización existencial:

"pues solo ardió mi luz aquel instante
que a dar ser a mi madre fue bastante"

que funda la más desolada meditación sobre la vida del hombre:

"esta mi pena ha sido,
y esta pena importuna de tal suerte
con el alma se ha unido,
que aun no la puede separar la muerte,
pues cuanto a mitigarla se apercibe
en ella muere, y en ella todo vive".

Indicios estos, temáticos y de tono, de estar, si no adentro, entrando en la grave madurez del poeta.

En la hora de la madurez del épico hay que situar "Monserrate" y "A la rebelión y caída de Luzbel y sus secuaces". No en vano al "Monserrate" acudió Espejo —que muy probablemente tuvo a mano otros poemas de Aguirre, entre los códices y cuadernos de los jesuitas expulsados, como bibliotecario que fue de lo que los de Loyola dejaron— para disminuir, a su juicio definitivamente, al poeta.

Lo que tenemos de "Monserrate" no es sino un fragmento de poema que, aunque nunca completo, ciertamente fue más largo y acaso bastante más largo. Tenemos lo que Espejo transcribió en su "Luciano" para exhibir las audacias léxicas de argentado, crinitos, faretrado, ominoso y fatídico. (Y en el texto que transcribe no aparece "faretrado", lo cual de por sí prueba que Espejo tenía más a la vista cuando hizo el extracto). Innegable la voluntad culterana de Aguirre en el poema, y palabra como "crinitos" (por el español "crinado", de cabellos largos) y las repetidas alusiones mitológicas y las metáforas con clara tendencia hermética y las construcciones elípticas no dejan lugar a duda. Pero innegable la grandeza de la pintura de aquel escenario para el héroe y la belleza de tantas agudas impresiones visuales que cuajaron en felices fórmulas fónicas, rítmicas y plásticas: "cubierto erial de nieves y alabastros", "sierpe espumosa de rizada plata", "por duros riscos resbalando nieve", "que luces sulca en tempestades de oro".

Cuando en el diálogo fingido del "Nuevo Luciano de Quito", el Dr. Mera (portavoz de Espejo) leyó el pasaje al Dr. Murillo, éste comentó: "Grandemente, y con grandilocuencia guayaquileña. Si así escriben los demás teatinos, acá teníamos los mejorados colonos del Pindo heroico". Es, parece, lo que los admiradores de Aguirre pensaban de su "Monserrate". Y eso está muy cerca de lo que ahora piensa la crítica más seria. Despojando, por supuesto, a "grandilocuencia" de innecesarias connotaciones negativas.

Pero donde la grandeza a que Aguirre podía levantarse en empresas épicas se muestra estupenda es en las catorce octavas reales de "A la rebelión y caída de Luzbel y sus secuaces", que nos hace echar de menos la gran epopeya que del poeta quiteño cabía esperar. Tienen aquellas octavas, de grandeza calderoriana, un raro esplendor de imágenes y estupenda altisonancia —como convenía a tan descomunal asunto. (Y cómo se equivocó Gutiérrez cuando dijo, de este poema y de la "Concepción de nuestra Señora", "es lástima que estas dos composiciones, valientemente delineadas, rayen con frecuencia en una especie de majestad enfática que las desluce"! Si a esa "majestad enfática" debe esta historia angélica su grandeza. Si esa "majestad enfática" fue uno de los rasgos que puso al barroco tan por encima de la general chatura de la poesía del XIX y su crítica).

¡Qué espléndidas imágenes son, dentro de un conjunto de sostenidas exaltación y altura, aquella de la marcha de los rebeldes:

"de celestes garzones tropa bella,
que marchando con breve bizarría
luz, por guerrero polvo, daba al día",

o la otra del combate angélico:

"y al aire vieras del metal canoro
blandir los astros picas de diamantes;
serpeaba undosa sobre yelmos de oro
turba de airones vivos, tremolantes:
nunca vio el aire, en pavoroso anhelo,
poblado de astros, tan turbado el cielo",

o la de Luzbel sobre el monte ardiente:

"Del testamento sobre el monte ardiente
Luzbel estaba respirando saña,
dos hogueras por ojos, y por frente
negra noche que en sierpes enmaraña"!

Y cómo logra la violentación del hipérbaton dar la impresión de gran desorden, de desorden radical, de la bella y poderosa criatura poseída por la soberbia:

"¿En lóbrego no puedo, ardiente, horrendo
desorden, espantoso a la fortuna. . .".

Mientras la pluralidad repetida ensancha el conflicto hasta los términos del universo:

"si son estorbo a mi ímpetu arrogante
aire, mar, tierra o firmamento hermoso,
haré que sientan mi furor violento
el mar, la tierra, el aire, el firmamento".

Y se convocan para la cabal realización de la empresa épica, por igual originales metáforas de cuño culterano —"el ártico polo en hielos ata al Aquilón, perezas de su estrella"— y comparaciones homéricas. Los "hórridos campeones" marchaban haciendo temblar el polo helado:

"no de otra suerte cuando intenta el Noto
teñir feroz el bulto de la esfera;
el aire entonces duramente roto
con serpientes de fuego el mundo altera;
pálido el sol al fúnebre alboroto
ceniza peina en vez de cabellera:
todo es horror, el cielo se anochece
y el universo entero se estremece".

Y en el caso de la caída del ángel rebelde ya vencido, el término desarrollado —rasgo típico de estas comparaciones tan características del estilo del viejo y grande Homero— se anticipa al hecho, dando a toda esa grandeza un clima de expectativa:

"No tan furioso nubes despedaza
el sulfúreo turbión, no tan violenta
con ráfagas de luz montes arrasa
del huracán la rápida tormenta,
como. . .".

Tono tan exaltado y tanta desmesura hacían esperar amplios desarrollos narrativos. Pero todo acaba en el episodio de la rebeldía de Luzbel y su derrota, página primera de la mitología judeo-cristiana del infierno. La octava trece cierra conclusivamente el caso, y su última nota es el leitmotivo de la poesía de Aguirre: Luzbel

"fue en el estado de su luz primera
llama que pasa, exhalación ligera".

La última ensaya una suerte de moraleja en grave tono meditabundo.

Abrimos la parte lírica de esta última etapa del poeta con los sonetos, "la más hermosa de las composiciones y la que requiere más artificio y gracia", que dijera Herrera. Sonetos entre Lope, Góngora, Petrarca y el mismo Herrera, en los que las sabidurías retóricas y arte de ingenio se ponen al servicio de construir las piezas y rematarlas con el acabamiento que el soneto pide. En el "A una tórtola que lloraba la ausencia de su amante", el segundo terceto concluye la contraposición de los dos amantes que perdieron su bien, con bimembración que parte el terceto en mitades de contrapuesta asimetría:

"pues tú perdiste un terrenal consuelo
en tu consorte, pero yo he perdido
en mi adorado bien la luz del cielo"

(tú perdiste / un terrenal consuelo / en tu consorte yo he perdido / la luz del cielo / en mi adorado bien).

Los dos sonetos "A una rosa" introducen el motivo temático central de la lírica del jesuita: la vida amenazada por la muerte, las ansias de vivir como camino para morir más pronto, la luz condenada a pavesa y ceniza. En los dos sonetos, el avance implacable del soneto a su fin es significante estético del avance de las hermosas criaturas hacia su fin: "ceniza" y "pavesa" son las palabras que concluyen lo que en los primeros cuartetos fuera despliegue de color brillante: esmeralda, rosa, perlas, aurora, rubíes, sol, luz —en el un caso— y púrpura, sol, rosa, luz, purpúrea, matutino, astro, nevado —en el otro—. En los dos sonetos se explicita el mensaje de cierto estoicismo un poco amargo: "que es anhelar arder, buscar ceniza"; "si el nativo resplandor se apura / la que luz deslumbró para en pavesa".

Como para aventurar que en los bellísimos sonetos se dio un obscuro sentido premonitorio de la suerte de la orden que, en el pináculo de su gloria terrestre, anhelaba arder y apurar todos los resplandores. Y era de los primeros en darse a tal vivencia eufórica el propio poeta.

"Carta a Lizardo" es un alarde de composición encaprichadamente barroca (como para superar en el "agon" al calderoniano monólogo de Segismundo), cuya rica complejidad transmite con estupendo poder de sugestión la complejidad perpleja y angustiada del tema tremendo. Trátase del juego más ingenioso con la dualidad extrema nacimiento-muerte, concebido el término vida como un ir de muerte a muerte. El anuncio conceptual se lo hace a Lizardo en la primera lira: "pues naciste una vez, dos veces mueras", y para probar tan extraño aserto se convoca a todos los seres vivos de la naturaleza: "así las plantas, brutos y aves lo hacen". Con criaturas de tres reinos se ilustrará la extraña sentencia, trabajando nueve liras como variaciones del tema, extremando el juego conceptual y estético hasta límites de perturbadora obscuridad, lo cual no obsta para que al final de cada lira se recapitule, con algo de litánico "dos veces muerta si una vez naciste", "oh, incierta vida en tanta muerte cierta", "muerto dos veces porque vivas una", "para una vida, duplicada muerte", "una vez naces y dos veces mueres", "vive una vez y dos se ve muriendo", "dos veces yace / quien monte alado muere y pino nace", "quien nace una vez dos veces muere". En la décima lira se inicia una primera suma con recolección de los casos individuales que desemboca en la totalidad —"todo clama"—, y undécima y duodécima deducen, sin deshacer por completo la radical y como esencial obscuridad de aquel morir dos veces, la grave lección de tan alucinante recorrido.

Esta, la estructura más bien exacta y rigorosa —si dejamos de lado la sibilina lira de Jonás y Lázaro—. La realización misma ostenta un maduro y penetrante manejo de los recursos estilísticos de escuela. Bimembración —tan gongorista!— multiplicada, rica de efectos fonéticos y rítmicos; reforzada por contraposiciones y antítesis; adelgazada hasta la sutileza, y grávida de concepto. Pocas veces la categoría había rayado tan alto en la lírica barroca hispánica como en este sostenido juego conceptual

tenso de extraños sentidos y expresivo de radicales contradicciones existenciales, dentro del dualismo que, como lo hemos visto, era la clave del sistema.

Hipérbaton manejado con fina habilidad para situar en los lugares de mayor resonancia las palabras de muerte y conferir al conjunto su tono funerario. Y en el clima contenido, casi severo, metáforas de belleza que tanto peso de concepto perplejo y emoción triste recata. Como el lujo del "valiente oso que vientos calza y sombras viste", que sólo nace para el rito de morir dos veces.

Y el ritmo, puesto también al servicio del grave asunto, asordina la brillantez de las imágenes y templa cualquier exceso sonoro.

Poema, en suma, de alta y grave belleza. Con toda esa riqueza y complejidad conceptual-formal y conceptista-culterana nunca acabamos de apurarlo y descifrarlo por completo. Y esa es la mayor confirmación de su excelencia.

"Canción heroica en que con algunas semejanzas expresa el autor sus infortunios" es ejemplo perfecto de la técnica que Dámaso Alonso llamara diseminativo-recolectiva: una pluralidad diseminada a lo largo del poema y recolectada al final. Las primeras cuatro estrofas —silvas de muy libre distribución versal, la primera con faltante de algunos versos— presentan en pluralidad básica esas cuatro "semejanzas" del infortunio del poeta: el clavel, con prisa por "ser narciso de las flores todas"; el ruiseñor, alarde vivo de giro libre y ligero; el sol, padre de la tierra, alegría universal; la mariposa, galanteadora festiva de la llama. (¡Y qué cuatro imágenes para estupendas del espíritu de Juan Bautista Aguirre!). En cada caso, el final del cuadro brillante, luminoso, musical, deleitable y casi voluptuoso, rico de color, libre de ritmo y suntuario del léxico, es funerario: el clavel se desvanece, el ruiseñor, encarcelado, "no tiene *libertad* ni vuela"; la noche es sepultura del monarca sol; y la mariposa ve convertida su gala en cenizas. Cierra cada caso exclamación doliente que en su sucesión tiene resonancias de treno litánico:

"¡Oh flor desvanecida,
verdadero retrato de mi vida!"

"¡Oh avecilla cautiva,
de mi fortuna semejanza viva!"

"¡Oh sol oh luz, oh día,
símbolo propio de la dicha mía!"

"¡Oh costosos intentos,
imagen de mis locos pensamientos!"

Esta construcción plural de barroca simetría —porque nada tiene que ver con una fría simetría neoclásica— de cuatro cuerpos se anuda con una estrofa de recolección de la pluralidad dispersa. Las cuatro semejanzas se reducen al yo, mediante repetición anafórica de "yo fui" o simple "fui". Y todo el conjunto se remata con el pináculo del resumen conceptual último y la pluralidad fundamental en ceñido verso cuatrimembre:

"Siendo a mi vida imagen lastimosa
la flor, el ave, el sol, la mariposa".

Construcción tan exacta dentro de su libertad, y tan simple por sobre su riqueza de elementos compositivos y ornamentales, como la del frontispicio de la iglesia de la Compañía de Jesús de Quito, gran retablo plateresco de piedra, que Aguirre viera concluir en los años 1760 a 1765, cuando enseñaba en el local contiguo.

Una vez más, el nervio y clave del poema es el leitmotivo de la vida condenada a la muerte y la belleza destinada a la destrucción, vida y belleza dolorosamente transeúntes y frágiles. Pero ahora el leitmotivo se ha encarnado en casos que apuntan, extrañamente, obscuramente, a lo personal y autobiográfico, y ello hace más desolada la angustia. Todo lo que representaba el clavel-flor-narciso se desvanece; el mundo del ruiseñor musical y canoro, libre, fruitivamente viviente, termina sin libertad ni vuelo; el Sol, símbolo supremo de alegría, luz y vida (sobre todo para Aguirre, hombre tropical y ecuatorial, enamorado de la luz), se sume en sombras cada noche; y la mariposa que va, enamorada y ciega, a la llama —que en el poema es luz, la pequeña luz que quema—, queda reducida a cenizas. Todo aquello se cumple en la vida del poeta acosado por la envidia, contrariado por el rencor, prisionero de Venus e incendiado por su cruel belleza; es decir, entre males circunstanciales y esenciales, estos últimos aquellos que, según decía San Agustín de Hipona, mantienen el corazón irremediablemente inquieto. Poema, pues, de nostalgia del disfrute de los bienes terrenos y de reclamo de libertad y vida. Y en este sentido y con esta amplitud, poema único en su tiempo.

Y algo más: no puedo dejar de sentir en el poema algo de sordamente premonitorio del derrumbamiento inminente de la orden de Loyola. Ella fue tan narciso como el clavel, tan libre en sus movimientos como el colibrí (y bien sabía marear y enredar a quien quisiese trabárselos), tan providente y paternal como el sol y tan enamorada de la belleza y el fausto como la mariposa. Y despertó envidias y acicateó rencores. De aquella poderosa construcción humano-divina que fue la provincia quitense de la Compañía de Jesús, que acaso pecó de hybris y fue abatida hasta lo sumo por implacable némesis, bien pudiera decirse, mejor que del poeta,

"yo fui sol, mas mis rayos
con las tinieblas que el rencor echaba
eclipsados los miro entre desmayos".

¿Y por qué no, si el poeta es vate, profeta?

Con Juan Bautista Aguirre culmina la lírica del período jesuítico quiteño. En él remata la "traditio" de lírica culta culterana que nació y cobró fuerza en las aulas jesuitas de San Luis. Entre Bastidas, el punto más alto del primer libro, el "Ramillete", y Aguirre, la cumbre máxima, antes del derrumbamiento total y, por mucho tiempo, definitivo (en pleno siglo XX volvería a florecer en la lírica quiteño-ecuatoriana otro gran gongorista: Gonzalo Escudero), se dan continuidades —lo hemos adelantado— de motivos, tono y forma.

De Bastidas, y aun de atrás, arranca el leitmotivo de tensión entre vida y muerte, belleza y ruina, que fue expresión lírica de la tensión impuesta a la sociedad del tiempo entre vitalidad natural y sujeción ascética, entre disfrute estético y gravedad de un sentido religioso de la existencia, presidido por la muerte. Ese leitmotivo logra en nuestro poeta la más alta, tensa y enigmática formulación, como caducidad de los seres, amenazados por una muerte cierta y, dado el veloz paso de la vida, próxima; y, mientras más intensamente se viva, más próxima. Para ilustrarlo convoca a todos los seres, desde la flor caduca y la mariposa frágil, hasta el ángel de luz caído, a quien se extiende la universal angustia existencial. En todos los casos, antes de llegar al despeñadero del ser, el poeta se complace en hacer fiesta a su belleza; y esa exaltación dionisíaca es la que se sume en desvanecimiento, pavesas, sombra y vacío. Del drama doloroso e ineluctable se deduce lección moral triste, senequista, casi estoica: desdén por todo lo vano —y vano era aun lo bello y claro y alegre, porque estaba condenado a morir; es decir, tenía herido el ser.

En lo formal, aquella "traditio" fue una gesta: la de un culteranismo que se liberó de linderos pacatos o utilitarios, y se dio al gozo de la forma. Acaso sin saberlo, desataron de la sujeción al sistema una alta parcela para la imaginación, la sensibilidad y la inteligencia. Y en esa gesta Aguirre es la culminación. Nunca el manejo del instrumental culterano, de marca gongorista, fue tan complejo y exacto, tan sostenido y brillante, como en él. Y en una hora de victoria —frente al Aguirre de la madurez cabe suponer a los contradictores de su lírica y épica tan minúsculos como el Zoilo de la sátira o tan desorientados como Espejo—, logra la síntesis a la que podía aspirar el barroco: de lo lúdico con lo grave, de lo estetizante con lo conceptual, de lo libre con lo medido, y hasta de lo culterano con lo clásico. De Dionisos y Apolo. De Eros y Tánatos.

CODA

Al llegar al término del recorrido, detenemos los ojos en la diminuta ciudad del imperio español en América, que fue capaz de tanta grandeza, y nos sentimos necesitados de buscar sentidos últimos y explicaciones finales a tanto arte y tanta literatura como allí se hicieron. Para lo cual importa convocar todos los saberes e instrumentos de saber de que se ha apropiado el hombre contemporáneo, que, si es sabio, como el padre de familias de los libros sagrados, acogerá lo nuevo sin desdeñar lo viejo.

La vida social estaba presidida —todo nos lo ha ido mostrando— por un sistema conceptual muy preciso, casi rígido en su dualismo tierra-cielo, cuerpo-alma, vida natural-vida sobrenatural, cosas materiales-bienes espirituales, lo que pasa y se muda —lo que permanece—, y no cabe duda de que tal sistema ha de adscribirse a lo que el marxismo llama "ideología". Respondía a una estructura económica semiesclavista, semifeudal y precapitalista —nunca se instaló holgadamente en uno solo de esos territorios—; apuntaba, al menos como una de sus subterráneas intenciones inconscientes, a perpetuar las estructuras de dominación y cortar perspectivas y alientos que pudieran subvertirlas.

Todo esto parece claro. Pero, ¿qué dentro de estas explicaciones marxistas da razón de la excelencia —hondura y belleza— de las manifestaciones artísticas —visuales y literarias— quiteñas, así hubiese sido su principal efecto perpetuar el sistema social vigente? Toda aquella arte y literatura eran "reflejo", o, dicho con mayor rigor marxista, "expresión" (Ausdruck) de las condiciones materiales que presionaban el vivir de aquella sociedad. Pero pudieron haberlo sido de modo mediocre. Nada hay en la explicación marxista del proceso que dé cuenta de la misma "literaturidad" (la "literaturnost" de los formalistas rusos) de estas creaciones con sus calidades y peculiaridades formales.

También pueden explicarse todas aquellas estructuras de visión del mundo y de expresión literaria de esa visión del mundo, por sublimación, negación y represión, según enseñó a los hombres contemporáneos Freud.

Debajo de esas construcciones hay subsuelo profundo, capas de realidad oculta que nos dan explicaciones próximas, antes de cualquier recurso a explicaciones últimas —que acaso ya no hagan falta—. Esa realidad oculta que el psicoanálisis revela es el inconsciente. En todo ese bullir de imagineros y arquitectos, poetas, prosistas y oradores, cabe ver momentos y fases de un retorno de instintos reprimidos, a la conciencia individual y social. Proyecciones, simbolismo con una base corporal. Y, al ser ese arte y literatura retorno de lo reprimido —y celosas censuras eran las que ejercía el sistema—, cabía pensar en alguna suerte de liberación de la aplastada fuerza del instinto; pero no, lo reprimido vuelve

bajo el signo de la negación. Con lo cual se agrava la neurosis —esa neurosis que es la última explicación psicológica lo mismo de la cultura que de la historia humana—. En el meollo de la neurosis está el instinto de muerte; y bajo el signo del instinto de muerte nace y se desarrolla esta literatura que, no por azar, tiene su más alta cima hagiográfica en la vida de Mariana de Jesús de Morán de Burtrón, y su más alta cumbre lírica en los desolados cantos funerarios de Juan Bautista Aguirre. Comienza ese instinto de muerte con la separación de la criatura humana del seno materno, para entrar en un camino de muerte, y Aguirre en su "Carta a Lizardo" lo intuyó genialmente. (Ya lo había dicho Hegel: está en la naturaleza de las cosas finitas que la hora de su nacimiento es la hora de su muerte). Y es lo que el psicoanálisis ha llamado "trauma del nacimiento". Y todo el clima de la sociedad colonial era de ideal humedad para que Tánatos creciese. Esa sociedad, amenazada por pestes y terremotos, se aferra a la vida, no por amor a la vida, sino por miedo a la muerte. Su incapacidad para morir —de donde todo lo que se hacía para enseñar a bien morir—, al convertirse en permanente montar guardia contra el eventual asalto de la muerte —lo cual se traduce en la histeria ya dicha de rogativas, novenarios, procesiones, penitencias, votos y mandas—, conduce a un predominio de la muerte sobre la vida, y de allí da en un sentido mórbido, casi agónico de la existencia humana como pura contingencia, incontenible pasar, esencial condena a no ser. Y es lo único que los poetas cantan con verdadera exaltación y los predicadores pregonan proféticos.

Esta vida en perpetua vigilia del asalto de la muerte busca refugio en fantasías. Y, ante la cerrada realidad, falta de horizones materiales, ante la opresión de un sistema en el que quienes detentan el poder económico no quieren ceder nada, esas fantasías se disparan hacia un más allá de esta vida, en el que no haya ya muerte. Se sustituye la unión corporal erótica con el mundo —es decir, con las cosas, con la vida, con los otros humanos— por una proyección de los bienes del mundo hacia un más allá del mundo. Todo aquello cuaja en una polarización extrema; en la dualidad hallada como constante mayor y clave última de esta literatura. Porque es la literatura, que constituye la más alta posibilidad humana de expresión y comunicación ideológica, la que se encarga de simbolizar ese dualismo y aplicarlo a todas las circunstancias de la vida.

De este esquema hay que sacar tres grandes capítulos de esa literatura: la epopeya de los misioneros, la obra de los mayores místicos y lo más desenfadado y libre de los culteranos, poetas y prosistas; más los poetas. También misioneros-cronistas, místicos y culteranos se movieron entre eros y tánatos; pero hicieron de la muerte trampolín para aventuras con substancia erótica. En esos tres casos la literatura burló el sistema —en qué extensión y con qué magnitud, pertenece al orden de los imponde-

rables—. Y este es el hecho más sugestivo que una visión atenta y libre de estos dos siglos nos revela. Los misioneros fueron a sus tiempos simples y briosos aventureros y curiosos buscadores de lo exótico y lo maravilloso —y a ese espíritu debemos los mejores párrafos suyos, que se dan hasta en el corazón de grises y sometidas informaciones—; los místicos, superado cualquier miedo a la muerte y ávidos de rematar sus caminos vitales con una muerte concebida como plenitud, se entregan a efusiones eróticas que se tradujeron en la estupenda extrañeza y contagioso calor de sus mejores páginas; y en los culteranos, al margen de las presiones sociales que los habrían querido dóciles propagandistas del sistema, un ingenio casi gratuito se complacía en sí mismo y hallaba salida a lo lúdico, que pertenece al instinto de vida.

Toda la literatura colonial es afirmación de individualidad de espíritus talentosos y aun brillantes, que, obscuramente, deseaban trascender el sentimiento de contingencia con que el sistema los aplastaba y dejar presencia de vida en ese gran horizonte presidido por la muerte. Pero lo que afirmaron no era el gozo de la vida, sino una negación de vida; no la exaltación de la vida, sino la radical culpabilidad y como esencial miseria de la vida —y ello aun a pesar del barroco que era, frente a la extremosa posición luterana del mundo poseído por el demonio, voluntad de recuperar el mundo para los hijos de Dios—. Todas esas grandes obras —con las excepciones dichas— no son sino anticipados monumentos funerarios: realización del grito horaciano del "non omnis moriar".

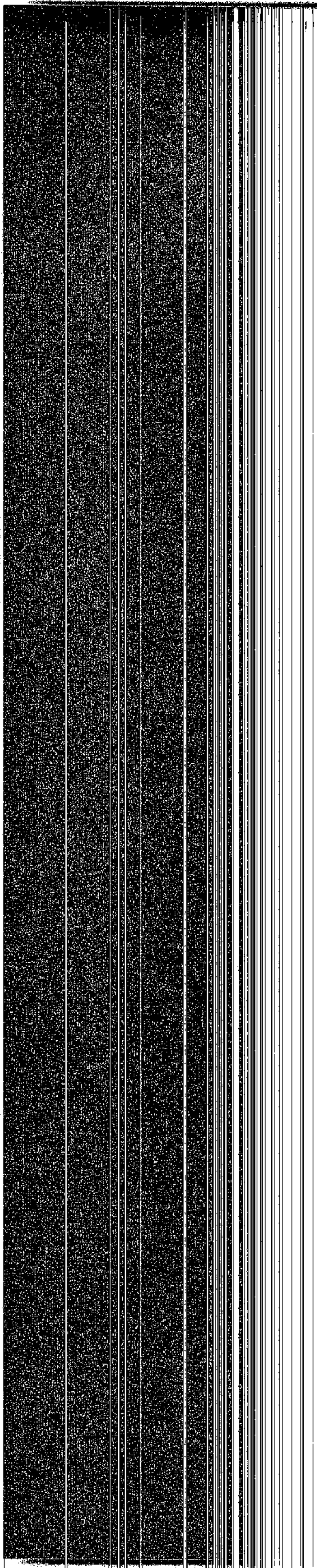
A la literatura del período, pues, debemos la visión tremenda pero honda y sustancial de San Francisco o La Compañía como dos colosales y encaprichadas necrópolis, donde el instinto de vida y el instinto de muerte libraron encarnizada batalla que dejó las más altas huellas de belleza. Los dos, como los otros templos y retablos, como tallas y lienzos, desde los más sombríos y ascéticos, hasta los que toleraron resquicios para el gozo de los sentidos, y como toda esta literatura, son un momento, acaso el más alto de toda la crónica quiteña, de esa gran dinámica de la historia que es el lento retorno de lo reprimido.

Nada tiene que ver esto con una explicación teológica última, que tampoco nos dirá nada decisivo sobre el porqué de la calidad de esta literatura. Lo que podrá decirnos es que, por encima de las aberraciones de un tiempo obscuro y casi trágico, en el que, para imponerse a una cultura y religión solar, el catolicismo había potenciado mórbidamente su componente de muerte, estaba, en la esencia misma del cristianismo, una radical afirmación de vida: la promesa, substancia de la fe y fundamento de la esperanza, de un triunfo definitivo de la vida, y de una vida corporal, dichosa. También tallaron los imagineros quiteños a Cristo resucitado, en figura de gloriosa sensualidad, y dos ex jesuitas, en su doloroso destierro italiano, se apasionaron en la defensa del reino mile-

nario, terrestre, de Cristo. Gran tragedia fue, con todo, que al confiar a lo escatológico la victoria de la vida, se hubiese librado por tan largo tiempo la vida a la muete.

Alangasi, abril 1982.

H. R. C.



I

HISTORIADORES Y CRONISTAS DEL MARAÑON

PEDRO MERCADO, S.I.

HISTORIA DE LA PROVINCIA DEL NUEVO REINO Y QUITO DE LA COMPAÑIA DE JESUS

(Biblioteca de la Presidencia de Colombia, Bogotá MCMLVII)

SEGUNDA PARTE

HISTORIA DE LA PROVINCIA DE QUITO DE LA COMPAÑIA DE JESUS

LIBRO I

CAPITULO I

DESCRIPCION DE LA CIUDAD DE QUITO

La nobilísima ciudad de Quito es austral, y aunque está debajo del equinoccio no molesta con calores a sus vecinos porque por accidentes de aires y páramos es frío su temple. Está en trescientos y dos grados de longitud y poco más de uno de latitud. Su fundación se hizo entre cuatro montes que por todas partes la rodean; mira el uno al oriente; hace espaldas el otro al ocaso, y los dos se comparten al septentrión y al mediodía. Sobre las faldas del monte más eminente que tiene el nombre de Pichincha, tiene espaciosa acogida y descansa en brazos de los otros dos que le hacen lados. En esta ciudad una de las más populosas del Perú, hermosa en edificios, noble en linajes, rica en haberes, abastecida con mucha copia de mantenimientos de pan y carnes, regalada con muchos géneros de frutas que las más las traen de fuera y las meten en la ciudad por el interés de la venta. Ilústrase con una Audiencia Real compuesta de un presidente de garnacha y de los oidores suficientes para la administración de la justicia. Autorízase en lo eclesiástico con un señor obispo a quien acompañan dignidades y canónigos; y si todos éstos alcanzan las prebendas por merced del rey, también hay dos que consiguen las canonjías por oposición de letras. Porque entre la abundancia de mantenimientos corporales que hay en esta ciudad, no hay carestía de los espirituales; está bastantemente proveído de seis párrocos que tienen la obligación de dar el pasto a las almas con la administración de los Santos Sacramentos. Para recibirlos acude cada uno de los vecinos a su parroquia, y son seis las que abastecen a esta ciudad, y entre

todas ellas tiene su primer lugar la iglesia catedral. La segunda está dedicada al cronista de Cristo, San Marcos. Al santo obispo de Sebaste San Blas la tercera; al flechado mártir San Sebastián la cuarta, y las dos últimas a las ínclitas vírgenes y mártires Santa Prisca y Santa Bárbara. Como entre tan numeroso gentío que anda en pie en esta tierra, es forzoso que caigan muchos en enfermedades, y entre los caídos es preciso que haya muchos pobres, tiene la caridad para éstos un hospital que los recibe con amor, los sustenta con regalo, les procura con medicinas la salud y la vida, y si la pierden ejercita con ellos la última obra que se practica con los cuerpos, dándoles sepultura eclesiástica en la iglesia que tiene el hospital, y en él no falta quien socorra sus almas con sufragios y sacrificios. Para las mujeres que quieren verse sueltas del matrimonio con hombres y apetecen el desposorio con un Hombre Dios, cual es Cristo Señor Nuestro, hay en esta ciudad cuatro insignes monasterios, entre los cuales el primero es de la primera mujer que hizo voto de castidad, y de la única que siendo virgen fue madre. Para que este monasterio fuese en todas cosas el primero, se dedicó al primer misterio de la vida de María Santísima, que fue su Purísima Concepción. El segundo, que por ser tan excelente, no sé si le dé el nombre de segundo, es de las que profesan el religioso instituto de la esclarecida Virgen Santa Clara. El tercero tiene por patrona a una esposa regaladísima de Cristo que fue de la tercera orden de Santo Domingo. Esta es la ínclita Santa Catarina de Sena, y sus religiosas son del todo dominicas porque son del señor, del gloriosísimo patriarca Santo Domingo. El último, solamente en la fundación, es el monasterio de la seráfica madre Santa Teresa de Jesús, cuyas hijas por imitar su devoción pusieron a su convento el nombre de San Josef, esposo de la mejor mujer que ha tenido el mundo. Para los que quieren huir de éste por no perecer entre sus olas y desean sacrificarse a Dios en las aras de la religión, hay en esta ciudad casas de Dios y conventos de los santos fundadores de religiones mendicantes. Aquí resplandece por duplicado en dos conventos la religión de Santo Domingo; el uno que está al fin de la ciudad es de recolección; el otro que está situado casi en el medio de ella, es el convento del Todo Grande. A Santo Domingo sigue el seráfico hermano de su espíritu San Francisco teniendo también otros dos insignes conventos de casa bien grande y de recolección bien estrecha. La luz de los doctores agustinos tiene un muy lucido convento de sus hijos religiosos, y no es menor aquél en que religiosamente viven los redentores de los cautivos con el ilustre título de Nuestra Señora de las Mercedes, por haberlas hecho muy grandes a San Pedro Nolasco, fundador de este misericordioso instituto. Todas estas cuatro religiones han fabricado magníficos templos en esta ciudad y han tenido y tienen sujetos de mucho lustre, así en lo excelente de las virtudes como en lo apreciado de las letras; con éstas y con aquéllas han ocupado los púlpitos, las cátedras y los confesonarios para utilidad de los ciudadanos. Aunque

éstos son españoles viven entre ellos muchos indios que les sirven de pajes y les son provechosos en otros ministerios. Apenas hay en esta república oficio mecánico a que ellos no se hayan aplicado haciéndolos todos con primor; lo que más admira es el que tienen en hacer algunas imágenes pequeñas de escultura. Algunos de ellos han entrado para servir de donados en las sagradas religiones que hay en esta ciudad y han florecido con ejemplo de virtud, y por lo menos de acuerdo de dos que conocí en el Colegio de Quito, el uno se llamaba Bartolomé, que por muchos años se ocupó caritativamente en el oficio de enfermero hasta que acometiéndole la enfermedad concluyó con su vida entre los religiosos de la compañía gozando en vida y en muerte de sus gracias e indulgencias. El otro se llamaba Josef y tuvo muchos años las llaves de la portería reglar y ejercitó este oficio con mucha fidelidad mezclando los pastos que daba en la idas y venidas con mucha paciencia y con grande devoción, y murió con ella en la casa de San Ignacio, cuya oración hecha por el padre Pedro de Ribadeneira solía leer y rezar afectuosamente. El servicio de las casas de las señoras es de indias, y por eso todos los hijos de los caballeros y de los otros españoles saben hablar la lengua del inga, que es común y general en todo el reino del Perú. De esto se sigue una grande utilidad, y es que los que nacen en la ciudad de este reino, si llegan a ser sacerdotes, doctrinan, predican y confiesan a los indios en su propio idioma.

CAPITULO II

DE LA ENTRADA, CASA Y TEMPLO DE LOS RELIGIOSOS DE LA COMPAÑIA EN ESTA CIUDAD

Numerábase el año de mil quinientos y ochenta y seis desde el nacimiento de Jesús, y el cuadragésimo séptimo de la fundación de su compañía en Roma, cuando entró a fundarla en Quito el gran padre Baltasar de Piñas con dos sacerdotes y un hermano coadjutor. Con estar bien sanos se fueron a vivir al hospital público de los enfermos y fue buen pronóstico de que entraban a dar salud espiritual a las almas gravemente enfermas con el pecado. En ese lugar comenzaron a dar esta salud con eficaces sermones que predicaban a innumerable pueblo por espacio de ocho días. Al cabo de ellos fueron con público acompañamiento llevados a una casa que estaba contigua al templo de Santa Bárbara para que en éste ejercitasen sus ministerios de confesar y predicar, y para que viviesen en aquella, aunque pequeña, hasta que fabricasen otra casa grande.

Sucedió aquí un notable caso y fue que el padre Baltasar de Piñas, entre otros convirtió un caballero de mala vida, y para tenerla en adelante buena se confesó generalmente con el mismo padre, por cuya direc-

ción se entregó a la oración mental y a la frecuencia de los sacramentos. Quiso el demonio estorbarle estos buenos pasos y para este efecto le puso en la cabeza que el padre Piñas era la causa por la cual no alcanzaba un oficio que pretendía de mano del virrey de Lima. Enfadado de esto se determinó a no confesarse en adelante con los de la Compañía. Entonces oyó una sensible voz que le dijo: "Vuelve a la compañía que no los llamé yo para que ayudasen a los hombres en negocios temporales sino los de sus almas; este es su oficio y no ese otro". Este suceso contó este caballero después de algunos años cuando ya era varón perfecto y tenía un trato muy familiar con Dios, y oía hablas sobrenaturales de los divinos labios.

El año siguiente después de la entrada de los nuestros hubo un terrible temblor en la ciudad de Quito, y tan terrible que no podían tenerse en pie los vecinos sino que se caían de su estado al suelo. Las campanas se tocaban sin manos en las torres, rajáronse lastimados los más fuertes edificios de los templos. Y siendo así que murieron muchos a golpes de las paredes que cayeron sobre ellos, no quiso Dios que muriese ninguno de los nuestros sino que andaban con linternas en las manos (fue de noche el temblor) para ver si había moribundos que confesar. Y siendo también así que con el temblor dieron muchas casas en tierra, no se cayó la de los padres con estar muy mal parada y ser muy vieja. Con esto parece que dio Dios a entender que era su voluntad que la compañía tuviese casa estable en esta ciudad y que los de la compañía viviesen en ella para darles la vida espiritual a los vecinos y forasteros.

Por esto el año de 1589 dejaron los de la compañía la casa que tenían junto a Santa Bárbara y pasándose al sitio que ahora tienen junto a la plaza principal de la ciudad, fueron edificando poco a poco casa y templo. Este y aquella eran obras de imperfecta arquitectura, hasta que viniendo a este colegio el hermano Marcos Guerra, arquitecto insigne y escultor eminente, fue corrigiendo más y levantando de nuevo otras y dejándolas todas en el punto de perfección que hoy tienen. La casa sobre ser muy fuerte es muy hermosa. Compónese de tres claustros y en ellos hay aposentos, librería, capilla y las demás oficinas convenientes al servicio de la comunidad religiosa. En medio de los dos claustros principales se levantan dos perennes pilas de agua y también la tienen corriente las oficinas que necesitan de ella, excusando a los oficiales a que salgan fuera a traerla.

Teniendo casa la compañía está claro que había de tener Jesús su templo. Este es alegre por lo claro, rico por lo adornado, excelente por lo artificioso. El cuerpo está ricamente artesonado con varios lazos y sobrepuestos dorados; todas las capillas son excelentes adornadas de bellísimos retablos, todas de media naranja con sus linternas que las agracian y dan mucha claridad conque sobresalen más, y varios labores de yeso que las pulen, taraceados de oro. De los tres coros que tiene la iglesia, los dos colaterales que corresponden a estas capillas están lustro-

sos con otras dos medias naranjas con el mismo adorno que las pasadas que esclarecen y adornan más la iglesia por su mayor capacidad. El crucero y capilla mayor es obra muy primorosa, así por el retablo mayor que la hermosea, como también por las tribunas que la acompañan; dos sobresalen a los lados del altar mayor y otras cuatro a las capillas que corresponden al crucero, estofadas de varios matices y colores; y habiendo tanto que ver y admirar, lo que más se lleva los ojos es el púlpito por ser raro en el artificio de obra corintia; está cubierto de ordinario, y cuando en los días festivos quitado el paño se descubre, parece nuevo aún a los ojos que muchas veces lo han visto, y así siempre agrada a la vista como cosa nueva.

La sacristía se parece tanto a la iglesia, que se echa de ver que tiene parentesco espiritual con ella. Levantóla el hermano Marcos desde sus cimientos; hízola de bóveda muy vistosa por su belleza. En el frontispicio puso un retablo de madera y en su nicho se colocó una devotísima imagen hecha por el diestro pincel del hermano Hernando de la Cruz. La imagen es de nuestro padre San Ignacio revestido de sacerdote, y está ofreciendo su corazón a la Santísima Trinidad, y está enseñando a sus hijos lo que han de hacer cuando van a revestirse para decir misa. En contorno de la sacristía hay cajones, así para guardar las casullas como también los frontales y las demás cosas pertenecientes al culto divino. Sobre los cajones se miran tabernáculos de primorosa escultura, taraceados de lazos de ángeles y de flores y también de rostros de medio relieve y de relieves enteros con sus divisiones y formas de nicho. Aquí se mira, pintada de escogido pincel, la vida de la Madre del Sumo Sacerdote Cristo.

Cerca de la sacristía se levanta una eminente torre, y es tan eminente, que sobrepuja en la altura a todas las torres de la ciudad. Tiene cincuenta y cinco varas de alto; tiene tres cuerpos, el primero está embebido en el edificio de nuestro colegio y desde su nicho empiezan a descollar los otros dos cuerpos hasta rematar en cinco pirámides cubiertas de azulejos; las cuatro que son medianas están paradas en las esquinas y en medio descuella la mayor y cada una tiene en su punta sobre sí un globo de bronce dorado. En el balcón que tiene el último cuerpo se ven los nichos donde están pendientes seis campanas de suaves y bien compasadas voces; las dos son del reloj que avisa las horas y cuartos del día y de la noche, para que por ellos distribuyan sus acciones los que viven con buen orden.

CAPITULO XXXII

REVENTO EL VOLCAN DEL CERRO PICHINCHA Y CAUSO VARIOS EFECTOS

La ciudad de Quito está fundada (como queda escrito) en las faldas de un monte llamado Pichincha. Este comenzó un domingo en que se contaron veinte y cuatro de octubre del año mil y seiscientos y sesenta a dar muestras del trabajo de un aborto con algunos bramidos y estruendos que asombraban. Con los mismos prosiguió en el lunes siguiente y multiplicólos en el martes haciendo horrorosos estruendos y dando bramidos tan continuos que duraron toda la noche. Cuando amaneció el miércoles se reconoció el aborto de fuego y cenizas. Con ellas se formaron unas nubes tan espesas que escurecieron el aire de suerte que la hora de las nueve del día era al parecer la hora de las doce de la noche, y por esto no podían divisarse los unos a los otros. Los que en esta ocasión andaban en viajes afirmaron que sabiéndolos muy bien y siendo muy trajinados los caminos se perdieron en ellos ocasionándoles su pérdida la escuridad accidental del día. A un miserable indio le aconteció entonces el despeñarse porque no pudo ver dónde ponía los pies.

De estas nubes que se formaron en el aire y escurecieron al sol, cayó mucha piedra pomes que hacía tanto ruido en los tejados y patios como lo suele hacer un grande aguacero. También cayó de estas nubes muchísima ceniza y cantidad muy grande de arenas, y fue tormenta que duró continuamente todo el día y toda la noche del miércoles. La obscuridad, la piedra, la ceniza se acompañaban con truenos, con estallidos y relámpagos que se formaban de unos riscos encendidos que arrojaba el volcán y volaban por el aire impelidos de la violencia del fuego jugándose a todas manos la artillería de la justicia divina. A todas estas tempestades se siguió no la menor parte de ellas (cada una parecía un todo de desdichas) porque se entreveraban algunos temblores de tierra, y aunque duraban poco, acongojaban con su frecuente repetición mucho. Mirar en la mitad del día el cielo tan oscuro era (a)sombro; oír los estallidos y truenos era formidable horror; ver por los relámpagos los riscos encendidos que escupía el volcán no era el menor espanto; sentir los temblores de la tierra no era el menor espanto; caer la piedra y ceniza era agonizar, y todo junto ¿qué sería? ¿Qué confusión? ¿Qué llanto? ¿Qué desconsuelo? Batallando todos los elementos. ¿Qué digo? Todas las criaturas en honra de su Criador contra los insensatos pecadores que no se cansan de ofender a Dios de todas maneras con demostraciones de su esfera.

Bien conocieron los vecinos de Quito las demostraciones evidentes conque Dios le argüía por sus pecados, y así dándose por convencidos procuraron mitigar su justísimo enojo. Acogiéronse contritos y humillados a las iglesias a pedir misericordia y hallarla en las entrañas de la divina

piedad. Llegábanse muchos juntos a pedir absoluciones a los confesores, diciendo a voces sus pecados. Para acudir con la absolución a tanta muchedumbre sólo se pedía materia en alguna culpa porque parecía que no había de haber tiempo para más, porque estaban persuadidos que se había ya llegado el último fin de los tiempos. Cada vez que se estremecía el templo con temblores temían ser enterrados y esforzaban los llantos y lágrimas. Cada vez que el volcán daba bramidos y se miraban los relámpagos crecían los sentimientos y se levantaban más las voces mostrando dolor del corazón y pidiéndole misericordia a Dios.

Descubrióse en nuestra iglesia el Santísimo Sacramento, hiciéronse rogativas con plegarias de las campanas, y para aplacar a Dios le recibieron sacramentado las más de las personas que se hallaron en nuestro templo, porque como el dicho miércoles de la tempestad era día de ayuno, no se habían desayunado. Y a la verdad no estaba la gente para comer y perseveraron muchos en nuestra iglesia sin desayunarse hasta el jueves día de los apóstoles San Simón y Judas, porque aunque el padre provincial y los demás sujetos salieron a repartir todo lo que había de comer en casa, como era tan crecido el número de personas no hubo para todos.

Con estas exhortaciones hicieron los oyentes actos de contrición fervorosos, y con ellos se ablandó algo si no del todo la Divina Justicia. Amaneció el jueves veinte y ocho de octubre y en ese día se gozó algo, algo de la luz, pero envuelta siempre en otras nubes de cenizas que por menos densas no embarazaban del todo los rayos de la luz. Con estos temporales prosiguieron los días siguientes hasta el de Todos los Santos viéndose a ratos descubierto el Sol y a ratos encubierto con las nubes de la ceniza que a cualquier viento se levantaban. Pareció milagro (y es cierto fue misericordia divina) que no se cayesen las casas con la gran cantidad de piedra pómez, de cenizas y arenas que llovían sobre ellas. También se repitieron los temblores, unos más violentos que otros habiendo días en (que) temblaba la tierra tres y cuatro veces. Fueron también continuados los estallidos de los nuevos abortos del volcán, aunque no con el rigor del miércoles ya dicho.

Con estas treguas de benignidad concedidas a los vecinos tuvieron lugar de hacer las diligencias para granjear del todo la Divina Providencia. Hicieron todas las sagradas religiones muy devotas procesiones por el orden de sus antigüedades. Era muy para edificar el ver la modestia, el silencio y la devoción conque iba tan numeroso gentío. Las penitencias exteriores, índices que mostraban la interior penitencia, eran muchas. Unos llevaban pesadas cruces en los hombros; otros derramaban con disciplinas la sangre de sus espaldas; otros llevaban ligados los brazos con fuertes sogas; unos llevaban grillos y cadenas en los pies, y todos en las cabezas la ceniza que iba cayendo de lo alto para que se pareciesen a los penitentes de Nínive. No sólo hacían estas ásperas jornadas los varones fuertes, sino también las mujeres débiles; no sólo los plebeyos, sino los nobles, no sólo los legos, sino también los sacerdotes.

Finalmente el volcán fue la causa de que Quito en el año de sesenta por el mes de octubre tuviese su cuaresma y su Semana Santa más fervorosa que la primera. La ceniza que en el dicho miércoles y en los demás días de la tempestad les cayó sobre las cabezas, les movió más que la ceniza que los sacerdotes les pusieron en el primer miércoles de cuaresma. Los bramidos del cerro los inmutaron más que las voces de los predicadores. Los que no se habían confesado en muchas cuaresmas se confesaron en este tiempo. Muchos no se contentaron con hacer sus confesiones desde la última y las hicieron generalmente de toda la vida. Los que antes se retiraban de los sacramentos se confesaron no sólo una vez sino muchas veces. Tanto era el número de los penitentes, que veinte sacerdotes que había en nuestro colegio asistiendo por este tiempo en los confesonarios desde las seis de la mañana hasta la noche, no podían cumplir con todos. Las comuniones que hubo en nuestra casa no se podían contar por ser muchísimas y duraban hasta más de las doce del día. Los que estaban enemistados se buscaban unos a otros y reconciliándose con amor sepultaban sus odios en la ceniza que tenían a los ojos. Los que estaban torpemente amistados rompían mutuamente el lazo de la mala amistad y se despedían para siempre. Muchas personas que adolecían de supersticiosas, quemaron las alhajas de las supersticiones. Por decirlo todo en una palabra: la ciudad de Quito parecía toda una muy santa ciudad.

CAPITULO XXXIV

NUESTRA SEÑORA SACA DEL SEMINARIO DE QUITO A PEDRO URRACO PARA QUE SEA RELIGIOSO DE LA MERCED

Dos abundantísimos pechos ha tenido la casa seminaria de Quito, el uno ha sido de sabiduría, y el otro de virtud. Con estas dos leches de sus dos pechos ha criado mancebos sin número, que santamente han envejecido y muerto en las cuatro sagradas religiones que florecen en estas partes de las Indias; pero porque entre todos los de Quito ha sobresalido como el sol entre las estrellas el reverendo padre Pedro Urraco, pongo los ojos en sus luces, dejándome a los demás.

Después que Pedro habiendo salido de la villa de Idraque, su propia patria, se entró en la ajena de Quito, estuvo en su Colegio seminario de San Luis por espacio de dos años tomando (como criatura escogida de Dios) ansiosa y frecuentemente no sólo la leche de la ciencia, sino también la de las virtudes que le suministraban en sus pechos amorosamente los padres de la Compañía que entonces cuidaban de los niños del colegio. Desde Quito al cabo de cierto tiempo quiso sacarlo su madre la Virgen Santísima, no para destetarlo (que este deseo nunca fuera bueno) sino para que en el más seguro lugar de la religión con el ali-

mento continuo de aquella primera leche creciese tanto, que fuese como lo fue un gigante en santidad.

La merced que le hizo la reina del cielo en su vocación fue singular. Estaba este devoto colegial una mañana en la iglesia de Las Mercedes, y allí le estaba fervorosamente presentando a la virgen una petición (que es convenientísimo que la hagan muy repetidamente los que aún no han conseguido estado) y era que le alumbrase el entendimiento para que eligiese su voluntad el estado que fuese de más agrado de Dios. A este sazón vio que la comunidad de los religiosos mercedarios salió a cantar un responso y que acabada esta función, al pasar cada uno de los religiosos por delante del altar mayor hincaba la rodilla al Señor Sacramentado, y también veneraba a la imagen de la Virgen. Vio que esta Señora le daba muy buen pago, pues cada uno de ellos alcanzaba de su Santísimo Hijo algún favor y que les echaba su bendición. Estando suspenso en esta maravillosa visión advirtió que la Virgen le llamaba con la mano y con ella le hacía señas para que detrás de los religiosos se entrase al convento. Como era Pedro buen entendedor, no fue menester que Nuestra Señora le hablase palabra, bastó que le hiciese la seña. Diose por entendido, y levantándose del lugar donde oraba, hincó la rodilla delante del altar mayor, bajó la cabeza ante la imagen de la Virgen, la cual le echó con su hermosísima mano una bendición; entró en el convento, halló juntos a todos los religiosos. Entonces su comendador sin que Pedro le hubiese propuesto palabra alguna, le dijo las palabras siguientes: *Hijo mío, ¿quieres ser religioso?* Su respuesta fue decir que sí, y con el voto favorable de toda la comunidad fue recibido en la religión. Aquí hizo la Reina de los Angeles muchas mercedes; la una a Pedro porque le daba el estado de religioso; la otra a su religión para que se gloriase de tener tal hijo; y la otra al Colegio seminario de Quito para que se honrase con haber criado a sus pechos a un colegial tan bueno.

Mudado ya de secular en fray Pedro con el precioso hábito de fraile mercedario cuidó mucho de conservar la túnica de la castidad de alma y cuerpo que siempre había vestido. Y tuvo mucha razón para conservarla porque esa es la vestidura nupcial para celebrar las bodas con el Cordero Divino. Persiguióle mucho el demonio con tentaciones de la carne, pero vencíalas como si solamente fuera espíritu y no tuviera carne. Para estas victorias hacía broquel del mismo hábito que traía en su cuerpo, diciéndole al espíritu de fornicación: *Quítate allá, caballo, que estoy armado con la insignia de la virginidad de María que es este hábito purísimo, y como ella te quebró la cabeza te he de quebrar los ojos permaneciendo virgen con su favor hasta que muera.* Consiguió esta dicha y los triunfos de este gran hombre merecieron que llegase tiempo en que el demonio de vencido tantas veces no se atreviese a presentarle batallas en el asqueroso campo de la lujuria.

No se contentó con ser en su religión fray Pedro, ansiosamente procuró ser un San Pedro; para este efecto tomó muy a pechos el consejo que le dio su maestro en el noviciado, de que se emplease en la imitación de su padre San Pedro Nolasco ejecutando las obras ejemplares de su santísima vida. No la sabía el novicio, y así se puso devotamente en oración diciéndole a Dios que pues su maestro estaba en lugar suyo y pues alumbrado con su luz le había dado el consejo de imitar a su santo padre, dispusiese que llegase a saber su santa vida. Otorgóle la petición con la piedad divina enviándole al ángel de su guarda que con voz tan apacible como angelical le dijo: *Atiende Pedro, y oye la vida de tu padre.* Atento la oyó hasta escuchar el último paso de su muerte conque quedaron sus ojos bañados en devotas lágrimas y su corazón lleno de agradecimientos por el favor tan singular que había recibido en la noticia de tan santa vida.

Dio en meditarla y también en imitarla de suerte que se pareció mucho como buen hijo a su santo padre, y le cayó en el alma la bendición que se suele echar en nuestro castellano con estas palabras: *bien haya quien a los suyos se parece.* Pareciósele en la abstinencia, porque a ejemplo suyo ayunaba a pan y agua los miércoles, lunes y viernes, y a las veces era su ayuno del pan y del agua, porque se estaba días arreo sin probar agua ni pan. Singularizábase con este rigor en las semanas santas y después de ellas en los viernes precedentes a la pascua del Espíritu Santo. Era muy ordinario en este penitente varón el privarse del ordinario sustento y se solía estar tres días en muchas ocasiones sin más pan que el que consagrado en la misa gustaba su paladar, y sin más agua ni vino que la que tomaba las tres veces en el cáliz en reverencia de la Santísima Trinidad. Sin embargo de esta rigurosa abstinencia no rehusaba el ir a comer con los que le convidaban; lo uno porque le daba Dios gracia para que jamás comiese con seculares sin sacar de ellos algún fruto espiritual; lo otro porque siempre se amargaba el sentido del gusto con acíbar o con otros polvos muy desabridos.

Horroroso es no sólo al gusto sino al olfato la mortificación en que se ejercitó el fervor de su espíritu. Viendo cavar una llaga en el pie de un novicio se le ocasionó un grande asco, y para vencerlo, aguardando a que se fuera el enfermero, se llegó al enfermo para besarle el pie llagado, mas como no se lo hubiese querido permitir, le deparó Dios para su mayor mortificación un perro lleno de gusano en una llaga que destilaba materia. Entonces el siervo de Dios hablando consigo mismo, dijo: puerco asco tuviste de ver el pie llagado de tu hermano y no tienes asco de ver tu alma tan llagada con ofensas a Dios; ahora te enseñaré a tener asco. Dicho esto le lamió la llaga al perro y comió los gusanos. Continuó algunos días este ejercicio y con él quedó sano el perro. Y como era de más importancia la salud de su hermano, se fue a él y le hizo muchos ruegos para que se dejase lamer la llaga de su

pie. Instado vino en lo que repugnaba y dentro de breves días se vio sano a beneficio de aquella buena lengua.

Después de haber recibido de la boca de Nuestra Señora una merced que fue llamarlo claramente *hijo,* y después de haberle oído sensiblemente a su amantísimo padre San Pedro Nolasco que no temiese al demonio porque le tenía escogido en el número de sus hijos, se fijó en su filiación profesando solemnemente en el día de la Purificación de la Virgen del año de 1605. Comenzó a proseguir los estudios a que había dado principio en el Colegio seminario de San Luis; pero interrumpióselos su prelado mandándole que por los pueblos circunvencinos a la ciudad de Quito se fuese a pedir limosna para su convento que entonces estaba muy necesitado. Alegróse el buen súbdito con el mandato viendo que se le ofrecía ocasión de poner en práctica el voto que había hecho de obedecer y juntamente pidió licencia y la alcanzó para juntar limosna para redimir cautivos, porque en este afectuoso celo de verlos libres del cautiverio imitaba mucho a su querido padre San Pedro Nolasco. Salió del convento para su viaje sin llevar siquiera una frazada para dormir ni una túnica para mudarse, solamente sacó una taleguilla en que metió su breviario, dos libros espirituales y sus disciplinas y cilicios. Un devoto clérigo le dio una mula con todo aliño para que en ella hiciese sus jornadas, mas sabiendo que San Pedro Nolasco solía hacer las suyas a pie, quiso seguirle los pasos caminando a pie; y porque su santo acostumbraba descalzarse en sus viajes, también él se descalzó. Andando en estos buenos pasos el venerable padre fray Pedro, hizo con sus prójimos muchas obras de misericordia y él también las recibió en las dos limosnas que pedía. Entrególas al padre comendador que las recibía con agradecimiento. Había llegado al convento la fama de algunos milagros que había hecho dando salud a enfermos, poniéndoles el escapulario sobre sus cabezas. Preguntáronle lo que había pasado en esta materia, y por encubrirla como humilde hizo algunas acciones ridículas de que llegaron a presumir que estaba dementado.

De su voluntad empezó, no a proseguir en los estudios de teología sino en los oficios humildes de lego deseando que le conservasen en ellos y temiendo que no le encumbrasen en la altísima dignidad de sacerdote; pero Dios le tenía escogido para que tuviese gran lugar en este orden supremo. Mandóle por medio de su prelado que se fuese a ordenar, y la noche antecedente la gastó en tomar tres disciplinas dirigiéndolas a la Santísima Trinidad y pidiendo humilde que no permitiese que siendo hombre tan malo llegase a ser sacerdote, mas que se cumpliese su divina voluntad. Ordenóse el día siguiente de subdiácono en la iglesia de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Guápulo, y luego le mandaron que se partiese a ser conventual en el convento de Belén de la ciudad de Lima. Sintió mucho el haber de ausentarse de la Virgen que estaba en el altar mayor, de quien había recibido mercedes mayores de marca. Estándose despidiendo de ella con mil ternuras le consoló su

piedad diciéndole: *Ve, padre, que yo voy contigo y te aseguro que siempre me has de tener presente.* Y así fue que de día y de noche hasta que murió se le presentaba por instantes y la estaba gustoso mirando. Haciendo buenas obras a pobres y obrando milagros por los caminos con enfermos, llegó a la recolección de Lima. Allí le mandó su vicario general que se ordenase de diácono y de sacerdote, pero él instaba a la Santísima Trinidad que si su grado sacerdotal no había de ser de su agrado le quitase la vida antes que lo recibiese. Aquí alentó su corazón al sacerdote diciendo, *que nunca había de decir misa, que no fuese del agrado de su Hijo.* Con esto se fue alentando y ordenóse en la capilla de La Veracruz, y todo el tiempo que duró la misa de las órdenes vio claramente en el altar la imagen de la Virgen de su convento de Quito, y a sus dos lados a dos Pedros que estaban hincados de rodillas; el uno era el príncipe de los apóstoles, y el otro el patriarca de las Mercedes. Al alzar la hostia vio a las tres Divinas Personas, y al recibir la forma consagrada en su boca, vio al niño Jesús.

Desde la primera misa que cantó con grandes prevenciones de confesión general y otras penitencias hasta la última que dijo en su vida, vio que eran del agrado de Jesús porque unas veces se le aparecía en forma de niño, otras con la cruz al hombro, otras atado a la columna, otras crucificado y a este modo en otros pasos de su santísima pasión. Y demás desto, habiendo llegado a estar por más de tres años impedido con los males de gota y perlesía, solía decir milagrosamente misa porque en poniéndose en la peaña del altar, el Señor que se pone en él le quitaba como Todopoderoso todos aquellos impedimentos para celebrar.

A la dignidad de sacerdote está conjunto el oficio de confesor, y para que fuese confesor quiso Dios que fuese sacerdote. Continuamente asistía al confesonario en la iglesia de la recolección, y lo que allí hacía era sacar muchas almas del mal estado en que estaban cautivas; solía redimir a muchos pecadores de sus vicios. Allí tuvo muchas hijas de su espíritu y las crió con la leche de su doctrina celestial.

LIBRO TERCERO

CAPITULO VIII

BENEFICIOS QUE HA HECHO NUESTRO PADRE SAN IGNACIO EN CUENCA

Nuestro gran padre San Ignacio se ha singularizado en hacer favores a algunos de esta tierra quizá porque desde el cielo quiere dar bien por el mal que hicieron a sus hijos cuando resistieron a la fundación de su colegio diciendo contra ellos mil falsedades. También juzgo que ha

multiplicado los beneficios porque le han duplicado los cultos, pues no se han contentado los vecinos de Cuenca con que San Ignacio tenga iglesia y altar en su colegio, sino que también le han labrado una capilla en la iglesia mayor de esta ciudad donde encienden luces a su imagen y dan cultos a su original. Referiré algunos casos que han observado los padres del Colegio de Cuenca.

Un republicano de esta ciudad alzando bandera de enemigo declarado de la compañía, anduvo haciendo gente contra sus hijos; con tinta, pluma y papel en las manos andaba buscando por las calles pareceres y firmas de los vecinos procurando infundir su espíritu de contradicción en los corazones para que no permitiesen que se fundase el colegio. Preguntándole algunos por qué se oponía tan declaradamente a religión tan santa y tan provechosa en el mundo, respondía disparando falsedades de su imaginación con tosquedad de palabras al uso de aldea. Aún después de fundado el colegio le duraba su mala querencia, y sucedió que en el día festivo de nuestro padre San Ignacio en vez de ir a su celebridad como los demás vecinos se partió a un hato suyo a hacer rodeo de sus vacas. Estando todo el ganado junto se apartó de la junta una vaca (a quien los indios por su ferocidad llamaban cabeza de diablo, y aun decían que estaba endemoniada) y le acometió con tanto furor, que aunque por librarse el hombre se subió sobre una tapia, la saltó la vaca y yéndole a herir con sus astas no se le ofreció a la memoria ni se le vino a la boca otro santo del cielo para invocar su favor sino nuestro padre San Ignacio; invocóle y con su patrocinio se libró de la bestia. Luego se volvió a la ciudad a dar las gracias a nuestro padre San Ignacio como a su libertador, y desde este día mudó el ánimo adverso en voluntad afectuosa a la compañía, publicando que la mala querencia que había tenido a los hijos de San Ignacio se la había pagado el santo (como perdonador de injurias) dándole la vida.

Una señora principal de esta ciudad estando en peligro de muerte con un flujo terrible de sangre, oyó contar que nuestro padre San Ignacio había dado milagrosamente la salud a una mujer muy enferma y que ésta había hecho poco o nada en agradecimiento del beneficio recibido. Con esta relación se conmovió la mujer doliente y volviendo los ojos a una imagen de nuestro padre San Ignacio que tenía en su cuarto, abrió los labios diciéndole al santo que no le sería ingrata si le alcanzaba la salud, y que le rezaría tales y tales devociones. Al instante se halló con mejoría y tomando el oficio de predicadora exhortaba a otras personas la devoción cordial de San Ignacio.

No sólo sabe la intercesión de San Ignacio dar la vida, también sabe alcanzar la muerte cuando ha de ser dichosa. Una señora de mucha nobleza y de no menor verdad, vecina de Cuenca, contó el caso siguiente: Tenía un niño hijo suyo muy enfermo y en medio de su aflicción se le ofreció al entendimiento ofrecérselo de voluntad a San Ignacio y con este intento puso la cuna en que estaba el niño a los pies de una

imagen del santo padre y casi al mediodía vio que nuestro padre San Ignacio desde el cuadro esparciendo resplandores extendía los brazos hacia el niño y que éste también abría sus bracitos y abrazándose los dos expiró el niño. La madre dando voces de alegría, cuando las otras las suelen dar de dolor por las muertes de sus hijos, llamó a su marido y contándole el caso le pidió albricias. Fueron a ver al difunto y repararon que habiendo sido feo cuando vivo estaba después de muerto muy hermoso.

El poder que en todo el universo ha mostrado nuestro padre San Ignacio sobre los demonios, lo ha manifestado también en esta ciudad. En su jurisdicción hay un pueblo llamado el Espíritu Santo, donde vivía una india de dieciocho años muy molesta del demonio. Aparecíasele en diferentes figuras, ya en la de culebra o serpiente, ya en la de un morenillo, ya en la figura de un cordel persuadiéndola se ahorcase para irse libre de las penalidades de su vida. Hablábale sencillamente muchas veces y con sus persuasiones la redujo a que ni comiese, ni bebiese, ni durmiese, ni hablase, ni trabajase, sino que anduviese dando vueltas por la casa. Resolvió ella irse a Cuenca donde tenía sus padres y éstos lastimados de ver en tan miserable estado a su hija, se determinaron a llevarla a nuestro colegio. Apenas entendió el demonio esta determinación cuando se le apareció a la miserable india, y ya con halagos, ya con amenazas, la procuró que no fuese donde estaban los padres, pero no prevaleció el maldito, porque la llevaron a la compañía en tan miserable apariencia y con un embeleso tan abstracto que no parecía racional ni hablaba palabra para informar de su dolencia; súpose por el informe de sus padres y uno de los nuestros le puso al cuello una medalla de nuestro padre San Ignacio y con sólo este remedio se retiró el demonio de los apremios que hacía a la pobre india, de suerte que a los quince días se vio totalmente libre de ellos y se confesó con mucha entereza y juicio y se conoció tanta candidez en su conciencia, que se echó de ver que el mal que había padecido, o fue para que se perfeccionase su paciencia o para que se manifestase el poder que tiene nuestro padre San Ignacio contra el padre de las tinieblas, de las cuales viéndose libre la buena india anda por el camino de la luz frecuentando los sacramentos en nuestra iglesia.

LIBRO CUARTO

CAPITULO XIII

MUERE UN MANCEBO CON UN MAL QUE FINGIO

No por manifestarse la circunstancia del lugar se descubre la circunstancia de las personas, y así con esta seguridad escribiré un caso que

sucedió en Popayán. Aquí vivía un mancebo con estragadas costumbres y sin pretenderlo tomó un medio conque acabó su vida en lo más florido de sus años. Fingió un mal para hacer experiencia del amor que le tenían en su casa viendo si hacían o no extremos por su mal y quiso también experimentar los que hacía una persona a quien tenía torpe amor. Estando malo con esta ficción más que con otro achaque corporal, enviaron a llamar a un padre de la compañía para que lo confesase. En la confesión le declaró entre otras culpas la ficción de su mal, y entonces (claro está) le dijo el confesor que se dejase de cosas ficciosas y diese de mano a todos sus pecados con un verdadero arrepentimiento y con un propósito muy firme de la enmienda. Así lo ofreció y por este ofrecimiento le concedió el beneficio de la absolución. Dentro de breves días, sin haberse levantado de la cama, murió el fingido enfermo, y el confesor quedó atónito considerando en secreto consigo mismo, cómo aquel mancebo aunque pudo morir presto pudo vivir mucho y Dios por su ficción le había cortado en flor los años de su vida. Después de algunos años, se encontró con semejante ficción en la confesión de otra persona y se valió del caso referido contándoselo para que no se atreviese a tramar, ni urdir, tales mentiras con riesgo de que Dios justiciero lo castigase, abreviándole los días de la vida que cualquiera naturalmente desea que sean muy largos y muy felices.

LIBRO SEXTO

DE LAS MISIONES DEL GRAN PARA O MARAÑON

CAPITULO III

LO QUE OBRARON CON LOS INDIOS MAINAS EL PADRE GASPAR DE CUGIA Y EL PADRE LUCAS DE LA CUEVA

Habiendo llegado los dos padres a la ciudad de Borja, a pocos días y lances vinieron a reconocer que aunque a los indios Mainas los llamaban con nombres de cristianos, no lo eran. Averiguaron que les echaban el agua sin darles a entender lo que era el baptismo ni enseñarles los misterios que habían de creer para conseguir con el baptismo la gracia. Su total ignorancia era testigo de esto porque no sabían más de sus ritos y fábulas bárbaras que oyeron a sus antepasados, y si decían algo de Dios o de la otra vida era por lo que habían oído a los españoles y no porque lo creían. Al fin averiguadas bien las cosas trató el padre Gaspar de Cugía de baptizar absolutamente a los que de cierto se supiese que no estaban baptizados y debajo de condición a aquellos cuyos baptismos fuesen dudosos.

Veintiuna eran las encomiendas, repartimientos o pueblecillos de indios mainas que hallaron los padres, y el estar divididos en partes muy distantes ocasionaba indecible trabajo porque no se podían catequizar todos juntos sino cada encomienda o pueblecillo de por sí. A cada uno de ellos iba el celoso padre Gaspar de Cugía y se detenía en cada uno el tiempo que requería el número de gente y la necesidad conque la hallaba. Llevaba consigo tan buenos como fieles intérpretes (de que había ya muchos enseñados entre los españoles y ladinos en la lengua del inga) y por medio de ellos dos veces cada día les daba a entender los misterios de nuestra santa fe, y cómo los habían de creer porque Dios los había revelado. Explicábales los mandamientos que habían de guardar. Movíalos a que se doliesen y arrepintiesen de las culpas pasadas y les iba dictando actos de contrición. Habiendo hecho esto en común con todos, iba haciendo lo mismo con cada uno en particular, y viendo que estaban bien en todo lo que había enseñado, le preguntaba si quería que lo baptizase declarándole lo que era el baptismo y el fin para que se daba este santo sacramento, y en reconociendo que tenía voluntad de recibirlo por haber percibido su entendimiento todo lo enseñado, lo baptizaba; y en este ejercicio gastaba los días desde la mañana hasta la noche. De esta suerte introdujo en la iglesia católica los indios adultos de dieciocho encomiendas.

Restaban otras tres que catequizar y baptizar y éstas las tomó a su cuidado el apostólico padre Lucas de la Cueva, el cual con el mismo celo, con el mismo modo y con semejantes trabajos que los que toleró su compañero, los fue catequizando y baptizando, de suerte que entre los dos padres baptizaron más de mil indios mainas adultos. De éstos referiré aquí dos casos particulares.

Estando uno de estos padres (no nombra la relación cuál de los dos era) enseñando la doctrina cristiana a los indios de una encomienda, se salía un indio anciano diciendo que él no quería ser cristiano, que lo fuesen los mozos. Afligióse el padre y también el encomendero se afligió. Entrambos a dos con su aflicción procuraron reducir al viejo hablándole caritativamente en la materia. La respuesta que daba era que él estaba ya viejo y no podía ser cristiano. Con la repetición de este dicho vinieron a sospechar lo que quería decir el indio, y fue cierta su sospecha porque entendieron que quería decir que por viejo no podía tomar de memoria la doctrina cristiana como lo hacían los mozos por tener mejor memoria. Preguntáronle si era esto lo que significaban sus palabras. Respondió que sí, y entonces le desengañaron diciéndole que no necesitaba saber de memoria la doctrina cristiana sino oírla y creerla y dolerse de sus pecados. Oído esto admitió gustosamente el viejo el ser enseñado para ser verdadero cristiano.

Con una india de esta nación de los mainas fue necesario revalidar el baptismo por las dudas que había de si era nulo o válido. Con ella había tenido mal trato el demonio por muchos años teniéndola por súcubo con

tanta continuación, que no la dejaba en parte alguna donde no la molestase para el efecto. Sucedió que el mismo día en que se revalidó su baptismo, parió un monstruo (tal era el padre) a manera de sapo de muchas manos y pies, asquerosísimo y sobremanera fiero, quedando la india casi, casi como muerta; pero revivió y aparecióseie el demonio íncubo y espantándola y riñéndola mucho desde lejos, no atreviéndose a estar cerca de ella la dijo que después que le habían echado en la cabeza el agua del baptismo no podía ya llegar a su cuerpo. Glorificado sea el que tal virtud concedió a este santo sacramento aplicado a esta pobre india.

CAPITULO IV

FUGAS DE INDIOS MAINAS Y LO QUE TRABAJABAN LOS PADRES CON LOS QUE SE COGIAN FUGITIVOS

Muchas han sido las fugas que han hecho los indios mainas después que los conoce y trata el español. Las causas para huirse no ha sido una sino varias y diferentes. Unos huyen por el trabajo en que los ponen los españoles. Otros por el mal tratamiento que les hacen. Algunos se ausentan porque aborrecen la sujeción y aman la libertad en los montes donde no ven la cara a amos que los sujeten. Muchos se huyen por la hambre que tal vez hay en la ciudad y van a buscar la carne en los montes y el pescado en los ríos para comer sin escasez. Otros no han tenido más causa que el antojo de huirse y el ser amigos de andar de unas partes en otras. Para los padres han sido de gran penalidad estas fugas porque con ellas se les quitan las ocasiones de doctrinarlos y de procurar que vivan como cristianos malográndose sus enseñanzas porque olvidan en los montes lo que aprendieron en la ciudad y en ésta practicarían lo bueno que allá no ejercitan. Para los encomenderos han sido de mucha incomodidad porque no pocas veces han anochecido con encomiendas de indios que les dieran provecho y han amanecido sin ellas y sin herramientas y otras cosas que ellos se llevaron hurtadas.

A coger y recoger estos fugitivos salen de Borja casi todos los años una y más escuadras de soldados y andan en su busca con excesivo trabajo por ríos, lagunas, pantanos y espinales, pasando excesivas penalidades por meses enteros buscándoles el rastro; pero no lo dejan los que andan huyendo por el agua y los que van por la tierra procuran ocultarlo o desmentirlo con trazas que saben para que no los encuentren por el rastro.

Sin embargo, de sus trazas suelen cogerlos y traer a la ciudad de Borja muchas tropas de fugitivos en las cuales han venido adultos no baptizados y niños que nacieron y crecieron en los retiros donde sus padres estaban huidos, y no ha sido tan poco el número que no haya pasado de trescientas cuarenta personas en pocos años que estuvieron en Borja

los padres. Estos se han ocupado con grande celo en catequizar, doctrinar y baptizar a todos estos que de los montes han traído a la ciudad. Y no fuera mal socorro para su aumento si no aconteciera que la mayor parte de la gente fugitiva que traen se muere en llegando al temple y aires de Borja, y en los que quedan vivos se ha experimentado que cuantos se fecundan en los montes y sus quebradas, viviendo huidos a sus anchuras tanto se esterilizan en el territorio de Borja. La causa debe ser porque aquí carecen de la abundancia de comidas de que gozan en el monte, si no es que digamos que a su procreación debe de estorbar la sujeción en las casas de sus amos como a las aves silvestres les sirve de estorbo a su fecundidad el tenerlas encerradas en jaula.

LIBRO SEPTIMO

DE LAS COSAS TOCANTES A ESTAS NACIONES QUE CONTIENE EL GRAN PARA O MARAÑON

CAPITULO VI

DE LOS MATRIMONIOS ENTRE ESTAS NACIONES

Todo era torpeza entre estos indios, lujuria era todo. No se hallaba matrimonio indisoluble entre estas naciones, porque no lo había. Los varones se apartaban de las que habían recibido por mujeres cuando se les antojaba casarse con otras. Las mujeres repudiaban a los maridos cuando las maltrataban, y dejándolos se casaban con otros porque las trataban bien. Cuando celebraban algunas fiestas trocaban los unos las mujeres con los otros. En algunas ocasiones hacían lance en las mujeres ajenas, y quitándolas por fuerza a sus maridos o quitándolas contra la voluntad de sus dueños se casaban con ellas. Comúnmente había gran facilidad en romper el contrato, conque parece que no había sido verdadero y así se apartaban cuando querían. Hallábanse mujeres que habían mudado muchos maridos estando todos vivos. Varones había que remudaban mujeres sin aguardar a que se muriesen.

La gente que entre ellas era común y plebeya se contentaba con tener sola una mujer. Los caciques, como principales, tenían muchas y las acataban con respeto tratándolas con diferente modo que a las concubinas. Los que eran valientes en las guerras eran privilegiados para tener también muchas mujeres; unos tenían dos o tres, pero otros ocho o diez. El parentesco de afinidad no lo juzgaban por impedimento para casarse, ni reparaban en él si no era en el de nuera y madrastra, yerno y padre, y aun en éste, dispensaban alguna vez dejando el padre a su hijo en herencia alguna de sus mujeres y concubinas. El primer grado

de afinidad de línea transversal no suele servirles de estorbo, y así suelen casarse con dos hermanas. El parentesco de consanguinidad lo juzgaban por tan grande impedimento, que no arrostraban a casarse con él en su gentilidad, y aún después de ser cristianos no arrostran a tales casamientos aunque sea con dispensación si no es saliendo del cuarto o quinto grado. Los de la nación cocama son en esto singulares, pues tienen como por ley que el tío se case con la sobrina.

En celebrar los matrimonios acostumbraban varias ceremonias. La más ordinaria era que el varón pedía la mujer a sus padres, si ella los tenía, y si no a sus hermanos o allegados, dándoles para obligarles alguna cosa de estimación. Después desto los padres y allegados de la mujer y (lo que era más usado) el cacique en una de sus huelgas, llevaba a la novia con festejos y la hacía sentar en una hamaca donde con alguna muestra de benevolencia entre el varón y la mujer quedaba efectuado el contrato.

Otras veces (y era lo común en muchas y en todas estas naciones) usaban criar desde la cuna a la niña que en edad mayor intentaban recibir por mujer. Los matrimonios que con éstas así criadas desde niñas se hacían, eran los más estables y debía de causar esta estabilidad el mutuo amor que la crianza suele engendrar. Esta costumbre de criar las niñas con quien quieren casarse, no la dejan aun después de cristianos diciendo que cuando estén crecidas pedirán a su cura que los case, asistiendo a su matrimonio, conque éste se mejora siendo ya sacramento y dándoles gracia. Para que no la malogren acostumbra disponerlos la celosa enseñanza de los operarios desta viña, ya baptizando a los que antes del matrimonio no estaban baptizados, ya dictando actos de dolor a los que ya eran cristianos.

CAPITULO XII

VARIOS GENEROS DE HORMIGAS, UNAS QUE CAUSAN GUSTO Y OTRAS QUE DAN PESADUMBRE

Cuando resuenan muchos truenos por el aire (que en estas tierras es ordinariamente por noviembre) parece que tocan a que salgan de debajo de la tierra volando al aire unas hormigas grandes, algo mayores que avellanas. Estas hormigas son gustosas tanto al paladar de los indios que nacieron en las montañas, como a los españoles forasteros que se han avecindado en ellas. La prevención para comerlas es tostarlas al fuego. Para este efecto, cuando al anochecer y al amanecer las ven revolotear las derriban a golpes de ramas en el suelo y luego las van recogiendo. Usan también otro ardid para cazarlas, y es hacer cerca de la madriguera de donde salen una barbacoa baja donde se encaraman por huir de otras hormigas bravas y de las víboras que también acuden a buscar las

hormigas para tener que comer. Los que se ponen encima de la barbacoa encienden mechones de paja, a cuya luz vuelan las hormigas y su llama les quema las alas, y así van cayendo sobre unas mantas que tienen tendidas en el suelo para recoger y llevar a su casa la presa. En las cogidas y muertas se verifica nuestro refrán castellano: *que a la hormiga por su mal nacen alas para volar;* pero no así en otras que habiendo volado espantadas hacia lo bajo les da más alas el temor, y cogiendo un vuelo alto se huyen a otra parte distante del lugar donde las persiguen, y abriendo en la tierra una nueva madriguera se entran a desovar escondidas y a hacer fecundas y diligentes una nueva cría de innumerables hormigas.

A estas hormigas que son útiles a los montañeses, exceden muchas especies e individuos de otras hormigas dañosas conque se ve que es verdad que abunda más lo malo que lo bueno así en este valle de lágrimas como en aquellas montañas de aflicciones. Unas hormigas hay grandes a quienes los mainas tienen puesto este nombre: Rey. El dolor que con su picada dejan, dura por espacio de veinticuatro horas, y en algunos de los mordidos suelen causar una grande calentura. Otras hay casi invisibles por pequeñas, pero son muy sensibles porque dejándose rodar por los cuerpos dejan un ardor conque se abrasan por un gran rato. Las hormigas que llaman Arrieras, no dejan de morder tal vez, pero más daño hacen con sus acarreos. Son sin cuento las que salen de sus cuevecillas y van pelando todos los géneros de plantas, quitándoles las hojas conque vuelven cargadas de esta provisión para sus trojes. Y si estas hormigas son dañosas a las sementeras del campo, también hay otras muy perjudiciales a las fábricas de las casas: llámanse comejenes, porque van comiendo los maderos en que estriban los techos, no contentándose con sólo comer los panales que se crían en ellos con que suelen dar al traste y en el suelo con las casas o chozas de las viviendas, y lo peor es que suelen roerse los libros y hacer pedazos la ropa. Otras hormigas hay blancas que son más voraces que los mismos comejenes.

CAPITULO XVI

COMO ESTAS NACIONES ENTERRABAN A SUS DIFUNTOS

A la muerte se sigue la sepultura de los difuntos, pero los xeberos no aguardaban a que el moribundo expirase, sino cuando estaba dando las últimas llamaradas de la vida como se suele ver en una vela que está para apagarse, acudían con llantos de grande sentimiento y doblaban el cuerpo juntándole las rodillas con el pecho y luego lo metían en una tinaja y ésta la metían debajo de la tierra, tapándole la boca con otra tinaja y luego la cubrían con tierra. El lugar donde hacían las sepul-

turas eran las mismas casas donde se quedaban a morar los vivos, no horrorizándose de tener a los muertos por compañeros.

Los cocamas hacían sus entierros de este mismo modo que los xeberos, y sólo se diferenciaban en que no metían los cuerpos en tinajas sino en ollas. Usaban el transportar de unas partes a otras los huesos de sus difuntos. Cuando les parecía ya tiempo conveniente hacían como su cabo de año, volviéndolos a enterrar de una vez. Al sacar los huesos de la vasija para volverlos a enterrar lloraban los parientes del difunto, y los que no lo tocaban parentesco cantaban y bailaban. Después de hecho este último entierro lo celebraban con un convite de una bebida grande que llaman de enjugar las lágrimas porque el beber es un quitapesares con que se olvidan de todo lo que les puede causar pena.

Los roamaynas hacen una sepultura larga y en ella cuelgan una hamaca en que tienden el cuerpo difunto sin que llegue a la tierra; tapan la boca de la sepultura con tablas cortadas de los troncos de las palmas, encima les echan la tierra a modo de cerro o loma. Así tienen el cuerpo difunto todo el tiempo que les parece bastante para que se consuman las carnes y luego sacan los huesos, que limpiándolos los meten en una tinaja mediana, angosta y larga, y habiéndola pintado forman en ella un mascarrón del mismo barro. Así guardan los huesos de sus difuntos en sus casas, y cuando salen de ellas los llevan consigo, y corriendo el tiempo los entierran de una vez para olvidarlos para siempre.

A los difuntos principales hacían honras poniendo en las cuatro esquinas de las sepulturas dardos y lanzas adornadas con plumas, de varios colores con *llautos* o guirnaldas de las mismas plumas, con collares de dientes de hombres y brutos que en vida usaban traer por gala. Cuando había difuntos se las quitaban, y el luto que estas naciones se ponían, era trasquilarse el cabello de la cabeza.

Las exequias duraban por muchos días, y el modo de hacerlas era levantar alaridos y dar gritos por un buen rato; al alba, a mediodía y al anochecer y a la media noche. Si el difunto era cacique principal le hacían estas exequias no sólo la gente de su casa, sino la de todo el pueblo. Comenzaba el canto lúgubre la mujer y los hijos del cacique a las horas ya dichas, y luego hacían eco las demás casas de los otros indios. Solían mezclar estos llantos con una boda en que no tanto comían como bebían y en ella quemaban algunas alhajas del difunto, y algunas otras enajenaban. Hacían pedazos las ollas y platos de que solía usar en vida, por no quedar con cosa que les entristeciese trayéndoles a la memoria el difunto. Ya después que tienen la doctrina de los padres se han quitado estos abusos, y los que son herederos guardan las herramientas, cerbatanas y otras cosas que son útiles para su sustento y provechosas para su pasadía.

Los barbudos en materia de sepultar a sus difuntos, no parecían hombres sino que eran unas brutas fieras sepultándolos en sus vientres.

Cuando se les moría el hijo, el pariente o allegado, ponían el cuerpo entero en una hoguera y como se iba asando iban a pedazos arrancando la carne y sus endechas y llantos los mezclaban con los bocados hasta que acababan de comer todo el cuerpo del difunto. Otras veces lo dividían en pedazos y comían cocido o asado lo que se les antojaba y lo restante lo ahumaban para comerlo en otro día. Los huesos que quedaban mondos los tostaban después y haciéndolos polvo los echaban en sus masatos y se los bebían.

Antes que estas fieras gozasen de la dicha de ser amansadas con la doctrina pacífica del Evangelio que les anunciaron los misioneros de Jesús, aconteció que entraron a sus tierras algunos españoles con el maese de campo don Diego de Armas y hallaron que en una hoguera estaban asando un niño, quitáronselo lastimados del caso bárbaro y a lo cristiano enterraron el niño. Después que los padres los doctrinaron ya están mansas estas fieras, ya no asan ni comen las carnes humanas porque no se lo permiten aunque quisieran hacerlo.

VIDA DEL PADRE RAIMUNDO DE SANTA CRUZ

El nacimiento del padre Raimundo de Santa Cruz fue en la villa de San Miguel de Ibarra en el obispado de Quito. Crióse con muestras de buena inclinación en devociones de niño y graciosa imitación de acciones religiosas de oficios eclesiásticos que parecían como unos ensayos de lo que hizo cuando mayor. Enviáronle sus padres al seminario que tiene Quito de San Luis, donde de colegial estudió la gramática y los otros tres años de artes procediendo con mucha aplicación al estudio y con muy buenas muestras de virtud. Llamóle Dios para que entrase en la compañía, y estimando esta vocación como beneficio soberano en que aseguraba el salvarse, correspondió a ella pretendiendo su entrada, y habiéndola conseguido fue su proceder tan religioso que le concedieron que hiciese los votos de religión al fin de los dos años de noviciado, y luego prosiguió con los que le faltaban de estudios de teología; leyó gramática y retórica algún tiempo.

El año de mil seiscientos y cincuenta y uno (1651) se partió el padre Raimundo a los mainas para emplear fervoroso el talento que de misionero le había dado el Señor; aprendió la lengua de los indios cocamas, que fue la primera nación que a su apostolado le cupo por orden de Dios que se lo mandó por medio de el superior. Era la habitación de los cocamas en una montaña tan desacomodada para la salud, que la mayor parte de el año estaba hecha un cenagal, y como el cieno es criadero de zancudos, había tantos en aquel paraje, que de día y de noche atormentaban a los habitadores; y como el principal entre ellos y el que sabía llevar con paciencia las picaduras era el padre Raimundo, fue mártir en este puesto por espacio de dos años, y en el discurso de

ellos le dio una enfermedad que le derribó de la cabeza todo el cabello, pero el mal que padecía no le sirvió de estorbo a su fervor, pues rompiendo con dificultades se perfeccionó en la lengua y en ésta predicaba a sus indios muy a menudo, conque consiguió catequizar y baptizar toda la gente de aquella reducción. Y además del pasto espiritual continuo conque sustentaba sus almas los proveía también del mantenimiento corporal dándoles hachas, cuchillos, machetes para que rozasen los montes para sus sementeras y hiciesen sus pescas en los ríos donde cogen el sustento más ordinario.

Al cabo de dos años, considerando el padre Raimundo el bien que haría a los indios si de aquel mal paraje los mudaba a otro puesto bueno, lo trató con ellos, pero ellos resistían porque su gran flojedad no quería admitir el trabajo de la mudanza. Al fin con amor y con buenas razones los obligó a que se mudasen de su antiguo pueblo a otra tierra más alta para que estuviesen libres de los cenagales y de las inundaciones del río de Guallaga.

Viendo el padre que los indios correspondían con amor al que él les tenía, juzgó que se podía seguramente fiar de ellos para nuevas conquistas y reducciones, y así puso luego por obra sus deseos celosos. Habló a algunos caciques de los cocamas y con ellos emprendió y ejecutó la pacificación de los indios aguanos y barbudos que habitaban en la otra parte del río Gavallaga. Los trabajos y afanes que padeció en esta empresa, las idas y venidas de noche y de día, ya por los montes a pie sin medias ni zapatos sino con unos malos alpargates, ya por los ríos con terribles soles unas veces y con horrendos aguaceros otras veces; las molestias con los ejércitos de mosquitos, la falta de comida y otras innumerables incomodidades que el padre padeció en pacificar y poblar estas dos naciones no se pueden por menudo referir sino en muy dilatadas relaciones. Muchas dificultades venció y mucho padeció el que todo era de Santa Cruz. Hizo que se poblasen obligándolos con ayudarles a hacer las casas en que habían de vivir. Sujetólos con amor al suave yugo del Evangelio, desvelándose en catequizar a los adultos, en baptizar a los niños, en quietar disensiones antiguas, ya entre ellos mismos, ya de una nación con otra.

No paró aquí el espíritu del padre, pues según se colige de sus efectos, deseaba no sólo caminar sino volar por ganarle almas a Dios. Fue el primero que entró en las tierras de los munichas y de los chayabitas, y habiéndolos convencido no sólo con buenas razones sino con bonísimas obras a darse de paz, los pobló en la reducción que se llama Paranapura adonde acudía desde su principal puesto (que estaba distante seis días de camino) a cuidar de sus almas, a enseñarles la doctrina cristiana, a disponerlos para el baptismo, y a pacificarlos con este divino baño, y por hacerles este bien atropellaba con muchos trabajos yendo y viniendo en sus apostólicas peregrinaciones. Peregrinó también a Pambadaque (que era un pueblecito que ahora está anexo a la reduc-

ción de los xeberos) donde catequizó, baptizó y administró otros sacramentos a los cingacuchuscas (que así se llaman los de dicho pueblo). En conclusión parece que al padre Raimundo le parecía muy poco todo el mundo para conquistárselo a Dios, y es prueba de esto el no haber nación ninguna de las descubiertas en aquellos países donde su apostólico celo no haya hecho sus correrías enseñando a todos el camino del cielo sin dejar jamás de tener provecho en muchos sucesos de los cuales referiré algunos pocos.

En su pueblo de Guallaga fue un día a visitar a un indio que le dijeron que estaba enfermo de riesgo, y tratándole de confesar le halló que estaba tan sordo que no oía palabra aunque se la dijeron a gritos, y viendo que el enfermo no le oía, se puso el padre en oración para que le oyese Dios; pidióle que se compadeciese de aquella alma y le diese modo para confesarla. Acabada su oración se fue adonde estaba el enfermo, el cual recobró el oído de suerte que fue respondiendo a todas las preguntas que le hizo el padre y se confesó muy a satisfacción suya y dentro de breve tiempo murió.

En una ocasión le llamaron unos indios de los barbudos para que fuese a ver un palo que habían derribado en el monte para fabricar una canoa. No estaba el padre para caminar porque tenía los pies y piernas llenas de llagas que le habían causado con sus picaduras los mosquitos, pero como estaba más llagado del amor que les tenía sacó fuerzas de flaqueza y se fue con ellos, mas a pocos pasos se halló tan fatigado que dejó el camino del monte y enderezó a la ranchería de los indios a respirar un poco en la mucha fatiga y dolor que le aquejaba. Entró en una casa y vio una muchacha enferma que no estaba baptizada y pareciéndole que no había necesidad de apresurar el catecismo determinaba dejarle para otro día por hacerlo con menos fatiga y más espacio; pero Dios que le había hecho torcer el camino del monte y lo había llevado a aquella casa, le dio tales golpes en el corazón para que no lo dilatase, que al punto puso por obras catequizarla y baptizarla. La misma diligencia ese mismo día hizo con otra india de otra casa, y entrambas las dos murieron dentro de muy poco tiempo.

A la reducción de los xeberos fue el padre Raimundo, y habiendo obrado lo que allí se ofreció en servicio de Dios, quiso volverse a su reducción que era la de Santa María de Guallaga; hizo disponer la canoa para volver por el mismo río por donde había venido, pero Dios le hizo mudar de intento moviéndole a que caminase a pie tres días por la montaña hasta llegar a Paranapura, en cuya población nació una niña luego al punto que el padre entró, y habiéndola baptizado, se quedó muerta en sus manos.

Antes de salir de este mismo lugar encontró con un indio de nación chayabita, y viéndole el rostro tan desfigurado que parecía difunto le preguntó qué mal tenía ya qué había venido de su tierra. Respondió que había venido en busca suya por no morir sin baptismo. Eso era lo

que el padre se quería, que no muriese sin baptismo, y así se detuvo todo el tiempo que fue necesario para catequizarlo y baptizarlo, y después que recibió el baptismo no se detuvo un punto el alma en el cuerpo, pues desuniéndose de él se partió al cielo.

Quiso Dios Trino y Uno que no se estuviese quedo en su pueblo de Guallaga el padre Raimundo, sino que hiciese raya entre todos sus compañeros buscando por tres veces nuevas sendas para las misiones, para que pudiesen venir a ellas los sujetos venideros con más facilidad y sin el riesgo peligrosísimo del Pongo. Para todo esto supo que era a propósito reconocer el puerto de Napo, y así se determinó de ir a verlo. Previno canoas, juntó hasta cien indios de los que él mismo había doctrinado, habló a dos soldados españoles para que fuesen en su compañía, y fiando del amparo de las tres Divinas Personas y del patrocinio de San Francisco Xavier se embarcó el año de mil seiscientos y cincuenta y cuatro, y habiendo navegado ocho días por el río Marañón llegó a las juntas del río Napo, pero no al puerto de Napo que buscaba. Torció la proa contra su corriente y anduvo río arriba cuarenta días (que fue una cuaresma de muy buena penitencia de trabajos) y al cabo de ellos llegó al puerto de Beto donde encontró algunas chozas de indios que le dieron noticias de que le faltaban tres días de navegación para llegar al puerto de Napo, de donde caminando por la montaña llegaría en dos días a la ciudad de Archidona y de allí en ocho días a la de Quito.

Bien se deja entender el gozo que recibiría con estas noticias el corazón del padre Raimundo, pero presto le atravesó una desgracia el corazón. El caso fue que entrando por el monte cinco indios que envió el padre para que viesen si había quien les diese noticias de aquellos ríos, descubrieron presto una casa donde vieron cuatro indios que según se supo después, eran de la nación de los encabellados, los cuales acometiendo a los cinco xeberos mataron cuatro, y con hachas de piedra les cortaron las cabezas. El quinto xebero escapó huyendo y dio aviso del suceso al padre y a los demás que habían quedado en las canoas. Oído este caso lastimoso saltaron en tierra los soldados, y disparándose los arcabuces fueron llegando con el padre y con la demás gente al puesto de la carnicería lastimosa. Hallaron en una parte los cuerpos troncos y en otra las cabezas, porque aunque se las llevaran de buena gana para la celebridad de sus borracheras, se las hizo dejar el miedo que les causó el estruendo de los arcabuces y les hizo huir. Luego trató el piadoso padre, no sin lágrimas de sus ojos, de dar sepultura a los difuntos, y hecho este oficio de misericordia se volvieron todos a las canoas, pero en ellas no querían ya bogar los xeberos pasando adelante en la empresa comenzada, sino volverse a su tierra temerosos de morir en la ajena como los cuatro pasados. Aquí obró la mano de Dios por la lengua del padre Raimundo que con palabras eficaces alentó los corazones tímidos de los indios.

Habiendo cobrado ánimo a pesar de su miedo fueron bogando y llegaron al puerto de Beto, y de allí al de Napo y de allí al puerto y ciudad de Archidona. Fue grandísimo el gozo que tuvo el adalid de aquella flotilla, el aventurero a lo divino, el misionero apostólico, el padre Raimundo de Santa Cruz viendo que a costa de tantas cruces de trabajos había hallado camino y descubierto atajo por donde los misioneros pudiesen ir a los mainas excusando los peligros del temido Pongo. Dio aviso de su llegada por medio de un correo al padre rector del colegio de Quito que gustoso con la nueva le envió las albricias del viático necesario para su venida y la de los que le acompañaban.

Dejó el padre los más de indios en guarda de las canoas, armas y víveres y con cuarenta indios y un soldado se partió para la ciudad de Quito y entrando en ella se detuvo a descansar con su gente en la parroquia de Santa Bárbara. Dieron noticia de su llegada a los de la compañía y entonces un hermano coadjutor nuestro, deseoso espíritu, dijo que sería de gloria de Dios que sacasen las imágenes de nuestros santos y fuesen con ellas en procesión a recibir al padre y a las ovejas de Cristo que había agregado a su rebaño y librándolas de los lobos infernales al tiempo que andaban descarriadas por las montañas de los mainas. Divulgóse el dicho y pareció del cielo a todos los que lo oyeron y por eso el padre rector envió dos padres al señor obispo pidiéndole licencia para hacer la procesión. Concedióla su ilustrísima sin dificultad, y pues la procesión fue de gusto al verla, será de recreación al referirla.

Ordenóse la procesión en esta forma: Salió de la iglesia parroquial una imagen de San Francisco Xavier, patrón universal de todas las misiones; inmediatos al santo iban los cuarenta indios pareados de dos en dos con velas en las manos y rosarios en los cuellos vestidos de camisetas variadas a su uso de pinturas y dos caciques o capitanes que iban entre ellos se diferenciaban llevando en las cabezas unas coronas o *llautos* (que así los llaman en su lengua y los usan en lugar de sombreros) guarnecidos con variedad de plumas de todos los colores. Iban los de la compañía asistiéndoles en forma de procesión, y es cierto que pareció una de las más solemnes que han gozado las calles de Quito. Resonaban en ellas no sólo las voces de clarines, chirimías y cajas, sino también los estruendos de fuegos artificiales que se disparaban a trechos creciendo el concurso de todo el pueblo, y en especial de eclesiásticos que acompañaron la procesión hasta nuestro templo, y muchos derramaban muchas lágrimas nacidas de sus devotos corazones y prorrumpían en alabanzas de la Compañía porque con su doctrina hacía demostración del triunfo de nuestra católica fe.

Aquí fue muy visto el padre Raimundo de Santa Cruz que iba en la procesión con un rostro singularmente modesto y notablemente pálido y flaco; en los labios llevaba las oraciones de la doctrina cristiana que iba cantando entre sus ovejas y ellas las iban repitiendo con unos balidos que enternecían los corazones. En su cuerpo llevaba vestida una sotana

de algodón tosco hecha pedazos y tiras para que no faltasen banderas de pobreza en aqueste su triunfo; en los pies calzaba unos alpargates, llevando por estar rotas las medias casi desnudas las piernas aunque bien cubiertas de llagas. Todo era motivo de edificación. Todo aprecio de la grandeza que es servir a Dios y despreciar el mundo. Todo estimaciones de lo mucho que sirve la Compañía de Jesús en estos empleos menos plausibles a los humanos ojos.

Entró la procesión en el convento real de monjas de la Concepción antes que en la iglesia catedral por estar primero en el pasaje a nuestra casa. Las señoras religiosas hicieron solemne recibimiento con repique de campanas, órgano y todo género de instrumentos, a cuyo sonido cantaron el *Te Deum Laudamus* y otras chanzonetas dando a Dios bien cantadas glorias y repetidas gracias por ver las primicias de la conversión de un gentilismo. Salió del convento a la plaza con más concurso de gente la procesión, y salieron a mirarla los señores de la Real Audiencia en los balcones de las casas reales y el señor obispo en los de su palacio acompañando los aplausos del pueblo con las bendiciones de su mano. Llegaron a la puerta de la catedral donde los recibió el venerable deán y cabildo con sobrepellices, repiques de campanas y con festiva armonía de instrumentos músicos y cantaron el himno *Te Deum Laudamus*. Luego pusieron en sus hombros los señores prebendados la imagen de San Francisco Xavier con singulares demostraciones de afectuosa devoción.

Estando ya todo el concurso en la iglesia mayor se hincaron de rodillas delante del Santísimo Sacramento los indios forasteros y el padre Raimundo les hizo allí una breve exhortación en lengua cocama, y acabada la plática levantaron la voz los indios y repitieron algunas veces: *Alabado sea el Santísimo Sacramento,* a cuyas voces correspondían dulcemente las de todo el pueblo que conmovido con aquel glorioso espectáculo derramaban tiernas lágrimas viendo que Nuestro Señor era alabado de gentes que estuvieron tanto tiempo antes sin conocerlo.

Prosiguió desde la catedral la procesión, saliendo a recibirla desde nuestra casa mucho número de indios y morenos con hachas encendidas. Hizo a su llegada la salva nuestra torre con el repique de sus campanas, y nuestro coro con diestros músicos. Colocóse en medio de la capilla mayor la imagen del apóstol de la India en altar rico y curiosamente adornado. Cantóse con toda solemnidad el *Te Deum Laudamus* con otras oraciones de acción de gracias y así se dio fin a esta gloriosa función.

El buen padre Raimundo, deseoso de radicar más en la fe a sus indios, suplicó al ilustrísimo señor obispo que les administrase el sacramento de la confirmación y su señoría muy gustoso ejercitó el ministerio para más celebridad en nuestra iglesia. Fue muy de estimar la gran piedad de los caballeros de Quito, pues se ofrecían a porfía a ser padrinos de aquellos nuevos cristianos, deseando cada cual tener alguna parte en acción tan gloriosa. Dio en esta el primer ejemplo y de grande impor-

tancia por ser de cabeza el señor doctor don Juan Morales de Aramburu, que a la sazón hacía oficio de presidente en aquella Real Audiencia y después murió hermano de nuestra Compañía. Todos los padrinos se esmeraron en que sus ahijados saliesen costosamente vestidos; las mantas y camisetas eran de seda unas, de lama de plata y otras de telas muy ricas, y los calzones blancos todos de muy escogido lienzo con puntas de Flandes, no queriendo ninguno quedar corto en la demostración de su afecto a nuestra religión sagrada, y de su pecho católico con aquellos pobres neófitos.

Fue de mucha importancia esta cristiana y noble demostración para que viendo estos miserables que las personas más principales las acariciaban y halagaban como a hijos, cobrasen estimación de tan sagrado sacramento y aprecio de nuestra santa fe. Para este mismo intento fue conveniente que fuesen viendo la grandeza de los templos, la hermosura de los tabernáculos, la riqueza de los sagrados ornamentos (que de todo esto hay mucho en todas las iglesias de Quito) porque el culto religioso que viesen les enseñaría cuán digno es de veneración nuestro gran Dios.

Al cabo de algún tiempo que fue necesario para que el padre Raimundo descansase de los trabajos que había pasado, trató de volverse a sus misiones y salió muy contento de Quito su celoso espíritu, porque le dieron los superiores para aquella mies de conversiones de gentiles tres fervorosos operarios. También los indios salieron muy gustosos, así porque se volvían a su patria, como porque a su parecer volvían ricos con los dones que les dieron sus padrinos y los superiores del colegio de Quito. Al fin el padre Raimundo con sus tres compañeros religiosos y con sus indios volvió a sus apostólicas misiones por el nuevo camino que había descubierto. Apenas llegó cuando en vez de descansar tuvo otro viaje que hacer.

La ocasión fue que el general don Martín de la Riva, por orden del gobernador de los Mainas trató de pacificar la provincia de los jíbaros, y viendo que para esta acción (que era del servicio de entrambas majestad) necesitaba de un padre y de los indios de las montañas, le pidió este socorro al superior de las misiones, el cual juzgando que se podía coger mucho fruto espiritual de esta función, puso luego los ojos en el padre Raimundo, de cuyo valor y celo tenía mucha satisfacción. Encargóle el cuidado de escoger y juntar los indios que pedía el general, y el trabajo de llevarlos a la provincia de los jíbaros. Admitió esta orden con la misma prontitud de ánimo conque solía recibir las otras disposiciones de la santa obediencia. Escogió de las dos naciones de cocamas y xeberos cien indios los más esforzados, y navegando con ellos el Marañón arriba, pasó por el temido Pongo y dio vista a la tierra de los jíbaros donde ya tenían asentado su real cien soldados españoles, los cuales por orden del general les hicieron la salva disparando toda la arcabucería y le recibieron con sumo gozo de sus corazones, y con razón, porque todo el tiempo que allí estuvieron cuidó el padre del bien de

sus almas haciéndoles pláticas espirituales y siendo el alivio en sus males, el consuelo en sus tristezas, el desahogo en sus trabajos y el sainete en sus desabores.

Seis meses estuvo el padre Raimundo en esta tierra lloviéndole el cielo en este tiempo mucha agua, pero sin embargo caminaba a pie buscando los indios jíbaros en sus madrigueras por ver si podía poblarlos y reducirlos a nuestra santa fe. Continuos eran los peligros en que se vio de perder la vida en las emboscadas que hacían los indios, como de hecho la perdieron en ellas alanceados algunos de los soldados españoles y cuatro indios cocamas que el padre había traído causando a su caritativo corazón muchos dolores las muertes. Una vez les dio a todos la vida el padre Raimundo porque queriendo pasar por una angostura que estaba entre los cerros, lo impidió diciendo a la gente que allí podía haber peligro, y fue verdad porque los jíbaros en lo más alto del cerro estaban emboscados con gran cantidad de peñascos para irlos arrojando y dando aquel refresco a los pasajeros de la Angostura en que hubieran perecido muchos si el padre no les hubiera persuadido la retirada.

No sosegaba el celo del apostólico operario con encontrarse con aquellos gentiles para darles la vida de la gracia, que eso era lo que pretendía en la conquista como vigilante soldado de la compañía de Jesús. Al fin tuvo ventura de haber a las manos algunos de los indios y les dijo en su lengua los buenos intentos con que venían a sus tierras y procuró quitarles los temores que generalmente tienen todos los indios al español. Creyéronlo las cabezas de los indios y dieron a entender que se querían reducir y el padre se alborozó juzgando que se le abría la puerta del cielo para introducir por ella aquellas almas. Para este fin trató de que en la tierra se hiciese población en sitio muy a propósito, pero en este tiempo llegaron los jíbaros a entender que los españoles habían venido en busca de oro y que querían hacerles trabajar en sacar el que se decía que había en sus tierras, con que otra vez se retiraron a los cerros y montañas. Viendo el padre Raimundo que era imposible conseguir la pacificación de aquella gente, habiendo dado muchas muestras de su santo celo y padecido seis meses de continuos trabajos con singular constancia y fortaleza, se volvió a su pueblo bien desconsolado de no haber podido ganar a los jíbaros para Dios.

Estando gloriosamente ocupado en su ministerio oyó que en el río Pastaza entraba otro llamado Bojono o Bohonaza en donde se hallaba una travesía por la montaña que salía al puerto del Napo. También oyó que por el río Bohono se podía hallar camino para salir a Ambato o a Latacunga, y viendo que si esto era verdad sería más breve el camino para Quito que el que había descubierto para Napo y Archidona, se determinó descubrir este segundo atajo para facilitar más la entrada de los obreros evangélicos a las misiones de los mainas y el comercio de Quito con ellas. Con estos designios se embarcó en Xeberos y corriendo por el Marañón arriba llegó a las juntas de Pastaza, por donde ha-

biendo navegado diez o doce días se encontró con el río Bohono y subiendo por él cosa de veinte días desembarcó con algunos indios para descubrir la travesía del puerto de Napo y envió a unos indios con un soldado para que viese si hallaba algún rastro de camino que saliese a Latacunga o Ambato. Entretanto no estuvo ocioso el padre y cateando los montes se topó con la travesía que buscaba y halló que era de siete días de montaña inaccesible de pura mala, y que para llegar al puerto de Napo se había de atravesar otro río muy caudaloso llamado Curaray. Esta travesía anduvo el padre con sumo trabajo, porque además de ser el camino muy fragoroso y áspero se perdió en él y le faltó la comida.

El soldado y los indios a quienes el padre había enviado por otra parte por exploradores encontraron a pocos días de camino con una casa cuya gente les dio noticias de un camino que llaman de Patute diciendo que distaba de Ambato tres días. Oyendo el padre Raimundo esta relación quiso empeñarse a esta aventura para ver si aquel camino era menos malo que los descubiertos. Con esta determinación se embarcó otra vez desde la ciudad de Borja, y habiendo navegado por espacio de un mes por los ríos dichos de Pastaza y Bohono, dio en un puerto que llaman de la Canela y andando por la montaña seis días encontró con el camino de Patate. Fue investigándolo todo, y habiendo experimentado que sobre perverso era muy peligroso, todo cuestas y laderas despeñadas, ríos, lodazales y todo en fin dificultosísimo de andar llegó a Latacunga y Ambato para informarse si por aquellas partes se podía rastrear algún camino mejor que viniese a dar en ellos. Y deseando con veras proseguir este intento fue el tiempo tan riguroso que no le dejó hacer nada y se volvió a las misiones por el camino de Patate sin llevar más que buenas esperanzas de que se había de hallar buen camino, pero dilató el buscarlo para otro mejor tiempo.

Salió la tercera vez a la empresa del descubrimiento, pero antes de salir tomó la bendición del que en la tierra tenía en lugar de Dios, que era su superior, y entonces lo era el venerable padre Francisco de Figueroa. A los diecisiete de septiembre de mil seiscientos y sesenta y dos (1662) comenzó éste su último viaje por el río de Pastaza hasta dar en el pueblo de los Angeles de Roaymaynas. Allí le apretó extraordinariamente un accidente ordinario que padecía en el pecho y le hacía toser con tanta vehemencia, que parecía que se le arrancaba el alma, y aunque la tenía muy buena se reconcilió varias veces con el padre que doctrinaba aquella reducción. Luego subió al pueblo de Jesús de los Coronados y saliendo de este pueblo navegó por el río Bohono y habiendo saltado en tierra abrió trocha por la montaña adentro trabajando personalmente diez días, conque llegó a un puesto desde el cual reconoció la nombrada Boca del Dragón, que es una abra de la cordillera que dista de Latacunga sólo un día de camino, En medio del gusto que tuvo con este descubrimiento, les faltó la comida, conque no pudo pasar adelante. Determinó entonces salir por el camino antiguo de Patate a

Latacunga y de allí pasar a la Boca del Dragón y encaminarse hacia la montaña para encontrar la trocha o senda que había comenzado a abrir.

Como el camino de Patate quedaba a mano izquierda a la otra banda del río Bohono, le pareció al padre que sería más breve atravesar la montaña para ganar el río que no volver por el camino que tenía abierto. En esta travesía tardó cinco días (porque se perdió algunas veces) los cuales fueron de continuos aguaceros conque iba siempre mojado sin tener cama ni ropa seca en qué dormir ni con qué mudarse. La comida eran cogollos crudos de palma, a que se juntó otro trabajo no pequeño y fue que con las picaduras de los mosquitos se le hincharon los pies y las piernas de suerte que padecía intenso dolor caminando; pero caminaba con grande fortaleza padeciendo. Así llegó al río de Bohono y habiendo hecho balsas se embarcó el padre en una con un soldado. Y parece que Nuestro Señor le había dado a entender al padre que se le acercaba ya la muerte porque le iba diciendo al soldado varias cosas que lo daban a entender; especialmente le dijo que advirtiese al padre superior Francisco de Figueroa, que prosiguiese en el descubrimiento del camino, para lo cual le enviaba algunas advertencias. Dos días caminaron por el río, y al tercero no pudo decir misa por haberse mojado el ornamento con demasía, lo cual sintió mucho el padre porque en todos sus viajes sentía tanto consuelo con hacer el oficio de sacerdote, que no se le había pasado día ninguno sin ofrecerle este sacrificio a Dios.

Después de este fracaso, que lo fue grande para el padre, se embarcó y llovió reciamente aquella mañana, y como pasado el aguacero le dijese el soldado que se quitase la sotana, pues estaba tan mojada, le respondió (cogiendo con íntimo afecto la sotana con las manos) *no hijo, que con esta sotana me tengo que ir al cielo.* A poco rato después de esto descubrieron un palo atravesado en el río, y reconociendo que el paso era peligroso, dijo el soldado al padre que saltase en tierra y caminase por la montaña; pero hallándose ya sin fuerzas imposibilitado de andar a pie por la hinchazón de las piernas, se estuvo en la balsa, la cual llevada violentamente de las aguas, encontró con el palo del cual se asió el padre habiendo recibido un recio golpe en el pecho. El soldado pudo arrojarse al agua y nadando salvó su vida en la tierra, pero no pudo salvar la del padre, el cual habiendo estado un rato con los ojos levantados al cielo y las manos asidas al palo lo soltó, y como él mismo le dijo antes al soldado y nosotros lo juzgamos se fue al cielo ahogándose en las aguas, y así por buena suerte y ventura suya le cantará a Dios con David por una eternidad:

Transivimus perignem, et aquam, et eduistinos in refrigerium.

A este celestial refrigerio llegó el padre Raimundo de Santa Cruz, procediendo virtuosamente en todos los tiempos de su vida que duró

treinta y nueve años. En el tiempo de niño procedió como bien inclinado en el de colegial como buen cristiano, quieto y recogido en el de novicio y estudiante, como forzoso y perfecto en el de sacerdote, como religioso consumado y en el de misionero como verdadero apóstol sin que vez alguna en tan diferentes tiempos y ocupaciones se reparase en él cosa que desdijese del estado sagrado e instituto divino que profesaba resplandeciendo en él siempre el ejercicio de las virtudes vigoroso. Una continua mortificación fue su vida, su penitencia perpetua, su pobreza íntima; su vestido era una sotana grosera de manta de algodón; el sombrero que usaba estaba blanco de puro viejo. Mucho tiempo anduvo sin zapatos, contentándose con alpargatas de hilo; fue prontísimo en la obediencia, para él no había dificultad en habiendo orden de los superiores. En la castidad imitó verdaderamente la puridad angélica en la limpieza de cuerpo y mente, siendo así que anduvo tantos años entre gentes desnudas y bárbaras; de su caridad es prueba toda su vida, ella le hacía médico de los pobres indios, por ella buscaba las medicinas y las aplicaba él por su misma mano, y les curaba las llagas, limpiaba y lavaba sus materias. Tenía singular talento y gracia para tratar con los indios y fue rara su prudencia en castigarlos cuando era necesario. El celo de la conversión de las almas era el blanco de sus deseos y el fin de sus trabajos a mayor gloria de Dios. Trabajando con cosas tan arduas, llenas de peligros mortales, y emprendió por las tres veces referidas el descubrimiento de camino que facilitase la entrada en las misiones hasta dar en esta gloriosa empresa la vida a los seis de noviembre de mil y seiscientos y sesenta y dos (1662) quedando su cuerpo sepultado en el elemento del agua que es más noble que el de la tierra.

Así acabó esta vida mortal el padre Raimundo de Santa Cruz, varón verdaderamente apostólico, insigne misionero de Jesús, eminente operario de la viña del gentilismo, el fuerte en los trabajos, el paciente en las adversidades, el varonil en los riesgos, el amador de la cruz y de sus dolores, el despreciador de sí mismo, el aventurero de almas perdidas y finalmente el caritativo con sus prójimos por amor de Dios. Todos estos epítetos le parecerán verdaderos al que atentamente considerare las cosas escritas en esta vida.

CRISTOBAL DE ACUÑA

NUEVO DESCUBRIMIENTO DEL GRAN RIO DE LAS AMAZONAS

Madrid, 1891

NUMERO XVII

SALEN LOS PADRES DE QUITO

Obedeciendo luego los dichos padres lo que se les mandaba, y a los diez y seis días de febrero de mil seiscientos y treinta y nueve, dieron principio a tan luengo viaje, que duró por espacio de diez meses, hasta entrar en la ciudad del Pará donde tomaron puerto a los doce de diciembre del mismo año.

Después de haber hollado con sus plantas los encumbrados cerros, que con el licor de sus venas, alimentan y dan el primer sustento a este gran río; y caminando sobre sus ondas hasta donde dilatado en ochenta y cuatro leguas de boca, paga caudaloso tributo al mar océano; después de haber con muy particular cuidado notado todo lo que en él hay digno de advertencia; después de haber marcado sus alturas, señalado por sus nombres los ríos que le tributan, reconocido las naciones que se sustentan en sus orillas. Visto su fertilidad, gozando sus mantenimientos, experimentando sus temples, comunicado con sus naturales, y finalmente después de no haber dejado cosa de las en él contenidas de que no puedan ser testigos oculares.

Como a tales, pues, como a personas que tantas obligaciones nos corren de ser puntuales en lo que se nos ha encomendado, pido yo a los que esta relación leyeren, me den el crédito que es justo, pues yo soy uno de ellos y en nombre y por parecer de entrambos, tomé la pluma para escribirla.

Digo esto por las que podrá ser saquen otros a luz, quizá no tan ajustadas a la verdad como convenía. Esta lo será, y tanto, que por ningún caso pondré en ella cosa de que no pueda con la cara descubierta atestiguar con más de cincuenta españoles, castellanos y portugueses, que

hicieron el mismo viaje, afirmando lo cierto por cierto, y lo dudoso por tal, para que en cosa tan grave, y de tanta importancia, nadie se arroje a creer más de lo que en esta relación se afirma.

NUMERO XVIII

EL RIO DE LAS AMAZONAS ES EL MAYOR DEL ORBE

Es el famoso río de las Amazonas, que corre y baña las más ricas, fértiles y pobladas tierras de todo el Imperio del Perú; el que de hoy en adelante podemos, sin usar de hipérboles, calificar por el mayor y más célebre del Orbe. Porque si el Ganges riega toda la India, y por caudaloso oscurece el mar cuando desagua en él, haciéndole que pierda el nombre, y se llame Sinu-Gangético, por otro nombre golfo de Bengala. Si el Eufrates, por río afamado de la Siria, y parte de la Persia, es la delicia de aquellos reinos. Si el Nilo riega lo mejor del Africa, fecundándola con sus corrientes, el río de las Amazonas riega más extendidos reinos, fecunda más vegas, sustenta más hombres y aumenta con sus aguas más caudalosos océanos, sólo les falta para vencerlos en felicidad, tener su origen en el Pacífico, como de aquél os lo afirman graves autores.

Del Ganges dicen las historias, que desaguan en él treinta caudalosos ríos y que en sus playas se ven arenas de oro; innumerables ríos desaguan en el de las Amazonas, arenas de oro tiene, y tierras riega, que atesoran en sí infinitas riquezas.

El Eufrates se llama así, como notó San Ambrosio, a *latificando,* porque con sus corrientes alegra los campos, de suerte que los que riega este año, aseguran abundante cosecha para el siguiente.

Del río de las Amazonas se puede afirmar que sus orillas son en la fertilidad paraísos, y si el arte ayuda a la fecundidad del suelo, será todo él unos apacibles jardines. La felicidad de la tierra, que riega el Nilo, celebró Lucano en estos versos:

Terra fuis contenta boais, non indiga mercis
ant souis; infalo, tanta eft fiducia Nilo.

No necesitan las provincias vecinas al río de las Amazonas de los extraños bienes; el río es abundante de pesca, los montes de caza, los aires de aves, los árboles de frutas, los campos de mieses, la tierra de minas, y los naturales que le habitan de grandes habilidades y agudos ingenios, para todo lo que les importa, como iremos viendo en el discurso de esta historia.

NUMERO XIX

NACIMIENTO DEL RIO DE LAS AMAZONAS

Dando, pues, principio a ella por el nacimiento y origen de este gran río de las Amazonas, hasta ahora oculto siempre, queriendo cada tierra hacerse madre de tal hijo atribuyendo a sus entrañas los primeros sustentos que le dan ser, nombrándole con nombre de río Marañón, error tan asentado en aquellas partes, que la ciudad de los Reyes, emporio de todas las de América, se gloría de que las Cordilleras de Guanuco de los Caballeros, a distancia de setenta leguas de su sitio, dan cuna y cortan los primeros pañales de una laguna, que allí está, a este afamado río. Y a la verdad, no va muy fuera de camino, pues ya que no sea este su origen del río de las Amazonas, lo es por lo menos de uno de los más famosos, que él convierte en su propia sustancia, y alimentado de sus aguas, corre más brioso, su carrera.

Quiere también el nuevo reino de Granada aumentar su crédito, prohijando a las vertientes del Macóa, el primer nacimiento de este río, que en su origen llaman los naturales el gran Caquetá, si bien con ningún fundamento, pues en más de setecientas leguas, no se ven las caras estos dos ríos, y cuando se encuentran, como reconociendo a su mayor, torciendo el Caquetá su curso, viene a pagar vasallaje al de las Amazonas.

Por otras muchas partes quiere el Perú alzarse con el principio y nacimiento de este gran río, celebrándole y festejándole, como a rey de los demás. Pero de hoy en adelante no lo permitirá la ciudad de San Francisco de Quito, pues a ocho leguas de su asiento tiene encerrado este tesoro, a las faldas de la Cordillera, que divide la jurisdicción del gobierno de los Quijos, al pie de dos cerros, llamado el uno Guamaná, y el otro Pulca, distantes entre sí aun no dos leguas, de los cuales da éste por madre al recién nacido una grande laguna; y aquélla otra, aunque no de tanto boj, si bien de mucho fondo, que agujereando un cerro, que envidioso del tesoro, que de sí ofrecía, con la fuerza de un terremoto se le echó encima, pretendiendo ahogar en sus principios tan grandes esperanzas, como de aquel pequeño lago se prometían al mundo. De estas dos lagunas, que caen veinte minutos debajo de la línea Equinoccial a la banda del sur, tiene su principio el gran río de las Amazonas.

NUMERO XL

DE SUS RITOS, Y DIOSES QUE ADORAN

Los ritos de toda esta gentilidad, son casi en general unos mismos; adoran ídolos, que fabrican con sus manos, atribuyendo a unos el poder

sobre las aguas, y así les ponen por divisa un pescado en la mano; a otros escogen por dueños de las sementeras, y a otros por valedores de sus batallas.

Dicen que estos Dioses bajaron del cielo, para acompañarlos y hacerlos bien: no usan de alguna ceremonia para adorarlos, mas antes les tienen olvidados en un rincón hasta el tiempo que los han menester, y así cuando han de ir a la guerra, llevan en la proa de las canoas el ídolo en quien tienen puestas las esperanzas de la victoria; y cuando salen a hacer sus pesquerías, echan mano de aquel a quien tienen entregado el dominio de las aguas; pero ni en unos ni en otros fían tanto, que no reconozcan, pueda haber otro mayor.

Colijo esto de lo que nos sucedió con uno de estos bárbaros, si bien esto no lo mostraba ser en la agudeza de su discurso; el cual habiendo oído algunas cosas del poder de nuestro Dios, y visto por sus ojos que subiendo el río arriba nuestro ejército, y pasando por medio de tantas naciones tan belicosas, volvía sin recibir daño de ninguna; lo cual juzgaba, era fuerza y poder del Dios que le regía, llegó con grandes ansias a pedir al capitán mayor, y a nosotros, que en pago del hospedaje, y buen agasajo, que nos hacía, no quería otra merced, sino que le dejásemos allí un Dios de los nuestros, que como tan poderoso en todo, le guardase a el y sus vasallos en paz, y con salud, y justamente les pudiese acudir con el necesario mantenimiento de que necesitaban.

No faltó quien lo quisiese consolar, con dejar en su pueblo enarbolado el Estandarte de la Cruz, cosa que acostumbran hacer los Portugueses entre los gentiles, no con tan buen celo como la acción muestra de suyo, sirviéndoles el Santo Palo de la Cruz, levantado en alto de título y capa, para colorear sus mayores injusticias, como son las continuas esclavitudes de los pobrecitos indios, que como mansos corderos, los llevan en rebaños a sus casas para venderlos los unos, y servirse con rigor de los otros.

Levantan pues como digo estos portugueses la Santa Cruz, y en pago del buen recibimiento de los naturales que en sus pueblos les hacen, la fijan en lo más levantado del lugar, diciéndoles que la han de conservar siempre intacta; sucede por algún acontecimiento, o que la cruz con el tiempo se cayó, y deshizo, o que maliciosamente ellos por ser gentiles y no reconocer estima en ella la derribaron: con que luego les dan los portugueses la sentencia, y los condenan a todos los de aquel pueblo por esclavos perpetuos, no sólo por su vida, sino para todos sus descendientes.

Por esta causa no consentí yo que se levantase la Santa Cruz, y juntamente por no dar al bárbaro que nos pedía un Dios, ocasión de idolatrar, atribuyendo a aquel madero el poder y deidad del que en él nos redimió.

Si bien le consolé con asegurarle que nuestro Dios le haría siempre compañía, que le pidiese lo que había menester, y fiase de él, que algún día le traería a su verdadero conocimiento.

Bien persuadido estaba este indio de que no eran sus Dioses los más poderosos de la Tierra, pues quería libremente le dejasen otro mayor a quién obedecer.

NUMERO XLI

UN INDIO SE HACIA DIOS

Del mismo parecer que el pasado, aunque de mayor malicia, se mostró otro bárbaro: el cual no reconociendo poder, ni deidad en sus ídolos, él mismo se hacía Dios de toda aquella tierra.

De éste tuvimos algunas leguas antes de llegar a su habitación noticia, y despachándole nueva de que se la trajimos del verdadero Dios, y más poderoso que no él, le rogamos nos esperase a pie quedo.

Hízolo así, y apenas llegaron nuestras embarcaciones a tomar puerto en sus riberas, cuando codicioso de saber del nuevo Dios, salió en persona a preguntar por él.

Pero aunque se le declaró quién era, como no le pudo ver con sus ojos, quedóse en su ceguera haciéndose hijo del Sol, adonde con el espíritu afirmaba ir todas las noches para mejor disponer al día siguiente del universal gobierno que le incumbía.

Tal era la malicia y soberbia de este bárbaro.

Mejor discurso y entendimiento mostró otro que preguntado, por qué causa estando sus compañeros retirados en el monte, recelosos de la vecindad de los españoles, él solo con algunos de sus parientes salía sin temor a meterse en sus manos.

Respondió que consideraba, que gente que había subido una vez por medio de tantos enemigos, y volvía a bajar sin lesión alguna, no era posible menos, sino que como señores de todo este gran río, tornasen una y muchas veces a navegarle y poblarle: y que habiendo de ser esto así, no quería andar siempre sobresaltado a sombra de tejado, sino salir desde luego a reconocer de grado por amigos a los que los demás habrían de recibir por fuerza.

Discurso bueno, y que permitirá la Majestad de Dios, le veamos algún día puesto en ejecución.

FRAY JOSE MALDONADO

RELACION DEL RIO DE LAS AMAZONAS, POR OTRO NOMBRE DEL MARAÑON, HECHO POR LA RELIGION DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO

Madrid, 1641

Nuestro Dios y Señor, luz que alumbra los entendimientos de los hombres, rayo que enciende las voluntades de los humildes, y fuego que abrasa los corazones de sus siervos, alumbró y encendió el espíritu de cinco religiosos llamados, fray Francisco Anguita, fray Juan de Casasrubias, sacerdotes; fray Domingo Brieva, fray Pedro de Moya y fray Pedro Pecador, legos, hijos todos del santo convento de San Pablo de Quito, en los reinos del Perú, para que abrazados en el amor divino, aspirasen a la conversión de las muchas almas infieles y bárbaras, que habitan en las dilatadas orillas, islas y tierra firme del gran río de las Amazonas (de que en aquella ciudad y provincia de Quito y otras partes del Perú, había grandes y frecuentes noticias). Y con el celo santo que los estimulaba, pidieron licencia para tan santa y piadosa jornada al ministro provincial de aquella santa provincia, que a la sazón era el reverendo padre fray Pedro Dorado: cumpliendo así con el precepto de nuestra regla, que manda, que los que quisieren ir entre moros y otros infieles, pidan licencia para ello a sus ministros provinciales. Y aunque el sobredicho ministro provincial vio que la demanda era justa, y los dichos religiosos aptos e idóneos para ser enviados, no se determinó a darles la dicha licencia, hasta dar cuenta y comunicar este caso con el presidente de la Real Audiencia, el señor Antonio de Morga, y demás oidores de la ciudad de Quito, los cuales abrazando todos de conformidad esta santa determinación, mostraron tanto afecto y gusto que luego despacharon sus provisiones, y cédulas reales, mandando a los gobernadores, corregidores y tenientes de la gobernación de Popayán, que todos favoreciesen, amparasen y acudiesen con lo necesario a los cinco religiosos, dándoles lenguas voluntarios, y demás avío necesario. Y aprovechándose el padre provincial de tan buena y oportuna ocasión, con providencia al parecer más que humana, en nombre de toda la seráfica familia de nuestro padre San Francisco, presentó un memorial en el

cual ofreció su persona, y las de todos sus religiosos a la dicha conversión y conquista del río de las Amazonas. Y la dicha audiencia agradecida, aceptó esta oferta: y en nombre de Su Majestad la admitió y recibió, dándose por servido de los buenos deseos que siempre la corona real ha experimentado en nuestra seráfica religión, de todo lo cual se hallarán instrumentos en la dicha real audiencia y en el archivo del convento de san Pablo de Quito.

El año pues de nuestra salud de mil seiscientos treinta y dos, por los fines de agosto, salieron los cinco religiosos de su convento, llevando la bendición de su prelado, y los ojos y lágrimas de sus compañeros; y nombrándoles por su comisario al P. fray Francisco Anguita. Con feliz viaje llegaron a la ciudad de San Antonio de Pasto, en la gobernación de Popayán: y después de apercibirse de lo necesario para tan incierto y dilatado viaje, solos y sin compañía alguna de soldado o religiosos de otra religión, se pusieron en camino para la ciudad de Ecija de los Sucumbios, que está a treinta leguas de mal camino de la ciudad de Pasto. Llegados a la sobredicha ciudad de Ecija, fueron bien recibidos de todos sus moradores, principalmente de Alonso Hurtado, teniente de gobernador, el cual en virtud de las cédulas reales que llevaban, les dio canoas y por lengua un indio llamado Pata. Y embarcados en el puerto que llaman la Quebrada del Pueblo, a dos días de navegación, desembocaron en el gran río Putumayo, con que ya nuestros religiosos tomaron posesión y se vieron en las deseadas aguas del nombrado río de las Amazonas, por el cual navegaron once días, y al cabo de doscientas leguas, llegaron a la provincia de los Seños, indios de guerra, y desembarcando en el pueblo más principal, que está algo la tierra adentro, los salieron a recibir los indios con grandes muestras de alegría y contento; y el que más fino se mostró en su agasajo, fue un cacique llamado Maroyo.

Mas para que se vean las maravillas divinas, y el buen pie con que entraron nuestros religiosos en aquellas provincias, contaré aquí en breve dos casos que les sucedieron: el primero fue, que habiendo estado por tiempo de un mes poco más o menos en una pesquería como siete leguas apartada de los pueblos que estaban la tierra adentro, donde se hallaban muchos de los principales indios, y habiéndolos catequizado todos, por instrumentos de los lenguas que llevaban, cuando después llegaron al primer pueblo, hallando en la primera casa que entraron un niño en los últimos términos de la vida, pidiéndoles los padres del dicho niño a los religiosos que le bautizasen. Apenas recibió el agua del sagrado bautismo, cuando expiró, siendo primicias de los frutos que aquellos obreros enviaban al cielo. Y conócense bien los que empezaban a hacer, pues un cacique llamado Copaya, señor de un pueblo, luego que volvió al de la pesquería, plantó una gran cruz en medio de la plaza, la cual hallaron después los religiosos, y viéndola, de gozo derramaron copiosas lágrimas, dando gracias a Dios de que se empezase a venerar, y adorar la señal de nuestra Redención.

El segundo es, que ocho días después de llegados a este pueblo, se les huyó una noche a nuestros religiosos el indio Pata, lengua, y se les volvió a la ciudad de Ecija, de donde lo habían traído, y a pocos días de llegado a su casa, llevado de una desesperación endemoniada, se ahorcó el miserable, castigo al parecer de haber dejado a los religiosos.

Viéndose pues los cinco religiosos sin lengua (aunque no sin espíritu) que los ayudase, y que por estar solos no tenían modo ni camino de pasar adelante, determinaron volverse a la ciudad de los Sucumbios y de allí a su provincia de Quito, lo cual pusieron por obra, llevando relación cierta y verdadera de todo lo que habían visto, y éste fue el primer descubrimiento que hizo la seráfica religión en el principio del dilatado río de las Amazonas.

El año pues de nuestra redención de mil y seiscientos y treinta y seis, a diez y siete de octubre, vísperas del bienaventurado Evangelista San Lucas, comenzaron su viaje los dos religiosos y seis soldados, tan desprevenidos de todas las cosas de esta vida, que sólo llevaba cada uno para sustento de viaje tan dilatado e incierto, un puñado escaso de maíz: cumpliendo así la letra del Evangelio y consejos de Cristo nuestro Redentor, que se cantan aquel día, que por parecerme fue misteriosa profecía, me pareció ponerlas: *"et misit illos vinos ante faciem suam, in omnem civitatem, et locum, quo erat ipse venturus, et dicebat illis; Messis quiden multa, operarii autem pauci. Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam. Ite: Ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos. Nolite portare saculum, neque peram, neque calceamenta, et neminem per vian salutaveritis, in quamcumque domum intraveritis, primum dicite; Pax huic domui: et si ibi fuerit filius pancis requiescet super illum pax vestra; sin autem ad vos revertetur, in eadem autem domo manete edentes, et viventes, quae apud illos sunt, dignus et enim operaius mercede sua".*

Cumplió Dios su palabra, pues en todo el viaje no les faltó el sustento ni lo necesario, antes les sobraron los mantenimientos con abundancia increíble. Y alguna vez que no conociendo la tierra cogieron del monte algunas yucas silvestres, siendo así que eran venenosas, y tales que los naturales que las comen revientan, como después se supo por cosa averiguada, los religiosos y soldados las comieron sin recibir lesión alguna.

Y para que se eche de ver cuán milagrosamente los iba Dios sustentando y defendiendo, y cuán agradable era el descubrimiento que estos dos religiosos Franciscos hacían en su nombre, pondré aquí sólo una de las infinitas maravillas que su Divina Majestad obró, que fue, que abriéndoseles un día la canoa y haciendo tanta agua, que la ponían a peligro de anegarse, uno de los religiosos pasó la mano por encima de la abertura, y luego quedó tan bien ajustada, que nunca más por allí

entró una sola gota de agua. De esta manera caminaron, durmiendo todas las noches en tierra, tan seguros como si estuvieran en sus conventos, sin sucederles cosa adversa, sino todas prósperas, todas felices. A cinco de febrero, día de nuestros santos mártires del Japón, año de mil seiscientos treinta y siete, descubrieron y entraron en la fortaleza de Curupá, estalaje de portugueses, donde estaban para su defensa veinte soldados, y por su capitán Juan Pereira de Cáceres. Querer decir el regocijo y contento, que unos y otros recibieron viendo fenecido el descubrimiento que tanto se había deseado, fuera dilatar mucho esta relación.

Mandó el gobernador, que la canoa la sacasen del río y la llevasen a la iglesia, para perpetua memoria de aquel milagroso descubrimiento; y con ser pequeña, por grandes diligencias que hicieron, y fuerzas que añadieron, no fue posible el sacarla del agua. Viendo esta maravilla, determinó el capitán, que llevasen la dicha canoa a una isla que estaba enfrente del pueblo, pero sucedió otra mayor, pues con echarle veinte remeros, como si fuera una peña nacida en el agua, o un encumbrado monte, no la pudieron menear; y así la dejaron en el mismo paraje donde ella varó con los religiosos.

De allí pasaron en otra canoa a la ciudad del Gran Pará, dándoles el capitán todo el avío necesario, y de allí los llevaron a la ciudad de San Luis del Marañón, donde fueron recibidos del capitán y gobernador Jácome Raymundo de Noroña y de toda la ciudad, con grandes regocijos y fiestas. Luego trató el sobredicho Gobernador en virtud de Cédulas Reales que tenía en que le mandaba apretadamente el Rey nuestro Señor, tratase de aquel descubrimiento del Río de las Amazonas, a que él ni sus antecesores no se habían atrevido, por los muchos inconvenientes y dificultades que se dirán más adelante. Mas ahora viendo el camino abierto, con toda presteza y diligencia, se aprestó para la jornada, enviando al hermano fray Andrés de Toledo a los reinos de España con los papeles, y relaciones auténticas de que dos religiosos de San Francisco, y seis soldados habían descubierto el gran río de las Amazonas, y que él se quedaba aprestado para entrar por él. El dicho religioso fray Andrés de Toledo llegó a Lisboa, presentó sus papeles en el consejo, hizo sus diligencias, habló a la señora Infanta, y mientras venía el informe del gobernador, se vino a la ciudad de Salamanca donde al presente está.

P. MANUEL RODRIGUEZ, S.I.

EL MARAÑON Y AMAZONAS. HISTORIA DE LOS DESCUBRIMIENTOS, ENTRADAS Y REDUCCION DE NACIONES, TRABAJOS MALOGRADOS DE ALGUNOS CONQUISTADORES Y DICHOSOS DE OTROS, ASI TEMPORALES COMO ESPIRITUALES, EN LAS DILATADAS MONTAÑAS Y MAYORES RIOS DE LA AMERICA

Madrid, 1684

LIBRO I

CAPITULO III

PROSIGUEN LOS TRABAJOS DE ESTE DESCUBRIMIENTO

La determinación de Gonzalo Pizarro fue llevar en el bergantín toda la carga, y los enfermos que caminasen por el río, y los demás por tierra, esperándose unos a otros. Pusieron todo el oro que traían, que era más de cien mil pesos, y muchas escogidas esmeraldas, el hierro y todo lo demás que llevaban de estima, y así salieron de aquel paraje, hasta el cual sólo habían caminado doscientas leguas desde Quito, caminando siempre sin alejarse unos de otros, y juntándose de noche a dormir, asegurando el bergantín con maromas.

Todos caminaban con grandísimo trabajo. Los de tierra, abriendo camino a golpe de hacha en muchas partes, y los del bergantín trabajando en resistir la corriente del río, por no alejarse de los compañeros. Cuando los de tierra no podían tener camino por la bravosidad de la montaña o peñas que le imposibilitaban, pasaban de una ribera a la otra en el bergantín y también en cuatro canoas que llevaban, y en su pasaje tardaban dos y tres días, y todo el viaje era padeciendo hambre y muchas necesidades, y con los afanes dichos caminaron más de dos meses, y de algunos indios de las riberas supieron por señas y algunas palabras que entendieron los indios domésticos, que a diez jornadas de allí hallarían tierra poblada, y les dijeron que era muy abundante de comida y rica de oro y lo demás que buscaban. Y las señas que daban de aquella tierra eran la entrada de otro gran río que se juntaba con el principal, que iban siguiendo.

Con esta nueva se alentaron los españoles, y Gonzalo Pizarro determinó se adelantasen algunos en el bergantín y que, llegados a la junta de los ríos grandes, dejasen allí todo el fardaje que llevaban y los enfermos, y, cargando de bastimento, volviesen el río arriba a socorrer la gente, que iba tan afligida de hambre, que cada día había muertos, así españoles como indios, y de éstos eran tantos, que ya habían muerto más de mil, de los cuatro mil que salieron a la jornada. Nombró por capitán a un buen soldado, Francisco de Orellana, a quien dio cincuenta soldados que fuesen con él, adelantándose aquellas como ochenta leguas, hasta la junta de los ríos. Y siguiendo su camino, en solos tres días, sin remo ni vela, navegó las ochenta leguas, que no le parecieron sino más de ciento al capitán Orellana, llevándole con la brevedad dicha, sola la corriente de aquel caudaloso río.

Hallada la junta de los ríos, y que en aquel sitio no había bastimento ni gente alguna como habían dicho, y pareciéndole que, si volvía con la nueva a Gonzalo Pizarro, no navegaría en un año según la mucha corriente del río, lo que había navegado en tres días, y que esperarle allí era sin provecho de los unos y los otros, se determinó, sin consultarlo con nadie, de soltar velas y seguir su viaje, negando a Gonzalo Pizarro y viniéndose a España a pedir para sí la gobernación de aquella provincia. Encubrió esto último, y declaró lo primero de proseguir navegando. Contradijéronselo casi todos, y muchos sospecharon su mala intención, y le dijeron no excediese del orden de su Capitán General, ni le desamparase en tanta necesidad, quitándole el socorro de aquel bergantín. Quien más le instó fue un religioso llamado fray Gaspar de Carbajal, y un caballero mozo, Hernán Sánchez de Vargas, natural de Badajoz, el cual y otros que se llegaron hubieran de llegar a las manos con Orellana si no los apaciguara por entonces con buenas palabras. Y, después que los ganó con sobornos y con grandes promesas, maltrató de palabra y de obra al buen religioso y a Hernán Sánchez de Vargas, y por castigar a éste con muerte más cruel, no le mató a puñaladas, sino que le dejó solo en aquel desierto, rodeado por una parte de dos ríos tan grandes, imposibilitado de pasarlos, y por otra de aquellas bravas montañas, sin dejarle en ellas cosa que comer.

Ejecutada esta crueldad, siguió su camino Francisco de Orellana, y a otro día, manifestando su intención, renunció el poder que llevaba de Gonzalo Pizarro y su comisión por no hacer cosa como súbdito suyo, y se hizo elegir de sus soldados por capitán de Su Majestad, hazaña o facción que hicieron otros en aquellas conquistas, como refieren los historiadores de ellas.

Así prosiguió su navegación, hallando ya algunos moradores en las riberas del río, con quienes tuvo algunas refriegas, y se mostraron muy feroces; y en algunas partes salían sus mismas mujeres a pelear con ellos. Por lo cual y por engrandecer Orellana su jornada, dijo que aquella era

tierra de Amazonas y en la conquista que pidió a Su Majestad, la llama así.

Y, habiendo desembocado en el mar, después de muchos trabajos y peligros en el río, en que muchas veces estuvieron para perderse y anegarse, fueron a dar a la isla de la Trinidad, que está a doscientas leguas del desemboque del río; y comprando un navío en aquella isla, prosiguió su viaje a España, de cuyo fin no hay que decir sino volver a ver el estado de Gonzalo Pizarro y los demás en sus trabajos.

Viendo la tardanza de Orellana, Gonzalo Pizarro, después de haber hecho diez o doce canoas y otras tantas balsas para poder pasar el río de una parte a otra, cuando por tierra les atajasen las peñas y montañas, como otras veces, determinó proseguir caminando por tierra y por el río, con esperanza de que su bergantín les traería socorro de bastimentos para la hambre que llevaban todos, que era su mayor enemigo en toda esta jornada.

Pasaban días, y, sin tener el alivio que esperaban, al cabo de dos meses llegaron a la junta de los dos ríos, persuadidos que allí les esperaban con bastimentos, ya que por la mucha corriente del río no habían vuelto a ellos. Nada vieron al llegar a la ribera, sino al buen Hernán Sánchez de Vargas que, con ánimo y constancia de caballero hijodalgo, había perseverado, sufriendo la hambre y las demás incomodidades, esperando llegasen sus compañeros y dar a Gonzalo Pizarro entera razón de lo que Francisco de Orellana había hecho y del modo con que había intentado quitarle la vida por haberle contradicho sus intentos.

Todo causó admiración a Gonzalo Pizarro y el ver lo mal que le había salido su confianza de Orellana, y a los soldados no les faltó sino desesperar con la pena y dolor que tuvieron de ver engañadas sus esperanzas y destituidos de todo remedio. Su general, aunque con igual pena, los consoló y esforzó, diciéndoles no desfalleciese su ánimo español, considerando que, a medida de los trabajos, crecía la honra y fama que adquirían con ellos, y que se juzgasen escogidos por la providencia divina para conquistadores de aquel nuevo mundo, que era tan grande empresa.

Y prosiguiendo con su viaje al modo dicho, ya por la una banda, ya por la otra del río, con increíble trabajo que tenían al pasarle y en especial embarcando en las balsas los caballos, que todavía llevaban ochenta, de los ciento cincuenta que sacaron de Quito, caminaron otras cien leguas sin hallar mejora en la tierra, ni tener esperanza de hallarla en adelante, pues, antes bien, de día en día iban viendo se empeoraba todo y que sólo caminaban a la muerte, y a más andar se acercaban a ella.

Considerando lo que pasaba, Gonzalo Pizarro y sus capitanes acordaron volverse a Quito, si les fuese posible, hallándose distantes más de cuatrocientas leguas. Todavía habían quedado casi dos mil indios de los cuatro mil que sacaron para el descubrimiento, los cuales servían como hijos a sus amos en aquellos trabajos y necesidades, buscándoles yerbas, raíces y fruta silvestre, sapos, culebras y otras sabandijas, que todo les

hacía buen estómago y les era de gran socorro en aquellas montañas. Era imposible volverse río arriba por la grande corriente, y así acordaron, habiendo notado que a la banda del septentrión parece había menos lagos y pantanos, hacer por allí su viaje, y, acostumbrados ya a ir abriendo los caminos con hachas y hocinos, se entraron por aquellas montañas, procurando la prisa posible porque su continuo enemigo, la hambre, los tenía ya casi exhaustos, y, siendo necesario en las ciénagas o lagos pasar a cuestas a los enfermos, pasaban en esto gran trabajo, y en todo era de los primeros Gonzalo Pizarro y sus capitanes.

Algo ahorraron de camino por aquella parte, por la cual caminaron poco más de trescientas leguas, con los trabajos referidos y la falta aun de yerbas y raíces en algunas partes les obligó a matar los lebreles y alanos que llevaban, que fueron de utilidad en las conquistas, y después fueron matando a los caballos, hasta acabarlos todos, y, como dice Gómara, estuvieron por comerse, conforme al uso de los bárbaros, los cuerpos de los que morían.

En esta vuelta a Quito perecieron muchos indios y españoles, quedándose de tres en tres y de cuatro en cuatro casi expirando por aquellas montañas, dejándolos a más no poder, para escapar la vida los que pudiesen, no teniendo ya ni el socorro de la carne de los caballos; y su mayor trabajo fue la falta de sal por más de doscientas leguas, con que no podían comer cosa con algún sabor; y todo los descoyuntaba, y el andar siempre mojados y metidos en cenagales, aunque ya desnudos todos, desde el mayor al menor, los tenía consumidos, y las zarzas y otras malezas de aquellas bravas montañas los desgarraban y casi parecían desollados. Y, en conclusión, habiendo muerto doscientos diez españoles y todos los cuatro mil indios que entraron de Quito, y habiéndose llevado cincuenta soldados Francisco de Orellana, sólo salieron ochenta que quedaron vivos a unas tierras más abiertas, donde hallaron alguna caza de aves y animales, de que mataron algunos con las ballestas que conservaban para el efecto de la montería. De este paraje, en que cobraron algún aliento, y de pellejos de algunos venados que mataron, hicieron algunos unos calzoncillos cortos, siquiera para alguna decencia, prosiguieron, caminando, hasta los términos de Quito y reconociéndolos besaban la tierra, dando gracias a Dios que los había sacado de tantos trabajos y tamaños peligros. Ya hallaban qué comer entre los indios pacíficos, pero se abstenían algo por no enfermar de alguna repleción, y otros, aunque querían, no podían comer porque el estómago, habituado al ayuno, no quería recibir lo que con abundancia le daban.

Avisaron a la ciudad de Quito de su llegada y de su desnudez, y, estando aquella ciudad medio despoblada con las guerras de don Diego de Almagro, a quien habían acudido los más de sus vecinos, los pocos que había se esforzaron a enviarles la ropa de vestir que pudieron, y fueron seis vestidos que se componían de piezas diversas, que daba cada uno,

capa, sayo, calzones o jubón, y unas pocas camisas para Gonzalo Pizarro y los más principales, que para todos los demás no pudieron enviar ropa ni les enviaron más que una docena de caballos, por andar todos en la guerra, y con ellos fueron doce vecinos de la ciudad llevándoles abundancia de sustento, y, llegando a la vista de los miserables conquistadores, se deshacían unos y otros en lágrimas, y los de Quito con más razón, viéndolos en su desnudez peores que los indios bárbaros, tan negros, secos, flacos y lastimados, que no los conocían; con unas espadillas hechas un herrumbre, sin vainas. Y, después de tiernos abrazos, sin oírse más que sollozos, agradecieron el socorro y el regalo que les llevaban y gozaron todos del pan como de fruta muy nueva y de los otros regalos. En cuanto a los vestidos, ni Gonzalo Pizarro ni otro alguno quiso ponérselos, puesto que no había con qué acomodar a todos, ni subir alguno a caballo, por más que les instaron, y viendo los doce vecinos de Quito la uniformidad hermanable y lo igual que querían ser todos en el padecer y que determinaban su entrada en la ciudad a pie y casi desnudos, quisieron ellos también entrar de la misma suerte, usando sólo de algún paño o calzoncillos para la decencia, lo cual agradeció mucho la ciudad a sus embajadores y a todos los recibió con la mayor solemnidad que se pudo, mezclada la alegría con el dolor que ocasionaba su vista, y fue esta entrada a los principios de junio de mil quinientos cuarenta y dos, habiendo gastado en la jornada dos años y medio, pues su entrada, como se dijo, fue por navidad de mil quinientos treinta y nueve. Hasta aquí es, según los autores citados.

CAPITULO X

ENTRAN DOS MISIONEROS A LOS COFANES, Y LOS BARBAROS DAN MUERTE AL PADRE RAFAEL FERRER

Sabidas en la ciudad de Quito las muchas naciones que ocultaba el demonio en las montañas para que la luz del Evangelio no les alumbrase, y que a las circunvecinas más las había reducido el agrado y la maña, que la fuerza y los estruendos de guerra; y teniendo entendido que la principal obligación con que habían pasado de España a Indias y la intención de su Majestad en haberlos costeado era la conversión de los gentiles, teniendo ya entablados los estudios en aquel colegio y fundado el seminario para enseñar la juventud española, en que se aseguraban lograr algunos mancebos llamados de nuestro Señor para compañeros en empresa tan gloriosa como es el ganar almas para el cielo, de las que, por distantes, se podían juzgar como imposibilitadas de conseguirle; considerado todo, determinaron los superiores entrasen, siquiera dos padres a alguna nación de las que por todas partes había, casi continuadas con las de los Quijos, Yumbos y Macas. No muy distantes de ellas y

menos que todas, estaba la de los Cofanes, sesenta leguas de Quito y solas doce más allá de los Yumbos, que estaban pacíficos y doctrinados; de donde la mayor dificultad era un río caudaloso que debía pasarse para entrar a esta nación, la cual eligieron para su primer empleo de gentiles, el año de mil seiscientos dos, en que dieron principio a este siglo y a su deseada ocupación.

La elección hecha de esta nación, no tratada aún de los españoles ni de ministros antecedentes del Evangelio, pareció precisa y conveniente: que emplearse en los indios ya reducidos no era tan necesario ni glorioso, y al paso que los de la Compañía habían llegado tarde a aquella viña evangélica, necesitaban de adelantarlos y doblar en ella el trabajo para merecer igual jornal o tanto premio como los primeros, y así convino romper tierra nueva, disponerla y sembrar en ella, hasta experimentar si daban el fruto deseado.

Ofrecióse para entrar a los Cofanes el padre Rafael Ferrer, sujeto fervoroso y de los primeros que de España habían ido al Perú, de donde pasó a la fundación de Quito; y viendo cuán a propósito era su celo ardiente para tamaño empeño, fue señalado con otro compañero, y de los pasos en su primera entrada y en la segunda que hizo, habiendo salido a dar razón de la tierra, da pocas noticias el padre viceprovincial, que le envió a estas misiones. Las que pone en su carta son las siguientes.

Desde este colegio se puede salir a hacer muchas y muy fructuosas misiones, porque hay muchos y buenos pueblos de españoles en este obispado y muchas provincias de indios, muy pobladas y llenas de gente. Una se hizo a los indios Cofanes, gentiles que, no estando distantes más que doce leguas de españoles y de otros pueblos de indios cristianos, estaban en su infidelidad, sin luz ni conocimiento de Dios, ni quien se aplicase a predicarles. Entró a ellos el padre Rafael Ferrer, y el padre Ferdinando Arnolfino. Estuvieron allá año y medio predicando y bautizando. Dejáronlos encomendados a un sacerdote de un pueblo cercano. Después acá han dado la paz a los españoles, donde se ha poblado ya un pueblo de ellos. Pidieron los unos y los otros, con tanta instancia, que volviese allá el padre, que, aunque para lo de acá hace mucha falta, por haber pocos obreros para tanta mies, le envié este año, acompañado de un sacerdote seglar para que, después de haber catequizado y bautizado a todos aquellos infieles, que él había reducido y tanto le amaban, dejase al sacerdote como a cura propio de aquel rebaño. Es tanto el fervor del padre que, empezando a entrar por la tierra adentro, que es muy áspera y montuosa y no se camina a caballo, y cayendo enfermo, no por ello dejó su camino, ni los indios le dejaron, sino que, con el amor que le tienen, le llevaron en hombros por aquellas montañas.

La primera misión que hizo a los indios fue a los Yumbos, y pareciéndole que aquéllos tenían bastante doctrina, pasó a los Cofanes el año de mil seiscientos dos. Anduvo todas aquellas provincias y llegó hasta la junta grande de aquel río que llaman Orellana. Recibiéronle los indios como a un apóstol. Están los Cofanes sesenta leguas de Quito, en una tierra tan llena de montañas y ríos, que casi es inaccesible, y así pocos meses del año pueden entrar en ella sin guía ni gentes que haga puentes de palo para los ríos y luego los desbaratan. Eran pocos años antes estos indios infieles y teniendo compasión de sus almas el padre Rafael Ferrer tomó muy a pecho esta misión; trabajó en ella mucho, con grande falta de las cosas necesarias a la vida. Su ordinaria comida era maíz y la cama el duro suelo, con alguna manta. Escribía en unos pequeños pedazos de cartas viejas. No tenía más libros que su biblia y breviario; no temía los peligros de la muerte, de que estaba rodeado entre aquella gente bárbara. Sus palabras eran todas del cielo, sus cartas echaban rayos de amor de Dios y su celo era de un ángel. Instruyó a los indios en la fe y redújoles a una población. Y en este estado volvió a Quito a buscar obreros que le ayudasen y llevó consigo al padre Fernando Arnulfino y ambos hicieron mucho fruto en la conversión de aquellos gentiles, obrando Dios grandes maravillas con ellos por medio de este apostólico varón.

Cuando bautizaba a estos indios, procuró estorbar que no entrasen soldados de presidio en aquella provincia, pareciéndole que estaban tiernos en la fe. Quejáronse al provincial y envió a llamarle a él y a su compañero. Satisfizo a lo que le habían impuesto, y volvió con mucho fervor a su misión, y en el camino encontró a algunos indios que le iban a buscar. Pero el demonio, envidiando el bien que el Siervo de Dios había hecho, y el que podía hacer en aquellos gentiles, se revistió en dos de estos indios y, pasando por un puente de un palo, peligroso, en un río muy caudaloso, el valeroso soldado de Cristo, trastornaron los bárbaros el palo y dieron con él en aquel abismo profundo, donde nunca más pareció, aunque algunos dicen que estuvo encima del agua predicándoles a aquellos miserables indios su destrucción, hasta que se fueron y ellos mismos lo contaron.

LIBRO III

CAPITULO I

ENTRADA DEL P. GASPAR DE CUJIA Y P. LUCAS DE LA CUEVA A LOS MAYNAS

Entra ya gustosa mi pluma a la extendida región de la gentilidad que se ha manifestado habita las riberas de todo el Marañón y los innumerables ríos que le tributan. Damos principio ya a la gloriosa empresa tan

deseada de la compañía de la reducción de aquellas almas tan escondidas a la luz del Evangelio: al empleo, que tanto mira a la gloria de Dios y provecho de los prójimos, blanco de los hijos de San Ignacio, que tienen en aquellas montañas cuanto pueden desear para el divino agrado, en ganar almas para el cielo y para perfeccionar las suyas con meritorios trabajos y ejercer el amor, la caridad, reina de las virtudes, con gente de tan miserable estado, solicitándoles el sumo bien, y librarlos del mayor mal, que es ser enemigos de Dios, destinados a la muerte y condenación eterna. Qué dilatado campo para tan gloriosos empleos es el que hemos visto ya en tantas naciones, y tan apacibles en su trato las más, como queda presupuesto en el libro pasado. En él se demarcaron las puertas para entrar a reducirlas, se dieron a conocer los ríos, que son vereda para poder dar alcance aun a las más distantes, subiendo a ellas desde el Marañón o bajando a buscarlas por varias partes de aquella provincia. Y es gloria singular suya tener capacidad tan inmensa para sus fervores, de que puede gloriarse, teniéndola por más copiosa de gentiles que otra alguna de las descubiertas en la América, pues son casi sin término sus montañas, que albergan sus naciones, y tanta su multitud, como se ha manifestado.

Puestos en lo alto de las montañas de Jaén, considero a los dos primeros misioneros que habían entrado y a los dos exploradores de todo el Marañón, padre Cristóbal de Acuña y padre Andrés de Artieda, mirando éstos desde su boca, con reflexión atenta, todo lo que habían registrado, y los dos misioneros cuanto estaban mirando en la provincia de los Maynas, y que a unos y otros les decía Dios en el corazón: a vosotros os encargo toda esta tierra, o la gentilidad de ella y de sus ríos, como dijo Abraham de la tierra de Palestina, prometiéndole toda la que descubría a oriente y poniente, al septentrión y mediodía. Y se extiende a más la promesa, o la posesión, que ha dado de tierras de gentiles a la provincia del nuevo reyno, pues la vista no alcanza a sus términos, por más que se dilate por las extendidas calles de tantos ríos que, unos a la mano diestra, y a la siniestra otros, les muestran al sur y al norte varias copiosas naciones, y por la calle mayor del Marañón y Amazonas, otras más continuadas a oriente y a poniente. Todas aquellas capacidades son el patrimonio que empezó a poseer la compañía desde el año de seiscientos treinta y ocho, y, aunque se compare con la gentilidad poseída antes y cultivada con indecible fruto por la provincia de nueva España en las insignes misiones de Sinaloa, no han de parecer inferiores, en lo que prometen, las del Marañón; ni recelan compararse desde sus principios sus reducciones con las que goza tan establecidas, antigua posesión de su dicha, la provincia del Paraguay en veintidós pueblos copiosos a orillas del río Paraná y Uruguay, pues, ni se extienden a más que el Marañón aquellos ríos, ni son menos las naciones del Marañón, ni el celo de los misioneros, siendo uno mismo el fuego de sus fervores, como de hijos de San Ignacio; y de lo obrado en poco más de cuarenta años,

se podrá ver lo que promete un siglo de cultura en aquel nuevo campo, en que se procura, por lo reciente, doblar el trabajo para merecer del Señor de tanta mies aquellos operarios posteriores tanto premio como los primeros.

Solos dos misioneros, pero bien escogidos, dijimos ya, había señalado el colegio de Quito para que entrasen a la nación de los Maynas: envió-los, como enviaba Cristo, de dos en dos, a sus apóstoles a reducir el mundo; ojalá tengan en aquel de gentiles la semejanza en el fruto, como la tienen en el empleo y en las circunstancias! Para el descubrimiento del Marañón, quitó la compañía a un sujeto de cátedra y a otro del rectorado de Cuenca, y para emplearse en empezar a reducir sus naciones había quitado ya de los ministerios de sus colegios otros dos, harto grandes, los que más pudieran ilustrarlos, como lo hizo después, el uno, el padre Gaspar de Cujía, siendo provincial dos veces de aquella provincia, como veremos; y otras tantas pudiera haberlo sido el padre Lucas de la Cueva, si su repugnancia al gobierno y suma aplicación a la conversión de los gentiles no lo hubiera remitido. Dejámoslos sabiendo hecho su viaje hasta Cuenca, para entrar por Jaén de Bracamoros a la ciudad de Borja (que es un corto lugar en un desierto, y no le quitó su título por merecerle sus operaciones) y vuelvo, como prometí, acabado de ver el descubrimiento del Marañón, a que veamos su entrada a él, desde que se embarcaron por sus corrientes en lo alto de las montañas de Santiago, suponiendo su llegada a ellas con el trabajo de sus malos caminos por más de doscientas leguas y, hallándonos a la boca de la canal tan nombrada, se me permitirá hacer un bosquejo de ella.

Después de haberse juntado los varios ríos de la comarca de Riobamba y todos los de Cuenca, como dije, y aun otros más distantes, recogiéndose a un río el caudal de muchos, se ve obligado a hacer su curso por distancia de tres leguas por una canal angosta, labrada entre peñascos duros, a fuerza de su continuo desliz y a pesados golpes de su corpulento despeño, ayudado de las quiebras naturales de las peñas en que, oprimido el profundo raudal de tantas aguas y violento en la precisa caída de su gravedad, ha labrado no poco en su dureza envejecida; que, si las gotas cayendo continuamente cavan como cinceles una piedra, no es mucho que un río como golfo, o todo un golfo que corre como río, haya gastado como lima bien picada las peñas en que topa y por donde ha pasado violento tantos siglos. Con todo, corrida sin cesar por uno y otro lado, no ha adquirido más ensanche de bordo a bordo, en aquella canal, que el de cincuenta pasos, que son otras tantas varas, y sólo han cedido más hacia lo profundo las dos murallas de aquellos riscos, para que en muchas picas de fondo pueda pasar aquel ejército de aguas sin anegar o talar los bosques altos de sus riberas. No es esta la angostura que vio el ejército de Pizarro siguiendo algunas leguas, que aquella es del río de la Coca, que corre arrimado a la línea, con poca declinación al sur; y si allí admiró la longitud, profundidad y estrechura, capaz de puente, como se dijo,

en esta de Tunguragua, o el Marañón, lo que asombra es el aliento con que han navegado algunos tan rápidas y crecidas corrientes para toda embarcación.

CAPITULO X

TRIUNFO CON QUE ENTRO EL PADRE RAYMUNDO DE SANTA CRUZ CON SUS INDIOS EN QUITO, Y DEMOSTRACIONES QUE HIZO AQUELLA CIUDAD

Con grande celebridad aplaudían en Roma los triunfos con que entraban los capitanes vencedores en sus conquistas o a los mismos emperadores cuando volvían victoriosos de sus empresas: aclamaban los romanos sus hazañas, victoreaban sus nombres y los que entraban triunfantes ofrecían a los dioses de la gentilidad los cautivos prisioneros en sus batallas, solicitando el agrado de sus deidades fingidas, para su amparo, que les alentase a más triunfos. El aplauso del pueblo y los premios de los emperadores alentaban sobremanera a los capitanes para nuevas empresas en las conquistas, apeteciendo, como fácil, lo más arduo, y como descanso, las fatigas. En que estuvo el engrandecerse tanto Roma: porque el premio es la vida de las acciones heroicas y el lustre de las monarquías, y el más vivo estímulo del valor, que las ilustra, es su estimación y aplauso.

Muy superior, y sin comparación más grande y aplaudido, fue el triunfo glorioso con que entró nuestro misionero, el padre Raymundo de Santa Cruz, en la ciudad de Quito, con sus cuarenta indios mainas, no como cautivos, sino recién rescatados del más lastimoso cautiverio: allí era temporal, y aun aparente, el premio a que miraban los triunfos; aquí todo es eterno lo que se mira; allí servían y sacrificaban a dioses fingidos los conquistadores; aquí agradan al verdadero Dios sus ministros; allí el aplauso era de hombres, y aquí son sin duda de los ángeles las aclamaciones; allí ofrecían a los dioses a los que, perdida su libertad, entraban en Roma cautivos; aquí se presentan a Dios libres del cautiverio de satanás los que salen de la gentilidad, hijos ya de la iglesia y del divino rebaño por el bautismo; allí, finalmente, era el premio el laurel, corona de verdor inconstante; y aquí es de gloria eterna la corona que merecen y consiguen por sus empresas y victorias, distando aquellos de estos premios y triunfos cuanto va de la tierra al cielo y del ser a la nada, y aun acá se ve la distancia en los pasos de este triunfo, con superior aplauso, aunque no prevenido, como aquéllos.

Sabida que fue la venida del padre Raymundo, con grande consuelo del superior y todos los del colegio de Quito, tratando de avisarle que entrase y de salir algunos padres a recibirlo, y aun estando en entrarse ya nuestro caminante, habiendo parado bastantemente en aquella pa-

rroquia, dispuso Dios (sin duda para gloria suya y premio de sus trabajos) que un hermano coadjutor, de buen celo y espíritu, se fuese al superior y le dijese que parecía sería bien fuesen en procesión con las imágenes de nuestros santos a recibir al padre y aquella nueva cristiandad que traía consigo. Dijo esto con tal fervor el buen hermano, que se conoció del cielo la propuesta, en que nadie puso dificultad, antes pareció bien a todos y que sería gloria de Dios y edificación del pueblo, y, siendo tan enemigos de hazañerías los de la compañía, y de estruendos públicos, el venir en esto está diciendo fue disposición divina. Fueron luego dos padres a ver al obispo, dándole cuenta de la llegada del padre Raymundo y aquellos nuevos cristianos y a pedir licencia para salir en procesión a recibirlos, como a nuevo rebaño de Cristo. Dio la licencia el obispo sin dificultad, y aquella misma mañana se dispuso la procesión, como si muchos días antes se hubiera prevenido, pues no pudo ser con mejor disposición, concurso ni aplauso.

Juntáronse luego las congregaciones de Nuestra Señora de Loreto, de la Presentación y San Salvador, compusieron las imágenes, los estandartes y sacaron todos los cirios (de que tiene abundancia cada congregación), trajeron cohetes, que siempre los tienen los que hacen fuegos para todas fiestas en aquella ciudad, y, avisando al padre Raymundo se acercase a la parroquia de Santa Bárbara con sus indios, ordenaron la procesión desde nuestra iglesia, poniéndose en dos filas con cirios blancos todos los cofrades, y siendo la excelente imagen de San Francisco Javier, que hay allí, la primera de la procesión, se siguió la de la Santísima Virgen, y después la de Cristo Señor nuestro como transfigurado y glorioso. Enderezaron sus pasos a la parroquia de Santa Bárbara con música, chirimías y fuegos artificiales que se echaban al aire, cuyo estruendo y la voz que corrió de tan célebre entrada convocó muy en breve el concurso, como los hay de ordinario en aquella ciudad.

El padre Raymundo, que esperaba ya su recibimiento o el de sus nuevos cristianos, en Santa Bárbara, habiéndoles hecho poner sus camisetas, género de vestido de que ya usaban, y sus *Llautos*, que son como guirnaldas de plumas de varios colores, y que llevasen en una mano sus arcos y pendientes en el carcaj sus flechas, llegada la procesión dieron a cada uno de los cuarenta indios maynas su vela de a libra y su rosario. Y poniéndolos interpolados con los indios de las congregaciones, se ordenó la vuelta de la procesión, a que iban asistiendo también en fila los religiosos del Colegio, que habían ido casi todos con la procesión hasta la parroquia.

El padre Raymundo de Santa Cruz iba en medio de sus ovejas cantando las oraciones de la doctrina cristiana a que respondían sus indios, enterneciendo aun a las piedras y derritiendo en devoción a cuantos le oían; mas, sobre todo encarecimiento, la admiración y ternura de todos era ver la persona del padre Raymundo, que era tan agigantada, como su espíritu: su gala era una sotanilla tosca, de manta de algodón, hecha

pedazos y jirones (porque no faltasen banderas en aquel triunfo); su calzado, unos pobres alpargates, casi sin medias por lo llagado de sus piernas y lo desgarrado de ellas; su cabeza a medio pelechar, del achaque que había tenido; la amarillez y flaqueza del rostro, su singular modestia, su voz, trompeta de aquel desierto de que salía, todo era edificación, novedad admirable y motivo de lágrimas de consuelo y de alabanzas de Dios y de la grandeza que es servirle, a que añadían aplausos a la Compañía por lo que en las misiones servía a la Iglesia, viendo el fruto de sus empleos, escondidos a los ojos humanos, en aquellas primicias para el cielo, cogidas de tan distantes naciones, y el ver tan consumido de trabajos al que tres o cuatro años antes vieron entrar con tanta salud y alientos. Todo enternecía y lo aplaudía la ciudad de Quito, más con corriente estilo de lágrimas que con expresión de palabras. A todos predicaba y confundía con su modestia el padre Raymundo y les persuadía vivos desengaños de las vanidades; y su vista reprendía en especial a los regalados y deliciosos del mundo, que aquella su pobreza y feliz maltratamiento de su persona por servir a su Dios era fuerte torcedor a los que quizá amenazaban tormentos y sólo vivían de divertidos pasatiempos en las ciudades.

Caminó la procesión en la forma dicha, sonando a tiempos cajas, clarines, chirimías y muchos fuegos que se iban disparando a trechos por las calles, creciendo más y más el concurso de hombres y mujeres, eclesiásticos y seculares, con aclamaciones continuas y aplausos de aquel triunfo de nuestra santa fe, engrandeciendo también los trabajos gloriosos de los que la publicaban en el Marañón.

P. JUAN DE VELASCO, S.I.

HISTORIA MODERNA DEL REYNO DE QUITO Y CRONICA DE LA PROVINCIA DE LA COMPAÑIA DE JESUS DEL MISMO REYNO

(Biblioteca Amazonas, vol. IX, Quito, 1941)

AÑO 1666

Temeroso el P. Figueroa con la respuesta de los obstinados Cocamas, juzgó preciso ir a verse con el superior Majano, y persuadirle a que saliendo de Santa María a residir, como superior en otra parte, evitase tan inminente peligro. Salió de Jeveros a principios de marzo, acompañado de sólo seis indianos fieles en su canoa, y navegando el río Apena cosa de ocho días, hasta la parte donde le entra al Guallaga descubrió allí bastante número de canoas de indianos, que iban bogando contra la corriente. Oyó la algazara; conoció que eran cristianos por el lenguaje; dudó si serían amigos o rebeldes; y sin acobardarse por el recelo, antes con esperanzas de reducirlos, caso que fuesen apóstatas, mandó a sus indianos tomar la orilla para esperar en ella la flotilla de las canoas.

RESUELVEN MATAR A TODOS LOS MISIONEROS POR EXTIRPAR LA RELIGION CRISTIANA

Eran éstos efectivamente de los rebeldes, y eran mandados por dos cabezas principales de la rebelión, que eran el cacique de Santa María del Ucayale, y otro indiano joven, a quien había criado en el mismo pueblo el P. Majano; y contra quien marchaban resueltos a quitarle la vida, según lo habían protestado con sus repetidas amenazas. Acercándose ellos los llamó el P. Figueroa con gran cariño, con el intento de reducirlos, caso que fuesen rebeldes o de proseguir con ellos su viaje, si eran amigos. Se encaminaron prontos a su llamada; conocieron que no era el P. Majano, contra quien iban directamente; mas como su odio era general contra todos los misioneros y contra la ley cristiana que enseñaban, y por eso habían resuelto exterminarlos a todos, dijeron entre sí que era lo mismo comenzar por el uno o por el otro.

DAN GLORIOSO MARTIRIO AL P. FRANCISCO DE FIGUEROA

Luego que llegaron a la ensenada donde se había apeado el Padre, éste los conoció rebeldes y sin asustarse los recibió con amor y agrado. Saltaron a tierra, y disimulando la traición, arte en que son diestrísimos, lo saludaron todos, diciendo según costumbre de los ya cristianos: "Alabado sea el Santísimo Sacramento", y le fueron besando la mano. Preguntóles el padre: ¿Hijos, dónde el viaje? Vamos juntos, yo os serviré y acompañaré. A esta pregunta respondió uno que se había puesto ya por detrás, descargándole un remo sobre la cabeza, con tan furioso ímpetu que cayó el padre sin sentidos. Sobre el caído llegó pronto el cacique llamado Pagalla o Pagaya y con una hacha le cortó la cabeza, coronándole de glorioso martirio. Uno de los mismos de la facción declaró después que quien cortó la cabeza no fue el cacique, sino aquel joven a quien el P. Majano había criado en Santa María. De los seis indianos que llevaba el padre, escaparon unos con la pronta fuga, según el P. Casani, quedando los otros muertos a manos de los mismos agresores, quienes arrojando los cadáveres, llevaron consigo solamente la cabeza del P. Figueroa, en señal de triunfo, según la bárbara costumbre. El suceso fue, según todos los impresos y manuscritos, el día 15 de marzo del presente año de 1666.

SAQUEAN EL PUEBLO DE JEVEROS CON MUERTE DE ALGUNOS

Concluida con algazara la sacrílega carnicería, se encaminaron, mudando rumbo, no a Santa María de Guallaga, según su primera intención, sino a saquear el pueblo de Jeveros del mismo P. Figueroa. Lo asaltaron desprevenido, destrozaron cuanto pudieron, mataron 44 indianos Jeveros y un soldado español, Domingo Salas; y con corto pillaje se retiraron a las montañas. Los dos o tres que escaparon huyendo, al tiempo de la muerte del P. Figueroa, dieron noticia del fatal suceso al misionero de Guallaga, esto es al P. Majano, quien salió al punto con alguna gente a recoger las reliquias del V. Mártir. Llegó al sitio y no halló otra cosa que la patena del altar portátil, unos anteojos, un zapato, una suma de moral y unos papeles rotos. Esto es según el P. Casani escribiendo la vida de este glorioso mártir; mas según el P. Rodríguez, a quien debe darse más fe, porque copió en su obra las jurídicas informaciones, ninguno de los seis indianos escapó con vida, ni fue el P. Majano quien recogió las sobredichas reliquias, sino otro, que noticioso de la tragedia, salió con bastante gente de Borja, y regresó allá después de ejecutada la diligencia. Se dio pronto aviso del suceso al gobernador, D. Juan Mauricio Baca de la Vega, quien a la sazón se hallaba en Loja; y quien bajando con celeridad a las misiones, hizo los convenientes preparativos para salir al castigo de los agresores.

AÑO 1667

SE DISPONE UNA ARMADA CONTRA LOS COCAMAS REBELDES

Dispuesta una gran armada de canoas con pocos soldados españoles, y bastantes millares de indianos, así de Guallaga como de Jeveros, porque unos y otros estaban ofendidos y deseaban vengarse, salió el Gobernador, o según algunos sólo su Teniente, acompañado del P. Juan Lorenzo Lucero, contra los Cocamas del Ucayale y sus confederados, el mes de enero. Corrieron los ríos y escudriñaron las selvas y los montes, como prácticos los indianos fieles de la armada, hasta que dando con los agresores, los aprisionaron juntamente con varios otros de los rebeldes y los condujeron a Borja.

SON AJUSTICIADOS LOS AGRESORES Y SE PACIFICA LA REBELION

Allí sustanciada brevemente la causa, y declarado por boca de los mismos delincuentes el delito, fueron sentenciados a la horca los principalmente culpados; perdonando solamente a los que tenían menos culpa y dieron señales de verdaderamente arrepentidos; diligencia con la cual pudo fácilmente pacificarse aquella parte de la misión alborotada.

PRODIGIO DE PREDICAR LA CABEZA DEL V. P. FIGUEROA DESPUES DE DIEZ MESES DE CORTADA

Cuantos han leído o tenido noticia de los actos jurídicos de aquel gobernador y de las declaraciones de los culpados, que constan en ellos, se han maravillado siempre de que ni el P. Casani, ni el P. Rodríguez hagan memoria de la circunstancia más agravante y más gloriosa de este suceso, según la cual se hicieron todos los retratos del V. P. Figueroa desde entonces, y que no ha habido persona que los ignorase. Fue esta la del motivo por qué no pudieron huir los agresores y fueron presos, obrando Dios una estupenda maravilla para mayor gloria de su siervo. Teniendo ellos en la ranchería que habían formado para su refugio, colocada, según la bárbara costumbre, la cabeza del V. Padre, por trofeo de su hazaña, luego que los pesquisadores se hallaron a la ranchería; comenzó a hablarles la cabeza y a exhortar a los culpados a que hiciesen penitencia de su atroz delito, asombrados ellos con aquel espectáculo y sorprendidos del terror, estaban atendiendo a las palabras y movimientos de la lengua fresca todavía, en cerca de diez meses de cortada, cuando fueron sitiados y cogidos todos. De aquí fue el que en todas las pinturas, se expresase este paso de estar predicando la cabeza y escuchándola los bárbaros llenos de asombro.

No es decible el sentimiento que causó en todas las misiones la pérdida y falta del V. P. Figueroa, una de las primeras cuatro columnas de aquel grande edificio de la gloria de Dios. He referido algunos pasos de su santa vida, según ha ocurrido la cronología de los años de su apostolado en las misiones. Dije que para la gloria del reino nació en Popayán, de padres nobles y ricos. Estudió en el colegio de S. Luis de Quito, donde obtuvo el nombre de ángel por sus costumbres. Entró a la compañía; y concluidos con ruidosos créditos sus estudios, pidió dedicarse al cultivo de las bárbaras naciones. Fue mandado para prevenirse a este empleo, al colegio de Cuenca, al mismo tiempo de fundarse como puerta y escala de misioneros, y de donde pasó al Marañón. En medio del continuo trabajo en la reducción e instrucción de los indianos y formación de sus pueblos, fue constante siempre su aplicación a los libros; tanto que saliendo consumado en la Teología Moral y en los Cánones, no menos que en el Instituto, hizo ruido su fama hasta Roma. Fue tan humilde, que nunca se le oyó palabra de su linaje, sino muchas en desprecio de su persona; tan negado a la carne y sangre, que jamás escribió ni una sola carta a sus parientes, por instancias y empeños que éstos hiciesen; tan negado a los honores, que renunció dos Rectorados principales de la Provincia; y sólo admitió en suplemento y en propiedad el ser Superior de las misiones; porque lejos de utilidad y descanso, le cargaba solamente doblados los trabajos y fatigas. Con estas y muchas admirables virtudes, entre las cuales resplandecían más su inocencia, su dulzura y afable trato con todos, se granjeó el concepto de una santidad nada común. Nunca le llamó el P. Cujía con otro nombre que el de ángel de las misiones; y nunca salió de ellas en 24 años, aun en aquellos tiempos, en que sin necesitar de particular licencia de los Provinciales, podían libremente salir los misioneros para sus urgencias, no solamente a Quito, sino también a Lima.

II
ESCRITORES DE ESPIRITUALIDAD

JACINTO MORAN DE BUTRON

LA AZUCENA DE QUITO, LA V. VIRGEN MARIANA DE JESUS PAREDES Y FLORES

Madrid, 1724

LIBRO PRIMERO

CAPITULO V

DE LAS PENITENCIAS QUE HACIA EN LOS DIVERTIMIENTOS DE SU NIÑEZ

Es el amor como una mina que, aunque oculta en las venas del humano pecho, no para hasta reventar en demostraciones públicas la actividad de su incendio; es tan ingenioso, que para todo da trazas, sin que le acobarde lo imposible de la empresa. Y como el amor de Dios es el lazo con que se une por amistad la criatura con el criador, no hay cosa, por ardua que parezca en ejecutarse, como sea en obsequio del amigo, a que no dé fuerzas y alientos el mismo amor. Bien entendía esta lección la Venerable Virgen Mariana; pues llevándola en una ocasión una parienta suya, con beneplácito de la hermana que la cuidaba, a oír un sermón funeral, que se predicaba en las honras de una grande Sierva de Dios, religiosa del convento de la Purísima Concepción, oyendo la parienta las virtudes que dijo el predicador de la difunta, exclamó diciendo: *¡Oh quién imitar a esta Sierva de Dios!* Mariana entonces, como inspirada del cielo, respondió, con madurez muy ajena de su edad: *Todo lo puede el amor, mediante Dios.* ¿Quién no dirá ser de un pablo el documento? También confirmó esta enseñanza el delicado cuerpecillo de la niña, pues sólo la fuerza del mucho amor, con esfuerzos especiales de la gracia, pudo rubricar en él sus finezas y ardiente llama, con tales penitencias y mortificaciones que, aunque ajenas a la inocencia, eran muy conformes a sus ansias.

Sus festejos más eran industrias de padecer, que juegos pueriles de su estado. Ponía en los corredores de su casa algunas cruces, y alentaba

a sus sobrinas, que en todo le asistían compañeras, a que anduviesen juntas las Estaciones. Llevaba sobre sus delicados hombros una cruz, tan desigual a sus fuerzas, que tal vez, oprimida del peso, caía en tierra; y para que fuese de mayor pena la Estación, sembraba, con discreto disimulo, entre el calzado y las plantas de los pies, duros garbanzos, con que al pisar la tierra, con el peso de la cruz, era notable el martirio, siendo no menor su mérito y paciencia en tan santa travesura.

Singularizábase su fervor en otras ocasiones, en que por imitar a su Esposo en la calle de la amargura, recibía su cruz de rodillas con terníssimos afectos; y poniéndola en sus espaldas, andaba arrodillada sus Estaciones, arrastrándose por los suelos, desnudas las rodillas, y haciéndose tanta fuerza, que rota la cutis con la violencia, formaba con su sangre la estampa de su tormento, quedándole para muchos días nueva materia de merecer con las llagas que de las heridas se formaban.

Los días sagrados de jueves santos pasaba de punto su penitencia. Componía sus altares en la casa, para andar con mayor gusto las Estaciones, y discursivo su amor, ponía en los bordes y sobresalientes de cada altar unos broncos espinos, cuajados de agudas puntas. Y después de haber rezado con devoción las oraciones, pedía a las otras niñas sus compañeras, que al ir a besar la cruz del altar, la impeliesen de golpe por las espaldas, para que las puntas se enclavasen en su rostro. Era su súplica tan tierna, y tan nacida del corazón, que como inocentes verdugos, y aun con empeño de travesura, lo ejecutaban. Quedando la hermosura de Mariana ajada de las espinas, y pintada con el carmín de su sangre; pero ella, sobre gustosa, agradecida a la que en especial había sido el más proporcionado instrumento de su mortificación.

Llevóla una vez su hermana doña Gerónima a la iglesia de la Compañía de Jesús para que asistiese a los oficios de la semana santa, que con gran gloria de Dios y provecho de las almas se celebran en este santuario esos días. No sabré explicar el especial gozo y devoción que causaron en Mariana tan sagradas ceremonias: quisiera que todo el año se repitieran y que esos solamente fuesen sus pasatiempos. Pero ya que en la realidad no podía ser, llevó las especies de lo que había visto tan impresas en su idea, que procuró suplir con el remedo lo que concibió por los ojos su inclinación. Lo que más bien le pareció fue la disciplina rigurosa que se toma en tiempo del miserere las noches de tinieblas, y la adoración que se hace a la cruz el viernes santo. Uno y otro procuró practicar con sus sobrinas y muchachas de la casa. Para celebrar las tinieblas buscó para todas disciplinas, que supo formar su devoción; y cerradas puertas y ventanas, hacía que se disciplinasen, siendo su exhortación tal (porque era con el ejemplo) que obligaba con sus golpes a que las otras no desistiesen cobardes, infundiéndoles su pulso mayores alientos en sus manos. Y si alguna se cansaba, la reprendía severa, y animaba a proseguir. De esta industria usó la Venerable Virgen por lograr los eficaces deseos que tenía de macerar su delicado cuerpo; y como no

podía retirarse sola, porque vivía con las demás en una cuadra, se valía de estos disfraces su fervor.

No era menor el que tenía en el remedo de la adoración de la cruz. Esta ponía sobre un cojín, cercada toda de algunas pencas de espinas, tantas, tan espesas, tan crecidas y agudas, que la mano más diestra hiciera mucho en evadirse de sus rigores. En estas partes son tropiezo de la vista y echan ciertas flores de que se forman unas tunas silvestres, que yo aseguro que los que las han visto no dijeran ser ponderación. A la cruz, pues, cercada de estos abrojos, adoraban las niñas con el tiento que tiene el amor propio; pero Mariana concertaba con ellas que había de hacer la adoración con las manos cruzadas sobre la espalda, y que al besar la cruz, llegasen todas y a empellones la arrojasen. Las niñas, que no penetraban en el interior de la Venerable Virgen, como sólo atendían al juego y a la burla, ejecutaban lo que les pedía. Llegaba arrodillada, y, al inclinar el cuerpo, sin que pudiese resistir el golpe con las manos, pues las tenía asidas a la espalda, la arrojaban con tal impulso, que cayendo todo el rostro en las espinas, quedaba tan herido y maltratado, que, fuera de escribir Dios con la sangre que vertía su inocencia, avergonzaba con ella nuestra tibieza [1]. No paraba aquí nuestra Mariana, sino que inquiriendo a la que fue más presta en la ejecución de su martirio, le daba especiales agradecimientos. No atendía la Venerable Virgen al riesgo de que con las espinas se le quebrasen los ojos. Porque fuera de ser el amor ciego, juzgaba que nunca tendría menos peligro su hermosura que cuando, siendo cielo, le faltasen los luceros que la agraciaban. Pero libróla Dios de estos daños, pagándose más y más de su fineza. Por muchos días duró tan arriesgado ejercicio, sin que lo supiesen sus deudos; pero, llegando a su noticia, con amenazas que hicieron a las que sin culpa y entre risas lo ejecutaban, se evitó en adelante, con notable sentimiento de la venerable niña.

Muy gustosa le quedó la mano de haber hallado tan disimuladas industrias a su penitencia en el mismo concurso y publicidad. Dábale mucho fastidio la cama, que era de todo aseo y conveniencia: quisiera privarse de ese regalo, y no podía, por no hacer pública su mortificación; discurría modos, e inventó uno dictado sólo de sus fervores. Llevó, como para entretenerse, a su cuarto cinco piedras de buen tamaño, como David para el triunfo que esperaba del filisteo, y fabricó de ellas al pie de su altar sobre la tierra una cruz, con tal arte, que lo que se veía era lo más desigual y agudo de las piedras; cercaba a la verdadera cruz una cantidad de ortigas, de modo que, sirviendo éstas por olandas, y las piedras por colchones, ideó la cama que había de servirle de regalo, donde los viernes, pidiendo primero a sus compañeras que la encomendasen al Es-

[1] El original manuscrito tiene aquí esta cláusula admirativa:
"¡Oh Santo Dios, qué confusión no causará el día final del mundo este fervoroso arresto de una niña a muchos, y aun religiosos, que sólo buscaron el demasiado amor y propias conveniencias para sus cuerpos!".

píritu Santo, desnuda la espalda y extendidos sus delicados brazos, se echaba sobre las piedras, teniendo un tosco madero por almohada, con tan soberanos alientos, que pasaba toda la noche, como si fuera cama blanda para el descanso; y si alguna vez, fatigada del dolor, caía del lecho tan austero, se revolcaba en las ortigas, como castigando lo que su fervor juzgaba por flojedad. Solían levantarla desfallecida por el tormento, pero con mayor ánimo a proseguir. No sé quién alcanzó victoria más plausible, si Mariana con cinco piedras, o David sólo con una. Lo que sé decir es que, si David fue una sola la victoria correspondiente a una piedra, en Mariana serían cinco los trofeos que consiguió del demonio; ni faltarían mejores Vírgenes de la Celestial Sión que aplaudiesen y victoreasen los triunfos.

Ni para este fin solamente servían las piedras, porque para más las dispuso su cuidado. Hallábase muchas veces ansiosa de castigar con disciplina sus virginales carnes y, no teniendo comodidad en su aposento, ni en otra parte, por no dejarla un punto sus sobrinas y sus hermanas, y siempre evitó lo que puede oler a exterioridad y aplauso, rogaba a sus compañeras que en ella ejercitasen sus fuerzas, baldonábalas de flojas, pues no tenían bríos para herirla con las piedras, ofreciéndoles con sus palabras la ocasión para el logro de sus deseos; decíales ser muy pueriles y flojas, supuesto que no hacían que siquiera echase un ay, y con tales dichos las provocaba de modo que, por no padecer otra vez la calumnia de pusilánimes, la maltrataban tan sin reparo, que como inocentes trababan competencia sobre quién martirizaba más su constancia: heríanla en las espaldas, en los brazos y en los muslos, y, embravecidas, aunque sin rabia, podían apostar con la cólera sus burlas. Quedaba hinchado y denegrido su cuerpo, y entonces eran en ella los agradecimientos con palabras dulces y amorosas: estilos tan extraños a nuestra tibieza, que sólo los practica quien a Dios ama de corazón. Este modo de disciplinas usaba los lunes y los miércoles, valiéndose de la candidez de sus compañeras, quienes, por ver si se enojaba o daba alguna señal de sentimiento, lo hacían, aunque por gracejo, con empeño; pero jamás consiguieron oír de su boca el más mínimo lamento o quejosa demostración; porque si en ellas eran burlas, era en Mariana el amor a su Esposo muy de veras.

Con semejantes acciones ponderaban sus deudos la virtud de la Venerable Virgen, pero con lo siguiente pasaron a ser admiraciones sus discursos. Llevóla su hermana doña Gerónima de Paredes a una hacienda de campo, que dista cinco leguas de esta ciudad, por atender a recoger el grano de sus cosechas; siendo su mira que se divirtiese la niña del continuo afán de sus tareas, que la tenían desmedrada y sin colores. Llegaron a *Saguancho,* que así se nombra ese sitio, y cuando toda la gente estaba divertida en acomodarse en la casa, como acontece cuando se muda una familia, y en especial las niñas, registrando los lugares acomodados a travesuras, Mariana, a quien semejantes puerilidades no

la arrastraban, se les perdió de vista con notable disimulo. Acomodados en la casa, echó menos Doña Gerónima a su hermana, registró los patios y aposentos, sin dejar cosa alguna que no se examinase; entró en notable cuidado su corazón, sobresaltada se temía alguna desgracia, el celo la inquietaba, y, llena de confusiones por no hallarla, ya se arrepentía de su venida. Alborotáronse todos, repartiéronse personas que fuesen a embargarle los pasos en los caminos, levantaban tristes las voces, para que respondiendo sirviese su eco de algún alivio, pero eran voces al aire. Un mayordomo, que la buscaba con más deseo de agradar y de conseguir albricias con el hallazgo, inspirado de Dios, penetró las sendas de un bosque vecino a la casa, lleno todo de espesos zarzales y de espinas, pavoroso sitio a la vista; cuando (¡oh Santo Dios!) halló a la Venerable Virgen arrodillada al pie de un árbol de esa montaña, y que desnuda la espalda, con un manojo de espinosos zarzales en las manos se azotaba rigurosa. Parecióle al principio al mayordomo ser ilusión de la vista, acercóse más sin ser sentido, y volvió a ver arroyuelos de sangre que salían de sus espaldas, y como atónito del suceso, sin atreverse a decirle una palabra, confuso y sobresaltado volvió a casa. Recibióle doña Gerónima con lágrimas en los ojos y tristes suspiros en el pecho, diciéndole que si acaso le traía alguna nueva de consuelo. Bien pudo añadir lo que dijo Cristo a los Discípulos. ¿A quién salisteis a ver, por ventura al Bautista en el desierto? Respondió el mayordomo recobrado del susto, y refirió lo que había visto. Entonces doña Gerónima y sus hijas, convirtiendo las lágrimas en admiraciones, los recelos en pasmos, mejorando la ocasión de sus sollozos, corrieron con tropel a defender a Mariana de los rigores que usaba consigo misma. Halláronla en figura de una magdalena penitente, la que no teniendo culpas que castigar, empezaba desde entonces la penitencia; y ella, aunque vergonzosa de que la hubiesen hallado en traje tan penitente, determinó que ese monte fuese la estancia de su regalo. Por tres veces acaeció que la viesen en ese mismo lugar disciplinando la inocencia de sus carnes, de suerte que las muchas veces que se les desaparecía, iban luego a buscarla a su retiro, quedando todas confusas de no saber ganar el cielo, siendo adultas, cuando en sus tiernos años Mariana con violencia lo arrebataba.

Muchos debieron de ser los favores que recibió de su Esposo en esa soledad, pues quedó tan enamorada del sitio, que sin hacer reparo en su ausencia repetía continuamente la fuga. En la sombra de aquel árbol, como divino solitario, se exaltaba sobre sí misma por la contemplación de Cristo Crucificado; con él gastaba el tiempo, considerando al árbol de la cruz, a cuya sombra se acogía, sin que la amedrentase la lobreguez de la montaña, ni el temor que podía tener de alguna fiera, sin hacer caso de los festejos que suelen hacerse en el tiempo de cosechas, y sin poderla desquiciar sus hermanas y sobrinas de embeleso tan santo y porfía tan sagrada. Muchas veces sucedió que cuando toda la casa estaba ocupada en lícitos divertimientos de un campo, ella, o se encerraba en

un lóbrego aposento pensativa, como si estuviera en oración, por dos o tres días, sin que se permitiese ver de persona humana, por tener su conversación en los cielos, o se iba a su soledad a desahogar su encendido pecho y a castigar su inocente cuerpo con los zarzales [2].

De este su retiro del bosque, volvió un día casi ya puesto el Sol tan fatigada, que vencida del sueño se quedó dormida en el seno y brazos de doña Gerónima de Paredes su hermana. Amábala ésta entrañablemente, y en tanto que dormía meditaba, no sin lágrimas, ver marchita la hermosura de su rostro, ajado el rosado color de sus mejillas, macilenta y flaca por sus penitencias; pasábala por el rostro la mano, y gozaba cuando dormida los cariños a que no se atrevía cuando despierta. Miraba en ella como en espejo todo el poder de la gracia, servíale de idea para copiar la virtud, y discurría que con el tiempo tendrían los hombres un retrato de penitencia y una lámina donde buriló el criador sus maravillas; en esto meditaba tierna; y por darle mejor descanso en la cama, la empezó a desnudar con mucho tiento, cuando al llegar a la camisa la registró bañada en sangre. Procuró saber la causa, no con poco pasmo y turbación, y halló que de los espinosos zarzales había entretejido un áspero cilicio, que le ceñía la cintura, los pechos y las espaldas, y con sus abrojos metidos en tan delicadas carnes, la atormentaban con inhumano rigor. No pudo reprimir la hermana los sollozos, pues las espinas atravesaban su alma; anegada en lágrimas, se predicaba a sí misma, y se decía: *Si una inocencia maltrata con este rigor su cuerpecillo, ¿cómo quien a Dios tiene ofendido no le satisface con penitencia? Si tan tierna edad madruga en buscarse incomodidades y penas, ¿cómo yo estoy tan tarda en solicitar el castigo de mi cuerpo, y sólo presta al regalo? Mi hermana, apenas tiene el uso de la razón, cuando procura emplearse toda en servicio de Dios; y yo ¿tan tibia, que en edad madura sólo procuro agradar al apetito? Mariana tiene por olanes un cilicio, por tela un espinoso zarzal, por recreo la disciplina, y por alivio la soledad y oración; y yo, que soy su hermana mayor, quien debía enseñarla con el ejemplo, ¿sólo gusto del delicado lienzo, de las sedas más vistosas, de regalar mi carne y atender sólo al deleite? ¿Qué es esto? ¿Qué necedad es la mía?* Así discurría la piadosa matrona, mirándose con humildad en el mejor espejo de su casa, cuando compasiva procuró quitarle atentadamente el cilicio; cero al quitárselo, despertó turbada Mariana: o ya porque se le recrecieron las llagas con el movimiento, o porque entre sueños sintió ladrones que robaban su riqueza; y como no podía escapar el hurto, se vio obligada, aunque con notable empacho, a que con publicidad y violencia le quitasen el cilicio: gala que fabricó para su alma, siendo artífice el amor. Reconocióse sin duda que de él había usado todo el tiempo que vivió en el campo; o por mejor decir, en la soledad

[2] El original manuscrito tiene aquí este comentario: "Confúndase de paso el pecador de ver que una niña, sin punzarle las espinas de la culpa, ya sentía los abrojos de la penitencia".

y monte; adonde obligó tanto a su Esposo la fineza, que si éste en un tiempo desdeñó la sangre de Isaac en otro monte, y sólo se pagó de la sangre de un cordero, que entre espinas se punzaba, así obligado de Mariana, aceptó el sacrificio, que le hizo de su sangre, sirviéndole de leña las espinas.

Llegóse el tiempo de volver a la ciudad; y aunque triste de dejar su querido bosque, prevínole su dicha un retiro en una apacible huerta, que había en su casa. Dispuso doña Gerónima, que para dar algunas treguas a la labor de manos y a los afanes de sus santas ocupaciones, que algunas tardes llevase a las demás niñas a la huerta. Aceptó alegre el cuidado, por lograr en ella algún dibujo de la soledad de Saguanche. Iba con todas sus sobrinas; y aunque las flores se le ofrecían a sus manos y otros frutos la brindaban, como veía que las muchachas se dejaban llevar de la golosina, valiéndose de la ocasión, se retiraba a la parte más solitaria, y haciendo materia de oración la variedad de flores y avecillas que gorjeaban, las acompañaba en alabar al criador de la naturaleza. Encendíase tanto su ternura, que era forzoso desahogarse en lágrimas y suspiros. Descubría el pecho; y como para sosegar su corazón amante, cogía cantidad de ortigas, e hiriéndolo apresuradamente, decía a su Esposo estas amorosas Jaculatorias: *¡Ay lado diestro de mi amante Esposo! ¡Ay herido Costado de mi Jesús Crucificado!* Quedaba su pecho hinchado, y ella tan extática y absorta con la memoria de la pasión de su sueño, que en esta huerta fincaba sus recreos y regalos. Estos fueron los divertimientos de Mariana y las trazas que discurrió de edad de siete a ocho años, para macerar sus delicados miembros. Quien duda, ¿se pagaría Dios tanto de su vida, que en adelante correría por su cuenta?

CAPITULO VII

DISPONE LA VENERABLE NIÑA SALIR FUGITIVA DE SU CASA A CONVERTIR ALMAS, Y ESTORBARSELO DIOS

No sé cómo el amor de lo humano pueda granjearle la prerrogativa de fuego, cuando es su esfera tan corta, que celoso impide que amen otros a quien ama. Sólo el divino debe llevarse con propiedad su semejanza, pues no para hasta pegar en todas materias la viva actividad de sus llamas. Sólo el amor de Dios se sosiega, cuando muchos le ayudan con su fomento. Manantial es de donde nace la caridad con el prójimo, y sirviendo ésta de aguas con que se fertilizan los corazones humanos, sobre el prodigio de tener por madre al fuego, no sólo no se apagan sus incendios, antes sí acrecientan lo encendido de sus ascuas.

Hoguera del amor divino era el corazón de esta venerable niña, pues sólo buscaba materia para alimentar su amor y leña para abrasarse en llamas de caridad. Nada le faltaba en su casa, dueña era de todo cuanto

tenía doña Gerónima de Paredes, su hermana. Todos atendían a su gusto, el ídolo era su cuñado, y cuando tan propicia se le mostraba la fortuna, esta misma le engendraba sobresaltos y temores en su imaginación; todo era inquietud y desasosiego, porque no buscaba consuelo alguno en las criaturas, sino sólo en su criador. Oyó decir a sus deudos cómo en la Morisma, Japón, India Oriental y Occidental, y en muchas partes de este dilatadísimo imperio del Perú, se malograba la sangre de Jesucristo en un sin número de almas que destituidas de la luz del evangelio, vivían en las tinieblas de la ignorancia, dando al demonio cultos y adoraciones, como a Príncipe de los Abismos, y que cerca de Quito estaban las dilatadísimas provincias del Marañón, llamadas de los Maynas, llenas de gentiles, abastecidas de idolatrías, pero tan faltas de la enseñanza, que aunque los afanes de los misioneros de la Compañía de Jesús eran muchos, constantes y repetidos, mas que excediendo la mies a los ministros, no podían sus fuerzas abarcar un nuevo mundo, ni dar el abasto competente a tanta gentilidad. Esto oyó la niña, y forjándose en su pecho ardientes deseos de la conversión de las almas, con caldeados afectos de ser ella el instrumento, ni su imaginación se sosegaba, ni se quitaba su amor, porque hirviendo en el fuego de la caridad del prójimo, celosa de la honra de su Esposo, se decía: ¿Cómo se ha de entender amar, Mariana, a tu Esposo, cuando no procuras su amor? Decir que le quieres bien, y no estorbar sus ofensas, más es descaecimiento que voluntad; ¿qué demostraciones haces en prueba de tu fineza? ¿No sabes la mucha irreverencia con que tratan a tu Esposo? ¿Cómo, pues, no procuras evitarla? Si tú amaras como dices, no toleraras con disimulo sus agravios. Mira cuántas almas se le pierden, y lo mucho que le costaron. Reinos enteros le hacen la guerra; ¿y tú, que ya dices ser su esposa, no sales a defenderle? ¿Cómo probarás tu fineza, cuando en tu casa sólo procuras tu sosiego, atiendes a tu gusto y miras por tu quietud? ¿Tu Esposo despojado de su imperio en el Japón, y tú en Quito sosegada? ¿Tu Esposo ultrajado en la Morisma, y tú gustosa en tu casa? ¿Tu Esposo entre los gentiles desposeído de su Reino, y tú sin dar un paso en su defensa? ¿No conoces cómo el demonio le hace guerra en el dilatado imperio del Japón, en las provincias de los Maynas, y que victorioso se apellida Señor y dueño de tantas almas? Pues ¿cómo, si dices que amas, no le procuras su gloria, ni le reduces sus pueblos, ni sales en su defensa, ni recuperas sus reinos? ¿Si juzgas por imposible la conversión de toda la gentilidad, advierte que sola una alma le costó a tu Esposo tanto, que sólo por una sola bajó del Cielo, dejando noventa y nueve; con una preciosa perla se contenta el divino mercader; tanta sangre dio por una, como por todas, en tanto la aprecia, que a todo el mundo entero pospone por una sola? ¿Un triste indio no ha de ser presa que le quites al infierno, y despojo que le ofrezcas a tu Dios? ¿Si no te atreves a convertir todos los gentiles del Marañón, no tendrás ánimo para ofrecerle uno solo? ¿Si dices que eres muy niña, cómo tienes ma-

durez para instruir en los Sagrados Misterios de la Fe a otras niñas, ejercitando tu caridad con tus sobrinas, y no hallas suficiencia para unas pobres indiecitas, que entre gentiles sin tener remedio se pierden, por la falta de enseñanza? ¿Si por ventura te arredra el temor de la muerte que te pudieran dar los bárbaros, dime: cómo juzgas ser tu corazón una fragua, cuando en ella se forjan los alfanjes, las saetas y las lanzas contra tu vida? Ea, pues, Mariana, obras son amores, no palabras, desecha el sosiego de tu casa; el Japón y los Maynas te convidan a que vuelvas por el honor de tu Esposo, y a que atiendas al remedio de tantos indios como se pierden.

Con semejantes palabras se fiscalizaba a sí misma, quedando tan avergonzada y corrida, por juzgar ser su amor de pocos grados, que anegada en lágrimas decía: ¡Oh quién pudiera amar como aman los serafines! ¡Oh quién pudiera hacer que los idólatras, bárbaros y gentiles, a quienes no ha llegado la menor noticia de la fe, instruido por mí en ella, amasen y sirviesen, reconociendo por mi enseñanza al artífice de los Cielos! ¡Oh qué dichosa pudiera entonces blasonarse mi fortuna! Pero ya que mis culpas no merecen tanta dicha, sirvan, Esposo mío, mis lágrimas de clamores a tu misericordia, para que no se malogre el infinito precio de tu sangre.

Así le abrasaban estos cuidados, por las noticias que le habían dado de las muchas almas que se pierden en la India Oriental y Occidental. Aumentóse mucho más su ternura con las ilustres fiestas con que celebró gozosa la Compañía de Jesús la declaración que hizo la Santidad de Urbano Octavo de Mártires de la iglesia a San Pablo Miki, a San Juan de Goto y a San Diego Quisay, primicias del Japón, que alcanzaron la corona muriendo por la fe de Cristo con atrocísimos tormentos, en compañía de otros esclarecidos hijos de la seráfica familia. Esmeróse en esta ocasión con ser siempre grande la compañía, no ya con vanidad superflua, que está más hecha humos de soberbia que de devoción, sino con religiosa pompa y sagrada emulación. Hallóse a lo espiritul de estas fiestas la Venerable Virgen, oyó en los sermones, que predicaron escogidos sujetos de todas las religiones, los motivos heroicos que tuvieron estos gloriosos mártires para perder la vida, oyó cuán segura tenía el demonio en ese imperio su monarquía; de cada palabra se formaba en su pecho una centella, las voces hacían el eco en su corazón y las lanzas de los mártires atravesaban su alma, no de compasión, conforme a sus tiernos años, sino de infundir constancia en su delicado espíritu; por lo cual, ya no era un cuidado sólo el que tenía, sino dos, que lastimaban su pecho. Martirizábala el deseo de convertir esas almas, sacándolas de su ignorancia, y un anhelo grande al martirio tanto labró el discurso, que pasó a discurrir rumbo de cómo poner por obra lo que ideaba. Rindióse la naturaleza a la gracia; cedió la cobardía de niña de doce años (que estos eran los que tenía) al impulso del amor.

Llamó a doña Juana y a doña Sebastiana Caso, sus sobrinas, a doña Escolástica, su amiga, y retirándose con ellas a lo más secreto de la casa, comenzó, casi ahogada en sollozos, a descubrirles su pecho. *Sabed* (les dijo, con estas o semejantes palabras) *sabed, hermanas mías, que me he hallado en estos días tan oprimida de pesares, que aun cuando fuesen mayores mis fuerzas, era bastante el cuidado que me asiste para quitarme la vida. Amo a mi Jesús como a mi Dulcísimo Esposo; sé que se pierde su sangre y se malogra su sacratísima pasión en muchas partes, como en los Maynas, y, como yo he oído estos días, en el Japón. Sé que el enemigo común, como tirano dueño, le ha usurpado su corona. ¿Pues qué descargo tendré yo que dar de no resarcir los daños aun con mi sangre? ¿Mi tibieza ha de ser estorbo para impedirlos? ¿He de tolerar se malogre su sangre, por no cooperar yo tímida a redención tan copiosa? Mi Esposo muerto por salvar de ese gentilismo una alma, y viva sólo por conveniencia mi flojedad. Eso no, que no puedo ya disimular la fuerza de esta querella, romper con todo es necesario. A Dios, hermanas mías, a Dios patria, a Dios vida, conveniencias todas, a Dios, que yo determino salir, a pesar de mis deudos. Fugitiva correré provincias, atravesaré sierras, peregrinaré montañas a predicar la fe de Cristo; enseñaré lo que mi Esposo enseña. Dichosa yo mil veces, si con los afanes de esta que parece imposible conquista, veo lograrse siquiera un solo indio! No me acobardan las cruces, no me atemorizan los alfanjes, no me detienen los incendios con que pueda tener la dicha de perder por mi querido la vida, que por mucho que ésta se dilate, siempre es breve y expuesta a mil fracasos de que no se goce la eterna. A los ojos del mundo parecerá delirio la resolución que he tomado; mas a mi Jesús, a quien sólo he de agradar, espero servirá de algún obsequio. Tan deseosa estoy de la conversión de las almas, y del martirio, que sólo descanso cuando me considero entre fieras y entre bárbaras gentes, aguardando sin sobresaltos mi muerte. ¡Ay amor de mi alma! Si mis culpas no lo estorban, os pido, por vuestra Sangre, no me dilatéis la dicha. Todo esto, sobrinas mías, os he dicho y descubierto porque juzgo que no fuera razón que ya que habéis sido mis compañeras y debidos el amor y cariño que me tenéis, que os dejara sin participaros mis intentos, penosas, tristes y confusas de mi derrota; y así, quedaos con Dios, que él me inspira a buscarlo entre gentiles.*

Tan eficaces fueron sus palabras acompañadas de lágrimas, que juzgaron todas no ser veleidad de muchacha, sino que regía la providencia resolución tan gallarda, y aleccionadas de su ejemplo, sin que les diese lugar a deliberar en lo propuesto, determinaron acompañarla gustosísimas a buscar la corona del martirio. Ea, bajad, ángeles del cielo, a escuchar con pasmo lo que confieren delicadas hermosuras en los estrados de su casa, que si os admiró en un tiempo ver a una Teresa conferir con sus hermanos el salir niña de la casa de sus padres, y formar alientos para convertir la Morisma, en Quito hallaréis una Mariana que, resuelta

a las prisiones, determinada a morir, reduce con sus palabras a unas niñas delicadas a que, saliendo del abrigo de sus padres, se resuelvan a emprehender empresa tan superior. Si admiró al mundo ver que en el pecho de una Catalina de Sena, siendo niña cupiesen deseos grandes para el martirio, cómo no se han de pasmar los cielos de ver que en los pechos de otras niñas se forjen las cruces, los alfanjes, incendios, cárceles y mazmoras. ¡Oh qué reprehensión tan severa a las que sólo se previenen los atavíos, las joyas, los afeites y arracadas! ¿Quién no reconoce en la conferencia de estas niñas un mudo sermón para las que sólo consultan ambiciosas sus lucimientos y profanidad en sus adornos? ¡Y oh confusión estupenda a los mayores! Y mayor a los que por el estado que profesan, debían atender, como a forzosa obligación, a la conversión del gentilismo! Ni hay que admirar infundiese Dios en Mariana, aún siendo niña, este celo de las almas y este espíritu de jesuita, cuando la tenía destinada para que grabase en su pecho el Jesús de la Compañía, en su cuerpo la sotana y en su corazón sus reglas [3].

Gozosísima quedó la Venerable Virgen Mariana, cuando halló compañeras para su conquista. Resignáronse todas a la disposición de la que veneraban Maestra, fiando de su sagacidad los aciertos. Señalóse para la fuga una noche, que parece condensó más el demonio sus tinieblas para horrorizarlas con sus intentos. Encargóles Mariana así el secreto, con el disimulo necesario para consecución del fin que pretendían. Determinóles hora en que habían de levantarse; dispuso que se recogiesen más temprano que otras veces; previno el bastimento que juzgó su mortificación para el camino necesario, que todo se reducía a unos mendruguillos de pan sin sal, abizcochado, tan pocos, que cabían en un pequeño lío, y una poca de ropa para mudarse; y para mayor desembarazo se dio maña a coger la llave que afianzaba la puerta de la calle. Prevenido ya todo lo necesario, culpaban las otras niñas a la noche por perezosa en su curso; pero como no aprovechan desvelos humanos contra disposiciones divinas, no gustó Dios ver en ejecución deseos que tanto agradaban a sus ojos. Porque sucedió que habiendo prometido Mariana despertarlas a las dos de la mañana, se quedó dormida, con admiración de todas, hasta las seis del día; siendo cosa singular que la que ya en este tiempo pasaba la mayor parte de la noche en fervorosa oración, hecho un argos su corazón, sin que el sueño la molestase, ahora, cuando el mismo cuidado le había de servir de despertardor, parece se desconcertaron las ruedas de sus sentidos, cuando sus potencias todas formaban un concertado reloj para tocar a oración, aún mucho antes de las dos de la mañana. Mas qué mucho, si como Dios infundió en el primer hombre un sueño, para formar en él su Iglesia, infundió otro en Mariana, para disponer con él en su misma casa otro templo.

[3] El manuscrito omite desde "Ni hay que admirar" hasta el final de este párrafo.

Llegada la hora de las seis de la mañana, buscaban solícitos los criados la llave de la casa, para el expediente de los negocios, y, no hallándola, temían fuese algún insulto de la gente del servicio, hasta que, por evitar juicios y discursos dañosos al prójimo, restituyó avergonzada la Venerable Virgen la llave. Averiguaron sus intentos, y examinaron despacio el fin que intentaba con su fuga. Supiéronlo de sus mismas compañeras que, como niñas, al paso que fueron prontas a acompañarla, estuvieron fáciles en la confesión contra Mariana, pasando a descubrir el matalotaje que tenían. Admiráronse todos de resolución tan heroica; pero temiendo sus hermanas que si se dejaba llevar del impulso de su espíritu podía resultar algún desdoro en su pundonor y punto, si acaso emprehendía la fuga, dieron noticia a su confesor. Este reprehendió prudente a Mariana, por estorbar a lo severo los designios que veneraba por santos. No acababa de ponderar los sagrados delirios a que la obligaba la fineza de su amor; y varias veces decía, refiriendo el padre esta fuga, que se apoderó tanto el espíritu divino del corazón de su Esposa, que lo que admiraba, no era lo que escuchaba de sus fervores, sino lo que dejaba de obrar impelida de sus encantos. Embarazóle Dios esta jornada, porque no se contentó de que viviese en el oriente como estrella, sino de que brillase como refulgente Sol en su patria.

LIBRO V

DE LA VIDA DE LA VENERABLE VIRGEN MARIANA DE JESUS; Y QUINTA HOJA DE LA AZUCENA. SU GLORIOSA MUERTE. VENERACION DEL PUEBLO, Y MILAGROS CON QUE LA HONRO DIOS DESPUES DE MUERTA

Breve es la vida de la azucena, en sólo un día ostenta su pompa y hermosura: *Uno die pulchurum lilium;* por corto tiempo luce su gala, y se marchitan sus lucimientos. Por esto aun los poetas más profanos simbolizaron en ella al alma que criada para la Eternidad, es momentánea en esta vida su gloria, y transitoria su lozanía [4]. Azucena en su pureza, cándida en su penitencia entre espinas, y en sus virtudes fragantes fue la venerable Virgen Mariana de Jesús. Cultivóla Dios con el riego de su gracia; aseóla con perfecciones, y adornóla de favores en el jardín ameno de su iglesia; pero como es de la Azucena efímera la belleza, sus días cortos, y mudables sus candores, lo mismo fue ver Dios en Quito a su Mariana exhalando olores de santidad, campeando entre las otras flores, que determinar transplantarla a los vergeles inmarcesibles de su gloria, para ofrecer en ella a la Trinidad Beatísima las primicias

[4] Totum apud Lorinum, in Psalm. 44, *in titulo Psalmi.*

de su evangelio, que sembró en los campos de sus Indias. Sucedióle lo que al Esposo de los Cantares, que deleitándose en lo ameno de su huerto, en lo gracioso de sus flores, en lo apacible de su Paraíso, sólo echó mano de la azucena, como que ella hubiese sido la que del todo le robó las atenciones: *Dilectus meus descendit in hortum suum ad areolam aromatum, ut pascatur in hortis et lilia colligat* [5]. Muchas almas había en Quito, que como vistosas flores de virtudes componían el deleitable huerto de los divinos recreos, haciendo con el concierto de sus acciones la división del jardín, y respirando aromas de buena fama; pero como entre las flores se lleva la azucena la corona, por descollarse entre todas su belleza, dejó Dios las otras, porque no le faltasen en la tierra sus delicias, y sólo cogió para su recreo a la azucena, como que ella hubiese sido el único empleo de sus amores. Vióla en lo tierno de sus años flor fragante, flor bellísima, flor, no sólo por lo que le dio la naturaleza en el apellido de *flores,* sino que juntamente pasó a singularizarse entre todas como Azucena. Pues así como en una Rosa de Lima, flor por el apellido, y singular rosa por gracia, al verla el Divino jardinero bella, graciosa, aromática y peregrina, cortó la vara, para transplantarla al cielo en lo más florido de su edad, a la Venerable Virgen Mariana de Jesús se la cogió para sí en la primavera de sus años; porque siendo cielo su alma, sólo estaba bien en otro cielo; no en lo vil y grosero de la tierra. Ajada veremos en este libro a la Azucena, por su temprana muerte; pero también veremos que fue más conmutación de vida y cambio en mejor pureza y hermosura, que quebrantos de su belleza o palidez de la mortalidad.

CAPITULO I

OFRECE SU VIDA A DIOS LA VENERABLE VIRGEN MARIANA POR LA SALUD DE SU PATRIA, Y ADMITE SU SACRIFICIO

Quiso mostrar el Divino Maestro a sus discípulos los ápices del amor al prójimo, el término y último grado de la ardiente caridad; y compendió en este dicho su perfección. Lo máximo y acendrado del amor consiste en que el amante exponga su vida por el amado[6], que se ofrezca liberal en sacrificio por libertad al amigo de la muerte. Esta es la cumbre de la caridad fraterna, este es el amor que, aventajándose a todos, ninguno puede excederle en sus quilates. Y aunque lo heroico de caridad tan extremada se entiende en exponer la vida por la salud eterna y espiritual de las almas, como lo hicieron los Apóstoles, al ejemplo de su Maestro, sin reparar en peligros, exponiendo sus vidas, sagradamente

[5] "Mi amado bajó a su huerto, a las fragantes, a apacentar en los huertos y recoger lirios": Cantar de los Cantares, VI, 2.
[6] Ioann. 15.

ambiciosos de la salvación del mundo y conquista espiritual del universo. También, dice San Gregorio el Magno, se verifica lo máximo de este amor y caridad, en ofrecer liberalmente la vida por la salud temporal de nuestros prójimos, y vida corporal de los hermanos en Cristo [7]. Trae para esto un ejemplo de un Presbítero, quien viendo a un Diácono de la primitiva iglesia sentenciado a muerte de la crueldad de los Longobardos, y no hallando su encendida caridad industria alguna con que pudiese libertarlo de la opresión, se ofreció como Cristiano al suplicio y como Sacerdote en holocausto, sólo por librar a su hermano de la muerte. Y agradó a Dios tanto la prodigalidad de su vida, que al descargar el golpe en su cerviz el verdugo, le suspendió el concurso, quedando sólo en amago su tiranía. De lo cual supensos los Longobardos, y como atónitos de ver la caridad del sacerdote llamado *Sanctulo,* aclamándolo por Santo, dieron libertad a todos los cautivos cristianos que tenía presos la bárbara hostilidad. Este caso pone San Gregorio por idea de caridad, éste el ejemplar que no hallando palabras para el elogio, sólo se contenta proponerlo en sus escritos, para enseñar a la posteridad la regla de amar al prójimo, que dio Cristo en su Evangelio.

No dudo que si el Santo hubiera vivido por los años de 1645, hubiera, si no mejorado de ejemplar, a lo menos sí explayado más su pluma, en proponer a la Venerable Virgen Mariana por dechado de caridad fraterna, por norma de amor al prójimo y por ejemplo de la sentencia de Cristo cuando intimó en su Evangelio el amor al prójimo, y explicó su perfección diciendo consistir en ofrecer la vida por el hermano.

Corriendo el año de 45, quiso la Divina Majestad castigar con misericordias los vicios y culpas de esta Provincia, con terremotos y descomunales temblores, dando golpes a la tierra para que sus habitadores escuchasen las voces con que los convidaba a penitencia. Empezó el azote por la ilustre villa de Riobamba, distante veinte y cuatro leguas de esta ciudad; porque en desusados vaivenes de la tierra daba a entender lo provocada que estaba su indignación; y no conmoviéndose los ánimos a la enmienda de las culpas, sirviendo de amorosos avisos algunos temblores, que ocasionaba un volcán, alimentado en las entrañas de un cerro vecino a esa noble población, llamado *Tunguragua,* determinó la Divina Justicia ejecutar el castigo, que parece se buscaba lo obstinado de sus ánimos, con un temblor tan espantoso y extraordinario, que sin poder resistir a la violencia los edificios, cayeron todos en tierra, pasando a ser funestas sepulturas de vivientes los que eran antes abrigo para la vida o guarida para las culpas. Muchos fueron los que quedaron sepultados entre la piedra y tierra que desbarató de las casas el temblor; y muchos más los que procuraron poner en salvamento sus almas; porque con el estallido que dio Dios en la ruina de Riobamba, se conmovió toda su comarca, llegando los temblores hasta Quito; y aunque los experimenta

[7] Greg. lib 3. dial. cap. 37.

ordinariamente esta ciudad fuertes y repetidos, fueron los de aquel tiempo tan sobresalientes, que se temían las mismas desgracias y calamidades de Riobamba. Conocían que los que allá fueron asaltos de la justicia de Dios, eran para Quito avisos de su misericordia; que lo que para ella fue rayo, era para Quito trueno; que lo que en esa provincia y la República fue castigo, sería principio de una total destrucción de la provincia. Y como, destruidas por Nabucodonosor las ciudades de Tiro y las demás de Judea, no se juzgaban libres los de Jerusalén, antes sí recelosos del azote que les venía, reprimió sus alientos el temor, así los de esta ciudad de Quito, con las noticias de la ruina de Riobamba y nuncios que despachó Dios en repetidos temblores, se recelaban prudentes de mayores fatalidades. Toda la ciudad estaba llena de sobresaltos, congojas y temores; porque suele el reo sentenciarse sin ver otro tribunal que su conciencia. Acrecentóse el conflicto con una peste que actualmente aquejaba a la ciudad, de alfombrilla y garrotillo, tan desusada y maligna, que sobre ser espantosa la mortandad de indios y españoles, se cebó tanto el contagio, que de noventa colegiales que estaban en el colegio de San Luis, sólo tres se libraron de los rigores de achaques tan peligrosos, cayendo los demás enfermos, con muerte de algunos, a quienes no fue bastante la eficacia de las medicinas. Y de lo que sucedió en esta casa bien puede colegirse el estrago que haría la peste en ciudad tan populosa como Quito; pues poblándose las iglesias y cementerios de cuerpos muertos, no viéndose otra cosa por las calles que cadáveres, ni oyendo otras voces que alaridos de los pobres, servían los tristes clamores de las campanas de golpes que daba a las puertas del corazón humano la Divina Justicia.

Era el tiempo de cuaresma, en que escudriñando los secretos de sus almas, para confesarse arrepentidos de sus yerros, servía el temor de acicates para correr veloces a la penitencia. Ni faltaban sagrados predicadores que, proponiendo a Nínive por ejemplo, era cada uno un Jonás que pronosticaba a Quito su asolación, si no cesaban las culpas o impidiesen con la contrición a Dios los decretos de su justicia. Predicaba en nuestra compañía los domingos por la tarde el padre Alonso de Rojas la historia de Josué; y con la experiencia de sus lucidos talentos, y mayores aplausos de su virtud, eran numerosísimos los concursos a sus sermones. Y llegando al cuarto domingo de su tarea, después de haber abierto las puertas de la divina misericordia, y ofreciendo a todos la remisión y libertad de la patria, como quisiesen valerse del dolor y penitencia, acabó la exhortación con un apóstrofe ternísimo en que, renovando su caridad por los labios, ofreció públicamente a la Divina Majestad su vida por la salud del pueblo, suplicándole, con el bonete en la mano y el corazón en el prójimo, castigase en él lo que había de perdonar en la república; que cargase en él la mano, quedando sólo en amago para los otros, que sólo para su vida pasase a ser ejecución lo que era para todos amenaza. Y aunque era su celo parecido al de Moisés ofreciendo a Dios su vida

porque no la perdiesen sus hermanos; su caridad ardiente, pues a costa de su muerte quería se libertasen; su oferta de corazón, pues a Dios, que le miraba rendido, se ofrecía, con todo, no quiso la Majestad Soberana aceptar el sacrificio del Venerable Sacerdote, como en otro tiempo el de Abraham; porque cerca de él estaba un inocente cordero, una alma purísima, una divina salamandra, una fénix peregrina, que abrasándose en la pira del amor, ofrecía con mayores ansias a su Esposo la vida, alma y corazón por la libertad de su patria y salud de sus hermanos.

Esta era la Venerable Virgen Mariana, que al pie del púlpito, y al mismo tiempo que el predicador apostólico acabó el razonamiento, ofreció a Dios su vida, como mejorando la oferta o como ofreciendo cosa de mayor valor y aprecio, públicamente y en voz alta; a que la obligó lo ardiente del amor al prójimo y grandeza de caridad, que la abrasaba. Oyéndolo los circunstantes, ofreció a su querido Esposo su vida, así por librar a sus prójimos de la peste, como de la ruina, que probablemente se temía por los temblores. *Mi confesor* (que lo era entonces el predicador) prosiguió en lo interior de su pecho, diciendo, *es muy necesario para la conversión de las almas; su vida es importantísima para reducir al rebaño de mi Esposo sus ovejas; de su dirección necesita la república, de su enseñanza la juventud, de sus talentos tiene muchos gananciales mi madre la compañía, y con su muerte faltará a la república un Padre, a la juventud el Maestro, a las almas un Pastor, y a la religión un sujeto. Mi vida está por demás en la ciudad; amo al prójimo, como Cristo los amó* [8], *a mis paisanos, como a hermanos de Jesús Cristo. Pues si este Señor ofreció liberalmente su vida por dar a las almas vida y librarlos de la eterna muerte, yo, por imitar a mi Esposo y amar a los prójimos, como Cristo los amó, os ofrezco, Dios mío, querido Esposo de mi alma, desde luego y al momento, mi vida, porque cesen en Quito vuestros enojos, se templen vuestros rigores y libréis a mis paisanos hermanos míos muy queridos, del azote que descargáis con la peste, y la ruina que se teme por los temblores; conozco ser de poco valor la oferta, pues soy criatura vil y desechable; pero suplan mis ansias esta falta, aceptad mis clamores y deseos, pues en cada uno ofrezco mi corazón; ejecutad en mí vuestras iras, castigadme sólo a mí, porque no lo padezca mi Patria, ni sientan vuestra justicia sus moradores.* ¿Así se enlazaba la humildad con el amor, así se abrasaba su pecho en llamas de caridad? ¿Y qué retórica más elocuente podrá explicar los incendios de la hoguera vital de su corazón? ¿Lo caldeado de sus ansias, lo encendido de sus afectos, y lo heroico de tal víctima? Muy balbuciente es la mía para pintar, aun en bosquejo, holocausto tan soberano; sirvan de panegírico, como de honrar a esta leyenda, las palabras de su mismo confesor y predicador en sus honras, quien hablando de la causa de su muerte, dice así: *Finalmente, murió*

[8] En este lugar, figura en el manuscrito un inciso que la edición de Madrid ha omitido: "quiero a mi Patria como a mi madre".

mártir, no sólo por amor, ni por el rigor del tormento, sino por el beneficio de su oración; oíd cómo: Predicaba yo en este lugar, aunque indigno Ministro del Evangelio, el domingo cuarto de cuaresma por la tarde la historia de Josué, y receloso de las calamidades que padecía nuestra república, de que nos dieron aviso las del temblor y ruina de Riobamba, hice un apóstrofe a Dios, suplicándole templase sus enojos, y que se sirviese de mi vida, que yo se la ofrecía por la salud del pueblo; que castigase en mí lo que había de perdonar en la república. No admitió Dios mi oferta, ni oyó mi oración, que era tibia, y mi vida de ningún valor; pero sí admitió la misma oferta, que en este tiempo le estaba haciendo con ardentísimo afecto al pie de este púlpito Mariana de Jesús, ofreciendo su vida por la salud del pueblo. Esta fue la causa de su muerte, como se infiere con evidencia, pues retirándose a su casa cayó enferma aquella noche del achaque de que murió: luego fue mártir, si no a violencia de tormentos, sí a la eficacia secreta de su oración, sí a la fuerza de su caridad.

Parece que aceptó la oferta la Majestad de Dios, porque cesaron del todo los temblores, empezando a respirar la ciudad, y a librarse de los ahogos que la oprimían, sin que en adelante se recelasen fatalidades algunas, o tímidos se juzgasen sentenciados a la muerte. La epidemia cesó con tanta felicidad, que jura el doctor Don Juan de Troya, como testigo de vista, que por pascua ya no había peste, ni aun reliquias de contagio, convirtiéndose en gozos los temores, y los vecinos en públicos oradores de la virtud de Mariana, sirviéndoles por palabras que elogiasen el sacrificio que hizo públicamente de su vida, enmudecidas admiraciones, pasmos y retóricos asombros. Y se dedujo con evidencia (hablo con el término del confesor) haber sido nuestra Mariana la libertadora de su patria, la redentora de sus hermanos y la que con su oración detuvo el brazo omnipotente, para que no descargase en sus paisanos todo el golpe de sus iras; pero tan a costa suya, que lo pagó su inocencia, dando por rescate su caridad lo precioso de su vida, admitiendo Dios el sacrificio por congruente placación de sus enojos; y sin duda serían gravísimos, pues se obligó a castigar en ella lo que nuestras culpas se merecían, siendo Mariana en la tierra el paraíso de sus recreos y el huerto de su aflicción. Lo mismo fue acabar el predicador su sermón, y ofrecer Mariana su vida, que retirándose a su casa, verse asaltada de una tan grave enfermedad, que sin darle lugar a que saliese en adelante para la iglesia y ejercicios cuotidianos, se reconoció con certidumbre ser la última de su vida, pues sin pasarse dos meses de extraordinarios tormentos se la llevó su Esposo al cielo, rubricando Mariana con la muerte su caridad, y borrando Dios con ella la sentencia contra su pueblo: *Delens quos adversus nos erat chyrographum decreti, quod erat contrarium nobis* [9].

[9] "Cancelando el pagaré que teníamos en contra, por decreto". San Pablo, en la Carta a los de Coloso. II, 14.

No se atreve mi rudeza a ponderar víctima tan heroica, cuando sólo la admiración puede servir de panegírico. Verdad es, dice la elocuencia de Cicerón, no haber cosa más dulce ni más amada, que la patria, y que ofrecer por ella liberalmente la vida por socorrerla es, sobre glorioso, apetecible, pues sin reparar en peligros se ha de buscar su conservación [10]. Pero esto, que supo decir y practicar un gentil, se vio sobreexaltado de Mariana, pues no el amor natural a la patria, no la gratitud a su madre, sino el amor sobrenatural al prójimo, la caridad cristiana con sus amigos y hermanos, fueron el motivo de su oferta y los impulsos de su oración. Callen otros ejemplos de gentiles esparcidos en las historias, quienes con vanidad ambiciosa del aplauso, ofrecieron sus vidas por sus patrias, pues tenemos a la vista a una doncella tierna, a una joven de veintiséis años, que purificando el amor con la mezcla de la gracia, con la caridad formada y con las reglas del evangelio, supo realzar lo natural y elevar a la mayor esfera del amor y a lo más fino de la caridad, con alma, que explicó Cristo en las sentencias de su evangelio. Gloriosa fue Esther, por haber libertado a su nación de los rigores de Asuero; victoreada Judith, por haber defendido a su patria de Holofernes; pero entre Esther, Judith y nuestra Mariana, se puede dudar cuál fuese de todas finezas más acendrada. Porque si Esther libró a su patria y nación, fue exponiéndose solamente al peligro, pero con alguna esperanza de no morir. Si Judith se entró por el ejército de Holofernes, llevaba por resguardos de su vida un ejército de saetas en su hermosura. Pero Mariana, a expensas de su vida, quiso salvar a su patria; con su muerte dio vida a sus moradores; no se expuso a riesgo alguno, pues sólo se ofreció al cadalso. Júzguese, pues, en justicia, ¿cuál sería entre estas tres finezas la mayor? Y permítaseme decir en loores de Mariana, en nombre de esta ciudad, lo que cantaron a Judith los de Betulia: *Tu gloria Ierusalem, tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri: Benedicta est tu filia a Domino Deo excelso prae omnibus mulieribus super terram, quia hodie nomen tuum ita magnificavit, ut non recedat laus tua de ore hominum, qui memores fuerint virtutis Domini in aeternum, pro quibus non pepercisti animae tuae, propter angustias et tribulationes generis tui; sed subvenisti ruinae ante conspectum Dei nostri* [11].

[10] Sobre estos textos ciceronianos, dice el P. Espinosa Pólit:
"Los pasajes ciceronianos a los que alude el P. Morán de Butrón están tomados del discurso *Post reditum: Ipsa autem patria dici vix potest quid caritatis, quid voluptatis habeat.* "¡La Patria! Apenas puede decirse el amor y el gozo que inspira" (I, 4); y de la IV Catilinaria: *Mihi quidem, si haec conditio data est ut omnes dolores cruciatusque perferrem, feram non solum fortiter, sed etiam libenter, dummodo meis laboribus vobis populoque Romano dignitas salusque pariatur.* Si me imponen las circunstancias el que tenga que arrostrar toda clase de penalidades y torturas, los sobrellevaré, no sólo con fortaleza, sino con gusto, con tal que con mis trabajos se aseguren la salvación y grandeza nuestra y del pueblo romano" (I, 1). (Espinosa Pólit, 1955, 505).

[11] "Tú la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo; hija bendita del Dios excelso eres tú, sobre todas las mujeres de la tierra, porque ahora engrandeció tu nombre tanto, que tu alabanza no se apartará de

CAPITULO IV

PRECIOSA MUERTE DE LA VENERABLE VIRGEN MARIANA

Llegóse el tiempo en que el Divino Monarca del universo, cultivadas ya con su Evangelio las incultas selvas de sus Indias, y puesto en lo fértil de la tierra nuevos vergeles de santidad, que fuesen el empleo de sus delicias y desenojo de sus rigores, se llevase a su Azucena, como enamorado de su hermosura y atraído de las fragancias que respiraba en la primavera de su edad y en el mayo de sus años. Pero siendo la Azucena de sus amores Mariana, era forzoso que antes de marchitarse su candidez celebrase con ella los desposorios, mejorándose la costumbre de las Vírgenes hebreas y gentiles, quienes al llegar al tálamo se adornaban de azucenas, siendo éstas las que dedicó a Juno, fabulosa la Antigüedad, por símbolo de las bodas [12].

Amaneció el tercero día de habérsele quitado la expedición de la lengua, y para mayor felicidad de su jornada, pidió por señas la llevasen a la ventana de su cuarto para oír una Misa, que se decía en el altar de Nuestra Señora de los Angeles, y pedir a su soberana Efigie licencia para ver su original en la gloria. Fue tan devota la súplica, aunque con mudas voces, que hubieron de condescender a su deseo, llevándola en brazos a la ventana, de donde oyó una misa, ofreciendo en ella su alma toda al Padre Eterno, de quien era devotísima. Acabado el sacrificio, y renovado el de Mariana, la volvieron a llevar al cuarto de su hermana doña Gerónima, por haber dispuesto no morir en el suyo, sino como pobre en el ajeno. Aquí volvió a ratificar la noticia de su muerte, diciendo por señas en un solo dedo que mostraba de la mano, cómo ese día era el único de su vida. Dijéronle afligidas las asistentes que no era razón que quisiese morir en aquel día, pues aún no había llegado de su hacienda el capitán Cosme de Caso, que estaba ausente de la ciudad, quien, habiéndole mirado como padre, era bien le echase su bendición; pero la enferma satisfizo a sus razones, dando a entender con las cifras y locución de las manos, que discurrió el ingenio del amor, no moriría hasta que hubiese llegado Cosme de Caso. Preguntaba continuamente, del modo dicho, por su venida, tan cuidadosa, como que de ella dependía verse en el Puerto de la Bienaventuranza, libre de las tempestades de la carne y borrascas que formaría el demonio en ese lance.

Llegó Cosme de Caso, y con lágrimas en los ojos, atravesado el pecho de congojas de saber que se moría la que había sido el espíritu de vida para su familia y casa, se fue a ver a la tierna Virgen, concibiendo con

boca de los hombres, que recordarán la fuerza de Dios por eternidades. Por ellos no perdonaste tu vida, ante las angustias y tribulaciones de tu raza, sino que socorriste sus ruinas, ante la presencia de Dios". Del *Libro de Judith,* capítulos 15 y 13.

[12] Pinto, *In Cantica,* cap. II, v. 3.

su vista mayores penas su corazón. Viole Mariana, y dándole en cada vista un abrazo y en cada rayo un afecto, explicó por los ojos el agradecimiento en que moría de su tutela; y como pudo, le dio a entender con las manos le echase su bendición; y aunque lleno de tristeza el caballero, pasmado de ver morir a un ángel, se la echó, formando en ella las alabanzas de Dios, por haber criado a Mariana para blanco de la gracia y objeto de sus finezas. Conoció el médico ser inútiles las medicinas de su arte, y así apeló a que le diesen la del último sacramento. Entonces, desnudándose Mariana para las unciones del Oleo Santo, recibió devotísimamente la Extremaunción, la que desnuda en vida del amor propio y de la carne, fue ungida de su Dios con el óleo de la verdadera alegría y regocijo del alma.

Asistíanla de nuestra compañía los padres Luis Vásquez, Alonso de Rojas, Alejo Ortiz y el Venerable Hermano Hernando de la Cruz, y ayudándola en su tránsito para pasar a la eternidad, derretida su alma con los dulces coloquios con que la actuaban, puesto en sus manos un Devoto Crucifijo que le sirviese de tabla para salvarse y de rumbo que cogió en su vida para el mar alto de la muerte; sobresaltada con alegría, rebosándole por los ojos el consuelo, inquieta con devoción, gozosamente desasosegada, hizo señas a los circunstantes de que de el cielo venían espíritus soberanos a conducirla a la gloria; indicábales con las manos traerle su querido Esposo, en compañía de su Santísima Madre una palma y una corona, para coronar sus victorias y clamorear sus trofeos. No entendiendo bien algunas personas las señales de las manos, se llegaron al Venerable Hermano Hernando a pedir la explicación, quien la dio diciendo ser una corona y palma que la traían de los cielos su Esposo Jesús Cristo y su Madre María Santísima para alentarla a su partida y llevársela de la tierra. Porque con lo individual de las señas y el papel que le había escrito tres días antes tuvo por legítimo el discurso. Diríale a Mariana Jesús Cristo, mostrándole la corona: Toda estás agraciada y bella, amiga mía, toda digna de mis amores, toda para el tálamo apetecible. Ven, pues, Esposa mía, del nevado Líbano de tu pureza. Ven de las Cumbres de Amaná, del encumbrado monte de tu virtud, para ser coronada de mi mano. Ven de la cima de Zanir, de las mudanzas del mundo. Ven de la cueva de los leones, de las asechanzas y tentaciones del demonio, para que sea laureada tu penitencia y tu virtud coronada. Ofréceme ya las primicias de tus vigilias, sacrifícame tu vida, sírvame de incendio la mirra de tus penas, para que se aplaquen mis iras contra tu pueblo y sirva tu oblación de holocausto aceptable a mi Eterno Padre y total desenojo a mis venganzas.

Luego que el Venerable Hermano Hernando de la Cruz conoció el significado de las señas, junto con lo débil del movimiento del pulso, rastreó ser ya los últimos instantes para su vida. Llegóse a un Sacerdote, y dijo que al punto la dijese la recomendación del alma; y al padre Alonso de Rojas, que ya era tiempo para conducirla a los cielos, con los

dulces nombres de Jesús y María. Aplicóla el padre a la boca a Cristo Crucificado, diciendo besase los pies de su redentor, los bañase en lágrimas y enjugase con los labios, agradeciéndole los pasos que había dado para salvarla, y porque le había enseñado a dar los suyos en su seguimiento. Pasóla después a la Llaga del Costado, diciéndole con dulzura: *Entre, señora, en las entrañas de la misericordia Divina, en que nos visitó el Sol, que comenzó su carrera desde lo más alto de Dios. Busque como paloma, el nido del árbol de la vida, Cristo, la llaga de su pecho, para librarse de la tempestad deshecha de la muerte.* Aquí se detuvo la enferma por algún tiempo, besando la llaga y bebiéndole la sangre a Cristo, como hidrópica y sedienta de las aguas de la gracia que despidió el Sagrado Costado de su Dios; y después, entre las agonías de la muerte y violenta desunión de la temerosa Parca, se abalanzó de repente a besar la corona de espinas de la cabeza del Crucifijo: como que ya habiendo recibido de la presencia de su Esposo suavidad, de la hermosura de sus brazos favores, del costado su sangre desatada en beneficios, sólo quería hasta en la muerte conformarse con sus espinas. Besólas; y por ellas, sin los horrores del expirar, pasó su purísimo espíritu de la tierra a las manos de su Divino Esposo al Cielo, en la edad de veintiséis años, seis meses y veintiséis días, el día viernes veintiséis del mes de mayo, entre las nueve y diez de la noche, corriendo el año de mil seiscientos cuarenta y cinco.

¡Oh, dichosa criatura y peregrina Indiana! Subid como pebete exhalado de la hoguera de la oración a la celestial esfera, para aumentarle fragancias. Subid como incienso que ofreció la caridad en las aras del amor, para condigno desagravio de las ofensas de vuestra patria. Volad como cándida paloma a la arca del verdadero Noé, en señal de haber cesado la ruina que se merecieron las culpas de esta provincia. Id a cambiar como Azucena vuestros candores con el inmarcesible dote de claridad. Id de los rigores de vuestra penitencia a prevenir al virginal cuerpo eternos descansos y verdaderas delicias. Subid, que celestiales escuadrones de vírgenes hacen ya la salva a vuestro triunfo, y festivos os aguardan para cantar armoniosas una nueva música al cordero; lucidas tropas de mártires os admiten ya en su clase, pues conceden ser martirio morir por la caridad; alegrad con vuestra presencia esa corte, pues fuisteis en la vida un nuevo cielo.

Muerta la Venerable Virgen Mariana, aunque fue el golpe sensibilísimo para sus hermanas y parientes, pero con oculto y divino impedimento, siendo mujeres las más parientas y la una su misma hermana doña Gerónima, no pudieron llorar ni desahogar por los ojos los corazones, antes sí mostraban mucha alegría, en especial doña Gerónima y doña Juana; de suerte que parecía haberles entrado por su casa alguna singular nueva de regocijo. Confirmóse éste con lo que dijo el Venerable Hermano Hernando de la Cruz, quien, acabando Mariana de expirar, se puso en oración delante de un altar, que se compuso para la enferma,

donde hincado de rodillas juran los informantes haber estado por espacio de una hora tan absorto y tan extático, que pareció estar fuera de sentido, tanto, que doña Juana Caso y otras personas le llegaron a hablar, y no respondiéndoles, le movían el cuerpo, que aun con los golpes parecía yerto o insensible. Libre del enajenamiento, y terminada su fervorosa oración, dijo a todas las personas de la casa, mostrando devotísima alegría en su venerable rostro, estas razones: *No tienen de qué afligirse, señoras, por la muerte de esta felicísima mujer, porque sin pasar por el purgatorio se fue derecha al cielo a gozar de Dios, con tantos merecimientos, que le sobran muchos para partir con los pobres, que quedamos por acá.* Y volviéndose a sus deudos les pidió dos cosas: Una, que ejecutasen la petición de la enferma enterrándola en la compañía. Otra, que escusasen lutos o demostraciones de sentimiento, pues por difunta sólo les ofreció materia de gozos, no de penas, ocasión de parabienes a la república, no pésames de sus vecinos; y haciéndose en el Cielo fiestas a Mariana, era razón que se hiciesen en alguna consonancia los de la tierra. Y como es sólo para llorar la muerte del pecador, y para envidiar y elogiarse la del justo, siendo la de Mariana tan gloriosa, que no hubo en Quito muerte más aplaudida de Santa, ni más envidiada de las almas, que la de esta dichosa Virgen. Concluido el breve razonamiento, se llegó el Venerable Hermano Hernando al difunto cuerpo, y con singular veneración, postrado de rodillas, besó sus manos y pies, siguiéndole los sacerdotes y circunstantes a reverenciar el cadáver, que fue digno tabernáculo de su alma.

FR. FRANCISCO XAVIER ANTONIO DE SANTA MARIA

VIDA PRODIGIOSA DE LA VENERABLE VIRGEN JUANA DE JESUS

Lima, 1756

CAPITULO VI

SALE JUANA DE JESUS DEL MONASTERIO A CASA DE UNA PARIENTA SUYA

Cercado de angustias en el Huerto clamaba por consuelo el Hijo de Dios a su Padre; y aunque era extremado su conflicto, nunca pidió socorro al paladar de la carne, sino al beneplácito y voluntad de su Padre para dejar sentada esta doctrina entre los mortales. Y la petición que no va ceñida a esta regla suele producir tan malos efectos, que, esperando favores, suele uno encontrar con el castigo de su temeridad en el mismo cumplimiento de sus deseos.

Así le sucedió a Juana. Viendo la abadesa el recogimiento de esta mujer, su modestia y aplicación a la virtud, le pareció acomodada para la sacristía y la puso en ella. Este empleo, que tomó Juana con alegría y resignación, fue su piedra de escándalo, porque la monja en cuya celda estaba, discurriendo que ella lo había solicitado por eximirse de su servicio, revestida de indignación y de los desafueros que engendra la ceguedad de una pasión violenta, le multiplicó el maltrato y persecuciones, y la echó del convento.

Padecía Juana estas tribulaciones con la misma constancia que siempre. Pero las monjas, que veían lo que pasaba, compadecidas, la aconsejaron que, pues no tenía en el convento conveniencia alguna, sino continuadas pesadumbres y amarguras, se fuese al siglo a vivir con quietud y sosiego. Esto mismo le aconsejó una religiosa de quien tenía hecho buen concepto por su recogimiento y virtud, y abrazó el consejo con ánimo sincero. Dar tiempo al tiempo y lugar a la ira es un dictamen de prudencia, tan sano como calificado del maestro de perfecciones, Cristo, vida nuestra, quien aconseja en su evangelio a huir el cuerpo de

la persecución, y para confirmar su doctrina huyó de las iras de Herodes a Egipto.

Pero no todos los consejos hablan con todos, ni se han de ejecutar en todos tiempos. A Juana de Jesús la había encaminado el Señor por la senda fragosa de las tribulaciones y a este fin le comunicó el caudal de la paciencia y sufrimiento en superior grado, y así no le convenía desviarse a otro género de vida, buscando el ocio y alivio. Pero fue tan deshecha la borrasca, que no le quedó arbitrio más que para buscar tabla o puerto. Antes de poner en ejecución su pensamiento, ocurrió a Cristo sacramentado, haciéndole una novena. Buen medio había sido, a no viciarlo su amor propio. Pidióle al Señor le facilitase el salir del convento, sin poner en sus manos el designio, con resignación en la voluntad divina; pero breve conoció su yerro, en el mismo cumplimiento de sus deseos.

Salió, por fin, Juana de Jesús a casa de una parienta suya, quien la recibió con muchas expresiones de alegría, cariño y amor. ¿Quién no pensara que, habiendo pasado esta mujer de un extremo a otro, de un potro de penas a la libertad y el descanso, no se le habían de convertir las tinieblas en luces, las espinas en flores y en primavera el invierno? Esto sin duda esperaba Juana, cuando determinó el salirse; pero breve experimentó lo contrario, pues lo mismo fue verse fuera, que tupírsele el corazón con una hipocondría y pesadumbre tan grande que no la podía desechar.

Todo se le iba en llorar, como una criatura; pero, como las lágrimas no podían enmendar el absurdo que había hecho, no daban ensanche alguno a su corazón afligido. Procuraba consolarla su parienta, ya con palabras dulces, ya brindándole el regalo, ya ofreciéndole toda su casa y bienes a su mandar, pero nada bastaba a endulzar las amarguras que la desazonaban. Retirábase a la huerta, por ver si esta diversión inocente daba treguas a su congoja, y era peor, porque se le aumentaba más su pena, hallando en cada flor y en cada planta un torcedor de su conciencia. Proponíasele que estas criaturas inanimadas estaban obedientes a su Criador, sin faltar a los fines para que Dios la crió, y ella, usando mal de su albedrío, resistía a la voluntad divina.

Con esta consideración se le agrava por instantes su ingratitud y culpa, y como el lavatorio de esta mancha es el de sus lágrimas, lloraba como una Magdalena. Parecíale estar dejada de las manos de Dios y que ya había perdido, con su fuga, al sumo bien, y, con esta consideración, le preguntaba turbada su conciencia repetidas veces. ¿Dónde está, Juana, tu Dios? ¿Dónde está tu centro, mujer infeliz? Y respondía el corazón expresando su dolor por los ojos, como David en semejante ocasión, haciendo alimento del llorar, para decir con el mismo que en la pérdida de tanto bien, eran las lágrimas su pan.

Crecía por instantes con tanto exceso su llanto que, no bastando los ojos para desahogar su pecho, sino temiese el ser notada; y para dar

los ensanches que pedía su pasión, deseaba retirarse a un desierto para satisfacer con una vida áspera y penitente a su Dios ofendido. El demonio, que no pierde coyuntura, quiso lograr en ella sus tiros, viendo a Juana tan atribulada: proponíale las conveniencias que había hallado en una parienta, que por acomodada la atendería con su hacienda y por virtuosa le daría mucho ejemplo para el bien obrar, y que si ahora las despreciaba, lloraría su necedad, porque no las hallaría cuando las buscase necesitada.

Que volverse a un convento, donde había padecido tanto, abandonando las conveniencias con que le brindaba el siglo era grandísimo desatino y quedaría con la nota de inconstante, porque, si tuvo motivos que honestasen la salida del claustro, no los tenía ahora para volverse a él. Que si antes, con mejor opinión, había estado tan mal vista, ahora, con tan mala nota, sería para todas aborrecible y odiosa. Todo esto le representaba el enemigo con todos los esfuerzos de su ingenio para hacer bienquistas sus tentaciones, vistiéndole las conveniencias con todos aquellos coloridos y perspectivas que sabe fingir su astucia para arrastrar el apetito y abultándole los trabajos para hacerlos horribles, aun solamente imaginados.

Turbado y perplejo se veía ya el espíritu de Juana, absorto en un caos de obscuridades con el dañado aliento del Príncipe de las Tinieblas. Pero ocurrió pronta a su conflicto una luz divina, con que, despejado el entendimiento, pudo atender a las voces con que la hablaba interiormente el divino Esposo.

No te turbes, alma, le dijo el Señor; desecha estos temores, que son vanos, como fraguados del demonio. Las penas, los trabajos, la persecución y cualesquiera tribulaciones, por grandes que sean, son llevaderas a la flaqueza humana, así porque mi providencia da la carga siempre proporcionada a las fuerzas de cada uno, como porque tengo empeñada mi palabra de atenderlos, con los esfuerzos de la gracia. Pues, siendo tan ligera la carga y haciéndole yo la costa, ¿qué nadie que temer? Deponed, alma, tu pusilanimidad y emprended con esfuerzo la secuela de la cruz, que para los esforzados se hizo el Reino de los Cielos.

Los halagüeños brindis que te hace el demonio con las conveniencias terrenales son tan aparentes, que todo su ser consiste en aparecer y desaparecer. Fúndanse en el favor humano, en las relaciones del parentesco, de la amistad y del valimiento; ¿qué permanencia pueda tener esto, cuando todo hombre es mortal e inconstante, que al mejor tiempo le falta al desvalido? Yo sí que soy permanente, como vida eterna; soy fiel con mis amigos, y soy amigo verdadero, porque sé dar la mano en el mayor aprieto. Soy padre tan amoroso, que, aunque padezco desvíos y desdenes, no dejo al que una vez se adoptó por hijo mío, acogiéndose a mi abrigo. De esta verdad son innumerables los testigos, y vos, como que la estás tocando con la experiencia, debes confesarla a voces, pues,

aunque ingrata me dejaste en el empeño, yo no te desamparo en el conflicto.

El remedio para soldar tu quiebra es restituirte al monasterio, deponiendo temores y recelos, que así satisfarás al mal ejemplo que has dado con tu salida y mejorarás de fortuna en mi servicio. Alentada Juana con este favor, pudo respirar algún tanto y dar ensanchez a los ahogos de su pecho. Bien quisiera, según el fervor de sus deseos, recogerse cuanto antes al convento; pero la detenía el no saber elegir los medios; y es que el Señor le retardaba esta dicha porque hiciese mérito de la mortificación que padecía en su demora y porque en la posesión la estimase con el aprecio debido.

LIBRO II

CAPITULO II

MANIFIESTALE EL SEÑOR A JUANA DE JESUS EN LA ORACION EL ESTADO DE SU ALMA, CUAN DESNUDA ESTABA DE VIRTUDES Y NECESITADA DE ELLAS

Puesta Juana en oración, con la preparación que acostumbraba, y esperando órdenes del Señor, le mandó su Majestad que lo adorase como a médico soberano en la cruz, donde, tan a costa suya, reparó la salud del hombre. Aquí se sirvió de representarle su alma pobre, enferma y necesitada. Mira, alma, le dijo: cuán flaca y pobre te hallas, necesitada de mis medicinas. Comunicóle con esta vista un claro conocimiento de su miseria. Contemplábase niño en el servicio de Dios, pobre de virtudes y hambriento de ellas; y viendo, por otra parte, que, atenta a su flaqueza, no podía reparar sus quiebras, alzó con humildad los ojos al Divino Médico, y le dijo: Señor, los niños pueden caminar mucho por estar en tu gracia como inocentes; pero yo, pobre de virtudes, brumada del peso de mis culpas, ¿cómo podré dar paso, si Vos no me alientas como poderoso?

Pues, si no quieres ser niña y atrasarte en mi servicio, le dijo el Señor, no seas como aquel árbol a quien necesitado pedí fruto. Asustóse Juana, representándose ser ella un frondoso árbol que, haciendo sombra de vanidades a su alma con sus ramos y verdes hojas, no tenía fruto alguno de virtudes. Creció más el susto cuando vio el árbol vestido de espinas y zarzas. ¿Qué árbol es este que me muestras, Señor?, le dijo Juana asombrada, y luego sintió que, crucificándose Cristo con ella, le dijo: mira la acogida que me das; sabed que todo lo que te he mostrado es lo que vos eres. ¡Oh, Señor!, exclamó Juana, con lágrimas en sus ojos y gran dolor de sus pecados: ¡qué juicio harás de mí cuando me llames a él! Lo que me has manifestado me da bien a conocer la sentencia que por mis

pecados merezco. Y, cercada de temores, por espacio de una hora se estuvo considerando cuán diferentes son los juicios que hace nuestra grosería de los de Dios; pues lo que acá se tenía en poco, allá pesa mucho.

A vista de este ejemplar, ¡qué pecador no temblara del juicio divino! Si una alma inocente, dada desde su niñez a la vida espiritual, al ejercicio de virtudes, trabajada siempre al golpe de continuas persecuciones, en el juicio de Dios es un árbol sin frutos, todo hojas y espinas, qué selva inculta de abrojos, será el pecador envejecido en sus pecados, olvidado de Dios y de su alma. Qué sentina de inmundicias y cueva de basiliscos. Continuando Juana la oración y el Señor sus favores, le mandó su Majestad que lo adorase como a supremo rey y que de su propio corazón hiciese el calvario donde se fijó la cruz. Pidióle aquí Juana que le estampase su dolorosa pasión, vida y muerte de cruz. Y, hablándole interiormente, su Majestad le dijo: que diese lección a su Eterno Padre, en el libro de tres hojas, dándole juntamente a entender que éste contenía la unión de la Santísima Trinidad, atribuyéndose al Padre el poder, al Hijo la sabiduría, y al Espíritu Santo el amor.

Obediente Juana al precepto e inspirada por el Señor, hizo la protestación de la fe diciendo el credo y creyendo firmemente todos los misterios que encierra. Apenas había pronunciado las primeras palabras, cuando le respondió el Señor con las palabras con que comienza su evangelio San Juan, *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum.* No sabía Juana qué misterio tenía el responder el Señor al Credo con el evangelio, y pidió humilde le descifrase el enigma. Respondióle su Majestad: Sábete, hija, que el credo es un mar inmenso de misterios, pues así como del mar salen todos los ríos que riegan y alegran las cuatro partes del mundo, así del credo, como de fuente perenne y símbolo de la fe, dimanan todos los evangelios y sacramentos.

Inspiróla aquí el Señor a que hiciese la protestación de la fe, creyendo y confesando que, no porque la primera persona de la Santísima Trinidad es Padre, es mayor que el Hijo ni el Espíritu Santo; ni el Hijo, por ser segunda persona, es menor que el Padre; ni el Espíritu Santo, por tercera, es menor que el Padre y el Hijo; sino que todas tres Personas son *ab eterno* iguales en la esencia, perfecciones y atributos, sin principio ni fin. Preguntóle el Señor si quien la habla e inspiraba era el Todopoderoso? Vos, Señor, que penetras mi interior y conoces mis pensamientos lo sabes, respondió.

Creo que eres Criador de cielos y tierra y de todo lo que en estas dos máquinas se encierra, visible e invisible. Creo que eres tan poderoso, que así como criaste este mundo, con la virtud de tu palabra, puedes con la misma criar otros innumerables, y que es tanta tu Majestad y grandeza, que no cupieras en todos ellos. Creo que moras en los ángeles y hombres y en todas las demás criaturas, dándoles ser como Criador divino y conservador, y que, como justo remunerador, das gloria a los bienaven-

turados y pena a los malos como yo. Vos eres el que das virtud a los elementos para los fines a que fueron criados: das pureza al agua, calor al fuego, movimiento al aire, y eres el labrador de la tierra, que bajaste del cielo a plantar en ella la semilla de tus virtudes con el benigno riego de tu preciosa sangre.

Aquí, haciendo Juana reflexión sobre la visión pasada, en que le manifestó el Señor su alma pobre de virtudes y cargada de pecados, y en la metáfora de árbol vano, cubierto de espinas, prorrumpió en nuevas exclamaciones: ¡Oh, miserable de mí!, decía, de qué tierra maldita sería yo formada, pues a repetidos golpes de inspiraciones divinas, a tan continuas aldabadas de beneficios y doctrina, no se ha plantado en mí virtud alguna y sólo he producido abrojos, espinas de iniquidades y culpas! Y llorándolas amargamente, compungida, consideraba que todo lo que Dios había criado cumplía con sus fines legalmente y sola ella iba descaminada de la recta senda en las divinas justificaciones. Y, movida de este conocimiento, con lágrimas de compunción, pedía encarecidamente al Señor que, así a ella como a todos los mortales, los purificase de las manchas de la culpa y los ilustrase con su Divina luz, para entrar a aquel camino que sin tropiezo guía a la vida eterna, que es amar y servir a Dios.

Esposa mía, le dijo el Señor: hame agradado tu confesión, y quiero que me confieses más. Bien sabe vuestra Majestad que la humana facultad es muy limitada y tu grandeza sin término, le respondió Juana, y, aunque estuviera predicándote desde que me diste el ser hasta el fin del mundo, y por toda la eternidad, nunca acabaré de decir algo de lo que tú eres. Mas, con tu licencia, y como obediente esclava conformándome con tu precepto, quiero confesar una verdad y es que, desde el primer instante en que diste ser a los ángeles, te están alabando y glorificando, pero nunca acabarán de darte las alabanzas que mereces.

Diole aquí a conocer el Señor cuán poderoso era, y sabio, misericordioso, y justiciero, y otros muchos atributos, y que era amado, glorificado y engrandecido de los ángeles, y era amado y temido de todo lo criado. Y, reparando Juana que entre las criaturas no era nombrado el hombre con la especialidad que los ángeles, ocurrió el Señor a esta duda hablándola en lo interior. Todas aquellas criaturas que cumplen con el fin para que las crié, son las que me temen y aman, le dijo; los hombres me ofenden y aborrecen, porque no cumplen con el fin para que los crié; pero los ángeles son los que me temen y aman, viéndome reducido al bajo ser del hombre; por los hombres hallo la correspondencia de tan singular beneficio en repetidos agravios.

Fui entre los hombres el más despreciado de ellos, anduve de puerta en puerta pidiendo limosna como mendigo, anduve como el desecho de los hombres, a los pies de todos. Yo, finalmente, fui el peregrino de Jerusalén. No obstante esto, para meterlos a mi amor, me desaté en nuevos beneficios; visité los hospitales, curando sus enfermos; les prediqué

doctrina saludable, mostrándoles mis caminos; ayuné cuarenta días en el desierto e hice áspera penitencia por ellos, por constituirlos herederos de los inagotables tesoros del cielo. Instituí los santos sacramentos, depositando en ellos el infinito precio de mi redención y sangre, preparándoles por fin una regalada mesa en que les brindé no menos de mi cuerpo y sangre en manjar y bebida. Aquí, con una vista intelectual, conoció Juana claramente todos los misterios de la vida, pasión y muerte del Señor.

CAPITULO XII

ALIENTA EL SEÑOR A JUANA DE JESUS A PADECER LAS PERSECUCIONES QUE LE VINIERON POR EL TOCADO QUE SE PUSO

. . . .

Desde que vistió el hábito de San Francisco, le inspiró el Señor que se descalzase, usando solamente unas sandalias. Retardó Juana esta orden recelando que fuese sugestión diabólica y que, enfermando por el poco abrigo, se imposibilitase para el servicio del convento y los ejercicios de su distribución. Pero el Señor, que hasta aquí permitió la perplejidad, la desengañó ahora, asegurándola no ser engaño del enemigo, sino beneplácito divino, y que, deponiendo temores, se descalzase, ofreciéndola que su Majestad, que es salud y vida, le daría esfuerzo para sobrellevar esta mortificación sin peligro de las consecuencias que recelaba.

Alentada con este oráculo, se puso sandalias el día primero de noviembre. Pocos días después se le ofreció asistir a una plática que se hacía a la comunidad, y la inspiró el Señor que la oyese del todo descalza, en pie. Queríala su Majestad poner en este grado de desengaño, penitente y mortificado, y la iba previniendo con estos ensayos, para que cuando llegase el caso no la cogiese de susto. Ella, o por sugestión del demonio o resabios de la carne, entró en nuevos temores y estaba renuente en ejecutar la inspiración divina. Cuando vio al Señor, que venía del altar mayor en la forma de un niño de dos años, con una tuniquilla de sayal, los pies descalzos, y, llegándose a Juana, la tiró de la soga con que estaba ceñida, y le dijo: quítate las sandalias, para oír las verdades del santo evangelio. Descalzóse luego, y oyó la plática como se le había ordenado, asistiendo el Señor a toda ella con muestras de gran complacencia, porque le había obedecido.

Acompañó el soberano Niño a Juana hasta la noche, no sólo con la presencia, sino también con las acciones; porque, yendo Juana al coro a postrarse en tierra en cruz, por una hora, como se lo había mandado su confesor, se estuvo también su Majestad en la misma forma, dándole

lecciones de obediencia. Y estando admirada Juana de ver al Señor así postrado, le dijo: Desde el instante que me vestí de la naturaleza humana, obedecí a mi Eterno Padre, hasta morir en una cruz, dando ejemplo a los hombres; porque es una virtud que me agrada mucho. Prosiguió Juana continuando las horas de oración que acostumbraba, y el divino Niño la acompañó en todas ellas, causando en su espíritu afectos de ternura, devoción y gozo.

Por fin le dijo: que quería descansar reclinado en sus brazos. Recibiólo Juana en ellos con grandísima reverencia, temor y respeto, y, aplicándolo al pecho, le decía con gran ternura y amor: Jesús mío, vida mía, vuestro dormir es velar, en cuanto Dios no eres capaz de dormir. Y, considerando por una parte la grandeza infinita de aquel Señor, sus perfecciones y atributos, y por otra la dignación con que se formaba en sus acciones a la edad de tierno Niño, en que se le había mostrado, para regalarla y favorecerla, siendo ella tan indigna y miserable, como la más mala del mundo, según se conocía, confundida, lloró, movida de un grande amor de Dios y vehemente dolor de sus culpas.

. . . .

CAPITULO XX

SINGULARES MERCEDES QUE LE HACE EL SEÑOR A JUANA DE JESUS EN LA ORACION

. . . .

Aún mayor que esta merced es, a mi parecer, la que se sigue: en varias ocasiones, estando Juana en su recogimiento, le dijo el Señor que quería rezar maitines con ella. No sabía cómo hubiese de ser esto, y explicóle su Majestad diciéndole: Alabadme vos, comparándome con las flores, piedras preciosas y aves, y yo te iré respondiendo. Comenzó Juana y díjole: Eres vos la flor del campo y la azucena de valles; porque, sin estrechar tus beneficios a los huertos y vergeles, estáis en campo abierto para que todos, sin excepción, participen sus fragancias.

Eres bellísima rosa, blanca flor sonrosada, pues mezclas vuestro candor con los colores que el amor te ha sacado a la cara. Sois la flor jacinto, porque rubricado de ayes de pies a cabeza reparaste con ellos las quiebras del primer hombre. Alternó el Señor diciéndole: Rosa mía. Prosiguió Juana con sus alabanzas, comparándolo con las piedras preciosas, y místico veril le dijo, que con ardores de fuego quemas, abrasas y enciendes la mano del que te tiene. Eres bellísimo jaspe que, taraceado de llagas y torturas, nos das a conocer los incendios del amor que te transformó en retablo de dolores.

Sois, bien mío, peregrino carbunclo que, sobresaliendo en el lucimiento y esplendor entre todas las piedras preciosas, ilustras con tus cambiantes cielos y tierras. Respondióle el Señor, diciéndole: Fúlgida mía. Más fervorizada Juana bendijo al Señor comparándolo con las aves, y le dijo: Eres, Señor mío, pelícano amoroso, que a costa de la preciosa sangre de tus venas, diste vida a tus polluelos y reparaste sus ruinas. Eres generosa águila, que debajo las alas fomentas a tus hijos y, por defenderlos de sus enemigos, te entregaste a la presa y moriste en la demanda.

Eres peregrino fénix, abrasado en la hoguera de tu amor vives, y mueres a su incendio. Alternó el Señor y díjola: Esposa amada, y paloma mía, y otros muchos títulos de caricia que se expresan en los Cantares. Admirada Juana, y anegada en el abismo de humildad, dijo: Señor y todas mis cosas, ¿qué es esto que te oigo? Que te alabe yo y bendiga, aunque fuera por toda la eternidad, y haciendo paralelo de todas las grandezas y virtudes que se encierran en cielos y tierra, debido es a tu bondad infinita y grandeza sin término; pero, que siendo yo la más mala del mundo, polvo, ceniza y la misma nada, me ensalces con tan gloriosos y honoríficos títulos y apodos, ¿cómo es esto? Corrida estoy, Señor mío, así por tan desmedidos favores, como porque no hallo en mí caudal para poder corresponder la mínima parte de ellos.

En fin, Dios mío, dais como quien eres, y correspondo como quien soy: soy nada, y nada doy; Vos eres poderoso, rico y grande, y dais con magnificencia, no mirando mi demérito y ruindad, sino tu liberalidad y nobleza. Alábente, Señor, todas las criaturas por los siglos de los siglos.
. . . .

LIBRO IV

CAPITULO XIV

ENTIERRO, POMPA Y FUNERAL QUE SE LE HIZO A JUANA DE JESUS

Murió Juana de Jesús el día martes veinte y seis de septiembre de mil setecientos tres, a las doce del día, de edad de cuarenta y un años, pocos días más o menos, habiendo vivido en el convento de Santa Clara treinta y cuatro años. Quedó el cadáver con todas aquellas buenas calidades que deja un alma bienaventurada, flexible en sus miembros como si estuviera vivo, como lo testificaron Francisca de San Joseph, Josepha de San Francisco, Gregoria de San Raphael, Michaela de Santa Catharina y Josepha de San Phelip: el rostro muy alegre, y hermoso, y la boca risueña.

Al doble de campanas, acompañaron las religiosas y otras muchas personas con demostraciones de sentimiento en lágrimas, suspiros y tiernos lamentos; porque, aunque su ejemplar vida y las circunstancias de su preciosa muerte daban testimonio de la felicidad que gozaba, les quedaba el conocimiento de la falta que les había de hacer aquel vivo dechado de virtudes: pues todas perdían a un tiempo el consuelo de sus tribulaciones, el socorro de sus necesidades, la medicina de sus dolencias, el alivio de sus trabajos, la solución de sus dudas, y lo que es más, el arcaduz por donde se comunicaban al monasterio muchos y muy singulares favores del cielo, como consta de toda la serie de su historia.

Eran finalmente tan poderosos los motivos de su dolor, que fue necesario permitir a la naturaleza el desahogo en lágrimas y gemidos. Quien más se señaló en el sentimiento, fue la madre María de Jesús, abadesa actual, como la que con más familiaridad la había comunicado y había sido partícipe de sus benéficas influencias con más frecuencia. Bajaron el cuerpo, y (según decían las que lo amortajaron) lo hallaron, por la mayor parte, acardenalado que, como eran continuas sus disciplinas, no fueron bastantes los quince días de enfermedad, en que suspendió sus mortificaciones, para que se borrasen las señales.

Después que la amortajaron, se puso de rodillas su confesor y le besó los pies, y a su imitación lo hicieron también las religiosas y seglares que se hallaban presentes. Y, fervorizadas de la devoción, le comenzaron a quitar retazos del hábito, para reliquias; de modo que, a no revestirse de entereza el confesor y la prelada, para irles a la mano, la hubieran dejado desnuda. Luego que corrió por la ciudad la noticia de la muerte de Juana, se extendió también por toda ella la fama de su santidad.

Pues, así como un alabastro de ungüentos aromáticos exhala, quebrado, mayor fragancia que cuando se conserva intacto, así, después que la muerte quebró el alabastro aromático de Juana, exhaló más fragante el buen olor de sus virtudes, porque, refrescando las memorias de sus milagros y maravillas, los que se hallaban beneficiados referían unos a otros las mercedes que habían recibido de Dios, por los méritos de su sierva. Y ensalzando sus virtudes, lloraban su muerte con repetidos clamores y otras sentidas expresiones, y en numerosas tropas se fueron al convento a verla, así la plebe, como personas principales y de distinción; aunque por entonces no pudieron lograr este consuelo, por no haberse expuesto el cuerpo todavía en la grada y estar en el coro, que para este fin estaba endoselado.

Algunas personas devotas de la Sierva de Dios rogaron al capitán don Antonio Egas, aficionado a la pintura, que la retratase. Quien aseguró con juramento no haber podido dar una pincelada con acierto, porque de un instante a otro mudaba de facciones el rostro, y que, pareciéndole aprensión suya, se enteró bien de toda la simetría, y al coger el pincel se le estremeció el brazo y todo el cuerpo. Y, conociendo no ser voluntad de Dios que pusiese mano en la obra, la dejó.

Viendo que por este medio no se podían lograr sus deseos, arbitraron el amoldarla en yeso, y tampoco lo consiguieron, porque se les hinchó en un lado y quedó desfigurado el rostro. Valiéronse finalmente de doña Isabel de Santiago, mujer de dicho don Antonio Egas y señalada en el arte, quien, por las especies que le quedaron de las veces que la había visto, la sacó, si no con perfección, con alguna semejanza. Dispúsose el entierro para el día siguiente, y se conoció cuán entrañada estaba Juana en los corazones de sus paisanos, pues toda la ciudad concurrió a celebrar sus exequias.

Bajaron del coro el cuerpo, que estaba en un ataúd forrado de raso de varios colores, guarnecido con encajes de oro, y, puesto en la grada, se comenzaron los oficios, con asistencia de ambos Cabildos, de los prelados de las religiones, con sus comunidades, la clerecía con sobrepellices, y toda la nobleza de la ciudad. Hízose la función de Deán y Cabildo, haciendo el oficio el doctor don Joseph Fausto de la Cueva, catedrático de prima en cánones, de la Real Universidad de Santo Tomás, Deán de esta santa iglesia catedral, provisor y vicario general de este obispado.

Acabados los oficios, se depositó el cuerpo en un sepulcro que se abrió entre las dos rejas de la grada o coro bajo. Con toda esta pompa y autoridad se hizo el entierro de una pobrecilla mujer, sirviente despreciada y que en su concepto apenas se contaba entre las gusarapas de la tierra; pero esta misma su humildad era acreedora de estos y mayores aplausos, pues es verdad evangélica que quien se humilla será ensalzado.

Es flor el impío; pero, como no pasa de flor, al deshojarle expiran todas sus glorias y queda hecho la fábula del mundo, trocada su hermosura en horrores; su soberbia pompa en desprecios; su lozanía en ascos, y todo en nada; y así su sepulcro es una funesta tumba de desengaños y un triste caos del olvido, donde, con el cadáver, se sepultan juntamente sus deleites, sus glorias y vanidades. Flor es también el justo; pero, como es flor que es fruto, al caérsele las hojas de la mortalidad, comienza a sazonarse en el aprecio de todos, con progresos de honra, de aclamaciones y aplausos; porque, en el buen olor que deja de sus virtudes, en el provecho que los necesitados hallan en sus milagros, da bien a conocer que la hermosura de sus flores es precioso fruto de bendiciones.

Y así, el sepulcro del justo es un sepulcro glorioso; porque es un oriente de luces que, ilustrando el hemisferio, se lleva las atenciones. El pecador, como vivió para sí, gozando de las delicias caducas que le ofrecía el mundo, cuando muere, muere; porque, como es eterna su muerte, no espera otra vida; y muerte tan desgraciada, que para en tanto estrago, siéntese con gemidos, con lágrimas y lutos. El justo, cuando muere, vive; porque renace a nueva vida, como el sol, cuyo ocaso es nuevo oriente de luces, para lucir en otro hemisferio; así el justo, cuando muere, renace brillante sol, para lucir eternamente en los alcázares del cielo; y muerte que trae tanta dicha, no se llore con lamentos, celébrese con aplausos.

Celebre, pues, festiva esta ciudad de Quito, con general aclamación, la muerte de una mujer que (como consta de su historia) vivió siempre muriendo: pues su morir fue comenzar a vivir, perpetuando en la tierra su fama y gozando en el cielo de eterna gloria.

LA PERLA MISTICA ESCONDIDA EN LA CONCHA DE LA HUMILDAD. LA VENERABLE VIRGEN GERTRUDIS DE SAN ILDEFONSO, RELIGIOSA PROFESA EN EL CONVENTO DE SANTA CLARA DE QUITO

(Autobiografía, con anotaciones de fray Martín de la Cruz)

(Transcripción del original manuscrito)

TOMO I, LIBRO I

DISPONE SU RETIRO, A LA SOMBRA DE OTRO DESENGAÑO

Y así en la ocasión que murió mi padre, andaba en los catorce años, y al tiempo más necesitado se lo llevó el Señor, casi de repente, en que quedamos todas por puertas. Sea Dios bendito por todo. Ya aquí andaba el demonio por quitarme el anhelo que tenía a ser religiosa. Andaba, digo, Lucifer con silbos de muchos pretendientes, para la consecución de su intento, valiéndose de las criadas, domésticos enemigos. Y yo sin atender a cosa alguna (aunque no fiaba de mí) anhelaba, con más esfuerzo, a conseguir el fin deseado, de religiosa. Y como tenía presente el desacato pasado, no me fiaba de unas. Y temía y temblaba de los hombres como del demonio; procuraba encerrarme en las recámaras cuando salía mi madre a alguna visita. Y como yo tenía mucha devoción con María Santísima Nuestra Señora, procuraba rezarle su rosario, pidiendo me librara de todo mal, y de enemigos visibles e invisibles, pues aun en casa no estaba segura de ser entregada por los domésticos en manos de mis perseguidores. La Pasión de mi Señor Jesucristo era mi amparo, consuelo y defensa. Y así en mi oratorio y retiro lloraba a mi Señor Jesucristo por su Pasión Santísima, y por los méritos de su Madre y mi señora la Virgen María, me defendiera de todo, pues no ignoraba Su Majestad en los trabajos en que me veía.

Y como yo no dejaba los ejercicios ya referidos, y ahora con más fervor y ansias procuraba ejecutarlos pidiendo a todas las personas devotas oraciones y comuniones, a este paso eran del demonio las persecuciones y tormentos en que mi espíritu se hallaba. Los lazos que el demonio me armaba eran muchos. Porque, como mi madre quedó sola, y mis hermanas eran pequeñas, se vio afligida. Yo temía alguna desdicha,

según por parte de las criaturas experimentaba ingratitudes, y todas contra mí armadas. Los demonios me perseguían con desesperaciones de poder ya conseguir el ser religiosa. Y por otra parte los amigos de mi padre, con título de bien, decían a mi madre: "Señora, ya es tiempo que casemos a la niña Gertrudis. Con eso habrá hombre en casa, y no se perderá la hacienda". Yo oía esto y respondía: "Cásense ellos, que yo aunque ande a pedir limosna, no haré tal".

Visto en mí esta resolución, crecieron ahora más las persecuciones por todas partes, de adentro, de afuera, y de los demonios que, hechos una furia, no dejaban piedra por mover. Y yo sin entender a quién volver los ojos, me hallaba afligidísima; ocurría a mi oratorio, clamaba a Dios. Y parece se habían hecho los cielos de bronce para mí. Ocurría a mi Madre y Señora María Santísima; y, aunque no merecía yo ser oída de Su Majestad, pero no dejó de abrir camino a mis penas. Y fue que yo había ya conocido el Convento de Santa Clara, y tenían esas religiosas noticia de mí, como sabía música y otras habilidades y las de mi hermana San Ignacio... disponían el llevarnos allá. Mi Señor Jesucristo por otra parte, con luces tan claras, que no podían ser más que de inspiraciones, me decía: *"Oye hija mía lo que te digo. Mira cómo te trata el mundo, déjalo todo. Y ven a mi casa, que yo te quiero"*. Y sin poder resistir a estas voces, a un tiempo, Dios y las religiosas, casi de repente, nos enviaron a traer. Esto fue más que milagro que hizo mi Señor. Y estando ya en el convento, enviaron por mi madre a las oraciones. Y como si fuera casamiento le pidieron mano y palabra para entrarnos a la religión. Hízose así. Y entramos la noche de la Ascensión del Señor del año de mil seiscientos sesenta y siete, jueves. Visto tal arresto por mi madre se hizo al llanto y pesar. Y yo entré tan serena; que no me movió ni la soledad de mi madre, ni sus lágrimas, que eran fuentes sus ojos. Y yo más contenta que la Pascua de Navidad; porque hallaba ya mi seguridad en la religión. Donde estuvimos nueve meses de seglares yo y mi hermana Catalina de San Ignacio, muy contentas.

FAVORES QUE TUVO EL TIEMPO QUE ESTUVO DE SEGLAR, HASTA VOLVER A SU CASA

Y desde el punto e instante que entré, acudí al coro, como las mismas religiosas, a las misas cantadas, a maitines y laudes. Yo a tocar el órgano y mi hermana el bajón. Y así procuraba seguir la comunidad, que ya me trataban como a una de ellas, señalándonos ración de religiosas. Y como eran tan santas me aficioné a sus virtudes, que procuraban fervorizarme con su trato y conversación santa, que toda era del cielo. Pues aquellas señoras: San Leandro, Jacinta de San Matías, Inés de San Nicolás, y la Madre Jacoba de Santa Lucía, ejemplarísimas señoras dignas de toda veneración, me doctrinaban y alentaban a la perseverancia de servir y amar

a Dios. Y yo con esta doctrina procuraba llevar adelante mis primeros ejercicios santos. Y así, dispuse mis mortificaciones, oración, disciplinas, amar a Dios y guardar sus santos mandamientos. El ejercicio de alguna virtud era mi desvelo por hallarme falta de todas. Y en particular la claridad, que deseaba radicarla en mi corazón, pues me conocía muy atrasada en ella. Buscaba por todas partes personas que me pudieran enseñar. Y las que veía en estos ejercicios, me allegaba a ellas, a oírlas hablar del modo que se habían de haber en la oración y mortificación de las pasiones. Procuré en estos nueve meses ejercitarme en lo que estas santas hacían. Y aunque yo, como seglar, y no tener experiencia de eso, no dejé de reconocer que por esto el demonio me perseguía con tentaciones de no poder llevar adelante lo áspero de la regla, la desnudez y pobreza del hábito, el retiro de los míos. Y sobre todo, el haber dejado sola a mi madre. Con estas y otras cosas procuró entibiarme en mi vocación de ser religiosa. Y viendo que yo no resistía a estas primeras baterías, juzgando no ser yo a propósito para tan santo instituto, fueron mayores los aprietos en que me ponía. Aquí conocí dos movimientos o inclinaciones: uno a quedarme; otro a irme y asistir a mi madre. ¡Oh batalla cruel en que mi espíritu se hallaba, sin poder tomar consejo de nadie, por no ser tenida por ingrata a los favores que había recibido de esas señoras!

En fin me resolví a irme. Y así le dije a mi hermana San Ignacio: "Tú serás monja que yo no soy para ello. Yo te acudiré de mi casa. Y así, quédate con Dios, que yo trato de volverme a casa y asistir a mi madre". Supieron las religiosas el caso y mi resolución; dieron cuenta al señor Obispo, don Alonso de la Peña y Montenegro, el cual vino al convento, examinó mi primera vocación y deseo de ser monja y, juzgando su Ilustrísima, sería, al presente, el amor materno que me tiraba (para consolarme), dio licencia para que tomara el hábito con sólo el dote de mil pesos. Cortaron los hábitos y yo, sin atender a eso me despedí, y me fui a mi casa. Mas, ¡oh juicios incomprensibles de Dios!, donde juzgué hallar gusto, hallé todos los tormentos juntos. Castigo, no hay que dudar, que Dios piadosamente me envió para que abriera los ojos y viera la diferencia que había de la casa de Dios a la del mundo. Me pareció mi casa un infierno en que se me representaban todos los riesgos en que me vi. Aquí era una muerte y un penar sin alivio; ahí eran los tormentos y torcedores de mi espíritu. Ahí conocí cómo la carne, el demonio y el mundo, se alegraron de haberme sacado del retiro al mundo, en que corría riesgo, con tantas ocasiones; en fin, dolores como del infierno me acometieron y cercaron, sin dar tregua a mis congojas, de modo que me daban ímpetus de volverme al convento y el qué dirán me detenía.

Y viéndome así los míos, dieron en festejarme, con visitas y paseos, para que se olvidara el cariño que había cobrado a la religión. Y con este fin se frecuentaban mucho las visitas de las señoras conocidas, regalos y banquetes que me hacían, obligándome con esto a la corresponden-

cia. Mas todo me parecía tan mal, que no arrastraba cosa alguna mi afecto. Todo me amargaba. Todo era para mí desabrido, sin poder hallar gusto en cosa de las que me brindaban; de tal suerte que cobré ojeriza a todo. Y ahora conozco que el Señor me puso acíbar en el pecho del mundo para repudiar sus cosas. Y en ellas, para que el diablo no saliera victorioso, dorando, con engaños, las píldoras amargas, por muy suaves al paladar del afecto. Y en tanto grado lo repudié que para mi consuelo habían de traerme el agua del convento, y con esto me consolaba. Siendo para mí las fuentes cristalinas de afuera, acíbares, más que amargos. *Et potum dedit mihi aquam Fellis.*

Con este conocimiento estuve algunos meses. Y tratando este punto con personas temerosas de Dios, resolvieron debía volver al convento y al llamado de Dios. Resolvíme con brevedad a ello; y como estaban ya cortados los hábitos y dispuestas las cosas, poco se dilató la función que, con gusto de las religiosas y con mucha solemnidad, se hizo. Tomé el hábito de diez y siete años, el de mil seiscientos y ocho, a dos de febrero, día de la Candelaria, por devoción a María Santísima Señora Nuestra.

ALEGRIA CON QUE SE HALLO LA RECIEN PROFESA Y UN CONTRATIEMPO AMARGO SU GUSTO

Oraba un alma devota ante el Santísimo Sacramento (en el convento de carmelitas descalzas antiguo) y pedía la devota seglar, con mucho fervor, por las religiones fuera Dios servido y agradado en ellas, conservándolas en lo fervoroso de su instituto. Estando en lo fervoroso de su oración y súplica, oyó una voz misteriosa que salía del sagrario, que la decía: *"Pídeme María por Gertrudis, religiosa del convento de Santa Clara. Y por fulana N.; religiosa del Carmen".* Diole el Señor tal fervor y fuego de caridad a esta alma, que luego vino al convento a buscarme, y como se valió de otra religiosa para llamarme, viendo que tardaba se fue a su posada. Y prosiguiendo en su oración, pasados algunos días, volvió con más fervor y empeño a buscarme. Salí a su llamado, y al punto que me vio, me recibió con una boca de risa, y muy afable me dijo: "Señora, yo vengo con un recaudo, de parte de Nuestro Señor, el cual (estando orando ante el sagrario y ante la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que está en el Carmen y monjas de esta ciudad) me dijo: Pídeme por Gertrudis, religiosa de Santa Clara. Y por la del Carmen". Mas al punto que oí decir en particular por Gertrudis, empecé a batallar con mi conciencia, porque me parecía estaba ya con los pies en el infierno, por hallarme en conversaciones o amistades de afuera y de adentro. Aquí empecé a abrir los ojos. Y representárseme todos mis defectos y faltas, todos mis pecados y maldades, que mi espíritu quedaba compungido y toda mi alma anihilada y llorosa, de haber sido tan ingrata a mi Señor, y con esta noticia estaba mi corazón ya hecho pedazos, que todo se me

iba en llorar y pedir misericordia al Señor. Estando en estas penas, y antes de venir la dicha María con el recaudo del Señor, ya Su Majestad se manifestaba a mi alma en visión imaginaria de esta suerte: Veía unas procesiones en que iba toda la comunidad de las religiosas con una imagen de Cristo Señor Nuestro, el cual llevaba una cruz a cuestas, una túnica morada, coronado de espinas, muy lastimado y afligido, con tantas penas y dolores. Iban otras religiosas inmediatas a Su Majestad. Y entre ellas me hallaba yo. Y al verme así noté que el Señor puso los ojos en mí, y entre todas me llamaba con las manos. Y luego me echaba su bendición. Y luego desapareció la procesión, de la cual quedé yo muy contenta. Y volviendo en mí, conocía no ser posible que a mí se me hicieran semejantes favores, ni bendiciones, siendo yo tan defectuosa y viviendo como vivo. Así quedaba con recelos por algunos días, juzgándome por indigna; y aunque conversaba con mis amigas, y de vista a las rejas, no dejaba de tener el alma sus reprensiones interiores. Y como el Señor andaba en busca de la oveja descarriada, volvía a manifestárseme con la procesión de religiosas por una calle (¡Ay de mí! ¿si sería la de la amargura?) con una cruz a cuestas y una alba o túnica blanca. Y de todas las de la procesión, me llamaba el Señor muy en particular a mí. Y volvía a echarme su bendición. De esta suerte repetía Su Majestad el favorecerme con este modo de reprensión y manifestarse. Y yo, como me parecía serían cosas de sueño, me descuidaba y proseguía en gastar el tiempo en conversaciones ya de afuera, ya de adentro, sin dar crédito a cosa alguna. Mas, ¡oh incredulidad mía!, que cuando el Señor me buscaba con tanto amor, y me llamaba con voces tan grandes, a todas me hacía sorda, por no dejar las pláticas. Y viendo el Señor tan poca atención a sus inspiraciones, se valió de otro modo, más sensible. Púsome un temor y miedo, más que grande, al entrar a mi celda y cama o tarima. Porque antes de ir a mi retiro daba en visitar a mis amigas las religiosas con título de darles las buenas noches. Y como Dios ve los corazones, no me pasaba esa partida por buena, pues conocía era poner el corazón y afecto en las criaturas apartándolo del Criador. Pues al entrar en la celda, temblaba. Y al correr y abrir el pabellón, era el temblar y temer. Como fuera de mí. Porque encontraba, dentro de la cama (en visión imaginaria e intelectual) a nuestro Señor Jesucrito, asentado en un trono, muy severo, y me decía: "Dame cuenta de tu vida, Gertrudis". Aquí empezaba de nuevo a temblar y darme unos trasudores de muerte. Y no obstante, el ver tan severo al juez de vivos y muertos, procuraba retirar aquella visión y recogerme a ver si podía dormir. Y como los temores eran grandes, sólo parece que dormía, que es propio del que está apesadumbrado. Porque las más de las noches en que volvía a mi celda, hallaba el tribunal. Y el juez, a pedirme cuenta y residenciar todas mis obras y palabras. Y me parecía, según eran mis temores, que de repente me moría y me iba al infierno; aquí eran las ansias en agonizar, sin acabar la vida. Y el penar sin alivio. ¡Oh mi buen Jesús, y cuánto

me has sufrido! ¡Oh amoroso dueño de mi alma, y qué desvelos te he costado! Tú a buscarme y yo a no atenderte; tú a esperarme y yo a gastar el tiempo sin provecho. Y de todo esto, Señor mío, me tenía yo la culpa, pues pudiendo comunicarlo con el confesor, vuestro ministro, quien me diera luz de lo que había de obrar, callaba, sin comunicar estas penas con nadie. Y sólo cuando descubrían el Santísimo Sacramento, después de maitines, para la escuela, me ponía ante su presencia y, sin hablarle palabra, lloraba amargamente. Porque no hallaba palabras que decirle, entendiendo que yo estaba entre las criaturas la más olvidada de Dios Nuestro Señor, y que por demás vivía sobre la haz de la tierra. Estas ignorancias y sequedades me duraron hasta que vino la dicha María con el recaudo del Señor. Sea bendito, por siempre, que tan padre amoroso se mostró con esta su pobre esclava, en medio de mis necedades y perdimiento de tiempo, sin haberme castigado como mis descuidos merecían.

PROCURA EL DEMONIO HACERLA VOLVER A LAS IMPERFECCIONES PASADAS

Ya en estas ocasiones andaba el demonio urdiendo y disponiendo mil ocasiones a fin de derribarme y no ir adelante en los ejercicios a que me dediqué, con ofrecerme dádivas, y exagerando mi pobreza, me decía: "¿Es posible que en tu mocedad andes hecha hipócrita, perdiendo tu alegría, con un camino tan áspero, que no lo entiendes? Anda, déjalo todo, que yo te daré muchas cosas con que puedas gustosa pasar tu vida". Y mi Señor, que miraba los enredos del demonio, me llamaba su Majestad a lo interior, y que no atendiera a las voces del enemigo. Y juntamente me apartaba de las ocasiones que tan a las manos tenía.

Empecé a huir cuanto pude y fue de mi parte, con la ayuda, gracia y favor de mi Señor. Iba a los ejercicios de la oración, procuraba perseverar en ella, aunque, como tibia, era poco el fruto que sacaba. Humillábame en el acatamiento de mi Señor. Y entredía tenía alguna memoria de él. Y como estaba con algún deseo de servirle, volvía a buscarlo al coro. Y lo mismo era entrar en él, que experimentar y sentir unos olores, de tanta fragancia y suavidad que (como saliendo de sí el hombre viejo) me olvidaba de todo lo que era el mundo. Y hallándome con estos ungüentos favorecida y con la presencia de Dios amparada, sentía y oía de nuevo el repique de las campanitas. Y juntamente el ver la estrella que al mirarle me causó especial alegría: aunque retiré la vista, pero fue en vano; pues los efectos que dejó fueron: sentir en el alma un deshacerse en llanto y amargura de haberle desagradado a su Dios y Señor. Empecé a darle mil satisfacciones al Señor, poniéndole por delante mis miserias y mis grandes pecados. Y rendida a sus pies le decía: "Esposo de mi alma, nunca o tarde te conocí. Yo he vivido como una infiel y desde que tuve uso de razón te ofendí". Y dando lugar al sentimiento, era de

tal suerte, que empezaba a llorar amargamente, en cuya pena sentía otra mayor, en parecerme no me oía Su Majestad. Y así levantaba la voz el alma en su interior y de nuevo le hacía propósitos de no ofenderle, con decir: "Vos Señor lo veréis, ya no más desagradaros, ya no más con tu ayuda, ya no más criaturas en mi corazón, desenójate amado, y Dios mío no me deseches de tu presencia, adónde tengo de ir sino a ti, que eres mi Padre. Ya estoy rendida a tus plantas, reconoce Señor a esta oveja; no por mí, que no merezco tal favor; sí por los méritos de tu Pasión Santísima y por mi Señora la Virgen María vuestra Madre". De tal suerte se hallaba afligida mi alma, que representando a Su Majestad todo lo que había padecido en su amarga Pasión, me parecía que aun de esta manera no me atendía. Y toda una hora de oración gasté en llorar; con tanta pena y dolor, y tales amarguras, sentía mi alma, que me hallé sin alivio. Y aunque le daba a mi Señor satisfacciones de servirle y no desagradarle, no obstante estos propósitos, me dejaba Su Majestad en estas sequedades. Y otras mayores me representaba, que era verme pobre de virtudes y muy cargada de pecados que, como escuadrones armados, los que tenía por sólo defectos salieron gigantes, a fin de atormentarme, pues se me representaron todos los que había cometido en toda mi vida, de tal suerte que no osaba levantar los ojos, ni hablar. Y con esto, un temor grande de la muerte, que parecía me deshacía el corazón de pena tan grande en no saber cómo había de dar cuenta de mi obrar, mas siempre confiando en la misericordia de mi señor Jesucristo, y en su sangre, y Pasión preciosa. Y en la Virgen María mi señora.

Viéndome el enemigo en estas tribulaciones se descaró demasiado y me decía: "Ya no hay perdón para ti, ni hay que confiar en la misericordia de Dios"; a esto, se llegó una plática de un sacerdote que, ponderando el castigo que merece el pecador por sus culpas, dijo unas razones tan apretantes que en ellas demostraba cerrar las puertas de la misericordia divina. Aquí las tribulaciones se doblaron, y la guerra del enemigo se declaró a que no siguiera lo estrecho de la penitencia, que, de esa suerte, no habría aflicciones. Mas como mi alma estaba determinada a morir primero que volver atrás, esperaba el remedio de la mano divina. Dispuso Su Majestad que otro sacerdote predicara, y ponderó lo mucho que al Señor le había costado una alma pecadora. Y así clamaba: "Venid, venid pecadores que os halláis cargados de vuestras culpas, que yo os consolaré; no desmaye ninguno, por muchas que sean sus faltas, que en las fuentes de mis llagas y en el mar de mis misericordias los lavaré de sus manchas". Fue tanto lo que mi alma se consoló, que no cabía en sí de alegría; y más cuando oyó hablar de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, de que soy devota, que en muchas ocasiones mi corazón afectuoso repetía una sentencia que lo fervorizaba en sus penas:

Al peso del amor santo
tocan en mi corazón

fueron tantas, que quedó mi alma tan compasiva de ver había padecido tanto el Señor, que me parecía era poco dar la vida por su amor y, en su nombre, por el prójimo. Y así me ofreció un caso que una religiosa se halló en los últimos de su vida y, por descuido, o permitiéndolo así nuestro Señor, se olvidaron con su asistencia. Entré yo en su celda y vi que estaba ya acabando. Fue tanta la compasión que tuve mirando a Cristo en ella, que, recibiéndola en mis brazos, ayudándola a bien morir, y al empezar ella a agonizar, sentía mi alma los mismos efectos de agonizar con ella. Ella se iba acabando; y yo me iba muriendo. Acudieron en esta ocasión las religiosas. Ya acabó la moribunda su vida. Esto fue a las nueve de la noche. Y a las once, vieron todas unas mudanzas en mi rostro de muerte en unos sudores extraordinarios y unos latidos de corazón, sin saber la causa. Acudieron los médicos y con sus medicinas me iban acabando más aprisa. Cesaron de los remedios. Y Dios nuestro Señor, por otra parte, me curaba. Pues me puso en unas sequedades, y palpaba en ellas unas obscuridades y aprietos en el alma, que no hay con qué compararlas, sino con las sombras de la muerte y del infierno en que me hallaba.

Llegó un confesor (y como no tenía padre espiritual que me asistiera, pues unos iban y otros se retiraban, de calidad que el tormento mayor era hallarme, por tiempo de cuatro años, otras por seis, sin tener alguno de asiento. Y así como mendigaba, andaba buscando, hoy uno, mañana otro, con quién comunicar mi interior. Y no hallaba. Sino en la ocasión presente éste que refiero). Llegó, digo, a confesarme. Y habiendo acabado, le comuniqué un poco de mi corto espíritu, que en meditaciones pasaba. Y sentía no arrostrar ya la meditación, sino unos llamamientos al interior y a amar a Dios, mas que yo porfiaba en meditar. Díjome que dejara eso y que me quedara en silencio; sentí luego los recogimientos sin especies, ni formas, mas sentía en el corazón y en el pecho unos ardores, que me abrasaba todo mi interior sin saber qué hacer. Comuniqué esto con el dicho padre, y el consuelo fue decirme no hiciera caso de esas cosas. Luego dieron en curarme por hipocondría. Otro religioso dijo que no hicieran tal, que no era enfermedad que se sujetaba a galeno. Por último se ausentaron estos padres por tiempo de seis años, en que quedé padeciendo sin recurso alguno; pues aun los favores que recibía en oír las campanillas, también las retiró el Señor, pues ya no las oía, ni se mostraba la estrella que me guiaba a Dios. Todo era padecer, y ahora extremado, extraordinario, pues sentía en el interior como que una rueda de molino me estrujara el corazón, que, del dolor que sentía, todo era llanto y lágrimas, que le ofrecía a mi Dios, haciéndole gracias por las sequedades en que me tenía, retirándome todo consuelo humano y divino, en que parece estribaba el afecto. Empero, en medio de tan terri-

ble penar, hallaba algún alivio en la frecuencia de los sacramentos de confesión y comunión. Y aunque la oración poco la frecuentaba, pero no la dejé del todo. Porque en unas ocasiones no la podía tener, por ser tanta la amargura y tribulaciones interiores, que lo mismo era ponerme al recogimiento que parece me llevaban a las penas del infierno. En fin, todo consuelo parece hallábase cegado. Y aunque me hallaba de esta suerte, volvía a hacer oración, mas con más lágrimas y suspiros y corazón atribulado que con alma pacífica y sosegada. Así puesta en el polvo de mi nada, esperaba el remedio de lo alto.

PROSIGUE LA ORACION O CONTEMPLACION AFECTIVA

FRAGMENTO [1]

La tercera propiedad de esta contemplación afectiva es que el amor sea vigoroso y alentado. *Dilige fortiter;* allá en los Cantares parece lo da a entender el Divino Esposo, cuando considerando al alma en tan ferviente y afectuosa contemplación en que se hallaba, reclinada en los brazos del Soberano Señor le decía: "Ponme por señal, sobre tu corazón, y sobre tu brazo. Porque te hago saber que el amor es fuerte como la muerte, su emulación dura como el infierno y sus efectos son fervores que exhalan fuego y llamas que demuestran ser clamor divino, un volcán que hace prorrumpir en exhalaciones al corazón contemplativo". *Quia fortis est ut mors dilectio.* En palabras casi semejantes dijo el Señor a la esposa Gertrudis, en ocasión que los trabajos eran grandes y la oración muy fervorosa y atenta a Su Majestad, estas razones: *"Ea hija, anímate, que yo soy amigo de ánimos esforzados".* Y como la vio el Señor tan constante (que es tanto como fuerte) en el padecer y amar, puso su nombre grabado en el corazón de la venerable Gertrudis: *Vide* (dice) [2] *imaginaria e intelectualmente ponerse en el corazón material, el Cuerpo Verdadero de Dios y Hombre.* Y para que haya, como allá la otra esposa, de sellar su corazón, dice: "Estando en oración vide imaginariamente la humanidad de mi Señor Jesucristo, Hombre y Dios verdadero, y estamparse en el alma como sello, tan clara y distintamente, que daba a entender era la puerta por donde crecía el amor. Y para que mi alma saliera de duda y se declarara el nombre de Dios hombre, sucedió el caso siguiente: en estos afectos amorosos vide en visión imaginaria estamparse el nombre de Jesús con letras sobre el corazón material, y de repente el Jesús se mostró en un niño tierno, en medio del corazón". Y, como Dios es fuego y moraba en su corazón, sin poder contener sus llamas, como allá

[1] Sólo un fragmento del capítulo pertenece a S. Gertrudis. Ese es el fragmento en referencia. Al cual se añade la parte introductoria de F. Martín. Cf. Introducción.
[2] Con este "dice" se introduce lo que pertenece a S. Gertrudis.

la esposa, en esta contemplación misteriosa y afectiva, como fénix se abrasaba, y como horno místico arrojaba de sí llamas, fuegos, luces, incendios [3].

ORACION Y CONTEMPLACION FERVOROSA QUE TUVO LA VENERABLE GERTRUDIS DE SAN ILDEFONSO

Púseme en oración y habiendo alabado a la Santísima Trinidad y a María Santísima Madre de Dios y Señora Nuestra concebida sin pecado original y al Santo Angel de mi guarda, sentí luego el abstraer Dios Nuestro Señor al alma, en acto universal, con la vista sencilla de unas noticias de Dios Nuestro Señor. Y en esta atención, con unos afectos substanciales. Y en vista clara de la fe, amaba el alma al Divino Esposo cuanto en su corta capacidad cabía y podía. Y en esta contemplación sentí unas vehemencias del interior afectivo a Dios Nuestro Señor, con la inteligencia simplicísima, sin reflexión alguna. Duró esta abstracción del alma como una hora. Luego, se dispuso mi alma, con los mismos afectos, a recibir al Señor en la Sagrada Comunión, en la cual se aclaraban más vivamente aquellas noticias de Dios Nuestro Señor mediante la luz de la fe. En que crecían los afectos substanciales de tal suerte, que son inexplicables al quererlos referir. Que más parecía estaba mi alma donde amaba, que donde animaba. Pues, habiéndome puesto a oír una misa con atención, cuando volví a ver al sacerdote ya había acabado el sacrificio sacrosanto. Y el alma siempre se estaba en las noticias de Dios. Y saliendo el alma sin salir, en su nada y miserias, con muchos agradecimientos a Dios.

CONTEMPLACION UNITIVA QUE ESTA ALMA TENIA CON DIOS NUESTRO SEÑOR

Sin saber cómo, de repente vi, imaginaria e intelectualmente, salir un sacerdote, vestido de una alba y capa de coro; era blanco, con rosas encarnadas mezcladas con oro, y en la cabeza una mitra. Y en el pecho una cadena de oro, con un sol en el pecho. Espantéme y dije, si será el Sumo Pontífice de la Tierra (mas me acordé que en otra ocasión lo había visto de sacerdote). Luego se me dio la inteligencia, diciendo: es el Padre Eterno. Aquí se halló el alma muy espantada; mas con un temor santo y reverencial. En aquella demostración adoré a Su Majestad y con ánimo rendido le dije: "Señor Dios mío, yo no soy digna de nada, ni merezco este favor. Yo te quiero amar sólo por quien sois. Yo soy una pobre miserable y frágil". Y siendo tiempo de recibir a Su Majestad en la sagrada comunión, llegué a comulgar y al punto me quedé otra vez en

[3] Ha terminado la parte de S. Gertrudis. Desde "Y, como Dios es fuego. . ." reconocemos la escritura de F. Martín.

oración. Y pasado como un cuarto de hora, salió de repente el Sumo Pontífice y con habla substancial, dijo a mi alma: "Ahora se hace el desposorio". De nuevo se atemorizó el espíritu, con un temor reverencial, y esperó a ver cómo era este desposorio, o quién y con quién se desposaba. En esta suspensión, me pusieron delante una niña, vestida de blanco y muy airosa, a la cual el Señor le tomó las manos, y siendo el Verbo humanado el Esposo, se dieron las manos, el Esposo a la Esposa. El alma, conociendo su bajeza y las muchas miserias en que se hallaba, se abatió hasta el polvo y no creía que con ella podía ser caso semejante. Y así dijo: "Señor y dueño mío de mi vida, tus tesoros quieres echar al muladar y emplearte con la bascosidad de esta pobre". A que el Esposo Divino la dijo: "Guárdame fidelidad, que las bodas han de ser allá". Con esto, desapareció todo, y quedó el alma en los afectos substanciales de amor.

TESTIMONIOS FALSOS, CON QUE FUE EJERCITADA LA VIRTUD, DE ESTA HUMILDE VIRGEN

Oí muy de mañana, con los oídos materiales, reventar un cohete sobre el techo del oratorio. Y haciendo juicio si serían los fuegos o cohetes por la fiesta de santa Ursula, no me dio cuidado; mas viendo que repetían sus molestias a mi espíritu con quemar y disparar más y más cohetes, de tres en tres, de cuatro en cuatro, y que todos venían a dar sobre mi cabeza, en lo perpendicular del techo, volví los ojos a Dios y de repente oí una voz que decía: "Revientan por ti". Asustóse el espíritu, conociendo la voz del enemigo en las lenguas que de fuego contra mí arrojaba; en este punto, retirada mi alma a lo interior, le dijo al Esposo: "Dueño de mi alma, yo te amo sobre todas las cosas, y, aunque me cueste la vida, te he de amar, porque eres mi criador y mi dueño". Aquí se quedó el alma absorta, y, perdidas las inteligencias, amaba, sin entender, entendiendo. Y en estos fervores recibió al Señor sacramentalmente. Y creciendo los afectos y amor en lo substancial con la presencia del Señor, que en el Santísimo Sacramento en su pecho tenía, la dijo: "¿No esperas que me has de ver? "Señor y Dueño mío —dijo mi alma— por sola tu misericordia espero verte, y quisiera fuera ya breve". Respondióle el Señor: "Fáltate que pasar por lo más duro". (Esto es por el crisol y ejercicio de las lenguas o falsos testimonios, en que había de padecer su crédito, expuesto al dictamen y juicio de muchos). El alma dijo a este aviso: "Señor, tú me amparas y me das fortaleza en mis trabajos. Paciencia y humildad de corazón"; y con la gracia del Señor totalmente resignada en su voluntad, abracé el padecer por este camino áspero de las lenguas a todo lo que Su Majestad permitiera o fuera de su gusto y agrado.

Salí de la oración, y por los avisos que el Señor comunicó a mi espíritu le di las gracias. Fuime al oficio de la portería (en que la obediencia

me tenía puesta) o, por mejor decir, al campo donde se esperaba la batalla o conflicto con el enemigo, que prevenido, con instrumentos en personas, y personas comensales (a quien había sugerido) me esperaba. Hallé una junta de algunas religiosas que conferían y hablaban, molestas, varias cosas que enconaban las voluntades de quien las oía. Tocaban a la prelada en su modo y gobierno (que a unas parecía bien, a otras era su nombre amargo acíbar). Fue el caso que, habiéndome mandado la prelada cuidara de guardar con exacto vigor la puerta, sin dejar llegar a ella, sin su orden, ciertas religiosas a visitas de afuera, se sintieron tanto, que, dando larga a la sin hueso, rompieron lo cortesano y caritativo con no refrenarla. Procuré, con todo amor, suavizar la materia, atemperar el mandato, sin faltar a la obediencia. Para que ejecutándose ésta, las otras quedaran en su observancia. Pero fue este amor para obrar lo contrario. Pues una de aquellas religiosas se propasó tanto contra el estilo y persona de la prelada, su prudencia y cariño, que, viendo no dejaba de hablar contra ella, la fui a la mano y la dije: *"Mire, Señora, que no es lo que piensa; es muy cuerda la prelada, y obra santamente"*. Aquí levantaron todas, descompasadamente, la voz. Y, permitiendo el Señor, el enemigo les hizo entender razones contrarias y diferentes de las que yo en defensa de la prelada había dicho. Y más cuando, averiguando el mandato de la prelada, se retrató de tal obediencia y de no haber prohibido el llegar a la puerta tales personajes. Fueron tan por mayor las voces y dichos, zahiriendo, mofando y escarneciendo de mí, levantando tal alboroto, que, al modo de los cohetes, reventando de uno en uno, así de una en una, hasta que todas, como un castillo de fuego, arrojaron sus sentimientos, como llamas, contra mí. Quedé atónita de oír tantas voces tan encolerizadas, y, por no verlas tan fuera de la razón, les di a entender lo que había dicho. Rogué al Señor por todas, se sirviera de aclarar la verdad y sosegar esos ánimos, librándolos de las trazas del demonio. Instando al Señor en la oración con esta súplica, habló Su Majestad a mi alma de esta suerte: *"Estos son los casos duros. Y que no te han de entender"* [4].

TOMO I, LIBRO II

ILUSTRA EL SEÑOR EL ENTENDIMIENTO DE SU ESPOSA Y LA DISPONE PARA ESCRIBIR SUS MISERICORDIAS, PERFECCIONANDOLA COMO EL ORO EN EL CRISOL DE LOS TRABAJOS

Así como el oro se prueba y levanta de punto en sus quilates en el crisol y fragua de los incendios, así lo hace el Señor con sus escogidos,

[4] "Hasta aquí su relación", dice, al llegar a este punto, fray Martín.

elevándolos al grado supremo de la perfección mediante el crisol de los trabajos, al modo que Su Majestad lo hizo con su Esposa Gertrudis de San Ildefonso que, afligida con varios trabajos y persecuciones en que se hallaba sin recurso alguno, se le apareció el Divino Esposo y la dijo: *"Hija, todos los santos pasaron por ahí"*. Esto me dijo el Señor, acabando de escribir y resignándose mi alma al padecer, temió y tembló el natural, de suerte que esta alma repugnaba lo mismo que deseaba; quería padecer, y temblaba el natural al entrar en el empeño; deseaba la gloria de Dios, y rehusaba coger la pluma para referir sus maravillas. Oía el mandato de Dios en el de su confesor, y mirando a su interior decía: el confesor me manda escribir estos favores y misericordias del Señor; es imposible que a mí me encargue obra tan dificultosa. Yo soy una ignorante, y menos que nada, ¿cómo haré cosa de provecho? Eso no, no hablará conmigo el mandato.

Aún no bien había hecho estos discursos, cuando se halló mi espíritu abstraído y oyó repentinamente la voz del Señor que me dijo, enojado: *"Póstrate"*. Al punto puse en ejecución al mandato y me postré, en espíritu. Repitió luego el Señor y dijo: "Póstrate, como tu Padre confesor te enseñó". Al punto me acordé del documento de mi confesor. Tendíme en el suelo, boca abajo y en cruz, pegada la cabeza a la peaña de la santa cruz del oratorio, ante la cual estaba orando. Y la boca en el suelo, temiendo y temblando por ver al Señor enojado. Oí, luego, tercera voz del Señor, que me dijo: "Así estuve yo en el huerto. Y mi Madre Santísima en su retiro y oratorio". Aquí, como miserable, temí experimentar algunas grandes fatigas, por estar boca abajo y no hallar el recogimiento en el Señor, por juzgarlo todavía enojado, por no haberme dispuesto a hacer lo que el confesor en su nombre disponía, de escribir sus misericordias. Y aunque quería escribir, rehusaba el natural el padecer.

A esta ignorancia mía, repitió el Señor y dijo: *"Abismo de la nada, pégate al polvo, pues eres el abismo de la nada. ¿Y qué? ¿Así quieres escribir mis misericordias sin padecer?"* "Señor y dueño mío, le dije, cuando soy la misma miseria y nada, y menos que nada e inútil para nada, llena de mil inundicias, toda una falta y el polvo del polvo, y el abismo de las miserias, si tú, Señor, no haces el gasto de tus misericordias, ¿de dónde ha de salir, si soy pobre de virtudes? El escribir tus misericordias ya se ve, dueño mío, que empleándote con este abismo de pecados y miserias, me enseñarás y como Maestro mío me dispondrás; y como guía, me llevarás por el camino de la humildad y conocimiento de lo que soy". Repitió más el Señor y dijo: *"Pégate al polvo, polvo de la tierra, besa la tierra de que eres formada"*. Aquí estuvo el alma hecha el polvo del polvo. Y en esta consideración se perdieron todas las potencias; digo, quedaron en un silencio grande, y los afectos en Dios, con la atención fija en Su Majestad. Duró como una hora este favor.

Y de repente habló el Señor en lo interior y dijo a mi alma: *"Levántate abismo de la nada y vamos a mi Padre"*. Y vide que de la nada, en su

conocimiento, se levantaba el alma, y fue a su presencia. Donde conoció el Poder del Padre, la Sabiduría del Hijo y Verbo Eterno, y el Amor del Espíritu Santo, ante cuyo acatamiento postrada mi alma oyó que decían las divinas personas: *"Para este ministerio, ha de estar sin mancilla de pecado"*. Reparó mi alma en el decir sin mancilla de pecado, y dijo: "Señor mío, sólo la Virgen María, mi Señora, fue sin mancilla de pecado; yo soy la pecadora más indigna que tiene Vuestra Majestad en el mundo; dadme, Señor, humildad de corazón". A esta réplica respondieron las Tres Divinas Personas y dijeron: *"Te hemos levantado del polvo de la tierra, para que vengas al Padre"*. En cuyas inteligencias estaba el alma absorta y admirada, con una inclinación grande a escribir las maravillas de Dios. Y así, vuelta en mí, me hallé pegado el rostro al suelo. Pasé a recibir a mi Señor en el Santísimo Sacramento, que sea alabado en los siglos de los siglos. Amén.

CONFORTA EL SEÑOR A ESTA ALMA ATRIBULADA

Aquí se repitieron en doblar las penas y amarguras interiores, y, al paso que penaba, amaba al Divino Esposo, que ya como por celosías se dejaba ver, imaginariamente, a quien clamaba y daba voces afectuosas, como a su único bien y dueño verdadero, la amparase en aquellos conflictos y amarguras en que se hallaba, sola, sin Su Majestad, pues se le había retirado y escondido. Y su confesor, con quien y a quien manifestaba su interior, en cuevas y montes ocultado, sin tener a quién volver los ojos, andando ya como la oveja perdida, descarriada, y sola, y su espíritu afligido, de mano en mano, y en medio de tantas miserias (que tenía muchas) se hallaría atrasada, y que por su Pasión Santísima, no permitiese se perdiese su alma. A esta súplica que hizo mi alma, vide que el divino Pastor, como si hubiera hallado la oveja perdida, la acariciaba y llegaba a su rostro, y como un padre, con mil amores, la sosegaba, y oía, como de una criatura, los sentimientos; que le habían quitado el aro (sic) en su confesor, que, temerosa de no tener quien la guiara, y caer en muchas faltas y en desgracia, huía. Repetía mi alma en las súplicas: "Dueño y esposo mío, tú me diste este confesor para que yo me sujetase a él en tu nombre; y ahora, con estas persecuciones retirado, es como quitármelo; y, aunque tú, Señor, eres mi maestro y mi padre, por algo me lo darías. Estas deprecaciones o súplicas hacía mi alma, estando acariciada del Esposo que como padre amoroso le daba ósculos de paz. Y echando su brazo derecho sobre el cuello de la que estaba por su amor penando, la apretaba a su pecho y en su Costado Santísimo. Como las madres que destetan a las criaturas, por el sentimiento que hacen, por haberles quitado la leche, las vuelven a halagar, a este modo lo hacía mi amado con esta alma pecadora. La cual, con el seguro que lo tenía en sus manos, le dijo: "Señor mío, yo estoy contigo, ¿qué penas son estas que me asisten,

tú, Señor y dueño mío, no me las puedes quitar?" Antes aquí sentí que los dolores me apretaban más y más, y el amar iba al mismo compás y peso. Y como estaba el alma colgada del pecho de su amado, en sollozos y afectos le demostraba sus penas. Y, como hija a su padre, los dolores intensos que padecía. Al punto oí una voz substancial del Divino Esposo, que decía: "Si me tienes, ¿qué te falta?" Entonces mi alma reparó en el sentimiento que tenía de la ausencia de su confesor, y con este dicho del Señor se quitó todo como con la mano, quedando muy conforme en su querer de lo que permitía pasara por ella y su confesor, repitiendo una sentencia que un espiritual refería, para consuelo de las almas, que dice así:

Tú que dejaste tus bienes
por otra vida más alta
¿si a Dios tienes qué te falta
y si te falta qué tienes?

En un punto salió el alma, abstraída de Dios fuera de sí, y anegada en el piélago del amor divino, con los afectos substanciales, y noticias de Dios, y vehemencias de Dios, a Dios. Y vuelta el alma en sí, llegó a recibir al Santísimo Sacramento como fénix en su divino amor abrasada; y dándole las gracias por los favores recibidos, que duraron hora y media, con determinación y ánimo de padecer cuanto mi dueño y esposo de mi alma fuere servido; sentí en mi espíritu muchos alientos y fervores de padecer, no obstante, las tribulaciones y amarguras que había pasado, y oyó el alma las voces del Esposo que la decía: *"Ea hija, anímate, que yo soy amigo de ánimos esforzados".*

TOMO I, LIBRO III

DESPOSORIOS MISTICOS QUE CELEBRA CRISTO CON ESTA ALMA

Prosiguiendo los dolores de la ijada, y el alma al rendimiento de la voluntad de su Esposo y Señor dueño de mi alma, habiendo sosegado un poco los dichos dolores de ijada, alabé a la Santísima Trinidad y a mi Señora la Virgen María. En cuyas alabanzas sentí abstraída ya mi alma toda en Dios, y en un enajenamiento de potencias como penetrada el alma en Dios y gozando de paz y silencio todas ellas. Crecieron otros afectos, mucho más grandes que los pasados. Y con una inteligencia simplicísima, dio a entender el Señor al alma se disponía y la preparaba para desposarse con ella. Y así vide en visión imaginaria e intelectual *desposarse el Divino Señor con el alma y darse en esta fe, las manos el Esposo y la Esposa.*

Al recibir este favor el alma, crecieron los afectos amorosos substanciales, tanto que el amor se encendía de tan divino Esposo, sin poderlos explicar, quedando toda perdida y hallada en el centro de su amado, de adonde, como saliendo de aquel sueño, vide segunda vez por visión imaginaria e intelectual que el divino Esposo y esposa estaban dándose las manos con muestras de efectuar el desposorio que el Divino Dueño desea con las almas. Y la mía en presencia de tanta grandeza se anihilaba y abatía mirando la nada que era.

Con esta disposición y fervores del alma, llegué a comulgar, y habiendo recibido el Santísimo Sacramento, crecieron los afectos en aquel centro de Dios, en que el Señor tenía al alma con una atención y vista sencilla a Su Majestad. De repente vide (vuelta el alma en sí) en visión imaginaria e intelectual, salir a un sacerdote vestido de alba y capa de coro, la cual capa era blanca matizada de rosas encarnadas, interpuestos perfiles de oro; llevaba una mitra en la cabeza y en el pecho una cadena de oro, de la cual pendía un sol, todo tan hermoso este conjunto que sin comparación todo lo demás es fealdad y tinieblas. Quedé admirada; y suspensa dije: "¿Si será el Sumo Pontífice de la Tierra, por tener especie de haberlo visto de esta suerte en otra ocasión?" Luego a esta duda se me dio la inteligencia y en una *loquela* substancial se me dijo: *"Es el Padre Eterno"*. A esta voz se me infundió un temor santo y reverencial, que postrada el alma lo adoró y reverenció con profunda humildad y acatamiento. Y con esta demostración del alma le dijo al Señor: "Dios y Señor mío, conozco mis defectos y faltas por los cuales no soy digna de estos favores que Vuestra Majestad tan liberal se digna participar a este pobre gusano y polvo de la tierra. Yo, Señor, te amo sólo porque mereces ser amado y por quien eres; no tengo la mira en interés alguno sino en amarte. Retira de mí estos favores, no malbarates, Señor, perlas de tanta estima, que en otras almas se lograrán y agradecerán mejor". En esta deprecación fervorosa quedó el alma fuera de sí, que duró este abstraimiento como media hora. Al cabo de él hallé presente, como lo había visto, al Sumo Pontífice y Señor Eterno, el cual con habla substancial me dijo: *"Ahora se hace el desposorio"*. Repitió segunda vez el hallarse el alma con aquel temor santo y reverencial preocupada del conocimiento de su nada; no obstante, patrocinada del favor que Su Majestad me hacía y con que me asistía, esperé a ver cómo era este desposorio y quién se desposaba. Vi salir una niña vestida de blanco, muy airosa, y el Sumo Sacerdote la tomó de las manos. Y esperaba yo a ver quién era el desposado. Y dijo el Pontífice: "El Verbo humanado". Y dándose las manos se hizo el desposorio. Mas el alma, conociendo su bajeza y las muchas miserias en que se hallaba, se abatió hasta el polvo, y no creía que con ella se había hecho el desposorio. Y así dijo a su Señor: "Dueño y Señor de mi vida, tus tesoros quieres echar al muladar y emplearte con la bascosidad de esta pobre, y polvo, y menos que nada". A que me dijo el Divino Esposo: *"Guárdame fidelidad, que las bodas han de ser allá"*. Con

esto desapareció todo, y quedó el alma en los afectos substanciales fuera de sí por media hora. Y vuelta en sí, sin dejar la atención a su Esposo, la dejó con un santo amor y temor reverencial, atendiendo a la fidelidad prometida, siendo una pobre pecadora, por lo cual humilde le di y le doy los agradecimientos. Que sea alabado. Amén.

TOMO III, LIBRO III

LETRAS DE AMOR, Y EXAMEN DEL MISMO QUE HACE EL SEÑOR CON SU ESPOSA

Entre dormida y despierta en que se hallaba el alma en el amor de su amado. Quien, como en otra ocasión, conoció que Su Majestad la estaba guardando, sin que nadie le interrumpiera el sueño de la contemplación en que su amor la tenía. Y al dar lugar el Señor, como vuelta en sí, alabó el alma a la Santísima Trinidad, y a la Virgen María mi Señora, y demás santos mis abogados, y al proseguir en estas súplicas, sentí (sin palabras) ponía en silencio el Señor al alma, como que a Su Majestad atendiera. Quedó toda enajenada de todas las cosas criadas. Y sola, en fe, la atención a su amado; haciendo su amor, aunque limitado, lo posible en amarlo. Y manifestando, con razones, los afectos, dijo el alma: *"Dueño y Señor mío, cuándo te sabre amar tanto como te sabían amar acá, en la tierra, tus amadoras y amadores, las santas y santos.* ¡Ay, Señor mío! que si yo te pudiera amar con todo el amor que te aman tus bienaventurados. ¡Oh y cuán gustosa y contenta estuviera en amarte de ese modo!"

A estos fervores e incendios en que el alma se hallaba, parece aumentó el Señor otros, con una pregunta que Su Majestad la hizo: *"¿Quieres amarme?"* El alma respondió: *"Señor mío, quiérote como a la vida de mi alma";* y sin poder referir con más razones más su amor, quedó como en una suspensión de todas las potencias, tiempo como de una hora. En que oyó del Señor en una voz interior el llamarla *"Serranilla de mi vida"*. Quedó el alma espantada, y aniquilada, de oír palabra y favor no merecido. Y sin estar en sí, y con más viveza y atención en su amado, oyó nuevo favor, en unas voces más angélicas que humanas expresado:

A la serranilla
cántenle favores;
que por amor mío,
padece dolores.

Y como si el alma no estuviera fuera de sí, la reconcentró más en sí su amado, con repetir el oráculo segunda vez el dicho: *"Serranilla de mi alma"*. Aquí ya no le pudo responder, por estar perdida, donde bien

se hallaba; y así, calló. Mas el Señor, como gusta que lo alaben las almas, no quiso estuviera la mía en tanto silencio; antes sí, la sacó de aquel misterio en que las potencias estaban todas empleadas en su amor, quien la dijo: "*¿Y pues? ¿No me respondes?*" Sentía a esto unos impulsos de cortedad; y otros de amor; y venciendo éstos, respondió a las voces, en lo templado de sus afectos:

Al Pastor Divino,
decidle que herida
de su amor flechero,
va la serranilla.

Lo cual, con las alas que el amor le daba, dijo a su amado: "Señor, aunque tú mi bien eres, la vida de mi vida, y el alma de mi alma: váyase el uno por el otro. Que aquí me faltan palabras para corresponderte. Y pues tú, Señor, de mi vida te pagas del estropajo de esta casa, qué puede haber en mí, sino faltas y tibieza en amarte; sólo te digo, vida mía y esposo mío, que quisiera tener mil corazones, y juntarlos en uno para amarte".

Y quedó el alma, segunda vez, traspuesta, sin saber lo que le pasaba. Mas para llegar al altar, dispuso el Señor volviera en sí; y fue a comulgar; y habiendo recibido al Santísimo Sacramento, quedó en el amor substancial como una hora; y salió el alma sin salir en grandes agradecimientos a su dueño y Señor.

El cual, prosiguiendo en favores a su esposa el día siguiente a lo referido, jueves, de su gloriosa Ascensión, hasta el lunes en que recibió diferentes mercedes; estando el alma este tiempo (sin merecerlo) casi elevada, con el objeto del Verbo divino, abstraída, me *parecía que se dejaba ver, cara a cara.* Y no lo miraba, mas en ese mirar al Verbo humanado, crecían los afectos amorosos en lo substancial del alma.

Este crecimiento del amor es una cosa muy subida; que no hay palabras para declararla. Piérdense todas las inteligencias. Y sólo queda la mantenedora, o inclinación de la voluntad en amar a Dios Nuestro Señor. Duró este favor tiempo de casi una hora. Y el Señor, soltando al alma un poco, para que atendiese a sus mandatos, le dijo: "*Ea, hija; alábame*". Y como el alma deseaba tener todas las lenguas para, en tonos diferentes, emplearlas en sonoras voces de su amado, dijo, más con el afecto, que con la palabra, el siguiente:

Cuándo sin medida
veré tu día claro de tal suerte
que te alabe y bendiga eternamente.

Mas el Señor, como se precia de amante, y vido al alma con fervores de verlo eternamente, le dijo, en retorno de amor, su afecto:

Tu amor me tiene herido
con tal modo
que en la eternidad será sin modo.

El alma, humilde, y ante su esposo humillada y abatida hasta el polvo, dijo a su amado: "Señor y amor de mi alma, que te pagas de la nada, habiendo otras que te aman mejor y con más fervor que esta nada". El Señor dijo: *"Ya te digo y te pido, correspondas a mi amor fino"*. "Señor y dueño de mi alma, respondió ésta, no te acuerdes de haberte ofendido; pues bien sabes, Señor mío, que te quiero. Y sin más dilación, sintió el alma la excitaba a la memoria de los trabajos y amor, a corresponderle en las preguntas que Su Majestad le hacía.

Cristo — *Dolores y amores*
son de fino amar;
Alma — *aunque un amor puro*
bien sufre el penar.
Cristo — *Dolores y amores*
son causa de hallar
Alma — *al amor divino*
que voy a buscar.
Alma — *Tesoro del alma*
eres, amor fino;
Cristo — *y causa de tus penas*
cuando me has perdido.

Aquí quedó el alma toda transformada en aquel ser divino, sin especies de nada, hasta la hora que lo recibió en la comunión. Y habiéndolo recibido, con los afectos muy crecidos que duraron en dar las gracias dos horas, y saliendo de la oración, saqué en un papelito aquellas letras, que se las di al padre.

Y estando pidendo al Señor por Vuestra Paternidad, lo favoreciera en los trabajos y penas en que se halla. Y con la duda, si el Señor sería servido de lo que padecía por defender su causa, me respondió Su Majestad: *"Dile a tu Padre que mi amor es fino"*.

Vuestra reverencia, padre mío, no esté discurriendo ni andando el entendimiento en esas penas. Deje al Señor que obre; que Su Majestad hará aquello que nos convenga; y sea todo para honra y gloria suya. Amémosle mucho, cuanto pudiéremos, que el Señor cuidará de nosotros. Y sea alabado y glorificado. Amén.

CATALINA DE JESUS HERRERA

SECRETOS ENTRE EL ALMA Y DIOS

(Transcripción del original manuscrito)

Dios inmenso y eterno, ¡quién tuviera mil corazones para amarte! Quién convirtiera en amores todos mis sentidos, pues sólo con este amor, acompañado del que Vos me tenéis, pudiera corresponder a tanta fineza como os debo.

Criaste mi alma a vuestra imagen y semejanza, hija sólo vuestra, que no la debí ni a mi padre ni a mi madre. La infundiste en un cuerpo que me diste.

Hija de padres cristianos viejos, y cuando tus misericordias me sacaron a la luz de este miserable mundo, libre de tantos riesgos como me refería mi madre que tuve al nacer, y después de nacida parece que te dabas prisa en que me limpiasen con las aguas del Santo Baptismo, pues en tres días que me tuvieron sin él, mudabas en mi rostro tres colores, ya anteado, ya azul celeste, y ya rosado. Con que, por temer mi muerte, apresuraron el bautizarme antes de los ocho días que en esta tierra donde yo nací es costumbre. Con esta santa medicina, quedó mi rostro en el color natural que me diste.

Tu Madre Santísima pienso que fue mi abogada, porque siempre le fui muy afecta, y siempre vivía con el agravio de que no me hubiesen puesto por nombre María, habiendo nacido el día de la Octava de su gloriosísima Asunción, Domingo, a las 6 de la mañana. Y el día 25 de este mismo mes nací a tu Divina gracia.

¡Oh, qué hermosa contemplo mi alma, Dios mío, en este estado, criada sólo para tus delicias! ¡Oh, quién siempre se hubiera conservado así, para no darte disgusto ni estorbar los placeres que pretendías tener en esta morada deleitosa que criaste! Pero, ay de mí, que aún no supe tener uso de razón, cuando ya te supe ofender.

Pasaré adelante, Dios mío, que aquí se confunde mi ignorancia pues no me entiendo viendo cómo podía experimentar en esa edad tantas gracias tuyas, juntas con tanta maldad mía.

Me diste, Señor, una madre santa, junto con un padre muy virtuoso, que ambos miraban por la honra de su casa y buena crianza de sus hijos. Pero en mi padre había una diferencia, nacida de ser hombre, que con ser hombre piadoso y bueno y muy misericordioso con los pobres, padecía el ser de mala condición con los de su casa en no hallando las cosas bien puestas; pero a nadie llegaba a las manos, siempre se quedaba en impulso su violencia.

Solo conmigo, en tres ocasiones, me libraste, Señor y Dios amoroso, la vida del riesgo de sus manos, aunque él después, humillándose delante de Vos y de mi madre, confesaba no saber qué espíritu le había insistido aquellos actos primos.

La primera vez fue siendo yo recién nacida, envueltos los brazos. Porque mi madre no acudió tan presto a mi llanto, me cogió en sus manos, y me iba a botar por una ventana, que si mi madre no apresura el paso, ya me arrojaba por la ventana con amago violento.

La segunda vez, ya yo sabía andar, y de esta vez me acuerdo que porque se habían descuidado en dejarme un palillo en la mano, con que yo andaba jugando, me cogió del pelo y dándome una vuelta en el aire me iba a botar por la ventana de mitad de la sala, y mi madre que no estaba lejos se atravesó ligera a la ventana y me recibió en sus brazos.

Tercera vez, era yo de tres años, y por amenazar a un criado le tiró con un lebrillo, y fue derecho a dar a mi frente, que se quebró en ella y me partió el casco, soterrándose dentro de los sesos los pedazos de barro, y mirándose los sesos de la parte de afuera. Y no sé por qué no lloré ni grité, de suerte que nadie me lo reparó. Y ciega con la sangre en los ojos y cara, me fui sin saber por donde a caerme por un precipicio de la casa, a cuyo tiempo me miró una criada, que me favoreció y llevó a los brazos de mi madre. Que dieron los médicos por milagrosa mi salud.

Después, Dios y Señor amoroso, que no queréis la muerte del pecador, le domaste a mi padre este genio con tantos trabajos, que le diste una dichosa muerte, después de una larga enfermedad, que la toleró con gran paciencia y conocimiento de su muerte, dejándome ya a mí de edad de once años, que hasta esta edad ya me había dado todos los consejos necesarios para toda mi vida.

Benditas sean tus piedades, Padre amoroso, Dios bueno, pues sólo para monja me debiste de guardar la vida, estas y otras muchas ocasiones que no refiero por no ser dilatada, y basta con que Vos, Dueño mío, lo sepáis para que por tu gracia me déis el don de serte agradecida.

Aunque me parece que fue mayor misericordia tuya haberme librado la vida esas dos veces que vos sabes: de aquel toro que por dos veces me volvió del camino en aquella estancia, que por ningún modo me dejó pasar adelante; hasta que me diste a conocer que iba sin licencia de mi madre. Como en aquel río, por travesura de mi hermano religioso, se expuso él y me expuso a mí a peligro de ser ahogados en la boca de aquel

animal o bestia del agua, que al dar yo un grito invocando a Nuestra Señora del Rosario, se turbó el animal y nos dio tiempo de escaparnos. Si en estas y otras ocasiones, yo hubiera perdido la vida, ¿adónde estuviera yo? Dichosa me hubiera llamado si en manos de mi padre hubiera muerto, porque ya, mi Dios, te gozara, ya te amara sin peligro de ofenderte ni perderte. Pero en estas otras ocasiones, pobre de mi alma, ¿qué sé yo cuál era mi conciencia, ni dónde hubiera parado, si tu misericordia no me hubiera guardado la vida? Gracias te sean dadas, mi Dios, en el cielo y en la tierra, que me avergüenzo delante de Vos de ver que te las doy con un corazón tan frío, tan helado, que es vergüenza. A no ser Vos tan bueno ¿cuándo me atrevería a ponerme delante de Vos, mirando que también sois justo? ¡Ay, Señor, quién será capaz de agradecerte! Agradeceos Vos a Vos mismo, pues que aquí no hay otro remedio. ¿Qué criatura podrá ser capaz de agradecer al Criador, ni con qué palabras? Se abisma el entendimiento, y no sabe pasar a decir más, si no que sois grande, y yo soy nada. Ostentaste tu grandeza en la más vil criatura que sacaste de la nada; y sin saber serte leal, se ensució en las vilezas que Vos tanto aborrecéis. Oh Dueño de mi alma, tierno amante del corazón humano, acuérdome, única esperanza mía, para agradecerte tus finezas, no para ser ya más mal agradecida con tu divina gracia, de vuestras finezas.

Desde mi tierna edad, siendo yo de edad de cuatro años, vi nacer un niño del vientre de mi madre, y sólo con cuatro años le llevo en edad a ese, que por eso sé que no tuve más edad entonces. Y hasta entonces no había visto yo nacer a nadie. Y desde entonces, sin méritos míos, me concediste Vos, Señor, un favor que hasta ahora lo continúas en mi pobre alma, que es tu divina presencia; tanto, que nunca se me hizo novedad, y hasta poco creía yo que toda criatura racional gozaba el mismo beneficio, si Vos, Señor, por boca de un sacerdote no me hubieras descubierto lo contrario, con que me diste materia para deberte ser más agradecida.

Y fue este el principio de este beneficio de tu liberal mano. Al ver yo que de mi madre nacía un niño, me causó novedad y me quedé pensativa, discurriendo que de la misma suerte produciría yo y todos mis hermanos. Pero mi madre ¿de dónde produjo? Sin duda que de otra mujer sería. Y aquélla, de otra; y así habremos sido todos los vivientes. Pero la primera de quien empezamos a nacer ¿de quién produciría? Aquí se atracó mi discurso y me vi fatigadísima con esta duda. Volvía y volvía a remover desde el principio mi discurso, y llegando a la primera mujer, me atracaba y fatigaba, hasta que ya no lo pude sufrir.

Al cabo de largo rato que estuve en estas batallas, viendo que ya mi madre se había sosegado de las bullas y fatigas del parto, me llegué a la cama, y desde el principio le referí mi discurso. Pero llegando a la primera mujer, le pregunté que cómo podía haber sido aquélla y de quién había producido? Entonces Vos, sapientísimo y amoroso padre, criador de todas las cosas, le alumbraste a mi madre para que, como con

una persona grande y capaz, se hubiese puesto a parlar y referirme que Vos eras el criador de todas las cosas, y cómo criastes el primer hombre y mujer de donde producimos todos. Contóme la creación de los cielos, ángeles, y todas las cosas, y cómo Vos eras trino en personas y uno en esencia; que eras eterno sin principio ni fin.

Hícele varias preguntas, y recibí muchas respuestas, hasta quedar informada de los misterios de fe, que todos me los refirió, con tus grandes beneficios; de haberte hecho hombre, y cómo premiabas a los buenos y castigabas a los malos.

Y estándome ponderando tu grandeza y cómo estabas presente en todo lugar, se me ocurrió la duda de que cómo podía ser que teniendo todas las cosas principio, Vos, Señor, de dónde produciste. Y al querer preguntar esto, llenaste, Señor, el interior de un temor, alumbrándome a que abrazase lo que se me había dicho de que no tenías principio; que no era lícito pasar con el discurso más allá. Y así me acuerdo que no pasé a la pregunta, sino que, confusa, rendí mi espíritu delante de Vos, confesándote del modo que ya te conocía y sujetando el discurso a no querer penetrar más.

Y desde este día andaba como absorta, sin poder pensar en otra cosa que en Vos, Dios amante y Criador de todo. Si miraba los cielos, en todo te miraba, Criador de ellas. Y de esta tu presencia hasta ahora, desde esa edad, no me acuerdo cuando he estado sin ella. Porque me parece que no me la había quitado de mirarte siempre en todo lugar. Y desde esta edad te temía, y conforme iba creciendo, me guardaba de ofenderte en todo aquello que yo sabía que era pecado. Pero de lo que yo ignoraba que era ofensa vuestra, como caballo desbocado, suelta la rienda a mis malos apetitos, me desmandaba de tal suerte, que ponía a riesgo mi pobre alma de que te perdiera.

Estaba yo un tiempo afligida, causados de algunos padeceres, y pensaba una noche: ¡Válgame Dios! ¡Qué desagraciado es este mi convento, que ha tantos años de su fundación, y no se oiga que haya florecido aquí ninguna religiosa! Este pensamiento me comenzó a poner displicente, pensando: ¿Por qué no me iría a Lima a algún monasterio donde tantas florecían? (Como si las virtudes ajenas sirvieran para mi perfección). Aquí (pensaba), no hay una de quién decir este ejemplo seguiré, pues ni aun de las fundadoras hay cosa memorable.

En estos pensamientos y aflicción estaba, cuando me dio una breve suspensión, y vi que se abrían las puertas de una celda que de donde yo estaba era lejos. Abriéndose éstas, se apareció allí una hermosa monja. Parecióme santa. Y todo el vestido y tocado lo tenía esmaltado de lucidas y resplandecientes planchas, más lucientes que espejos. Y mirándome, me dio a entender que ella era la que aquí había florecido. Volví en mí

cuando desapareció. Y no conocí quién fuese. Al día siguiente, con cuidado pregunté a una monja vieja, cúya había sido aquella celda antiguamente, y me dijo que de la Sierva de Dios Juana de la Cruz. Entonces me acordé haber oído contar de ésta muchas virtudes y prodigios.

Pasados días, acabada de oír la lección del refectorio, mientras salían las monjas, me paré a ver lo lindo que es un Señor que está en la pared del refectorio. Arrimáronse otras cinco a ver lo mismo, y una me dijo: Vamos viendo todas las imágenes, a ver cuál es más linda, y vamos a ver el Señor que hizo poner en el callejón la Sierva de Dios, Juana de la Cruz, cuando allí se le apareció y le habló.

Fuimos. Y al estar mirando al Señor, me dio impulso, y dije a las demás: ¿No es una lástima que a esta Sierva de Dios la hayan echado al olvido? Y cuando acaben de morir las que la conocieron, ya no quedará ni memoria de sus prodigios! Tan bueno que fuera que, como la quisieron sacar de la sepultura antiguamente, pues le hicieron arco y toda prevención para ponerla, lo hicieran ahora! Si fuera lícito ver siquiera cómo está, yo fuera a abrir su sepultura. Dijéronme dos de ellas que hablando de ella con un sacerdote Siervo de Dios, les había dicho que no era malo abrir y ver cómo estaba; que si lo querían hacer, lo hiciesen a escondidas. Con esto compactamos entre las seis hacerlo. Las demás, todas eran de secreto y virtud.

Las viejas nos habían contado que, para que no se perdiera el cuerpo, la habían enterrado en ataúd, y que otra ninguna no estaba así. Pero ninguna sabía decir el lugar cierto de su sepultura, y cuando con disimulo les preguntábamos, nos señalaban dudosas tres lugares. Yo, como era gradera, con facilidad me quedé con la primera llave para abrir la sepultura.

A deshoras de la noche, fuimos una noche; y la sepultura que tuvimos por más segura, abrimos con grande trabajo, con solas fuerzas de mujeres. Descubrimos un Cristo hermoso, que tenemos en el altar del coro bajo, difunto, y nos encomendamos a El y le pusimos luces.

Cuando estábamos cavando, comenzó un gran ruido en el coro alto de la iglesia. Tosían como amenazándonos, con eco disonante de hombre. Todas conocimos ser demonios, y no les hicimos caso, ni tuvimos el menor miedo. De rato en rato salía una a rondar el convento, para no ser cogidas, y de que ésta se volvía a lo de nosotras, se venía el enemigo a la puerta del coro bajo, con el mismo eco de la prelada como enojada. Salíamos asustadas, y no hallábamos a nadie. En fin, cavamos muy profunda la sepultura, y no hallamos nada. Después de tanto trabajo, como ya venía el día, la volvimos a cubrir desconsoladas. Y levanté los ojos, a quejarme al Señor Crucificado, de tan mala noche en vano, cuando lo vi con los ojos abiertos, que parecían dos luceros, que me señalaba la misma sepultura por cierta, y que aquella misma era. Por atenderle a un aviso y agradecerle aquella seña, que me encendió el corazón, no atendí ni acordé que era la imagen difunta, y me quedé en la creencia

de que tenía ojos abiertos, sin acordar que era otro beneficio ese. Otra de las religiosas de las mismas, llamada san Joaquín, al tiempo que yo llegué al Señor se llegó ella también, y lo vio. No le dio el aviso que a mí me dijo, pero le vio con los ojos abiertos. Y por entonces no me dijo nada, ni yo me descubrí a ella.

Cuando abrimos la sepultura y no hallamos nada, se me previno que nada era bueno hacer sin pedir licencia. Y así, les dije que la tapásemos, y que otra noche la buscaríamos en otra parte, con licencia. Fuímonos con esto, y al ir a salir de la grada, el demonio nos cerró la puerta y nos corrió por afuera la aldaba que habíamos dejado colgada sin llave, y nos dejó encerradas en la grada.

Aquí fueron nuestras aflicciones, pues ya amanecía, y levantándose las monjas, nos habían de hallar allí, casi desnudas, porque para cavar tierra así habíamos ido. Y lo que discurrirían de nosotras, todo nos afligía. Empezaron las demás a maldecir al demonio por entremetido. Visto que no había remedio con los oprobios y maldiciones que le decían, me llegué yo y la otra que ahora es prelada a la puerta, y empezamos a rezar Magníficas y a decir Ave María, y al pronunciar otra vez Ave María, se levantó la aldaba y cayó y se abrió la puerta.

A la tarde, después de nona, nos quedamos en el coro bajo, y se llegó a mí la san Joaquín y me dijo: ¿Vio el prodigio de anoche, que el Señor abrió los ojos, y tan hermosos, que no he visto otra cosa? Díjele: hermosos los tuvo, pero el que los abra no es prodigio, porque la hechura misma es así. No hay tal (dijo), porque es difunto. Usted (le dije) está engañada, vámoslo a ver. Corrí el velo, y me hallé con el Señor que tenía los ojos cerrados. Entonces creí lo que me decía y yo había visto, y también los resplandores que echaba el rostro, que ella y yo los vimos. Naciendo yo como incrédula, ponerle otras noches luces, por ver si ellas causaban aquello, y no era así. Otra de estas religiosas nos oyó esto, y la segunda noche que la fuimos a buscar, cogió incrédula una luz y fue a registrar la cara del Señor, y no vio nada. Y no nos descubrió su incredulidad ni pensamiento. Pero Vos, Señor, lo descubriste todo a aquel tu Siervo, que desde su retiro nos había estado mirando. Y le descubriste el nombre de cada una (que no nos conocía), y le dijiste que ya habíamos hallado el ramillete de flores que estaba profetizado hallarían estas monjas a las tres de la mañana. Y ellas lo habían imaginado muy material. Que madrugaban las viejas y se iban por el patio por ver si ellas lo hallaban. Le pusiste Vos, Señor, el nombre a aquella religiosa incrédula, diciendo fulana es Santo Tomás, ver y creer. Este tu siervo descubrió todo el caso. Que, de no, hasta ahora estuviera en silencio.

Al día siguiente me fui a lo de la prelada, fiada en que era anciana y de poca memoria, y que luego se había de olvidar. Y a vos también te lo pedíamos así, Señor. Pedí licencia, y luego se le olvidó, porque no me preguntó más sobre el caso, ni se supo, hasta el año, que aquel siervo de Dios lo descubrió, al otro día de sucedido, a un caballero su

hijo de confesión. Y éste no pudo callar más que un año. Que por ser cosa larga referirlo todo, no lo escribo.

Con la licencia de la prelada, nos fuimos a la noche. Se abrieron tres sepulturas. Yo me apliqué a la misma que el Señor me había señalado, sin ningún miedo a tantas muertas que sacábamos. Y la más profunda, la de la Sierva de Dios. Y habiendo cavado hasta donde cavamos la noche antes, pareció el ataúd, que era la seña. Luego que descubrimos un pedazo, nos paramos, dudando si acaso a otra por autoridad habían enterrado en ataúd. Y luego hizo dentro un ruido de huesos, que era imposible, porque toda había estado apretada como pasta.

Nos animó aquel ruido. Descubrimos todo el ataúd, y pareció todo cubierto de crucecitas de las mismas astillitas que al cavar se habían pegado de las tablas, que ya estaban podridas, con un cuerpo fresco, recién enterrado, que hombro con hombro habían puesto, y tan encima y pegado a la Sierva de Dios, que para sacarla, era necesario estar teniendo sujeto el medio cuerpo de la otra. Que de no, se hubieran podrido las tablas. Porque, para enterrar a ésa, dieron los indios un barretazo, y quebraron un pedazo, el que anduvo repartido entre las monjas, de una madera nueva que trascendía a rosas. Yo tuve un pedazo. Y decían las viejas que ese había de ser el ataúd de la Sierva de Dios; que no había otro. Pues con las crucecitas que aparecieron, certificamos ser Juana de la Cruz. Y aquella noche hizo el demonio los mismos ruidos, y también sentimos que de la iglesia se vino a la sepultura el alma de un vicario difunto, al tiempo de nuestra duda, y dijo: Esta es. Y esto no pasaba por una sola. Yo también lo sentí, aunque no le oí la voz.

Antes de sacarla, destapamos la tapa del ataúd. Y se descubrió un cielo estrellado, del modo que yo la había visto en aquella visión que dejo escrita: de la cabeza a los pies, cubierto por encima del vestido de un vidriecillo tan delgado, que lucía como estrellas. Y el vestido todo pegado a la pasta de su cuerpo. Al descubrirle el rostro, quitándole el velo, despidió una fragancia de la calavera, de un conjunto de todos los olores. Que no pudimos distinguir ninguno en particular. Los sesos relumbraban como venturina.

Díjome un día el padre Rea, con aquel su corazón encendido en tu divino amor, que cuando me pusiese en oración formase en mi corazón una capillita, y que pusiese allí los altares que más devoción tuviese, y allí orase. Yo, que siempre he sido mala compositora de lugares para la oración, me puse un jueves en la escuela de Cristo a querer formar mi capillita, con gran trabajo, porque todo se me volvía una maraña. Trabajaba y más trabajaba, y formaba unas tosquedades que me quitaba la devoción.

En este afán estaba, cuando repentinamente me formaste Vos, Señor, un sagrario, y en él Vos en forma de un agraciado y hermoso niño. Pero apenas os pude ver, porque luego con tus manitas tiraste un velo y os cubristeis, dejando solos los piececitos de fuera. Acudí desahilada a besártelos, y sin darme lugar los retiraste. Acudí a buscarte, como loca de tu amor, y te me ocultabas. Y volviéndome a mostrar los pies, al quererme rendir a ellos me los volvías a esconder. Y en este juego de amor me tuviste hasta que, dejando mi corazón inflamado, os desapareciste, dejándome loca por Vos, dueño de mi alma.

Y este ha sido siempre la composición de lugar que yo he tenido. Que si Vos, Señor, no me lo habéis compuesto, seguro está de que yo (no)[1] lo haya sabido componer. Por eso diré con verdad que lo que aquí escribo no son más que dos asuntos, el uno de tus misericordias meramente usadas conmigo, porque sois tan bueno, y el otro, de mis miserias, que de tan ruin y mala criatura no puede salir otra cosa. Así te jugabas, mi Dios, en ese tiempo con esta pobre alma, que así la querías enamorar de tus cariños.

Otra vez, habiendo yo dado unas medias a una pobre por tu amor, a la noche, privada de mis sentidos, me apareciste como Niño hermoso, sentadito en mis faldas, jugando con vuestro calzadito. Os descalzabas un piececito, y me tirabas la sandalita. Cogíale yo y os la ponía. Y, mientras os calzaba el un pie, os descalzabas el otro. Acudía a calzaros ese, y hacías lo mismo con el ya calzado. Y os dije: ¡No seas travieso, Niño! Y os reisteis, dándome a entender que jugabas con esa gracia porque eran las medias que yo te había dado en la pobre. Por tan corta dádiva, mi Dios, tanto gracioso juego con esta pobre alma, es quererte coger, mi Dios, de menudencias para hacer gracias y jugar con tus criaturas.

Pasando a tus pies, Señor, a referir tus amorosos favores, ¡Oh amor dulce y dulce amor!, sucedióme una ocasión, en una suspensión de sentidos, hallarme sentada al pie de un hermoso altar, todo él de arriba abajo matizado de flores blancas, coloradas, azules y muchas hojas verdes. Y en éstas había variedad, porque las flores blancas, unas eran hermosas y bien compuestas; pero otras, algo manchadas o empañadas. Las coloradas, o color rosado, unas eran hermosas y de color vivo, y otras, apagado. Y las hojas muy desparramadas, de unas más que de otras. Las azules, unas de azul celeste y hermoso; y otras, color renegrido o azul obscuro, y de poco o ningún agrado. Las hojas verdes eran unas de verde renegrido y fastidioso a la vista, y las otras de verde vistoso. En la superficie o cumbre del altar había una cruz pequeña, como de una tercia, toda adornada de preciosas piedras, que era lo que hacía más precioso el altar.

Luego me hallé allí, reparé en mis faldas y brazos que tenía a Vos, Señor, dueño de todos los amores puros, tierno Niño, hermoso y agradable!

[1] Alguien, de otra letra, tinta más moderna, añadió este "no" en el manuscrito.

Quedéme contemplando tu hermosura y la grandeza de un Dios sujeta a tierno Niño, sin poderte hablar palabra, embebida toda el alma y corazón en Ti. Y con caricia de Niño, como de hijo a madre, volviste vuestro hermoso rostro con tiernísima alegría a mí, y me dijiste: ¡mamá!

Al decirme esta amorosa palabra, puse la consideración en vuestros ojos. Y, aunque en Vos, Señor, más hermosos y agraciados, vi que se parecían, sin otra diferencia, a unos que yo conozco [2]. Y admirada, no sabía entender por qué era aquello, cuando de Vos se dice que eran vuestros ojos garzos. Y luego respondiste a mi pensamiento y duda, diciendo: gusto de parecerme a quien amo y a quien es mi semejante.

¡Oh, Señor! ¡Yo no sé decir cómo estuve! Tú lo sabes, y mi confesor que esto lea me entenderá. Porque estas cosas no tienen explicación ni ponderación bastante para lo que el alma siente en estos tan grandes favores que recibe. ¡Quién, Señor, se los diera a todos los vivientes del mundo! Que a fe de carrera lo dejarían todo y se retirarían a pensar en sólo amarte, y se quedaría sin ser mundo.

¡Válgame Dios! Considero muchas veces, en esto de haberme tu majestad dicho mamá, que te hiciste, Señor, la pegadura como Niño. Aunque tan sabio, te engañó el amor que tenéis a la humana naturaleza. O, como los demás niños que dejan los brazos de sus propias madres y se botan a los de unas viejas feas y asquerosas, diciéndoles mamá, sin serlo por naturaleza, ni más ni menos os dejaste, mi Dios, engañar como Niño.

Sucedíame en este tiempo salir varias veces de mis sentidos, y unas me miraba andar ligeramente a caballo y pasar los mayores precipicios y peligros con ánimo y felicidad. En algunos temía, pero los pasaba. Otras veces me miraba embarcada, andar la nave ligera, con viento próspero. Otras, se armaban tormentas y calmas; pero zafaba de ellas. Otras veces daba la embarcación en tierra seca, que no podía pasar adelante, y miraba al confesor que era el piloto que trabajaba mucho. Y muchas veces no alcanzaban sus fuerzas a poner la embarcación en aguado, para que pudiese navegar. Y luego se me desaparecía, y quedaba sola en grandes aprietos. Y al pie de la letra, con el tiempo así me sucedía, aunque cuando me sucedían estas visiones, yo no las entendía todas. Otras veces me miraba en varios jardines, que todos entendía eran mi misma alma. Y miraba al confesor como hortelano que se ocupaba de ir arrancando la mala yerba. Otras veces veía este jardín tan seco por falta de jardinero, que casi se iba acabando. Y así me lo iba después mostrando el tiempo.

Otras veces me miraba que me adornaban, sin mirar la mano que lo hacía, como para novia. Y me parecía ser como de edad de doce años,

[2] Por lo que sigue se ve que se trata de sus propios ojos.

siempre que esto miraba. Y una de estas ocasiones que así me estaban adornando, salieron tres enemigos en figura de hombres feroces, mal carados, y el uno me parecía amujerado. Alegando contra aquella compostura sus razones, querían arremeterme furiosos, pero invisiblemente me defendían. Sacáronme a un valle muy hermoso, en donde vi una fuente de agua cristalina en donde bañaban a una tierna niña, con gran aseo y cuidado, y le iban poniendo nuevos adornos. Diéronme a entender los que me llevaban era aquella mi alma. Luego desapareció, y me hallé con un anillo en un dedo, que aunque no lo miraba, pero conocía que lo tenía.

Y haciéndome proseguir el camino, columbré que hacia mí se venía una comunidad de Religiosos de Nuestro Padre Santo Domingo con luces en las manos. Saludáronme con un lenguaje del cielo, y poniéndome en medio, me fueron llevando por un camino de aquel valle, muy apacible, y llegando a una puente angosta, me dieron a entender que los siguiese. Hícelo así, y al medio de la puente descendió de lo profundo uno de aquellos tres enemigos que al principio alegaban sus razones. Y, como que perdía la esperanza, furioso, me ofrecía una corta moneda, diciendo repetidas veces: ¡Suelta ese anillo! Que más me tocas a mí, que no a quien te lo mandó poner. ¡Suelta, infame: esta alma es mía! Entonces aquellos religiosos, con gran paz y serenidad lo conjuraron. Saltó la moneda, y cayó precipitado. Y prosiguieron llevándome hasta el fin de la puente, en donde me dieron a entender: Hasta aquí no más te conviene por ahora. Y encargándome la perseverancia, desaparecieron.

Otra ocasión vi que por dentro de mi convento corrían arroyos de agua cristalina, que todo el convento se bañaba de estas aguas. Comencé a caminar yo por ellas con los pies descalzos, y en breve llegué a un valle, en donde te vi, Señor, en forma de mancebito. Pero como que me demostrabas estar enfermo y algo maltratado, pues hasta el rostro lo tenías desfigurado.

Púseme junto a Vos, y comenzaste a regalarme. Y entre tus caricias, me diste a entender que trocásemos las voluntades. Dije que sí. Y entonces, por modo especial, hiciste el trueque, diciendo o dándome a entender: Mi voluntad sea tuya (y al decir esto, sentí que se me infundía tu voluntad a mi alma), y la tuya mía. Y al decer esta otra razón, sentí que de toda el alma te la daba y se la infundía dentro de tu divina majestad.

No me acuerdo si fue antes de sucederme esto, o después, porque ha mucho tiempo que estas cosas me sucedieron, estoy en que serán nueve o diez años, que me vi en una iglesia. Y en una vez vi que me sucedía la cosa tres veces.

Vi en este templo o iglesia que había muchas sepulturas y muertos desenterrados o mal enterrados. Al sacarme de la iglesia una persona que yo miraba, estaba la pila de agua bendita, y me parece que la tomaba para limpiarme de culpas. Y en aquella iglesia no andaba sin horror, que harto tenía a la vista de aquellos cadáveres. En fin, sacáronme de allí, y

me llevaron a la orilla de un mar, en donde estaba una embarcación. Embarcáronme en ella, y no habíamos en esta embarcación más que tres personas: quien a mí me embarcó; Vos, Jesús mío, que conocí ibas a proa, aunque no te miraba bien, y yo. En esta embarcación no iba otro género de bastimento que un género de grano de legumbre, y, por si fuese disparate, diré que eran lentejas. Corría un viento próspero y suave, que conocía me llevaba hacia el norte.

Llegó la embarcación al puerto, y entonces vi que quien me había embarcado era un ángel. Y Vos, Señor, le diste orden que me llevase adonde me convenía. Desembarcóme, y entonces me vi de la edad que ya he dicho, y adornada de galas. Cogióme de la mano izquierda el ángel y me enderezó hacia un palacio, en donde entramos.

Llegamos a la primera sala, que del todo era obscura, y sin su guía yo no sé si hubiera podido andar. Pasamos a la segunda sala, y ésta tenía ya más claridad, pero no tanta; en donde vi en las paredes unos rótulos que no me dio licencia a que los leyese, porque no los había de entender. Pasóme a la tercera sala, en donde había ya luz, porque comunicaba por una ventana que había, que se podía ver lo que allí había. Pero con todo, había sobre la mesa una vela encendida; compuesta la mesa, y encima un cuaderno.

En cuanto entré salió a recibirme otro ángel, que guardaba todo aquel palacio, que conocí se componía de otras mansiones, pero yo no vi sino las que digo y diré. Recibióme el otro ángel y me sentó en un tálamo que allí había, de donde él salió para recibirme. Púsose junto a mí. Parecióme que había un hermoso lecho, el cual no me mostraron, sino los pies de él. Llegóse a la mesa el ángel que me llevó, y con gran reverencia cogió el cuaderno, y abriéndolo me comenzó a leer desde los misterios de la encarnación hasta la vida de Cristo antes de su pasión, en donde conocía una inmensidad de la Divinidad en aquella santa humanidad encerrada, sin dejar de extenderse lo inmenso hasta donde ningún discurso puede alcanzar.

Luego que cerró el cuaderno, sin saber cómo me volví a hallar en la iglesia, con los mismos muertos, y con el mismo horror me volvieron a ir sacando como la primera vez, pero sin acordarme de lo ya sucedido. Asimismo me embarcaron y desembarcaron y me metió el ángel por las mismas salas. Y recibiéndome el otro ángel, me puso de la misma suerte. Volvió el otro a coger el cuaderno con la misma reverencia y leyó admirables misterios de la pasión del Señor hasta su resurrección. Y, cerrándolo, sin saber cómo me volví tercera vez a hallar en la misma iglesia, no con tanto horror, porque ya no vi muertos, que estaban ya enterrados.

Fueme sacando el ángel que era en forma de un mancebo. Y, al llegar a la pila de agua bendita, la hallé ya seca, que no hallé agua bendita que tomar. Suspendíme un poco, pensativa, y me ilustró el ángel diciendo: Sal ya presto de esta habitación de muertos, que ya no te conviene estar aquí. Entonces levanté los ojos a Vos, Señor, mirando que no

había agua bendita con qué limpiarme de mis manchas, y te dije: ¡Oh Señor!, en cualquier estado que me pongáis, mientras vivo en esta vida siempre necesito de tu misericordia, y que yo te pida perdón de mis delitos. Ten, Señor, piedad y misericordia de mí.

Y con esto me cogió de la mano el ángel y me llevó tercera vez a embarcarme. Volvió a suceder lo mismo, hasta meterme a la misma sala. Y cogiendo el cuaderno el ángel, leyó de la resurrección del Señor y los demás misterios, hasta su subida a los cielos. Y luego paró de leer, y quedó mirando el cuaderno con gran atención y reverencia, y me parece encendido el rostro.

Diéronme a entender ambos ángeles que hasta allí entendía lo que significaba y se había leído en el cuaderno; pero que lo demás no lo entendería hasta otro tiempo; pero que me llegase a mirar el cuaderno. Lleguéme, y vi que con letras resplandecientes estaba lo demás escrito. Apliqué la atención a leerlas, y no pude ni juntar letras, ni entender lo que decía, porque me pareció otro lenguaje. Sonriéronse ambos ángeles, y me dijeron: Por aquellas otras lecciones y leyenda has de aprender ésta: aún no es tiempo que ésta entiendas. Ocúpate en los amores de Dios Hombre, ya tierno niño, ya crecido, ya en su pasión y ya resucitado. Y ven ahora y verás el pesebre donde te han de ocupar en esas ternuras de amor.

Lleváronme a una como tras cancel, donde vi como una sala pequeña, muy pobre. Había un altar, pero muy pobre, y en él unas cortinas muy blancas. Vi delante del altar una perrita, que dormía un sueño muy dulce y suave. Era blanca, pero aquel blanco estaba todavía muy empañado. Conocí que entraba allí con un suave y grande silencio. Pregunté con sólo inteligencia, porque allí no se hablaba, qué había detrás de aquellas cortinas blancas, y asimismo me respondieron los ángeles: no te conviene mirar todavía aquellos espacios. Yo, como tenía gran deseo de ir por allá y mirar lo que había, les rogaba. Y me dieron a entender que si iba allá sin tiempo, lo perdería todo. Roguéles que siquiera me permitiesen levantar aquella cortina, para ver de allí no más. Quedáronse mirándome y sonriéndose. Y como vi que no se enojaban, ni me lo volvían a repugnar, fui intrépida a coger la cortina y levantarla. Y al hacer esto, me hallé en esta vida, en mis miserables sentidos.

Otra noche me sucedió, y aunque esto sale fuera del asunto, pero todo va a dar allá, porque fue un junto de padeceres, en un mismo tiempo. Y fue mostrarme también el Señor cuánto lo tenían ofendido los moradores de esta ciudad.

Pues esta noche, en esta misma cuaresma, sacásteme, Señor, de mis sentidos totalmente. Y parecíame que entraba a una gran casa, que tenía muchas habitaciones. En esta casa me he visto entrar varias veces desde

que soy monja. Pero con esta diferencia: que a los principios que en ella entraba, no conocía sus habitaciones, y la curiosidad me metía por unas partes que después me pesaba, porque me hallaba en unos entredos metida, que me veía en gran padecer, que por más que yo quería zafarme no daba con la salida por donde entré, sino pidiéndote a Vos, Señor, mucho tu amparo. Entonces, después de mucho padecer, me hallaba fuera. Así me parece que es y sucede a quien por su gusto se mete en enredos de mundo, por ligeros que parezcan, y en cualquier cosa que no en Vos, Señor y dueño mío.

Con la experiencia de varias veces que esto me sucedía en esta casa o palacio, fui conociendo sus habitaciones y huyendo de sus enredos. Pues esta vez que digo que volví a ver esta casa, conocía que me metían a ella para que viese cuánto estabas Vos, dueño mío, ofendido de sus moradores. Y en esta vez que entré ya la conocía muy bien. Y entré sin miedo porque me acompañaba un mancebo que no miraba yo, pero lo entendía. Y conocí que me era buen amigo, porque me iba enderezando por las sendas, seguramente para que yo no tropezara en ellas.

Se me descubrió en esta casa mucho más de lo que había visto otras veces. Habitaciones diferentes: unas llenas de encantos, y todas llenas de cuantos vicios hay, en figura de varias formas. Y cada vicio tenía varios demonios que le guardaban, unos más que otros. Habían diferentes pasiones, en varias figuras. Y cada cosa de éstas tenían sus diferentes nombres, como también los demonios, sus agentes. Que todos trabajaban, cada cual en su maraña.

En todo este palacio no se miraba una virtud. Había aquí mucha gente de todos estados: sacerdotes, religiosos y seglares, hombres y mujeres. Y, siendo todos hijos de una iglesia, a todos los miraba que ni por el pensamiento se les pasaba el nombre de Dios. Conocí algunas personas, y algunas allegadas mías, unas en sangre y otras en amistad, tan embelesadas, que no se acordaban si por ellas había de venir otra vida. Todos y todas vivían allí alegres, y a cada persona asistían aquellos vicios que le tocaban con sus demonios. A ninguno de éstos hablé, porque no tenía licencia; aunque me causaban gran compasión, pasaba de largo, mirándolo todo.

Y mi compañero me sacó por otra habitación, detrás de una gran pared en la cual había una ventana y en ella asomado un demonio en figura de mono. Y con sus monerías quiso divertirme. Allí conocí que mi compañero me inspiró que no lo mirase ni me detuviese. Hícelo así. Y me dijo el demonio mono que no entrase por otra habitación donde yo me enderezaba. No le hice caso, y proseguí. Amenazóme que si por allí entraba, me había de ir mal. No le respondí palabra. Y entré a una habitación oscura y desapacible, como toda la casa lo era. Estaba horrorosa. Procuré buscar para otro lado su salida, y, al hacerlo, me llevó la atención una vieja que vi, muy en silencio y como a escondidas, retirada a mano derecha del camino que yo llevaba. Tan puerca ella, tan

de mala traza, en fin, tan ruin ella de cuantas personas había visto en aquella casa. Fuime para ella y le dije: ¿Qué haces aquí? Que no tienes cara de hacer cosa buena. Díjome que fuese, porque a mí no me convenía estar allí ni llegarme a ella. Conocí luego, con luz del cielo, que aquella era la deshonestidad, encantadora de las voluntades, que sólo Dios debía ser dueño de ellas. Amenazóme con que a mí me había de encantar, si no me iba y permanecía junto a ella. Enfadéme y díjele: Vete tú, que no tienes poder con quien a Dios teme. Acobardóse. Yo, viéndola tan ruin y que se acobardaba, en nombre de Dios la eché de allí. Quería para irse ocultar de mis ojos no sé qué. Y, sin darle tiempo, con mi enojo la eché, sin quererla tocar, porque me repugnó el espíritu.

Apenas se retiró se me descubrieron un hombre de buen parecer y una señora, también de buen parecer, hombro con hombro, hincados ambos de rodillas adorando uno a otro una beldad falsa. Y ligados uno a otro con unos fuertes cordeles. Ciegos ambos. Vendados los ojos con un paño negro y muy ruin, del vestido que tenía aquella vieja. En fin, manos, pies y todo el cuerpo estaban atados uno con otro, que no podían estos miserables hacer movimiento a cosa buena. Reparé que la mujer tenía el rostro muy triste.

Paréme a mirarlos, compasiva, y discurría: ¡Oh Dios mío! ¡Qué miseria ésta, en que ha puesto a estos miserables esa encantadora! Y con gran compasión deseaba tener algún valor y habilidad para desligarlos de aquellas ataduras. Ellos no hablaban, sino, como llevados los entendimientos, parecían encantados.

En fin, de ahí a rato vi que aquella mujer, de cuando en cuando, daba indicios de quererse soltar. Y luego volvía a mirar como imposible su remedio. El hombre no hacía ninguna diligencia, ni daba muestra alguna. Viendo esto, se me inclinó la voluntad a desear librar a la mujer, y, después, ver si lo conseguía con el hombre.

Cuando tuve este deseo, vi que la mujer sintió que yo estaba allí, y entonces hizo un movimiento como pudo, suplicándome la librase y soltase de esas ataduras. Entonces me llegué a ella y le dije: No desconfíe de la gran piedad y misericordia de Dios, que es poderoso para sacarla de aquí, soltándola de estas crueles ataduras. Vi que se alegró, y como que hallaba el cielo abierto. Diome esto gran esperanza. Díjele: Señora, para que tenga efecto mi diligencia, haga un acto de contrición muy verdadero. Afligióse porque no hallaba la disposición que se requería para hacerlo. Díjele: hágalo en el modo posible, como pudiere, que yo también lo haré por usted y por mí, para que Dios me dé gracia para poderla zafar de esas ligaduras. Hinquéme de rodillas, y, avivando la fe y confianza, poniéndome toda, Señor, en tu amor, hice el acto de contrición. Ella, con el corazón, me siguió en el modo que pudo, porque no hablaba. Y después me llegué y comencé a desatar las ligaduras, que estaban tan fuertes, que me costaba gran dificultad. Se las aflojé, pidiéndote a Vos, Señor, en cada nudo tu favor. Entonces pudo hablar, y me dijo: Por el amor de

Dios, ayúdeme a zafarme del todo, que temo perder a Dios. Díjele: Haga una confesión general, y fío en la piedad de Dios acabará de desencantarse.

Acudí lastimada al hombre. Y estaban tan duros los nudos, que, aunque me fatigaba, fue imposible aflojar ni uno. Y como él no hizo ninguna demostración de quererse librar, parecióme cansarme en vano, y sólo me quedó una remota esperanza de que, suelta la otra, quizás él se soltaría. (Con esto los dejé, y después diré lo que pasó con éllos). Yo no los conocí entonces, ni a él ni a ella, quiénes fuesen.

Proseguí por las habitaciones de aquella casa, y al llegar a una como montañuela, vi un vicio o pasión que con gran afán hacía las cosas en que se ocupaba, en compañía de sus ministros o demonios dedicados a tal vicio. No le conocí, ni ha llegado a mí noticia qué vicio es éste, ni qué efectos causa. Mas, viendo que me quería acometer, lo detuve, Señor, en tu Nombre, y, en pena de su atrevimiento, lo puse en aprietos que me había de decir su nombre. Resistíase, como que sin ser sentido ni conocido se introducía a las almas. Díjele: en nombre de Dios te mando que te descubras. Entonces, furioso con los demonios, dijo: soy la hazaña o hazañería. Dije: no puedes hacer cosa buena, pues esta es tu habitación. Aunque no te conozco ni te he conocido jamás, ni sé lo que es hazañería, con todo, Dios me libre de ti.

Y pasé adelante, y llegué a otra habitación, muy dilatada y apartada de las otras. Y ahora, Señor, al ir a escribir lo que en ésta vi, me das a entender lo que entonces no entendí (ni tuve lugar de escribir toda esta visión, porque se seguía el terremoto). Ni lo he entendido hasta ahora lo que en esta última habitación vi, sino al comenzar a decir de ella que me enviaste un rayo de luz repentino, que me lo alumbró. ¡Oh, bendita sea tu magnificencia!

Vi, pues, que era esta sala medio obscura, y la poca luz muy desapacible, como todo lo demás. Y no podía tener ningún agrado, cuando era la habitación de la gente hipócrita y personas ilusas. Vi que aquí estaban las ilusiones en forma de aves. Aquí estaban los engaños del demonio en figura de muchachos que se fingían mancebos y ángeles de luz. Yo confieso que aquí entré temblando, por un género de repugnancia y grima que me causaba al espíritu ver aquellas cosas, aunque entonces no las entendí. Las personas a quienes acometían estos vicios de ilusiones, o las tenían poseídas, no las vi allí, porque entiendo estaban ocultas. Porque siempre procuran ocultar sus marañas y ocultarse ellas de quienes las entienden y conocen.

Estaba yo con desabrimiento mirando esas aves, con deseo de que breve me ilustrase mi compañero que saliese de allí. Viniéronse tres avecillas, y atrevidamente se me pararon en la cabeza, poniéndoseme en ella. Venía cada una con una embajada de parte de cada persona de la Santísima Trinidad. Púsoseme el espíritu con una grande antipatía a las dichas avecillas, que no las podía sufrir. Y arrojándolas con toda prisa y

violencia, aunque la una se me hacía más fuerte a no quererse despegar de la cabeza, y les dije: ni quiero saber tu embajada, ni que os lleguéis a mí. Dándome tal horror su contacto, que comencé a apurarle a mi compañero me sacase de allí.

Y al irme a sacar mi compañero, que entonces conocí que me asió de la mano para sacarme, y al ir a dar el primer paso, vino de hacia otra parte un muchacho, fingiéndose ángel de luz, y me dijo, con gran aceleración: ¿Qué es lo que haces? Soy ángel del todo poderoso. ¿Cómo has despreciado tus tres embajadas y inspiraciones que aquellas aves significan y te venían a dar?

No me dio lugar mi compañero a que me asustara su reprensión, y antes sí me infundió un celo en el corazón y alma, que le dije con enojo (antes de oírle la amenaza, que por eso me iba a prevenir): Quita de aquí, maldito engañador de las almas que se fían de su propio parecer y juicio. Que bien te dejarás conocer de las almas que de Dios fían y se ponen en juicio ajeno. Quita en nombre de Dios, quien con su poder me ampara. Que yo no merezco de su divina majestad ningún favor particular, sino por sola su bondad. Con esto se retiró, dando muestras de que sería castigada. Y yo, sin darle el menor asenso, salí de allí.

Y me llevó mi compañero por una puente angosta, sin soltarme de la mano. Y en este camino por la puente, reconocí desde allí que, allá apartado, se había hecho una conjunta de demonios, que sólo el murmullo de ellos se oía, pero no los veía, ni entendía voz clara.

Comenzóme a ir dando a entender mi compañero que se habían juntado a definir dificultades sobre qué ardid tomar para derribarme, y que no pudiese volver al servicio de Dios. Y que unos decían: No otro medio que quitarle al confesor, que es el que la alienta en nuestras batallas y la saca de los riesgos y peligros. Ella le obedece puntual, siguiendo sus consejos. Quitado este medio, ella es flaca y no tendrá quien la avise de nuestras tentaciones, ni la levante si cae (miserables, que todo el fin ponían en el medio). Responden otros que ya han puesto todos los medios para eso, y que no han podido lograrlo, porque cuando parecía que por las bullas de su religión lo desterrarían, no se ejecutó, ni tampoco por el testimonio y motín de las monjas, ni por turbaciones que a él y a mí habían causado. Que a los principios de cada maña de ellos, parecía que la lograban, y que visto el fin, nada habían logrado. Y por último ya se resuelven (me dio a entender mi compañero) a poner otros más fuertes medios para quitarte al confesor. Que es insistir a su prelado a que, por motivo de piedad, lo ausente de aquí. Y para esto esperan cierta ocasión que el Señor les ha dado licencia que la sepan. Con esto, concluyen ya su disputa.

El Señor ya te ha avisado que se han de valer de los prelados en otra ocasión, y que pretenden perderlo por allá a tu confesor con la codicia, y por acá a ti con su ausencia. Prevénselo a él, para que se guarde de este vicio; que ha tiempo que se lo dijiste, cuando el Señor te lo avisó,

y puede estar olvidado. Quiere el Señor ostentar su poder y misericordia con ambos, y que quede confuso el demonio. Con esto, antes de acabar de pasar la puente, volví en mis sentidos, sin entender más, ni cuál era la ocasión que esperaba el demonio para quitarme a mi confesor. Sólo pensé después que aquel compañero que me guiaba sería el ángel de mi guarda.

Y estando en esta oración, pidiéndote luz para saber lo que debería hacer, fui vista del que a mí me parecía ladrón.

Cobré ánimo para batallar con él en la reyerta que se pudiera ofrecer, sin temer perder la vida. Pero luego vi que, haciendo éste una seña, se juntaron innumerables, todos de aspectos respetuosos, pero de trajes humildes. Y todos traían en las manos instrumentos de martirios. Y los más, arpones y flechas. Conocí aquí que todos eran gentes de martirizar, y con un gran valor se me infundió un gran deseo de morir por el amor de Cristo, y perdiendo todo temor: me rodearon y cogieron en medio. Todos en silencio, sin hablarse, se entendían cuanto querían. Y así dijo el que allí hacía cabeza que abreviasen y no se detuviesen, haciendo cada uno su oficio, y que acabasen conmigo de martirizarme.

Hinquéme de rodillas, a esperar el primero y demás golpes. Que ya deseaba mi alma padecer aquellos dolores por amor de Cristo nuestro bien. Llegáronse todos ellos alrededor, y no quedó uno que no me metiese una saeta en la cabeza, y cuando yo esperaba con deseo dolor, cada saeta que me metían era un flujo de amor de Dios, enardeciéndome en una alta contemplación, que me parecía no podía caber ya más amor en tan corto sujeto. Yo me disponía a recibir dolores, y recibía, en vez de dolor, amor y gozo y unión con el amado, metida en aquella inmensidad divina. Acabaron el martirio y me soltaron. Conocí que cogieron a sus manos a otra religiosa, a quien sólo oía yo dar gritos de dolor.

Y yo salí de allí como loca, pero en silencio, buscando desatinada a mi querido, pensando ¿dónde lo hallaré? ¿adónde lo buscaré? ¿qué se me habrá hecho?, con un desasosiego todo paz y quietud. Pues no es desasosiego que perturba, sino una dulzura que causa el mismo buscar a su querido. Que el amor, como loco, hace, hace buscar lo mismo que consigo tiene, y hace parecer que aún no lo tiene. Y así, salí como loca, en busca de quien me parecía que no poseía. Pues el mismo amor es Dios, y Dios es el mismo amor. Y este amor, él mismo se da a Sí mismo.

Cuando así iba desahilada en busca de mi Querido, vi que por el aire bajaba del cielo el evangelista san Juan, todo alegría y contento, y que enderezaba su venida hacia mí. Quise irlo a recibir, y comencé a subir por el aire a darle encuentro. Y cuando en el aire nos encontramos, abrazóme y dióme un ósculo, al modo que lo usaba con su maestro. Con el cual ósculo me infundió un incendio de amor, que me dejó como

mudada en otra de la que soy, poniéndome en un grado tan superior, que me parecía que ya no había más que pudiese yo recibir, ni a que pudiese llegar.

Y poniéndome a su lado derecho, me fue llevando en una silencia conversación del amor divino a otra sala, y me dijo: aquí te ejercitarás para recibir mayores dones de amor divino.

¿Mayores dones de amor, santo mío? ¿Dónde ha de caber en mí más amor? ¿Es posible, santo bendito, que hay más amor que una alma pueda recibir? Pues mirad que ya no puedo ni cabe en mí más amor.

Sonrióse el santo: hasta que no te veas, como yo me vi, recostado en aquel pecho amoroso de Jesucristo, donde entendí tan singulares y altos misterios de amor, no llegarás a entender cuánto hay en ese mar inmenso de amor, y cuánto es capaz una alma de recibir. Procura trabajar hasta verte, como yo, en el pecho de Jesús, y por ahí penetrarás cuánto hay de amor y cuánto te falta.

Con esto se despidió el santo, prometiéndome ser mi intercesor.

Estando una noche desvelada procuraba pasar la noche y el desvelo con la imaginación bien ocupada, y cuanto estaba de mi parte, procuraba estar en oración. Luego, sin sentir cómo, me parece que me dormí.

Tenía yo en la celda la imagen de Jesús Nazareno, que es hermosa, y en esta imagen he visto varias veces cosas que ya tengo escritas. Aun sin acordarme de la dicha imagen, vi que se levantaba de su silla el Señor y a toda prisa iba a salir de la celda, como huyendo de alguna cosa que amenazaba o había de suceder. Corrí asustada y lo alcancé por la espalda y me abracé de su divina majestad diciendo: Señor, ¿qué queréis hacer? Yo discurría que la celda se quería caer porque días había que estaba amenazando ruina por una pared. Pero, luego que lo abracé, entendí no ser eso; sino que quería castigar esta ciudad. Y, así teniéndole, dije: no habéis de irte, Dios mío, sino que antes sí habéis de suspender y detener tu justa indignación. No te he de soltar, bien mío.

Detúvose el Señor, pensativo. Yo lo detenía de la cintura, como con fuerza, y del susto y temor sudaba yo un sudor grueso que me parecía que hasta las yemas de los dedos se me fruncían del mucho sudor. Y luego vi que el Señor determinó suspender lo que quería ejecutar; pero entendí que este detenerse no era absoluto. Y me dio a entender que lo volviese a su lugar y silla. Carguélo y lo volví a sentar en su silla.

Y, pareciéndome que había una ventanilla en la pared que miraba a la calle, asoméme por ella y vi que todo el aire se había cubierto de aves, siendo la mayor porción de avecillas pequeñas, y muchas golondrinas en tanta porción, que hacían sombra a la tierra. Todas, tan asustadas, buscaban dónde esconderse y no hallaban. Se entraban por una parte a las viviendas y salían por otra desatinadas. Bajé los ojos para la tierra y vi los animales que, desatinados y sin sosiego, habían salido de sus montes y campos a la ciudad. Y tan desatinados andaban, que los toros y

bueyes con las hembras se daban unos contra otros con las astas. Y así las mulas y los demás brutos: todo con una confusión en estos irracionales que era un asombro y temor terrible.

Tales amores de Dios, tal deshacerse de amor por quien en un tiempo fue nada! Teniendo las noventa y nueve allá seguras, las deja por una sola! ¿Qué te importaba, Dios mío, perder una, si tenéis las más, seguras? ¡Ay! Que no es posible dejarla porque esta una te robaba el corazón y la atención, y no sosegaba tu amor ni descansaba si a ésta no la metías en la bodega de tus gustos y la embriagabas con el vino aromático de tu fino y tierno amor. ¡Pues adiós, Señor! Ya esta alma está tan embriagada en tu grandeza y amor que ya no podrá volver a conocerse a sí por estar tan unida, hecha una cosa con Vos? Esperad, que sí es viadora, y así es preciso que vuelva de la embriaguez del amor para que vea de dónde fue subida. Y ahora se conocerá mejor y procurará ser más agradecida para hacerse merecedora de mis mayores regalos. ¿Hay consuelo más a colmo y más de lleno que este? Si los mundanos supieran por experiencia de estas embriagueces divinas, me parece que a carrera suelta vinieran todos a beber de este generoso vino. Pero el caso es que ellos quisieran comenzar a beber y no acabar hasta entrar en la gloria, sin trabajo, porque no pueden ver la cruz de Jesucristo, que es preciso llevar hasta el calvario. Y a quien el Señor da de este vino, se la carga muy de ordinario, aunque siempre es su divina majestad quien lleva la mayor parte; que nunca, como amante, nos deja solos. Sea por siempre bendito tal amante y dulce dueño por habérsenos dado a conocer, y habernos dado luz para conocernos. Dénosla, por su misericordia, mayor para conocerlo más y reconocernos mejor. Amén.

FRAY JOSE MALDONADO

EL MAS ESCONDIDO RETIRO DEL ALMA

Zaragoza, 1649

LIBRO I

CAPITULO XII

EN QUE SE DECLARA QUE ES ORACION MENTAL, CUAL ES LA FUENTE DE DONDE PROCEDE, LAS PARTES QUE LA ACOMPAÑAN Y LOS FINES QUE EL ALMA HA DE TENER EN SU EJERCICIO Y LOS QUE TIENE CADA UNA DE SUS PARTES

Pienso que lo primero que Dios quiso introducir en las criaturas racionales, luego que las crió, fue la oración. Fúndase mi pensamiento en que pudiendo Dios, luego que crió ángeles y hombres, darles gracia, confirmarles en ella y hacerles bienaventurados, no lo hizo. Crió a los ángeles y hombres en la naturaleza buenos: dotólos de ciencia y sabiduría, para que pudiesen conocer el bien y el mal, y libre albedrío, para elegir y admitir o no admitir, amar o aborrecer, y dejólos así. Pues, ¿para qué? Para que cosa tan grande, como es ver cara a cara a Dios y gozarle eternamente lo mereciesen primero, conociéndose a sí mismos y reconociendo a Dios por su Criador y Señor: adorándole y dándole gracias y haciendo patente la voluntad, con deseos de que se hiciese la de Dios.

Esta es oración (como adelante veremos) y el fin para que crió Dios a los ángeles y a los hombres. El orar (dice San Juan Crisóstomo) es obra común de los ángeles y de los hombres, porque entre nuestra naturaleza y la de los ángeles, es igual la obligación en cuanto a este santo ejercicio. No la ejercitaron Lucifer y sus secuaces, y échase de ver, pues no llegaron a conocerse a sí mismos, ni a Dios, y así juzgaron que no tenían necesidad de que Dios les diese, ni Dios tenía qué darles, porque eran tan buenos y tan calificados, como el mismo Dios, con que, siguiendo

a Lucifer, pretendieron subir a la alteza de Dios; mas el arcángel San Miguel, en su nombre y en el de todos los que le siguieron, oponiéndose a Lucifer y a su ejército, dijo: *¿Quién como Dios?* Con este altísimo conocimiento no sólo confundió y rindió a la parte contraria, mas también podemos decir que movió a la voluntad a que amase a su Criador y le diese gracias (que son los dos fines principales de la oración) y que oró y oraron los que le siguieron en aquel tiempo que dice la Escritura que *fue hecho silencio en el cielo como media hora* (Apocalipsis 8), y que, haciendo cada uno patente su voluntad, estarían esperando a que Dios hiciese en ellos la suya, admitiendo la propuesta que les hizo, que, según lo piensa san Bernardo, fue la determinación que tenía de que su hijo se hiciese hombre.

Parece que siempre anduvo Dios haciendo instancias y dando motivos para introducir en las criaturas racionales la oración. Ya queda dicho con Ruperto que hizo Dios del dormido para que Adán en la necesidad le despertarse, alabándole y dándole gracias; y no lo hizo, ni cuando le acabó de criar y enriquecer con tantos dones, ni cuando se escondió, después de haber pecado, por ventura con intento de que orase. No dudando dónde estaba le llamó a voces, diciendo: *Adán, ¿dónde estás?* Mas no lo consiguió, pues vemos que no dijo: Señor, perdóname; antes excusándose, parece que hizo cargo a Dios, diciendo: *La mujer que me diste me dio la fruta, y la comí.* Y a Caín le movió a que, arrepentido, le pidiese perdón, cuando le dijo: *¿A dónde está tu hermano, Abel?* Todas las horas y momentos está Dios moviendo a los hombres con voces interiores y con otros medios, a que tengan oración, y son muchos los que no se dan por entendidos. Dejémoslos, pues tienen edad y libre albedrío, y vamos continuando esta obra introduciendo en la oración a los que se dan por entendidos y pretenden armarse y asegurar su salvación por medio de ella, y veamos qué es oración, según la definen los santos.

. . . .

CAPITULO XV

DE LO QUE HA DE HACER EL ALMA EN LA HORA SEÑALADA DE LA ORACION EN EL PRIMERO Y SEGUNDO PALACIO

Lo primero que hace un pretendiente que llega a la corte y desea alcanzar del rey mercedes, es valerse de los privados, para que le introduzcan en el cuarto del rey, hasta ponerle en la antecámara y negociar la audiencia. Ya queda dicho que el primer palacio es el mundo, y de éste el lugar que ha elegido para orar es el retirado puesto; en él ha de estar de rodillas, y valerse de los que privan y negocian con el Rey de Reyes y Señor de

los Señores. Que son la Santísima Cruz, de quien tiembla todo el infierno; persígnese, que con ello se vale de ella, como hijo reengendrado por Cristo en ella; la Virgen Santísima, que quebró la cabeza al demonio, y es abogada de los pecadores; pídale que con su patrocinio le alcance de Cristo Señor nuestro entrar en el aposento o alcoba que él mismo dejó, y gracia para orar y negociar con su eterno Padre, meditando y contemplando sus obras; la misma petición haga al santo ángel de su guarda y a otros sus devotos particulares.

Gran ruido hay en los patios del palacio del Rey de la Tierra, menos en los cuartos altos y casi ninguno en la antecámara, porque de ella se entra, cuando el Rey quiere, a la misma cámara, donde da audiencia y negocia el pretendiente. También se negocia en las salidas que hace el Rey en público, y se muestra, y oye a todos. Esta consideración hemos de seguir en esta primera parte, y en la tercera de este libro, y procurar introducir al solitario hasta el más escondido retiro, por medio del ejercicio de la oración, y así es necesario que el alma vaya con todo cuidado y atención, advirtiendo lo que conviene para aprovecharse.

Por ser así, que en el mundo, y en la misma casa en que vive, hay grande tráfago y ruido (como le hay en los patios de palacio) se retire a un lugar, y puesto en él, hecha la diligencia con los privados, y teniendo por cierto que le ha valido su intercesión, adore a Dios trino y uno, y, besando la tierra tres veces, diga la confesión, teniendo la boca en tierra: esta es muy grande diligencia, porque con estar postrado el que ora, reconoce a Dios su criador, y teniendo la boca en tierra confiesa que es criatura vil, formada de tierra.

Puesta así pida que le dé silencio, porque sin él ni podrá hablar a Dios, ni escucharle, así cuando va meditando, como cuando le contempla sin meditar. Esta virtud es de grandísima importancia, porque el apetito de hablar es en los hombres insaciable, y estará un hombre en soledad como reventado por hablar; y de este apetito se aprovecha el demonio para sacar a las personas que tratan de perfección de la vida contemplativa a la activa, con pretexto y color de caridad, y los saca con facilidad, porque causa tristeza y melancolía el estar en soledad callando, *Quién puede retener* (dijo uno de los amigos de Job) *el concepto?*

Por ser cosa de tanta importancia esta virtud, dice el profeta Jeremías *que el solitario para levantarse y elevarse, ha de sentarse y callar.* Ya queda dicho las calidades del solitario, y qué cosa es sentarse, que es tomar el ejercicio de la oración despacio y muy asiento, y ejercitarse en ella poco a poco; ahora ha de ir advirtiendo todo lo que debe hacer en el segundo palacio, que es el cuerpo, el cual tiene cinco puertas, que son los cinco sentidos, por donde entran las cosas de esta vida, que por ser de gusto, deleite y entretenimiento las admite el alma, concediendo a lo que apetece y pide la carne, que por otro nombre se llama sensualidad; de ésta, que es como una sala (digámoslo así) pasan a la imaginativa y fantasía

y memoria, que son piezas que una se sigue a la otra y se acercan al entendimiento, donde descubriremos el más escondido retiro, cuando tratemos del tercer palacio. En la sala, que es la sensualidad o apetito sensitivo o carnal, y en los demás aposentos referidos, hacen ruido las cosas de esta vida y hay el mismo bullicio que hay en los cuartos altos de los palacios de los reyes de la tierra sobre querer entrar a negociar. Para ejecutar esto queda advertido que ha de trabajar el alma en desembarazarse de cuidados y criaturas, porque, mientras más desasida estuviese de esto, experimentará menos ruido. Advertido esto, prosigo y digo que, habiéndose postrado y pedido a Dios en silencio, enderece el cuerpo y baje los ojos, como el publicano; y procure de su parte estar con cuidado, haciendo callar el ruido que siente en el apetito de la carne, que se opone al espíritu en la imaginación y fantasía, donde se ofrecen varias representaciones de lo que ha entrado por los sentidos, y advierta que, pues todas las cosas que se emprenden en los principios son dificultosas, no se aflija (como queda advertido) porque no puede estar con el silencio y quietud que desea; siempre tenga cuidado de advertir que esto lo causa su flaqueza, y, así humillándose, ofrezca a Dios el trabajo que padece pretendiendo que haya silencio y quietud, y en no poder discurrir en la materia que tiene prevenida, juzgando que permite su majestad que padezca por sus pecados, aprenda a sufrir y tener paciencia, sufriéndose a sí misma, y con humildad haga lo que pudiere para estar con silencio, y pida a Cristo, Señor nuestro, Hijo de Dios y Dios verdadero, que le comunique gracia y espíritu para asistir y meditar sus obras, y al Espíritu Santo que venga y asista en su alma. Y hecho esto, entre en la primera parte de la oración, que es la preparación, cuyo fin es limpiar y purificar el alma para estar con la disposición posible en la presencia de Dios. Oigamos a este propósito a Hugo de Santo Victore: lo que ahora te resta es que te aprestes para obrar bien, para que lo que pides orando, merezcas recibir obrando; quiere Dios obrar contigo, no haciéndote fuerza, sino ayudándote; si tú pretendes obrar solo, nada perfeccionarás, si sólo Dios obra, nada merecerás: pues obre Dios, para que puedas, y obra tú para que merezcas algo; el camino es la obra buena por la cual se va a la vida; pues confórtate y obra varonilmente; y tomando esfuerzo con la esperanza puesta en Dios, diga con palabras interiores lo siguiente.

CAPITULO XV

BOSQUEJOS QUE DAN NOTICIA DE DIOS TRINO Y UNO

Dos palabras quedan dichas, y porque no sirvan de escrúpulo y tropiezo al que no ha estudiado, es bien explicarlas. En la primera digo que, descubriendo el entendimiento a Dios por las criaturas y en las criaturas,

concibe multitud de conceptos; y así afima que Dios es justo, poderoso, sabio, etc. No por eso se debe entender que estas virtudes y perfecciones adornan, componen y dan ser a Dios para que sea lo que es; ni, tampoco, que Dios se multiplica, como acá las cosas materiales: antes debemos entender y creer que Dios es un ser simplísimo; que quiere decir que no hay en él cosa alguna que le adorne, componga y haga ser lo que es; lo cual no se halla en criatura alguna; porque todas tienen el ser y adorno que Dios les da. Y así, el decir que es sabio, poderoso, etc., son nombres que nosotros le ponemos por lo que vemos en sus obras.

Con una comparación se dará a entender (advirtiendo que no hay comparación que pueda declarar lo que decimos de Dios cabalmente, porque cuanto se dice para declarar son bosquejos): cuando experimentamos que el Sol calienta con demasía, decimos que es un fuego; y no pudiendo verle de hito en hito, vemos la claridad que causa, y decimos: el Sol es luz; vemos que con su calor ayuda a la tierra a que produzca sus frutos, y decimos: que el Sol es Padre. Vemos que con la fuerza del calor endurece la tierra y ablanda la cera, marchita y deshace las plantas, y decimos que el Sol es fuerte. Otros efectos vemos y experimentamos, y por ellos le damos multitud de nombres; siendo así que no es más que uno, y, aunque sabemos que es criatura, con ser material, no sabemos cómo es.

La segunda palabra es que digo que descubrimos y se descubre Dios algo de lo que es. No se debe entender que descubrimos y Dios descubre alguna parte, como si Dios tuviera partes, como las tienen las criaturas; antes debemos entender, y creer, que Dios es un espíritu purísimo y simplísimo, indivisible e incomprensible, cuya naturaleza es fecunda y eterna, que no tiene principio ni fin, y es independiente, y origen de todas las cosas; por esto vivimos en él, y nos movemos, y tenemos ser. Descubrió su nombre a Moisés, diciendo: *Yo soy el que soy* (Exodo); como si dijera: todas las cosas son por mí, porque con mi poder, ciencia y sabiduría las crié, hice, ordené y adorné, y las puedo deshacer, y así todas necesitan de mí y yo no necesito de ellas, Yo doy la vida y la quito, y, quitando la salud, la vuelvo a dar: sólo Dios es Dios, que no recibe la vida de otros, y el vivir y gozar de gloria eterna es mirando y contemplando en sí, y conociéndose a sí, y amándose a sí; de aquí es que nuestro Dios es uno, de quien todas las criaturas dependen, y también es Trino; no en la esencia, porque ésa es una, y una individualmente; sino en las personas, las cuales se diferencian por las propiedades.

LIBRO II

PUNTOS PARA MEDITAR EL MARTES

PUNTO PRIMERO

QUE CUMPLIDOS LOS NUEVE MESES DE LA VIRGEN, LA LLEVO SAN JOSE, SU ESPOSO, DE NAZARET A BELEN; Y NO HALLANDO CASA EN QUE HOSPEDARSE, SE RECOGIO EN UN PORTAL, Y EN EL PARIO LA VIRGEN AL HIJO DE DIOS Y SUYO

Hizo su curso el tiempo, y en él fue creciendo el Niño Jesús en el vientre de la Virgen María, su madre (no según la divinidad, que Dios no puede crecer, ni decrecer, sino según la humanidad), alimentado en el vientre, como las demás criaturas; ni tampoco crece el alma, mas tiene suspendidas las potencias, hasta que el hombre llega a edad en que desembarazada discurre, usando de la lumbre natural, según la capacidad que Dios da a cada uno. En Cristo Señor nuestro no fue así: las acciones corporales estuvieron detenidas y suspensas, como en los demás niños, descubriendo así, y en las necesidades corporales, ser verdadero hombre. Mas las acciones internas del alma no estuvieron suspensas, y así desde el instante de su concepción, nada ignoró: antes entonces contempló a su Padre Eterno y le amó, oyó y entendió todo lo que le dijo y mandó; y resignado todo en su voluntad, se mostró desde aquel instante obediente y dispuesto a morir por los hombres, pagando como inocente cordero lo que no debía.

Cumpliéronse los nueve meses, y fuese llegando el día del parto de la Virgen. En esta ocasión se promulgó un edicto del emperador Augusto César en que mandaba (dice san Lucas) *que todo el orbe se empadronase;* entonces, para cumplir con el mandato general, acudían los hombres cada cual a la ciudad o lugar que era su patria. Era Belén la de san José, y aunque ese edicto no obligaba a las mujeres, mas como san José amaba con especial afecto a su esposa la Virgen María; por esto, y porque echaba de ver que se llegaba ya el tiempo de parto, llevó consigo a su amada esposa, la Virgen, acomodada en un jumento; llevó asimismo un buey para venderle (dice Ludolfo Cartujano) y tener con qué pagar el tributo y remediar las necesidades forzosas.

Pasando la vida como pobres, llegaron a la ciudad de Belén; mas como había acudido de fuera multitud de gente, las casas particulares y las comunes hospederías estaban ocupadas; y se debe reparar en que, con ser José descendiente de la casa de David y tener en la ciudad muchos deudos nobles, no hubo quien se comidiese a hospedarle. Muchas diligencias hizo el santo, por sólo acomodar a la Reina de los Angeles,

que era este solo el cuidado que más le molestaba; mas ninguna aprovechó; afligíale ver desacomodada a su amada prenda, a la que miró el Padre Eterno y eligió para madre de su unigénito Hijo (por quien fueron hechas todas las cosas), a la que tenía en su vientre, a quien nos da vida y sustento y que vino a redimirnos del cautiverio del demonio y darnos el cielo, padeciendo y muriendo.

Llegaba José con la Virgen a las puertas de un deudo suyo, llamaba, y a los golpes salía el morador; mas, no dándose por entendido, le negaba la entrada en su casa y le cerraba las puertas. Llegaba a otra y respondían de adentro que perdonase, que estaba todo ocupado. Fue discurriendo así por otras posadas, y no hallaba lugar; mostraba el santo a la Virgen su esposa, niña de tierna edad, y preñada, hermosa, y honesta sobre manera, y decía que para ella buscaba un rincón dónde recogerla; que él pasaría como pudiese, aunque fuese en el patio. Todos, encogiendo los hombros, le volvían las espaldas. La Virgen, con los ojos bajos y las mejillas rosadas, y con el semblante honesto y triste, descubría la vergüenza que padecía y el sentimiento que tenía por el desaire que a su esposo hacían, y todo lo ofrecía con suma humildad y paciencia a Dios, su Hijo, que, hecho hombre, tenía presente en sus entrañas. En esta ocasión comenzó a experimentar este Señor lo que en otra dijo con estas palabras: *Las raposas tienen cuevas en que recogerse, mas el hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza.*

El Sol se iba poniendo, y acercándose la noche; afligido san José por no haber hallado dentro de la ciudad lugar para recoger a la Virgen, acudió a los arrabales de ella; puso los ojos en un portal que estaba arrimado a la muralla y a un lado de las puertas de la ciudad, que está edificada sobre peñas; y como el portal era donde los pobres se recogían con sus humildes cabalgaduras, ya se ve cuál sería el edificio, su desabrigo por los lados y por el techo; por muchas partes de él se descubría el cielo y entraba la escarcha, el rocío y la nieve, y por los lados aire frío y penetrante; a este lugar se retiró san José con la Virgen; acomodóla como pudo, y asimismo al buey y jumento.

Cerró la noche y haciendo el tiempo su curso, se fue acercando la mitad de ella, y la Virgen, por particular impulso del Espíritu Santo (y no por dolores que padeciese, como padecen las demás mujeres), entendió que ya se llegaba la hora en que el Hijo del Eterno Padre, y suyo, quería nacer y proceder de su sagrado vientre, como el esposo de su tálamo, vestido del traje de hombre y desposado con la humana naturaleza. Llegóse a una columna que estaba en el portal y avisó a su esposo cómo ya se llegaba la hora del parto; entonces (dice San Buenaventura) sacó san José de la cubierta del jumento una poca de paja y esparciéndola en el suelo, se retiró a otra parte, triste por no tener otra cosa que sirviese de cama al tierno Infante, Rey de Reyes y Señor de los Señores.

Inflamóse el espíritu de la Virgen con el fuego del amor divino, y, puesta de rodillas, juntas las manos y los ojos levantados al Cielo, y en alta contemplación de Dios, con profundo silencio, al punto de la media noche en que entró el domingo, veinte y cinco días del mes de diciembre, parió al Hijo de Dios y suyo, sin que padeciese detrimento el claustro virginal; y así fue Virgen antes del Parto, Virgen en el parto y Virgen después del parto.

Lloró el tierno Infante luego que nació; porque, aunque era la palabra de Dios, como juntamente era hombre, como tal se conformaba con el proceder de los demás niños, que no saben articular palabras; y así no hablaba, mas lloraba, dando voces como niño, pronunciado solamente la primera letra del A, B, C: A, A, A, repetía muchas veces.

PUNTOS PARA MEDITAR EL DOMINGO

PUNTO PRIMERO

QUE EL ALMA DE CRISTO, SEÑOR NUESTRO, LUEGO QUE SE SEPARO DEL CUERPO SANTISIMO, BAJO AL LIMBO Y SACO DE EL LAS ALMAS DE LOS SANTOS PADRES, Y LAS LLEVO AL PARAISO

No hemos hecho memoria de la Santísima Alma de Cristo Señor nuestro, por no mezclar la materia de trabajos, tristeza y dolor con la que toca a descanso, alegría, contento y gloria. Despidióse el Alma de Cristo Señor nuestro de su Santísimo cuerpo, y saliendo de las angustias, tristezas y aflicciones que padecía en la parte inferior por la estrecha unión con el cuerpo, descansó, no durmiendo, como el cuerpo, sino velando, como sustancia espiritual, y por esto inmortal. *Yo duermo,* dice este Señor, Hijo de Dios, hablando como Hijo de la Virgen, y por esto hombre muerto y sepultado; *mas mi corazón* (que es el alma ausente del cuerpo) *vela.* Esta salió del cuerpo y dejóle descansando y durmiendo, con esperanza de despertar del sueño de la muerte. *Mi carne* (dice este Señor) *descansa en esperanza.* Y como ni del cuerpo, ni del alma jamás faltó la divinidad, luego que el alma faltó del cuerpo, bajó triunfante y poderosa a los infiernos, que son las moradas que están en el centro de la tierra. Con su virtud llegó a las de los demonios y condenados, y los aterró mostrándose triunfante Señor, criatura y criador; mas con su misma sustancia entró al seno de los santos padres (que es el Limbo), en que es aban, como cautivos, esperando la redención.

Viendo, pues, los santos padres el Alma de Cristo Señor nuestro, y en ella a su criador, hijo de Dios y Dios verdadero, se hallaron en gloria; porque la visión de Dios y hombre Cristo Señor nuestro (dice san Bue-

naventura) es gloria perfecta. Viose el Limbo hecho corte del Rey de los Reyes de los Señores, Cristo Señor nuestro; porque donde está el Rey, está la corte. Saludáronle, diciendo: ¡Oh, Cristo, amantísimo señor Dios nuestro, adorámoste y bendecímoste, que por tu santa Cruz has redimido el mundo. Y postrados con grande gozo y alegría le adoraron. Asistieron en esta morada multitud de ángeles a su Señor, y, formando coros con los santos padres, le dieron gracias y alabanzas, cantando himnos y cánticos celestiales, acompañando a las voces sonoras la dulce armonía de varios instrumentos. Por ventura David, que dio saltos y danzó delante del arca, hizo lo mismo en esta ocasión; y repitiendo algunos de los versos de sus salmos, cantó diciendo: *Señor, los cielos alegres alaban tus maravillas y también a tu verdad en la iglesia de los Santos; porque ¿quién se levantará sobre las nubes a igualar al Señor? ¿O quién entre los hijos de Dios será semejante a Dios?* A estas palabras correspondió el coro de los ángeles con suave armonía, contestando que ni en los cielos, ni en la tiera, había quien pudiese igualar con el Señor que tenía presente; y dieron voces diciendo: Jesucristo, tú solo eres el Santo, tú solo el Señor, tú solo el Altísimo, el que con el Espíritu Santo estás en la gloria del Padre, Todo espíritu alabe al Señor. Toda la multitud de los santos padres dieron voces diciendo: fíat, fíat, hágase así, hágase así. Cristo, Señor nuestro, mostrando su infinito amor, les dijo: *levantad vuestras cabezas, que ya está hecha vuestra redención.* Y luego los sacó del Limbo, los llevó al paraíso. Reconocieron a Cristo Señor nuestro Elías y Enoc, y, llenos de júbilo y alegría, postrados le adoraron y le dieron gracias, y el Señor los bendijo. Y como se iba llegando la aurora, trató con todos de ir al sepulcro y volver a unirse con su santísimo cuerpo, y resucitar. Todos postrados le adoraron y suplicaron que volviese presto, que era grande el deseo que tenían de ver su gloriosísimo cuerpo.

Salió Cristo Señor nuestro del paraíso, lugar ameno y devoto, con grande acompañamiento de ángeles y entró en el sepulcro, donde estaba su santísimo cuerpo frío y tan lleno de llagas, que apenas se descubría la forma de él; parecía (según tenía tirantes los nervios) un instrumento con cuerdas estiradas por las clavijas; y así usando de esta metáfora, como este Señor, según su divinidad, está (como queda dicho) en el alma y en el cuerpo, habló en su santísima alma y dijo a su sacratísimo cuerpo: *levántate, gloria mía, levántate salterio y cítara;* levántate tú, que estás extendido en este sepulcro, quitando los enojos de mi padre con la suave armonía de tantas blasfemias e injurias, bofetadas, coces, asquerosas salivas, azotes, espinas y afrentosa muerte de cruz. Y luego respondió desde el cuerpo muerto, frío y maltratado, que descansaba en esperanza: *yo he dormido y reposado; y pues ya ha llegado la hora de despertar y resucitar, levantaréme antes que amanezca.* Luego al punto se incorporó y unió el alma santísima con el cuerpo, y levantóse resucitado y glorioso el Hijo de Dios, Cristo, Señor nuestro, Dios y hombre verdadero. Enton-

ces se desvaneció y desapareció de su cuerpo todo cuanto le afeaba, y quedó tan hermoso y resplandeciente que no hay lengua que lo pueda decir, ni vista en esta vida que lo pueda percibir. Y así en sus aparecimientos retiraba este Señor los rayos y resplandores de su gloria y hermosura, y quedaba proporcionado (como el sol cuando le cubre alguna nube sutil y transparente) y se dejaba ver y que le percibiese la potencia visual.

Salió del sepulcro sin abrirle, dejándole tan cerrado como quedó el vientre de la Virgen santísima, de quien salió hecho hombre sin que padeciese detrimento el claustro virginal. Sintióse un gran terremoto y estremecióse la tierra y bajó un ángel del cielo y revolvió la piedra del sepulcro, que era grande y servía de puerta, y quedó abierto; para que cuando llegasen a él las Marías y los Apóstoles viesen el sepulcro sin el santísimo cuerpo.

Como la tierra se estremeció, las guardas del sepulcro se asombraron y viendo sobre el sepulcro grande resplandor quedaron deslumbrados y con grande temor desampararon (no viendo en él el santísimo cuerpo) el puesto, y se retiraron con toda prisa a la ciudad y dieron noticia del caso a los príncipes de los sacerdotes, escribas y fariseos y ancianos del pueblo. Estos, confusos, siguiendo su tema, cohecharon las guardas para que echasen voz de que estando ellos durmiendo, los discípulos hurtaron el cuerpo santísimo de Cristo Señor nuestro.

Este Señor nuestro, luego que resucitó, antes de descubrirse a persona alguna, fue al cenáculo, donde estaba su Madre retirada. Había padecido aquella noche, como la pasada del viernes, soledad, tinieblas y tristeza; mas, así como cuando la Tierra por la ausencia del Sol está cubierta en densas tinieblas, y como enlutada, y cuando habiendo dado vuelta al mundo vuelve a la parte a donde sale y se va acercando, se halla con una corta y lenta luz, y comienza a recibir (digámoslo así) alguna fuerza, algún consuelo y alegría, y sentirse como aliviada de la carga penosa de las tinieblas, así el alma de la Virgen, luego al punto que su Hijo resucitó, sintió la gracia favorable, blanda y pacífica, embajadora de la presencia de Cristo Señor nuestro, Sol de justicia, su Hijo resucitado; y se halló con el corazón sereno, aliviado y sin la carga pesada de dolor, tinieblas y tristeza.

Llegó su amado Hijo y entró donde su madre estaba retirada y sola, con grande acompañamiento de ángeles; y en ocasión en que la Magdalena y las otras Marías habían ido al sepulcro. Luego que la Virgen puso los ojos en su Hijo, se halló con tan grande júbilo y alegría que no hay lengua que la pueda expresar. Y levantándose le abrazó estrechamente, como a Hijo, y puesta de rodillas le adoró como a su Dios. Diole Cristo sus brazos y apretados abrazos, e hizo que su madre se sentase y sentóse junto a ella.

Quién podrá decir la atención y cuidado con que la Virgen miraba a su Hijo. Bañada toda su alma de celestial suavidad, gozo y afecto amoroso, estuvo suspensa y sin poder hablar. Hay lágrimas que no pudiendo detenerse en el corazón tierno, amoroso, pacífico y no triste, sino alegre sobremanera, salen por los ojos: así fueron las de la Virgen. Sin poder hablar fue discurriendo por todo el santísimo cuerpo de su Hijo. Deteníase en las llagas de los pies, manos y costado; y ponderaba la rotura que habían hecho los clavos y lanza. Ya, Madre mía (dijo Cristo Señor nuestro) se apartaron de mí todos los dolores, las angustias y aflicciones y la muerte; todo lo he vencido, y de aquí adelante ya no sentiré pena alguna. Bendito sea tu Padre (dijo la Virgen) que te ha vuelto a mi presencia en estado de tan superior gloria; sea su nombre bendito y engrandecido.

Después de haber estado en dulce y alegre conversación, dijo Cristo Señor nuestro a su santísima madre que quería ir a consolar a María Magdalena y a sus compañeras, que habían madrugado e ido al monumento a ungir su cuerpo, y no hallándole estaban con sentimiento, sin que la visión y palabras de los ángeles les causasen consuelo alguno. Y así mismo quería consolar a sus discípulos. Hijo mío (dijo la Virgen) muy grande es el amor que Magdalena te tiene; ve y consuélala; y asimismo a sus compañeras y a tus discípulos, que todos, por el amor que te tienen, andan desconsolados y afligidos.

Desapareció el Señor, y fue al monumento. La Magdalena y las dos Marías llegaron a él. Y, aunque los ángeles les habían dicho que había resucitado, y visto removida la grande piedra con que estaba cerrado el monumento, y que no estaba en él el santísimo cuerpo, lloraban con grande sentimiento, y volviendo a la ciudad dijeron a los apóstoles lo que pasaba.

Con esta nueva fueron al monumento Pedro y Juan, corriendo, y vieron no estaba en él el cuerpo, sino solamente la santa sábana, el sudario y ligaduras; no todo junto (dice el Evangelio) sino separada cada cosa en diferente lugar.

Como en el corazón de la Magdalena era el amor tan superior, no la dejaba sosegar, y así volvió otra vez al monumento; siguiéronla sus compañeras. Andaba la Magdalena como fuera de sí; y así podemos decir que salía del paso aun más que ordinario, pues tantos pasos dio, tantas lágrimas derramó y tantas diligencias hizo por su amado Jesús. Llegaron al monumento y no le dejaba el amor apartarse de él.

Pondera San Gregorio esto, y dice: habiéndose apartado y vuelto los discípulos, ella no se apartaba; porque ardía en amor, y allí quería que este divino fuego la acabase de abrasar y consumir. Veía una vez y otra vez y repetía muchas veces esta acción; porque estaba en lo interior del monumento su corazón, y como no se hallaba en él el tesoro que buscaba, quedaba atravesado de dolor. Sus compañeras se volvieron, y quedóse sola y perseverante; y al paso de la perseverancia crecía el amor, e iba com-

pitiendo con lo imposible, que es igualarse con el infinito amor de Cristo Hijo de Dios y Dios verdadero; y así, queriendo este Señor corresponder al amor de la Magdalena, arrebozándose, como enamorado, en traje de hortelano, y premiar sus lágrimas, aromas y pasos y perseverancia, se apareció a esta santa primero que a sus discípulos.

Puso los ojos la Magdalena en su amado, y como estaba arrebozado, no le conoció; y como si todos ocuparan los sentidos y potencias en quien merece ser amado sobre todas las cosas, como ella las tenía, sin decir quién era su amado, le dijo: Señor, si tú le has quitado de aquí, dime dónde le pusiste, para que yo vaya y le sepulte en mi corazón. Parece que ya no podía Cristo Señor nuestro sufrir la excesiva ternura y sentimiento de su esposa, y descubrióse enviando en una palabra una saeta de fuego que ilustró el entendimiento y encendió blanda y suavemente la voluntad de la afligida Magdalena. *María* (dijo el Señor); y con esta palabra conoció a Cristo, y dijo: *Maestro;* y sin decir más, se arrojó a sus pies. No permitió el Señor que le tocase, y dándole orden que fuese a sus discípulos y les dijese que había resucitado, desapareció.

. . . .

LIBRO III

ESTADO TERCERO: DE LA VIA UNITIVA LA CUAL PERTENECE A LOS PERFECTOS

CAPITULO I

EN QUE SE DESCUBRE COMO HA DE PROCEDER EL ALMA PARA OBLIGAR A SU ESPOSO A QUE LE INTRODUZCA EN EL GLORIOSO SEPULCRO

. . . .

Para introducirse el alma y actuarse en este tercer estado, que es el de los perfectos, que viven casi como los ángeles, se han de ejercitar con todo cuidado y vigilancia en la vía que llaman unitiva, con los ejercicios que miran a unirla estrechamente y en el grado superior en que el Esposo pretende ponerla; procediendo de modo que se correspondan los afectos con los efectos, y los deseos con las obras, para que así pueda decir con verdad lo que la esposa en los Cantares (que es dibujo del alma): *tengo a mi Esposo, y no le dejaré ir.* Y para que vayamos procediendo con claridad, se ha de advertir que esta vía tiene, como las otras dos, principio, medio y fin. El principio es la paz; el medio es el amor; y el fin es el silencio. Estas tres cosas se perfeccionan en la sensualidad (que se llama carne), en la voluntad y en el entendimiento; y va el

alma (habiéndose en los ejercicios pasivos con paciencia) adquiriendo la paz verdadera; amor de Dios desinteresado y profundo silencio. Con estas tres cosas introdujo Dios a los israelitas en la tierra de promisión, etapa de la que hemos ido sacando varios sucesos, y retratando al alma.

Primero les puso en paz, sacándolos de las ollas de Egipto, y ahogando y negando a los egipcios. De aquí sacamos que ha de ahogar el alma a sus enemigos, que se incluyen todos en el amor propio y en el bien me quiero. Luego, usando de su amor, obró maravillas y portentos, y los sustentó con maná, que enviaba del cielo. De aquí sacamos cómo se ha de haber el alma en la devoción sensible, y la correspondencia que debe tener al Esposo, procurando que no se cebe la carne en la suavidad y gusto, porque como traidora no haga a dos manos: querrá juntar la suavidad y gusto del cielo con las ollas de Egipto. En estos estados vio el alma la ceguera de dos ciegos, el que lo era desde su nacimiento, y el que, comenzando a caminar, estuvo ciego en el camino de Jericó; y con éstos procuramos descubrir las nubes y cataratas que en los dos estados ciegan al alma.

El tercer estado en que introdujo Dios a los israelitas fue el que gozaron en la tierra de promisión; en ella (después de tantas guerras que tuvieron antes de entrar a poseerla) vivieron en paz y gozaron de los frutos pingües de la tierra y de la leche y miel de que abundaba, y alababan a Dios; mas, con todo esto, con el tiempo movieron guerras los gentiles. En el estado tercero introduce Dios al alma por haber trabajado el espíritu con la carne, y rendídola; y desnudándose de las comunicaciones sensibles, de que resultan en la voluntad más vivos y más espiritualizados afectos de amar a Dios y unirse estrechamente con él.

Vive el alma en este estado cuando se fija y actúa en él (como los israelitas) alegre, en paz interior, en amor de Dios y del prójimo, y en silencio. Y para conservar estas tres cosas, y obligar al Esposo a que le confirme en este espíritu principal, debe procurar excusar todo cuanto le es posible la comunicación con las criaturas, y estar siempre como los ángeles, atenta a la voluntad de su Esposo: porque es celoso, y quiere este Rey de Reyes y Señor de los Señores que el alma, a quien hace particular merced de elegirla por esposa suya, y unirla estrechamente consigo, y transformarla en sí (que es como endiosarla) sea toda para él; así como él es todo para ella; como en cosa propia ha de obrar el Esposo en ella: como el Padre Eterno, que nos dio a este Señor, obró en él por su esposa todo cuanto quiso, no salió un punto de la voluntad de su Padre; y el alma no ha de salir un punto de la voluntad de su Esposo, que, como hemos dicho, es celoso sobremanera.

Bien lo entendió la esposa cuando dijo: *mi amado para mí y yo para mi amado.* Descúbranos esto el dibujo que hizo con la pluma de Salomón, para que el alma estudie en él, y sepa lo que debe hacer para obligar a su Esposo a que le actúe y fije en este estado, y la descubra de todo punto

la preciosa vida de los muertos, y cómo ha de vivir sepultada o escondida con Cristo en Dios.

Huerto cerrado eres hermana mía esposa. Huerto cerrado, fuente sellada, dice el Esposo, hablando con la esposa. Reparemos en estas palabras y en ellas descubriremos cómo quiere Cristo Señor nuestro que proceda el alma que pretende ser su verdadera esposa. Como huerto y jardín de grande estimación quiere que esté cerrada. Está bien; mas parece que bastaba decir una vez que tenga cerradas las puertas; ¿para qué repite esta palabra: *Huerto cerrado?* Cuando se estima mucho una joya, el dueño que la posee no se contenta con cerrar las puertas con las cerraduras ordinarias, aunque las guardas sean tales que no las puedan abrir; pone otros candados fuertes, de más a más, en ellas. Es celosísimo el Esposo del alma, y así quiere que quien hubiere de ser su esposa, eche una cerradura en la sensualidad, otra en la voluntad y otra en el entendimiento, y las guardas han de ser temor y amor y vigilante cuidado.

. . . .

CAPITULO XV

VUELVE A PROPONER AL ALMA LOS PUNTOS PRINCIPALES DE LA VIA PURGATIVA, ILUMINATIVA Y UNITIVA, AÑADIENDO MAS DOCTRINA PARA QUE, RECOGIDA Y ABREVIADA LA MATERIA, LA ENCOMIENDE CON FACILIDAD A LA MEMORIA; ES COMPENDIO DE TODA LA OBRA

. . . .

Lo tercero, que otros tienen aun más capacidad de los que acabamos de proponer, y Dios que la dio los llama al tercer grado, tercera jornada o vía unitiva; y como es camino de cuesta, de más alto monte que el pasado, y más áspera y agria, y en su cumbre hay tinieblas no experimentadas, son pocos los que llegan a la cumbre; y aunque cuando van subiendo (esto es disponiéndose con la total desnudez y en la oración con el ejercicio activo, deseando estar en olvido e ignorancia) tal vez siente el fuego en la voluntad y el resplandor que enajena y pone en ignorancia al entendimiento, por falta de quien le advierta que esto es llamarla Dios al más Escondido Retiro, se queda en la cuesta; y algunos aun vuelven al segundo grado y principio de este estado que, para quien no tiene experiencia de la cumbre del tercero, es más apacible; y no permita Dios que caiga (como queda advertido con doctrina del bienaventurado fray Enrique Suso) más abajo y se vuelva a la conversación de los israelitas, que estaban al pie del monte, y digan como ellos (por haber oído truenos y relámpagos): háblanos tú, Moisés, y no nos hable el Señor. Suelen volver atrás, y contentarse con oír hablar a los hombres.

Los pocos que perseveran en el ejercicio activo, llegan a la cumbre del monte; y como, con la total resignación en la voluntad de Dios, se han dejado purgar de su soberana mano (como el santo Job) y se han habituado en el ejercicio activo de ponerse en olvido e ignorancia y, concurriendo Dios al trabajo y perseverancia, los ha introducido en el más Escondido Retiro y sepultado en sí, sienten, casi de ordinario, un amoroso fuego en la voluntad, potencia que subió (como queda advertido) por la recta intención, tocada del fuego del Espíritu Santo, derramando delicias, esto es, afectos de amor intenso.

Y asimismo siente una suavidad y gusto indecible; y con esto el alma está (como el ave que abre las alas, y prueba a querer volar, y no puede, porque la detiene un lazo de hilo, aunque delicado de un pie) dando saltos; y llega a entender con experiencia la significación de la palabra latina *exulto,* que es dar saltos de contento y alegría excesiva. Y en este sentido dice la Virgen *que su alma* (por la cual se entiende la parte inferior) *engrandece al Señor, y su espíritu* (que es la parte superior) *dio saltos en Dios su salud.*

Anda el entendimiento (como cuando a una persona le da vahídos, que se tapa los ojos para no ver, porque parece que todo se anda) y hállase introducido en un instante en la divina tiniebla; y no pudiendo sufrir su pequeñez el rayo de luz que procede del fuego que arde en la voluntad, se retira: porque excede a la lumbre natural y tiene por bien (digámoslo así) estarse quedo y sin pretender entender; porque en aquel instante percibió tanto, junto en uno, que no es posible explicar qué es lo que vio y entendió.

Todo se dice con decir que Dios es un ser incomprensible; y así la voluntad es la que reina (como la reina Ester), la que come y bebe en este convite del Rey de Reyes y Señor de los Señores; la que abraza estrechamente al Rey, la que goza de su regazo y goza de los besos; la que con tales afectos llega a estar como muerta; la que con su hermosura de pura y recta intención enamora al Rey. Y con esto el Rey introduce al entendimiento en el más Escondido Retiro y le trata como Asuero a Mardoqueo, haciéndole su privado, y que como tal gobierne sus Reinos. Anda el entendimiento con este favor como el que quiere y no quiere alguna cosa: porque si advierte a lo que goza la voluntad, la experiencia le enseña qué deja de obrar el Espíritu Santo en ella, cumpliéndose lo que dice en los Cantares: *aparta la vista de mí, que me haces volar.* Y es que el apetito natural de querer saber mueve al entendimiento a querer entender; y que, si no llega a advertirlo, le parece que se queda sin aquello, que tan superiormente vio y entendió.

El alma experimentada y actuada en este estado con velocidad y presteza tiene por mejor cegar y refrenar el apetito, y con esto obliga al rey a que (cuando es servido) vuelva a enviar unos rayos con que le entretiene suavemente, haciendo que suba y baje, entre y salga. Toda esta obra pasa en lo más retirado del alma, en su más Escondido Retiro,

sustancia y fondo de ella, morada y lecho del Rey. Allí goza lo que ninguno entiende (dice el evangelista San Juan) si no es el que recibe el favor, el que llega a asimilarse a los serafines, que quiere decir sustancias ardientes.

Oigamos lo que dice a este propósito Hugo de San Víctor: si no son gustadas estas cosas, no son amadas; si no son amadas, no son entendidas, y si no son entendidas, vanamente son oídas; mas en el amor se hace el gusto, esto es la experiencia, que es la maestra de la inteligencia.

Según esto, sólo los llamados y los que viven desangrados con muchos y grandes trabajos, hechos polvos suben como la varita de humo que procede de varias especies aromáticas, y llegan a herir con la recta intención el corazón del Esposo, y obligan al Esposo a que salga de su trono y se dé a gustar y ver.

Gilberto, heredero del espíritu de San Bernardo, puso los ojos en el alma de estas calidades, y dice: ¡oh, cuán delicado sube la esposa; cuán casi sin peso del cuerpo, y cuán sin corrupción de la carne! ¿Qué cosa de corpulencia puede haber en lo que se compara al humo? ¿Qué corrupción, siendo así que a ella le propone, no despidiendo carne, sino exhalando especies aromáticas, hechas polvos y quemadas? Al fin sube delicadamente y digna del lecho de Salomón. Leo (dice Gilberto) que Judit, lavada y ungida, se halló dispuesta para que los brazos del Rey le halagasen con la suavidad del ungüento; mas la esposa que se propone, ya no usa de ungüentos en la gracia del Esposo, sino que, con el olor del ungüento, se siente derretida. Adviertan los padres espirituales lo que añade: mas no todos reciben y toman esta palabra; no todos pueden gozar de estas delicias.

Esta palabra mira a que muchos, aunque tienen capacidad, y los llama Dios, se hacen sordos, queriendo vivir según la carne, y dicen a Dios lo que notamos con Ricardo: *manda, remanda,* espera y espera más; y lo que la esposa, recostada y acomodada en el lecho, desnuda y lavados los pies, y con esto perezosa y descomedida.

Cuando los capaces y dispuestos vuelven en sí, y salen del glorioso sepulcro, en que han estado, sienten (asimilándose a los cuerpos gloriosos) una luz que causa alegría en el espíritu y no mueve a la parte inferior a movimientos, como hace la alegría y júbilo en la vía iluminativa, cuando no tenía tan dilatada y como ensanchada (digámoslo así) el alma, y parece, cuando recibe el favor, que no le cabe, y así, se estremece el cuerpo y hace exterioridades.

En el fin de este grado tercero, se halla el corazón dilatado y el espíritu como bañado de luz, que alegra pacíficamente y compone lo exterior y levanta lo superior del espíritu y le pone en Dios invisible e incomprensible, el cual obscurece la luz natural y hace que reine la sobrenatural; como si en un aposento hubiera una candelita, que da poca luz, y ésta se obscurece (o no parece) cuando entra en él un cirio grande,

que da mucha luz; y esto pasa con más plenitud cuando Dios introduce instantáneamente al alma en el más Escondido Retiro.

Siente asimismo desembarazo y agilidad en las potencias; y así, con unos recuerdos que le vienen tan presto, se halla en la vía purgativa, sintiendo haber ofendido a Dios y pareciéndole que no hace cosa de provecho: tan presto se halla en la unitiva, afectuosamente unida con Dios, y allí purga, advirtiendo instantáneamente que es su amado el ofendido, y que, pudiendo echarle en el infierno, le favorece; y tan presto se halla en la iluminativa, advirtiendo el entendimiento alguna cosa con que saca doctrina y mueve a la voluntad a obrar y a alabar y dar gracias a Dios; y aquí también purga muchas veces, advirtiendo sus faltas y defectos y el no haber ocupado el tiempo en buenas obras y alabanzas de Dios.

Todo esto pasa en sumo silencio exterior, y con un modo tan interior, que no se puede decir, y sin turbaciones de escrúpulos, y con sentimiento íntimo y pacífico y alegría celestial; siente asimismo junto temor y amor; porque, por una parte, contempla, con modo inefable, en Dios incomprensible, una majestad severa, con que se retira el espíritu a la nada; y, por otra, una majestad benignísima, con que se levanta alentada y goza de una familiaridad de amoroso y tierno Padre y Esposo.

El mismo desembarazo y agilidad siente en las potencias para meditar y contemplar en la vida, pasión y muerte de Cristo Señor nuestro, sin que le impida para mirar al Hijo de Dios y Dios verdadero el ser Hijo de la Virgen y hombre verdadero; antes saca copiosísimos frutos mirando a Dios hecho hombre, y viene en un conocimiento altísimo de lo que es la Virgen María, su madre, y se alegra de que Dios tenga tal madre y de que la Virgen tenga tal hijo, y de que tenga tal esposo como José, y José tal esposa, y por todo da gracias a Dios y a todos tres, Jesús, María y José, tiene en lo íntimo del corazón.

Pienso acabar este capítulo y todo el libro con advertir que parece mal que anden las personas que se precian de espirituales como a pleito con la humanidad de Cristo Señor nuestro, con pretexto de que impide a la contemplación de la Divinidad: largamente tratamos de este punto en la primera parte, capítulo seis, y en esta tercera, en el antecedente, y en éste vuelvo a tocarle, mostrándome porfiado contra los que porfiadamente (y como llevándolo por tema, y no con deseo de que se aprovechen las almas, sino por ser tenidos por grandes contemplativos) enseñan esta doctrina, sin haber llegado a entender el grado superior de la mística teología, en el cual uno de los efectos grandes con que salen del más Escondido Retiro (cuando este mismo Señor nuestro Jesucristo, que nos redimió con tantos trabajos, tormentos y muerte de cruz con su Padre Eterno los introduce en él, enviando su Divino Espíritu) es una afición a Cristo Señor nuestro, que no se puede significar con palabras.

Siente radicado en el corazón un amor tan fuerte y encendido, que llegan a decir los hombres flacos y miserables, que naturalmente temen

la muerte, los dolores, tristezas, aflicciones y trabajos, y desean vivir, lo que San Pablo: *¿quién será poderoso a apartarnos de la caridad y amor de Cristo? ¿La tribulación? ¿Por ventura la angustia? ¿O la hambre? ¿O la desnudez? ¿O el peligro? ¿O la persecución? ¿O el cuchillo? Antes en todas estas cosas triunfamos por aquél que nos ama.* De grado en grado va subiendo este señor al alma, su esposa, que se sabe aprovechar de la gracia y se purifica y adorna bien y en ningún grado pierde de vista (como fiel esposa) a su amado esposo, cumpliendo con la promesa que hizo cuando se vio ásperamente reprehendida y echada de casa porque se quería estar siempre en la alteza de la Divinidad, como separando la Humanidad, diciendo: *de aquí adelante mi esposo será para mí un manojuelo de mirra, y su morada serán mis pechos.*

Va subiendo a la esposa, y ella, no fiándose de sí, en ningún grado le pierde de vista, ni se desarrima de él; porque teme y ama, y así lo uno y lo otro le mueve a subir afirmada sobre sus hombros, teniéndose por la oveja perdida, a quien dice este Señor que vino a buscar: *Ninguno viene al Padre* (dice este Señor) *si no es por mí.* Por ventura, si subiera sola, no la reconociera el Padre por esposa de su Hijo. Llegó Cristo Señor nuestro donde estaban las vírgenes; las cinco caminaron con Cristo, Esposo de las almas, y hallaron la puerta abierta; las otras cinco llegaron a ella sin la compañía de Cristo, y hallaron la puerta cerrada; llamaron, mas el Esposo respondió: *no os conozco.*

Tome el alma el consejo de quien se vio en el tercer cielo y habiendo bajado de él dice: *vestidos al Señor Jesucristo;* esto es, incorporados en Jesucristo Señor nuestro. Así se sienten los que, desnudos totalmente del viejo Adán, se visten del nuevo, que es el Hijo de Dios, que por nuestro amor apareció en el mundo vestido de hombre para que nosotros le radiquemos en nuestros corazones y podamos decir con verdad: *vivo yo, mas ya no yo, porque vive en mí Cristo.*

De este modo vivieron los santos que experimentaron y entendieron lo que es la mística teología, subiendo de grado en grado al más Escondido Retiro: jamás perdieron de vista a Cristo Señor nuestro y subían por la escala, como los ángeles, a la cumbre y alteza de la divinidad y bajaban a la humanidad, y entraban por la humanidad, como dice Cristo Señor nuestro, a la divinidad, y volvían a salir a ella, y entrando y saliendo, y en ambas naturalezas hallaban pasto y sustento, y traían radicado en sus corazones a Cristo: *que es camino, verdad y vida.*

Oigamos lo que de sí dice San Bernardo, que escribió con ciencia y experiencia mística, y suavemente. Hermanos (dice el santo) lo que digo de mí es que, en el principio de mi conversión, para poder hacer un montón de los merecimientos que me faltaban, procuré atar el hacecico de la esposa y colocarle entre mis pechos, recogiéndole y formándole de todas las agonías y tristezas y amarguras de mi Señor, comenzando primeramente de las necesidades que padeció desde que nació, y luego pasando a los trabajos y fatigas con que se halló discurriendo y predi-

cando por las villas y ciudades, y finalmente de todo lo que padeció velando, orando y ayunando, y perseguido y menospreciado de los hombres, hasta quitarle la vida, poniéndole afrentosamente en una cruz entre dos ladrones.

A la vista de la abundancia de la suavidad de estas cosas encomendadas a la memoria, estaré (dice este santo) vaporizando por la boca mientras viviere. Jamás olvidaré estas copiosas misericordias; éstas pretendía David en tiempos pasados, derramando lágrimas y diciendo: *vengan a mí tus miseraciones y viviré.* Meditar estas cosas, llamé sabiduría; en estas cosas establecí para mí la perfección de la justicia; en estas cosas están la plenitud de la ciencia, las riquezas de la salud, y en éstas están las copias de los merecimientos; de estas cosas (tal vez) procede la bebida saludable de la amargura; y tal vez de estas cosas procede la suave unción de la consolación.

Pasa adelante el santo, y dice: estas cosas me llegan al juez del mundo, mientras figuran al que hace temblar las potestades manso y humilde; mientras le representan, no sólo aplacable, mas también imitable, a aquél que es para las potestades inaccesible, terrible a los reyes de la tierra; por esto, para mí están estas cosas frecuentemente en la boca, como vosotros sabéis, y siempre en el corazón, como sabe Dios. No procuro inquirir (como la esposa) dónde sestea en el mediodía a quien alegre tengo abrazado entre mis pechos; ni procuro inquirir dónde apacienta en el mediodía a quien miro Salvador en la Cruz. Aquello es más levantado; esto es más suave o más aparejado; aquello es pan, esto es leche; esto satisface las entrañas de los niños; esto llena los pechos de las madres, y por esto quiero que sea entre mis pechos.

Acaba el santo esta doctrina que he propuesto para confusión de los presumidos místicos que pretenden traer a las almas (como los que juegan a la pelota) siempre por el aire, diciendo a sus monjes, y en ellos a todos: y vosotros, amantísimos, recoged para vosotros tan amado hacecico; a éste ingerid en los senos interiores del corazón; con esto os guarneced lo interior del pecho, para que también para vosotros more entre los pechos; tenedle siempre, no por detrás, en los hombros, sino delante, a la vista de los ojos; porque no suceda que, cargado, y no percibiendo el olor que exhalan estas cosas, la carga abrume y apremie, y el olor no levante el espíritu. Acordaos que Simeón le recibió en sus brazos, María le trajo en su vientre, le fomentó en el gremio, y la esposa le colocó para sí entre sus pechos.

Demos último fin a toda esta obra, dividida en tres partes y recopilada en este último capítulo, con la excelentísima doctrina de mi seráfico padre San Francisco (cuya regla apostólica, dada a sus hijos los frailes menores y a la gloriosa Santa Clara y las demás hijas que la profesan sin mitigación alguna), (que) descubre la vida preciosa de los muertos, escondida con Cristo en Dios.

En el principio de su conversión se le apareció Cristo Señor nuestro algunas veces, y los efectos que sintió su alma con estos aparecimientos, y las palabras que le oyó, fueron continua memoria de la vida, pasión y muerte de este Señor, y tierno y amoroso sentimiento mezclado con dolor, que le movía a llorar, conociendo el excesivo amor con que el Hijo de Dios se hizo hombre para pagar por nuestros pecados y redimirnos; y así uno de los principales y continuos ejercicios que traía el alma era éste, con que, siempre meditándola y contemplándola, entraba a la divinidad y salía a la humanidad.

Subía al más Escondido Retiro llevándose muchas veces el espíritu al cuerpo por el aire y pasando sobre los árboles más encumbrados, y descendía a la tierra al paso que el espíritu volvía en sí, y en todo hallaba pasto celestial; y pasó toda su vida llorando amargamente y con tanto exceso la pasión y muerte de Cristo Señor nuestro, que enfermaron los ojos. Hallándose así nuestro seráfico padre, le dijo un ministro provincial que por qué no mandaba a su compañero que le leyese alguna oración devota de la escritura con que su espíritu se alegrase en Dios y recibiese alguna consolación.

Oigamos la respuesta que dio, y luego iremos proponiendo la doctrina superior que dio a sus hijos, y obligaremos con ella y la referida de San Bernardo a que los padres espirituales caigan en la cuenta y procuren quitar las cataratas de los ojos para poder guiar a las almas por el camino real. Hermano (dice el santo), tanta consolación y amor hallo cada día y cada hora en la memoria y pensamiento de la humildad, pasión y vida del Hijo de Dios, que si hasta el fin del mundo viviese, no me sería necesario otro libro, ni oír ni meditar otras escrituras.

Ponderen los padres espirituales estas palabras, nacidas del corazón del serafín de la tierra. Es Cristo Señor nuestro libro escrito dentro y fuera; dentro, con tristezas, aflicciones, tedio, agonías y desamparo de las criaturas y de su Eterno Padre; y fuera, con bofetadas, golpes, azotes, espinas, clavos, hiel y vinagre. Está cerrado con siete sellos para los vanos contemplativos, que por tales los repele Dios y echa fuera de su casa, como a la esposa, y del convite que hace el cordero sin mancilla, al convidado que no tenía la vestidura ajustada al convite; mas no lo está para los que aprenden, como niños de la escuela de Cristo Señor nuestro, maestro único de la mística sabiduría.

A éstos les abre el libro y los enseña a leer, e introduciéndolos en él, les comunica y hace participantes de la naturaleza divina, con que sabe por experiencia qué cosa es vida escondida con Cristo en Dios, y el glorioso sepulcro; y el mismo Cristo, vida preciosa de los que mueren en él; y, como es Hijo de Dios, y Dios verdadero, los adorna con sus virtudes humanas y divinas; y así viven parecidos a Cristo, humildes, pacientes, caritativos, benignos, pacíficos, fuertes, sabios, prudentes y sin dobleces, descubriéndose en éstos lo que dice San Pablo: *con Cristo nos dio el Padre Eterno todas las cosas.*

Leyó mi padre San Francisco en este libro, con tanto cuidado y desvelo, de día y de noche, todas las horas y momentos, que no dejó de él alguna jota o ápice, con que andaba su alma hecha un fuego de amor de Dios, humanado por esto; así como el fuego material, cuando es demasiado y está encerrado, por ser tan activo no está ocioso y busca por dónde salir y descubrirse, así, por ser tan superior y crecido el amor divino en el alma de nuestro serafín, procuraba salir por los ojos y por la boca: hablaba derramando lágrimas, y predicaba y amonestaba con dulces y tiernas palabras. Y todo venía a parar en que todos mirásemos y leyésemos en Cristo crucificado.

Parece que movió a compasión a Cristo Señor nuestro el ver a mi padre San Francisco con tan excesivo fuego y con solos dos respiraderos, ojos y boca, y así, bajando del cielo en forma de serafín y ajustándose con el serafín de la tierra, abrió cinco respiraderos, en pies, manos y costado; y con esta acción hizo Cristo Señor nuestro dos cosas: la una, consoló a mi padre San Francisco (que tenía por consuelo padecer por su amor), comunicándole los dolores que padeció clavado en la cruz; y de más a más el sentimiento y dolor que había de causarle la abertura del costado, si estuviera Cristo Señor nuestro vivo, cuando le dieron la lanzada, con que pudo decir mi seráfico padre: *lleno lo que faltó en el padecer de Cristo.*

La otra descubre el Espíritu Santo, diciendo: ved el cuerpo de Francisco y echaréis de ver lo que ha hecho Cristo. Ha hecho cinco ventanas, y por ellas se asoma y solicita, como esposo verdadero, a las almas; él mismo está detrás de esta pared de carne en el alma transformada, y mueve los ojos y lengua de Francisco, con que el santo desfoga y el Esposo se asoma y mira por las ventanas y canceles.

Veamos desfogar a mi padre San Francisco predicando y amonestando, y oigamos su doctrina con toda atención. Acuérdeseos siempre, hermanos míos, el camino en que nos puso Jesucristo nuestro Señor, de su pobreza, humildad y cruz; porque, si fue necesario entrar él por la pasión en su gloria, ¿cuánto más necesario nos es a nosotros, pecadores, con nuestra memoria y vida caminar siempre por este camino? Este conviene a todo cristiano, mas mucho más al fraile menor, que nació de la cruz, donde el Señor me enseñó la vida que habíamos de guardar, queriendo que representásemos al mundo su cruz y enseñásemos a los cristianos a tomar su cruz y seguir a Jesús crucificado.

Y quiero que sepáis que el sentimiento y deseos de la imitación de la pasión de Cristo Redentor nuestro es una particular y muy grande merced que el Espíritu Santo (amor divino) hace al alma que verdaderamente sirve y ama a Dios nuestro Señor. Mas el alma que es propietaria y amiga de sí misma no gusta, antes aun es contraria a este efecto del Espíritu Santo, y tiene como cosa no necesaria a la perfección participar y sentir la pasión del Señor, y, con cobertura de otros atajos y mayores provechos, huyendo de la hiel y amargura de la cruz de Cristo Redentor nuestro,

ocupa su corazón en otros pensamientos voluntarios y naturales, ciega de su afición, afirmando que en ello sirve más a Dios nuestro Señor.

De esta manera no permite ser llevada y guiada por el Espíritu Santo a la experiencia de aquella inmensa capacidad de los dolores espirituales de la pasión de Jesucristo, y de la imitación de sus virtudes; porque no estima ni conoce en Cristo Redentor nuestro más que los dolores corporales, que en su cuerpo y sentidos padeció; porque no sabe aún la tal alma (como animal que es) juzgar sobre los sentidos de la carne. Mas el alma limpia y desapropiada deja al Espíritu Santo obrar, y entrar en sí, sin resistencia, los sentimientos divinos y virtudes que Dios nos enseñó y dejó escritos en la Humanidad de Cristo más excelentemente que en ninguna criatura; especialmente en las obras últimas de su vida, en que mostró la perfección cristiana, que consiste en la paciencia y caridad.

Y el alma que más alto grado de pureza alcanza del Señor, más siente transformada en los dolores de Jesucristo Redentor nuestro, y tiene por engaño dejar este camino de Cristo crucificado por ser más levantada y alcanzar mayores consolaciones; porque en la Pasión del Señor hay toda suavidad y Divinidad.

¿Dónde buscará o podrá el alma hallar la altísima divinidad mejor que en Cristo Redentor nuestro? ¿Dónde podrá más presto alcanzar la perfección del amor, que adonde Dios nuestro Señor nos mostró la cumbre de su caridad, que fue posible mostrarse? Cuanto, por cierto, el alma fuere transformada en Cristo crucificado y lleno de dolores, tanto se transformará en Dios, alto y glorioso, y en su divino amor.

Mas impide esto no ser el alma limpia de su propio y sensual amor, ni amar la gloria de Dios nuestro Señor y la victoria de las virtudes y sus ejercicios sino por sí misma y por su gusto espiritual. Y, cuando el alma es toda transformada en Dios, oye decir a Cristo Redentor nuestro: *Quiero, Padre, que donde yo estoy, esté mi siervo.* Y, no teniendo respecto ni cuenta alguna consigo, contempla en Cristo dos estados.

Uno mortal y otro inmortal, en que ahora está; uno de caminante, otro de comprehensor, y que ya llegó al término; uno según el cual era bienaventurado, y otro según el cual era lleno de dolor y toda aflicción por los pecadores.

Pues así el alma trabaja de estar con Jesucristo en la cruz y sentimientos de sus dolores que en esta vida sintió por nosotros desde el instante de su concepción hasta que expiró en la cruz, derramando su sagrada sangre, porque merezca estar con Cristo Redentor nuestro en el estado de comprehensor y glorioso, que no ha de ser el siervo mayor que el Señor, ni el discípulo mayor que el maestro; y muchas veces a la tal alma comunica Cristo el sentimiento de sus dolores y fruición de su divinidad, según es servido; lo cual niega a los presuntuosos, que por otro camino de ejercicios, fantasías y elevamientos dicen que han de buscar las consolaciones y comunicación divina.

Desvanecen a las almas simples algunos padres espirituales llamando a la contemplación en la divinidad ejercicio de fe, dando a entender con este título que el ejercicio de la humanidad y el contemplar en ella es inferior. Pregunto y respondo lo que todo fiel cristiano aprende desde niño en la escuela. Los artículos de la fe, ¿cuántos son? Son catorce; los siete pertenecen a la divinidad, y los otros siete a la humanidad. Pues digo así: si el contemplar en los artículos que pertenecen a la divinidad es ejercicio de fe, luego también será ejercicio de fe meditar y contemplar en los misterios y artículos de la humanidad; pues ¿de qué sirve poner nombre de ejercicio de fe a un ejercicio, y no ponerle al otro? Solamente de desvanecer a las almas.

Pondérense a este propósito las palabras con que acaba mi padre San Francisco en la doctrina referida, que dicen así: y muchas veces a la tal alma (que es la que se ejercita en la vida, pasión y muerte de Cristo) comunica Cristo el sentimiento de sus dolores y fruición de su divinidad (la cual nunca faltó de su alma y de su cuerpo) según es servido; lo cual niega a los presuntuosos, que por otro camino de ejercicios, fantasías y elevamientos dicen que han de buscar las consolaciones y comunicación divina.

Oigamos lo que la noche antes de pasar Cristo Señor nuestro de este mundo al Padre, dijo a sus apóstoles. *Si hiciéredes morada en mí, y mis palabras moraren en vosotros, todo lo que pidiéredes a mi Padre en mi nombre, os lo concederé.* Esta doctrina abrazaron los santos, y mi seráfico padre, desde el principio de su conversión, meditando y contemplando en la vida, pasión y muerte, hizo a su alma morada de Cristo y le radicó en el corazón y toda su vida (sin que le estorbase la humanidad) le miró hijo de Dios y de la Virgen.

Reparemos en que estando ya de partida para la gloria quiso que todo el mundo supiese que partía vestido y adornado de Cristo; y para esto, habiendo puesto los brazos atravesados y en forma de cruz y echando la bendición a sus hijos, mandó que leyesen el Evangelio de San Juan, que comienza: *sabiendo Jesús que le llegaba su hora en que había de pasar de este mundo al Padre.* Y, acabado todo el Evangelio (con que se dio un baño de agua espiritual y suave, meditando y contemplando las caritativas y humildes acciones del Esposo Cristo, que moraba en su alma), luego al punto oró diciendo el salmo que comienza así: *Con mi voz llamé al Señor;* y, en acabando de pronunciar las palabras del último verso, que dicen: *sacad mi Alma de la prisión del cuerpo, que ya los justos me esperan, para que me deis el premio,* salió el alma del retiro y morada del cuerpo y subió al más Escondido Retiro, en el cual no se comunica Dios velado, sino descubierto, corridas las cortinas, con que le gozan y ven cara a cara y como él es, Trino y Uno, y a la segunda persona, unida a nuestra naturaleza, sentado a la diestra del Padre, que es el supremo lugar, sobre todas las criaturas, gozando, en cuanto hombre, de la gloria de su Padre.

Denos Dios su gracia para que nos dispongamos, purgándonos por la vía purgativa, ilustrándonos por la iluminativa y uniéndonos por la unitiva; y, siguiendo a Cristo Señor nuestro por la imitación, crezcan en el alma la fe, esperanza y caridad, alas con que en llegando la hora podamos volar y llegar, ya no solamente como el solitario que se levanta sobre sí al más Escondido Retiro que se descubre en el alma, sino al mucho más Escondido Retiro que es el cielo empíreo y patria celestial, para gozar de Dios y verle eternamente en compañía de los ángeles y adorarle y alabarle con ellos, diciendo: *Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos;* y a Cristo Señor nuestro, agradecidos porque nos lavó y redimió con su sangre, diciendo: *digno es el Cordero, que aun en el cielo se manifiesta a los bienaventurados herido, de recibir la virtud y la divinidad y la sabiduría y la fortaleza y la honra y la gloria y la bendición.*

Este Señor nos la eche desde adonde está reinando retirado, y llama a su más Escondido Retiro al alma que, como fiel esposa suya, trabaja y echa de sí, avergonzados y confusos, al mundo, demonio y carne, diciendo: *levántate amiga mía, paloma mía, y ven,* e introduce paz en la sensualidad, amor en la voluntad, silencio en el entendimiento, y, con el rocío de dones celestiales, hace crecer en ella la fe, la esperanza y caridad, alas con que vuela del más Escondido Retiro al cielo, donde goza de la vida eterna.

SOLI DEO
HONOR ET GLORIA

III
ORADORES

SERMON A LAS HONRAS DE MARIANA DE JESUS POR EL P. ALONSO DE ROJAS, S. I.

(Impreso en Lima, 1646)

PARTE II

Et Memento finis. Memoria continua de la muerte, que alentó a la difunta a heroicos hechos; quiero referir primero su ejercicio en esta memoria y después ponderaré los alientos a mayor perfección, que ocasionaban la muerte en esta sierva del Señor; siempre pensaba en la muerte, siempre la tenía delante, siempre deseaba ardentísimamente el morir, y en la última enfermedad significaba estos sus deseos con afectuosas señales; tres días antes de su dichoso tránsito dijo, por señas, que aquellos le quedaban de vida, y el último de la suya, que aquel día moriría, y luego levantó las manos al cielo como agradeciendo aquel favor: argumento claro de la pureza de su conciencia, pues, en la ocasión que tiemblan los hilariones se alegraba Mariana.

Tenía hecha una muerte de bulto de estatura entera (peregrina invención), la cual llamaba ella su retrato, vestida con un hábito de san Francisco, que había de ser su mortaja; esta muerte ponía en un ataúd en que se había de enterrar; junto a un espejo de cristal tenía otro mejor, era una cabeza humana a medio corromperse, horrible y espantosa, pintada en un lienzo, para que si alguna vez le viniese al pensamiento mirarse al espejo, se mirase en éste de sus desengaños, y muchas veces llegaba al ataúd donde estaba el esqueleto de la muerte y le echaba agua bendita, diciendo así: Dios te perdone, Mariana.

Estos pensamientos y acciones la alentaban a muchas virtudes; siempre he deseado saber de qué antídoto usó esta señora contra el veneno del pecado; pues, en todo el discurso de su vida no ofendió a Dios gravemente, como dijimos al principio, y me he pesuadido que este antídoto fue la memoria de la muerte. Aquellas tablas de los mandamientos divinos que con tanto cuidado labró Dios y escribió con su dedo, que con tanto trabajo y desvelo bajó del monte Moisés, las quebró el mansísimo

profeta, irritado de la idolatría del pueblo; quedó entonces el mandamiento del amor de Dios partido en trozos, el del prójimo deshecho a pedazos, el de no jurar dividido en partes, y en esta forma los demás: ¿qué remedio, pues, para que vuelvan a su antiguo ser e integridad? Yo lo diré: vuelve Moisés en este ínterin a comunicar a Dios y sácale por partido le muestre su rostro y le descubra su hermosa cara: *Ostende mihi faciem tuam.* Dificultó Dios la petición, y la causa que dio fue, porque no se compadecen manifestaciones del Ser divino con la fragilidad del vivir humano; y, porque no pareciesen excusas a lo comunicativo de su bondad, le concedió que viese sus espaldas. *Posteriora mea videbis.* Y, hecho esto, volvió Dios a reunir las tablas de la ley.

¿Quién ocasionó esta renovación de las tablas? Yo digo que la memoria de la muerte, porque lo que en aquella visión manifestó Dios a Moisés fue sus espaldas y en ellas significó, en sentir de san Severino Bercellense, lo mortal de su naturaleza humana, y así fue como decirle Dios: deseas Moisés amigo, que la ley y sus tablas se restauren y para esto quieres mirarte en el espejo de mi rostro: *Ostende mihi faciem tuam.* Yo te mostraré otro espejo en el cual mires lo mortal de mi humanidad, el conocimiento de su humildad y la vista de su morir, y, en viendo esto en el espejo, puedes dar por restaurada la ley, porque todo lo que pierde una idolatría remedia la memoria de la muerte. *Posteriora* (dice Severino) *ejus videre concessum est, et func tabulae quas antea fregerat fuerunt refectae* "sus espaldas le fue concedido ver y entonces se rehicieron las tablas que antes fueran rotas". Fieles míos, los mandamientos de la ley de Dios quebrantados en el pecho, borrados en la memoria y deshechos en la ejecución, se restaurarán y guardarán inviolablemente, si ponéis los ojos en el espejo de la muerte.

No es bueno, que nunca pidió Mariana de Jesús a Nuestro Señor le mostrase su rostro, contenta sólo con verle las espaldas: no es bueno, que no fue amiga de revelaciones, raptos o éxtasis; antes bien las aborrecía y, por esta causa, no quería leer libros de santa Gertrudis, porque trataban de ellas. Su vida fue por el camino sólido y seguro de los santos que Cristo enseñó a la santa madre Teresa de Jesús, diciéndole: ¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? no está sino en obrar, en padecer y amar, y esta lección aprendió tan bien nuestra purísima doncella, que toda la vida la empleó en obrar, padecer y amar, y, como su espejo fue siempre el de la muerte, observó la ley de Dios tan inviolable, que nunca la quebrantó gravemente.

Padre, diréis, Joseph, virrey de Egipto, santo fue y observantísimo de la ley divina, y no siempre miró el espejo de la muerte; alguna vez apartó los ojos a las glorias del mundo. *Putabam nos ligare manipulos in agro et quasi consurgere manipulum meum et stare vestrosque manipulos adorare manipulum meum.* Soñaba que segando con mis hermanos los haces de trigo mi gavilla y manojo se levantaba y descollaba entre los demás, y que la adoraban humildes; de suerte que Joseph miraba en sueños la gavilla,

profecía a su grandeza y gloria; luego no siempre miraba a la muerte. ¡Oh qué mal lo entendéis! ¿aquel manojo no estaba segado? *Putabam nos ligare* &ª; ¿la hoz no fue la parca de la espiga? ¿la siega no fue la muerte de la caña? luego para asegurar Joseph la ley de Dios en medio de las glorias del mundo, a la muerte miraba, y si alguna vez puso los ojos en las luces del cielo, no los apartó de la muerte: *Vidi per somnium, quasi solem, et Lunam, et stellas undecim adorare me. Reparad* (dice un docto) *quod sol quasi oritur et moritur, una in morte dies lucescit, stelae ab oriente usque in occidentem pergunt.* El Sol desde que nace hasta que se pone muere por instantes, la Luna es hacha en el túmulo y muerte del día, las estrellas caminan siempre al negro sepulcro de su ocaso. ¿Esto no es morir? ¿esto no es profetizar Joseph su muerte entre los triunfos de su vida?

La memoria de la muerte ocasionó en esta sierva de Dios, el desprecio de todas las honras, bienes y deleites del mundo, púsolos todos con generoso desprecio debajo de los pies, que si se coronó con guirnalda de estrellas de virtudes, como la misteriosa mujer que vio San Juan, pisó también todo lo temporal en la luna; no he visto en mi vida mayor desprecio de cosas humanas ni mayor aprecio de las divinas; su vestido era pobre y no más de uno, la comida casi ninguna, inaudita fue su abstinencia, su encerramiento raro; ni visitaba, ni gustaba la visitasen; no cursaba más que una calle, que es la que hay de su casa a la compañía. Moraba dentro de sí en la presencia de Dios y andaba con cuidado de no perderle de vista, y estaba interiormente tan asida con la Santísima Trinidad, que decía no se podía apartar de Dios; con facilidad se levantaba en espíritu al cielo y entre las vírgenes cantaba motetes a Dios. Finalmente, andaba tan recogida en silencio y quietud sobrenatural, que muchas veces le sucedía andar como fuera de sí, y como una abejita se estaba cebando en el costado de Cristo chupándole la sangre. En dando Dios a una alma luz verdadera, menosprecia de corazón las pompas del mundo, atropella sus soberbias, desprecia sus mentiras, pisa el temor de la muerte, hace heroicas acciones y camina segura a unirse con Dios. Estaba san Pedro y los demás discípulos medrosos en la nave, porque, erizado el mar en asombros, desatado en tempestades el viento, estaban a peligro de anegarse: *Navicula autem in medio mari jactabatur fluctibus.* Mat. 14. Era mucha la cerrazón, el viento contrario, y ellos estaban ya casi rendidos; Cristo estaba ausente, y si la serenidad en ausencias de Dios es tormenta, ¿cuál será la tempestad? Vino Cristo a aliviar su fatiga caminando sobre las aguas, viole san Pedro, aunque lo desconoció, y dice el Evangelista que les pareció a todos Fantasma: *Turbati sunt, dicentes: quia phantasma est.* Conociéronle después en la voz y Pedro como más amante y así como más animoso pidió licencia para arrojarse al mar y acercarse a Cristo: *Si tu es, jube me ad te venire super aquas.* Grande aliento, ¿cómo tiene Pedro tanta valentía para no temer el peligro, cuando apenas tiene experiencias que es Cristo el que navega en el mar?

¿Poco a tanto miedo de las olas, tanto recelo de la muerte? ¿Quién alienta a Pedro? ¿Queréis que os diga mi sentir? pues, yo pienso que la muerte le dio estos alientos. Miró Pedro a Cristo fantasma: *Quia phantasma est.* Erasmo con la versión siriaca leyó: *Spectrum est.* Esta palabra *spectrum* así en la humana como en la divina erudición significa una visión espantosa, un cuerpo fantástico, una muerte, un esqueleto: vio según esto la muerte en sombra, y, en viéndola, cobró tal ánimo, que si antes temía las olas del mar ahora las pisa y desprecia. San Juan Crisóstomo, hablando de estos pasos de San Pedro, dijo: hom. 51, in Math., *Ad Jesum itinere mirabili veniebat,* que caminaba con pasos milagrosos; y el Cartujano con san Hilario halló figurado en este mar la vanidad del mundo y las borrascas que se levantan en él; de donde infiero yo que para pisar el mundo, que para despreciar todos sus bienes, para no temer sus borrascas y para acercarse a Dios con pasos milagrosos, el medio único es mirar la muerte.

Estaba un día en un rincón de esta iglesia orando nuestra Virgen, llegóse a ella un hombre, instrumento del demonio, díjole algunas palabras amorosas y preguntóle qué hacía allí: a estas voces o silbos de serpiente hizo orejas sordas la sierva de Dios; instó el sacrílego por tres veces en sus ruegos y preguntas, y ella, desviando el manto del rostro, con semblante severo le dijo así: estoy aprendiendo a morir; turbóse de muerte el atrevido con esta respuesta, apartóse confuso y ella quedó vencedora de la tempestad de amor con la consideración de la muerte. Inquietábala el demonio en su recogimiento con varias invenciones y aparecíasele en forma de un perrillo de la China pelado, y ella despreciaba al demonio, y, venciéndole, daba pasos, *Itinere mirabili,* acercándose a su Esposo. *Quan pulchri sunt gressus tui in calceamentis Filia Principis.* Qué hermosos pasos que dais sobre las aguas de este mundo, y los vuestros son más graciosos, por darse siempre dentro de las sandalias que son hechas de las pieles de animales muertos, y por eso vuestros pasos son maravillosos, porque vuestros ojos no se apartan de la muerte. *Itinere mirabili, et memento finis.*

SERMON DE SAN JERONIMO, PATRON DE TEMBLORES

POR EL P. ISIDRO GALLEGO, S.I.

(Del original manuscrito)

(EXORDIO)

Tiembla, Jerónimo; tiembla, doctor máximo de las gentes, León de la Iglesia generoso, tiembla; tiembla, señor y honor de los desiertos; tiembla, pues es crédito de tu valor y timbre de tu firmeza heroica ese temblor constante, que a repetidos cuanto continuos ecos de aquella trompeta vaporosa del juicio te sustentó siempre en pie, siempre estable, libre siempre y ejemplo de ruinas y caídas. Tiembla, tiembla, Jerónimo, patrón insigne de Quito, que así siendo luz del mundo, que aclara el camino para el cielo *vos estis lux mundi,* eres también sal de la tierra *vos estis sal terrae,* eficaz para sanarla de los temblores y vaivenes a que los accidentes de nuestras culpas como fiebre maligna la sujetan. *Cum aliquid peccatum peccatur,* dijo Séneca, *tunc velut aegritudo corporis motus est* [1]. Tiembla, que, deshaciéndote así a duros golpes de la penitencia y dolor, te edificas Ciudad tan firme como levantada sobre el alto monte de la perfección *non potest civitas abscondi supra montem posita* [2]; o levantas sobre los montes de tu alto cuanto soberano patrocinio a esta ciudad ilustre, cuyo blasón es un castillo sobre montes *supra montes posita,* para que a todos sea patente su firmeza en la solidez de tu amparo. *Civitas supra montem* ex Paschas., Alberto M. y D. Tomás, *est valde firma et secura* [3]. Tiembla, pues, finalmente, que así, mientras más te abates, más te ensalzas, mientras más frágil te confiesas, más fuerte te eternizas, y mientras más desmoronas la tierra de tu carne, más en tu mano tienes la tierra, a quien das la mano de tu patrocinio para solidar en piedra que resista a los temblores, que no se arruine a los vaivenes, que en el

[1] "Cuando alguien peca un pecado, entonces como que se desata la enfermedad del cuerpo".

[2] "No puede esconderse la ciudad puesta sobre el monte".

[3] "La ciudad sobre el monte es muy firme y segura".

mismo temblar halle el pie de su fijeza, y en el movimiento mismo su estabilidad y sosiego.

Terra tremuit et quievit, tembló la tierra y sosegóse, dice David. Tan apriesa al moverse y quietarse, que aun no parecen diferentes. Tan uno con la seguridad el peligro, que parece el temblor pronóstico de la firmeza *tremuit et quievit.* ¿Qué es esto? ¿Qué ha de ser? ¿No veis que ese temblar de la tierra es el temblar de Jerónimo al oír la formidable voz que ha de llamar a juicio *De coelo auditum fecisti iudicium: terra tremuit* [4], y al escuchar la noticia de que Dios vendrá a tomar cuenta a los hombres: *cum exurgeret in iudicium Deus?* [5]. Pues si la tierra tiembla, como Jerónimo, a los espantosos ecos del clarín de la justicia divina, no hayáis miedo que zozobre en sus vaivenes; segura está de ruina en sus edificios. Porque ese temblar de los enojos de Dios, como es la medicina que nos aplica Jerónimo en la eficacia de su sal, es la firmeza que la establece, la estabilidad que la perpetúa y la quietud que en su movimiento la sosiega y asegura *tremuit et quievit.*

Para esto, católicos, nos ha dado Dios con tan repetida providencia a Jerónimo por patrón y defensor de temblores, para que busquemos en sus ejemplos el remedio, y en el temblor con que siempre tenía la trompeta de juicio en continuo movimiento sus afligidos miembros, la quietud firme de la tierra y la firmeza constante que sustente en pie sus edificios. Por eso es sal de la tierra *vos estis sal terrae,* y Anselmo *Sal este fortitudo terrenorum,* fortaleza de todo lo terreno. La tierra, cuanto más admite vacuidades en sus senos, dicen que está más expuesta a temblores; por cuanto el aire que en sus concavidades encierra, impaciente por salir, la hace mover de sus quicios. El remedio de este achaque está en la sal, cuya propiedad es apretar y restringir. Pero advertid otra virtud en la sal, que echada en el fuego al punto salta *in igne prosilit,* dice Palacios, como temblando de sus rigores. Esa, pues, es la sal de Jerónimo, que, a vista de los ardores de la divina ira, así tiembla que a golpes se deshace, así se aprieta y a tan apretado estrecho se reduce, que, sin dejar vacío al aire de la vanidad, no se deja mover de sus desvanecidos impulsos: así consigue, con temblar, la mayor fijeza; y así nos enseña a procurarla conservando aun en la muerte, a donde todos caen, firme y en pie su estabilidad. Pues, dice San Cirilo, que abriendo el sepulcro de Jerónimo admiró su sagrado cadáver tratable y fresco, sin indicios de corrupción y tan prodigiosamente elevado de la tierra, que por ninguna parte la tocaba. *Cum iam fovea foret vacua,* dice Cirilo, *cunctis cernentibus corpus sanctissimum in medio fovea tanquam i aere a nulla parte terram tangens permanebat integrum, nec corruptione aliqua violatum* [6]. Tan ajeno está

[4] "Hiciste oír desde el cielo el juicio: la tierra tembló".
[5] "Cuando se alce Dios para juzgar".
[6] "Cuando ya la tumba fuese vacía, quedó a los ojos de todos el cuerpo santísimo en medio de la tumba como en el aire, sin tocar por parte alguna tierra, íntegro y sin que le violase corrupción alguna".

de caer a los vaivenes de la tierra que tiembla de Dios, como Jerónimo, que ni aun la muerte, que a todos postra, le derriba; y en fe de que no le pueden alcanzar ni aun los riesgos de los temblores, establece en pie su constancia aun fuera de la tierra misma.

Veis aquí por qué sale hoy en público el sacramento: debe sazonarse ese manjar divino, para que entre en provecho a las almas, con la sal de Jerónimo, que es el ajuste de cuentas que pide el temor del juicio: *Probet autem seipsum homo et sic de pane illo edat*[7]; y en día de sazón tanta no puede negar la mesa. Todo su ahínco es hacer a los hombres una cosa consigo *in me manet;* y, siendo ese divino sacramento aquel Cordero León, que vio Juan que sustentaba en pie la firmeza de vivo entre apariencias de muerto *agnum stantem tanquam occisum*[8], hoy que sale, ya se ve, es sin duda para cumplir lo que nos promete el patrocinio de Jerónimo, que es conservarnos firmes, en pie, sin ruina ni caída en el mayor peligro *stantem tanquam occisum*. Lo que reparo es, digo, que estaba en pie como muerto, cuando por muerto había de estar caído. Eso es lo que enseña Jerónimo, y lo que sale a cumplir Cristo, a temblar para no caer, a morir para estar en pie, y a postrar por tierra la carne deshecha a los rigores, para que quede en alto la permanencia de la gracia. Gracias a Dios que di con ella. Para que no me falte, pidámosle a María nos sea intercesora.

AVE GRATIA PLENA

[7] "Más bien pruébese el hombre a sí mismo y así coma de aquel pan".
[8] "El cordero de pie, como muerto".

PEDRO DE ROJAS, S.I.

EXHORTACION PANEGIRICA Y MORAL EN LAS ROGATIVAS QUE HIZO LA REAL AUDIENCIA Y CIUDAD DE QUITO, POR CAUSA DE LOS TERREMOTOS QUE HA PADECIDO LA CIUDAD DE LIMA

Lima, 1689

Haec dicit dominus Tiro, numquid non a sonitu ruinae tuae, et gemitu interfectorum tuorum cum occissi fuerint in medio tui commovebuntur insulae? Et descendet de sedibus suis omnes Principes maris: in terra sedebunt, et attoniti super repentino casu tuo admirabuntur, et assumentes super te lamentum, dicent tibi: quomodo peri isti, quae habitas in mari, urbs inclita! Ezch. Cap. 26.

¡Ay, desgraciada como numerosa ilustre Ciudad de Tiro! ¿Cómo al resonar los pavorosos ecos de tu lamentable ruina no han de temblar con desusados vaivenes tus inferiores islas comarcanas? ¿Cómo, siendo tú la Metrópoli y cabeza de sus pueblos, no han de padecer los mismos asombros? No es posible, que al sonar los sollozos, llantos y suspiros, al rumor confuso de los alaridos desconcertados, a los ayes tristes de los vivos, enterrados aún antes de muertos, y de los que quedaron con vida pero más muertos que vivos, no se estremezcan y tiemblen, cuantos se noticiaren de tu fatal estrago. *Commovebuntur insulae.* Porque si te pone la mano de Dios padrón lastimoso para el escarmiento, el temor de tus villas y lugares no le tendrá en cabeza ajena sino en la propia, porque es preciso que todo el cuerpo tiemble cuando anda tan de caída la cabeza. Tus príncipes, señores y jueces, en demostración humilde y necesaria depuestos los tronos de Majestad y Judicatura, pecho por tierra en las plazas habitarán sus bajíos tan rendidamente atónitos, como admirados de una fatalidad tan estupenda y repentina, que prorrumpirá su dolor más a la lengua del agua de sus ojos, que con los labios, más con los latidos del corazón, que con el desmayado aliento, anudada la garganta con el sentimiento excesivo en estas ansias lastimeras o en este lamento triste, desahogo amargo de sus congojas: ¿qué es aquesto, cómo siendo la ciudad más ínclita la gloriosa Tiro ha padecido estrago tan lastimoso? ¡Qué es aquesto! ¿Qué desolación tan infausta ha arruinado la más

entendida Atenas, la más admirable Colonia de cuantas ciudades honran la Palestina, situación hermosa a las riberas del mar, y mineral tan rico, como si fueran de oro y plata sus arenas? *Quomodo peri isti, quae habitas in mari, urbs inclita?*...

Si Lima es la desolada, Tiro ciudad de los Reyes, cuya estampida estruendosa, al dar en tierra su grandeza agigantada con los pavorosos ecos ha puesto la ceniza sobre las cabezas y coronas de los venerables Gobernadores Eclesiásticos de esta Catedral ilustre; pues si en la procesión de sangre la primera noche de este novenario, oímos en el púlpito los discursos elocuentes tan morales, ingeniosos y medidos de su docto magistral de palabra, también oímos, como vimos por las plazas y calles, predicar por obra mudamente retórico el penitente celo de los demás señores prebendados en los cuellos, con sogas o cilicios y en sus descubiertas cabezas y coronas con ceniza, convenciendo los corazones más empedernidos a la voz de este público, y fervoroso ejemplo: *Cinere conspergentur, accingentur cilici is.* ¿Si Tiro es la Ciudad de los Reyes pues al sonido infausto de sus terremotos en el día veinte de octubre, al acercarse las noticias de su calamidad temblaron los pueblos de Ambato, Pelileo y Latacunga a los veinte y dos de noviembre, dejando los templos y casas inhabitables por su destrozo y los más de los edificios por los suelos, para que ni aun esta lastimosa circunstancia faltase a la profecía de la destrucción de Lima en el trágico suceso de la esclarecida Tiro: *Numquid non a sonitu ruinae tuae commovebuntur insulae?* Y de que se colige ser el pronóstico tan cortado al talle de la ruina de la ciudad de Lima, que le ajusta medido aun en las circunstancias de la ciudad de Tiro, que es la ínclita ciudad de los Reyes: *Urbs inclita, vidi civitatem Regum.*

Lo cual supuesto, pregunto ¿por qué su desolación es objeto de dolor tan excesivo, de tan crecido llanto, en lo Eclesiástico y Secular, en toda la nobleza y piadoso vulgo? ¿Es acaso porque en la ruina lamentable se perdieron muchas vidas, haciendas gruesas, ricas preseas, edificios y máquinas costosas? Sí. Claro está; mas con un ádito muy agravante, de ser la fatalidad tan repentina, como impensada. Esta, esta es la raíz de la admiración atónita con que se lamenta la desolación de la ciudad de Tiro: *Et attoniti super repentino casu tuo admirabuntur.* Y esta la causa porque el Emperador Adriano traía en el dedo un anillo por memoria con estas letras: *Illis gavis fortuna, quibus improvisa;* porque no le cogiese sin prevención algún suceso tanto más riguroso, cuanto más repentino. ¡A las cuatro y cuarto de la mañana tan dormidos y descuidados en Lima, y al primer vaivén de la tierra, al sacudirse horrorosa, unos huyendo de sus casas sin saber a dónde, sin atender los padres a los hijos, sin mirar las mujeres a sus esposos, corriendo casi desnudos con tanta confusión, ahogos y alaridos, tropezando y cayendo en sus mismos desalientos, turbados los corazones con el ruido de los edificios que caían, mezclado en ayes y lamentos de los que herían y lastimaban! ¡Otros, aún

antes de despiertos, enterrados vivos, siéndoles sus mismas casas de vivienda sus funestos sepulcros, tan en un instante todo, tan sin prevención, ni acuerdo! ¡Indecible mal! Con dos ramas en que se divide muy para sentidas o dos daños que no tienen consuelo, y parten el corazón compasivo; uno de los vivos, y otro de los muertos. ¿Cómo habrán quedado con la ruina los vivos, que libraron? Y en qué habrán parado las almas de los miserables que tan repentinamente murieron. Puntos que deben ser el objeto y blanco de una compasión tan tierna, como para temidos en escarmiento vigilante, no ya en cabeza ajena, sino en la propia.

Quedaron muchos de los que libraron con vida (según escriben), aun siendo personas de caudal, en la última miseria, pereciendo de hambre, sin tener un bocado de pan que comer, sino pidiéndole de limosna; porque lo que perdonó el terremoto en la ruina de la plata y joyas que tenían, se lo robaron hombres desalmados, sin Dios y sin conciencia, quedando en un instante los ladrones, ricos, sobrados y opulentos, y los dueños a quienes robaron, al mismo paso pereciendo y sin recurso. ¿Puede llegar a mayor dolor el sentimiento? ¿Puede haber sentimiento que llegue más al alma? Si se pondera el tiempo y la ocasión, parece que no; porque en hora de tanta calamidad, en ocasión que se busca el socorro del Cielo, que se clamorea a Dios con ansias, pidiéndole todos misericordia, ocuparse hombres peores que demonios en semejante insulto, y ferocidad, mal es tan intolerable e insufrible, que aun al paciente Job le falta el sufrimiento con despecho en las quejas, y parece con impaciencia en las palabras.

Y si le preguntamos ¿cómo dice que ésta es obra de Dios cuando la ejecutó el demonio: *Dominus dedit, Dominus abstulit,* y no cabe aqueste consuelo en semejantes hurtos? responderá, y bien, que en aquella ruina si obró el demonio, fue por mandato de Dios. Dios lo hizo: *Dominus abstulit;* pero semejantes delitos, son de hombres tan sin Dios, que son peores que el mismo demonio. Salir el padre de familias desalado huyendo de la justicia de Dios sin saber a dónde; por otra parte la mujer descalza apenas con una mantilla, los hijos, las hijas, levantando los alaridos al Cielo, tropezando y cayendo en sus mismos ahogos, ya de esta casa que desamparan, ya de la otra que dejan el llanto en confusión pavorosa, el asombro común, los alaridos de todos para enternecer a los peñascos más duros, pidiendo a Dios misericordia; y a este tiempo, valerse los ladrones del justo temor de los dueños para robarlos, dejándolos más desnudos de lo que salieron de sus casas: ¿puede caber igual ferocidad y tiranía en el demonio?, ¿puede haber acción más bárbara y más fiera en un espíritu infernal? No parece; y cabe en los hombres lo que no hiciera el demonio. ¡Ah Lima! Y cómo puedo recelarme que el castigo de tu ruina en los terremotos que has padecido, se ha ocasionado porque al tiempo de la misión, en que tanto y tantas pedían a Dios misericordia y perdón de sus pecados, había otros que al mismo tiempo levantaban banderas contra Dios, provocando por las calles públicamente a los vicios.

¡Oh Quito! Y cómo temo que ha de castigarte la Divina Justicia, pues en este tiempo de rogativas fervorosas, de tantas penitencias y devoción, hay algunos que procuran por las calles estorbar el que se vean tan ejemplares ejercicios y que se oiga la palabra de Dios en los templos, sin cesar de ofender a Dios en los mismos vicios y pecados.

Este es el mal y daño que padecen en el cuerpo los que quedaron vivos en la repentina fatalidad del terremoto de la ciudad de Tiro, que es la ciudad de los Reyes: *Super repentino casu tuo vidi Civitatem Regum.* Pero vamos más al alma en la segunda pregunta, esto es: ¿en qué habrán parado las de los que murieron en el mismo suceso tan impensado y repentino? Cogiólos dormidos, descuidados a las cuatro y cuarto de la mañana. Primero que volvieron del susto y despertaron del sueño, aún antes que abriesen los ojos para ver el peligro de aquella hora, se hallaron en la otra vida a ser juzgados en el Tribunal de Dios. Careóse uno y otro mal: aquel daño de los cuerpos poco duradero, miseria de por vida en uno o algunos años. Este del alma por toda una eternidad. Aquél se remedia con una limosna, tiene el consuelo en la piedad cristiana; éste es mal sin remedio, sin esperanza de piedad, misericordia, ni clemencia. En fin, para un fracaso repentino si está arriesgada la hacienda y aun en peligro la vida, como es mal del cuerpo, es poco daño, pero en un caso repentino estar arriesgada el alma, no puede llegar a mayor mal, pues es eterno. Si los daños del cuerpo se sienten tanto que cuanto más repentinos llegan tan al alma, que no hay sufrimiento ni paciencia, ay, alma mía, los riesgos repentinos del alma, en eternidad de penas para siempre, ¿a dónde llegarán? No hay ponderación, ni palabra con que se pueda explicar cuán para lloradas son con lágrimas de sangre las repentinas muertes de los desgraciados sin prevención, a quienes quitó la vida entre tan impensados sustos un formidable terremoto. Porque si vuelvo a preguntar en qué habrán parado, para que abra los ojos nuestro descuido, es clara la respuesta: que pararon conforme al estado en que vivían y se echaron a dormir; si les llegó la hora del repentino golpe en gracia de Dios, pararon en salvación de sus almas; si les cogió descuidados en las mismas culpas en que vivían, pararon sin duda en una condenación eterna.

Terrible lance haberse acostado buenos y quizá con la ocasión de su desastrada vida entregarse al sueño muy a lo seguro, despertar estremecidos y asustados con el terremoto, y hallarse en un instante sus almas en los infiernos. ¿Y que haya quien duerma en pecado mortal? ¡Oh bárbara ceguedad de los hombres! ¡Oh locura desesperada de los que no creen como ateístas que hay otra vida! Consuélanse y se prometen, necios, que al despertar con el asombro llamarán a Dios y harán un acto de contrición verdadero, con que serán perdonados; fían en que Dios es tan poderoso como misericordioso, y en el tiempo del susto todo cristiano por grande pecador que sea implora su nombre y su favor. No lo niego; pero ésta es esperanza tan vana, como agravio de la misericordia.

Confieso que la llamarán asustados; pero con verdadero dolor, con contrición verdadera en una repentina fatalidad, quién podrá asegurarlo, y más cuando están sólo acostumbrados a la culpa toda su vida, y así les será tan difícil que tengo por imposible el acertar el dolor y así morirán como vivieron.

Poderoso era Dios para hacer de las piedras hijos de Abrahán: *Potens est Deus de lapidibus itis suscitare filios Abrahae.* (Luc. 3). Y cuando vio Orígenes que en la muerte de Cristo nuestro bien, al barajarse los elementos, al obscurecerse el Sol, al temblar la tierra se daban unas piedras con otras: *Petrae scissae sunt,* le pareció amagar a cumplirse el vaticinio, aunque no se perfeccionó ni se acabaron de convertir las piedras en hijos: *Hi lapides intellecti fuerunt, ex quibus vaticinio praemostrabatur Abrahae filios suscitandos.* Empezaron, dieron señales de convertirse en hijos, con prodigio tan extraño, que al golpearse las unas con las otras, afirma el Minorita, resonaban voces tan admirables, que formaban claro el nombre de Jesús: *Iesus, Iesus Rex Iudaeorum.* ¡Oh piedras! No sé si temerosas o compasivas, cómo con el nombre de Jesús que pronuncia vuestra colusión y dureza, no os acaba de transformar en hijos de Abrahán, cuando Dios es tan poderoso que puede convertir en hijos de Abrahán a las mismas piedras: *Potens est Deus.* Ya se ve. ¿Cuándo invocan el nombre de Jesús? Sólo cuando tiembla la tierra. ¿Con verdadero dolor? No, que siempre han sido tan duras, que pasado el susto del temblor, se quedaron como de antes piedras. Pues no se perficionarán hijos aunque nombren y llamen a Jesús, aunque Dios sea tan poderoso. Porque esas voces nacen de lo empedernido de su dureza, sólo al aire de su temor, con el susto de estremecerse a los enviones y vaivenes violentos de un terremoto repentino. Que no puede nacer de corazón contrito este nombre sagrado, cuando el fundamento y costumbre es piedra y el motivo un sobresalto.

Esto es lo cierto y lo connatural en los hombres, cuya costumbre en los vicios los tiene endurecidos como piedras; levanta Dios la mano y en ella el azote de su justicia, descarga el golpe, cruje el ramal sobre los pecadores dormidos, tiembla la tierra, y al sacudirse violenta con el terremoto entre despiertos y descuidados, prorrumpen sobresaltados los corazones: Jesús! Jesús, que tiembla! ¡Válganos, Dios, que tiembla! ¿Y estas voces bastarán para convertirlos en hijos suyos por gracia, naciendo de una contrición verdadera? Claro está que no, porque son voces al aire, hijas del temor, y clamores de quien en la vida fue un peñasco. Piedra dura en la vida, y a la hora de la muerte tan fuera de sí como entre sustos, temores, ahogos y ansias, y perfeccionarse con dolor verdadero hijo de Abrahán, aunque Dios es poderoso, aunque el nombre de Jesús es tan eficaz y proficuo, no acertaron, no, a tener aquel dolor que es necesario para que merezcan el que perdonándoles Dios los pecados, los reconozca por hijos. Con toda quietud, sin revolución de potencias y sentidos, sin sustos ni sobresaltos trataron innumerables de dispo-

nerse para ganar el Jubileo de la Porciúncla con verdadera contrición, y reveló nuestro Señor que sólo la acertó ganando el Jubileo una mujer anciana y devota. Trescientos actos de contrición hacía todos los días un religioso de la Compañía de Jesús, ensayándose con esta loable costumbre para la hora de la muerte; y apareciéndole un ángel, le aseguró que de cuantos había hecho sólo había acertado en uno. Pues si no tiene el pecador ni se aliciona ni ejercita en esta costumbre y ejercicio, sino en la continuación de sus culpas y pecados; con el sobresalto de un temblor, con helarle la sangre el miedo, con ocurrirle al corazón en desconcertados latidos, con tener la muerte a los ojos, cómo acertará su ceguedad turbada a encontrar con el dolor verdadero, por más que prorrumpa tan fuera de sí, como enajenado en un: "Jesús, Jesús, que tiembla". Voces que aun las dan las piedras, sobresaltadas sin provecho; porque como piedras en la vida, en la hora del peligro que amenaza se quedan como antes piedras y quizá más empedernidas.

No es pequeño fundamento, que me lo persuade el haber aquellos dos ángeles cegado a los nefandos sodomitas la mañana que sacaron a Loth de Sodoma. *Percusserunt caecitate a minimo usque ad maximum itta ut ostium invenire non possent.* (Gen. 19). Castigaron con ceguedad a estos pecadores desde el más grande al más pequeño, y de calidad que no pudiesen encontrar con una puerta para librarse del daño. ¿No los castigan con otra pena, sino con ceguedad? ¿No ha de temblar la tierra? ¿No ha de llover fuego? ¿No han de acabar con la vida en la ruina de la ciudad? ¿Ya, ya, tan presto, tan luego, que al instante que salió Loth perecieron repentinamente todos? Y aun por eso. Habían vivido tan ciegos como seguros. ¿Tener la muerte tan cercana, faltar tan poco para la ruina, y poder abrir los ojos para encontrar con la puerta de su remedio? ¡Qué engaño! Quedarán más ciegos en aquella hora, sin que puedan encontrar con la puerta. *Ita ut ostium invenire non possent.* Es la puerta, dice San Pedro Damiano, Cristo: *Sicut ipse dixit, ego sum ostium, per me si quis introierit salvabitur.* Cristo, la puerta de la vida y salvación eterna; el pecador en su vida ciego; pues, como al tiempo y a la hora que insta la muerte en temblores y ruinas ha de abrir los ojos, antes entonces más ciego, ni podrá encontrar con toda la puerta Cristo. *Ita ut ostium invenire non possent.* ¿Qué no han de poder? Y la razón es clara, porque se añade a la ceguedad el sobresalto, el ahogo, y el repentino susto. Y es forzoso que si el ciego, por serlo, no encuentra con la puerta, añadido el sobresalto, no sólo no la encontrará, sino que ni podrá encontrarla, fundamento en que me persuado, estriba aquel grave temeroso sentir del Emisseno: *Ita enim eveniet, ut qui primo tempore emmendari noluerit, incipiat in sequenti, nec velle, nec posse.* ¿No enmendarse en la vida teniendo el tiempo oportuno, no serlo el tiempo de las agonías y trasudores, y entre esas ansias esperar la enmienda? ¡Qué yerro! Ese será tiempo en que ni quiera ni pueda. *Nec velle, nec posse.*

Pues, ¿qué remedio tendrá nuestra ceguedad descuidada para que podamos encontrar la puerta, si nos amenaza una fatalidad repentina? No hay otro, fieles, abrir los ojos en la vida, tomar escarmiento en cabeza ajena, ver el estrago que ha hecho un repentino terremoto en otros cuerpos y en otras almas. Ponderar los fatales sucesos que han padecido en Lima, para que con el temor de castigos semejantes, no vivamos desprevenidos como ciegos, arriesgada la salvación por lo impensado, cuando la piedad de Dios con este aviso y ejemplar, quiere que abramos los ojos.

Para que los tuviese claros, y sanase de su ceguedad un ciego refiere San Juan en el cap. 9, hizo Cristo Señor nuestro un colirio admirable del polvo de la tierra y su divina saliva, ungióle con él los ojos, y le mandó fuese a Siloé, y en su milagrosa fuente los lavase, para que viese. *Fecit lutum ex sputo, et linivit lutum super oculos eius, et dixit ei: vade, lava in natatoria Siloé.* ¿Quién no dirá que es excusada la diligencia de lavarse en las aguas de Siloé? ¿La tierra que toca Cristo con sus manos no basta? ¿Basta su soberana saliva para que vea? ¿Sobra, y ha de ir a la fuente de Siloé? Así verá claro, así abrirá los ojos. Es la fuente de Siloé, donde con un terremoto cayó una torre, y cogiendo debajo diez y ocho personas, les quitó repentinamente las vidas: ejemplar con que predicaba Cristo conmoviendo a los pecadores a penitencia, para que se librasen de semejantes terremotos, que amenazaban repentinos: *Nisi poenitentiam egeritis omnes simul peribitis, sicut illi decem et octo super quos cecidit turris in Siloé.* (Luc. 12). Vaya, pues, el ciego a ese ejemplar donde con un temblor desusado cayó esa torre, que viendo que ésta no perdonó a diez y ocho que vivían a su sombra, que conociendo no hay seguridad en la mayor fortaleza, le será ésta más eficaz colirio, para que abra los ojos, usando Cristo con él demás misericordia cuando con este temor se los lava, que cuando se los unge con el lodo de su saliva.

¡Oh, cómo muestra la piedad soberana de Dios sus misericordias grandes con los pecadores de Quito dándoles noticias de la ruina de Lima, Jerusalén coronada del Perú, porque les sirva este ejemplar de luz con que abran los ojos para la enmienda de sus vidas, temiendo semejantes terremotos y castigos por sus graves culpas! ¿No es esto ir aguzando la punta de la espada de su justicia con Lima, y no sorda sino tan sonada, que han estremecido sus ecos todos los pueblos y ciudades de las Indias? ¿Y usar de tanta piedad que se da entretanto tantas esperas a Quito? ¿No es esto mostrar Dios ya desnudo el estoque contra sus moradores, tanto más agudo en la punta cuanto más afilado con Lima y tan piadosas esperas? ¿No es esto aguzarlo más penetrante, cuando lo amola con Lima tan despacio y tan ruidosamente en el aviso, que si en Lima hiere, aquí alumbra, si allá mata, aquí sólo amedrenta; si allá tiembla hasta arruinar, aquí el temblor es apenas amenaza, si allá destruye rayo que repentinamente cae, aquí sólo es relámpago y trueno que avisa con el amago? Mas ¡ay dolor! Oh ciudad siempre verde y opulenta Quito, lo que me

temo que si a golpe de luz tan crecida no abres los ojos para llorar tus culpas, que acabando de aguzar la punta de la espada con esta Lima, con este ejemplo formidable, han de ser tan penetrantes las heridas con que se asole, que sientas más violento; más riguroso en repentinos asombros de castigo, al mismo paso que te ha esperado dándote su misericordia aqueste tiempo!

Pero me dirán, y con mucho consuelo mío, que ya no les falta luz, pues tienen a los ojos a su Patrón jurado para los temblores, al penitente Jerónimo, que es luz: *Vos estis lux mundi,* y luz no como quiera, sino luz que alumbra para defender de los terremotos a unos, castigando con temblores a otros obstinados que no se aprovechan de sus avisos, como le sucedió predicando en la ciudad de Tiro, ya reedificada, contra los trajes profanos y excesivos juegos, pues juntándose tres a barajar gustosos, dijeron delante de muchos que se hallaron presentes, que aunque le pesase a Jerónimo empezarían y acabarían de jugar con toda felicidad y alegre entretenimiento. *Hironyme, te invicto ludum istum feliciter finiemus.* Pero a poco espacio que se entregaron al juego refiere San Cirilo, se estremeció la tierra, abrióse en grietas horrorosas, sorbiéndose los tres que jugaban y quedando los presentes tan corregidos que enmendaron sus vidas con ejemplares escarmientos; con esta luz y ejemplo que pone a la vista alumbra Jerónimo, y con esta misma ha abierto los ojos tanto Quito al ejemplar de la ruina de Lima, que ha encontrado sin duda con las puertas de la seguridad, pues María, Señora nuestra a quien invoca en estas rogativas, es la puerta del Cielo, y Cristo nuestro bien ya Sacramentado, ya en sus imágenes milagrosas a quien venera en esas aras, es la otra puerta del perdón. María puerta llena de benignidades y dulzuras, aunque sea la imagen y estatua de piedra, que no se opone el ser la imagen mármol en la constancia para que nos ampare, pues tiene las entrañas y pechos de soberanas piedades y misericordias.

¿Quieres, alma, que sean eficaces tus ruegos? ¿Que sea seguro el patrocinio que deseas en Cristo Sacramentado, y María, aunque imagen de piedra, Patrona Piadosísima contra los temblores y volcanes? Pues buen remedio, una verdadera confesión con propósito tan firme que no vuelvas ni aun los ojos a la ocasión del pecado, que volverlos al peligro estorbará al patrocinio que imploras, y quedarás estatua de sal, riguroso padrón para el escarmiento de otros, como quedó la mujer de Loth, por inconstante en el camino de su salvación, que había comenzado. Mas esto es lo que más aflige mis temores, mucho recelo el que vuelvas las espaldas, que esta inconstancia sea causa de nuestra ruina. Angeles acompañaban a la mujer de Loth y la sacaron de Sodoma, enderezó sus pasos al monte al lado de un Loth santo y justo que con su buen ejemplo animaba su tibieza; el riesgo instaba, y con todo vuelve inconstante la vista y no llega a aprovecharse del seguro del Cordero y piedra milagrosa como Loth. Tú, a quien no acompañan ángeles, sino sus vicios, tú que huyes las compañías de los buenos y vives siempre al lado de tu des-

dicha, ¡oh, cómo debes temer aun después de confesado el volver al vómito! Sea el propósito firme si quieres seguro el patrocinio de esta Piedra soberana y sacrosanto Cordero.

Pondere ahora la devoción cuán acertado ha sido el acuerdo de sus dignísimas cabezas, que con providencias tan superiores, como inspiradas de Dios han juntado para la rogativa en esas aras a María Santísima, no como quiera, sino de piedra en la constancia, y con los pechos de carne en el soberano Cordero y las tres imágenes de Cristo con las prerrogativas del Eccehomo, del Nazareno y en la Cruz de crucificado, porque tamaño beneficio como se suplica y pide, se alcance multiplicados los intercedores sin que quede piedra por mover hasta que se consiga, como lo tengo por infalible.

Porque este conjunto soberano es el que afianza en los mayores riesgos constantes seguridades y amparos ciertos en los más formidables terremotos.

Ningunos más justos, más pavorosos y desusados que los que padeció el mundo al morir Cristo en los brazos de la Cruz, cuando barajados los elementos, anochecido el sol, los mismos avisos asombrados, tembló la tierra estremecida con tan violentos impulsos, que se arruinaron más de doce ciudades en Asia y en Bitinia, y Capadocia muchas, según refiere Orígenes, Tertuliano y Agustino. Erizó sus ondas el mar, retiró sus corrientes y saliendo de madre y de represa en soberbias avenidas, anegó muchos lugares situados en sus riberas. *Ecce terremotus factus est magnus, et velum templi scissum est.* ¿Qué es aquesto?: la raíz y principio de tan inopinado terremoto es en Jerusalén, y por maravilla sólo se cuenta que se hizo pedazos el velo del Templo. ¿Y no se rasgaron los edificios? ¿No se desplomaron las torres? ¿No se arruinaron las casas, ni se sorbió la tierra la ciudad de Jerusalén con todos los que le crucificaron? ¿Allá lejos, efectos de tanto estrago, y contra Jerusalén y sus pérfidos moradores, tan sin fuerza el terremoto como si meciera el monte con blandura? Si, porque murió Cristo inclinando la cabeza a la parte donde asistió María a la Cruz. *Inclinato capite tradiddit spiritum,* en una acción sola de inclinar la cabeza hacia la parte de María, les mostró los medios de conseguir aun los mismos que le crucificaban, soberanas misericordias; a la parte donde la inclina, señala el medio de una piedra constante que mientras más herida al golpe de la Cruz, que padecía en su corazón, el alma, intercedía por los mismos que con Cristo la crucificaban en ella, que así explica Ricardo aquel: *Loquimini ad petram,* donde prosigue: *Sic et Maria, percussa, gratiarum fontes emisit, et pro persecutoribus exoravit.* Y juntamente bajando la cabeza mostró el título de la Cruz. *Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum.* Título que declara tres advocaciones misteriosas de un solo Cristo, el *Iesus* con la advocación de crucificado, porque muerto en ella, alcanzó este nombre divino: *Mortem autem crucis, propterquod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen quod est super omne nomen, ut in nomine Iesu omne genuflectatur.* El Nazareno con

la advocación de llevar la Cruz sobre el hombro por la calle de la amargura, y el Rey de los Judíos con la advocación de Eccehomo cuando grababa sobre su cabeza la corona de espinas y en su mano por cetro la caña, lo saludaban con el título de Rey de los Judíos. *Ave Rex Iudaeorum.* Y formándose de estas tres advocaciones y pasos más milagrosos el título *Jesus Nazarenus Rex Iudaeorum,* fue lo mismo inclinar la cabeza, que mostrar el medio, por donde se aseguraban los mismos que lo perseguían, sin que los tragase la tierra con el terremoto asolando a Jerusalén, María como piedra y estable roca, y tres imágenes de un Cristo solo, en las tres advocaciones que señala el título de la cruz: *Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum.*

Con que viene a ser que alienta tanto mi tibieza, que no he de perder la ocasión para alcanzarlo con eficacia: Ea, Señor, pues me enseñáis, oídme, que no he de salir de aquí, ni apartarme de vuestros pies, sin alcanzar de vuestra piedad el perdón que con lágrimas os suplicamos todos. El tiempo, amorosísimo dueño de nuestras almas, no puede ser más arriesgado ni calamitoso; tiénenos formidablemente cercados y amenazados vuestra justicia. Vuestra espada parece ejecuta el golpe descargando sus filos, de que ya se queja el aire; no se oyen, ni ven más que horrores y asombros en todo el Reino por nuestras culpas y pecados. Chile llora tan rigurosa peste que avisa llegaron a quince mil los que en ella han muerto. Lima aún no acaba de conocer cuántos serán los muertos y enterrados vivos, siendo incesables sus temblores. El mar y Guayaquil se quejan de las hostilidades crueles y sangrientas del enemigo pirata, estorbándole aun los bastimentos para sustentar la vida. Ambato, Pelileo y Latacunga, treinta y dos días después de la fatalidad de Lima, se han arruinado con otros terremotos tan violentos, que no hay edificio de que no huyan por lo que amagan todos horrorosamente sentidos y lastimados; la única esperanza que tenía el Perú en las Naos que salieron contra el enemigo, también nos falta con haber varado, y perdídose hacia el Puerto de las Esmeraldas la una de ellas. Por todas partes nos acosa el temor, y falta el recurso a lo humano; todo es hambre, pestes, temblores, que aún llegan a nuestras casas, si bien no con tanto rigor como a las vecinas. Pues si en tiempo de semejantes angustias nos enseña vuestra piedad que ocurramos los pecadores afligidos a vuestros pies por medio e intercesión de vuestra Madre soberana y vuestras imágenes milagrosas, que con tantas bocas como heridas en virtud de vuestra sangre claman al Eterno Padre pidiendo perdone a sus enemigos, y hoy, Señor, nos valemos de vuestros pies, ¿por qué no nos habéis de perdonar? Dadme, Señor, licencia, que he de convencer vuestra sabiduría enderezando un ejemplo y siguiendo el estilo de estas exhortaciones, no a los pecadores, no a los culpados, sino a Vos mismo que habéis de ser el juez que provea nuestra petición, rendida y fervorosa. Bien sabéis, Señor, que en Madrid había dos enemigos que deseaban beberse la sangre: una noche de Jueves Santo se encontraron en una calle excusada y tan sola que sin que los estor-

base alguno, desnudas las espadas, riñeron; cayó el uno y al envasarlo el otro con deseo de ensangrentar la suya desde la punta al pomo, le pidió el caído que por la sangre de nuestro Señor Jesucristo y su soberano nombre le perdonase, que humildemente rendido se lo rogaba, conociendo haberlo agraviado; y así lo hizo, perdonólo por Dios, y yendo a visitar los monumentos de las iglesias, libre de su pasión vengativa, hincando las rodillas en una de ellas para besar los pies de un Crucifijo que estaba sobre una almohada a vista de innumerable concurso, desclavó el Crucifijo el brazo, y echándoselo por el cuello amorosamente, le abrazó con cariño en señal de lo que se agrada perdone el hombre a sus enemigos, cuando piden misericordia por Vos y por vuestra sangre os agrada de forma que hacéis demostraciones de tanto cariño y ternura. Este perdón nos enseña vuestra sangre preciosísima, este perdón nos manda obrar con los enemigos vuestra Majestad y grandeza. Pues, Señor, obrad lo que mandáis, dadnos buen ejemplo en lo que gustáis que hagan otros. Vednos a vuestros pies rendidos, que no tienen otro recurso nuestros ahogos; oíd nuestros afligidos corazones, que a veces os pedimos por vuestra preciosa sangre nos perdonéis; confieso, amantísimo Señor, por todos que os hemos ofendido ingratos; publico a voces que es verdad, que hemos sido vuestros enemigos; pero rendidos a vuestros pies, os rogamos que nos perdonéis por vuestro divino nombre. Si confesamos que os hemos ofendido, rendidos y humildes a vuestros pies, ¿por qué no nos habéis de perdonar? ¿Mandáis uno y obráis lo contrario? No cabe en vuestra soberanía. Pues haced lo que mandáis, como lo hicisteis con un Abrahán que os pidió de rodillas por Loth; con un ladrón en la Cruz y con una Magdalena pecadora. ¡Ah, fieles!, que no lo hace porque me parece que falta el verdadero dolor, el firme propósito de la enmienda, el no volver los ojos a la ocasión de la culpa, y el agua de las lágrimas, con que lavó Abrahán, y la Magdalena sus sacrosantos pies. Pues si esto es sólo lo que falta, pecador arrepentido, Magdalena pecadora, mira lo que te va la vida, mira que es contingente que esta noche no te dé lugar de hacer un acto de contrición un terremoto repentino; no arriesgues el alma para una eternidad de penas, no malogres la ocasión de estar a los pies de Cristo y de María; poco se te pide y es mucho lo que ganas. Lágrimas, lágrimas fieles; desdichado pecador, siquiera una gota saque de la dureza de tu corazón a golpes de penitencia el verdadero dolor de tus culpas, siquiera una lágrima y una gota. Ea, anima el pecho endurecido, rompe ese peñasco en pública demostración de arrepentimiento: pequé, Señor, ofrézcoos mi corazón, que me holgara brotarlo deshecho en lágrimas de sangre por los ojos; pequé, Señor, confieso que os ofendí, pero hago firme propósito de no ofender más a un Señor que ha usado con nosotros de tantas piedades, que sin merecerlo nos concede vida para que escarmentemos en cabeza ajena. Volved los ojos, Señor, que son muchas las lágrimas; oíd, Señor, que los suspiros son tantos como de crecidísimo dolor; con agua os lavamos los pies, que besamos con ternura; en ellos humildemente

postrados confesando nuestras culpas, pedimos nos perdonéis por vuestra preciosa sangre. Tened, Señor, misericordia de nosotros; misericordia, Dios mío, que hacemos firme propósito de nunca más pecar; misericordia, Dios mío, que nos pesa de todo corazón de haberos ofendido; misericordia, Dios mío, que ya no más ofensas. Empezaremos un libro nuevo de nueva vida, ayudándonos para que no faltemos a la promesa vuestra divina gracia, que es prenda segura de la gloria.

SUB CORRECTIONE SANCTAE
MATRIS ECCLESIAE

JUAN BAUTISTA AGUIRRE, S.I.

ORACION FUNEBRE EN LAS EXEQUIAS DEL OBISPO JUAN NIETO POLO DEL AGUILA

Quito, 1760

Domine, tu scis quod abominer signum gloriae meae, quod est super caput meum [1] (Esth. c. 14, v. 16).

¿Qué asombro es el que os posee, humanísimos oyentes? Mejor diré, ¿qué asombro es el que os desposee tanto de vosotros mismos, que, divorciando la razón del alma, os deja con vida y sin sentido? Transformados en vivos simulacros del espanto, nada me habláis, y os oigo mucho: porque ese vuestro enfático silencio se está explicando en una especie de idioma, que lo entienden los ojos y hace eco acá en el alma. *Siccines* (grita en mudas cláusulas vuestra confusión) *siccine separat amara mors?*[2]. Es posible que el mejor sol de nuestra América, el segundo Elías de nuestros tiempos, el celador de la divina Ley, la gloria de las ínfulas, el honor del santuario, el Ilustrísimo y venerable Señor Doctor Don JUAN NIETO POLO del AGUILA se ha convertido finalmente en pavesas, en polvo, en humo, en nada? ¿Es posible que la muerte abatió la cerviz y despedazó las plumas de aquella mística Aguila, que condujo por una gran parte de este nuevo mundo el carro de la gloria de Dios?, ¿de aquella Aguila, cuya cabeza pudo serlo de un oráculo, cuyas plumas pudieron servir de columnas en el templo de la sabiduría, cuyo pico de oro lo quisiera la fama para formar de él su más canoro y más fecundo clarín? *Siccine, siccine?* ¿Así, así se introduce la polilla de la muerte aun entre las púrpuras sagradas conque se adorna la Esposa del Cordero? ¿Así apagan sus sombras, aun a las mayores lumbreras que brillan en el *Sancta Sanctorum?* ¿Así derriba su hoz a los cedros más sublimes que coronan la frente del sagrado Líbano? *Ulula, abies, quia cecidit cedrus* [3]. ¡Oh, cuánta luz comunican al alma las sombras de ese féretro! ¿Esto habían sido la pompa

[1] Señor, tú sabes que miro con horror esta insignia de gloria que llevo en la cabeza.
[2] ¿Así, así separa la amarga muerte? (I Reg. 5, 32).
[3] Alza el grito, oh pino, porque cayó el cedro (Zach. 11, 6).

y grandeza de este mundo?, ¿luz efímera que sólo resplandece aquel momento que basta para causarle humos al que ilustra? *Siccine?* ¿Esto habían sido las riquezas, ¿tierra o polvo brillante, que marchita todo su resplandor luego que llega a mezclarse con las cenizas del sepulcro? Siccine? ¿Esto habían sido los adornos y galas?, banderas de la vanidad, que, sostenidas de una débil vara, las precipita a tierra el soplo de la muerte? Siccine? Esto habían sido las dignidades y tronos?, ¿máquinas fundadas sobre el aire, que un aliento las fabrica en la vida y un desaliento las arruina en la muerte? *Siccine? siccine?* Sí, sí, esto habían sido las cosas de este mundo; mas quizá nada de esto serían, porque ya nada son: *In nihilum redacta sunt* [4]. Los mantos y las púrpuras son relámpagos de luz, que luego se consumen; los báculos y cetros son írides de oro que luego se deshacen; las mitras y coronas son estrellas errantes que luego desaparecen; toda la majestad y grandeza es flor efímera, que al menor soplo de la Parca se marchita, al menor cierzo se deshoja, al menor impulso se despedaza. *Siccine separat amara mors?*

¿No son éstas, discretísimo auditorio, las verdades que os están sugiriendo esas venerables cenizas? ¿No son éstas las luces que está encendiendo en vuestra reflexión ese ilustrísimo polvo? Sí, sí. *Dabo autem operam et frequenter habere vos post obitum meum, ut horum memoriam faciatis* [5], decía el Apóstol San Pedro a los primeros fieles: Yo procuraré, aun después de muerto, que tengáis siempre presentes estas importantes verdades, *pors obitum meum ut horum memoriam faciatis.* Y esto mismo es lo que practica hoy con nosotros nuestro celoso y amantísimo prelado: nos da en los ojos con sus mismas cenizas, para que veamos en ellas nuestra nada; procura, aun después de muerto, traernos a la memoria aquella verdad que repetía Su Ilustrísima tantas veces cuando vivo: *Omnia vanitas et afflictio spiritus* [6], la grandeza y pompa de este mundo son un engaño colorido, todo espinas en el fondo, todo flores en perspectiva. ¡Oh, si todos, señores, oh, si todos hubierais sido testigos de la fuerza y alma que infundía a estos desengaños su enérgica viveza!

Ello era cosa admirable, ver a nuestro ilustre prelado en lo mejor de su edad, navegando en el mar de este siglo, como en un golfo de leche, todos los vientos favorables a popa, todas las ondas en bonanza, todas las estrellas con aspecto risueño; mas él tan superior a su grandeza y a sí mismo, que temía como borrasca la serenidad y como escollos del sosiego las insignias de su fortuna. ¡Con qué esfuerzo no procuró sacudir de sus hombros la alta dignidad de esposo tuyo, oh insigne Catedral de Quito!, ¡qué súplicas no dirigió ya a Madrid, ya al Vaticano, sobre arrojar de su mano el cayado de oro conque os pastoreaba, ¡oh nobilísima grey! suspirando siempre por cambiar el resplandor excelso de la mitra por la humilde obscuridad de un bonete!

[4] Han sido reducidas a la nada (Job. 16, 8).
[5] II Petr. 1, 15.
[6] Todo es vanidad y aflicción de espíritu (Eccl. 1, 14).

Domine, tu scis oíd los votos conque solicitaba las piedades de su Dios cuando más altamente engolfado en el mar de sus dichas, *Domine, tu scis quod abominer signum gloriae meae, quod est uper caput meum.* Oh Dios, a quien únicamente se le debe todo honor, toda gloria, bien sabes, gran Señor, con cuánto ardor deseo mirar debajo de mis pies esta gloriosa insignia que traigo sobre mi cabeza: *Signum gloriae meae, quod est super caput meum.* Bien sabes y sé yo que los diamantes de esta mitra no ilustran como luces, sino bruman como piedras; que su círculo de oro parece laurel en la frente, y es dogal en el alma; parece iris por de fuera y es tempestad hacia dentro: *Quid potestas culminis, nisi tempestas mentis?* [7]. ¡Y ojalá supieran todos esto mismo! *Utinam saperente!* [8]. ¡Ojalá conocieran que las insignias más gloriosas de la grandeza humana son, *sicut foenum tectorum*[9], aristas de heno, arraigadas en el viento sobre paja y humo, que sin dar fruto alguno se marchitan; son ramos de palma pintados en la frente de los grandes, que sólo arrojan hacia el corazón espinas por raíces: *Ante frontes picturae palmarum* [10]. ¿Qué otra cosa fueron que sombras y pintura la fortuna de César, la felicidad de Polícrates, los triunfos y gloria de Alejandro? ¿Qué fueron los ejércitos de Jerjes, las flotas de Salomón, los tesoros de Creso, los palacios de Ciro, los edificios de Démades, los aplausos de Tito, las galas de Atalo, los jardines de Alcínoo? *Cuncta haec palmae non sunt, sed picturae palmarum* [11]. Todo ello fue sombra o pintura de grandeza que desvanecida con el soplo de la muerte quedó en nada. Pues todo es nada, ¡oh, si pudiera arrojar de mis sienes esta brillante nada que las oprime y que suele deslumbrar con su mentido esplendor de fantasía! *Tu scis, quod abominer signum gloriae meae quod est super caput meum.*

¿Habéis oído, señores, las verdades de que estaba íntimamente penetrada la grande alma de nuestro Ilustre Prelado, cuando vivo? ¿No son éstas mismas las que os está ahora prácticamente persuadiendo, cuando muerto? Sí, ellas son: *Dabo operan post obitum meum, ut horum memorian faciatis.* Nada somos, os gritan esas cenizas venerables. Y yo, haciéndome intérprete de sus cláusulas, os persuadiera también en este acto, que las dignidades y grandezas de este mundo, son un resplandeciente engaño, una ilustrísima nada, si estuviera tan persuadido a esta verdad, como nuestro ilustrísimo difunto. Pero yo discurro algo diversamente. Convengo en que la grandeza de esta vida es nada para quien la aprecia mucho, convengo en que es vanidad para quien con vanidad la pretende; pero al mismo tiempo afirmo que es verdadera grandeza

[7] ¿Qué es el poderío de la cumbre sino tempestad en la mente? (Greg. Pastor, c. 9).

[8] Deuter, 32 29.

[9] Ps. 128, 5.

[10] Ezech. 40, 16.

[11] Todo aquello no fueron palmas, sino pinturas de palmas. (Greg. hom. 17, in Ezech).

para quien, como nuestro Ilustrísimo, la rehúsa, la desdeña, la pisa. Con dos pasajes de la escritura aclararé mi pensamiento.

Refiere el Evangelista san Marcos que los dos Apóstoles Santiago y San Juan, animados de la confianza que les inspiraba el amor de su Maestro, o de las persuasiones que les sugería el ambicioso deseo de engrandecerse, pidieron a nuestro Redentor que les diese las dos primeras y más gloriosas sillas de su Reino: *Da nobis ut unus od dexteram tuam et alius ad sinistram sedeamus in gloria tua* [12]. Poco tiempo después, hallándose Su Majestad con todos sus apóstoles en el Cenáculo, y animado con promesas llenas de dulzura su confianza, les decía: Amados hijos y discípulos míos, ¿qué cortedad es la vuestra? Hasta ahora no habéis pedido cosa alguna: pedid y estad ciertos de que a vuestros ruegos está vinculada la asecución de cuanto deseaseis: *Usque modo non petistis quidquam: petite et accipietis* [13]. Repara San Agustín y habréis reparado todos en la aparente antilogía de estos dos textos. ¿Cómo asegura la Verdad eterna que no habían pedido sus discípulos cosa alguna, siendo cierto que san Juan y Santiago le habían pedido, y pedido mucho? *Da nobis.* Los dos primeros tronos, las dos mayores dignidades del cristianismo a que aspiraban los pretensores ¿no son cosa? El pedir esto ¿es pedir nada? Sí, responde Cristo Nuestro Señor, sí: *non petistis quidquam;* porque las grandezas humanas nada son. Esto parece, señores, que es confirmar los dictámenes que os está sugiriendo el desengaño, y que tantas veces inculcaba nuestro ilustre difunto. *Omnia vanitas.* Pero pasemos adelante.

Habló Dios a Moisés en la zarza, y le mandó que pasase a la corte de Menfis con el carácter de enviado extraordinario a Faraón, y guía del pueblo de Israel: *Veni, et mittam te ad Pharaonem, ut educas populum meum, filios Israel* [14]. Rehusó Moisés humilde el empleo, y persistió repetidas veces en eximirse de él, representando su inhabilidad e insuficiencia. *Quis ego sum ut vadam? Incircumcisus labiis sum. Domine, mitte quem missurus es* [15]. Ningún efecto tuvieron sus propuestas; intimóle Dios que obedeciese; confirmóle la investidura de enviado, y le añadió que lo elevaba a ser dios de Faraón: *Ecce constitui te deum Pharaonis* [16]. ¡Rara desigualdad entre las dignidades a que aspiraron los apóstoles y la que rehusó Moisés! Por qué, señores, por qué dos primeros tronos del Reino de Cristo han de ser nada para San Juan y Santiago – *non petistis quidquam* –, y el empleo de embajador a un rey gitano y de pastor de una nación cautiva ha de ser una como divinidad para

[12] Concédenos que nos sentemos en tu gloria, el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda (Mc. 10, 37).

[13] Io. 16, 14.

[14] Ven y te mandaré a Faraón, para que saques a mi pueblo, los hijos de Israel. (Ex. 3, 10).

[15] ¿Quién soy yo para ir? Soy de labios incircuncisos. Ruégote, Señor, manda a quien has de mandar (Ex. 3, 11; 4, 30; 4, 13).

[16] Ex. 7, 1.

Moisés — *constitui te deum Pharaonis?* Mas ¿por qué había de ser? Los dos apóstoles aspiraron, pretendieron, pidieron para sí aquellas dignidades — *da nobis, da nobis:* por esto para ellos fueron nada — *non petistis quidquam;* Moisés por el contrario desdeñó esta otra, aun cuando Dios se la ofrecía — *quis ego sum ut vadam?:* por esto fue para él una sólida, sublime y casi divina grandeza — *ecce constitui te deum.* No hay que dudar, señores, esta es la naturaleza de las dignidades de este mundo: al que ambicioso las enamora, y las coloca sobre su cabeza, lo abaten; al que generoso las desprecia y las pone debajo de sus pies, lo elevan.

Empezad ya, oh nobilísimo rebaño, a medir por esta regla la grandeza de vuestro ilustre Pastor difunto. Apartad la vista de esas gloriosas cenizas que nos llenan de lágrimas los ojos, y reflexionad sobre la celsitud de aquella alma verdaderamente heroica, muy superior siempre a las grandezas de esta vida, de aquella dichosísima alma, que ya, si no me engaña mi esperanza

. . . nubesque vagas et lucida mundi
sub pedibus videt astra suis novus hospes Olympi [17].

Yo a lo menos, para suavizar de algún modo el dolor que os ha ocasionado la irreparable pérdida de tan grande príncipe, dirigiré mi oración a evidenciaros que él fue un Prelado máximo por lo mucho que hizo, pero que fue mayor porque lo hizo todo, pretendiendo ser nada. Empezamos pidiendo gracia a aquella bellísima Virgen que, desde un principio estuvo llena de ella. *Ave María.*

Tu scis, quod abominer signum gloriae meae, quod est uper coput meum. (Esth. c. 14, v. 16).

Aquella respiración venenosa — *eritis sicut dii* [18] con que inficionó la serpiente el corazón del primer hombre, ha sido un aire pestilencial, *spiritus vertiginis* [19], que mareando a todo el género humano les trae en continuo trastorno las cabezas. Girad con la consideración todo el mundo y avisadme, señores, si se halla en él algún Olimpo tan elevado que con frente serena mire siempre hacia abajo las ráfagas de la ambición, *sub pedibus nimbos?* [20] Avisadme si se halla algún Elías que no quiera cambiar su manto de pieles con la púrpura de Acab, algún Moisés que no aspire a trocar la servidumbre de Israel por la dignidad de príncipe de Egipto, algún Samuel que repugne dejar la escoba de la mano para tomar en ella el pastoral de Helí, algún tizón humoso de Isaías que no desee colocarse en los brillantes candeleros del Apocalipsis. Avisadme, mas

[17] Mira bajo sus pies el nuevo huésped del cielo las nubes vagarosas y los lucientes astros del mundo.
[18] Seréis como dioses (Gen. 3, 5).
[19] Espíritu de vértigo (Is. 19, 14).
[20] Bajo los pies las nubes.

¿dónde lo hallaréis, si el aire de la ambición es, según San Bernardo, un torbellino impetuoso, *omnes torquens*[21] que sin respetar circunstancias ni tiempo, sexos ni edades, condiciones ni estados, acomete triunfante, no menos a las cumbres del Líbano que a las llanuras de Sennaar, no menos a los teatros que a las basílicas, a las chozas que a los pináculos, a los telonios que a los altares – *omnes torquens*. Caen (¿quién no lo sabe?), caen precipitados al impulso de sus ráfagas los palacios de Babilonia, pero también se estremece el templo de Jerusalén; se arruinan los torreones excelsos de la Asiria, pero también tiemblan los collados de la Tierra Santa; se despedazan los sauces del Egipto, pero también se humillan las victoriosas palmas de Cades; fracasa náufrago el soberano galeón de Tito, pero también padece tormenta la misteriosa barca de Tiberíades – *navícula iactabatur, erat enim contrarius ventus*[22]. Revolved, señores, revolved las historias ya sacras, ya profanas, ¿qué veréis? Veréis a este huracán furioso haciendo con igual ímpetu estremecer en las frentes de los grandes, así mitras como coronas; arrancando de las manos de los príncipes, así báculos como bastones; arrebatando el aire como despojos de sus violencias, no sólo bengalas y morriones, sino también ínfulas y tiaras – *omnes torquens*. Veréis que acá, bajo los estandartes de César, de Alejandro, de Aníbal abanderiza medio mundo y suscita nublados horrorosos de guerras. Veréis que allá, a las órdenes de Mehemet, de un Barbarroja, de un Wernon, puebla de leños los mares y de volcanes las aguas. Veréis que en otra parte conmueve océanos turbulentos de sangre, ya por medio de un Oco, rey de Persia, que tiñó la púrpura de su imperio con la sangre de ochenta hermanos suyos, a quienes hizo degollar en solo un día; ya por medio de una Atalía, madre de Ocozías, que por asegurar la corona de Judá en su cabeza, derribó de los hombres todas las de sus nietos; ya por medio de un Adonibezec, monarca cananeo, que hizo cortar las manos a setenta reyes prisioneros, para con estas reales palmas coronar de triunfos su grandeza; ya por medio de un Selín Primero que de los despedazados cadáveres de su padre, hermanos y sobrinos hizo escalones para ascender a la cumbre del trono; ya por medio de cincuenta emperadores romanos violentamente muertos, que... pero basta. No os detengáis más en considerar los estragos que ha causado este aire tempestuoso en Babilonia, pasad a ver también los que ha ocasionado en la Ciudad Santa de Sión. ¡Oh, qué tragedias! ¡Oh, qué escándalos! Quién intentó primero dividir la túnica inconsútil del Dios Hombre, dando principio a treinta cismas que han estremecido a la Iglesia? La ambición de un Novaciano que aspirando a empuñar el timón de la Nave Apostólica, fracasó con todos sus secuaces en el escollo de la herejía. ¿Quién separó a Bizancio de Roma, a la iglesia griega de la latina? La ambición de Juan Jerosolimitano, que negó la obediencia a las llaves de San Pedro, porque le cerraron la puerta al título de Patriarca Ecuménico a que aspiraba.

[21] Que hace dar vueltas a todos (Ber. *De Consideratione*, Lib. III, p. I).
[22] La navecilla era sacudida, por serle contrario el viento (Matth. 14, 21).

¿Quién con tan grave escándalo y división del rebaño de Cristo sostuvo el antipapa Pedro de León? La ambición de Gerardo, Obispo de Angulema, que por no haber conseguido del Vice-Dios Inocencio II una ilustre ocupación que pretendía, quiso rasgar el velo del Santuario y colocar sobre el monte del Testamento la imagen del anticristo. Una púrpura cardenalicia negada a Marcos de Efeso fue la llama que encendió segunda vez, quizá para nunca apagarse, el cisma de los griegos. Unas mitras quitadas, un empleo lustroso negado a un Valentino, a un Marción, a un Montano, a un Arrio, a un Macedonio, a un Lutero, fueron las piedras de escándalo en que tropezaron estos heresiarcas y en que se despedazó la fe de medio mundo. ¡Oh ambición! ¡Oh contagio poco menos común, y nada menos terrible, que el original entre los hombres! – *Omnes, omnes torquens.* ¡Oh aire contagioso, que parece aura vital de los mortales, pues apenas tienen respiración que no sea anhelo, ni anhelo que no se enderece hacia la cumbre! *In alta mundi spatia sublimis ferar: Petatur aether* [23].

Mas ¡quién creyera, señores, que este infatigable empeño de casi todo el género humano en crecer, en subir, en elevarse, había de ser para abandonarse después a una total inacción y descuido, en arribando a las alturas! Os parecerá paradoja; pero sabed que ello es así. Este es el carácter de la ambición: fatigarse por ascender a algún empleo sublime, y en llegando a la cumbre, olvidarse de las obligaciones del oficio, y ponerse muy de asiento a recibir el aire de la adulación y aplauso, que sopla siempre lisonjero los puestos eminentes. Oíd a Luzbel, jefe y patrono de todos los ambiciosos. Subiré, decía, sobre las nubes, me elevaré más allá del empíreo, y exaltaré mi trono hasta colocarlo sobre los astros todos del Altísimo: *Acendam super altitudinem nubium; in coelum conscendanm; super astra Dei exaltabo solium meum* [24]. Y ¿para qué tanto subir? ¿Para qué aspirar a tanta altura? – *Sedebo in monte testamenti* [25]. Para sentarse en el monte del Testamento y quedarse allí hecho lunar vergonzoso de su frente. Oíd también a los dos hijos de Zebedeo que llegaron a pedir a Cristo Nuestro Señor los dos primeros tronos de su Reino: *Da nobis, da nobis.* Y ¿a qué fin pretenden tan altas dignidades? Para estarse sentados, responden ellos mismos: *Da nobis, ut sedeamus* [26]. De modo, que así como es común a todos los hombres la ambición, así el ocio y descuido de las propias obligaciones es común a todos los ambiciosos. ¿Dónde, pues, hallaremos un espíritu heroico, cuyo carácter sea enteramente contrario: un espíritu, digo, agitado siempre del celo de la gloria de Dios y de la santificación de las almas y que mire al mismo tiempo con desdén y aun con ceño toda dignidad y grandeza? ¿Dónde lo hallaremos? *Quis, est hic, et laudabimus eum?* [27]. ¡Oh, cuán fácil os

[23] Iré sublimándome a las alturas del mundo, subiré por el éter (Séneca, Hércules furens).
[24] Isai. 14, 13.
[25] Ibid.
[26] Damos que nos asentemos (Mac. 10, 37).
[27] ¿Quién es éste y lo alabaremos? (Eccli. 31, 9).

fuera, señores, satisfacer a estas mis dudas si viviera nuestro ilustre difunto! Su Ilustrísima fue, sin duda, el héroe grande de la gracia, en quien brillaban como el sol en el firmamento estos dos rarísimos atributos: siempre afanado en promover la gloria de su Dios a lo más alto, y siempre cuidadoso de reprimir sus propios intereses y persona a lo más bajo. Ninguno de nosotros duda que este fue el carácter de nuestro difunto Príncipe y esto mismo que ninguno duda, es lo que yo he de exponer en este rato. Atendedme.

Hallábase Su Ilustrísima Obispo de Santa Marta, cuya catedral por la escasez de sus rentas, cortedad de su grey y aspereza de sus países, puede, con razón, reputarse por el ángulo menos lustroso de la Iglesia americana, cuando nuestro invicto monarca Don Fernando VI, que Dios guarde, le mandó pasase a gobernar esta nobilísima y opulenta catedral de Quito. ¿Cómo os parece que recibiría este soberano precepto el Ilustrísimo Polo? ¿Se alegraría, como suelen alegrarse muchos, de ser enviado a cantar las alabanzas de Dios en una Iglesia magnífica y en medio de un pueblo ilustre, numeroso y grave – *Confitebor tibi in ecclesia magna; in populo gravi laudabo te?*[28] Nada menos: rehusó repetidas veces, como Moisés, la dignidad a que, sin pretensión alguna de su parte, lo elevaba la Providencia. *Quis ego sum ut vadam? Mitte quem missurus es*[29]. Escribió al instante a la Majestad Católica de nuestro gran monarca renunciando agradecido y humilde la lustrosa y elevada ocupación a que le destinaba; pero nuestra dicha fue que en el mismo Madrid interceptó los pliegos una piadosa mano, que deseaba no se privase a Quito de tan noble cabeza. Repitió segunda vez la renuncia, y estas cartas fueron también descaminadas por los corsarios ingleses, quienes no hubieran obrado esta ocasión como piratas, si finalmente no las remitieran a la corte, entre otras preciosas piezas que rescató de sus manos el dinero. Con tanto ceño miraba nuestro ilustre difunto sus ventajas, con tantas veras procuraba huir su propia elevación y grandeza – *Mite quem missurus es. Tu scis quod abominer signum gloriae meae, quod est uper caput meum.*

Mas, al mismo tiempo ¿cuáles eran sus ocupaciones en Santa Marta, en Ocaña y demás lugares de su diócesis? ¡Oh! ¡quién pudiera ceñir pocos instantes de narración inmensas y gloriosísimas Ilíadas de trabajos! ¡Quién pudiera referir los medios de dulzura que practicó su caridad y los rayos de indignación que fulminó su celo a fin de promover en todas partes la gloria de Dios, de desterrar los vicios, de pacificar las conciencias, de santificar las almas, de refrenar a los transgresores de la Ley, de mantener en su mayor lustre la jerarquía de los levitas, de adelantar más y más el respeto y veneración al santuario! ¡Quién pudiera! Mas ¿quién podrá? Si su ingenioso fervor y animosidad cristiana se avanzaran aun más allá de lo que pueden alcanzar nuestras noticias. Sin que lo intimidasen o la barbarie de las gentes, o la fragosidad de los caminos, o la

[28] Ps. 34, 21.
[29] ¿Quién soy yo para ir? Manda al que has de mandar (Ex. 4, 13).

furia de los elementos, giraba continuamente por montes, por despoblados, por ciudades, arruinando en todas partes los vicios y erigiendo altares a la religión y a la justicia. ¿Hubo por ventura en toda su diócesis bosque alguno, aun de los más espesos, más incultos, que no penetrase su celo, para arrancar de él las espinas de la ignorancia y plantar la semilla del Evangelio? ¿Hubo arenales, hubo campos, aun de los más abrasados, más estériles, que no pisase para regarlos con su sudor y fecundarlos con su sangre? ¿Hubo países de idólatras, hubo monstruos, aun de aquellos que se enfurecían con la luz, que no visitase para alumbrarlos con los rayos de su predicación y doctrina? ¡Ah, cuántas veces peligró su importante vida en navegaciones por mares borrascosos, en viajes por senderos intransitables, en el encuentro con bárbaros infieles, en la diversidad y aspereza de lugares, de estaciones y de climas! ¡Ah, cuántas veces coronaron sus apostólicos pies la frente de altísimas montañas desde donde caía precipitada aun la vista envuelta aún en mucho horror y susto! ¡Ah, cuántas veces entre el desarreglado movimiento de las aguas, el furioso choque de los aires y el confuso desorden de los elementos, se vio casi náufrago su Ilustrísima, y casi verificando la fábula de que el sol encuentra en el mar su ocaso o tumba.

Salió de Ocaña y visitando todos los lugares situados al sureste, penetró la bárbara provincia de los Guagiros en los confines del Maracaibo, cuyos habitantes sólo mantienen de hombres la figura: *Silva trementium bestiarum* [30]. ¡Qué medios no manejó aquí su ingeniosa caridad en orden a convertir en ovejas de Cristo a estos lobos que se enfurecían sangrientos contra su rebaño! Ideó establecer entre ellos misioneros y pastores, que con el cayado y con el silbo los redujeran al aprisco de la Iglesia; comunicó este su proyecto a la corte, cuya respuesta, aunque favorable, se hizo inútil con la ausencia de su Ilustrísima. Dirigió después su rumbo hacia el este santificando con su presencia las erizadas regiones del Valle y Pueblo Nuevo, hasta acercarse a la asperísima Sierra Nevada, cuyas faldas, senos y ribazos habita la bárbara nación de los Chimillas. Estos idólatras, aunque incultos en el idioma, monstruosos en las costumbres, fieros en el genio, impíos en las leyes, ciegos en los dictámenes, en la religión y en los ritos, no quedaron exentos de su activísimo celo: *Non est qui se abscondat a calore eius* [31]. Envióles un heraldo o mensajero que les previniese los ánimos con embajada de paz, y les convidase con su propia dicha; mas ellos irritándose contra la luz que les amanecía, pusieron en prisiones al enviado y armándose de ferocidad, de dardos, de flechas y veneno, salieron a quitar la vida al que sólo suspiraba por librarlos de una eterna e infelicísima muerte. Con tal astucia y silencio dispusieron estos infieles su marcha, que en lo más áspero e inaccesible de la cordillera, cuyas eminencias dominaban, lograron tener indefenso, descuidado y a tiro de flecha al ilustre Príncipe, a quien con la punta de sus dardos

[30] Selva de fieras bramadoras (S. León Serm. de SS. Apost.).
[31] No hay quien se oculte a su calor (Ps. 18, 7).

hubieran, ciertamente, burilado la corona de mártir, a no impedirles la acción uno de aquellos ocultísimos secretos de la Providencia que sólo se permiten a nuestra adoración, sin que tenga parte alguna en ellos el conocimiento. ¿Adónde más, señores, adónde más podía elevarse la caridad de este celosísimo Pastor, que a abandonar en manos de una sangrienta muerte su vida, por darla a sus ovejas? ¿Refieren acaso las historias ejemplos más heroicos de un Ambrosio, de un Crisóstomo, de un Cipriano? ¡Ah! parece que no: *Maiorem hac dilectionem nemo habet, nemo habet, ut animan suam ponat quis pro amicis suis* [32]. Torciendo finalmente su derrota hacia el norte, por San Sebastián de la Sierra, se encaminó a su residencia de Ocaña, después de haber girado más de doscientas leguas por senderos tajados, por peñas escarpadas, por altísimas cimas, por precipicios, por arenales, por bosques; entre fieles y bárbaros, entre ovejas y lobos, entre hombres y entre fieras; levantando en todas partes el estandarte de la cruz, y erigiendo trofeos a la religión y a la piedad. Así florecía, así obraba milagros el celo del Ilustrísimo Polo en aquel rincón del mundo y de la Iglesia, en aquel ángulo del Tabernáculo, al mismo tiempo que miraba con desprecio las mayores dignidades, y que no aspiraba a otro premio de sus heroicas fatigas, que la complacencia de su Dios, *Ego non quaero gloriam meam, sed honorifico Patren meum* [33]. Digno ciertamente por esto de anteponerse a otros milagrosos Prelados y de ser colocado, como la vara de Aarón, en lo más adorable del Santuario.

Concurrieron a un mismo tiempo en el mundo la vara de Aarón y la vara de Moisés. Esta segunda se hizo sumamente famosa por la multitud y rariedad de sus prodigios. No hubo ángulo en el Egipto, ni parte alguna en los elementos que no fuese testigo y teatro de sus maravillas. Tocaba una piedra y la liquidaba en aguas; hería el aire y lo inundaba de tinieblas; ya hacía llover ranas, ya moscos, ya maná, ya codornices; si se llegaba a los ríos los transformaba en sangre; si azotaba las soberbias espumas del Eritreo, dividía el mar en dos murallas de cristal, enjugando su seno las aguas y sembrando de perlas, *campus germinans de profundo* [34], para dar paso franco y florido al fugitivo pueblo de Israel: milagro tal que aun las mismas ondas se encrespaban y corrían apresuradas a ponerse en lo más alto, para ser testigos de tan raro portento. Mas después de tantas maravillas, pregunto, señores, ¿en qué paró la vara de Moisés? ¿Qué se hizo? ¿En dónde está? No sabemos de ella otra cosa, sino que se perdió y quedó sepultada en el olvido. Y la vara de Aarón, ¿qué suerte tuvo? Fue colocada por orden del mismo Dios en el Arca del Testamento y puesta en lo íntimo del Santuario: *Refer virgam Aaron in tabernaculum testimonii, ut servetur ibi* [35]. ¡Qué diversidad tan notable

[32] Nadie tiene mayor amor que este: dar la vida por sus amigos (Io. 3, 15).
[33] Yo no busco mi gloria, sino que honro a mi Padre (Io. 8, 15).
[34] Campo que germina en lo profundo.
[35] Trae la vara de Aarón al Tabernáculo del testimonio, para que se guarde allí (Núm. 19, 10).

en la fortuna o éxito de estas dos varas! ¿No ejecutó prodigios más raros y más ruidosos la de Moisés que la de Aarón? Sí. ¿Por qué, pues aquélla se arroja al desprecio y ésta se coloca en las aras, aquélla se entrega al olvido y ésta se expone a la veneración? San Agustín insinúa la solución de esta dificultad en las siguientes palabras: *Virga Aaron protulit non radicata plantatione, non animata succo, non fecundata seminario* [36]. La vara de Moisés obraba milagros cuando la traían en palmas y la elevaban. Si el legislador sagrado echaba mano de ella, si la levantaba, *portans virgam in manu* [37] entonces desbarataba los escuadrones de los Amalecitas, llenaba de confusión a los enemigos de Israel, sumergía en el Mar Rojo a Faraón con su ejército y poblaba al orbe de maravillas. Mas si Moisés la abatía, la humillaba, la arrojaba a tierra, al instante se enfurecía, se envenenaba, se convertía de milagrosa vara en portentosa sierpe, que elevando su soberbio cuello, preñado de tósigo y de rabia, infundía horror y susto al mismo legislador: *Proiecit, et versa est in colubrum, ita ut fugeret Moyses* [38]. No así la vara de Aarón. Sin esperar a que echasen mano de ella, a que la elevasen a lugar más ilustre, a teatro más famoso, *non radicate plantatione, non animata succo,* contenta sólo con la complacencia de su Dios, *coram Domino, coram Domino* [39], en un rincón del altar, en ángulo del Tabernáculo floreció, fructificó, ejecutó prodigios: *invenit germinasse virgam Aaron. Et turgentibus gemnis eruperant flores, qui foliis dilatatis in amygdalas deformati sunt* [40]. Este es, señores, un milagro máximo, que debe referirse a todos los milagros de la vara de Moisés. Esta es una heroicidad digna de exponerse a nuestra veneración y de colocarse en urna de oro dentro del Sancta-Sanctorum: *In qua urna aurea habens manna, et virga Aaron quae fronduerat* [41].

¡Oh ilustre difunto, Príncipe y Pastor nuestro! ¡Oh espíritu magnánimo, excelso, venerable, que obraste tantos y tan raros prodigios en un desván del mundo, en un ángulo de la Iglesia, sin deseo y aun con repugnancia a elevaciones y premios, contento sólo con el agrado de tu Dios! *Coram Domino, coram Domino.* Siempre vivirá tu memoria en nuestra veneración, como un fenómeno raro de generosidad y desinterés, superior incomparablemente a todas aquellas almas, a quienes lo máximo de su ambición hace grandes; que si ejecutan milagros en las basílicas, en los tribunales, en los palacios, en las asambleas, en los negociados, en las

[36] Creció la vara de Aarón sin haber echado raíz en plantío, sin haber cobrado vigor con la savia, sin haber sido fecundada en la almáciga (Aug. Serm. in Dom. Nativ).

[37] Llevando la vara en la mano (Exod. 4.20).

[38] Tiróla y se convirtió en culebra, de modo que huyó Moisés (Exod. 4,3).

[39] Ante el Señor (Num. 17,7).

[40] Halló que había germinado la vara de Aarón. (Engrosándose las yemas habían brotado flores, que entreabiertas las hojas, tomaron formas de almendras (Num. 17,8).

[41] Donde estaban la vara de oro con el maná y la vara de Aarón que había florecido (Hebr. 9,4).

embajadas, es por solo el fin de que los legisladores supremos, *portent virgam in manu,* los traigan en palmas y echen mano de ellos, elevándolos a empleos más lustrosos, a dignidades más excelsas. Mas quizá, esos mismos, si se vieran sin esperanza de premio, abatidos, abandonados sobre el polvo, transformaran toda la actividad de su celo en activísima ponzoña – *versa est in colubrum.*

Vino finalmente nuestro ilustre difunto, obligado de un soberano precepto, a ser cabeza de uno de los mayores y más venerables cuerpos de nación que abraza en su gremio la iglesia americana; y apenas llegó a esta ciudad, se nos presentó a la vista aquel portentoso enigma de Ezequiel, que conducía a todas partes el carro de la gloria de Dios. *Vidi, et ecce veniebat ab Aquilone* [42]. De hacia el septentrión dirigió su vuelo a nosotros [43], dejándosenos ver con rostros de hombre, fortaleza de león, constancia de buey, generosidad de águila y realidades de milagro. *Quatuor facias uni: facies hominis et facies leonis, facies bovis, et facies aquilae* [44]. Y si todo el ser o esencia de los hombres consiste únicamente en el temor y amor de su Dios, según aquel infalible teorema de los cielos, *Deum time, et mandata eius observa; hoc est enim omnis homo* [45], ¿quién al reflexionar sobre la caridad, celo y virtudes del Ilustrísimo Polo, no reconocía en él un hombre, muy hombre a lo divino? *Facies hominis.* ¡Con qué prudencia, con qué humanidad, con qué dulzura determinó luego, al tiempo mismo de su llegada, echar por tierra las estatuas de la ambición, de la soberbia y demás vicios, que tenían altares en los pechos de algunos ciudadanos, y erigir en cada corazón un animado templo a la virtud! Para esto quiso preceder a todos en el ejemplo, recogiéndose con su venerable Deán y Cabildo y toda la numerosísima clerecía de esta grande ciudad a hacer los ejercicios espirituales de mi santísimo Patriarca San Ignacio, cuyas meditaciones son aquella hoguera divina en que ardiéndose el corazón humano, reduce a cenizas sus pasiones, y avivando las llamas con el soplo de sus mismas plumas, consigue renacer fénix de la virtud. Aquí era, señores, aquí era en donde, arrojando hacia afuera este grande hombre el inmenso volcán que abrigaba en su pecho, respiraba llamas, hablaba llamas, brotaba por todas partes llamas de amor divino. *A lumbis eius, et desuper, et a lumbis eius usque deorsum, speciem ignis splendentis in circuitu* [46]. Aquí era en donde conocíamos algo de aquel incendio celestial en que se abrasaba aquella animada Troya; pues aún

[42] Miré y he aquí que venía del aquilón (Ezq. 1,4).

[43] Vino Su Ilustrísima de Sta. Marta, que dista de Quito más de doce grados hacia el Norte.

[44] Uno solo tenía cuatro rostros: rostro de varón, rostro de león, rostro de buey y rostro de águila (1, 6, 10).

[45] Teme a Dios y cumple sus mandamientos, que en eso está todo el hombre (Ecl. 12, 13).

[46] Desde sus lomos hacia arriba y hacia abajo (había), una figura de fuego esplendoroso en derredor (Ezeq. 1,27).

el aire se ardía dentro del pecho y salía envuelta en llamas la respiración: *Ignis involvens, et splendor in circuitu eius* [47].

Acabados los ejercicios, ordenó que por quince días consecutivos hiciesen misiones los RR.PP. Jesuitas en la Iglesia de la Compañía de Jesús y en todas las parroquias de los barrios, para que así pudiese el desengaño, por medio de estos evangélicos clarines, dar muchos y sonoros estampidos contra el pecado, los vicios y el infierno. El fruto que consiguió este milagroso hombre, promotor infatigable de la gloria de su Dios, con tan eficaces y oportunas disposiciones, bien lo sabéis vos, oh noble y felicísima ciudad de Quito; bien lo mostraron tantas confesiones generales, en que innumerables almas se arrojaban a los pies de un sacerdote a derramar sus culpas por las heridas que les había abierto con sus arpones el desengaño, o con sus flechas el amor divino; bien lo declararon tantas procesiones de sangre en que se dejaron ver por esta ciudad muchas estatuas vivas de la penitencia, que con el estruendo de cadenas, disciplinas y grillos despertaban nuestro escarmiento y hacían un triste eco aun en las peñas; bien lo publicaron tantas lágrimas de arrepentimiento, derramadas por estas calles, de cuyas corrientes se formaba un mar amargo que elevándose hasta el cielo, hacía con el ruido de sus ondas una dulcísima música a los ángeles, y sobre cuyas esperanzas volaba mansamente el Espíritu Divino, como al principio del mundo sobre el abismo de las aguas; bien lo gritaron... Mas ¿dónde voy? ¿Cómo pretendo bosquejar con sombras el nuevo y hermosísimo semblante que tomó la religión en estas partes con la venida de nuestro ilustre Príncipe? ¿Cómo podré expresar la santificación de costumbres que entonces introdujo, y después siempre promovió, con misiones continuas, con exhortaciones secretas, con prudentísimos consejos, con cartas pastorales, escritas más con la sangre que la exprimía del corazón su ternura, que con tinta? Las prostituciones públicas impedidas, las enemistades antiguas acabadas, los escándalos desterrados, los altares provistos, las iglesias enriquecidas, el evangelio promulgado, los sacramentos fructuosa y frecuentemente recibidos, la justificación de los Levitas, la mendiguez remediada, los pobres socorridos, los pequeños desagraviados, los infelices atentidos, los licenciosos, prevaricadores y refractarios refrenados; la inocencia, el mérito y la inmunidad eclesiástica defendidos, no fueron efecto de la prudencia, dulzura y caridad de esta humanísima pía del carro de la gloria de Dios? ¿Sí, sí: *Facies hominis. Egressa est gloria Domini* [48].

Volved a ver, si aún dudáis algo, señores, volved a ver a aquel enigmático hombre de Ezequiel: atendedle a las manos: *Manus hominis sub pennis* [49]. ¡Oh qué manos tan caritativas, tan piadosas, tan humanas! Y por eso manos de hombres *manos hominis*. Pero ¡Oh, qué manos tan recatadas, tan escondidas, tan secretas! – *Sub pennis, sub pennis*. ¿No son

[47] Fuego que lo rodeaba y esplendor en torno suyo (Ibid).
[48] Rostro de varón. Salió la Gloria del Señor.
[49] Manos de hombre debajo de las alas (Ezeq. 1,8).

éstas las manos del Ilustrísimo Polo? Puede ser que alguno de vosotros lo dude, porque sus manos, aunque piadosísimas, fueron en igual grado recatadas; de modo que siguiendo el consejo evangélico, lo que su diestra hacía, lo ignoraba la izquierda: *Te faciente eleemosynam, nesciat siniestra tua quod facit dextera tua*[50]. Pero, si vosotros lo dudaseis, lo publicaron tantas familias nobles que en su discretísima caridad tenían ocultamente vinculado el total y continuo alivio a sus miserias; tantas tiernas doncellas oportunamente remediadas; tantas inocentes vírgenes, que se libraron de las corrupciones del siglo, aseguradas por su piedad en un claustro; tantos caballeros, no menos ilustres que necesitados, a quienes con ocultos y abundantes socorros libertó de aquella durísima esclavitud en que constituyen a un noble la pobreza y las deudas. ¿No es verdad esto, ciudad amada, provincia ilustre de Quito? ¿No es verdad? Hablad vosotras, esposas del Cordero, hablad familias necesitadas, hablad caballeros socorridos, hablad comunidades religiosas, hablad monasterios de Quito, Cuenca, Loja, Riobamba, Villa y Pasto. Hablen vuestras casas y celdas, hablen vuestros templos y altares, ¿no es verdad? –Sí, sí, responden todos con la voz del agradecimiento. Esto mismo claman los confesores de toda la Provincia, los misioneros que lo acompañaban, los confidentes de quienes se valía para distribuir por medio suyo, mil pesos cada mes en secretas y piadosísimas limosnas. Esto testifican sus acreedores; pues excediendo la misericordia de nuestro liberalísimo Príncipe a sus cuantiosas rentas, se vio precisado a pedir a otros lo que había de dar a Dios en sus templos y pobres. Esto depone con irrefragable testimonio la suma pobreza en que lo halló su muerte; pues, aun para que ardiesen algunas antorchas en su féretro, fue necesario que las encendiese con sus llamas el amor y agradecimiento ajenos: *Manus hominis sub pennis, sub pennis.* No ignoro yo, ni alguno ignora que, para ejemplo y edificación de sus ovejas, distribuía su Ilustrísima gruesas cantidades en públicas limosnas, ya a multitud de mendigos en las calles, ya a centenares de pobres en su palacio, ya a muchos monasterios y casas de Ejercicios; pero ¡oh, cuánto, oh cuánto mayores eran las sumas que expendía ocultamente su piedad en secretísimas obras de misericordia, consiguiendo de este modo su caridad ingeniosa arrancar del corazón de los prójimos las espinas de la necesidad, sin ensangrentarles el rostro con el rubor de la vergüenza! No como aquéllos que, según explica el Evangelio, del mismo dinero que reparten en públicas limosnas, forman un clarín de plata con que vocean por todas partes la ajena desdicha y la propia liberalidad: *Cum facis eleemosynaum, noli tuba canere ante te, sicut hypocritae faciunt*[51].

Mas ¿quién creyera, señores, que este hombre tan piadoso, tan caritativo, tan humano, *facies hominis,* era el Ilustrísimo Sr. Dr. don Juan

[50] Cuando haces limosna no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha (Matth, 6, 3).

[51] Cuando haces limosna, no toques la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas (Matth. 6, 2).

Nieto Polo del Aguila, aquel león que estremecía con su bramido esta provincia, y que promovía la gloria del Altísimo con una fortaleza superior a todos los esfuerzos de la obstinación e iniquidad? Pues sabed que es el mismo: *Quatuor facies uni.* Ni jamás hubiera podido ser digno conductor del carro de la gloria divina, si al mismo tiempo que era hombre en la misericordia, no fuera león en la fortaleza. *Facies hominis et facies leonis.* Dios había de ser glorificado, las leyes observadas, los vicios perseguidos; y nadie lo haría cejar un punto en tan heroica empresa aunque se conjurara el mundo, bramaran los licenciosos y se pusieran en arma las potestades del abismo. Expuesto a todo trance, a todo riesgo, *per infamiam et vonma famam* [52], promovía siempre con intrepidez generosa los intereses del Altísimo y la indemnidad de las leyes, agradase o desagradase, oyera aclamaciones o injurias, conciliárase veneraciones o incurriera en menosprecios. Parecía tener (todos me sois testigos, señores), parecía tener en este asunto corazón de piedra, pórfido, de bronce, de diamante. Ni los mayores empeños, ni las más autorizadas súplicas, ni las más tiernas lágrimas, ni los más eficaces ruegos eran bastantes a ladear hacia una condescendencia menos justa a su invencible constancia. El odio de los malos, la murmuración de los protervos, el peligro de ser infamado como inflexible, revoltoso, turbulento, perturbador de la común tranquilidad y paz, eran saetas que despedazaban sus puntas, sin penetrar jamás aquel magnánimo corazón, poseído enteramente del amor a la rectitud y a la justicia – *Facies leonis, facies leonis.* Con coraje apostólico, ¡ah, cuántas veces echó mano de los anatemas divinos para reducir a cenizas los públicos escándalos! Ya fulminaba censuras contra el maldito y pestilente desorden de los bailes obscenos, donde cada movimiento del cuerpo es un temblor de la conciencia y una ruina del alma; ya despedía gravísimos autos concretados con formidables sentencias de destierros a unos, de cárceles a otros, de suspensiones a éstos, de reclusiones a aquéllos, porque haciendo inútiles los medios suaves que les había manejado su piedad, iban pasando de escandalosos a rebeldes. Y esto igualmente a las cumbres que a los valles, a los pináculos que a los tugurios, a los de Israel que a los de Egipto. ¿No era este el espíritu del mansísimo Moisés, quien por librar a sus hermanos de muerte quería ser borrado del libro de la vida? Pero cuando su ingrato pueblo se mezclaba en comercio prohibido con las mujeres de las naciones incircuncisas, cuando en el fuego del Santuario consagrado a la divinidad, quemaba inciensos a falsas y forasteras deidades, entonces transformado de cordero en león empuñaba la espada, y echaba mano de los rayos que le forjaban su irritado celo y hacía tan formidable estrago en los rebeldes, que aún sólo su memoria causa espanto al universo. ¿No era este el espíritu de un san Pablo, abrasado en amor de sus prójimos? *Caritas urget nos... Omnibus omnia factus sum* [53]. Pero cuando se interesaba la gloria de su Dios, intimaba

[52] Por la infamia y la buena fama (6,8).
[53] La caridad nos urge. Me hice todo a todos. (II Cor. 5.14; I Cor. 9,22).

guerra a las sinagogas de los hebreos y a los areópagos de los gentiles, confundía la prudencia de los atenienses y la política de los romanos, desafiaba a la muerte y a la vida, a los cielos y al abismo, a lo presente y a lo futuro; castigaba con prodigios la perfidia de sus acusadores, apelaba al César, solicitaba amigos, procuraba patronos, hacía milagros, barajaba el orden de la naturaleza, fulminaba anatemas contra los infieles y protervos a su Amor crucificado. *Si quis non amat Dominum nostrum Iesum Christum, sit anathema, sit anathema*[54]. ¿No era este el espíritu de un san León, de un san Ambrosio, de un san Juan Crisóstomo, de . . . ? mas ¡ah! que no es muy crecido el número de los espíritus heroicos que se puedan alegar aquí por ejemplares. Yo sé que el mundo celebra una gran copia de almas fuertes, resueltas, integérrimas, partidarias declaradas de la religión y la justicia; mas la rectitud y fortaleza de muchas de ellas, ¿cómo es? ¿con quiénes se practica? Responderé con dos sucesos que refiere la Escritura.

Promulgó Darío un decreto mandando que ninguno, so pena de ser entregado a los leones, adorase ni pidiese cosa alguna a otro dios, ni a otro hombre que a él, que se soñaba Dios-hombre. Publicó Asuero otro decreto imponiendo pena de muerte a cualquiera que, sin ser llamado por él, tuviese animosidad de introducirse al real gabinete y presentársele a la vista. Ambos decretos eran de monarcas persas, ambos irrevocables, ambos de tan inviolable eficacia, que aun al mismo rey no le era libre dispensar a su voluntad en la pena. *Lex Medorum atque Persarum est, ut omme decretum, quod constituerit rex, non liceat inmutari*[55]. Contravino al primer decreto el inocente Daniel, y al instante, en fuerza de aquel *non licet, non licet, praevarican*[56], fue arrojado en medio de los leones. ¡Oh, qué integridad! ¡oh, qué justicia! Contravino al segundo la hermosísima Ester; y tan lejos estuvo el monarca persa de aplicarle la pena establecida por la ley, que antes la tomó en sus brazos, la consoló con dulcísimas palabras, y le aseguró que aquella ley se había instituido para todos, pero no para ella: *Non enim pro te, sed pro omnibus haec lex constituta est*[57]. ¡Oh, qué desigualdad! ¡Oh, qué condescendencia! ¿No eran ambas leyes igualmente severas, igualmente universales?, ¿no las quebrantaron igualmente el santo Profeta y la hermosísima hebrea? ¿Por qué, pues, se practica tanta severidad con el uno y tanta indulgencia con la otra? ¿La razón, señores, yo no la hallo, porque no puede hallarse para sinrazones. Sólo sé que esta suele ser la conducta de muchos espíritus tenidos por fuertes e imparciales. Aplican con toda resolución, las penas, las repulsas, el *non licet* a los Danieles; pero reservan al mismo tiempo las interpretaciones, las condescendencias, el *non pro te,* para

[54] Si alguien no ama a nuestro Señor Jesucristo, que sea anatema (I Cor. 16, 22).
[55] Es ley de los Medas y Persas que ningún decreto sancionado por el rey puede ser mudado (Dan. 6, 15).
[56] No puede, no puede ser atropellado (Ibid. 6, 13).
[57] Esth. 15, 18.

las Esteres. ¡Oh ilustrísimo difunto, Príncipe y Pastor nuestro, cuán lejos vivió vuestra discretísima rectitud de esta vergonzosa discreción de personas! ¡cuán presente tenía vuestra integérrima imparcialidad aquel precepto del Deuteronomio: *Nulla erit distanti a personarum, nec accipietis cuisquam personam* [58]. Todos habían de glorificar a Dios; todos habían de sujetarse a las leyes; todos habían de oír los bramidos del león, cuando se interesaba la gloria del Crucificado – *Facies leonis.* Esta gloria fue el solo norte hacia donde siempre batía las plumas su corazón amante; ella fue aquel espíritu de vida, *spiritus vitae* [59] que abrigado en su pecho le arrebataba ya suave, ya impetuosamente el alma a determinaciones o dulces de hombre, o terribles de león, según la necesidad, las circunstancias y el asunto: *ubi erat impetus spiritus, iluc gradiebantur* [60]. Así lo testificó con asombro nuestro y edificación del mundo el mismo ilustrísimo Príncipe a la hora de su muerte, delante de aquel sacramentado Dios, que poco después había de ser juez y entonces era su huésped y testigo.

Y a la verdad, señores, ¿cómo pudiera haber perseverado todo el tiempo de su gobierno con tan invencible constancia en el arduo asunto de adelantar siempre los intereses de su Dios, aun sobre las abatidas cervices de la relajación y rebeldía, si no le esforzara interiormente aquel divino Espíritu que a los conductores de su carro, si los hace leones en la fortaleza, los hace al mismo tiempo bueyes en la constancia? *Quatuor facies uni... Facies leonis... Facies bovis.* Este es el carácter de las pías de la divina gloria, no desistir jamás en su empresa: *Ibant et non revertebantur, cum ambularent* [61]. Y este fue uno de los más brillantes atributos del ilustrísimo Polo. Apenas pisó, el año de 49, los espesos bosques de Barbacoas, a la entrada de su diócesis, cuando bramó tan alto contra la impiedad y los vicios, que aterrados aún con solo el eco que hizo en esta Capital su rugido, repetían poseídos de un vivísimo terror los licenciosos: *Leo rugit, quis non timebit?* [62]. Y después, todos los diez años de su gobierno, se mantuvo tan constantemente terrible contra los contumaces transgresores de la Ley, que me atrevo a asegurar que hay todavía en la provincia no pocos que al oír nombrar al ilustrísimo Polo, se sienten súbitamente sorprendidos de un susto tan vehemente, que les desquicia y trastorna el corazón dentro del pecho, hasta que acude la memoria a disipar el temor con la recordación de su muerte.

No sólo en la fortaleza conque celó la indemnidad de las leyes sino también en todas las demás virtudes que gloriosamente lo adornaron, perseveró siempre constante, siempre infatigable, siempre sin alguna deca-

[58] No habrá diferencia ninguna de unos a otros, ni tendréis con nadie acepción de personas (Deut. 1,17).
[59] Ezeq. 1. 20).
[60] Adonde los impulsaba el espíritu, allá se encaminaba (Ezeq. 1, 12).
[61] Iban y no volvían cuando caminaban (Ibid 1, 17).
[62] Ruge el león, ¿quién no temerá? (Amós, 3, I).

dencia él mismo — *Facies bovis.* ¿Quién no admira el sufrimiento y constancia conque giró, no una o dos, sino repetidas veces las ásperas y casi intransitables regiones de su vastísima diócesis? Desde Tumaco a Tumbes, desde Barbacoas a Loja, desde Manta a los Baños, no dejó bosque aunque infestado de víboras, montaña aunque tajada de despeños, cumbre aunque hendida en precipicios, serranía aunque cubierta de nieves, valle aunque abrasado en ardores, río o brazo de mar aunque infame por sus borrascas y naufragios, que no penetrase su infatigable celo arrancando de todas partes perniciosos abusos, extirpando vicios, plantando virtudes y atrayendo al rebaño y obediencia del Mayoral supremo muchos centenares de ovejas que apenas conocían a su dueño divino por el nombre — *Facies bovis.* Desencadenáranse en buena hora furiosos los elementos, desgajáranse en inundaciones las nubes, confundiérase con tempestades el aire, enredáranse en torbellinos los vientos, hundiérase en precipicios la tierra, inficionárase contagiado el ambiente, ¿qué importaba todo? *Ibant et non revertebantur.* Nada era bastante a detenerlo: despreciador generoso de los peligros, de la muerte y de sí mismo, continuaba intrépido su derrota, introduciendo a todas partes la gloria del Altísimo: *Egressa est gloria Domini.* En todos los lugares a que llegaba, había de principiar su visita con una fervorosa misión, para que a los gritos apostólicos despertasen del letargo de sus vicios los pecadores y abrieran los ojos a la luz de las verdades eternas. En todos los lugares se había de hacer una fervorosa procesión de penitencia para lavar con la sangre y lágrimas del arrepentimiento las manchas de las pasadas culpas. En todos los lugares había de recogerse el venerable gremio de los levitas a hacer los ejercicios espirituales del grande Ignacio, para que, internados en el santuario de sus conciencias, escudriñasen con candelas a la Jerusalén del Señor y arrojasen los ídolos profanos de los altares consagrados al Dios vivo — *Ibant et non revertebantur.* En todas partes y lugares había de solidar en la fe a centenares y aun a millares de almas por medio del sacramento de la Comunión. En todas partes había de procurar erigir casas de ejercicios para que tuviesen las almas su Horeb sagrado, en donde, retiradas de la tumultuante confusión del siglo, escuchasen a solas las voces de su Dios; en todas, había de establecer prudentísimos decretos para la santificación de las conciencias; en todas, había de dar audiencia a los desvalidos, desagraviar a los injuriados, socorrer a los mendigos, reconciliar a los discordes, reprimir a los licenciosos, favorecer al mérito y dejar monumentos perennes de su celo, caridad y prudencia. Así empezó el año de 49 su gobierno, así prosiguió sin decadencia alguna, y así encontró la muerte, al tiempo mismo que emprendía otro nuevo y trabajoso viaje para visitar sus ovejas — *Facies bovis. Ibant et non revertebantur.*

Mas en medio, señores, de tanta heroicidad, de tan gloriosos trabajos, de tan apostólicas fatigas, ¿a qué premio aspiraba el ilustrísimo Polo? ¡Ah, que ya llegamos a la más admirable prerrogativa de este prodigioso

Príncipe! *Ego non quaero gloriam meam, sed honorifico Patrem meum* [63]. Sólo aspiraba a glorificar a su Dios. Tiraba el carro de la divina gloria con piedad y conmiseración de hombre; tiraba con coraje y fortaleza de león; tirábalo con constancia y sufrimiento de buey; pero al mismo tiempo (¡portento verdaderamente raro!) lo tiraba con desinterés y generosidad de águila. Desasido de la tierra y sus grandezas, elevado sobre el mundo y sus esperanzas, superior a todas las humanas dignidades, miraba siempre al cielo, al cielo encaminaba sus fatigas, al cielo dirigía sus pretensiones. *Facies aquilae desuper, desuper* [64]. Su celo y entereza llenaban de edificación y pasmo aun a la envidia, y sus trabajos y méritos, avanzándose a lo sumo, le prometían más lustrosos empleos; pero su humildad generosa sólo aspiraba a renunciarlo todo y pasar a ser nada. Esa fue la recompensa de sus fatigas que pidió repetidas veces a nuestro gran Monarca, haciendo tres consecutivas renuncias de la mitra de Quito, que ya esperaba gustoso sacudir de su frente. *Domine, Tu scis quoud abominer signum gloriae meae, quod est super caput meum* [65]. A este mismo fin había dirigido sus súplicas al Vaticano, pidiendo licencia al Vicario de Cristo, para cambiar la cumbre por el valle, el Palacio de Príncipe por un aposento de religioso, la dignidad de Pastor por el empleo de misionero, la mitra de Obispo por el bonete de jesuita. A esto solo aspiraba, esto solo pretendía, y ¡oh con cuán santa impaciencia esperaba la resulta de sus súplicas y la asecución de sus deseos! *Quomodo coarctor, usquedum perficiatur!* [66]. Apenas acertaba a discurrir sobre otro asunto con sus más confidentes. Testigos me son ellos, y testigo soy yo también de todo cuanto digo. Ya se imaginaba humilde hijo de Ignacio, vestido de una pobre sotana, atravesando las calles de esta populosa ciudad, o con una escoba en la mano para barrer los hospitales, o con una cesta de pan en el hombro para socorrer a los encarcelados. ¡Oh, cómo le bañaban estos discursos de regocijo el alma, y de sensible alegría su venerable rostro! ¡Oh, con cuánta dulzura se volvía a los circunstantes y les preguntaba risueño si le acompañarían gustosos en tan heroicos ministerios! *Quomodo coarctor, usquedum perficiatur!*

Estas eran las pretensiones que fomentaba entre las mayores alturas nuestro milagroso Príncipe, éste era el único premio de sus apostólicas tareas a que anhelaba esta misteriosa pía del carro de la gloria de Dios: águila en el desinterés, águila en la realidad, y águila (no sin misterio) aun en el nombre. Y esto puntualmente es lo que arrebata tras sí toda la admiración: ¡Hallarse mal con las elevaciones, y suspirar por el abatimiento! ¡Aborrecer el resplandor de las más augustas dignidades, y galantear las sombras de una humilde fortuna! Fatigarse en merecerlo todo

[63] Yo no busco mi gloria, sino que honro a mi Padre (Io. 8, 49).
[64] El rostro de águila a lo alto, a lo alto (Ezeq. 1, 10).
[65] Señor, tú sabes que miro con horror esta insignia de gloria que llevo en la cabeza (Esth. 14, 16).
[66] ¡Qué estrechura padezco hasta que se me cumpla! (Luc. 12, 50).

sólo con el fin de ser nada. ¡Este es un portento, que se singulariza con el carácter de peregrino, aun entre las mayores heroicidades del corazón humano! Bien sé yo que entre doscientos y cuarenta y nueve sucesores de san Pedro hubo un san Gregorio Magno, un Nicolao Primero, un Clemente Tercero y un Celestino Quinto que admiraron al mundo con semejantes ejemplos de magnanimidad: bien sé que practicaron esto mismo un Ambrosio, un Basilio, un Nacianceno, un Crisóstomo; pero también sé que por esto los veneramos como a prodigios de generosidad y héroes del Cristianismo. Admiren otros en buena hora al ilustrísimo Polo tirando el carro de la gloria divina, como hombre, como león o como buey, que yo siempre admiraré sobre todo, el que lo tirase como águila. En las otras prerrogativas fue superior a muchos, pero en ésta fue superior a sí mismo. – *Facies aquilae desuper.*

Ni extrañéis, señores, el que yo diga, que nuestra mística águila, en tirar con desinterés generoso el carro de la divina gloria, fue superior a sí misma; porque, aunque ello parezca repugnante, según la lógica de los hombres, es teorema recibido en la academia de los ángeles: *Sedebit solitarius et tacebit, quia levavit super se*[67]. Reflexionad nuevamente sobre el misterio de Ezequiel, y acabemos con esta reflexión. Dice el Profeta que conducían el carro de la gloria de Dios un admirable enigma que figuraba en sí cuatro animales, o cuatro animales que componían entre sí aquel admirable enigma: *Similitudo quatuor animalium. Quatuor facies uni*[68]. El primero era el hombre, el segundo el león, el tercero el buey, y el cuarto el águila; y añade que el águila estaba superior a todos cuatro – *facies aquilae desuper ipsorum quatuor.* Veis aquí, discretísimos oyentes, canonizada por el Profeta la verdad de mi proposición. Si los animales con el águila eran cuatro, o si el águila era uno de los cuatro animales, ¿cómo podía estar ella superior a todos cuatro? – *Desuper ipsorum quatuor?* Mas, ¿cómo había de ser, sino estando superior a sí misma? Así son, señores, así son las águilas del carro de la divina gloria, superiores a otros, y a sí mismas, porque promueven los intereses de su Dios con el fervor que todos, y con el desinterés que ninguno – *facies aquilae desuper.* Así son compuestas de singularidades y prodigios, que muchos, porque no los entienden, los censuran, – *quaecumque ignorant, blasphemant*[69]. ¡Ah, señores, censores!, ¡quién os pudiera persuadir que las lechuzas, cuando más, tienen permisión de la noche, para chupar el óleo de las lámparas, pero no para morder la luz de las antorchas! ¡Quién os pudiera persuadir! Mas ya no hay tiempo de hacer invectivas contra el humo, sino de fijar nuestra vista en las pavesas.

Volved, amantísimos oyentes, volved los ojos a ese féretro y escucharéis con la vista muchas lecciones de vida, que os está sugiriendo la muer-

[67] Sentaráse solitario y callará, porque se ha levantado sobre sí mismo (Thren. 1, 28).
[68] Una semejanza de cuatro animales... Cuatro rostros para el uno (Ezeq. 1, 2).
[69] Iud. 10.

te. Allí veréis, que todos, todos somos una perspectiva organizada, una apariencia de bulto, que a pocos momentos de duración desaparece: *Etenim in imagine pertransivit homo* [70]. Allí veréis que nuestro cuerpo no es más que un poco de tierra discursiva, lodo racional, polvo viviente: y que nuestra alma es sólo un soplo de la boca de Dios, pero soplo, que empezó a ser aliento y acabó suspiro. Allí veréis que los teatros más magníficos de pompa y gloria se transforman en un instante en lúgubres panteones de esqueletos; que la risa se convierte en llanto; los adornos, en luto; el aplauso en horror; y los más festivos epinicios, en tristes epicedios. Allí veréis, que las dignidades humanas son una luz de naturaleza tan rara, que, colocada sobre nuestras cabezas, deslumbra con sus humos, y abatida debajo de nuestros pies, ilustra con sus rayos. ¡Ah, quiera el cielo, señores, que estas provechosas lecciones, que con voz igualmente persuasiva que muda, nos está dictando ese ilustrísimo polvo, hagan tan profundo eco en nuestras almas, que jamás dejemos de percibir su sonido! ¡Quiera el cielo que aprendamos de nuestro difunto Príncipe a encontrar nuestra mayor exaltación por la senda de las humillaciones; que aprendamos la ardua ciencia de ser mucho con sólo el estudio de ser nada; que aprendamos a comprar con el precio o desprecio de las glorias mundanas la eterna gloria! Dios lo tenga en ella. *Requiescat in pace* [71].

Omnia sub correctione S. M. Ecclesiae [72]

[70] Porque como en una figura pasó el hombre (Ps. 38, 1).
[71] Descanse en paz.
[72] Todo bajo la corrección de la Santa Madre Iglesia.

IV
LIRICA

JUAN BAUTISTA AGUIRRE

SUMA POETICA

Texto establecido por el P. Aurelio Espinosa Pólit,
a base del Códice Guayaquileño, y del Códice Cuencano.
Transcripción de Juan María Gutiérrez.

A UNA DAMA IMAGINARIA

ROMANCE

Qué linda cara que tienes,
válgate Dios por muchacha,
que si te miro, me rindes
y si me miras, me matas.

Esos tus hermosos ojos
son en ti, divina ingrata,
harpones cuando los flechas,
puñales cuando los clavas.

Esa tu boca traviesa,
brinda entre coral y nácar,
un veneno que da vida
y una dulzura que mata.

En ella las gracias viven;
novedad privilegiada,
que haya en tu boca hermosura
sin que haya en ella desgracia.

Primores y agrados hay
en tu talle y en tu cara;
todo tu cuerpo es aliento,
y todo tu aliento es alma.

El licencioso cabello
airosamente declara,
que hay en lo negro hermosura,
y en lo desairado hay gala.

Arco de amor son tus cejas,
de cuyas flechas tiranas,
ni quien se defiende es cuerdo,
ni dichoso quien se escapa.

¡Qué desdeñosa te burlas!
y ¡qué traidora te ufanas,
a tantas fatigas firme,
y a tantas fierezas falsa!

¡Qué mal imitas al cielo
pródigo contigo en gracias,
pues no sabes hacer una
cuando sabes tener tantas!

FRAGMENTO

(De un romance)

Bellísima dueño mío,
por quien dulcemente muero,
suspende, suspende el golpe
conque me hieres el pecho.
¿Por qué, mi bien, me atormentas?
¿acaso es porque te quiero?
Pues si tú obligas a amarte,
¿qué culpa tengo en hacerlo?

A UNOS OJOS HERMOSOS

Ojos cuyas niñas bellas
esmaltan mil arreboles,
muchos sois para ser soles,
pocos para ser estrellas.

No soles, aunque abrasáis
al que por veros se encumbra,
que el sol todo el mundo alumbra
y vosotros le cegáis.

No estrellas, aunque serena
luz mostráis en tanta copia,
que en vosotros hay luz propia
y en las estrellas ajena.

No sois lunas a mi ver,
que belleza tan sin par
ni es posible en sí menguar,
ni de otras luces crecer.

No sois ricos donde estáis,
ni pobres donde yo os canto;
pobres no, pues podéis tanto,
ricos no, pues que robáis;

No sois muerte, rigorosos,
ni vida cuando alegráis;
vida no, pues que matáis,
muerte no, que sois hermosos.

No sois fuego, aunque os adula
la bella luz que gozáis,
pues con rayos no abrasáis
a la nieve que os circula.

No sois agua, ojos traidores,
que me robáis el sosiego,
pues nunca apagáis mi fuego
y me causáis siempre ardores.

No sois cielos, ojos raros,
ni infierno de desconsuelos,
pues sois negros para cielos,
y para infierno sois claros.

Y aunque ángeles parecéis,
no merecéis tales nombres,
que ellos guardan a los hombres
y vosotros los perdéis.

No sois diablos, aunque andáis
dando pena a los que os vieron,
que ellos del cielo cayeron,
vosotros en él estáis.

No sois dioses, aunque os deben
adoración mil dichosos,
pues en nada sois piadosos,
ni justos ruegos os mueven.

Y en haceros de este modo
naturaleza echó el resto,
que, no siendo nada de esto,
parece que lo sois todo.

REDONDILLAS *

Ojos, cuyas niñas bellas
esmaltan dos arreboles,
muchos sois para ser soles,
pocos para ser estrellas.

No sois sol, aunque abrasáis
al que por veros se encumbra,
que el sol todo el mundo alumbra,
y vosotros lo cegáis.

No sois lunas a mi ver,
que bellezas tan sin par
no pueden en sí menguar
ni de otras luces crecer.

No estrellas aunque serena
luz gozáis en tanta copia,
que en vosotros hay luz propia
y en las estrellas ajena.

No sois cielos, ojos raros,
ni infiernos de desconsuelos;
que sois negros para cielos
y para infiernos muy claros.

No sois pobres donde estáis,
ni ricos donde yo os canto;
pobres no, pues podéis tanto,
ricos no, pues que robáis...

* El mismo poema anterior en la versión del códice cuencano.

No sois muerte rigurosos,
ni vida cuando alegráis:
vida no, pues que matáis;
muerte no, pues sois hermosos.

No sois fuego aunque os adula
la bella luz que gozáis,
pues, con rayos no abrasáis
a la nieve que os circula.

No sois nieve, ojos traidores,
que me robáis el sosiego;
pues nunca apagáis mi fuego,
y me causáis siempre ardores.

Aunque ángeles parecéis,
no merecéis tales nombres,
que ellos guardan a los hombres
y vosotros los perdéis.

No sois diablos, aunque andáis
dando pena a los que os vieron;
que ellos del cielo cayeron,
vosotros en él estáis.

No sois dioses, aunque os deben
adoración mil dichosos;
pues en nada sois piadosos,
ni justos ruegos os mueven.

Mas en haceros de modo
naturaleza echó el resto;
que no siendo nada de esto,
parece que lo sois todo.

AFECTOS DE UN AMANTE PERSEGUIDO

MINUET

Socorro, cielos,
dioses, favor,
que ya en la tierra
no haya compasión,

pues todos son homicidas
de dos inocentes vidas,
que se enlazaron
en una las dos.

Cuatro elementos
piadosos hoy
os solicita
mi triste voz
para cantaros mis penas,
de humano favor ajenas,
trágica historia
de envidiado amor.

Fieras del bosque
de quien huyó
comercio humano,
dadme atención,
pues busco en otra fiereza
la humana naturaleza,
que entre los hombres
la envidia borró.

Apenas mi hado
feliz me unió
con quien, al verla,
nació mi amor,
cuando con fiero despecho
quieren robarme del pecho
al dueño hermoso
de mi adoración.

Vi atentamente
su bello sol,
y quedé ciego
del resplandor:
¿qué mucho, pues, que entre horrores
en un abismo de errores
tropiece y caiga,
pues tan ciego estoy?

La hermosura causa
de mi dolor
al fin mis quejas
piadosa oyó,

que es propio de las deidades
el responder con piedades
a los clamores
de una triste voz.

Esto la envidia
(¡oh qué rigor!)
esto la envidia
me concibió,
como si culpa en mí ha sido
que se haya compadecido
de mis pesares
la que los causó.

¡Oh humanos pechos
a quien trocó
en fieros monstruos
la sinrazón,
sabed, sabed, engañados
que no os hace desdichados
el que me mire
hoy dichoso yo!

Esta es mi culpa
éste el rigor
de la sentencia
que el mundio dio:
que condenas al amante
porque le miras gigante
al primer día
que al mundo salió.

Mas de ello apelo,
dioses, a vos:
juzgad mi causa,
que es cruel dolor
que parezca un inocente
por la voz de una impía gente
sea voz del pueblo
y no voz de Dios.

¡Ah del alcázar
del dios de amor!
donde los cultos
ocultos son:

uno que firmemente ama
a tus puertas pide y clama
le abran el templo,
y hará su oración.

LA INCONSTANCIA DEL MAR

Uno que había padecido naufragio habla en estas Décimas

Ayer en rocas de nieve
dragón de plata te vi,
tan soberbio que temí,
ser sorbo a sus ondas leve;
y hoy tan humilde se mueve
tu resaca que dudé,
a ese peñasco que ve
de tu soberbia la mengua,
si lo lames como lengua,
si lo adoras como pie.

Bien tus engaños expresas,
mar, que dividido en cascos,
ayer, bravo harías peñascos,
y hoy humilde arenas besas:
a qué mudables empresas
te expones, monstruo arrogante,
hoy callado, ayer bramante,
advirtiendo así al prudente
que jamás hubo creciente
que no parase en menguante.

¿Para qué fue amenazar
con tantas furias ayer,
si tu soberbio crecer
ha sido para menguar?
Bien te pudiste acordar,
cuando sierpe embravecida
amenazabas mi vida,
de este cobarde reposo:
pero ¿cuándo el poderoso
se acuerda de su caída?

Si no es que tu engaño intenta
dar mentirosa esperanza,
disimulando bonanza
para crecer en tormenta,
piadoso se representa
tu golfo a aquél que lo mira,
hasta verlo de tu ira
un despojo lastimoso;
que siempre es del ambicioso
propio centro la mentira.

Ea, pues, golfo inconstante,
altivo mar impaciente,
o volverte a tu creciente,
o quedarte en tu menguante.
Cierre el paso al caminante
tu cólera enardecida;
mas no lo harás, que advertida
en tu condición variable,
imagen de lo mudable
de las cosas de esta vida.

Y nace esta conjetura
de la experiencia mayor,
pues ayer vi tu furor,
y hoy admiro tu blandura:
aquélla y esta pintura
tan diversas en ornato,
te hacen con diverso trato,
aunque no son en ti unas,
en teatro de fortunas
y de Fortuna un retrato.

Me canso de persuadir,
¡oh monstruo de variedad!
que en firme estabilidad
mudes tu instable vivir;
si aunque me puedes oír
el bien a que te provoco,
está tu discurso poco
sujeto a variar fortuna,
pues quien anda con la luna
no puede ser sino loco.

FABULA DE MIRRA

Canto de amor los horrores,
de su furor los extremos;
la más dilatada canto
profanidad de su imperio.

Negad, padre, negad, hijas,
atenciones a mis versos,
que inficionan contagiosos
con torpe nefando aliento.

Y si de vuestros oídos
tiranos fuesen mis ecos,
falte el crédito, y juzgadlos
fabulosos fingimientos.

O no le falte al castigo,
si no le falta al sujeto;
porque imitaciones mueran
a manos del escarmiento.

Dichosa región aquella
más distante que lo inmenso
de la que excitó maligna
tan execrables portentos.

Derrame en ella Amaltea
de su tesoro opulento
verde honor, y entre sus flores
aromas broten sabeos.

Llorosa la pague Arabia
en pomas fragante pecho
y Pancaya de sus troncos
le tribute sacro incienso.

Como no le ofrezcan Mirra;
a Mirra sola destierro,
cuyos ramos, cuyo nombre
profana el amor paterno.

Cupido cuando, arrogante,
más blasona vencimientos,
y a sus flechas atrevidas
niega el infame trofeo.

Furia la más perniciosa
de las hermanas de Alecto
fue quien excitó, atrevida,
tan vil linaje de fuego.

No asegura el cuerpo hermoso
hermosura en los afectos,
que en Mirra fue la hermosura
sólo un mentido embeleco.

Bien que a breve hermoso pie
en su entrada lisonjero
los prados siempre a porfía
salva de flores le hicieron.

Bien que del rostro agradable
se desenlazan risueños
mil atractivos halagos
mil peligros hechiceros.

Sus mejillas, las que ofrece
el más galán de los tiempos,
en fácil púrpura hermosa,
breves lisonjas al viento.

Su frente, si bien serena,
la que a la tierra, soberbio,
arroja al morir del año
cándidas rosas, al cielo.

Que en el bello rostro grave
confusamente se vieron
lo florido del verano,
lo nevado del invierno.

Donde lo blanco y lo rojo
—sin envidias compitiendo—
con encendidos desmayos,
son desmayados incendios.

Ojos de rendidas almas
dulcísimo cautiverio,
mucha luz en mucha noche,
planetas eran morenos.

Lascivamente conservan
tiernas reliquias del sueño,
y en ellas fue lo dormido
principios de mil desvelos.

Lagos de cristal adonde
—siendo rizos sobrecejos—
tributan corrientes vivas
dos caudalosos Leteos.

Claras lenguas de lo vivo,
blandos avisos inquietos,
que toda el alma es agrados
y todo es almas el cuerpo.

Herida con que abre amor
breve resquicio sangriento
si no a paño de diamantes,
a escuadrón, sí, de luceros.

Arbitra facción preside
hermosa excepción haciendo
del común pecado, adonde
tan raros son los aciertos.

El cabello libre o cuanto
el vientecillo travieso
se regala en los descuidos
del rizo ¡galán enredo!

Airosamente publica
por perdonar algo a Febo,
permisiones de su luz
firmadas con rayos negros.

De tanto cielo el Atlante
traba en alabastro terso
si no de cristal columnas,
origen blanco de Venus.

No de tantos albedríos
fue poderoso tropiezo
la ausente matrona firme
del más cortesano griego.

¡Cuántos te apetecen, Mirra,
de sus libertades centro!
¡pues escoge de ellos uno,
como dejes uno de ellos!

La imperiosa ley de amor,
su licencia y su precepto,
ni más permitirte pudo
ni pudo negarte menos.

De su padre en Chipre tuvo
veneraciones el cetro;
fue galán y a no ser padre,
no fuera infeliz en serlo.

En él atiende su hija
viril agradable aspecto
que lograba en vulto hermoso
decoros de real sosiego.

Airoso, crecido talle
sacado, espacioso pecho
y, en proporción ajustada,
robusta igualdad de miembros.

Acciones nota bizarras
en varoniles denuedos
y, entre gallarda osadía,
majestuosos lucimientos.

Fruto le juzgaba digno
del ya vulgar adulterio
del planeta más valiente
con el planeta más bello.

Cuando lasciva deidad
venerada en aquel reino
arreboló las mejillas
del dios que adivina en Delfos.

Cuando con lenguas de luz
descubrió entre viles hierros
los de su amor, y a los dioses
risa fue, si no desprecio.

¡Cuántas veces hurtó Mirra,
equivocando conceptos,
al lícito amor palabras,
al vedado, pensamiento!

Cuántas veces dijo el rey:
"Lógrate en blando himeneo
vive, Mirra, en tierno yugo,
pues me debes herederos".

Cuántas veces usurpó
en sus abrazos más tiernos
a lo piadoso, lo falso,
el torpe amor al honesto.

"Perdona, señor, —le dice—
que, mientras tus brazos tengo,
ni otro dueño solicito,
ni otros brazos apetezco".

Lo piadoso el padre alaba,
y ella, confusa, temiendo
su malicia y su impiedad,
los ojos remite al suelo.

Su infelicidad conoce;
que, en fe de mayor tormento,
este resquicio de luz
le quedó en amor tan ciego.

"¿Qué es aquesto, cielos? —dice—
inclinación, ¿qué es aquesto?
¡hacer fabricar al alma
tan furiosos devaneos!

¿Adónde, barquilla triste,
por peligros tan resueltos
navegas, las velas rotas,
mal gobernados los remos?

Simplemente conducida
por piloto poco diestro
de comenzada fortuna
suben los vanos intentos.

Monstrüosos imposibles,
¿dónde lleváis mis deseos,
cuya furia mal regida
peligra en fatal desprecio?

Tempranas temeridades,
que con ciegos devaneos
dais en corazones niños
gigantes atrevimientos.

Ya en castigo del asunto
animosamente necio,
en mi pecho fulminados
los oprimen Mongibelos.

Desdichada, en ser dichosa
fue mi suerte, pues el sebo
que apetecen mis cuidados
por ser tan propio, le pierdo.

A mi contraria fortuna
de su escaseza me quejo,
pues pretendo lo que alcanzo
y busco lo que poseo.

¡Oh, si en oculta región
tuviera yo nacimiento
donde el gusto contra sí
no respetara derechos!

Que codiciosa lograra
el bárbaro privilegio,
sin que al alma hicieran guerra,
los vaivenes que padezco.

Mas, porque en estos temores
cobardemente envilezco
arrojos nobles de amor
con que su deidad afrento,

a tan peligroso mares
animosa me concedo
que no es empresa gallarda
hacer lo que otros han hecho.

A tan peregrino osar
desvanecida prometo
perpetuo honor, y a mi fama
fantásticos mausoleos.

En las edades futuras
mi prodigioso ardimiento
vivirá siglos en bronces;
y eternidades en cedros.

Mas, ¡ay! que en mil confusiones
locamente me envanezco
y con el furor me arrojo,
cuando con el alma temo.

Engañando al desengaño
mi vanidad entretengo
y seguridades finjo
cuando imposibles desmiento.

¡Qué de monstruos facilito
con mi industria, pues pretendo,
siendo madre de un hermano
hacerte padre de un nieto!

Mejor será, con morir,
ser de resistencia ejemplo
y lo que es vulgar castigo
será, en mis fatigas, premio.

Cordel riguroso sea
de tantas borrascas puerto;
salgamos del laberinto
con la industria de Teseo.

Así de mis inquietudes
la libertad intereso,
pues, suspendiendo la vida,
tantas desdichas suspendo".

Aquí puso fin lloroso
el dolor, al ronco acento:
dio a la columna el cordel,
y daba al cordel el cuello,

cuando a los fieles oídos
quejas confusas vinieron
de la que a su tierna infancia
había dado sustento.

La madre de confusiones
reinaba entonces poniendo
las libertades del día
en prisiones de Morfeo.

Cintia, de su bello hermano
sustituta en el gobierno,
del mayorazgo de luces
cobraba sus alimentos.

Lograba el cielo centellas,
de fragua solar efectos;
con que, en Argos convertido,
dejó de ser Polifemo;

cuando del lecho asustada
salió Electra, descubriendo
los estragos de los años
casi en desnudo esqueleto.

Trémula con dos temblores,
el natural y el violento:
de la edad nacido el uno,
nacido el otro del miedo.

Abriendo la puerta, atiende
los fatales instrumentos
de su furor, indicando
arrebatados despechos.

De mortal desmayo siente
el prenuncio turbulento,
mas, con despojos de anciana,
a todos mintiendo esfuerzo.

Del lazo inquiere la causa
importuna, refiriendo
antiguas obligaciones
del tierno lustro primero.

"No te niegues —dice— Mirra,
a mi noticia, pues puedo
con yerbas y con palabras
dar salud y dar remedio.

Tendrán tus males en mí,
si son tristezas, consuelo;
si deseos, esperanzas;
si liviandades, secreto".

Y añadiendo, compasiva,
las lágrimas a los ruegos,
índice de amor, el llanto
los miembros inunda secos.

"No me atormentes, responde,
que aunque en mil males me anego,
es más duro confesarlos,
Electra, que padecerlos.

Desahúcios de tus artes
son mis penas, pues, no siento
alivio mientras no callo,
remedio mientras no muero".

Vuelve a presentar Electra
sus memoriales molestos,
repitiendo las caricias,
duplicando los requiebros.

Rindióse Mirra: "Yo, Madre
—el rostro, dice, cubriendo—
si en el imperio dichosa,
dichosa más en el dueño".

A los ecos de estas voces
la anciana tembló, diréIo:
"No prosigas más —la dice—
que ya tus ansias entiendo.

Reprime el orgullo loco
de tu altivo pensamiento;
pon a tu vergüenza espuelas,
y a tus libertades freno.

Aborrecer a los padres
fuera impiedad, duro exceso;
mas así, Mirra, el amarlos
más culpa es que aborrecerlos".

Furiosa la ninfa clama:
"¡Ay, necia yo!, pues consiento
en tan impaciente trance
tus alivios indiscretos.

Deja el cordel, más piadoso
en acabarme más presto,
que es en mis resoluciones
prolija muerte un consejo.

He de morir o gozarle;
a no admitir me resuelvo,
quietud entre estos furores,
medio entre estos dos extremos".

"Vive pues —dice la anciana—
vive, Mirra, aunque cerremos
los ojos a la razón,
a sólo tu gusto abiertos.

Goza a tu..." —no dijo: 'padre',
porque a tan impío decreto
rindió la lengua anudada
jurisdicción al silencio.

Era la estación del año
cuando en festivos misterios
culto ofrecen las matronas
al sacro numen terreno.

Por nueve luces, de Ceres
dan holocaustos al templo,
religiosamente hurtadas
al maridable comercio.

Tomó a la ocasión la greña
Electra entonces, ya viendo
que en el tálamo no asiste
legítimo impedimento.

Cuando tomaban alegres
posesiones del cerebro
brindando a Venus delicias
los vapores del Lië̈o,

al rey llegó con enigmas,
extraño nombre mintiendo,
—próspera en rebozos falsos—
los amores verdaderos.

El campo acepta y el campo
sin miedo le concedieron
con que la curiosidad
perdone el conocimiento.

A resolución tan fiera
los robles se estremecieron,
terror derramando al mundo
todos los cuatro elementos.

Rizóse el mar en sus ondas
esparciendo orgullos crespos,
y por bocas de cristal
bramidos despacha horrendos.

Turbándose inquieto el aire
en torbellinos espesos,
era cada queja un Austro
y cada suspiro un Euro.

Con peligrosos temblores,
con repetidos estruendos,
sus sentimientos publica
la fértil madre de Anteo.

Volcanes al cielo escupen
peñascos en humo denso,
incendios multiplicando,
émulos ya del infierno.

Casta deidad afrentada,
rayos negó al hemisferio
y afeó con nubes pardas
los ojos al firmamento.

Desde su alcandora entonces
el búho cantó, funesto,
cuyos ecos mal distintos
fueron infaustos agüeros.

Traidora, una luz produjo
los rayos que descubrieron,
con asalto repentino,
de Mirra el crimen obsceno.

Negó voces a la lengua
el susto en el alma impreso
y, con ímpetu impaciente,
desnuda el padre el acero.

Huye Mirra, el rey la sigue
muerte en ella previniendo
el mal concebido infante
de que es padre y es abuelo.

Los horrores de la noche
defensa injusta la dieron,
dejando al paterno brazo
de propia sangre sediento.

"Deidades —dice, afligido—
si acaso piedad merezco,
por confesar mi maldad
ya mi maldad os confieso.

No deis lugar a que Mirra
en los tiempos venideros
o, viva, afrente a los vivos
o, muerta, manche a los muertos".

Dijo y, tendiendo los brazos,
crecen en alto los dedos
que brotando verdes hojas
espeso toldo tejieron.

Erizó en alto a la ninfa
la turbación los cabellos
y esparciéndose mayores,
populosas ramas fueron.

Ya es árbol Mirra, que en pomos
el llanto prosigue tierno
y de ella el primero nombre
único fue monumento.

Sazonóse dentro el fruto,
y la corteza rompiendo
la industria de la codicia
ha dejado el tronco seco.

De aquí salió a ver la luz
el orgulloso mancebo,
primera envidia de Marta,
cuidado mayor de Venus.

FABULA DE ATALANTA E HIPOMENES

Esquiva, Atalanta siempre
por ásperos montes huye:
ya guarnición de sus faldas,
corona ya de sus cumbres.

A cuya planta de nieve
Euros y Austros contribuyen
leve fatiga a los campos
presurosas prontitudes.

Mas su pecho, en quien el cielo
altiva esquivez infunde,
ni por lisonjas las siente,
ni por ternezas las sufre.

Agradecidos los bosques
de que su gala fecunde,
por besar el blanco pie
labios de clavel producen.

Nunca el sol desde la esfera
donde sus imperios lucen
vio tan hermosos desdenes,
tan bellas ingratitudes.

Entre hermosura y presteza
el que más atento juzgue,
tendrá una duda que admire
y una admiración que dude.

En constelación su rostro
y tal que habrá quien disculpe
bellas envidias de Venus
cuando sus círculos hurte.

Ojos en tronos de luz,
que pródigos distribuyen
de pïadosas crueldades
hermosos rayos azules;

de pïadosas crueldades
tirano imperio tan dulce
que sabe matar con vidas,
que sabe segar con luces.

Rojas de clavel cortinas,
sin que su esplendor oculten,
cubren de diamantes finos
opulenta muchedumbre.

El plantel de sus mejillas
defectos de mayo suple,
porque el llanto de sus flores
con nieve y nácar resumen.

Por vago imperio del viento
que, travieso, se introduce,
escritos con rasgos de oro
agravios del sol discurren.

Céfiro que rubias ondas
con blando aliento sacude,
tempestad de auroras mueve
en golfo undoso de luces.

de cuya crinita llama
quiere el hado se figure
luciente infausto cometa
que trágico fin prenuncia.

Negada su inclinación
a femeniles costumbres,
en bello alentado cuerpo
alma varonil infunde.

No hay selva que no fatigue,
ni soto que no importune,
venablo que no blandee,
ni fiera con quien no luche.

Prestos halcones de fuego,
rayos con que el sol encubre,
a las aves más veloces
despiden sus arcabuces.

Flecha suya que dispara,
cuerda que impelida cruje,
émula a su ligereza
no hay monte que dificulte.

El cielo para su empleo
ley inviolable instituye,
que su beldad goce, esposo,
quien su curso sobrepuje.

Mas el que, con tardo vuelo
veloz intento no cumple,
a fatal acero agudo
sangriento golpe tribute.

A tan airoso imposible
noble juventud concurre
trocando a patente cielo
ricas, doradas techumbres.

No hay a quien el premio hermoso
con su vista no deslumbre,
¡qué lucidos daños vierte!
¡qué atractivas inquietudes!

No hay joven que tiernos años
temerario no aventure,
víctimas de su esperanza,
de amor picados tahúres.

Y aunque al son de sus deseos
ligeros vuelos presumen,
—como al clarín excitados,
Bucéfalos andaluces—

no hay quien pesadas tardanzas
a breve espacio no culpe,
¿qué mucho que una mujer
con más presteza se mude?

Bárbara ley, que disponen
los hados que se ejecute,
floridos años malogra,
tiernos alientos desluce.

De sangre sediento acero,
no hay garganta que exceptúe,
belleza que no desflore,
juventud que no disfrute.

Tanto cadáver al campo
dieron violentas segures,
que de los unos los otros
son funestos ataúdes.

Confusión la tierra espira
horrores el cielo influye
de que tanta flor se agoste,
de que tanto sol se anuble.

Hipómenes generoso,
—sin que de emprenderla cure—
a la sangrienta conquista
mirador, no más, acude.

Libre entonces, juveniles
arrojamientos arguye;
y extraña que tierno engaño
tanta bella edad sepulte.

Sus ojos vuelve Atalanta
—blandas prisiones comunes—
y con elocuencia muda
a nueva opinión lo induce.

La ciega deidad, de cuyas
traviesas solicitudes,
nunca hay burlas que se libren,
ni libertad que se burle;

de su carcaj una flecha
que ociosidades consume,
resonando el duro nervio,
a viva aljaba traduce.

Rinde al joven, y pretende
que en Atalanta resulte
atención que la divierta,
no cuidado que le turbe.

"¡Oh príncipes generosos!
—clama Hipómenes— no supe
la hermosa ocasión que causa
el grave error que os impuse.

De vuestra vertida sangre
arroyos mi lengua enjuague,
pues tan debidos aplausos
ciego ignorante detuve.

Un sol de nieve os abone,
dos luceros os excusen,
dignos que de mil imperios
y de mil deidades triunfen.

Bizarro ardimiento sigo,
con que diré: del que tuve,
despeñóme un fin bizarro,
si conseguirle no pude.

Con empeños de entendido
satisfaré a quien acuse,
libertad que breve instante
necio insensible entretuve.

Pues gallardas osadías
los cïelos no destruyen,
desprecios siembro a los hados
cuando en mi daño conjuren.

Por destrozos atropello,
sin que tantos me atribulen
no bien orgullos de Abril,
cuando desmayos de Octubre.

Mi fin el sangriento curso,
con ver tantos, no rehúse
malogrados escarmientos
de ambiciosas juventudes".

Dijo, y púrpura se viste
que tantos diamantes cubren
que entre su esplendor apenas
el rojo ardor se trasluce.

Sombrero, garza entre plumas,
que a propias esferas sube
bizarro bosque del aire,
si no bajel de las nubes.

Gentil vanidad ufana
de que en su pompa se junte
tanto volante despejo
de voraces avestruces.

Cortés traslada a la mano
bella máquina, y descubre
de hermosos anillos de oro
bulliciosas multitudes.

El cielo que en su semblante
lo bello y bravo confunde,
mucho Marte y mucha Venus
a poco espacio reduce.

El bozo y tersas mejillas
con tiernos perfiles pule,
de veinte vueltas del sol
era dorada vislumbre.

Dice en su pecho Atalanta,
sin que el corazón lo escuche,
—que aun con él su esquivez gusta
piedades se disimulan—.

"Detente, Narciso nuevo,
¿quién te obliga a que apresures
fin temprano y de la muerte
los sangrientos mares sulques?

No en tan peligrosa causa
blandos desperdicios fundes;
espera que en ocio manso
floridos años maduren.

Tú solo te ostentas digno
de que los hados te ayuden;
de que tu frente y tu mano
goce lauro y palma empuñe.

Casi inclinada me miro,
casi mereces que ajuste
mi paso al tuyo, y contigo
viva en lazo indisoluble.

Pero, ¿cómo atenta yo
a piadosas mansedumbres
que tantas ardientes vidas
a mi libertad pospuse?

¡Muera!, porque leves señas
de cuidado no murmuren
las ninfas de mí, y Diana
tiernos indicios me impute".

Antes que el resuelto amante
purpúreo adorno desnude,
a blanda deidad de amores
con ruego instante recurre:

"Tú —dice— me fuerzas, Venus,
a que a tus aras vincule
pendientes votos y en ellos
tu sacro nombre salude.

Haré columnas de bronce
a valientes pesadumbres
de templos que te veneren
y eternidad aseguren.

Allí en tu loor abrasados
aromas el aire ocupen
nublados de ámbar y al sol
fragantes noches oculten.

Pues tiernas ardientes ansias
a tu fuego se atribuyen,
o tú el remedio apercibas,
o tú la dolencia cures".

Dijo, con que obligó a Venus
a que tres lucientes busque
pomos de oro que atesoran
ricas ocultas virtudes.

Del uso de ellos le informa;
y antes que el clarín pronuncie
voladora seña, el joven
—rayo animado— prorrumpe.

Pásale Atalanta, y pasa
sin que las flores injurie,
sin que frágil grama doble
ni arista tierna despunte.

No en los arroyos su planta,
cándida espuma, se hunde,
de pluma barco que vuela
sin que su cristal enturbie.

Crece entre los dos el campo,
y porque el joven no frustre
su ruego y amor, le avisa
Venus que los globos use.

De través tira el primero
que rayos de Apolo brumen;
brilla estrellas, y en el campo
—celeste signo— reluce.

Sigue al prodigio Atalanta:
¿qué mucho que la estimulen
mil atractivos que vierte
por dorados arcaduces?

Él se aleja; mas al triste
presto la que al daño ocurre
turbada llama, el exceso
y la vida disminuye.

Venus, por que más prolijas
dudosas ansias no duren
ya le incita a que brïoso
dorado engaño asegunde.

Tira otra vez; y a la ninfa
de nuevo el curso interrumpe,
—volando con alas de oro—
segundo luciente embuste.

Coge el globo, y sin que el vuelo
vulto alterado demude
a ventajas temerosas
—saeta— se restituye.

Ultimo hechizo le arroja
y con círculos volubles
tercer descamino de oro
la obliga a que el campo cruce.

Casi la obligó el peligro
a que él seguir lo consulte;
mas intrépida codicia
dudas rompe y daño excluye.

¡Oh fuerza hermosa del oro,
que vanas aras construyes
donde —mentida deidad—
adoraciones usurpes!

"Alienta, joven —aclama
inquieta turba— y divulgue
tu hazaña en metal sonoro
ligero volante numen".

Duda fue si del aplauso
que al viento el vulgo difunde,
Hipómenes guste más,
o más Atalanta guste.

Pisa al fin difícil meta
de Mercurio el nieto ilustre,
con que de amado enemigo
feliz victoria concluye.

Vence; y ofendida Venus,
de que honores no acumulen
a sus aras, ni en sus piras
árabes aromas suden,

manda al hijo que a sus pechos
con lascivo ardor apunte,
por que el templo de Cibeles
nefandas llamas ahúmen.

Y, sin que en respuestas justas
la resolución fluctúe,
—de torpe incendio impacientes—
sacrílega culpa incurren.

Airada, en ellos, la diosa
juvenil forma destruye,
feroces brutos le miran,
y, en vez de quejarse, rugen.

Y aunque más, en vulto airado,
dura sujeción recusen,
con grave imperio, a su plaustro
en yugo común los unce.

Bella ninfa, hermoso joven
—un tiempo de Arcadia lustre—
leones fieros, el carro
de la gran diosa conducen.

La que fue imperioso origen
de tantas esclavitudes,
siente ya del duro azote
la penosa servidumbre.

Teme sus garras, oh Venus,
a Adonis tu amparo escude,
no aguardes que el cuerpo en él,
y en ti el alma, desmenucen.

EPIGRAMAS

A ZOILO

I

Zoilo, ayer tarde por chiste
un quídam te dijo tonto,
y tú, por vengarte pronto,
¡Adulador! le dijiste;

y a la verdad que lo era
el que tonto te llamó,
pues tú no eres tonto, no,
sino la misma tontera.

II

Tus mentideras estiras
con progresos tan felices,
que en dos palabras que dices
dices Zoilo mil mentiras.

Por eso admirados todos
juzgan con razón no poca,
que hablas sólo por la boca,
y que mientes por los codos.

A UN MEDICO

Doctor Vidales, doctor
esqueleto o badulaque
doctor, chisquete en latín
doctor guadaña en romance;

escúchame, por tu vida,
que va la segunda parte,
y hay para cebar tu ciencia
hasta materia en mis males.

A consultártelos vengo
mas si verdad he de hablarte,
por ser ellos muy de atrás
los considero incurables...

A UN ZOILO

que viendo unas poesías del autor, dijo que eran ajenas.

Liras

Miraste mis poesías,
y tu envidia mortal de ardores llena
dijo que no eran mías,
sino parte feliz de pluma ajena:
así lo dijo, pero no me admira
que la envidia dé cuerpo a la mentira.

Con ocultos esfuerzos
a algunos simples persuadir previenes
que han tenido mis versos
catorce padres como tú los tienes;
mas sabe que es, aunque tu poesía ladre,
más honrada mi musa que tu madre.

¿Acaso no has sabido
de mi instrumento la dulzura? ¿Acaso
ignoras que yo he sido
de los aires dulcísimo embarazo,
adornando mis sienes oficiosa
de bella Daíne la esquivez frondosa?

¿Ignoras, dime, ignoras
que al eco de mi lira se suspenden
las aves, que canoras
el ceño verde del Parnaso atienden,
y que escuchan mi hechizo peregrino
tejiendo el aire en éxtasis divino?

¿No sabes que ha sonado
mi dulce voz en uno y otro polo,
y que he sido envidiado
de los cisnes tal vez, tal vez de Apolo?
¿No sabes, Zoilo, que produce en suma
sublimes partos mi fecunda pluma?

Pues si esto has conocido,
si tú no ignoras mi divina musa,
¿cómo, cómo, atrevido,
así tu lengua contra mí se aguza?
Pero es tu envidia tan villana y ciega,
que aunque ve la verdad, la verdad niega.

Tú, sí, que cuando escribes,
en vez de pluma, mueves bien las uñas,
y así, Zoilo, concibes
que hurtan los otros cuando tú rasguñas,
porque todo ladrón con viles modos
se persuade que son ladrones todos.

Tú, sí, que algunas veces
que al parto pones a tu ingenio corto,
al cabo de seis meses,
por ser sin tiempo, pares en aborto,
aborto que, en su traza y fealdad rara,
es propia imagen de tu ingenio y cara.

Tú, sí, que sólo aciertas
a formar unas coplas desiguales,
pesadas, patituertas,
y más toscas, en fin, que tus modales,
sin que puedan pulirlas a porrazos
ni ochenta escoplas con ochenta mazos.

Tú, sí, que persuadido
a que el que miente es poeta verdadero,
por ser poeta aplaudido
has dado en ser grandísimo embustero,
y según tú lo juzgas y lo sientes,
siempre haces versos porque siempre mientes.

Y así, Zoilo, derrama
contra mí tu mentira, que entretanto
el eco de mi fama
irá creciendo al grito de mi canto;
miente cuando quisieres, pues no viene
a quitar el honor quien no lo tiene.

Di que sólo prevengo
engañar con mis versos a algún bobo,
pues aquellos que tengo
me los soplan tal vez, tal vez los robo;
pero advierta tu envidia que, si aprieta,
a su costa verá si soy poeta.

BREVE DISEÑO DE LAS CIUDADES DE GUAYAQUIL Y QUITO

(Extracto de una carta poco seria escrita por el autor a su cuñado don Jerónimo Mendiola, describiendo a Guayaquil y Quito).

Dichoso paisano, en quien
con diversísimos modos
se miran los dones todos,
todas las prendas se ven,
perdona si en parabién
de tu carta no te da
algo mi amor, porque ya
cuanto yo darte podía,
que era la voluntad mía,
tú te la tienes allá.

Demostrarme agradecido
hoy mi empeño viene a ser,
y para poderlo hacer
de estos versos me he valido;
recíbelos advertido,
de que si aun el don mayor
sólo recibe valor
del amor de quien lo da,
inmenso mi don será,
pues es inmenso mi amor.

Contarte un pesar intento
por ver si puedo lograr
el que mi propio pesar
sirva de ajeno contento;
escúchame, pues, atento,
que ya mi triste gemido
empieza a dar condolido
dos afectos a mi canto,
pues lo que en mi voz es llanto
será música en tu oído.

Guayaquil, ciudad hermosa
de la América guirnalda,
de tierra bella esmeralda
y del mar perla preciosa,
cuya costa poderosa

abriga tesoro tanto,
que con suavísimo encanto
entre nácares divisa
congelado en gracia y risa
lo que el alba vierte en llanto;

Ciudad que por su esplendor,
entre las que dora Febo,
la mejor del mundo nuevo
y hay del mundo lo mejor
abunda en todo primero,
en toda riqueza abunda,
pues es mucho más fecunda
en ingenios, de manera
que, siendo en todo primera,
es en esto sin segunda.

Tribútanle con desvelo
entre singulares modos
la tierra sus frutos todos,
sus influencias el cielo;
hasta el mar que con anhelo
soberbiamente levanta
su cristalina garganta
para tragarse esta perla,
deponiendo su ira al verla,
la besa humilde la planta.

Los elementos de intento
le miran con tal agrado,
que parece se ha formado
de todos un elemento:
ni en ráfagas brama el viento,
ni son fuegos sus calores,
ni en agua y tierra hay rigores,
y así llega a dominar
en tierra, fuego, aire y mar,
peces, aves, frutos, flores.

Los rayos que al sol repasan
allí sus ardores frustran,
pues son luces que la ilustran
y no incendios que la abrasan;
las lluvias nunca propasan

de un rocío que de prisa
al terreno fertiliza,
y que equivale en su tanto
de la aurora al tierno llanto,
del alba a la bella risa.

Templados de esta manera
calor y fresco entre sí,
hacen que florezca allí
una eterna primavera;
por lo cual si la alta esfera
fuera capaz de desvelos,
tuviera sin duda celos
de ver que en blasón fecundo
abriga en su seno el mundo
ese trozo de los cielos.

Tanta hermosura hay en ella
que dudo, al ver su primor,
si acaso es del cielo flor,
si acaso es del mundo estrella;
es en fin ciudad tan bella
que parece en tal hechizo,
que la omnipotencia quiso
dar una señal patente
de que está en el Occidente
el terrenal paraíso.

Esta ciudad primorosa,
manantial de gente amable
cortés, discreta y afable,
advertida e ingeniosa
es mi patria venturosa;
pero la siempre importuna
crüeldad de mi fortuna,
rompiendo a mi dicha el lazo,
me arrebató del regazo
de esa mi adorada cuna.

(QUITO)

Buscando un lugar maldito
a qué echarme su rigor,
y no encontrando otro peor,
me vino a botar a Quito;
a Quito otra vez repito
que entre toscos, nada menos,
varios diversos terrenos,
siguiendo, hermano, su norma,
es un lugar de esta forma,
disparate más o menos.

Es su situación tan mala,
que por una y otra cuesta
la una mitad se recuesta,
la otra mitad se resbala;
ella se sube y se cala
por cerros, por quebradones
por guaicos y por rincones,
y en andar así escondida
bien nos muestra que es guarida
de un enjambre de ladrones.

Tan empinado es el talle
del sitio sobre que estriba,
que se hace muy cuesta arriba
el andar por cualquier calle;
no hay hombre que no se halle
la vista en tierra clavada,
porque es cosa averiguada
que el que anda sin atención
cae, si no en tentación,
en una cosa privada.

Hacen a Quito muy hondo
una y otra rajadura,
y teniendo tanta hondura,
es ciudad de ningún fondo.
Aquí hay desdichas abondo,
aquí el hambre y la sed se aúnan
y a todos nos importunan;
van muy graves en cuadrilla,
aquí, en fin, ¡raros enojos!
los que comen son los piojos,
los demás todos ayunan.

Son estos piojos taimados
animales infelices,
grandes como mis narices,
gordos como mis pecados;
cuando veo que estirados
va muy graves en cuadrilla,
me asusto que es maravilla
desde que un piojillo arisco,
sólo con darme un pellizco,
me sumió la rabadilla.

Las sillas de mano aquí
se miran como a porfía,
y te aseguro a fe mía
que tan malas no las vi;
luego que las descubrí
por unos lados y otros,
viendo los asientos rotos
y quebradas las tablillas,
dije: Bien pueden ser sillas,
mas yo las tengo por potros.

En estas sillas se encierra,
llevando cualquier serrana,
mucho pelo y poca lana,
como oveja de la tierra.
Aquí, pues, en civil guerra
con femeniles enojos
son de los piojos despojos,
y con dentelladas bellas,
los piojos muerden a ellas,
y ellas muerden a los piojos.

Estas quiteñas como oso
están de cabello,
y aunque tienen tanto vello,
mas nada tienen de hermoso;
así vivo con reposo
sin alguna tentación,
siquiera por distracción
me venga, pues si las hablo,
juzgando que son el diablo,
hago actos de contrición.

Lo peor es la comida
(Dios ponga tiento en mi boca):
ella es puerca y ella es poca,
mal guisada y bien vendida;
aquí toda ella es podrida,
y ¡vive Dios! que me aburro
cuando imagino y discurro
que una quiteña taimada
me envió dentro una empanada
un gallo, un ratón y un burro.

Hay tal o cual procesión,
mas con rito tan impío,
que te juro, hermano mío,
que es cosa de inquisición:
van cien Cristos en montón
corriendo como unas balas,
treinta quiteños sin galas,
más de ochenta Dolorosas,
San Juan, Judas y otras cosas,
casi todas ellas malas.

Con calva, gallo, y sin manto,
un San Pedro se adelanta,
y, por más que el gallo canta,
no quiere llorar el Santo;
pero le provoca a llanto
de sus llaves la reyerta,
pues cuenta por cosa cierta,
estando el Santo con sueño,
que se las hurtó un quiteño
para falsear una puerta.

Va también tal cual rapaz
vestido de ángel andante,
con su cara por delante
y máscara por detrás;
con tan donoso disfraz
echan unas trazas raras,
dándonos señales claras
que, en el quiteño vaivén,
aun los ángeles también
son figuras de dos caras.

De penitentes con guantes
salen los nobles por no
dar limosna, y temo yo
que han de salir de danzantes.
Estos quiteños bergantes
¿cómo harán tal indecencia?,
pues hallo yo en mi conciencia
que es muy grave hipocresía
vestir la cicatería
con traje de penitencia.

Después se ven unos viejos
beatos, brujos y quebrados,
y algunos frailes cargados
con sus barbas y aparejos;
luego se sigue a lo lejos
una recua de Cofrades,
después las Comunidades,
y otras bestias con pendones,
porque aquí las procesiones
todas son bestialidades.

Mil pobres despilfarrados
se miran a cada instante,
mas ninguno es vergonzante,
que son bien desvergonzados;
ciegos, mudos, corcobados
y enanos hay en verdad
tantos en esta ciudad,
que yo afirmo sin rebozo
que es este Quito piojoso
el Valle de Josafat.

Hermano, en aqueste Quito
muchos mueren de apostemas,
de bubas, llagas y flemas,
mas nadie muere de ahíto;
y hay serrano tan maldito
que al rezar la letanía
pide a la Virgen María,
con grandísimo fervor,
que le conceda el favor
de morir de apoplejía.

A cüalquier forastero,
con extraña cortesía,
sea de noche, sea de día,
le quitan luego el sombrero;
y si él no trata ligero
de tomar otra derrota,
le quitan también sin nota
estos corteses ladrones
la camisa y los calzones,
hasta dejarlo en pelota.

Andan como las cigarras
gritando por estas sierras
que son leones en las guerras;
y lo son sólo en las garras;
para hurtar estos panarras
con sutileza y con tiento
son todos un pensamiento,
de suerte que yo he juzgado
que en las uñas vinculado
tienen el entendimiento.

El que es noble gamonal
algún obraje procura,
y de esta suerte asegura
tener en jerga el caudal.
Los quiteños, por su mal,
entablaron desdichados
estos obrajes malvados,
pues con esperanzas vanas
van al obraje por lanas
y se vuelven trasquilados.

Todos estos obrajeros,
por interés del vellón,
compran ovejas y son
ellos gentiles carneros.
Tienen bueyes y potreros
del caudal para ventaja,
pero, aunque ellos se hacen raja,
nunca salen de pobreza,
pues vinculan su riqueza
en cueros, lanas y paja.

A todos con gran certeza
de frailes les acredito,
pues todos en este Quito
hacen voto de pobreza;
pero el fausto, la grandeza
y la gala es incesante,
pues aquí, como es constante,
se estudia con grande aprieto
la comedia de Moreto
nombrada, "Trampa adelante".

Cualquier chisme o patarata
lo cuentan por novedad,
y para no hablar verdad
tienen gracia gratis data:
todo hombre en lo que relata
miente o a mentir aspira;
mas esto ya no me admira,
porque digo siempre: ¡Alerta!
sólo la mentira es cierta
y lo demás es mentira.

Mienten con grande desvelo,
miente el niño, miente el hombre
y, para que más te asombre,
aun sabe mentir el cielo;
pues vestido de azul velo
nos promete mil bonanzas,
y muy luego, sin tardanzas,
junta unas nubes rateras,
y nos moja muy de veras
el buen cielo con sus chanzas.

Llueve y más llueve, y a veces
el aguacero es eterno,
porque aquí dura el invierno
solamente trece meses;
y así mienten los franceses
que andan a Quito situando
bajo de la línea, cuando
es cierto que está este suelo
bajo las ingles del cielo,
es decir, siempre meando.

Este es el Quito famoso
y yo te digo, jocundo,
que es el sobaco del mundo
viéndolo tan asqueroso.
¡Feliz tú! que de dichoso
puedes llevarte la palma,
pues gozas en dulce calma
de ese suelo soberano,
y con esto, adiós, hermano.
Tu afecto, Juan de buen alma.

DA NOTICIA A UN AMIGO SUYO DE LA MUERTE DE UN PREBENDADO

Sílabas de horror, amigo,
quiero que escuchen tus ojos,
no así, con infausta pluma,
te escribo epicedios roncos.

No esperes, no, consonancias
de mi numen luctüoso,
que en lo recio del dolor
se destempla lo sonoro.

Ver borradas no te admire
estas cláusulas que formo,
porque en el llanto que vierto
hasta los suspiros mojo.

¡Murió! pero ¿quién, oh amigo,
dando vulto a los sollozos,
pudiera, en un muerto aviso,
enviarte vivo mi asombro?

¡Murió! mas ¡ay! que las voces
en suspiros las transformo
y, por arrojar la pena
derramo el alma en arroyos.

Pero expresar mi congoja
es preciso, pues la expongo
al escrúpulo de reo,
si en el pecho la aprisiono.

Murió Chiriboga, amigo,
¡oh, quién pudiera, dichoso,
esconder su entendimiento
del informe de los ojos!

¡Quién pudiera no creerlo!,
pero, en males tan notorios,
busca la fe en los sentidos
y no en la razón, apoyo.

Ve, amigo, al mísero Quito
tan entregado al ahogo
que, para un suspiro suyo,
aun es todo el aire poco.

Ve, en esa fúnebre pompa,
tantos vivientes absortos
que en éxtasis dolorido
parecen sensibles troncos.

Ve, en esa trágica tumba,
tantos cometas que, rojos,
tristes anuncios palpitan
en reflejos ominosos.

Los párpados de las hachas
—trémulos o vagarosos—
lágrimas de cera vierten
por sus refulgentes ojos.

Melancólicas antorchas
—de panales mustio aborto—
forman, con susurro ardiente,
de luces enjambre ronco.

Los blandones con sus humos
enlutan el aire todo
bostezando, entre reflejos,
vapores caliginosos.

Cubierto el féretro triste
de humeante hálito sinuoso,
o nieblas suspira en giros
o eclipses bosteza en tornos.

Lúgubres paños le sirven
al pavimento de adorno,
o sombra opaca tejida
del Euro a funestos soplos.

Todo el templo exhala miedos,
pues, vistiéndose horroroso,
de sombra palpable, abultan
sus noches nuestros asombros.

Los pedestales brumados,
más del dolor que del corvo
gravamen del edificio,
sudan horror por sus poros.

Las pilastras y columnas,
doloridas a su modo,
labran tristes obeliscos,
forman trágicos colosos.

Estatuas son del suspiro
los circunstantes que, absortos,
escuchan avisos vivos
que les grita un muerto polvo.

A todos, amigo, ocupa
el espanto, porque a todos
está esa tumba enseñando
documentos espantosos.

No impiden las densas nieblas
que el humo rebuja en globos,
a la luz que el desengaño
nos da avisos provechosos.

Porque, facunda, la Muerte
en mudos suasivos tropos,
con voz silenciosa, está
predicando al auditorio.

De la ceniza hace lengua,
del féretro forma trono
y a su lúgubre oración
el tema es: "*memento homo*".

Retóricamente muda,
nos evidencia a nosotros
que de un soplo se marchita,
quien fue formado de un soplo.

Ella, en locuaces pavesas,
nos advierte lo que somos,
y que los unos vivimos
de lo que mueren los otros.

Ella muestra que, del siglo
en el tormentoso golfo,
al batel de nuestra vida
es cada aliento un escollo.

Ella que somos avisa
templos de ludibrio, lodo
para cuya ruina late
el corazón terremotos.

Más nos alumbra esa sombra
que la luz, pues es notorio,
que esa sombra ilustra al alma
y la luz sólo a los ojos.

Ve, amigo, esa obscura estatua
que infunde horror religioso,
y estudia, entre sus tinieblas,
lecciones de luz tu asombro.

Y tú, aleve desengaño,
¿cómo, sacrílego, cómo
quieres que infame tus aras
simulacro tan costoso?

¿No ves, traidor enemigo,
que enriquecer es ocioso,
los humanos escarmientos
con tan divino despojo?

Si nuestro ejemplo pretendes,
yerras, desengaño, el modo,
pues quitas con lo sangriento
mucha parte a lo devoto.

¡Oh, nunca ese polvo mustio
nos hablara silencioso!
Y ¡oh, nunca él nos hiciera
tan trágicamente doctos!

Mas, ¡qué mucho tengan lengua
las cenizas de aquel monstruo,
que al céfiro de su fama
nace, fénix de sí propio!

Aquel que nos da a entender,
con énfasis misterioso,
cuánto enseñaría su vida,
pues nos enseña aun su polvo.

Aquel cuyas doctas sienes
—envidia sacra de Apolo—
circundó oficiosa Dafne
en verde giro frondoso.

Aquel que dio de la fama
al parlero metal corvo,
entre ráfagas de luz,
mucho aliento en leve soplo.

Aquel sabio golfo que
difundía, caudaloso,
un influjo en cada gota
y una ciencia en cada arroyo.

Cuyo ingenio hacia los astros
—de luz torbellino hermoso—
se elevó esparciendo ciencias
en brillantes rayos de oro.

Por quien nuestro nuevo mundo
pudo oponer, jactancioso,
a arrogancias europeas,
americanos asombros.

En quien la envidia del Lete
—bastardo impaciente aborto—
lloró embotados los filos
de su fatal diente corvo.

Chiriboga, digo, aquel
a cuyo plectro armonioso
ecos le volvían los astros
y le hacían compás los polos.

Este murió y, en su muerte,
no hay quien no vierta sollozos,
que a quien fue como ninguno
justo es que le lloren todos.

La fama vuela entre plumas
de cárabos luctüosos,
vertiendo agoreros ayes
en un hemisferio y otro.

Las Musas sus frentes orlan
de fatal mirto ominoso,
girando el ciprés funesto
del laurel el sacro solio.

El Meandro y el Caístro,
trágicamente llorosos,
cambian sus locuaces ondas
en turbios raudales roncos.

Trémulos los dos ribazos
del sacro vibrante Aonio
muestran, en temblores mudos,
que saben sentir los troncos.

Hipocrene congelando
su instable cristal sonoro
llora perlas en las conchas
de su rizo cauce undoso.

Lúgubres, negros, pendones
descoge el castalio coro
tremolándolas el aire
de suspiros dolorosos.

Ea, amigo, al común llanto
acompañemos nosotros,
que en catástrofe tan triste
llorar es lo más heroico.

Quien ahora no derrama
toda el alma por los ojos,
o de peña tiene mucho,
o de humano tiene poco.

Mas, si en el pecho no halla
respiración nuestro ahogo,
para poder suspirar
bebamos el aire todo.

Y ofrezcamos al cadáver
bálsamos y cinamomos
cuyos humos a ser suban
del viento luto oloroso.

RASGO EPICO
A LA LLEGADA DE LA MISION DEL P. TOMAS NIETO POLO, DE LA COMPAÑIA DE JESUS A LA CIUDAD DE GUAYAQUIL POR EL P. J.B.A. DE LA MISMA COMPAÑIA [1]

Ya que la edad, con riego presuroso,
fecundando mis años juveniles
en el jardín del tiempo delicioso,
florecer me hizo veinte y cuatro abriles
al ramo más fugaz, más desdeñoso,
de Dafne aspiraré: pues los pensiles
cuna son del laurel, cuyos verdores
más bien que en nieves nacen entre flores.

2

No espero, no, que de mi edad florida
se marchiten las rosas con la nieve
que, a inundación de escarchas repetida,
el cano invierno de la vida llueve:
ni que al fuego divino, que encendida
mi mente concibió, la edad aleve
llegue a entibiar cambiando, entre desmayos,
en yerta nieve sus purpúreos rayos.

[1] Conservamos el título del poema tal como consta en el original manuscrito.

3

De advenedizo espíritu ocupado
el pecho siento, y en inquieta llama
el numen bullicioso disfrazado,
todo un dios por mis venas se derrama:
palpitando deidad, al recatado
alcázar de mi mente tanto inflama,
que espero, a influjos de su llama amena,
en un golfo de incendios ser sirena.

4

Del imán de altas glorias atraído
un mar de luz con obstinado intento,
en ansia alada, en giro repetido,
de su muerte mi amor ronda sediento:
en llamas, o en espumas, pira o nido,
y en cada rayo busca un escarmiento,
por que puedan, ardiento, mis remontes,
a gritos de humo, refrenar Faetontes.

5

Este fuego divino me arrebata
a la altura de un Polo, cuyas bellas
luces, que en sombra orbicular recata,
fogoso mura un escuadrón de estrellas;
Polo que, hollando al mar su undosa plata,
la línea oprime con brillantes huellas;
porque ardan, cuando el Ecuador corona,
dos soles juntos en la ardiente zona.

6

Polo o Aguila Real que, enamorada
del Sol hermoso de la luz más pura,
en lince ceguedad arrebatada
un mar de luz en cada niña apura:
Aguila que, hasta el cielo remontada,
sobre los astros anidó segura;
y allí descansa, pues por falta de ellas
a la fama prestó sus alas bellas.

7

¡Oh Musa, cuya planta en luz corona
por talares calzada en vuelo ardiente
iris de perlas una y otra zona,
del bipartido monte la ardua frente;
a la mar vegetable que eslabona
un globo y otro en nudo floreciente,
pues, flor a flor uniendo, y rayo a rayo,
en falda y frente abriga al Sol y al Mayo!

8

Oh tú garzota, rosas coronada,
del fatídico Aonio en la cimera
que de nácar, de nieve y luz bañada,
eres del aire eterna primavera:
astro canoro cuya lira, armada
del celeste zafir gastó hechicera
en plectro y cuerdas con luciente anhelo
al Sol sus hebras, su Vía Láctea al cielo.

9

¡Oh Musa, oh tú que en la canora fuente,
por desdenes frondosos del Parnaso,
en giro de zafir das a tu frente
cerco de estrellas, si al coturno lazo:
tú que a la aurora el néctar elocuente
gota a gota le bebes, paso a paso,
hoy del contacto de tu llama imploro
voz de diamante y elocuencia de oro!

10

Selva nadante, o bien halcón de pino,
por sendas de zafir arando espumas,
en blancas olas de nevado lino
hiladas tiende al céfiro sus plumas:
y de Doris el vulto cristalino
así anochecen sus ligeras brumas,
que le es a Tetis la garzota breada
lunar hermoso de su tez nevada.

11

A instancias del Favonio halcón velero,
—Icaro un tiempo verde en la montaña—
ya quiebra aljófar al veloz sendero,
ya riza perlas a la azul campaña;
y abollando a Tritón cuando parlero
efímero cristal sus lados baña,
es en viento y en mar monstruo marino
relámpago de pez, rayo de pino.

12

Escollo de las ondas vagaroso,
crespos embates contra sí provoca,
y, escarchando de perlas el pie hermoso,
con la cándida saña del sur choca:
de aljófares salpica el polvo undoso
el simulacro de la instable roca,
y de la quilla que su espalda mella
con espumoso labio se querella.

13

Sinuosas sierpes de rubí tejidas,
o rayos de carmín purpúreos sean,
entre llamas de nácar repetidas
por el tope las grímpolas serpean;
rozagantes hogueras que, encendidas
a soplos del coral, al aire ondean,
y en trémula inquietud bate su aliento
relámpagos de púrpura en el viento.

14

De dos astros propicios reverbera
por el tope la luz, pues, brilladora,
del gémino fulgor que al mar impera
la llama tutelar la gavia dora:
aun de la de Arctos refulgente fiera
el náutico esplendor su luz mejora,
porque su rumbo doctrinara ciego
de tres planetas el parlero fuego.

15

Así el buque veloz, así, dichoso,
por rumbo de zafir espuma hollaba
animado del soplo que, ambicioso,
en su seno el velambre aprisionaba:
la fortuna velando en giro hermoso
por el tope tal aire le inspiraba
que de sus alas al Favonio suave
cometa breado se mintió la nave.

16

No tan veloz del lúgubre nublado,
ni tan violento del marfil certero
o embrión sulfúreo se fulmina airado,
o arpón ebúrneo se flechó ligero:
como a impulsos del Euro disparado,
el buque gira el cándido sendero,
y de los vientos al menor ensayo,
arpón se flecha, su fulmina rayo.

17

En onda y onda que su ardor desata
con desorden hermoso el mar se mueve
aquí se mueve en Cáucasos de plata,
allá se abate en piélagos de nieve:
de cerúleos delfines se dilata
vistoso enjambre, cuya cola leve,
entre la espuma que girando mella,
peina de aljófar una y otra estrella.

18

De veneras gravado el pecho undoso,
si de perlas orlada la alta frente,
el Jove de las ondas espumoso
sigue del buque el rumbo transparente:
vinculado a su mano en nudo hermoso
de ganchosos corales el tridente
freno es de un peje a quien en bella trama
la espuma argenta su cerúlea escama.

19

Arquera del batel, Tetis navega,
que si riza las ondas o el mar bruma
con lo halagüeño de su vista anega
en luz al aire y en ardor la espuma:
Tetis divina, Tetis a quien llega
de Las Tres Gracias la belleza suma
confusa al verla matizando, ufano,
arpón dorado su nevada mano.

20

Su nave es una concha brilladora
que, de nácar y púrpura formada,
o es constelado el llanto de la aurora,
o es la risa del cielo congelada:
Su proa argenta si su popa dora,
de luz y aljófar copia enamorada;
y si gira las ondas, es, en ella,
Tetis la perla de esta concha bella.

21

A cuatro focas con tirantes de oro
cuyos extremos mucha perla orlaba,
rizando al mar efímero tesoro
de Tetis el batel se vinculaba:
de foca y foca tanto, en poro y poro,
esplendor bullicioso palpitaba,
que de agua y fuego su fulgor brillante
en cada escama condensó un diamante.

22

Tantas jamás al riego peregrino,
del tierno rosicler del alba hermosa,
perlas cuajó con llanto matutino,
en nacarados párpados, la rosa,
cuanta del mar el rostro cristalino
de náyades matiza tropa airosa;
siendo las ninfas, en la espuma leve,
lunares de carmín en tez de nieve.

23

Con voz de cisnes y arrebol de auroras
peinando al aire su hechicera lira,
escolta de sirenas nadadoras
la undosa espalda de Neptuno gira:
aun las espumas se mentían sonoras
al encanto vocal que su eco inspira;
siendo en las ondas, el compás divino,
canoro freno del volante pino.

24

Neutral al verlas el mayor desvelo,
duda si son, entre argentadas sumas,
vivientes astros en cerúleo cielo,
purpúreas flores en jardín de espumas:
mas de su voz dulcísima el anhelo
cisnes las finge de carmín, con plumas
de alabastro, rizando, entre rubíes,
ondas de plata en conchas carmesíes.

25

Era del año la estación lluviosa,
en que, escarcha su escama, su piel hielo,
el pez brillante con la cola undosa
condensa en nieves el zafir del cielo:
pez que conduce no la azul carroza
del segundo Tonante en fácil vuelo,
sí la del sol; que sulca, entre ondas bellas,
espumas de astros en un mar de estrellas.

26

Estación en que el aire se desata
de heladas nubes escuadrón no breve,
garzas que el Euro las plumó de plata
al yerto impulso de un aliento leve:
y el arroyo, que en giros se dilata,
—arteria del vergel latiendo nieve—
cuaja de Flora en el purpúreo cielo,
a estrellas de carmín tumbas de hielo.

27

En este tiempo, pues, la nao divisa
de Guáyac * la ribera, en quien la Aurora
su tierno rosicler, deshecho en risa,
argenta perlas y corales dora:
de Guáyac que del sur en la tez lisa
esmeralda se miente nadadora,
e Icaro verde que, calzado espumas,
al aire peina con frondosas plumas.

28

De Guáyac que de perlas cairelado
en verde semicírculo figura;
sobrecejo que el mar arqueó admirado
de tener sobre sí tal hermosura:
Iris frondoso que, de luz bañado,
de alabastros efímeros se mura,
mostrando que hay, pues tal beldad encierra,
epiciclos también acá en la tierra.

29

De Guáyac contra quien, con saña undosa,
entre purpúreos nácares levanta,
para tragarla el mar, sierpe espumosa,
crespa de perlas su fugaz garganta:
y humillando después su ira orgullosa,
con labio de cristal besa su planta
dejándole el coturno cairelado
de crespo aljófar de zafir rizado.

30

De Guáyac que se finge cuando leve
la espuma mura su frondoso suelo,
o roca de esmeralda en mar de nieve,
o estrella verde en espumoso cielo;
de Guáyac que los rayos que al sol bebe
congela en sus entrañas, cuyo anhelo
zodíaco es de luz, donde brillantes
por astros arden globos de diamantes.

* *Guáyac* por Guayas.

31

Llegó la nave, pues, a esta eminente
península del mar, que siempre ha sido,
de las que aran del sur la cana frente
aves de abeto, el más fecundo nido:
llegó y de nácar un vergel luciente
por las gavias serpeaba desprendido;
mintiéndose al batir sus banderolas
nadante primavera entre las olas.

32

Cansado de volar, neblí de pino,
por sendas de cristal, golfos de plata,
en divorcios del aire con el lino,
el céfiro sus plumas le recata:
y por burlarle al jaspe cristalino
la instable rapidez que lo arrebata,
anudando sus alas en la entena,
con corvas uñas se aferró en la arena.

33

Era del alba la purpúrea hora
en que, vestido rosicler, el día,
con nacarados arreboles dora
las densas gasas de la noche fría:
en que Tetis congela de la aurora
en nácares sedientos de ambrosía
y en ola y ola aljófares rebosa,
cuando perlas el alba en rosa y rosa.

34

Aquel numen vocal que, alas vestido,
o peina o riza al viento sus espumas,
y el céfiro en su airón encrespa herido
ondas de nácar sobre un mar de plumas:
que barriendo de Juno al golfo hendido
—argonauta de luz— las leves brumas,
en ráfaga vocal y ardor canoro
tal vez rasga y tal rompe el cuerno de oro.

35

Aquel signo volante que hechiceros
—Iris plumado rosas y azucenas—
en cien ojos enciende cien luceros,
y en cien lenguas anima cien sirenas:
a quien talares borlan lisonjeros
polvos del sol, si no de luz arenas;
voló por Guáyac y en canoro acento
tronando glorias rasgó todo el viento.

36

Oh tú —le dijo— Guáyac venturoso,
pues a la zona de tu verde cielo
dorando a rayos su zafir undoso
un sol jesuita dirigió su vuelo,
sol que se viste con disfraz glorioso
de hilada nube de atezado velo;
y a quien dio cuna Popayán la bella,
cuna que pudo serlo de una estrella.

37

Aquel por cuya lengua en luz bañada,
repetidos oráculos palpita
la fogosa deidad que, retirada,
el sacro alcázar de su mente habita:
soberana expresión que organizada
su perspicacia le bebió infinita
al paterno candor, teniendo ardiente
cuna de luz en la divina mente.

38

Confidente del cielo que, ilustrado,
sus sacras nieblas le doró al fecundo
de misterios volumen, donde ha hallado
en cada sombra mucha luz el mundo:
laberinto adorable que, inundado
de religiosa noche, en su profundo
de arcanos centro, le es al peregrino
hilo de oro la luz del sol divino.

39

No el étnico jamás tan divertido
los avisos escucha recatados
de la fibra locuaz, que en su latido
parló los dioses, palpitó los hados:
ni del ave que, en ala y en gemido,
los destinos revela más callados
cuya pluma fatal en tardo vuelo
escribe al aire cuanto ordena el cielo.

40

Hércules sacro, en cuyos labios penden
de oro vocal suavísimas cadenas,
que en la sonora red que al aire tienden
mil Circes eslabonan, mil sirenas:
y a su voz clausuladas se desprenden
canoras rosas, dulces azucenas,
pues en tropos, figuras y colores
pronuncia hechizos, articula flores.

41

Al escuchar el alma tal encanto,
—del uso del sentido divorciada—
sepultando la vida en el espanto,
del asombro y oído está colgada:
y tanto el néctar proferido, tanto
la dulcísima fuerza articulada
la enajena de sí, que muestra atento
tener también sus crápulas el viento.

42

Si contra el vicio su fervor se enoja,
sonoro incendio en cada voz fulmina
y en razonado ardor su pecho arroja
de místico volcán llama ladina:
fecundos rayos de la nube roja
de su lengua despide, y con divina
fuerza derrite el corazón flechado
que en carámbano estigio heló el pecado.

43

No así abrasaba el atrevido anhelo
de aquel raptor que, con audacia suma,
peinando el aire y escalando el cielo,
al Fénix de la luz le hurtó una pluma:
sacrílego infeliz, cuyo desvelo
eslabonado el risco que lo bruma
pábulo brinda eterno, en penas graves,
al plumado monarca de las aves.

44

El príncipe planeta que, lucido,
—por rumbo de zafir siempre girando—
va de su curso al torno repetido
de los tiempos el hilo devanando:
menos átomos de oro en luz vertido
menos hebras de fuego arroja, cuando
desde el cenit en nacaradas sumas
mares llueve de amor, de incendio espumas.

45

No cabiendo ya en éste, se dilata
su fama al otro mundo y, vagarosa
—rizando a Doris su cerúlea plata—
sulcó de norte y sur la tez undosa:
las riberas pisó de aquella ingrata
—del Jove mugidor fatiga hermosa—
que —nuevo vellocino— de amor ciego
condujo a un sol de nieve un dios de fuego.

46

Llegó a la villa, en donde al Manzanares
de viviente cristal turba sonora,
azucenas plumada y azahares,
su orilla argenta, sus espumas dora:
corte del sol Ibero a quien talares
cairela en risas cuanto el alba llora,
Jove español cuyo valor profundo
estrellar contra el cielo puede al mundo.

47

De allí pasó a la corte en que altaneras
—estrechándole a Juno sus espacios—
en siete montes dan a los luceros
Tifeos de mármol, susto sus palacios:
su ruina temen entre asaltos fieros
del zafiro celeste los topacios
al ver poblado —al cielo tan vecino—
de titanes de piedra al Aventino.

48

Ciudad a cuyo cuerpo el Tibre undoso
—nervio de nieve— por mitad lo parte
y en cristalino humor, jugo espumoso
circulando sus miembros les reparte:
del espejo fugaz al vidrio hermoso
mil Narcisos de jaspe, con tal arte
su belleza despeñan, que se asoma
—naufragante en las aguas— otra Roma.

49

En ella, pues, a este héroe peregrino
altares le granjeó su sutileza;
mas cuando pudo empeño tan divino
no hallar altar del mundo en la cabeza:
el asombro una estatua le previno
labrada de sí mismo y con presteza
erigióle en su frente el Vaticano
templo a la fama de este monstruo indiano.

50

Doce veces doró el volcán del cielo
las medias lunas de su frente bellas
al robador de Europa, cuyo anhelo
rosas pace de fuego en las estrellas:
y otras doce al garzón, dulce desvelo
del mayor de los dioses, sus centellas
coronaron de luz, cuando entre nieve
rayos Acuario sobre el mundo llueve.

51

En este tiempo, pues, del patrio suelo
repite la estación y, con presteza,
de almas de oro se mura que en su celo
de la deidad parciales interesa:
no el dorado vellón de su desvelo
cómplice hermoso fue, que a más empresa
muchos carga el batel —nube de pino—
rayos forjados del ardor divino.

52

Menos del cielo el sol ardiente arado
—sulcos de luz abriendo en las esferas—
por campos de zafir sembró afanado
flores de signos, de astros primaveras:
menos aves al Fénix, sol plumado,
acompañan del Nilo en las riberas;
y menos al vergel con soplo lento
luceros de carmín enciende el viento.

53

Estos la zona girarán veloces,
—de Aguila tan caudal pollos reales—,
y en hombres labrarán los que feroces
sus bosques viven, troncos racionales:
el bárbaro más risco oirá sus voces,
que al sur perlas pescó, buceó corales
y los que en rizo airón visten por galas
—monstruos humanos —en las frentes alas.

54

Esto dijo la Fama y, sorprendido
del asombro interior todo el aliento,
pausó la voz, y su último sonido
un trueno de luz fue que calmó el viento:
mas luego, en el baluarte, repetido
se oyó el elogio, pues gigantes ciento
de cóncavo metal a hablar se incitan
que por bocas de bronce fuego gritan.

55

Era el baluarte una Aguila que, altiva,
—crestada mármol en rebelde vuelo—
plumas bate de jaspe, y fugitiva
su torreada cerviz taladra el cielo,
si calzada en el mar la mole esquiva
de pórfidos el pie, fatiga el suelo,
adorando entre luces y alabastros
su pie de perlas y su frente de astros.

56

Cadena de ribazos altanera,
que en cielo y mar fijó sus eslabones
engarzando la tierra con la esfera
la bisagra mordaz de sus torreones:
istmo del aire a cuya audaz cimera
los plumajes del sol sirven de airones,
y por cuyos peñascos y senderos
bajar pueden al mundo los luceros.

57

Monóculo jayán, riscos vestido,
Polifemo de peñas eminente,
de tan ardua cerviz que, allá, encendido,
parece el sol lucero de su frente:
en cuyo simulacro encanecido
estrellándose el mar brama impaciente,
sirviendo a su furor de oscuras bocas
a la lengua del agua muchas rocas.

58

De este baluarte, pues, al sol jesuita
hacen la selva dulcemente graves
a impulsos del ardor que las agita
del cántabro metal fundidas aves:
en el fuego que arroja elogios grita
cada cisne de hierro, y sus süaves
ecos abulta el hemisferio atento
siendo lengua la bala y voz el viento.

59

Como al agua en la cárcel de un nublado
con prisiones de hierro el Austro encierra,
y ella, gimiendo la esquivez de su hado,
gotas llora de nieve hacia la tierra;
como en fiera estación, con choque airado,
por los campos de Juno se hacen guerra
contrarios vientos y, arrojando espumas,
granizos suda el Bóreas por sus plumas,

60

los cañones así con furor ciego,
por nublados de azufre y humo ardiente
fulminan balas y granizan fuego,
émulo ya del rayo omnipotente;
truena el cóncavo bronce sin sosiego
disparando centellas que, impaciente,
Brontes forjó; que para rayos tales
tienen también su Jove los metales.

61

Corresponde la nave en alto acento
y en una y otra fulminante esfera
Icaros de metal arroja al viento,
alados llamas en lugar de cera:
peinan del aire el líquido elemento
astros de hierro y, en veloz carrera,
a bañar bajan sus ardientes plumas
—mariposas de fuego— en las espumas.

62

Como el titán, en el Tirreno suelo,
oprimido del Flegra en crespa llama,
terremotos respira y, contra el cielo,
en humo y fuego, su dolor derrama:
así en la nave con ardiente anhelo
—gigante de metal— la pieza brama
y en el Etna de abeto que le oprime
resuella truenos y volcanes gime.

63

Al mismo tiempo al aire se dilata
del sonante clarín el dulce aliento,
Mercurio retorcido a cuya plata
circular alma, vivifica el viento:
al golpe pertinaz que la maltrata
de la guerrera piel se oye el lamento
y en los dos ecos suavemente unidos
néctar canoro beben los oídos.

64

Conmuévese la gente; a la ribera
la ciudad se traslada, a cuyos trajes
galas y flores dio la primavera,
aljófares el sur, el sol plumajes:
como tal vez en la argentada esfera
del frigio arroyo bordan sus oleajes
los que, en la nieve del cristal sonoro,
plumas bañan de plata, cisnes de oro.

65

De airones crespos rozagantes sumas
escollos son del aire lisonjeros
y con suave temblor baten sus plumas
garzotas de carmín en los sombreros:
perlas riza el Favonio por espumas
en un mar de penachos altaneros,
y resplandece con traviesos brillos
despedazado el sol en sus cintillos.

66

Tan sutil un cendal, que de azucenas
hiladas se tejió, su cuello abraza,
que aun el tacto visual lo siente apenas
vapor de nieve o ilusión de gasa:
con garras de oro y de diamantes llenas
rubíes dentado, un alacrán lo engaza
de cuyas piedras en reflejos rojos
mucha bulla de luz oyen los ojos.

67

Embriagado de púrpura el vestido,
—hilada hoguera de coral y grana—
ostenta cuanto múrice encendido
en tirias conchas vierte la mañana:
cuanto de hebras de luz vergel tejido
el ansioso telar del belga afana
cultivando su industria y su tesoro
en jardines de seda, flores de oro.

68

Vistiéronse también las que al oriente
en uno y otro vástago nevado
sedas el bosque floreció luciente
de gusanos vivaces cultivado:
y las telas que labra la imprudente
ninfa en el duelo que aplazó sagrado,
a quien la diosa condenó, ofendida,
a hilar su muerte y devanar su vida.

69

A su adorno conspira cuanta bella
del tierno rosicler que en perlas llora
beben sedientos —matutina estrella—
los nácares purpúreos a la Aurora:
cuanta luz condensada el ofir sella,
y en sus entrañas el Perú atesora
y cuanto allá en Ceilán ardió encendido
o sol de piedra o astro endurecido.

70

Así, todos de gala y gentileza
narcisos son, en cuyo lucimiento
quebrándose la luz causa, traviesa,
bulliciosos relámpagos al viento:
de empedernidos signos la riqueza
salpicó en su vestido un firmamento,
y arrojan hacia el mar sus arreboles
sobre un cielo de nieve muchos soles.

71

De dorados tabeques al instante
voló a la nave tan ligera tropa
que —halcón de abeto— al líquido diamante
las distancias de nieve le sincopa;
teme arderse la espuma, pues brillante
tan ascua de oro se ostentó su popa
que sobre el agua, con reflejo ciego,
cuanto en luz bebe al sol vomita en fuego.

72

De góndolas así miró impaciente
su terso rostro Doris salpicado,
como mira del cielo el mar luciente
de islas brillantes su zafir manchado:
o cómo ve su vulto transparente
de frondosos lunares matizado
el piélago oriental que, lisonjeros,
en cielo undoso son verdes luceros.

73

De la nave a las góndolas activos
todos se arrojan con fogoso empeño,
y al saltar del bajel dicen festivos:
"¡Salve mil veces, venturoso leño;
nunca airados te embistan, nunca esquivos
el viento, el mar con barrascoso ceño,
ni de tu muerte hidrópico presumas
tu sepulcro beber en las espumas!

74

¡Salve, nave mejor que aquel primero
batel feliz que, en pasos del destino,
por el desierto azul abrió sendero
siendo norte a su rumbo el vellocino!
A ancorar te conduzca en un lucero
como a la de Argos Júpiter marino,
porque, en golfo de luces, ardas bella
de mar y vientos tutelar estrella.

75

¡Salve!, y por ti desprecie su venera
Tetis; tu rumbo industria cariñosa
la ártica ninfa que en brillante fiera
transformó airada la triforme diosa:
si tu ligamen la veloz carrera
del tiempo disolviese desdeñosa,
de un leño tuyo labre diligente
el Júpiter segundo su tridente".

76

Al templo se refugia más cercano
la sacra turba, que en la orilla asiste
donde el ruego el rendimiento ufano
con sus proyectos la deidad bienquiste:
al templo que, en sus mármoles lozano,
contra los años exenciones viste,
Fénix de piedra que, por más decoro,
se abrasa por de dentro en llamas de oro.

77

Cuanto llora la ninfa que, incestuosa,
vegetable frondoso se endurece,
y —hojas torreada su cerviz ramosa—
verde padrón al escarmiento crece:
de la árabe región viviente hojosa,
donde su culpa tanto le entristece
que de fragante llanto arroyos mudos
por párpados derrama cortezudos;

78

cuántas gotas de bálsamo luciente
por verdes pozos de maderos broncos,
las Dríades le sudan al oriente;
Asirias almas de fragantes troncos;
todo en pira se abrasa reverente
y a la Deidad con estallidos roncos
al liquidarse imploran, pues loores
—lengua olorosa— gritan sus vapores.

79

El sagrado volcán del pavimento
ocupa lo interior y en exhalada
aromática noche oculta al viento
de fragantes vapores condensada:
por el ámbito sacro en giro lento
la religiosa niebla derramada
de humo viste las aras que, en su ruego,
de la fe el holocausto siempre es ciego.

80

Pero ¿qué es esto? A más heroica empresa
el fatídico ardor mi pecho inflama
del Aonio cristal y su tibieza
con el incendio ahuyenta de su llama:
no pido no, que la fugaz belleza
mi frente ciña con su esquiva rama,
porque espero que, en breve, sin desdenes,
una azucena adornará mis sienes.

RASGO EPICO
A LA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA
SOBRE EL CAPITULO XII DEL APOCALIPSIS

Grande asunto limita a poco labio
afecto mucho, y del castalio coro
invoco al numen que, canoro y sabio,
cadencias pulse en desacuerdos de oro;
de la sonora cuerda al dulce agravio
rasgue Hipocrene su elocuente poro,
inspirando a mi lira el sol divino,
néctar de luz, ardor del Febo trino.

¡Oh musa, oh tú que en la canora fuente
por desdenes frondosos del Parnaso,
en giros de zafir das a tu frente
cerco de estrellas, y al coturno lazo;
tú que calzas la luna y al rugiente
Dragón oprimes al primero paso,
inspírame, será mi dulce canto
del Erebo terror, del cielo encanto!

Todo un mar acomete mi desvelo
en cuyas ondas de cristal nevado
el sol, que al sol da paso por el cielo,
perla en su nácar se cuajó rizado;
mar todo gracia, donde nunca el hielo
fatal o el nimbo opaco del pecado,
con el torpe arrebol del ceño oscuro,
desaliñó la tez al cristal puro.

Mar que de perlas crespo y de corales
neto esplendor, ni en la vecina playa
sintió las huellas de heredados males,
que al margen de su ser los tuvo a raya;
al reflejo de luces orientales
¡qué hermosa brilla!, de su ardor desmaya
la culpa viendo sus orillas llenas
de aljófares de gracia por arenas.

Mar que a la nave que salió del fuerte
arsenal del empíreo por su seno
hizo pelease a orillas de la muerte,
por darle vida al mísero terreno;
mar tan dichoso que su cauce advierte
de astros nadantes y de soles lleno,
siendo en la espuma de sus ondas bellas
conchas los signos, peces las estrellas.

Este mar cuya orilla se encanece
de gracias por espumas, es María,
hermosísimo sol cuando amanece
en su purpúreo rosicler el día,
luna sin manchas que no mengua y crece,
risueña aurora y cielo en la alegría:
pues esta diosa en su beldad mejora
al sol, la luna, el cielo y a la aurora.

Viola San Juan de todo el sol vestida,
en el zafir celeste iluminada,
la planta, de la luna guarnecida,
la corona, de estrellas matizada,
dando aliento a la luz, al aire vida,
y que un Dragón, en una borbarada,
vomitó de betún negro torrente
para eclipsar el nácar de su frente.

Era el Dragón un monte organizado
de ásperas conchas, verdinegras tramas,
que, tortuoso, en su frente concitado
furores peina desgreñando escamas;
cervices siete tremolaba airado
ondeantes furias, encrespadas llamas;
y el mundo escucha con mortal desmayo
su silbo trueno, si su vista rayo.

Aquí conchas y escamas retorciendo
todo se implica en giros comprimido,
allí se extiende en nube convirtiendo
el sinuoso volumen retorcido;
aquí brama, allí truena, y al horrendo
eco palpita el aire estremecido,
allí vibra en cada ojo un cruel cometa,
que eclipsa el carro del mayor planeta.

Ya entre golfos de estrellas navegando
monstruo escamado gira sin sosiego,
ya los astros embiste centelleando,
fuego sus ojos, sus narices fuego,
ya las garras afila, ya silbando
su informe cresta la tremola, y luego
un golfo escupe de veneno adusto,
terror del orbe, de la esfera susto.

No así se flecha tósigo viviente
venenoso relámpago del prado,
ni la fiera estrellada, horror rugiente,
ni de los monstruos el terror lunado;
como toro el Dragón, tigre y serpiente,
de puntas, garras y veneno armado,
volo, embistió y acometió a María,
para manchar en su pureza al día.

Previno Dios la mancha, y oportuna
contra el torrente que el Dragón desata,
de su corvo esplendor formó la luna
a su cándido pie puente de plata;
por debajo corrió, sin que ninguna
logre ofensa el Dragón de las que trata,
ceñido a un punto cuando va más lleno,
el torrente escamado de veneno.

Oh tú, garra divina, imagen pura,
de belleza inmortal pompa gallarda,
fanal terso de Jove en que asegura
con velo de cristal que su luz arda,
pisa en arco triunfal la frente dura
del Dragón que a tu luna se acobarda;
que si sombra poner en ti pretende,
corvo alfange, la luna te defiende.

Bucentoro de pluma el aire hiende
águila real, y al generoso aliento,
noble corsario, mal se le defiende
presa que mira desde el alto asiento,
ni la Sierpe que al sol veneno enciende,
la piel manchada de colores ciento,
pues del ribazo en giros desasida,
la despoja en el aire de la vida.

Este ardor, esta priesa y estas alas
vistió la que del sol rayos ostenta,
armas al duelo, si a la pompa galas,
contra el insulto que el Dragón intenta;
por arco y dardos, por acero y balas
gracia esgrime con gracia tan violenta,
que reñido de heridas tan bizarras,
batió su cola y le postró sus garras.

Viose de conchas el viviente muro
abatido y trinchado a su despecho,
y vertiendo de sangre un golfo impuro,
barre la cresta lo que inunda el pecho,
truena en bramidos, y rasgando el duro
monte de escamas, se caló deshecho,
por huir de Dios, del cielo y de sí mismo,
a los negros anfractos del abismo.

No cebó de su pico la pureza
en la menor de su despojo escama,
ni por blasón la piel quitó a la presa;
de laurel tremoló, sí, verde rama,
garzota de esmeralda en su cabeza
y clarín en el pico de su fama,
viendo la culpa en su postrer desmayo
prevenido el laurel antes del rayo.

Paloma que anidó la primer nave,
de copas de cristal diluvio breve,
fue de aqueste victoria imperial ave,
bosquejo de marfil, sombra de nieve;
que con vuelo ligero al leño grave
convirtióse sin mancha su pie leve,
pues para no tocar la tierra esquiva
verdes alas batió de hojas de oliva.

La culpa no la halló, ni yo la encuentro
con el discurso que cobarde para
por no poder calarse más adentro
al trono inaccesible que lo ampara;
si del divino mar el alto centro
por escollos de luces penetrara,
viera a esta perla, que con Cristo unida,
le dio en su sangre el nácar de la vida.

Esto es corto bosquejo, breve historia
de la que oculta Dios a los sentidos,
mapa donde diseña a la memoria
sus profundos arcanos escondidos;
de este misterio la sublime gloria
en dibujos declara repetidos,
sirviendo sus campañas de procesos,
formas los casos, bultos los sucesos.

Blanco vellón, intérprete del duelo,
hebra a hebra chupó cuanto le llueve,
hilo a hilo, de aljófares el cielo,
ancho seno a la lluvia el copo breve;
mas cuando el agua contamina al suelo,
rayos al sol el vellocino bebe,
porque viesen las aguas que al beberlas
se lavan culpas y se aniegan perlas.

Esfera de esmeralda incombustible,
brilló la zarza fresca en sus ardores,
haciendo vanidad el imposible
de sujetar voraces sus rigores;
aun dentro de la culpa fue posible
que por centellas le sirviesen flores,
siendo en lo verde, fresco y lo brillante,
de esmeraldas, de nieve y de diamante.

Ave de pino, en lúbrico elemento
de cendales batió cándidas plumas
la primer nave, que sulcando el viento
del cerúleo zafir rizaba espumas;
náufrago el cielo y tierra al turbulento
húmedo impulso de flexibles sumas,
el arca sola en la tormenta insana
burlaba el riesgo, gallardeando ufana.

El pueblo del Señor en el Mar Rojo
halló senda al escape del tirano;
cuando ya le juzgó débil despojo
al fiero golpe de su insana mano,
el dividido mar con crespo enojo
en montes de cristal miraba ufano,
mas presto vio llover sobre sus reales
lluvias de montes, montes de cristales.

La montaña de Arnón que en gruta fría
contra el pueblo de Israel una celada
sangrienta de enemigos escondía,
de oculto impulso se miró arruinada;
el pueblo libre, la traición yacía
en ribazos deshechas sepultada,
y el escollo inclinado al movimiento,
abrió la frente y recobró su asiento.

Cual otro Faraón miré al pecado
que Cristo en rojo mar de sangre aniega:
cual escollo de Amón precipitado,
ruina del pueblo que traidor le entrega;
el mar abierto, el risco desgajado
libertan a María cuando llega,
pero al llegar nosotros, con desvío
ciérrase el mar, encállase el bajío.

Rosa del cielo, el sol, y sol de prado
en nacarado ardor, la rosa bella,
son de esta virgen símbolo agraciado,
sin manchas él y sin espinas ella;
en zarza, en mares, en vellón dorado,
en ave, en arca, en monte y en estrella
bosquejó diestro sus divinos dones
con luces Dios, mi pluma con borrones.

DESCRIPCION DEL MAR DE VENUS
(FICCION POETICA Y MORAL)

De Memnón en el reino floreciente,
donde entre rosas, llama brilladora,
con porteros de nácar al Oriente
se asoma el sol en brazos de la aurora,
cuando, risueño, la estación luciente
del celeste zafir purpúreo dora,
y, fogoso bajel, tramonta bellas
ondas de luz en piélagos de estrellas,

el Mar de Venus yace, que encendido,
encrespado los rizos de su frente,
ondas eleva que formó Cupido
de adusto aljófar, de cristal ardiente:
en llama hierve el golfo, y convertido
en torpe hoguera su voraz torrente,
risueñas brillan con incendio ciego
espumas rojas en un mar de fuego.

Abrasando en el golfo es un cometa
cada brillante pez, y con iguales
rayos que emulan al mayor planeta
los escollos se cambian en fanales:
nada de Venus el ardor respeta,
escollos, peces, ondas ni cristales;
y, luceros del mar, arden serenas
de Cupido en el fuego aun las arenas.

Este, pues, golfo habitación profunda
de halagüeñas sirenas siempre ha sido,
arqueros del amor, en quienes fundá
su imperio Venus, su poder Cupido;
que dulces vibran con acción fecunda
de apacible veneno harpón teñido,
y a los esfuerzos de su acero impuros
arrojan sangre aun los peñascos duros.

¡Oh cuántos necios el mentido halago
de este mar enamoran sin sosiego,
y mariposas de su mismo estrago
la muerte beben en un dulce fuego!
¡Oh cuántas naves, de este obsceno lago
despojo fueron al impulso ciego,
revelando su ruina a las orillas
sangrientos trozos de deshechas quillas!

Aquí la madre del Amor navega,
que si riza las ondas o el mar bruma,
con lo halagüeño de su vista aniega
en luz el aire y en ardor la espuma:
Venus, divina Venus a quien llega
de Las Tres Gracias la belleza suma
confusa al verla, matizando ufano
harpón dorado su nevada mano.

Su nave es una concha brilladora
que de nácar y púrpura formada,
o es la carroza de la blanca aurora
o es la risa del cielo congelada:
su proa argenta, si su popa dora
de luz y aljófar copia enamorada;
y si gira las ondas, es en ella
Venus la perla de esta concha bella.

Aquí Cupido, de este mar pirata,
del arco ebúrneo fatigado el seno,
en suaves dardos de bruñida plata
dispara dulce su mortal veneno;
y tanto el ciego flechador maltrata
del convexo marfil la cuerda o freno,
que, siendo el blanco humanos corazones,
aniega al mundo en piélago de harpones.

En esta, pues, galera de Cupido
se miran muchos del amor forzados,
que en dulce llanto y apacible ruido
gimen al remo de una flecha atados;
y del numen rapaz, terror de Gnido,
siendo azote su cuerda, amenazados,
con eco alterno, con clamor profundo,
juran a Venus por deidad del mundo.

Enamorados de sus graves penas,
de un dardo y otro al golpe repetido,
forman del nácar que latió en sus venas
víctima a Venus de carmín vertido;
y de las bellas de su amor sirenas
al fatal silbo dulcemente oído,
sulcan gustosos con trabajo sumo
golfos de fuego en remolinos de humo.

En copas de oro que el amor propina,
un néctar liban de dulzuras lleno,
en el cual Venus a su edad destina
veneno dulce, pero cruel veneno;
y el dios vendado, que áspid se reclina
en el catre florido de su seno,
en suave llama su ponzoña miente
para entrañarles hasta el alma el diente.

A estos cautivos cada ninfa ingrata
Circe hechicera brinda dulcemente
en manos de cristal prisión de plata,
y en labios de carmín ponzoña ardiente;
cadena de oro conque amor los ata
es el pelo, desdén de Ofir luciente,
que en las costas de amor estas sirenas
son causa hermosa de un Argel de penas.

En el purpúreo rosicler sediente
que risueño en sus labios liba grana,
tiñe sus dardos de carmín sangriento
el lince, nieto de la espuma cana.
Y de amor los cautivos, al violento
fogoso impulso de la flecha insana,
ríen y lloran, porque están de modo
que nada sienten y lo sienten todo.

¡Oh infelices forzados de la impura
madre del numen faretrado y ciego!
¿este tormento lo juzgáis dulzura?
¿refrigerio fingís que es este fuego?
¿por acierto tenéis esta locura?
¿esta inquietud amáis como sosiego?
¡Oh cuánto os ciega vuestro amor! ¡Oh, cuánto
os cuesta esa ilusión de cierto llanto!

LLANTO DE LA NATURALEZA HUMANA DESPUES DE SU CAIDA POR ADAN

(Liras premiadas en primer lugar en un certamen cuyo asunto era el nacimiento del Niño Jesús).

De su infelice suerte
naturaleza humana congojada,
del árbol de la muerte
al yerto tronco estaba recostada;
y si el curso del llanto suspendiera,
aun más helado tronco pareciera.

¿Hasta cuándo, hasta cuándo
(clamaba triste) el mal que me atormenta
su fuerza irá aumentando,
que, aunque infinita, por mi mal se aumenta?
¿hasta cuándo querrá mi mal supremo
mostrar que admite más y más lo extremo?

Mas si suele en el llanto
hallar tal vez consuelo un afligido,
arroje mi quebranto
ayes del alma con mortal gemido,
canten mis ojos, y sus melodías
tan tristes suenen que parezcan mías.

Pero ¡ay! ¡ay! que son tales
las crueles penas que en el alma siento,
que a publicar mis males
de mis ojos no basta el instrumento;
y así por dar el lleno a mis enojos,
en vez de llanto lloraré los ojos.

Yo fui aquella dichosa
formada a esfuerzos de un milagro, aquella
criatura venturosa,
copia de Dios y copia la más bella;
yo fui ¡ay dolor! aquella peregrina
centella hermosa de la luz divina.

Yo fui la que al esmero
del más sublime numen delineada,
en mi instante primero
de mil prodigios me miré formada;
mas ¡ay! que si esto fue, todo ha pasado,
y sólo de mi ser sombra ha quedado.

Mi antigua llamarada,
tan breve se apagó, con tal presteza,
que, convertida en nada,
antes que llama se miró pavesa;
pues sólo ardió mi luz aquel instante
que a dar ser a mi nada fue bastante.

Esta mi pena ha sido,
y esta pena importuna de tal suerte
con el alma se ha unido,
que aun no la puede separar la muerte,
pues cuanto a mitigarla se apercibe
en ella muere, y ella en todo vive.

Y así en tales enojos
apelo sólo por remedio al llanto.
Lloren tristes los ojos
mi imposible dolor, y lloren tanto,
que al ver absorto mi dolor profundo,
valle del llanto se apellide el mundo.

Lloraré eternamente
la antigua dicha de que fui halagada,
aun más que el mal presente;
pues, porque fui feliz soy desdichada.
Dijo, y rendida al grave sentimiento,
en el dolor se destempló el acento.

MONSERRATE

Poema heroico sobre las acciones y vida de San Ignacio. Fragmento.

Este de rocas promontorio adusto
freno es al aire y a los cielos susto,
más que de Giges los ribazos fieros,
organizado horror de los luceros,
cuya excelsa cimera
taladrando la esfera,
nevado escollo en su cerviz incauta,
del celeste Argonauta
teme encallar fogoso el Bucentoro,
que luces sulca en tempestades de oro.

Al erigir su cuello hacia los astros,
cubierto erial de nieves y alabastros,
a Apolo en sus reflejos
de marfil congelado ofrece espejos,
reinando con sosiego
monstruos de nieve en la región del fuego.

Comunero de Jove airado truena,
y de su cima la nevada almena
crinitos fuegos vibra a la esmeralda
del verde simulacro de su falda;
siendo el frontis inmenso,
por lo continuo y denso
del fulgor ominoso que le inunda,
de ignitas sierpes Libia más fecunda;
aunque el vellón de nieve
que a la escarpada cumbre el valle debe
otra al hielo desata
sierpe espumosa de rizada plata,
que la ira y ardor ciego
la mitiga en carámbanos el fuego,
y al arroyo cansado
en verde catre da su grama el prado,
cuando apenas nacido,
ya lo ve encanecido
con las espumas que sediento bebe
por duros riscos resbalando nieve.

A LA REBELION Y CAIDA DE LUZBEL Y SUS SECUACES

Viose Luzbel de estrellas coronado,
llama de fuego de esplendor vestido,
de los astros al ápice encumbrado,
entre querubes adalid lucido,
de Dios portento, a esmeros fabricado,
perfecto en todo, en todo esclarecido;
y soberbio de verse en tanta alteza,
dijo lleno de rabia y de fiereza:

¿En lóbrego no puedo, ardiente, horrendo
desorden, espantoso a la fortuna,
el universo todo confundiendo,
ahogar al sol en su dorada cuna?
¿En pavesas cambiar, si lo pretendo,
no me es posible el globo de la luna?
¿Qué espera, pues, mi enojo sin segundo,
que no hundo al cielo sepultando al mundo?

Falsear haré con ira fulminante
del alto cielo, en un vaivén ruidoso,
la azul muralla, y subiré triunfante
a ser señor del reino luminoso;
si son estorbo a mi ímpetu arrogante
aire, mar, tierra o firmamento hermoso,
haré que sienta mi furor violento
el mar, la tierra, el aire, el firmamento.

Igual a Dios seré, pues se dilata
mi poder tanto, y sellaré mi huella
donde el ártico polo en hielos ata
al Aquilón, perezas de su estrella.
Dijo, y al punto en ira se desata
de celestes garzones tropa bella,
que marchando con breve bizarría
luz, por guerrero polvo, daba al día.

¡Al arma! ¡Al arma! ya el clarín sonoro
grita con ecos agrios, resonantes;
y al aire vieras del metal canoro
blandir los astros picas de diamantes;
serpeaba undosa sobre yelmos de oro
turba de airones vivos, tremolantes:
nunca vio el aire, en pavoroso anhelo,
poblado de astros, tan turbado el cielo.

Con rabia extraña, con coraje horrendo
de Lucifer los lúgubres pendones,
seguían, de sombras su escuadrón vistiendo,
prófugos de la luz, ciegos dragones;
con tal soberbia, confusión y estruendo
marchaban estos hórridos campeones,
que del antro al cenit el polo helado
tembló confuso, palpitó turbado.

No de otra suerte cuando intenta el noto
teñir feroz el bulto de la esfera:
el aire entonces duramente roto
con serpientes de fuego al mundo altera;
pálido el sol al fúnebre alboroto
ceniza peina en vez de cabellera:
todo es horror, el cielo se anochece,
y el universo entero se estremece.

Del testamento sobre el monte ardiente
Luzbel estaba respirando saña,
dos hogueras por ojos, y por frente
negra noche que en sierpes enmaraña;
altivo aturde al mundo fieramente,
este bastardo horror de la montaña,
pues trueno el silbo, el eco terremoto,
confunde al orbe en hórrido alboroto.

El divino Miguel espiritoso,
que fiel se opone al ángel atrevido,
las rubias hebras apremió garboso
al yelmo de oro en soles guarnecido;
y al encuentro primero pavoroso,
al caos le arroja, donde el fementido,
de expirante tizón eterna llama,
blasfemo truena, corajudo brama.

No tan furioso nubes despedaza
el sulfúreo turbión, no tan violenta
con ráfagas de luz montes arrasa
del huracán la rápida tormenta,
como arrojado de la etérea casa
Luzbel cayó con ira tan sangrienta
que, en humo envuelto y en furor eterno,
de espíritus de luz ondeó un infierno.

Al caer Luzbel con su escuadrón tremendo,
un polo y otro, el bulto demudado,
palpitaron violentos, confundiendo,
el giro de ambas orbes prolongado;
turbóse luego al estallido horrendo
del cielo y tierra el orden barajado,
y que bajaban pareció al profundo
la esfera en polvo, en átomos el mundo.

¿Viste nocturna llama presurosa
encendida ilusión, que en pronto vuelo,
rasgo de luz, exhalación hermosa,
con brillante destello argenta al cielo;
y que al correr la esfera luminosa,
desliz lucido, con fogoso anhelo,
tan presto acaba luces y carrera
que no mira lo que es sino lo que era?

Así Luzbel, planeta rutilante,
que a la madre de amor dio lucimiento,
lucero hermoso entre ángeles brillante,
del sol envidia, de beldad portento,
fanal celeste que intentó arrogante
establecer al aquilón su asiento,
fue en el estado de lu luz primera
llama que pasa, exhalación ligera.

Estudiad, oh mortales, escarmiento
en esa imagen necia de *Faetonte,*
que quiso remontarse al firmamento,
y el *averno* fue tumba a su remonte:
así pagó su loco atrevimiento
este aterrado embrión del *Aqueronte,*
y así padece, aun más que en el abismo,
horrible infierno dentro de sí mismo.

A UNA TORTOLA QUE LLORABA LA AUSENCIA DE SU AMANTE

¿Por qué, tórtola, en cítara doliente
haces que el aire gima tu canto?
Si alivios buscas en ajeno llanto
mi dolor te lo ofrece; aquí detente.

Al verte sola de tu amante ausente,
publicas triste en ayes tu quebranto;
yo también ¡ay dolor! suspiro tanto
por no poder gozar mi bien presente.

Pero cese ya, oh tórtola, el gemido,
que aunque es inmenso tu infeliz desvelo,
mayor sin duda mi tormento ha sido,

pues tú perdiste un terrenal consuelo
en tu consorte, pero yo he perdido
en mi adorado bien la luz del cielo.

A UNA ROSA

SONETOS

I

En catre de esmeraldas nace altiva
la bella rosa, vanidad de Flora,
y cuanto en perlas le bebió a la aurora
cobra en rubíes del sol la luz activa.

De nacarado incendio es llama viva
que al prado ilustra en fe de que la adora;
la luz la enciende, el sol sus hojas dora
con bello nácar de que al fin la priva.

Rosas, escarmentad: no presurosas
anheléis a este ardor; que si autoriza,
aniquila también el sol ¡oh rosas!

Naced y vivid lentas; no en la prisa
os consumáis, floridas mariposas,
que es anhelar arder, buscar ceniza.

II

De púrpura vestida ha madrugalo
con presunción de sol la rosa bella,
siendo sólo una luz, purpúrea huella
del matutino pie de astro nevado.

Más y más se enrojece con cuidado
de brillar más que la encendió su estrella,
y esto la eclipsa, sin ser ya centella
la que golfo de luz inundó al prado.

¿No te bastaba, oh rosa, tu hermosura?
Pague eclipsada, pues, tu gentileza
el mendigarle al sol la llama pura;

y escarmiento la humana en tu belleza,
que si el nativo resplandor se apura,
la que luz deslumbró para en pavesa.

SONETO MORAL

No tienes ya del tiempo malogrado
en el prolijo afán de tus pasiones,
sino una sombra, envuelta en confusiones,
que imprime en tu memoria tu pecado.

Pasó el deleite, el tiempo arrebatado
aun su imagen borró; las desazones
de tu inquieta conciencia son pensiones
que has de pagar perpetuas al cuidado.

Mas si tiempo dejó para tu daño
su huella errante y sombras al olvido
del que fue gusto y hoy te sobresalta

para el futuro estudia el desengaño
en la imagen del tiempo que has vivido,
que ella dirá lo poco que te falta.

SONETO MORAL

¡Basta ya, pecador! No tu malicia
ejercite más tiempo mi paciencia:
harto lugar te da a la penitencia.
mi bondad despreciada por propicia.

Hoy mi amor con ternura te acaricia,
hoy disimula y sufre tu insolencia;
mas podrá ser que en breve esta clemencia
se convierta en rigores de justicia.

Ea, no tardes más en el pecado;
y si al ver del castigo la tardanza
hoy mi misma paciencia te ha obstinado,

adviertan tu descuido y confianza
que, mientras más retiro el brazo airado,
voy doblando el impulso a la venganza.

CARTA A LIZARDO
PERSUADIENDOLE QUE TODO LO NACIDO MUERE DOS VECES PARA ACERTAR A MORIR UNA

¡Ay, Lizardo querido!
si feliz muerte conseguir esperas,
es justo que advertido,
pues naciste una vez, dos veces mueras;
así las plantas, brutos y aves lo hacen:
dos veces mueren y una sola nacen.

Entre catres de armiño
tarde y mañana la azucena yace,
si una vez al cariño
del aura suave su verdor renace:
¡Ay flor marchita! ¡Ay azucena triste!
dos veces muerta si una vez naciste.

Pálida a la mañana,
antes que el sol su bella nácar rompa,
muere la rosa, vana
estrella de carmín, fragante pompa;
y a la noche otra vez; dos veces muerta:
¡oh, incierta vida en tanta muerte cierta!

En poca agua muriendo
nace el arroyo, y ya soberbio río
corre al mar con estruendo,
en el cual pierde vida, nombre y brío:
¡Oh cristal triste, arroyo sin fortuna!
muerto dos veces, porque vivas una.

En sepulcro suave
que el nido forma con vistoso halago,
nace difunta el ave,
que del plomo es después fatal estrago:
vive una vez y muere dos ¡oh suerte!
para una vida, duplicada muerte.

Pálida y sin colores
la fruta, de temor, difunta nace,
temiendo los rigores
del noto que después vil la deshace:
¡Ay fruta hermosa, qué infeliz que eres!
una vez naces y dos veces mueres.

Muerto nace el valiente
oso que vientos calza y sombras viste,
a quien despierta ardiente
la madre; y otra vez no se resiste
a morir; y entre muertes dos naciendo,
vive una vez y dos se ve muriendo.

Muerto en el monte el pino,
sulca el ponto con alas, bajel o ave,
y la vela de lino
con que vuela el batel altivo y grave,
es vela de morir: dos veces yace
quien monte alado muere y pino nace.

De la ballena altiva
salió Jonás, y del sepulcro sale
Lázaro, imagen viva
que al desengaño humano vela y vale,
cuando en su imagen muerta y viva viere
que quien nace una vez dos veces muere.

Así el pino montaña
con alas, que del mar al cielo sube;
el río que el mar baña;
el ave que es con plumas vital nube;
la que marchita nace flor del campo,
púrpura vegetal o florido ampo,

todo clama ¡oh Lizardo!
que quien nace una vez dos veces muera;
y así, joven gallardo,
en río, en flor, en ave considera
que, dudando quizá de su fortuna,
mueren dos veces porque acierten una.

Y pues tan importante
es acertar en la última partida,
pues penden de este instante
perpetua muerte o sempiterna vida,
ahora ¡oh Lizardo! que el peligro adviertes,
muere dos veces porque alguna aciertes.

CANCION HEROICA
EN QUE CON ALGUNAS SEMEJANZAS EXPRESA EL AUTOR SUS INFORTUNIOS

Nace el clavel en púrpuras teñido
dejando presuroso su clausura,
a ser Narciso de las todas flores
o Adonis de su sangre producido;
y dividida en hojas su hermosura,
ufano se deleita en sus primores.

. . . .

. . . toda aquella belleza
que pródiga le dio Naturaleza.
¡Oh flor desvanecida,
verdadero retrato de mi vida!

El risueñor que amante al aire gira,
iris de plumas o vergel viviente,
mira un arroyo, y luego que lo asesta,
trinando endechas, animada lira,
con música saluda su corriente
en que canoro el gusto manifiesta;
baja a gustarla con ligero vuelo,
rozando aljófar y rizando hielo,
y con pico de grana
gustoso liba de la espuma cana.
Mas ¡ay! suerte enemiga,
que el ruiseñor se aprisionó en la liga
que en su margen por uso
el cazador para prenderle puso,
y luego lo encarcela
donde no tiene libertad ni vuela.
¡Oh avecilla cautiva,
de mi fortuna semejanza viva!

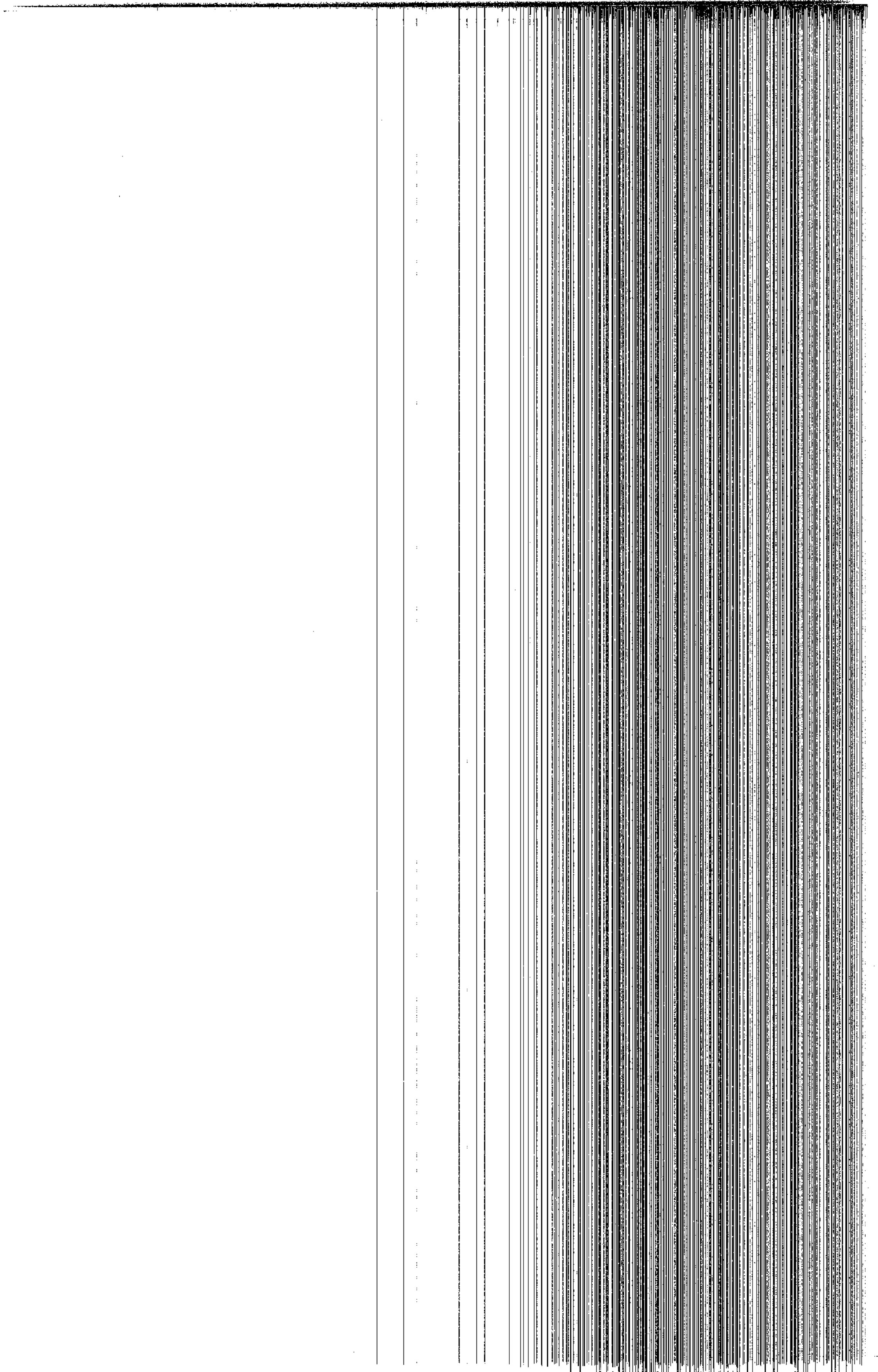
Por tras cortinas de jazmín y grana,
hermosos globos de zafir luciente,
se asoma el sol en brazos de la aurora,
y arrebolada en luces la mañana,
con brillante candor viste el oriente
y con destello nacarado dora
cuanto el orbe atesora;
tierra como a padre lo recibe,

los pájaros se alegran, la flor vive,
el hombre se recrea,
y todo con sus rayos lo hermosea.
Mas ¡ay! que noche oscura
es de tanto monarca sepultura,
y ve su luz acaso,
con que llora la tierra su fracaso,
el pájaro enmudece,
la flor se encoge y todo se entristece,
¡Oh sol, oh luz, oh día,
símbolo propio de la dicha mía!

Ronda a la luz la amante mariposa,
y en giros de oro, en óvalos de plata,
galantear a la llama solicita:
ya la festeja en torno presurosa,
ya se retira de la luz ingrata,
ya se le acerca, ya se precipita,
porque su amor la invita
a adorar aquel globo de luz suave,
donde su muerte en poca llama bebe,
cuando a besarla llega
de su hermosura enamorada y ciega.
Mas ¡ay! infeliz suerte,
que a cenizas su gala se convierte,
hallando su inocencia
mucho castigo a poca inadvertencia,
sin que en la pira unida
Fénix renazca para nueva vida.
¡Oh costosos intentos,
imagen de mis locos pensamientos!

Yo clavel bello un tiempo me miraba
desdén hermoso de plebeyas flores,
mas de la envidia el huracán airado
marchito me ha dejado;
yo en métricos primores
fui ruiseñor que libre gorjeaba,
pero ahora en grillos de oro
de Venus bella prisionero lloro;
yo fui sol, mas mis rayos
con las tinieblas que el rencor echaba
eclipsados los miro entre desmayos;
fui mariposa, en fin, pero mi gala
se convirtió en pavesa

a los incendios de una cruel belleza.
Y así por varios modos
sufro de todos los tormentos todos,
siendo a mi vida imagen lastimosa
la flor, el ave, el sol, la mariposa.



CRONOLOGIA

P. PEDRO MERCADO, S.I.

1620 Nace en Riobamba.

1636 Ingresa en la Compañía de Jesús.

1655 Primera obra: *Destrucción del ídolo* (Madrid).

1659 Rector del colegio de Honda.

1667 Rector y maestro de novicios en Tunja. Escribe *El cristiano virtuoso.*

1687 Rector del Colegio Máximo y Universidad Javeriana.

1688-1693 Publica en Cádiz nueve libros de espiritualidad.

1699 Publica en Amsterdam *Obras Espirituales,* cuatro tratados.

1701 Muere en el Colegio de Santa Fe.

P. CRISTOBAL DE ACUÑA, S.I.

1597 Nace en Burgos.

En Quito, catedrático de San Luis.

Pasa a Cuenca a fundar el colegio.

1639 (Febrero a diciembre): recorrido del Amazonas.

1640 Viaja a España e informa a Felipe IV de su viaje.

1641 *Nuevo descubrimiento del Gran Río de las Amazonas* (Madrid).

Pasa a Roma como Procurador de la Provincia.

En España, calificador de la Inquisición.

1644 Regresa a Quito.

1659 2ª edición del *Nuevo descubrimiento...*

1670 Muere en el Colegio de San Pablo.

FRAY JOSE MALDONADO Y VILLAMOR

Nace en Quito.

En Quito toma el hábito franciscano y se ordena.

1618 Comisario para el Capítulo General de la Orden en Salamanca.

1634 Comisario y Procurador de los Santos Lugares. Director espiritual de la Condesa Duquesa de Olivares.

1637 Comisario General de la Orden para el Reino del Perú.

1641 Comisario General de las Indias.

1641 *Relación del descubrimiento del río de las Amazonas, por otro nombre del Marañón, hecho por la religión de nuestro Padre San Francisco.* (Madrid).

1648 General franciscano.

1649 *El más escondido retiro* (Madrid).

1652 Muere en Madrid.

P. MANUEL RODRIGUEZ, S.I.

1630 Nace en Cali.

Entra en la Compañía de Jesús en Quito y allí hace sus estudios.

Ministerios en Nueva Granada y Quito. Misión en Barbacoas.

1678 Nombrado Procurador va a Madrid y Roma.

1684 *El Marañón y Amazonas* (Madrid).

1684 Muere en el Colegio Imperial, Madrid.

P. JUAN DE VELASCO, S.I.

1727 Nace en Riobamba.

1744 Entra en la Compañía de Jesús.

1760-1761 Oficial procurador de la casa de Ibarra.

1762 Pasa a Popayán.

1767 Expulsión de los jesuitas.

1768 Llega a Faenza, Italia.

1785-1788 Elabora el *Vocabulario de la lengua índica* y un *Vocabulario de la lengua peruano-quitense.*

1789 Remite a Porlier las tres partes de la *Historia del Reino de Quito.*

1792 Muere en Faenza.

P. JACINTO MORAN DE BUTRON

1668 Nace en Guayaquil.

1684 Ingresa en la Compañía de Jesús.

1696-1697 Escribe la vida de Mariana de Jesús.

1706-1709 Lee en San Gregorio un curso completo de Artes y escribe dos textos escolásticos.

1715-1719 Rector en el Colegio de Panamá.

1724 Aparece *La azucena de Quito* en Madrid.

1749 Muere.

FRAY FRANCISCO XAVIER ANTONIO DE SANTAMARIA

1710 Nace.

1753 Escribe la vida de Juana de Jesús.

1756 *Vida prodigiosa de la Venerable Virgen Juana de Jesús* (Lima).

1759 Definidor y predicador general de la Orden franciscana.

GERTRUDIS DE SAN ILDEFONSO

Nace en Quito.

1709 Muere en Quito.

CATALINA DE JESUS HERRERA

1717 Nace en Guayaquil.

1740 Viste el hábito en el Monasterio de Santa Catalina.

1747-1765 Escribe su autobiografía.

En torno a 1760, priora del monasterio.

1796 Muere en Quito.

P. ALONSO DE ROJAS, S.I.

Nace en Bujalance.

Entra en la Compañía y hace estudios en Salamanca.

1612 Se embarca para América. Termina sus estudios en el Colegio de Santa Fe. Ministerios en Panamá y Lima.

En Quito, profesor de teología de San Gregorio.

En torno a 1645, director espiritual de Mariana de Jesús, cuyo panegírico predica.

Rector del Colegio de Quito.

1653 Muere.

P. ISIDORO GALLEGO, S.I.

1677 Profesor de San Gregorio, escribe un *Tractatus de Actibus humanis*. Por ese mismo tiempo varias otras obras.

1686 Predica el sermón de San Jerónimo.

P. PEDRO DE ROJAS, S.I.

1640 Nace en Loja.

1676 Rector del Colegio de San Luis.

Catedrático de Prima de San Gregorio.

1682 Se imprime su sermón del mandato, en Lima.

1687 Predica en el novenario penitencial de la catedral, y su pieza se publica, en Lima, en 1689.

P. JUAN BAUTISTA AGUIRRE, S.I.

1725 Nace en Daule.

1758 Profesa de jesuita.

1756-1758 Cátedra de filosofía en San Gregorio. Varios escritos escolásticos.

Separado de la enseñanza de la física, pasa a enseñar teología moral.

1760 Predica la oración fúnebre del obispo Juan Nieto Polo de Aguila.

1767 Expulsión de los jesuitas. Va a Faenza, a Ravena y a Ferrara.

1773 Extinguida la Orden, va a Roma. Consultor de cardenales.

Pasa a Tívoli. Teólogo del obispo. Profesor de teología moral. Compone un Tratado.

1786 Muere en Tívoli.

BIBLIOGRAFIA

AGUIRRE, FAUSTO: *Bimembración y conjuntos semejantes en Juan Baustista Aguirre.* Loja, Universidad Nacional, 1977.

ALCEDO, ANTONIO DE: *Diccionario geográfico-histórico de las Indias occidentales o América.* Madrid, Imprenta de Manuel González, 1788.

ARIAS PALACIOS, HUGO: *Reseña histórica de las Formaciones Sociales del Ecuador.* Guayaquil, Departamento de Publicaciones de la Facultad de Ciencias Económicas, 1976.

ASTUTO, PHILIP LOUIS: *Eugenio Espejo, reformador ecuatoriano de la ilustración.* México, Fondo de Cultura Económica, 1969.

AYLLÓN, JOAQUÍN: *Artis poeticae compendium.* Quiti, Ex Gubernii Tipographia, 1894.

BARRERA, ISACC J.: *Historia de la literatura Ecuatoriana.* Vs. I y II. Quito, Editorial Ecuatoriana, 1944.

————: *Quito colonial.* México, Cajica, 1971.

BATLLORI, MIGUEL: *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos (Españoles-Hispanoamericanos-filipinos 1767-1814).* Madrid, Gredos, 1966.

BAYÓN, DAMIÁN: *Sociedad y arquitectura colonial sudamericana.* Barcelona, Gustavo Gili, 1974.

BRAVO, JULIÁN: *Juan Bautista Aguirre S.J. Nuevas Poesías.* Edición, prólogo y notas por... Quito, Ediciones de la Biblioteca "Aurelio Espinosa Pólit", 1979.

BUSCHIAZZO, MARIO: *Estudios de la arquitectura colonial hispanoamericana.* Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1944.

CARILLA, EMILIO: *Un olvidado poeta colonial.* Buenos Aires, Bajel, 1943.

————: *El Gongorismo en América.* Buenos Aires, CONI, 1946.

COMPTE, FRAY FRANCISCO MARÍA: *Varones ilustres de la Orden Seráfica en el Ecuador desde la fundación de Quito hasta nuestros días.* Quito, Imprenta del Clero, 1885 (2ª).

CÓRDOVA SALINAS, F. DIEGO DE: *Crónica Franciscana de las Provincias del Perú.* New Edition by Lino G. Canedo. Washington, Academy of Amercan Franciscan History. (1ª ed. Lima, 1951).

ENRÍQUEZ, ALCIDES: *Apunte cronológico de las obras y trabajos del Cabildo o Municipalidad de Quito desde 1733 hasta 1777.* Quito, Imprenta Municipal, 1925.

ESPINOSA PÓLIT, AURELIO: *Vida de Santa Mariana de Jesús por el padre Jacinto Morán de Butrón, s.I.* Edición crítica revisada por... Quito, Imprenta Municipal, 1955.

————: *Padre Antonio Bastidas, Estudio y selecciones* en *Los dos primeros poetas coloniales ecuatorianos.* Biblioteca Ecuatoriana Mínima, 1960.

GIBSON, CHARLES: *España en América.* México, Grijalbo, 1977.

GONZÁLEZ SUÁREZ, FEDERICO: *Historia General de la República del Ecuador.* Quito, Imprenta del Clero, 1890-1903.

GUERRA BRAVO, SAMUEL: "El pensamiento ecuatoriano en los siglos XVI, XVII y XVIII. Cultura, revista del Banco Central de Ecuador, 4, mayo-agosto 1979.

GUERRERO, ANDRÉS: "Los obrajes en la Real Audiencia de Quito en el siglo XVII y su relación con el Estado Colonial". Revista Ciencias Sociales, 2. Quito,Universidad Central, 1977.

GUTIÉRREZ, JUAN MARÍA: *Estudios bibliográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo* XIX. Buenos Aires, 1865.

HERNÁNDEZ DE ALBA, GUILLERMO: *Vida y obra de Hernando Domínguez Camargo.* Bogotá, Caro y Cuervo, 1960.

HERRERA, PABLO: *Ensayo sobre la historia de la literatura ecuatoriana.* Quito, Imprenta del Gobierno, 1860.

JOUANEN, JOSÉ: *Historia de la Compañía de Jesús en la antigua Provincia de Quito.* La Viceprovincia de Quito, 1570-1669. Quito, Editorial Ecuatoriana, 1941. La Provincia de Quito, 1696-1773. Quito, Editorial Ecuatoriana, 1943.

JUAN, JORGE Y ULLOA, ANTONIO DE: *Noticias secretas de América.* Madrid, Editorial América, 1918.

LARREA, CARLOS MANUEL: *Las biografías de Santa Mariana de Jesús.* Quito, Corporación de Estudios y Publicaciones, 1970.

LOYOLA, DAVID: *Las formas sociales de producción en el sector agrícola: Análisis de la estructura agraria ecuatoriana.* Cuenca, Idis, 1979.

MERA, JUAN LEÓN: *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana desde su época más remota hasta nuestros días.* Quito, Imprenta de J. Pablo Sanz, 1868.

MERISALDE Y SANTISTEBAN, JOAQUÍN: *Relación histórica, política y moral de la ciudad de Cuenca.* Madrid, 1894 (En *Tres tratados de América (Siglo XVIII).* Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1894.

MONTÚFAR Y FRASO, JUAN PÍO DE: *Razón sobre el Estado y Gobermación política y militar de la Jurisdicción de Quito en 1754.* Madrid, 1894. (En *Tres tratados de América (Siglo XVIII).* Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1894.

MORENO YÁNEZ, SEGUNDO: *Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito. Desde comienzos del siglo XVIII hasta finales de la colonia.* Bonn, Bonner Amerikanistische Studien, 1976.

NAVARRO, JOSÉ GABRIEL: *La escultura en el Ecuador (siglos XVI al XVIII).* Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1929.

————: *Artes plásticas ecuatorianas.* México, Fondo de Cultura Económica, 1945.

NAVAS, JUAN DE DIOS: *Guápulo y su santuario* (1581-1926). Quito, Junta del Clero, 1926.

PAREJA DIEZCANSECO, ALFREDO: *Las instituciones y la administración de la Real Audiencia de Quito.* Quito, Editorial Universitaria, 1975.

PHELAN, JOHN LEDDY: *The Kingdom of Quito in the seventeenth century.* The University of Wisconsin Press, 1967.

PÉREZ, AQUILES: *Las mitas en la Real Audiencia de Quito.* Quito, Imprenta del Ministerio del Tesoro, 1947.

RECIO, P. BERNARDO: *Compendiosa relación de la Cristiandad de Quito.* Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1947.

RODRÍGUEZ CASTELO, HERNÁN: *Literatura Ecuatoriana.* Biblioteca de Autores Ecuatorianos de "Clásicos Ariel", 100. Guayaquil, Cromograph, s.a. (1974).

————: *Literatura en la Audiencia de Quito. Siglo XVII.* Quito, Edición del Banco Central del Ecuador, 1980.

SAMANIEGO, FILOTEO: *Columnario quiteño (tres siglos de barroco decorativo).* Quito, Ed. Comisión de Valores, 1972.

SÁNCHEZ ASTUDILLO, MIGUEL: *Textos de Catedráticos Jesuitas en Quito colonial,* estudio y bibliografía por... Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1959.

STOLS, ALEXANDRE: *Historia de la imprenta en el Ecuador.* Quito, Casa de la Cultura, 1953.

TOBAR DONOSO, JULIO: *La iglesia modeladora de la nacionalidad.* Quito, La Prensa Católica, 1953.

————: *Instituciones del período hispánico.* Quito, Editorial Ecuatoriana, 1974.

URIARTE, JOSÉ EUGENIO Y LENCINA, MARIANO: *Biblioteca de escritores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la Antigua Asistencia de España desde sus orígenes hasta el año de 1773.* T. I. Madrid, 1925; II Madrid, 1930; III Madrid, 1904; IV Madrid, 1904; V Madrid, 1906. Varia, Madrid, 1914; Suplemento, Madrid, 1916.

VARGAS, JOSÉ MARÍA: *Historia de la Iglesia en el Ecuador.* Quito, Editorial Santo Domingo, 1962.

————: *Historia de la cultura ecuatoriana.* Biblioteca de Autores Ecuatorianos de "Clásicos Ariel", 81, 83 y 87. Guayaquil, Cromograph, s.a. (1974).

VELASCO, P. JUAN DE: *Historia Moderna del Reyno de Quito y Crónica de la Provincia de la Compañía de Jesús del mismo Reyno.* Biblioteca Amazonas, vol. IX. Quito, s.p.i. (1942).

ZALDUMBIDE, GONZALO: "Un gran poeta guayaquileño del siglo XVIII". Revista de la Sociedad Jurídico Literaria, t. XXI, ns. 62, 63 y 64 (Julio, agosto y septiembre de 1918).

————: *Padre Juan Bautista Aguirre.* Estudio y selecciones. Biblioteca Ecuatoriana Mínima, 1960.

INDICE

I. HISTORIADORES Y CRONISTAS DEL MARAÑON

II. ESCRITORES DE ESPIRITUALIDAD

III. ORADORES

IV. LIRICA

TITULOS PUBLICADOS

1
SIMON BOLIVAR
Doctrina del Libertador
Selección, notas y cronología:
Manuel Pérez Vila

2
PABLO NERUDA
Canto General
Prólogo, notas y cronología:
Fernando Alegría

3
JOSE ENRIQUE RODO
Ariel - Motivos de Proteo
Prólogo: Carlos Real de Azúa
Edición y cronología: Angel Rama

4
JOSE EUSTASIO RIVERA
La Vorágine
Prólogo y cronología: Juan Loveluck
Variantes:
Luis Carlos Herrera Molina S.J.

5-6
INCA GARCILASO DE LA VEGA
Comentarios Reales
Prólogo, edición y cronología:
Aurelio Miró Quesada

7
RICARDO PALMA
Cien Tradiciones Peruanas
Selección, prólogo y cronología:
José Miguel Oviedo

8
EDUARDO GUTIERREZ Y OTROS
Teatro Rioplatense
Prólogo: David Viñas
Compilación y cronología:
Jorge Lafforgue

9
RUBEN DARIO
Poesía
Prólogo: Angel Rama
Edición: Ernesto Mejía Sánchez
Cronología: Julio Valle-Castillo

10
JOSE RIZAL
Noli Me Tangere
Prólogo: Leopoldo Zea
Edición y cronología: Márgara Rusotto

11
GILBERTO FREYRE
Casa-Grande y Senzala
Prólogo y cronología: Darcy Ribeiro
Traducción: Benjamín de Garay y
Lucrecia Manduca

12
DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO
Facundo
Prólogo: Noé Jitrik
Notas y cronología:
Susana Zanetti y Nora Dottori

13
JUAN RULFO
Obra Completa
Prólogo y cronología: Jorge Ruffinelli

14
MANUEL GONZALEZ PRADA
Páginas Libres - Horas de Lucha
Prólogo y notas: Luis Alberto Sánchez

15
JOSE MARTI
Nuestra América
Prólogo: Juan Marinello
Selección y notas: Hugo Achugar
Cronología: Cintio Vitier

16
SALARRUE
El Angel del Espejo
Prólogo, selección, notas y cronología:
Sergio Ramírez

17
ALBERTO BLEST GANA
Martín Rivas
Prólogo, notas y cronología:
Jaime Concha

18
ROMULO GALLEGOS
Doña Bárbara
Prólogo: Juan Liscano
Notas, variantes y cronología:
Efraín Subero

19
MIGUEL ANGEL ASTURIAS
Tres Obras (Leyendas de Guatemala, El Alhajadito y *El Señor Presidente)*
Prólogo: Arturo Uslar Pietri
Notas y cronología: Giuseppe Bellini

20
JOSE ASUNCION SILVA
Obra Completa
Prólogo: Eduardo Camacho Guizado
Edición, notas y cronología: Eduardo Camacho Guizado y Gustavo Mejía

21
JUSTO SIERRA
Evolución Política del Pueblo Mexicano
Prólogo y cronología: Abelardo Villegas

22
JUAN MONTALVO
Las Catilinarias y Otros Textos
Selección y prólogo: Benjamín Carrión
Cronología y notas:
Gustavo Alfredo Jácome

23-24
Pensamiento Político de la Emancipación
Prólogo: José Luis Romero
Compilación, notas y cronología:
José Luis Romero y Luis Alberto Romero

25
MANUEL ANTONIO DE ALMEIDA
Memorias de un Sargento de Milicias
Prólogo y notas: Antonio Cándido
Cronología: Laura de Campos Vergueiro
Traducción: Elvio Romero

26
Utopismo Socialista (1830-1893)
Prólogo, compilación, notas y cronología:
Carlos M. Rama

27
ROBERTO ARLT
Los Siete Locos / Los Lanzallamas
Prólogo, vocabulario, notas y cronología:
Adolfo Prieto

28
Literatura del México Antiguo
Edición, estudios introductorios, versión de textos y cronología:
Miguel León-Portilla

29
Poesía Gauchesca
Prólogo: Angel Rama
Selección, notas, vocabulario y cronología: Jorge B. Rivera

30
RAFAEL BARRETT
El Dolor Paraguayo
Prólogo: Augusto Roa Bastos
Selección y notas: Miguel A. Fernández
Cronología: Alberto Sato

31
Pensamiento Conservador (1815-1898)
Prólogo: José Luis Romero
Compilación, notas y cronología:
José Luis Romero y Luis Alberto Romero

32
LUIS PALES MATOS
Poesía Completa y Prosa Selecta
Edición, prólogo y cronología:
Margot Arce de Vázquez

33
JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS
Cuentos
Prólogo: Alfredo Bosi
Cronología: Neusa Pinsard Caccese
Traducción: Santiago Kovadloff

34
JORGE ISAACS
María
Prólogo, notas y cronología:
Gustavo Mejía

35
JUAN DE MIRAMONTES Y ZUAZOLA
Armas Antárticas
Prólogo y cronología: Rodrigo Miró

36
RUFINO BLANCO FOMBONA
Ensayos Históricos
Prólogo: Jesús Sanoja Hernández
Selección y cronología:
Rafael Ramón Castellanos

37
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
Utopía de América
Prólogo: Rafael Gutiérrez Girardot
Compilación y cronología:
Angel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot

38
JOSE M. ARGUEDAS
Los Ríos Profundos y Cuentos Selectos
Prólogo: Mario Vargas Llosa
Cronología: E. Mildred Merino de Zela

39
La Reforma Universitaria
Selección, prólogo y cronología:
Dardo Cúneo

40
JOSE MARTI
Obra Literaria
Prólogo, notas y cronología:
Cintio Vitier

41
CIRO ALEGRIA
El Mundo es Ancho y Ajeno
Prólogo y cronología:
Antonio Cornejo Polar

42
FERNANDO ORTIZ
Contrapunteo Cubano del Tabaco y el Azúcar
Prólogo y cronología: Julio Le Riverend

43
FRAY SERVANDO TERESA DE MIER
Ideario Político
Selección, prólogo, notas y cronología:
Edmundo O'Gorman

44
FRANCISCO GARCIA CALDERON
Las Democracias Latinas / La Creación de un Continente
Prólogo: Luis Alberto Sánchez
Cronología: Angel Rama

45
MANUEL UGARTE
La Nación Latinoamericana
Compilación, prólogo, notas y cronología:
Norberto Galasso

46
JULIO HERRERA Y REISSIG
Poesía Completa y Prosa Selecta
Prólogo: Idea Vilariño
Edición, notas y cronología:
Alicia Migdal

47
Arte y Arquitectura del Modernismo Brasileño (1917-1930)
Compilación y prólogo: Aracy Amaral
Cronología: José Carlos Serroni
Traducción: Marta Traba

48
BALDOMERO SANIN CANO
El Oficio de Lector
Compilación, prólogo y cronología:
Gustavo Cobo Borda

49
LIMA BARRETO
Dos Novelas (Recuerdos del escribiente Isaías Caminha y *El triste fin de Policarpo Quaresma)*
Prólogo y cronología:
Francisco de Assis Barbosa
Traducción y notas:
Haydée Jofre Barroso

50
ANDRES BELLO
Obra Literaria
Selección y prólogo: Pedro Grases
Cronología: Oscar Sambrano Urdaneta

51
Pensamiento de la Ilustración
(Economía y sociedad iberoamericana en el siglo XVIII)
Compilación, prólogo, notas y cronología:
José Carlos Chiaramonte

52
JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS
Quincas Borba
Prólogo: Roberto Schwarz
Cronología: Neusa Pinsard Caccese
Traducción: Jorge García Gayo

53
ALEJO CARPENTIER
El Siglo de las Luces
Prólogo: Carlos Fuentes
Cronología: Araceli García Carranza

54
LEOPOLDO LUGONES
El Payador y Antología de Poesía y Prosa
Prólogo: Jorge Luis Borges (con la colaboración de Bettina Edelberg)
Edición, notas y cronología:
Guillermo Ara

55
MANUEL ZENO GANDIA
La Charca
Prólogo y cronología: Enrique Laguerre

56
MARIO DE ANDRADE
Obra Escogida
Selección, prólogo y notas:
Gilda de Mello e Souza
Cronología: Gilda de Mello e Souza y Laura de Campos Vergueiro

57
Literatura Maya
Compilación, prólogo y notas:
Mercedes de la Garza
Cronología: Miguel León-Portilla
Traducciones: Adrián Recinos, Alfredo Barrera y Mediz Bolio

58
CESAR VALLEJO
Obra Poética Completa
Prólogo y cronología: Enrique Ballón

59
Poesía de la Independencia
Compilación, prólogo, notas y cronología:
Emilio Carilla
Traducciones: Ida Vitale

60
ARTURO USLAR PIETRI
Las Lanzas Coloradas y Cuentos Selectos
Prólogo y cronología: Domingo Miliani

61
CARLOS VAZ FERREIRA
Lógica Viva/Moral para Intelectuales
Prólogo: Manuel Claps
Cronología: Sara Vaz Ferreira

62
FRANZ TAMAYO
Obra Escogida
Selección, prólogo y cronología:
Mario Baptista Gumucio

63
GUILLERMO ENRIQUE HUDSON
La Tierra Purpúrea / Allá Lejos y Hace Tiempo
Prólogo y cronología: Jean Franco
Traducciones: Idea Vilariño

64
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Historia General de las Indias
Vida de Hernán Cortés
Prólogo y cronología
Jorge Gurría Lacroix

65
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Historia de la Conquista de México
Prólogo y cronología:
Jorge Gurría Lacroix

66
JUAN RODRIGUEZ FREYLE
El Carnero
Prólogo, notas y cronología:
Darío Achury Valenzuela

67
Tradiciones Hispanoamericanas
Compilación, prólogo y cronología:
Estuardo Núñez

68
Proyecto y Construcción de una Nación
(Argentina 1846-1880)
Compilación, prólogo y cronología:
Tulio Halperín Donghi

69
JOSE CARLOS MARIATEGUI
7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana
Prólogo: Aníbal Quijano
Notas y cronología: Elizabeth Garrels

70
Literatura Guaraní del Paraguay
Compilación, estudios introductorios, notas y cronología: Rubén Barreiro Saguier

71-72
Pensamiento Positivista Latinoamericano
Compilación, prólogo y cronología:
Leopoldo Zea

73
JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE
Obra Completa
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología: Sonia García

74
ALEJANDRO DE HUMBOLDT
Cartas Americanas
Compilación, prólogo, notas y cronología: Charles Minguet

75-76
FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA
Nueva Corónica y Buen Gobierno
Transcripción, prólogo y cronología: Franklin Pease

77
JULIO CORTAZAR
Rayuela
Prólogo y cronología: Jaime Alazraki

78
Literatura Quechua
Compilación, prólogo, notas y cronología: Edmundo Bendezú Aibar

79
EUCLIDES DA CUNHA
Los Sertones
Prólogo, notas y cronología: Walnice Nogueira Galvao
Traducción: Estela Dos Santos

80
FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN
El México Antiguo
Edición, prólogo y cronología: José Luis Martínez

81
GUILLERMO MENESES
Espejos y Disfraces
Selección y prólogo: José Balza
Cronología: Salvador Tenreiro

82
JUAN DE VELASCO
Historia del Reino de Quito
Edición, prólogo, notas y cronología: Alfredo Pareja Diezcanseco

83
JOSE LEZAMA LIMA
El Reino de la Imagen
Selección, prólogo y cronología: Julio Ortega

84
OSWALD DE ANDRADE
Obra Escogida
Selección y prólogo: Haroldo de Campos
Cronología: David Jackson
Traducciones: Héctor Olea, Santiago Kovadlof, Márgara Rusotto

85
Narradores Ecuatorianos del 30
Prólogo: Jorge Enrique Adoum
Selección y cronología: Pedro Jorge Vera

86
MANUEL DIAZ RODRIGUEZ
Narrativa y Ensayo
Selección y prólogo: Orlando Araujo
Cronología: María Beatriz Medina

87
CIRILO VILLAVERDE
Cecilia Valdés
Prólogo y cronología: Iván Schulman

88
HORACIO QUIROGA
Cuentos
Selección y prólogo: Emir Rodríguez Monegal
Cronología: Alberto Oreggioni

89
FRANCISCO DE SANTA CRUZ Y ESPEJO
Obra Educativa
Edición, prólogo, notas y cronología: Philip Astuto

90
ANTONIO JOSE DE SUCRE
De Mi Propia Mano
Selección y prólogo: J. L. Salcedo-Bastardo
Cronología: Inés Quintero Montiel y Andrés Eloy Romero

91
MACEDONIO FERNANDEZ
Museo de la Novela de la Eterna
Selección, prólogo y cronología: César Fernández Moreno

92
JUSTO AROSEMENA
Fundación de la Nacionalidad Panameña
Selección, prólogo y cronología: Ricaurte Soler

93
SILVIO ROMERO
Ensayos Literarios
Selección, prólogo y cronología: Antonio Cándido
Traducción: Jorge Aguilar Mora

94
JUAN RUIZ DE ALARCON
Comedias
Edición, prólogo, notas y cronología: Margit Frenk

95
TERESA DE LA PARRA
Obra
(Narrativa, ensayos, cartas)
Selección, estudio introductorio y cronología: Velia Bosch
Teresa de la Parra: las voces de la palabra: Julieta Fombona

96
JOSE CECILIO DEL VALLE
Obra Escogida
Selección, prólogo y cronología:
Mario García Laguardia

97
EUGENIO MARIA DE HOSTOS
Moral Social / Sociología
Prólogo y cronología:
Manuel Maldonado Denis

98
JUAN DE ESPINOSA MEDRANO
Apologético
Selección, prólogo y cronología:
Augusto Tamayo Vargas

99
AMADEO FREZIER
Relación del Viaje por el Mar del Sur
Prólogo: Gregorio Weinberg
Traducción y cronología:
Miguel A. Guerin

100
FRANCISCO DE MIRANDA
América Espera
Selección y prólogo:
J.L. Salcedo-Bastardo
Cronología: Manuel Pérez Vila y Josefina Rodríguez de Alonso

101
MARIANO PICON SALAS
Viejos y Nuevos Mundos
Selección, prólogo y cronología:
Guillermo Sucre

102
TOMAS CARRASQUILLA
La Marquesa de Yolombó
Prólogo: Jaime Mejía Duque
Cronología: Kurt L. Levy

103
NICOLAS GUILLEN
Las grandes elegías y otros poemas
Selección, prólogo y cronología:
Angel Augier

104
RICARDO GÜIRALDES
Don Segundo Sombra
Selección, estudios y cronología:
Luis Harss y Alberto Blasi

105
LUCIO V. MANSILLA
Una excursión a los indios Ranqueles
Prólogo, notas y cronología:
Saúl Sosnowski

106
CARLOS DE SIGÜENZA Y GONGORA
Seis Obras
Prólogo: Irving A. Leonard
Edición, notas y cronología:
William C. Bryant

107
JUAN DEL VALLE Y CAVIEDES
Obra Completa
Edición, prólogo, notas y cronología:
Daniel R. Reedy

108/109/110
BARTOLOME DE LAS CASAS
Historia de las Indias
Edición, prólogo, notas y cronología:
André Saint-Lu

111
MIGUEL OTERO SILVA
Casas muertas
Lope de Aguirre
Príncipe de la libertad
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología: Efraín Subero

Este volumen,
el CXII de la BIBLIOTECA AYACUCHO,
se terminó de imprimir
el día 7 de junio de 1984,
en los talleres de Editorial Arte,
Calle Milán, Los Ruices Sur,
Dtto. Sucre, Edo. Miranda.
En su composición se utilizaron
tipos Fairfield de 12, 10 y 8 puntos.